

Historia, progreso y ciencia en Inglaterra, 1580-1640

Una aproximación mediante textos e imágenes

Autor:

Kwiatkowski, Nicolás

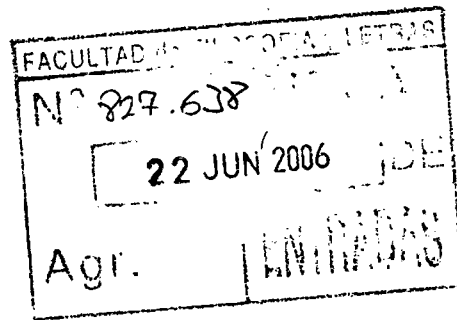
Tutor:

Malosetti Costa, Laura

2006

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado



Historia, progreso y ciencia en Inglaterra, 1580-1640.
Una aproximación mediante textos e imágenes.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Nicolás Kwiatkowski
DNI: 26044507
Expediente: 803489

Agradecimientos

Laura Malosetti ha sido una directora inteligente, le agradezco sobre todo su esfuerzo por moderar mis ansiedades, su guía confiable para no naufragar en la escritura y una combinación de simpatía y optimismo difícil de igualar en tiempos grises.

Con Gastón Burucúa tengo una deuda enorme, su generosidad hacia mí y hacia mi trabajo, la agudeza de sus lecturas, el placer de su compañía y el poder de su aliento en los momentos de dificultad han sido inestimables. Espero que su singular sencillez y su proverbial sabiduría hagan posible que disculpe mis repetidos exabruptos y muestras de ignorancia.

Julián Verardi me ha ayudado siempre enormemente y le agradezco por cargar hidalgamente con una especie de moderno deber civilizatorio, por la saña y por los sueños de Chubut.

Silvia Conti, Daniele Casale, Giancarlo Nonnoi y Bruno Anatra en la bella Cerdeña; Clarisa Martínez y Jake Murray en la maravillosa Londres, han logrado vaciar de tedio y llenar de gracia un gran otoño europeo; sin su ayuda y compañía buena parte de esta investigación hubiera sido imposible.

Otras personas me acompañaron de diversos modos y, aun a riesgo de que la lista sea incompleta, quiero expresar mi gratitud hacia ellos. Hilda Sabato y Alejandro Cattaruzza apoyaron esta investigación cuando era sólo un proyecto. Etelvina Furt y su familia me permitieron acceder a su maravillosa biblioteca y gozar de su entrañable compañía en uno de los lugares más apacibles de la pampa bonaerense. Muchos amigos, entre ellos Ingrid Bleynat, Marina Méndez y Ezequiel Yanco, pasaron interminables horas leyendo conmigo en la mesa de más de un café; otros, como Alfredo Cortés, Andrés Tobelem y Matías Villar, al igual que mi familia, toleraron pacientemente mi hastío con el tema y mi consecuente y legendario mal humor. Colegas y maestros, en congresos, seminarios, reuniones y proyectos de investigación, pero también fuera de ellos (especialmente Colleen Franklin, Marina Rieznik, Mariana Santangelo, Héctor Ciochini, Tom Cummins, Gabriel Di Meglio, Lucas Rentero y José Sazbón) me brindaron su tiempo y leyeron fragmentos de diversa extensión, en distintos momentos y en más de un idioma; a sus críticas y comentarios se deben muchas virtudes de este texto, los defectos me corresponden íntegramente.

Advertencia sobre citas y traducciones

A lo largo del texto siguiente, se incluirán las referencias completas a las obras de las cuales fueron tomadas las citas textuales. En algunas ocasiones, las fuentes fueron citadas de más de una edición, una incomodidad para el lector sobre la que se ruega comprensión teniendo en cuenta que la investigación de la que esta tesis es producto tomó varios años y se concretó en diversos lugares. Finalmente, se ha optado por traducir las citas para evitar la inconveniencia de pasar de un idioma a otro repetidamente, dada la profusión de voces ajenas en un texto propio. Sólo se han dejado en idioma original los fragmentos poéticos o teatrales en los que la traducción habría implicado una violencia excesiva.

Introducción

Se recurre a las fábulas cuando faltan ejemplos y hoy abundan ejemplos históricos cuya ayuda es aun mejor pues sus marcas aún perduran. Por esto, la más adecuada entre todas las formas de escrito es la que Maquiavelo escogió para tratar lo relacionado con los asuntos del gobierno: los discursos sobre la historia y sus antecedentes. Los conocimientos particulares arrancados de la vida reciente nos indican el mejor camino para orientarnos en los hechos particulares que puedan meramente acontecer. Tiene mayor utilidad en la vida práctica el discurso dependiente del ejemplo que el ejemplo dependiente del discurso. Siendo la base el ejemplo y estando fundado en un relato histórico, se presenta rodeado de todas las circunstancias que pueden controlar el discurso que sobre ellas versa y auxiliarlo con el modelo de la acción, en tanto los ejemplos buscados ex profeso para el discurso aparecen llevados servilmente para darle mejor apariencia. (...) Podría aguardarse con esperanza la compilación completa de una historia de los tiempos, pues la recolección de relatos parciales serviría como una almáciga de la que oportunamente pueden sacarse los brotes para plantar un magnífico jardín.

Francis Bacon, *Del adelanto y el progreso de la ciencia divina y humana.*

Desde Heródoto y Tucídides hasta la profesionalización de la época contemporánea y el estallido posmoderno de los paradigmas historiográficos del siglo XX, la historiografía ha atravesado tantos avatares como la noción de historia misma. El ejemplo moral ciceroniano, la historia providencial medieval, la historia legendaria, diversas variedades de teleología –la visión *whig* de la historia la más famosa entre ellas–, el idealismo, el materialismo, son sólo algunos de los ejemplos que vienen inmediatamente a la mente a la hora de pensar el derrotero de los modos de entender el pasado en Occidente. Para cada una de esas evoluciones, también es cierto, pueden concebirse ejemplos regionales emblemáticos, lo que ha llevado frecuentemente a despreciar otros como sucedáneos o simples herederos de innovaciones que tuvieron lugar en otra parte. Así, puntualmente para el Renacimiento, las innovaciones historiográficas de Maquiavelo y Guicciardini han acaparado la atención de los especialistas y sólo reciente y aisladamente se concibió la

posibilidad de que ciertas apropiaciones extra-italianas de la historiografía humanista se desviaran en mayor o menor medida del modelo original.

El objetivo primario de la tesis es el estudio de la noción de historia predominante en Inglaterra a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. Se intentará probar que en esos años hubo una renovación en la historiografía inglesa que encontró expresiones diversas, en las que las imágenes desempeñaron también un papel. La interpretación providencial de la historia dejó lentamente paso a una concepción que hacía lugar a las causas segundas y, por su intermedio, a la acción humana en la determinación del curso de la historia. Además, esto comenzó a relegar ciertas interpretaciones históricas legendarias muy populares hasta entonces, lo que a su turno implicó que se privilegiaran fuentes escritas y arqueológicas como vías de acceso al pasado. El tratamiento de estas fuentes llevó también a la emergencia de métodos de anticuario, fundamentales para el desarrollo historiográfico, que surgieron junto con una renovada preocupación por la preservación de libros, documentos y vestigios de la antigüedad. También se buscará mostrar que estas innovaciones historiográficas hicieron posible que la historia misma representara un papel de mayor importancia en las disputas políticas contemporáneas y que se convirtiera en uno de los pilares de cierta conciencia histórica nacional en surgimiento. Finalmente, y tal vez tan importante como las demás hipótesis, se describirán los vínculos de estas novedades más estrictamente historiográficas con dos procesos culturales esenciales del siglo XVII, el surgimiento de la ciencia moderna y el de la idea de progreso.

Sin embargo, como se verá más adelante, para muchos historiadores estos procesos ingleses son simples reacciones a estímulos continentales: las evoluciones importantes en la historiografía de la temprana modernidad se habrían producido sobre todo en Francia e Italia y las resignificaciones inglesas habrían sido muy menores. Es cierto que muchos de los procesos aquí analizados tuvieron lugar algo tardíamente respecto de lo que ocurría en otras regiones. Es innegable también el vínculo de las innovaciones aquí tratadas con otros desarrollos paralelos y anteriores. Pero el particular derrotero que siguió la historiografía en Inglaterra no es una cuestión menor a la hora de pensar el desarrollo político y cultural de la isla a lo largo del siglo XVII, con todo lo que eso implica para el derrotero de la modernidad occidental. Es por eso que el análisis aquí propuesto buscará poner en evidencia una divergencia fundamental con opiniones recientes que consideran que no pasó prácticamente nada en la historiografía inglesa entre el siglo XV y el XVIII, y que lo poco que ocurrió era una adopción con pocas variantes de ejemplos procedentes de otra parte. En su conjunto, es necesario reconocerlo, esta tesis no aporta el descubrimiento de nuevas fuentes ni supone innovaciones teóricas excepcionales. Más bien propone un recorrido por diferentes textos e imágenes, entre los que se busca encontrar vinculaciones y establecer diálogos en el pasado soslayados, para interpretarlos, además, desde una perspectiva que se considera adecuada aunque no goce del favor de las posturas historiográficas más recientes. El estudio de las

relaciones entre disciplinas como la historia y la "filosofía natural", entre nociones como las de historia y progreso, entre modos de expresión cultural como la imagen y la palabra, permite remontarse a un tiempo en que las interacciones y deslindes entre ellas eran diversos de los actuales, lo que conlleva el reconocimiento del profundo carácter histórico de formas culturales en permanente transformación.

Es momento, entonces, de abordar el estado del conocimiento actual sobre el tema, para luego exponer más específicamente las hipótesis a sostener. El objetivo de la tesis es el abordaje de una serie de cuestiones de historia cultural inglesa entre fines del siglo XVI y mediados del siglo XVII. Fundamentalmente se analizarán la noción de historia, los métodos de la historiografía, sus vínculos con la política y con la emergente noción de progreso y con la ciencia moderna en surgimiento, y el papel de las imágenes en estos desarrollos. Esto llevará necesariamente a reflexiones respecto de la figura del intelectual en la temprana modernidad y a su papel en los desarrollos que tuvieron lugar por entonces. Por ello, se hace necesario incluir en el estado de la cuestión referencias a procesos sociales más amplios que tuvieron lugar en el siglo XVII, pero también a la historiografía sobre la noción de historia en el período, a cierto marco teórico y metodológico en el campo de la historia de la cultura y, finalmente, al acervo de conocimientos sobre la Revolución Científica.

I

1. Economía y sociedad en Inglaterra

La bibliografía general referente al último período Tudor y a los primeros años de los Estuardo en el trono es abundante y sigue aproximaciones historiográficas muy diversas.¹ Sin embargo, es conveniente iniciar el estado de la cuestión para un estudio

¹ Desde mediados del siglo XIX y durante el siglo XX, con los comienzos de la historiografía profesional en Inglaterra, el período Tudor-Estuardo despertó enorme interés incluso en las obras históricas generales. Como ejemplo pueden mencionarse J.R. Green, *A Short History of the English People*, Londres, G. Newnes, 1907; J.M. Trevelyan, *A Shortened History of England*, Londres, Longmans, 1942; F. Bradshaw, *A Short History of Modern England from Tudor Times to the Present Day*, Londres, University of London Press, 1915. Durante la segunda mitad del siglo XX incluso las obras generales respecto del período, como se verá en detalle respecto de la Revolución, estuvieron marcadas por un fuerte debate político contemporáneo. Entre las interpretaciones generales divergentes al respecto merecen mencionarse C. Hill, *Reformation to Industrial Revolution: 1530-1780*, Londres, Penguin, 1970 y H. Trevor-Roper, *From Counter-Reformation to Glorious Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1992. En el siglo XX, y tras los estudios de Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, las relaciones entre religión y economía han despertado el interés y la polémica entre los historiadores. Para el caso inglés una obra pionera al respecto fue producida por R.H. Tawney en el primer cuarto del siglo XX (*Religion and the Rise of Capitalism: a Historical Study*, Nueva York, Harcourt Brace, 1926, obra en la que sostenía que pese al conservadurismo inicial de la Iglesia reformada, en el largo plazo el vínculo entre puritanismo y sociedad haría que la "ética protestante" fuera compatible con las prácticas asociadas al nacimiento del capitalismo); algunas de cuyas hipótesis fueron retomadas por C. Hill en sus análisis de la relación entre economía, política y religión (*Economic problems of the Church: from Archbishop Whitgift to the Long Parliament*, Oxford, Clarendon Press, 1963). Como obra de síntesis respecto de los debates despertados por estas posiciones, puede consultarse S.E. Prall, *Church and state in Tudor and Stuart England*, Arlington Heights, H. Davidson, 1993. La historia inglesa de este período, además, fue de

de estas características con algunas referencias a la historiografía de la Revolución Inglesa de 1640-60. Se trata de un evento que ha sido siempre políticamente relevante y que ha adquirido, en parte como consecuencia de ello, enorme importancia para la historiografía. Así, los diferentes modos en que ha sido interpretada iluminan u oscurecen, según el caso, de maneras diversas el período que la precedió y aquel que la siguió. Puede acordarse en que las cuestiones más analizadas por los historiadores para los reinados de Isabel I, Jacobo I y Carlos II fueron la importancia de la transformación capitalista del campo y el artesanado ingleses; la consecuente situación de diversos sectores sociales ingleses (particularmente la de la gentry); la magnitud de los debates políticos parlamentarios y otras agitaciones políticas (como la rebelión de Essex y el motín de la pólvora); el papel de la cultura y las letras (sobre todo en lo referente al drama y la filosofía); la expansión ultramarina inglesa, y la situación religiosa a consecuencia de la Reforma y el puritanismo. Como se verá enseguida, las ideas que se tengan respecto de la Guerra Civil condicionarán la resolución del análisis de muchas de estas problemáticas. La Revolución ha provocado violentos debates desde que, con las primeras historias escritas por los contemporáneos, los historiadores han discutido el carácter y la naturaleza del suceso y su lugar en la historia de Inglaterra. Como ha afirmado R. Hutton, "la Guerra Civil ha despertado furias en el papel desde que la sangre dejó de derramarse".² El principal

gran importancia para los debates sobre la transición del feudalismo al capitalismo en el seno de la tradición marxista, como fuente privilegiada de argumentos para todas las posiciones en pugna (para el debate Dobb-Sweezy, Hilton, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977; para el debate Brenner, T. Aston, *El debate Brenner*, Crítica, Barcelona, 2001). Algo semejante puede decirse respecto de las discusiones sobre la crisis del siglo XVII y sus consecuencias para el desarrollo del capitalismo, afirmadas o negadas por tendencias contrapuestas en la discusión (se trata de un debate iniciado en *Past and Present* por E. Hobsbawm, que puede seguirse en T. Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660: Essays From Past & Present*, Londres, Routledge, 1983; véase también H. Trevor-Roper, *The Crisis of the Seventeenth Century; Religion, the Reformation, and Social Change*, Nueva York, Harper & Row, 1968). Ambos debates se basaron en (y provocaron) importantes estudios respecto de la realidad agraria y la situación de las clases rurales en Inglaterra (R.H. Tawney, *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, Nueva York, Harper, 1967; L. Stone, *Crisis of the Aristocracy, 1558-1641*, Oxford, Oxford University Press, 1967; H. Trevor-Roper, *The Gentry, 1540-1640*, Londres, Economic History Society/Cambridge University Press, 1953). Las obras recientes de síntesis histórica para los períodos Tudor y Estuardo son abundantes. La más difundida y aceptada por los especialistas para los Tudor es J. Guy, *Tudor England*, Nueva York, Oxford University Press, 1988. En cuanto al período Estuardo, puede consultarse B. Worden (ed.), *Stuart England*, Oxford, Phaidon Press, 1986. Por supuesto, una de las cuestiones que más ha llamado la atención sobre el período en el que vivió Shakespeare es el drama. Desde el siglo XIX (por ejemplo, W.C. Hazlitt (ed.), *The English Drama & Stage Under the Tudor & Stuart Princes, 1543-1664*, Londres, Roxburghe Library, 1862) la literatura al respecto es copiosísima y ha experimentado grandes vaivenes historiográficos, desde el formalismo (D.M. Bevington, *Growth of Structure in the Popular Drama of Tudor England*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1962) al marxismo (V.G. Kiernan, *Eight Tragedies of Shakespeare: A Marxist Study*, Londres, Verso, 1996) y las aproximaciones recientes del neohistoricismo (S. Greenblatt, *Renaissance Self Fashioning, from More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980). Una obra reciente incluye diversas aproximaciones a esta cuestión, incluyendo las ya mencionadas, el psicoanálisis, el posestructuralismo y los estudios de género J. Schiffer (ed.), *Shakespeare's Sonnets: Critical Essays*, Nueva York, Garland, 2000. Sin embargo, estudios sobre la literatura inglesa excluyendo el drama han insistido en su importancia para la comprensión de la historia cultural inglesa del período (C.S. Lewis, *English Literature in the Sixteenth Century Excluding Drama*, Oxford, Clarendon Press, 1954).

² R. Hutton, "The English Civil War", *English History Review*, CII, 1987, 214. Cit. en R.C. Richardson, *The Debate on the English Revolution*, Londres, Methuen & Co., 1977, 11. Probablemente

historiador contemporáneo a la Revolución, el conde de Clarendon, que había debido exiliarse luego de las victorias parlamentarias y que tras la Restauración sería Lord Canciller, construía un importante argumento político a partir de su estudio histórico, y lo hacía con una violencia polémica acorde a sus tiempos.³ Sin embargo, por oposición a evoluciones historiográficas recientes, C. Hill ha revalorizado la obra de Clarendon por su intento de “rastrear las causas sociales profundas de la Revolución”.⁴ Vecinas temporalmente a la obra de Clarendon vieron la luz dos obras que no tenían como objeto principal la investigación histórica acerca de la Revolución, pero que produjeron interpretaciones de amplio alcance al respecto. En *Leviathan*, T. Hobbes sostenía que la causa de la Revolución Inglesa debía buscarse en la fuerza de la moralidad y la riqueza mercantil, que había conducido a una lucha por la soberanía entre el rey y el Parlamento primero, y entre Cromwell y el Ejército y el Parlamento luego. Como las causas de la Guerra Civil eran morales, Hobbes sostenía que la causa profunda debía buscarse en las universidades.⁵ En 1656 James Harrington produjo una interpretación de la Revolución que gozaría de gran popularidad y provocaría grandes polémicas en el siglo XX, al sostener en *Oceana*, que la Guerra Civil había sido el resultado de la ruptura del balance entre las formas del poder político y la estructura social, específicamente la propiedad de la tierra.⁶

Durante el siglo XVIII la historiografía sobre la Revolución se desarrolló en el marco de la oposición política entre *whigs* y *tories*. La versión *tory* de la Guerra Civil se inspiraba parcialmente en la obra de Clarendon y era esencialmente contraria a cualquier resonancia parlamentarista; por ejemplo, calificaba a Cromwell como un “usurpador” o un “hipócrita fanático”.⁷ La noción de “interpretación *whig* de la historia” ha adquirido buena parte de su significado a partir de los análisis *whig* de la Revolución, que la interpretaban fundamentalmente en consonancia con los eventos de 1688 en tanto “garantías para la libertad intelectual y temporal de Inglaterra”, un escenario en el cual el radicalismo revolucionario era inaceptable, pero en el que Cromwell era visto como “servidor fiel de la Constitución”.⁸ La interpretación más influyente del siglo XVIII, sin embargo, sería la de David Hume, que combinaba elementos *whigs* y *tories* y manifestaba que sin una autoridad firme la libertad no

éste sea el trabajo más completo sobre la historiografía revolucionaria. Esta primera porción del estado de la cuestión ha recibido su influencia y la del estudio introductorio a la traducción de *La ley de la libertad*, de Gerrard Winstanley, a cargo de Julián Verardi, publicado por la editorial Biblos en 2005. Agradezco a Julián el acceso a ese material aun antes de su llegada a la imprenta.

³ Clarendon afirmaba que Thomas May, autor de *History of the Parliament of England*, encargada por el Parlamento en 1647, “murió miserable y abandonado, y merece ser olvidado” porque “se prostituyó a sí mismo al celebrar vilmente los actos infames de aquellos que se rebelaron contra el rey”. Cit. en H.R. Trevor-Roper, “Clarendon and the Practice of History”, Los Ángeles, William Andrews Clark Memorial Library, 1965, 39, 38.

⁴ Cit. en R.C. Richardson, *op. cit.*, 28.

⁵ T. Hobbes, *Leviathan*, C. B. Macpherson (ed.), Harmondsworth, Penguin Books, 1985, 166.

⁶ J. Harrington, *The Commonwealth of Oceana and a system of politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

⁷ G. Burnett, *History of his own Time*, Londres, 1724-1734 y J. Walker, *Sufferies of the Clergie*, Londres, 1714.

⁸ J. Oldmixen, *Critical History of England*, Oxford, 1724-30.

puede existir. Hume estaba convencido de que el gobierno debía ser garante de la justicia y no de la libertad, y por posiciones como éstas su obra fue atacada por los historiadores *whigs* y defendida por los *tories*.⁹ Hume compartía además con la interpretación de Clarendon y con los *tories* un fuerte rechazo al papel político desempeñado por el puritanismo durante la Revolución.¹⁰

El más rotundo ataque *whig* a la obra de Hume fue obra de la historiadora republicana Catherine Macaulay, quien remarcó el carácter revolucionario del siglo XVII e insistió en la importancia de los factores económicos para explicar su desarrollo, para transformar a la Guerra Civil en una lucha de la libertad frente a la tiranía,¹¹ una versión que encontraría continuidad en los populares trabajos de lord Thomas Macaulay,¹² que iban marginalizando lentamente a la versión *tory*. Sin embargo, las interpretaciones de la Revolución Francesa revitalizaron el carácter político del debate y convirtieron a la Revolución de 1640-60 y a la Revolución Gloriosa de 1688 en parámetros útiles para la comprensión de sucesos europeos contemporáneos. Basta mencionar a modo de ejemplos *Reflections on the Revolution in France* de Edmund Burke¹³ y las famosas expresiones de Thomas Macaulay: “¿Por qué fue la Revolución Francesa tan sangrienta y destructiva? ¿Por qué fue nuestra Revolución de 1641 comparativamente moderada? ¿Por qué lo fue aun más nuestra Revolución de 1688?”¹⁴ Años después, Francois Guizot, Piotr Kropotkin y Karl Marx establecieron un paralelismo aun mayor entre la Revolución Francesa y la Inglesa. Guizot, por ejemplo, sostenía que “la primera nunca podría haber sido entendida sin la segunda” y resaltaba que más allá de sus diferencias ambas compartían el importante rasgo de ser revoluciones burguesas, resultado natural del desarrollo histórico, “producidas por la misma causa, la decadencia de la aristocracia feudal”.¹⁵

El proceso de profesionalización de la historiografía inglesa durante el siglo XIX, con su pretensión de objetividad basada en el abandono de la impronta política en el estudio académico de la historia, dejó su marca en la interpretación de la Revolución. El objetivo de borrar los rastros políticos e ideológicos del debate historiográfico sobre la Revolución inspiró a Samuel Gardiner a elaborar una minuciosa historia cronológica, de la que derivó su hipótesis de la importancia del puritanismo como principio motor de la Revolución: “el puritanismo no sólo conformó la fuerza de la oposición a Carlos, sino la fuerza de Inglaterra en sí

⁹ D. Hume, *The History of Great Britain: the Reigns of James I and Charles I*, Harmondsworth, Penguin, 1970.

¹⁰ Tanto Clarendon como Hume definían al puritanismo como fanatismo subversivo. R.C. Richardson, *op. cit.*, 28 y 55.

¹¹ C. Macaulay, *The History of England...*, Bath, R. Cruttwell, 1778.

¹² T.B. Macaulay, *The History of England*, Nueva York, Washington Square Press, 1968.

¹³ Rinehart, Nueva York, 1959.

¹⁴ T.B. Macaulay, *Edinburgh Review*, LV, 1832, 560.

¹⁵ F. Guizot, *History of the English Revolution of 1640*, Londres, G. Bell & sons, 1884, XVI-XVII.

misma".¹⁶ A partir de su obra, los sucesos de 1640-1660 recibieron el nombre de "Revolución Puritana".

Ya en 1941, como complemento a sus estudios sobre los vínculos entre religión y surgimiento del capitalismo, R. Tawney sugirió una teoría de la Guerra Civil entendida como el conflicto político producto de un declive relativo de la aristocracia y un ascenso de la *gentry*,¹⁷ abierta a las nuevas oportunidades que ofrecía un mercado en expansión.¹⁸ Los estudios de Tawney daban inicio a la denominada "interpretación social" de la Revolución. A comienzos de la década siguiente, H. Trevor-Roper criticó las tesis de Tawney y sostuvo que la característica esencial del siglo anterior a la Revolución no era el ascenso de la *gentry*, sino la decadencia de la pequeña *gentry*, que no había podido mantener el nivel de vida al que estaba acostumbrada. La *gentry* que había logrado ascender económica y socialmente no era aquella porción vinculada al comercio y la pequeña propiedad, sino la que había logrado acercarse a la corte. Según Trevor-Roper, fue la pequeña *gentry* la que se levantó contra la corte en un intento por poner fin a esta situación.¹⁹ Aunque esta idea fue popular por un tiempo, pronto se puso en duda la identificación entre la pequeña *gentry* y los independientes y se observó que en un período de aumento de los precios de los alimentos la agricultura había sido una actividad rentable.²⁰

Entre los representantes de esta "interpretación social", C. Hill merece un párrafo aparte, pues sus numerosas intervenciones sobre prácticamente todos los aspectos de la Revolución marcan un antes y un después en los estudios referentes al siglo XVII inglés. Las primeras investigaciones de Hill se publicaron cuando se producía el tercer centenario del evento y en ellas el historiador inglés defendía la hipótesis de que la Revolución había sido el desplazamiento violento de la vieja clase feudal por parte de una burguesía en ascenso.²¹ Posteriormente Hill reelaboró su posición y propuso que "la concepción marxista de la revolución burguesa no implica una revolución hecha por la burguesía". La nueva concepción de Hill hacía depender el carácter burgués de la Revolución de las consecuencias que los acontecimientos de 1640-1660 habían tenido para la historia de Inglaterra, de modo que los

¹⁶ S. Gardiner, *History of the Great Civil War, 1642-1649*, Londres, Windrush Press, 1987-1991, I, 9.

¹⁷ Aunque existían enormes diferencias de riqueza entre la *gentry*, el concepto define, a grandes rasgos, el orden intermedio entre la nobleza y el campesinado, fundamentalmente los pequeños y medianos propietarios.

¹⁸ R. H. Tawney, "Harrington's Interpretation of his Age", *Proceedings of the British Academy*, XXVII, 1941; "The Rise of the Gentry, 1558-1640", *Economic History Review*, XI, 1941. En 1948 la tesis de Tawney fue apoyada por Lawrence Stone, quien postulaba una decadencia pronunciada de la aristocracia, cuyos gastos superaban con creces sus ingresos; interpretación luego criticada por Hugh Trevor-Roper. L. Stone, "The Anatomy of the Elizabethan Aristocracy", *Economic History Review*, XVIII, 1948; H. R. Trevor Roper, "The Elizabethan Aristocracy: An Anatomy Anatomised", *ibid.*, 2da. serie, III, 1951. En defensa de su propia tesis Stone publicó años después la ya citada *The Crisis of the Aristocracy*.

¹⁹ H. R. Trevor-Roper, "The Gentry, 1540-1640", *Economic History Review*, Supplement I, 1953.

²⁰ C. Hill, "Recent interpretation of the English Civil War" en *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the Seventeenth Century*, Nueva York, Schocken Books Londres, 1970, 3-13; P. Zagorin, "The social interpretation of the English Revolution", *Journal of Economic History*, XIX, 1959.

²¹ C. Hill (ed.), *The English Revolution, 1640. Three essays*, Londres, Lawrence & Wishart Ltd., 1940.

enfrentamientos de mediados del siglo XVII habían provocado cambios en la sociedad, la política y la cultura británicas que habían hecho posible “el establecimiento de condiciones mucho más favorables para el desarrollo del capitalismo que aquellas que prevalecían antes de 1640”.²² La frondosa producción de Hill sirvió de punto de partida para diversos autores que, criticándola o apoyándola, buscaron vincular los conflictos políticos, la compleja estructura de la religión, la producción intelectual y los cambios en la economía y la dinámica social, en un intento por ofrecer una visión de conjunto del período 1640-1660.²³

Sin embargo, como ha mostrado J. Verardi, a comienzos de la década del '70 la interpretación social de la Revolución recibió fuertes impugnaciones. Así, por ejemplo, aparecieron múltiples estudios de historia local, conocidos como “los estudios de la comunidad del condado”, que si bien tenían diferencias entre sí, afirmaban, en conjunto, que antes que a una causa de dimensiones nacionales, la lealtad de la *gentry* se debía en primera instancia al mantenimiento del orden en su propia comunidad.²⁴ Estas tesis comenzaron a denominarse “revisionistas”²⁵ y se reflejaron en una nueva historia política del Parlamento. Historiadores como Conrad Russell argumentaron que en las décadas previas a la Revolución no existían conflictos constitucionales, económicos o religiosos de largo alcance entre el Parlamento y el rey, y que las causas de la Guerra Civil se encontraban en conflictos de elite acerca de la política exterior y la diplomacia del gobierno de Carlos I.²⁶ En este sentido, además, se afirmó que los que habían sido concebidos como líderes parlamentarios de los comunes en las décadas previas a la Revolución no habían sido más que instrumentos de facciones de lords.

²² C. Hill, *Change and Continuity in Seventeenth-Century England*, Revised Edition, New Haven y Londres, Yale University Press, 1991, 279; “A Bourgeois Revolution?”, en J.G.A. Pocock (ed.), *Three British Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 1980, 110.

²³ Entre los más importantes, P. Zagorin, *A History of Political Thought in the English Revolution*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1954; J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law; a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957; C.B. Macpherson, *The political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, Clarendon Press, 1962; L. Stone, *The causes of the English Revolution, 1529-1642*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972; K. Thomas, *Religion and the decline of magic*, Nueva York, Scribner, 1971. Entre las obras más importantes de Hill, C. Hill, *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the Seventeenth Century*, Londres, Secker & Warburg, 1958; *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Nueva York, Schocken Books, 1964; *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980; *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Siglo XXI, 1972.

²⁴ C. Holmes, “The ‘County Community’ in Stuart Historiography”, *Journal of British Studies*, 9, 1980, resume los estudios de la “comunidad del condado”.

²⁵ Para el debate despertado por el revisionismo, véase C. Hill, “Parliament and People in Seventeenth-Century England”, *Past and Present*, 92, 1981; M. Fulbrook, “The English Revolution and the Revisionist Revolt”, *Social History*, 7, 1982; J. Kenyon, “Revisionism and Post-Revisionism in Early Stuart Historiography”, *The Journal of Modern History*, 64, 4, 1992; P. Anderson, *English Questions*, Londres-Nueva York, 1992, 284-290.

²⁶ En este aspecto el revisionismo ha seguido las ideas de Peter Laslett, quien en 1965 escribía que la Inglaterra del siglo XVII era una “sociedad de una sola clase”, porque sólo una elite “pequeña, selecta y especial” era la responsable de la dinámica histórica: “para contar como un agente activo de lo que llamamos registro histórico, había que ser un caballero”. P. Laslett, *The World we have Lost*, Londres, Methuen, 1971, 29, 28.

Como consecuencia de estas impugnaciones, la preocupación de la "interpretación social" por encontrar las causas de la Revolución fue abandonada, y se llegó a afirmar que "antes de explicar por qué se produjo la Revolución Inglesa, debemos preguntarnos de nuevo si en realidad se produjo",²⁷ lo que tuvo como resultado que los participantes en el debate de la década de 1950, historiadores con propuestas tan distintas como Hill, Tawney y Stone, se encontraran en los años '70 agrupados por el revisionismo en una misma perspectiva. En las décadas de 1970 y 1980, la propuesta revisionista se impuso completamente. La idea de una Revolución Inglesa cayó en desuso y los acontecimientos de 1640-1660 comenzaron a ser conocidos como la "Gran Rebelión" o, más significativamente, como "el interregno", un período intermedio entre dos reinados de la casa de los Estuardo, un "interludio excéntrico e insignificante entre dos fases de normalidad, en el que todo lo ocurrido fue minoritario y accidental",²⁸ en lo que constituye una impugnación poco convincente del carácter revolucionario de los acontecimientos de 1640-1660.²⁹ Tanto en el análisis de la literatura referente a la noción de historia y la práctica historiográfica en el período prerrevolucionario como en el de la producción sobre la Revolución Científica, han aparecido nociones semejantes a las que los revisionistas han pergeñado para cuestiones más generales, que postulan la ausencia de cambios de importancia entre algún momento cerca del fin de la Edad Media y el siglo XVIII.

En paralelo, la interpretación del período previo a la Revolución está fuertemente signado por lo que se piense de ella. Quienes la consideran el resultado de escaramuzas de la alta política piensan, por ejemplo, que los debates parlamentarios anteriores al interregno no expresaban el pensamiento de nadie, ni reflejaban evoluciones en la concepción de la política y la historia, sino simplemente alineamientos de patrones y clientes. Quienes consideran que la Guerra Civil fue un conflicto social de grandes proporciones e implicancias, en cambio, tienden a interpretar ciertos eventos políticos y culturales muy anteriores, incluso aquellos que se remontan al reinado de Isabel, a la luz de las que serían sus grandes consecuencias.

2. Historia y anticuariado

Teniendo en cuenta la evolución recién descrita de los estudios referentes a la Revolución y la marca indeleble que este suceso ha dejado en la interpretación del resto de los aspectos de la historia inglesa de los siglos XVI y XVII, no sorprende

²⁷ C. Russell, *Times Higher Education Supplement*, 8 de marzo, 1974.

²⁸ C. Hill, *Some Intellectual Consequences of the English Revolution*, Londres, Wonderfeld and Nicholson, 1980.

²⁹ Una generación posterior criticó la hipótesis revisionista de consenso en la cultura política del siglo XVII, y sostuvo que una interpretación de este tipo marginaliza la ideología, de modo que rechazó la imagen revisionista de facciones en lucha en un mundo de valores compartidos. Sin embargo, "ni unos ni otros discuten qué es el conflicto o cómo se constituyen, confrontan, validan y apropian los valores del siglo XVII: no comprenden la naturaleza de la política moderna temprana y son profundamente anacrónicos". K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 5.

notar que la reflexión sobre la historiografía prerrevolucionaria haya seguido un derrotero semejante. Los estudios de C. Hill y F. Fussner³⁰ consideraban que había tenido lugar una "Revolución Histórica", tal el término ideado por este último autor. Fundamentalmente, la hipótesis de ambos afirmaba que en los siglos XVI y XVII la historiografía inglesa había experimentado una transformación significativa que la había acercado como nunca antes a una historiografía moderna. La obra de Hill, mucho más general, afirmaba esto respecto de las concepciones históricas de sir Walter Raleigh. El libro de Fussner, por su parte, estudiaba en profundidad el conjunto de las evoluciones de la historiografía en el último período Tudor y a comienzos de la dinastía Estuardo, en campos tan diversos como la historia universal, la crónica y la historia legal. Sus conclusiones eran bastante menos entusiastas respecto de la modernidad de Raleigh, pero encontraban cambios revolucionarios en los modos de acceso al pasado, fundamentalmente en los de aquellos historiadores que habían sostenido algún vínculo con la Sociedad de Anticuarios.

Quince años después apareció un artículo de John Preston en el *Journal of History of Ideas*³¹ que, sintetizando la posición "revisionista" aparecida desde entonces, se preguntaba si había existido una "Revolución Histórica" y deslizaba un cuestionamiento a la idea de que habían tenido lugar cambios de importancia en la historiografía del período. Por otra parte, Preston enfatizaba que el debate había tendido también a identificar historiografías nacionales más o menos revolucionarias, fundamentalmente a partir de los casos italiano, francés e inglés. Pronto, el revisionismo en la materia, a tono con la tendencia más general, comenzó a negar que hubieran existido cambios *tout court*. J. Levine, por ejemplo, llegó a sostener que desde la renovación humanista de la crónica en la segunda mitad del siglo XV todo se mantuvo igual en lo referente a la historiografía inglesa por 300 años; de modo que su estudio tiende a igualar a la historiografía inglesa de la temprana modernidad con la medieval, y a definir cualquier innovación como parte de la incorporación del ejemplo humanista de los siglos XIV y XV. Del mismo modo, sostiene que los verdaderos cambios historiográficos no arribarían sino hasta el siglo XVIII.³² D.R. Kelley, por su

³⁰ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980. F. Fussner, *The Historical Revolution*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1962. Para Fussner, "la revolución histórica es un complejo de cambios en el objetivo, el contenido, el método y el estilo de la escritura histórica entre 1580 y 1660" (300). El objetivo pasó de la lección moral a la utilidad, de la obsesión con la verdad metafísica frente a la que los hechos no son significativos a una preocupación secular devota de los hechos y la generalización. El papel de la providencia decayó junto al de la Escritura a favor de los documentos y la causalidad humana. El estilo pasó de la magnificencia barroca de Raleigh a la simplicidad. La crónica decayó y creció la importancia de los modelos clásicos.

³¹ J.H. Preston, "Was There a Historical Revolution?", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 38, No. 2, 1977.

³² J. M. Levine, *Humanism and history, Origins of Modern English Historiography*, Nueva York, Cornell University Press, 1987. Para Levine, "el método moderno de la historiografía inglesa surge principalmente de la influencia del humanismo renacentista. (...) El humanismo no fue un movimiento completamente progresivo ni una bendición para la cultura y la historiografía inglesas. Fue al mismo tiempo un incentivo y un freno para el desarrollo de la historiografía moderna. Sin embargo, parte de lo que ocurrió se debe a una larga serie de encuentros entre la antigüedad y el mundo moderno entre los siglos XVI y XVII. (...) En ese sentido, los años entre 1500 y 1800 constituyen un solo período con un

parte, negaba la existencia de un cambio revolucionario en la historiografía inglesa, aunque lo aceptaba para el caso francés.³³ Estas tesis habían sido adelantadas a fines de la década de 1960 por F.J. Levy, quien prácticamente no se refiere en su texto a las obras de Hill y Fussner.³⁴ En este contexto, merece destacarse el estudio del desarrollo de la conceptualización histórica y de los métodos historiográficos: J.G.A. Pocock analizó la formación de la noción moderna de feudalismo en el contexto de los debates políticos del siglo XVII sobre el desarrollo de la ley.³⁵

Tal vez el historiador más prolífico en los últimos veinte años respecto de la cuestión bajo análisis haya sido D. Woolf.³⁶ Si uno de los campos fundamentales de disputa en el debate se refiere al carácter innovador o estático de la historiografía del período, Woolf prefiere situar sus estudios a mitad de camino y encontrar un conjunto de claroscuros en casi todas las cuestiones discutidas.³⁷ De hecho, su interpretación de la historiografía inglesa bajo los Tudor y los Estuardo ejemplifica otra de las características de la historiografía revisionista, esto es, una erudición asombrosa, una

conjunto de hábitos comunes, impuestos por una educación uniforme basada en los clásicos. La imitación del lenguaje clásico fue acompañado por un renacimiento de la Antigüedad, con consecuencias historiográficas" (9).

³³ D.R. Kelley, "History, English Law and the Renaissance", *Past and Present*, 65, 1974.

³⁴ F.J. Levy, *Tudor Historical Thought*, San Marino, Huntington Library, 1967. En un texto anterior, sin embargo, Levy había aceptado el término "Revolución Histórica": F. J. Levy, "The Elizabethan Historical Revolution", *History*, 4, 1961.

³⁵ J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution And The Feudal Law; A Study Of English Historical Thought In The Seventeenth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987. J.G.A. Pocock propone una revolución histórica en Inglaterra mientras acepta la importancia de los juristas franceses. Éstos describieron al feudalismo como producto de un proceso complejo paneuropeo. Los juristas ingleses pensaban su sistema legal como basado en la costumbre inmemorial, un error imposible en Francia donde la ley consuetudinaria tenía un rival reconocido en el derecho romano. "Hechizados por la costumbre, los juristas ingleses descartaron la influencia normanda mediante una lectura ahistórica del pasado. Durante la Guerra Civil decayó la importancia de la base consuetudinaria de la ley en sí y creció la del derecho inmemorial del Parlamento para hacer la ley, algo que requería una construcción de nuevos mitos. H. Spelman, anticuario, en lugar de obsesionarse con lo inmemorial vinculó la ley inglesa con el feudalismo continental: Spelman estableció que la tenencia básica en la ley inglesa incluía un complejo de relaciones entre señor y vasallo descrito por un gran número de autores continentales sobre la ley feudal. Muchas de esas relaciones estaban presentes en la *common law* y eso se explicaba por un origen común. Esta fue la revolución historiográfica del siglo XVII". La conquista normanda implicaba un quiebre con el pasado, de modo que Spelman impuso así una nueva periodización: pre-feudal, feudal, post-feudal. "La práctica de interpretar la ley medieval como consecuencia de relaciones basadas en el *feudum* resultó en una negación del carácter inmemorial del Parlamento y en un argumento fuerte a favor de que el reino estaba determinado por la tenencia de la corona; el único parlamento imaginable era un consejo feudal. Es el descubrimiento más importante de la historiografía de la Constitución medieval" (Pocock, 111).

³⁶ Su obra más importante al respecto es *The Idea of History in Early Stuart England: Erudition, Ideology and 'The Light of Truth' from the Accession of James I to the Civil War*, Londres y Toronto, University of Toronto Press, 1993.

³⁷ Así, Woolf ha afirmado que "Fussner tenía razón en sugerir una Revolución Histórica, pero se equivocó al identificar como revolucionaria la escritura de la historia, al limitarla temporalmente y ubicarla demasiado temprano (1580-1640). La revolución no fue la innovación metodológica ni el descubrimiento del cambio social de largo plazo, como sostiene Ferguson. Fue un cambio de largo plazo de sensibilidad, gusto y modales que transformó la historia de un pasatiempo menor de cronistas monásticos y oficiales cívicos en un área de estudio mayor de las universidades y lectores ordinarios, y por ello en un género más atractivo". D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 5. Como es evidente, es difícil comprender qué es lo que considera correcto Woolf en la interpretación de Fussner, como lo es entender qué ve de revolucionario en una comparación que tranquilamente podría describir cualquier aspecto de la cultura europea en dos momentos separados, el fin de la Edad Media y el inicio del siglo XVIII.

concentración formidable en los detalles y, simultáneamente, una reticencia explícita a descifrar la existencia de tendencias generales de evolución en los temas estudiados, en parte debido a una excesiva preocupación por el modo en que los contemporáneos experimentaban los sucesos.³⁸ El único autor posterior a Hill y Fussner que ha otorgado crédito a la idea de que la noción de historia en Inglaterra en los siglos XVI y XVII presenta particularidades e innovaciones dignas de mención es A.B. Ferguson, quien considera que los historiadores eran hombres de poca imaginación que escribían sobre los grandes muertos y sus grandes gestas, y que quienes abordaban el cambio social y cultural del pasado no eran considerados historiadores, sino anticuarios, de modo que “hubo una revolución histórica, pero no fue protagonizada por historiadores”: había una distinción entre erudición e historia.³⁹ Por otra parte, la preocupación central de su texto es la actitud hacia el pasado, la idea de historia, en términos generales, y no específicamente la historiografía. Aun en este sentido sus conclusiones difieren de aquellas de D. Woolf.

A lo largo de este texto se evitará deliberadamente el uso del término “revolución” para hacer referencia a los derroteros de la historiografía y de la noción de historia en este período, fundamentalmente porque una inflación del concepto es tan inaceptable como su restricción excesiva. Durante los primeros sesenta años del siglo XX surgieron “revoluciones” en casi todos los ámbitos de la historia inglesa entre 1400 y 1700: se habló de una revolución social, de una Revolución Científica, de una revolución religiosa con la Reforma, de una “revolución Tudor” en el gobierno⁴⁰ y de una “Revolución Histórica”, entre otras, probablemente en orden decreciente de plausibilidad. Evidentemente las evoluciones y los cambios observados en las formas de gobierno durante Enrique VIII o en los modos de pensar el pasado y de escribir sobre él durante el período Tudor y Estuardo son de un carácter, una magnitud y un alcance considerablemente menores que aquellos que tuvieron lugar durante la Revolución de 1640-60 o durante la Revolución Científica, y estas diferencias hacen necesaria una restricción de la aplicación del término “revolución”. Sin embargo, el objetivo principal de esta tesis es demostrar que las evoluciones que tuvieron lugar en el campo historiográfico fueron de una importancia mayor a la reconocida por el reciente revisionismo en la materia.

Es conveniente abordar aquí brevemente la historiografía de los vínculos entre la historiografía italiana del *cinquecento* y el inicio del *seicento* con su contemporánea inglesa.⁴¹ En Italia, muchas de las novedades historiográficas aquí examinadas se

³⁸ Esta cuestión será retomada más adelante, en el análisis de la historiografía de la Revolución Científica.

³⁹ A.B. Ferguson, *Clio Unbound, Perceptions of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979.

⁴⁰ G.R. Elton, *The Tudor Revolution in Government. Administrative changes in the reign of Henry VIII*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953.

⁴¹ Es imposible aquí abordar en su totalidad la inmensa bibliografía referente a la historiografía italiana de los siglos XVI y XVII. Entre los textos de lectura imprescindible para una aproximación a la historiografía de pensadores tan importantes como N. Maquiavelo y F. Guicciardini deben mencionarse los siguientes: A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*,

originaron en los escritos de Maquiavelo y Guicciardini. De las páginas del primero surge la noción de historiografía como estudio de los hechos del pasado en busca de la *verità effettuale della cosa*. Pero se trataba además, tal como la práctica de ambos florentinos como historiadores lo ponía en evidencia, de una nueva concepción secular y profana del pasado histórico, diferente de las historias medievales en las que las explicaciones causales estaban fuertemente influidas por la intervención de la providencia. La difusión de las obras históricas y políticas de ambos en Inglaterra está confirmada hace ya tiempo y uno de los objetivos de este estudio es rastrear las influencias de esas obras y las apropiaciones y apartamientos de las que fueron objeto. La influencia de la obra política de Maquiavelo en la cultura y el pensamiento inglés de los siglos XVI y XVII ha sido notada en numerosas ocasiones. Maquiavelo despertaba en Inglaterra un conjunto de reacciones ambiguas que iban de la identificación con su pensamiento político a un rechazo que dio origen a una tradición anti-maquiavélica inglesa. Estas actitudes contrapuestas se verifican incluso en el pensamiento de un mismo autor. Sir Francis Bacon, por ejemplo, sostenía que no debía olvidarse “lo mucho que debemos a hombres como Maquiavelo por haber escrito sobre aquello que los hombres hacen y no sobre lo que deberían hacer”; pero también expresaba sus reservas frente a las implicancias morales de la filosofía política del florentino.⁴² Asimismo, buena parte de las obras políticas atribuidas a sir Walter Raleigh tenían una fuerte inspiración maquiavélica. La obra de Guicciardini también fue ampliamente leída en la Inglaterra isabelina. Se rastrearán en mayor profundidad las huellas de estas lecturas en las obras históricas de la época en el primer capítulo de la tesis. Sin embargo, los aspectos que más han llamado la atención de los historiadores respecto del pensamiento de Maquiavelo y Guicciardini se vinculan con su faz política y no tanto con el aspecto historiográfico, aunque éste ha sido notado fragmentariamente en los trabajos que se citan a continuación y en las ya mencionadas obras de C. Hill, F. Fussner y J. Levine.⁴³

Buenos Aires, Nueva Visión, 1997; Q. Skinner, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza, 1995; F. Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: politics and history in sixteenth-century Florence*, Nueva York y Londres, Norton, 1984; F. Gilbert, *Niccolo Machiavelli e la vita culturale del suo tempo*, Bologna, Il Mulino, 1964; E. Garin, *Machiavelli fra politica e storia*, Torino, Einaudi, 1993; G. Toffanin, *Machiavelli e il tacitismo: la politica storica al tempo della controriforma*, Napoli, Guida, 1972; L. Strauss, *Pensieri su Machiavelli*, Milano, Giuffrè, 1970; F. Chabod, *Scritti su Machiavelli*, Torino, Einaudi, 1993; R. Esposito, *La politica e la storia: Machiavelli e Vico*, Napoli, Liguori, 1980; E. Cochrane (ed.), *The Late Italian Renaissance. 1525-1630*, GB, Macmillan, 1970, especialmente G. Spini: “Historiography: The Art of History in the Italian Counter Reformation”; V. De Caprariis, *Francesco Guicciardini: dalla politica alla storia*, Bari, Laterza, 1950; E. Scarano Lugnani, *Guicciardini e la crisi del Rinascimento*, Bari, Laterza, 1973; R. Ramat, *Il Guicciardini e la tragedia d'Italia*, Firenze, L.S. Olschki, 1953; U. Spirito, *Machiavelli e Guicciardini*, Firenze, Sansoni, 1944; A. Gustarelli, *La vita e le opere di Francesco Guicciardini*, Livorno, Giusti, 1914; F. Fido, *Machiavelli, Guicciardini e storici minori del primo Cinquecento*, Milano, F. Vallardi, 1994.

⁴² F. Bacon, *Del adelanto y el progreso de la ciencia divina y humana*, Buenos Aires, Lautaro, 1947, 208.

⁴³ D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; J.G.A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1975; G. Procacci, *Machiavelli Nella Cultura Europea Dell'eta Moderna*, Bari, Laterza, 1995; F. Raab, *The English Face of Machiavelli. A changing interpretation, 1500-1700*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964.; J.L.

Como segunda forma de aproximación a los vínculos entre las historiografías italiana e inglesa del período, será necesario incluir algunas referencias a las influencias cruzadas entre P. Sarpi (1552-1623) y algunos ingleses de su tiempo. Sarpi fue un fraile de la orden de los Servidores de María que desarrolló su actividad intelectual y política al servicio de la República de Venecia. Su labor en defensa de las posiciones de la República fue crucial durante el interdicto que el papa impuso sobre la *Serenissima* en 1606, en tanto que su actividad como historiador encontró sus expresiones más cabales en el *Tratado de las materias beneficiales* (c. 1608) y en la *Historia del Concilio de Trento* (1619).⁴⁴ Además de diversos rastros de influencia de una obra inglesa en la producción historiográfica del veneciano, sus vínculos con Inglaterra fueron cruciales para la publicación de este último escrito, y del mismo modo Sarpi se ocupó personalmente de la producción de una traducción anotada de *Relación sobre el estado de la religión* de Edwin Sandys.⁴⁵ Todas estas cuestiones serán analizadas con mayor detalle a lo largo de la tesis.

3. La historia de la cultura

Dadas las características de las hipótesis propuestas conviene, además, abordar brevemente las tendencias predominantes en el campo de la historia de la cultura. Esta tarea ha sido realizada en diversas ocasiones y una clasificación interesante al respecto es aquella propuesta por J.E. Burucúa.⁴⁶ Desde su punto de vista, existe por un lado un modelo globalizante, que enfatiza la convergencia y los campos en común en la totalidad de una sociedad determinada para el análisis cultural –tal la aproximación pionera de J. Burckhardt⁴⁷ y luego el modelo predominante para el conjunto de estudios realizados bajo la influencia de la escuela de *Annales* mediante su noción de mentalidad⁴⁸–. Por otro lado, Burucúa identifica un modelo agonal, que

Lievsay, *The Elizabethan image of Italy*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1964; J.L. Lievsay, *The Englishman's Italian Books, 1550-1700*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1969; AA. VV., *Atti del Convegno internazionale su Il pensiero politico di Machiavelli e la sua fortuna nel mondo, Sancesciano-Firenze, 28-29 settembre 1969*, Florencia, Istituto nazionale di studi sul Rinascimento, 1972; M. Praz, *Machiavelli in Inghilterra ed altri saggi*, Roma, Tumminelli, 1942; C. Lefort, *Le travail de l'œuvre Machiavel*, París, Gallimard, 1986.

⁴⁴ Como aproximaciones generales a las relaciones de Sarpi con Inglaterra deben mencionarse G. Cozzi, *Paolo Sarpi tra Venezia e l'Europa*, Torino, Einaudi, 1979; J.L. Lievsay, *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his English friends*; Wichita, Kansas University Press, 1973; G. Cozzi, "Fra Paolo Sarpi, l'anglicanesimo e la 'Storia del concilio tridentino'", *Rivista Storica Italiana*, LXVIII, IV, 1956; F. Yates, *Ensayos Reunidos I*, Mexico, FCE, 1996; A. Asor Rosa, "Historia del Concilio Tridentino de Paolo Sarpi", en *Letteratura italiana, "Il '600"*, Einaudi, 1972; F. Chabod, *Escritos sobre el Renacimiento*, México, FCE, 1990.

⁴⁵ Sandys nació en 1561, hijo del obispo de Worcester, exiliado durante la restauración católica de María. Pertenecía a la corriente más rígida de la Iglesia y se lo tenía por puritano, aunque criticaba a los puritanos por sus exigencias anticeremoniales, ya que "el ministerio no puede ejercerse sin sus ritos". Estudió en Oxford y fue educado por R. Hooker, el gran teórico de la Iglesia anglicana y defensor de ésta contra el puritanismo.

⁴⁶ J.E. Burucúa, *Corderos y Elefantes*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001.

⁴⁷ *La civilisation de la Renaissance en Italie*, París, Plon, 1958.

⁴⁸ J. Le Goff, "Les mentalités. Une histoire ambiguë", en J. Le Goff y P. Nora (ed.), *Faire de l'histoire*, París, Plon, 1974.

reconoce el carácter conflictivo de la sociedad y, en consecuencia, de la cultura —que incluye a representantes tan diversos como el propio Marx,⁴⁹ los marxistas ingleses,⁵⁰ el intento de *aggiornar* la noción de mentalidad a una aproximación clasista de M. Vovelle,⁵¹ los estudios de C. Ginzburg⁵² y, finalmente, la aproximación de M. Foucault⁵³—. Ciertamente las dos aproximaciones experimentaron cruzamientos e influencias recíprocas y el presente estudio aprovechará nociones y estudios de caso producidos por representantes de ambas. Entre ellas merecen destacarse los conceptos de circulación y recepción, sobre los que se harán algunas referencias más adelante, aunque será evidente la fuerte influencia de las nociones de hegemonía e ideología en sus acepciones gramscianas,⁵⁴ las nociones de emergente y residual de R. Williams,⁵⁵ etc., útiles para el tratamiento de la aparición de una nueva noción de historia y sus usos en la Inglaterra de la modernidad temprana.

A lo largo del presente estudio se volverá evidente que muchas de las novedades y continuidades en los procesos culturales analizados se vinculan con el contexto sociopolítico inglés de la época. Pero además, a una escala menor, las interacciones en diversos círculos, formales e informales, de los personajes estudiados en este trabajo fueron importantes para definir algunas de las particularidades de la noción de historia y de la práctica historiográfica del período. Estas relaciones se verificaron fundamentalmente entre miembros de la elite vinculada a las cortes Tudor y Estuardo, pero existieron además otras, interclasistas, sin las cuales es difícil explicar algunas de las peculiaridades bajo análisis. Así, es posible llamar la atención acerca de la importancia de los vínculos entre científicos, historiadores, cortesanos, colonizadores, artesanos, comerciantes y la relevancia de los círculos de discusión en que algunos de ellos tenían posibilidad de encontrarse y de entablar relaciones de diverso tipo (intelectuales, económicas, familiares, de patronazgo y protección, etc.). En ocasiones, los contemporáneos mismos reconocieron la importancia de estos vínculos. Dadas las condiciones de producción de su *The History of the World*, por ejemplo, Raleigh no habría podido completarla sin la colaboración de Robert Burhill, Ben Jonson y Thomas Harriot, ni sin la provisión de textos por parte de sir Robert Cotton. Asimismo, sir Francis Bacon enfatizaba la importancia de la actividad de los artesanos para los descubrimientos e innovaciones al afirmar que “para realizar el progreso científico que hoy está al alcance de la humanidad hemos de ampliar

⁴⁹ K. Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Londres, Kegan Paul, 1904.

⁵⁰ H.J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, 1989.

⁵¹ M. Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985.

⁵² C. Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.

⁵³ M. Foucault, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

⁵⁴ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, 2001; A. Gramsci, *Pasado y Presente*, Gedisa, Barcelona, 1977; T. R. Bates, “Gramsci and the Theory of Hegemony”, *Journal of the History of Ideas*, XXXVI, n. 2, 1975; Chantal Mouffe, “Hegemonía e ideología en Gramsci”, en *Teoría 5*, 1980 y “Hegemonía, política e ideología”, en Julio Labastida y Martín del Campo, *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985; Ernesto Laclau: “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en *Ibidem*; Hughes Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, México, 1997.

⁵⁵ R. Williams, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 2000.

nuestras mentes en la comprensión de todo el universo y con este objetivo el filósofo ha de cooperar con el artesano”.⁵⁶ Es necesario tener en cuenta diversos estudios dedicados a probar que las innovaciones en lo referente a las concepciones del saber y en lo referido a sus usos posibles se encuentran en íntima relación con determinados *intercambios* sociales que generan una cierta *energía social* –en términos de S. Greenblatt⁵⁷– o bien con algún tipo de *relaciones de fuerza* –según una concepción más a tono con el carácter conflictivo de la sociedad europea moderna pergeñado por C. Ginzburg⁵⁸– que les dan entidad y relevancia en su contexto sociohistórico de origen y les otorgan cierta flexibilidad para adaptarse a las posibles novedades. Esto sugiere la posibilidad de la existencia de algún tipo de *circularidad* entre diferentes campos culturales (M. Bajtin, C. Ginzburg, J.E. Burucúa⁵⁹), que no se aplica solamente a la difusión y modificación de nociones surgidas en alguno de ellos, sino también a su construcción; al tiempo que se postula que el papel de las imágenes en tal vinculación ha de haber tenido cierta importancia.

En este campo demostrarán su utilidad las teorías referentes a la recepción. Al respecto, las últimas décadas han visto un desplazamiento del eje del análisis del autor y sus intenciones a la aprehensión de los textos y la actividad del lector, por cuanto cualesquiera hayan sido las intenciones de los autores, los lectores traen sus experiencias al encuentro con los textos en la lectura, un proceso en el que también se construyen significados. Así, por ejemplo, se llegó a afirmar, invirtiendo la opinión tradicional, que es el lector el que hace el texto. H.R. Jauss y W. Iser, a pesar de sus diferencias, acuerdan en que el texto y el autor tienen un papel central en su recepción: el texto tiene un potencial de significación, pero el lector llega a él con un horizonte de expectativas, pues hay un conjunto de convenciones sociales compartidas que delimitan tanto la escritura como la lectura y vinculan a autor, texto y lector.⁶⁰ Aunque se ha cuestionado este condicionamiento social del acto de lectura y se ha sugerido que la historia de la lectura debe revelar especialmente las interacciones específicas de lectores y textos, parece claro que la lectura es un proceso más complejo que el simple rechazo o aceptación del significado de un texto, es una acción social y personal, históricamente condicionada.⁶¹ Se han analizado imprentas, ventas, distribuciones y precios, parece evidente que éstos son datos que no pueden dejar de tenerse en cuenta, pero también debe reconocerse que, aunque elusivo, “la

⁵⁶ F. Bacon, *The Works of Francis Bacon, Baron of Verulam, Viscount St Alban, and Lord High Chancellor of England, collected and edited by James Spedding*, IV, Londres, Longmans and Co., 1870, 79.

⁵⁷ S. Greenblatt, *Shakespearean Negotiations, the Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Los Angeles, University of California Press, 1988.

⁵⁸ C. Ginzburg, *Rapporti de forza. Storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2001.

⁵⁹ M. Bajtin, *L'Autore E L'Eroe. Teoria Letteraria E Scienze Umane*, Torino, Einaudi, 2000; y *La Cultura Popular En La Edad Media Y En El Renacimiento. El Contexto De François Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial, 1999; C. Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981; J.E. Burucúa, *Corderos... op. cit.*

⁶⁰ H.R. Jauss, *Towards an Aesthetic of Reception*, Minesota, 1982, y W. Iser, *The Act of Reading*, 1978.

⁶¹ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 36.

utilización intelectual que los lectores hicieron de sus lecturas es una cuestión decisiva que no puede responderse mediante análisis temáticos de trabajos impresos o por análisis de la difusión social de categorías diversas de trabajos".⁶² El problema de cómo estudiar el uso intelectual que los lectores hacen de sus lecturas llevó al surgimiento de la historia del libro, una historia social y cultural de la comunicación impresa, pero se ha vuelto una especialización académica y su contribución a la historia de la recepción de la palabra impresa ha sido cuestionada.⁶³ Sin embargo, estas cuestiones deberán tenerse en cuenta en el intento de comprender el modo en que nociones como las de historia y progreso y prácticas vinculadas a la ciencia moderna se abrieron paso y se fueron modificando en el proceso de su recepción a partir de los textos que les dieron origen. Respecto de los círculos intelectuales, en general limitados a intercambios entre miembros de la elite y en los que evidentemente se llevaban a cabo procesos de lectura de gran interés, existe literatura específica referente a la Inglaterra del período bajo análisis.⁶⁴

Por otra parte, las cuestiones que se analizarán en esta tesis se vinculan íntimamente con la aparición de la imprenta, pues las ideas novedosas respecto de la historia y los nuevos métodos historiográficos no sólo encontraron expresión en forma impresa, sino que sólo pudieron construirse una vez aparecido este artificio. Para E. Eisenstein, la "cultura impresa" se caracteriza por ciertas características que la imprenta provee a los textos, fundamentalmente estandarización, diseminación y fijación, que pusieron fin a la "corrupción de la cultura del manuscrito". La imprenta permitió, por ejemplo, la comparación confiable entre textos fijos, de modo que la cuestión de la fidelidad de las representaciones dejó de ser un problema, lo que dio origen a las condiciones de posibilidad para el progreso del conocimiento. Eisenstein afirma entonces que el Renacimiento y la Reforma se volvieron permanentes por la permanencia de sus textos canónicos, y que lo mismo puede afirmarse respecto de la ciencia: la Revolución Científica sería inconcebible sin una previa revolución de la imprenta.⁶⁵ Estudios recientes en este campo han cuestionado la noción de cultura impresa de Eisenstein. A. Johns⁶⁶, por ejemplo, ha insistido en que la imprenta, con las características que Eisenstein le atribuye, es en realidad una construcción social y cultural laboriosa, cuyo ocultamiento le dio a la imprenta el aire de confiabilidad intrínseca sobre el cual se construyó su éxito comercial y cultural. Desde esta

⁶² R. Chartier, *Cultural History, Between Practices and Representations*, Cambridge, Polity, 1988, 35.

⁶³ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 40.

⁶⁴ De diverso valor, pero representativos, por ejemplo, M.C. Bradbrook, *The school of night; a study in the literary relationships of Sir Walter Raleigh*, Nueva York, Russell & Russell, 1965; C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980; E. Rosenberg, *Leicester, Patron of Letters*, Nueva York, Columbia University Press, 1955; L. Jardine y A. Grafton, "How Gabriel Harvey Read His Livy", *Past and Present*, 129, 11-1990.

⁶⁵ E.L. Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994. Este argumento ha sido ensayado también respecto del nacionalismo, que sería inimaginable sin sus textos canónicos; véase por ejemplo B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁶⁶ *The Nature of the Book*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.

perspectiva, cualquier libro impreso es resultado de un complejo proceso de construcción histórica, que involucra un conjunto de prácticas sociales y tecnológicas, y sólo se completa con otro conjunto semejante en importancia al que da inicio. En esta interpretación, no es la imprenta por sí misma la que tiene el poder de preservar, sino la imprenta usada de modos determinados, por lo que las raíces de la estabilidad textual, en la que descansa el conocimiento como se lo concibe actualmente, están en estas prácticas más que en la imprenta misma. Sin embargo, cualquiera que haya leído la enormemente erudita obra de Eisenstein reconocerá que es exagerada la acusación de Johns, según la cual “la ‘cultura impresa’ no existe, porque las características que Eisenstein atribuye a los textos no son más que excepcionales y porque oculta el trabajo de producción y recepción de los textos impresos”. El libro de Eisenstein trata justamente de esa construcción y de los conflictos inherentes a su surgimiento. Por otra parte, esta aproximación “constructivista” a la historia de la imprenta tiene mucho en común con una emparentada con ella en el campo de la historia de la ciencia que se analizará más adelante.

En términos metodológicos será imprescindible, para intentar dar cuenta de las transformaciones de la noción de historia en sus vinculaciones con la iconografía, una aproximación multidisciplinaria. En primer lugar, el estudio profundo de las fuentes debe seguir criterios filológicos a la vez que históricos y demanda la búsqueda de indicios en el interior de los textos de los historiadores de la época, indicios que permitan ponerlos en contacto tanto con otros textos como con otras tradiciones y círculos intelectuales.⁶⁷ En segundo lugar, el estudio biográfico de los principales protagonistas de la renovación historiográfica renacentista ha probado ser de gran utilidad para el establecimiento de las relaciones mencionadas en el párrafo anterior,⁶⁸ y datos de este tipo también deberán ser tenidos en cuenta para esta cuestión en particular. En tercer término, la contribución de los estudios de R. Chartier a un proyecto de este tipo es doble. Primero, como forma de complejización de la teoría de la recepción, teniendo en cuenta que las diversas representaciones de una idea en su momento de producción se apartan entre sí sin constituir en ese momento un cuerpo unificado, el método del *écart* de Chartier propone la investigación y descripción de las formas, de las causas y de los sentidos en que los diversos desarrollos se apartan entre sí de las representaciones relativas a un objeto que es exterior a ellas mismas en su contemporaneidad y que sólo toma cuerpo en el proceso mismo de apartamiento. En segundo lugar, sus propuestas de análisis de la difusión de los textos en relación con su materialidad en la temprana modernidad es de gran valor para un intento de abordar los textos en relación con las imágenes, aunque su concepción de lo que constituye lo material aparezca en ocasiones limitada a la existencia en cuanto objeto de la pieza en cuestión y deje de lado las condiciones

⁶⁷ C. Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989.

⁶⁸ F. Yates, *Yates, Ensayos Reunidos I*, Mexico, FCE, 1996, y C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980.

sociales de las que surge esa materialidad.⁶⁹

Las imágenes de las portadas de los libros de historia, filosofía o ciencia natural (en una época de transformación de la historiografía) reactualizan los problemas teóricos sugeridos por L. Marin, W.J.T. Mitchell y D. Freedberg⁷⁰ entre otros, en relación con las complejas vinculaciones entre texto e imagen, con la irreductibilidad de la imagen a la palabra, con la noción de representación y con el problema del poder de las imágenes. Tales problemáticas cobran especial relevancia en momentos y sociedades en las que el desarrollo de habilidades relacionadas con la palabra escrita se encontraba restringido a un pequeño grupo de la sociedad, al tiempo que incluso los sectores iletrados evidenciaban cierta pericia en la *lectura* e interpretación de las imágenes. En este sentido es necesario un estudio de los contextos de producción y recepción de las imágenes, pues en la mayoría de las ocasiones los grabadores de las portadas ilustradas de la época conocían los textos que sus obras *prologaban*, eran conscientes de la necesidad de producir y reproducir una determinada idea (de historia, de ciencia, de progreso...) y, no menos importante, tenían presente que la imagen iba a poder ser *leída*, interpretada, por el público al que estaba dirigida. Así, la imagen misma funciona como productora y difusora de nociones semejantes, pero no idénticas, a las del texto mismo, entablando una compleja relación con éste e instalándose de esa manera en un lugar de poder. El descubrimiento de la extensión de las modificaciones en la noción de historia y el de las peculiaridades del surgimiento de la de progreso en estrecha relación con aquélla; el de su doble producción y reproducción simbólica por medio de textos e imágenes y el de las relaciones entre ambas, se revelan así como aspectos claves. Esto se verifica tanto en el sentido de que los conceptos de historia y progreso configuraron una parte importante de la visión de mundo dominante durante la modernidad, como en cuanto constituyen un medio para una aproximación a problemas conceptuales de importancia para la teoría y la historia de la historiografía y para la historia de las imágenes.

Asimismo, y de la mayor importancia, el análisis de las imágenes y de su relación con los textos demanda un estudio iconográfico detallado en los términos planteados por la escuela de Aby Warburg, que debe complementarse con la noción de *iconología* enunciada por E. Panofsky como búsqueda de los horizontes simbólicos de la imagen. Del mismo modo, los conceptos de *Pathosformel* y *Denkraum*, enunciados por el propio Warburg⁷¹ en sus investigaciones, parecen ofrecer una perspectiva de interés para el análisis de algunas representaciones iconográficas

⁶⁹ R. Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1995; *El mundo como representación. Historia cultural, entre práctica y representación*, Buenos Aires, Manantial, 1996; R. Chartier y G. Cavallo (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

⁷⁰ L. Marin, *Le portrait du roi*, París, Editions de Minuit, 1981; W. J. T. Mitchell, *Picture Theory. Essays on Verbal and Visual Representation*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1994; D. Freedberg, *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Madrid, Cátedra, 1992.

⁷¹ A. Warburg, *The Renewal of Pagan Antiquity*, KS, Bookmavens, 2000; J.E. Burucúa, *Historia, Arte, Cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Buenos Aires, FCE, 2002.

cruciales en lo que parece ser un momento de ampliación del mencionado *Denkraum*. Finalmente, un proyecto como este requiere incorporar también las sugerencias metodológicas de L. Marin y T. Cummins en cuanto a la pertinencia de una hermenéutica de las imágenes como objetos, tanto en relación con el texto como en relación con su uso y las condiciones de su producción y recepción. Finalmente, teniendo en cuenta que los frontispicios de las obras que serán analizados en esta tesis se inscriben en una tradición emblemática noreuropea, será importante, también en vena *warburgiana*, el abordaje intensivo de algunos elementos representacionales incluidos en las imágenes bajo estudio, en un intento por rastrear los puntos de contacto con ese contexto cultural más amplio.⁷²

4. La Revolución Científica

Uno de los objetivos del presente estudio es comprobar los vínculos entre las innovaciones en la historiografía inglesa de este período y las etapas tempranas de la Revolución Científica en Inglaterra, por lo que se impone un breve análisis de la historiografía referente a esta última cuestión.⁷³ La historiografía al respecto ha seguido, en algunos aspectos, una evolución semejante a aquella de los estudios referentes a la Revolución Inglesa: tras un período en el que la idea de que había acontecido una revolución en el campo de la ciencia contaba con amplio consenso, durante el último cuarto del siglo XX apareció un conjunto de estudios que niega la existencia de un cambio relevante en el período que va desde las décadas previas al nacimiento de hombres como Bacon, Kepler, Descartes y Galileo hasta aquellas posteriores a la muerte de personajes como Boyle y Newton.

La visión positivista de la ciencia⁷⁴ buscaba justificar históricamente una conclusión filosófica a la que había arribado previamente: la ciencia carece de prejuicios y se caracteriza por el principio de economía de pensamiento. En general, la aproximación positivista consideraba que la hoy llamada Revolución Científica del siglo XVII estaba en el origen de este tipo de ciencia, en un proceso caracterizado por la continuidad más que por la ruptura en el desarrollo de la ciencia, una vez instituida

⁷² Es necesario mencionar aquí brevemente la literatura específica referente a la iconografía y la emblemática en el período bajo análisis en Inglaterra. Un buen trabajo de referencia sobre los libros de emblemas ingleses es R. Freeman, *English Emblem Books*, Londres, Chatto, 1948. Desde la década de 1990 un equipo liderado por P. Daly está reeditando estos libros y realizando un cuidadoso trabajo de anotación e indexación: A. Young, B. Verstraete, C. Beert y P. Daly, *The English Emblem Tradition*, Toronto, University of Toronto Press, 1998, varios volúmenes que incluyen libros de emblemas tan útiles y diversos como los de Henry Peacham y George Whitney. También pueden consultarse con utilidad al respecto P. Daly, *Literature in the Light of the Emblem: Structural Parallels Between the Emblem and Literature in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Toronto, University of Toronto Press, Toronto, 1998; H. Diehl, *Index of Icons in English Emblem Books, 1550-1700*, Norman, University of Oklahoma Press, 1986; y M. Praz, *Studies in Seventeenth-Century Imagery*, Londres, The Warburg Institute, 1947.

⁷³ Probablemente el estudio más completo sobre la historiografía de la Revolución Científica sea H. Floris Cohen, *The Scientific Revolution, a Historiographical Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

⁷⁴ Por ejemplo, E. Mach, *The Science of Mechanics*, Chicago, Open Court, 1893.

y triunfante sobre el tradicionalismo escolástico. Por oposición, tal vez uno de los conceptos más populares y controvertidos en la epistemología del siglo XX es el de *revoluciones científicas* en plural, un término genérico pergeñado por T. Kuhn en 1962 para dar cuenta del modo en que la ciencia moderna modifica sus concepciones, pasando de un paradigma a otro, inconmensurables entre sí, una tesis “revolucionaria” que se contrapone (con su descripción algo más plausible del funcionamiento de la ciencia moderna), además, al modelo falsacionista de evolución de la ciencia ideado por K. Popper.⁷⁵ En singular, el concepto define un evento específico y el primero en hablar de una Revolución Científica para comprender el nacimiento de la ciencia moderna fue A. Koyré desde fines de la década de 1930.⁷⁶ Para Koyré, la Revolución Científica del siglo XVII fue una de las cuatro revoluciones científicas, pero era por lejos la más importante, y aunque estuvo en preparación durante los últimos tiempos del medioevo y durante el Renacimiento, tenía un carácter revolucionario, pues “una revolución bien preparada es, pese a todo, una revolución”. A la vez, Koyré afirmaba que la Revolución Científica implicaba a un tiempo una nueva ciencia y una nueva concepción del universo, lo que sería recuperado posteriormente por Kuhn en su concepto en plural.

Esta noción fue popularizada en la década de 1950 por autores como H. Butterfield, con afirmaciones tales como “la Revolución Científica oscurece todo desde el surgimiento de la Cristiandad y reduce al Renacimiento y a la Reforma al rango de meros episodios en el interior del sistema de la cristiandad medieval”.⁷⁷ En el mismo sentido se orientan las obras de A.R. Hall,⁷⁸ y las producciones de estos autores pronto devinieron textos paradigmáticos para una generación de estudiosos de la Revolución Científica. Todos ellos enfatizaban que la peculiaridad del proceso no residía en la evolución de una disciplina particular, sino en la aparición de los métodos modernos de investigación, en el desenvolvimiento de una actitud racional y en la distinción entre magia y ciencia. Podría también ubicarse en esta tradición a la obra de R. Merton,⁷⁹ que si bien establece un vínculo entre puritanismo y ciencia mediante un conjunto de asunciones comunes para la Inglaterra del siglo XVII, insiste en el libre examen, el anti-tradicionalismo y la racionalidad de la ciencia en su surgimiento. La cuestión de la relación entre protestantismo y ciencia y aquella referente al vínculo entre magia y ciencia han despertado interminables debates, dos

⁷⁵ T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Buenos Aires, FCE, 2002 (1962); K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.

⁷⁶ A. Koyré, *Estudios Galileanos*, Madrid, Siglo XXI, 1980; *From the closed world to the infinite universe*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1968.

⁷⁷ H. Butterfield, *The Origins of Modern Science*, Collier, Nueva York, 1957, VII.

⁷⁸ A.R. Hall, *The Scientific Revolution*, Boston, The Beacon Press, 1954.

⁷⁹ R. Merton, *Science Technology and Society in Seventeenth Century England*, Nueva York, Harper, 1938.

de cuyos exponentes fundamentales para el caso inglés han sido P. Rossi y Frances Yates.⁸⁰

La aproximación marxista a la historia de la ciencia y a la Revolución Científica se diferencia de las anteriores y centra su atención en el vínculo entre las evoluciones tempranas de la ciencia moderna con las necesidades sociales y tecnológicas derivadas del surgimiento del capitalismo, pero también con las consecuencias sociales de semejante revolución en el modo en que los hombres se relacionaban entre sí. En este sentido, se trata de un intento por reintroducir a la sociedad en el estudio de la historia de la ciencia, en oposición a aproximaciones más limitadas, estrictamente epistemológicas. De este modo, el objeto de estudio de la aproximación marxista a la cuestión ha excedido el análisis específico de la Revolución Científica y se ha orientado a un estudio de la historia de la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, de la que los procesos acontecidos en el siglo XVII constituyen un capítulo de importancia.⁸¹

En los últimos treinta años ha aparecido una corriente en los estudios de historia de la ciencia que ha intentado también vincularla con procesos sociales más amplios, aunque con implicancias tan evidentemente diferentes de aquellas de los estudios marxistas al respecto que probablemente sea ese propuesto vínculo entre ciencia y sociedad lo único que tengan en común. Se trata del llamado constructivismo sociológico, que en sus versiones más extremas ha insistido en que no sólo las disciplinas científicas son socialmente construidas, sino que los hechos mismos lo son.⁸² Una divergencia adicional entre la aproximación materialista y la constructivista a la historia de la ciencia es que esta última suele sugerir la absoluta contingencia en la evolución de la ciencia, y no su determinación por desarrollos sociales. Otro aspecto interesante de la aproximación constructivista (sobre todo en sus exponentes históricos más que filosóficos) es compartido por ésta y el revisionismo en lo referente a la Revolución Inglesa. Ambas corrientes sostienen que el pasado debe ser comprendido "en sus propios términos", de modo tal que previenen contra la utilización de conceptos inexistentes en la época bajo estudio, producto de la labor de los historiadores con posterioridad a los fenómenos que estudian, por lo que no es posible, afirman, pensar el siglo XVII en términos de revolución, de ciencia o de clases sociales.⁸³ Esta inclinación obsesiva a superar todo anacronismo comporta

⁸⁰ P. Rossi, *Francis Bacon From Magic to Science*, Chicago, The University of Chicago Press, 1968; F. Yates, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age*, Londres, Ark, 1983; F. Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964.

⁸¹ A. Sohn-Rethel, *Intellectual and manual labour: a critique of epistemology*, Londres, Macmillan, 1978; B. Hessen, "The Social and Economic Roots of Newton's Principia", *Science at the Crossroads*, Londres, Harper, 1931; entre otros.

⁸² B. Latour, y S. Woolgar, *Laboratory life. The social construction of scientific facts*, Princeton, Princeton University Press, 1986; S. Schaffer y S. Shapin, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton Princeton University Press, 1985; para una detallada crítica a estas posiciones, A. Kukla, *Social constructivism and the philosophy of science*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000; e I. Hacking, *La construcción social de qué*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

⁸³ J.G.A. Pocock piensa que "los hombres no pueden hacer lo que no tienen forma de decir que han hecho". J.G.A. Pocock, "Virtue and commerce in the eighteenth century", *Journal of Interdisciplinary*

dificultades de peso para cualquier historiador, sobre todo en el campo de la ciencia, para describir el modo en que se aprehendía el mundo natural y social en el siglo XVII.

Un último desarrollo historiográfico a tener en cuenta se ha generalizado peligrosamente. Recientemente B.J.T. Dobbs ha sugerido que el concepto de Revolución Científica es más bien un imperativo canónico, una suerte de invención de los historiadores que un fenómeno verificable en el pasado.⁸⁴ A pesar de ello, el presente trabajo utilizará la noción de Revolución Científica para definir una serie de prácticas disímiles de diversos grupos sociales, que a lo largo de los siglos XVI y XVII transformaron el modo en que los hombres aprehendían el mundo natural y operaban sobre él. Más aun, se intentará demostrar que en el contexto inglés la renovación de las prácticas que hoy asociamos con la ciencia moderna se vincula con una renovación historiográfica cuyo desarrollo incluye fenómenos de continuidad y ruptura, y que para explicar ambas es necesario analizar el modo en que el contexto intelectual de la época es motorizado por (a la vez que realimenta) una serie de descubrimientos e invenciones que van desde la imprenta hasta los descubrimientos de ultramar.

Finalmente, en parte como consecuencia de esos vínculos entre la temprana ciencia moderna y los nuevos descubrimientos, ya desde Bacon se desprendía de la historia y su estudio una cierta idea de progreso. En general, la historiografía referente a la idea de progreso no vincula su surgimiento con la noción de historia ni con la práctica de la historiografía, salvo ocasionales referencias laterales.⁸⁵ Sí han existido mayores referencias en un tópico relacionado, pero no idéntico, aquel de la *batalla de los libros* entre antiguos y modernos.⁸⁶ En este caso, sin embargo, como los episodios más atractivos y altisonantes de la *batalla* tuvieron lugar a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, en general las vinculaciones entre la disputa, la idea de progreso y la noción de historia en las etapas iniciales en Inglaterra, bajo análisis en

History, 1972. Es difícil pensar que los hombres del siglo XVII tuvieran una idea acabada de lo que era una revolución antes de haberla experimentado, y de la misma manera poco importa que Bacon llamara a su actividad "ciencia" o "filosofía natural", el término que de hecho utilizaba con mayor frecuencia.

⁸⁴ B.J.T. Dobbs, "Newton as final cause and first mover", en M.J. Osler (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

⁸⁵ G. Morris, *The Idea of Progress, a Revaluation*, Boston, Beacon Press, 1953; C. Van Doren, *The Idea of Progress*, Nueva York, Londres y Washington, Frederick A. Praeger, 1967; S. Pollard, *The Idea of Progress (History & Society)*, Nueva York, Basic Books, 1968; A.M. Melzer, J. Weinberger, M. Richard Zinman, *History and the Idea of Progress*, Ithaca, Cornell University Press, 1995; W. Wagar, *The Idea of Progress Since the Renaissance*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1969; J.B. Bury, *The idea of progress; an inquiry into its origin and growth*, Nueva York, Dover, 1955; R. Nisbet, *History of the Idea of Progress*, Nueva York, Basic Books, 1980.

⁸⁶ J.A. Maravall, *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1986. R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Nueva York, Dover, 1982; A.E. Burlingame, *Battle of the Books in Its Historical Setting*, Cheshire, Biblio & Tannen, 1969; S. Rosen, *Ancients and the Moderns: Rethinking Modernity*, New Haven, Yale University Press, 1989; R. Lilly, *The Ancients and the Moderns*, Bloomington, Indiana University Press, Bloomington, 1996; J.M. Levine, *Between the Ancients and the Moderns, Baroque Culture in Restoration England*, New Haven, Yale University Press, 1999.

este estudio con el caso puntual del debate entre el obispo Goodman y George Hakewill, no han recibido demasiada atención.

II

La principal tesis a sostener en el presente estudio es que entre aproximadamente 1580 y 1640 se produjo un conjunto de cambios de importancia en la historiografía inglesa (entendiendo sintéticamente por historiografía el modo de investigación y escritura de la historia y las concepciones predominantes de verdad y prueba en lo referente al pasado). La década de 1580 fue marcada en este campo por la investigación y primera edición de *Britannia*, el formidable trabajo de anticuario de William Camden, en tanto que se pone fin al grueso de este estudio en 1640 por cuanto las décadas revolucionarias implicaron cambios aun más acelerados (algunas intuiciones al respecto se desarrollan en el último capítulo de la tesis). De la misma manera, se sostiene que una serie de modificaciones de similar tenor tuvieron lugar en la noción de historia misma, en la forma de concebir el pasado, entonces predominante. Existían entonces, por cierto, continuidades respecto de las formas historiográficas precedentes y muchos de los ejemplos de cambio tuvieron características profundamente contradictorias. Sin embargo, un conjunto de evoluciones comenzó a poner en evidencia cierto distanciamiento respecto de lo que H. Trevor-Roper definió como una historiografía medieval de la certeza divina y providencial frente a todos los sucesos del pasado, el presente y el futuro, cuyo significado se buscaba descifrar a partir de la interpretación de textos sagrados y de fenómenos naturales.⁸⁷ Estos desarrollos, que se produjeron tanto en el campo de la historia misma como en el del anticuariado, pueden parecer modestos en comparación con aquellos que tuvieron lugar en el continente —fundamentalmente en Italia, con figuras como Maquiavelo, Guicciardini y Sarpi, o en Francia, donde el principal ejemplo es el de Bodin—, pero condicionaron de forma crucial los modos de acceso al pasado en Inglaterra durante las décadas siguientes. Se buscará verificar la relevancia de este cambio en la historiografía fundamentalmente en el campo de la historia universal (Raleigh), la historia de la ciencia (Bacon), la reflexión historiográfica (Bacon) y la discusión respecto de la cuestión de la decadencia (Hakewill), pero también se incluirán referencias a la historia biográfica (Hayward, Bacon), la historia religiosa, económica y legal (Selden, Foxe, Bacon, Sandys, Coke) y la historia local y el anticuariado (Stow, Camden, Speed, Spelman). Respecto de la reflexión historiográfica, es conveniente explicitar de antemano que las innovaciones

⁸⁷ H. Trevor-Roper, *Historical Essays*, Nueva York, Harper, 1975. En el mismo sentido Peter Burke ha distinguido, tal vez demasiado tajantemente, una historiografía medieval (poco interesada por las causas, acritica, caracterizada por una aceptación pasiva de la autoridad, por cierta inocencia histórica y por una ausencia de distinción entre pasado y presente, que define como anacronismo) de una moderna (consciente del cambio, caracterizada por una mayor perspectiva histórica, una conciencia por la evidencia y un interés en problemas de causalidad). P. Burke, *The Renaissance Sense of the Past*, Londres, Arnold, 1969.

mencionadas se produjeron primero en la práctica y luego encontraron su camino hacia la reflexión teórica.

Los cambios en la historiografía inglesa a los que se hace referencia son de variada índole. Por un lado, la importancia atribuida a la providencia en el desarrollo de los eventos humanos y naturales tendió a decaer y, aunque no desapareció por completo, creció el papel de la causalidad humana y las causas segundas. Esto tuvo un correlato metodológico en la creciente importancia de la evidencia empírica, tanto escrita como material, en la forma de las entonces llamadas "antigüedades", en las justificaciones historiográficas. En este campo es crucial el papel del anticuariado, tanto en su desarrollo institucional en la efímera Sociedad de Anticuarios como en los emprendimientos e investigaciones particulares. Del mismo modo, la creciente preocupación por la preservación de documentos y rastros del pasado atestigua esta novedad. En un sentido semejante, la historia profana fue puesta en el mismo nivel que la historia sagrada, dejaron de ser campos separados, un hecho que el pensamiento de sir Francis Bacon atestigua con particular claridad. Por otra parte, los argumentos históricos adquirieron especial relevancia en el debate político contemporáneo, lo que en cierta medida implicó un abandono del antiguo ideal de la historia como lección moral, en un pasaje hacia una preocupación por la utilidad. Finalmente, no sólo apareció cierta conciencia del cambio, que redundó en el surgimiento de una suerte de conciencia histórica nacional, sino que también comenzó a ganar terreno la idea de que ese cambio no debía necesariamente tender a la decadencia, sino que podía ser progresivo.

A su vez, se intentará delinear la evolución inicial de estas innovaciones en la noción y en la práctica de la historia. En este sentido se analizará un conjunto de vínculos cruzados entre Inglaterra y el mundo intelectual europeo, fundamentalmente italiano, centralmente en lo que refiere a la recepción y resignificación de los escritos de N. Maquiavelo y F. Guicciardini y a las obras y relaciones personales con ingleses del veneciano P. Sarpi. Este análisis se orienta a demostrar la relevancia en este derrotero de cuestiones políticas, culturales y religiosas de alcance europeo. Es necesario aclarar, sin embargo, que los progresos de la historiografía humanista, tanto como las influencias del mundo clásico, fueron resignificadas de tal modo en el proceso de su apropiación por parte de los historiadores y anticuarios ingleses estudiados, que dieron lugar a evoluciones diversas de las previsibles originalmente en el seno de esas tradiciones, una cuestión que la tesis ejemplificará repetidamente. Serán pertinentes también algunas referencias a las aproximaciones al pasado previas a la renovación, fundamentalmente a la tradición legendaria que atribuía la fundación de Bretaña al troyano Bruto y al *corpus* de la crónica medieval inglesa. Asimismo, se sostendrá que, además de las cuestiones vinculadas a la llamada cultura letrada, los desarrollos bajo análisis son difícilmente explicables si no se tienen en cuenta las relaciones de sus protagonistas con el mundo práctico de su tiempo, centralmente en lo referente a la expansión ultramarina.

La siguiente hipótesis, vinculada con la principal, sostiene que la mencionada renovación historiográfica y la nueva idea de historia que comenzó entonces a abrirse paso en Inglaterra se produjo no sólo por medio de textos, sino también con el vehículo privilegiado de un conjunto de imágenes que acompañaban a tales textos, fundamentalmente en la forma de portadas ilustradas de algunos de los libros de historia producidos durante el período de referencia. Aunque la evidencia iconográfica es cuantitativamente escasa (de un conjunto de unas doscientas portadas ilustradas con grabados producidas en el período en Inglaterra sólo algo más de media docena refieren a los problemas aquí abordados), se trata de un *corpus* de imágenes cualitativamente fundamental, pues forman parte de libros que recibieron en su tiempo una gran atención, en parte por su contenido y en parte por la situación social y política de sus autores. Tal el caso de *The History of the World* de sir Walter Raleigh o de las obras de sir Francis Bacon. Este modo de acceso a las obras históricas como objetos permitirá también abrir el juego al análisis de los procesos de recepción, apropiación y resignificación de los contenidos de la renovación historiográfica analizada, de modo que terminó por vincularse a la producción historiográfica con algunos sucesos políticos y culturales fundamentales de la época. Se verá, a lo largo del texto que sigue, hasta qué punto es necesario moderar las expectativas de igualar estrictamente la relevancia del papel jugado por textos e imágenes en los procesos estudiados.

Se trazarán también los vínculos de estos avatares de la historia y la historiografía con los primeros desarrollos de la ciencia moderna. Se propone que el devenir inicial de la ciencia baconiana encontró un apoyo esencial en lo que sir Francis Bacon llamaba la "historia natural" y la "historia civil", y que una comprensión cabal de las primeras etapas de la Revolución Científica en Inglaterra debe tener en cuenta estos vínculos. Asimismo, esta relación entre ciencia e historia echa nueva luz sobre el surgimiento de la moderna idea de progreso, con las peculiaridades propias de tal noción en la Inglaterra prerrevolucionaria. El presente estudio incluye, por lo tanto, un análisis de las principales evidencias de una primitiva noción de progreso en *An Apologie for the Power and the Providence of God* de George Hakewill, en la que la concepción del cambio como no necesariamente decadente y, tal vez, progresivo, tiene un innegable sustento histórico, esencial para los polémicos argumentos del autor. Se hace presente también en este desarrollo primigenio de la idea de progreso, tanto en el caso de Hakewill como en el de Bacon, la discusión en torno a la supremacía de antiguos o modernos, fundamentalmente en el campo del saber; al tiempo que se confirma en ambos la relevancia de un estudio iconográfico de las portadas de la *Apologie...* y de la *Instauratio Magna* baconiana para la iluminación del contenido de estas obras. De igual modo, se afirma que el soporte iconográfico resultó de gran importancia para los procesos de recepción de estas publicaciones, así como para el antes mencionado de las obras históricas.

Finalmente, el presente estudio concluye con algunas intuiciones para el estudio de la historiografía inglesa en los períodos siguientes, los de la Revolución y la Restauración. Se plantea en este sentido que la evolución precedente de la historiografía y de la noción de historia encuentra su culminación en un uso político de la historia de una amplitud mayor a la prevaleciente hasta entonces. El desarrollo mismo de la ciencia moderna, en cambio, separó su actividad cotidiana de la práctica historiográfica; aunque uno de los modos fundamentales que la ciencia encontró hacia fines del siglo XVII para justificar su existencia y la necesidad de su financiamiento se encontraba en la historia; siendo el principal ejemplo la *Historia de la Royal Society* de James Sprat.

La organización de la tesis estará dada fundamentalmente por consideraciones cronológicas, de modo de hacer evidente el proceso de cambio bajo análisis, aunque se han tenido en cuenta también cuestiones temáticas para la decisión de la estructura final. De esta manera, diversos temas aparecerán en más de un capítulo de la tesis, con particularidades diferentes en cada caso. Es por eso que se comenzará con el estudio de las condiciones iniciales para el cambio en la noción de historia y de las influencias internacionales, y el capítulo final estará dedicado al desarrollo de algunas intuiciones referentes al período siguiente al estudiado en los apartados centrales. Dada esta estructura predominantemente cronológica, las reflexiones teóricas respecto de la relación entre texto e imagen, por ejemplo, aparecerán en diversos pasajes del texto final, en relación con las imágenes y textos puntuales abordados en cada caso, lo que si bien puede minar la integridad de esas consideraciones, será beneficioso por cuanto las vinculará más estrechamente con ejemplos pertinentes. Del mismo modo, temas como la relación entre providencialismo y causalidad humana o la utilización y el papel otorgado a las fuentes documentales permearán la casi totalidad del escrito, lo que hará posible distinguir con mayor precisión su evolución. Finalmente, sin embargo, la complejidad y extensión de los fenómenos analizados llevará a ocasionales violaciones de la estructura cronológica. Así, por ejemplo, teniendo en cuenta que las reflexiones de sir Francis Bacon pertinentes para este estudio se desarrollaron a lo largo de tres décadas, no deberá sorprender que, cuando éstas sean abordadas, el análisis se remonte nuevamente a momentos ya descriptos en lo referente a otros temas. Lo mismo ocurrirá, por sumar otro ejemplo, con el estudio de la producción historiográfica de William Camden, que tuvo lugar en un período de extensión semejante.

Entre italianos y anticuarios

The historian, laden with old mouse-eaten records, authorizing himself (for the most part) upon other histories, whose greatest authorities are built upon the notable foundation of hearsay; having much ado to accord differing writers and to pick truth out of partiality; better acquainted with a thousand years ago than with the present age, and yet better knowing how this world goeth than how his own wit runneth; curious for antiquities and inquisitive of novelties; a wonder to young folks and a tyrant in table talk; denieth, in a great chafe, that any man for teaching of virtue, and virtuous actions, is comparable to him.

P. Sidney, *An apology for poetry*, 1595.

I

El presente capítulo se ocupará de algunas influencias internacionales en el modo de pensar la política y la historia en Inglaterra en los siglos XVI y XVII y también de algunas expresiones específicamente inglesas de esas concepciones. Fundamentalmente se analizarán ciertas fuentes italianas del pensamiento político e histórico inglés, lo que demanda una explicación. En primer lugar, esta aproximación no pretende sugerir que los ingleses de aquella época simplemente tomaron lo que los italianos tenían para ofrecerles y definitivamente no constituye una búsqueda de antecedentes. Sugiere, en cambio, que algunas expresiones del pensamiento italiano fueron retomadas, apropiadas y transformadas por ciertos personajes ingleses y que esto contribuyó a conformar su manera de concebir el pasado y la política. Existieron además mediaciones y condicionamientos para esa recepción, sobre todo provenientes de lecturas francesas anteriores, y se intentará también dar cuenta de algunas de ellas. Por otra parte, este intento implica reconocer el carácter relativamente marginal del pensamiento inglés de la época en el contexto europeo y los comienzos de su transformación en un papel algo más protagónico hacia el final del período bajo estudio. En segundo lugar, el foco en uno, dos o tres autores italianos cuya reinterpretación inglesa desempeñó un papel en la conformación de las ideas estudiadas en esta tesis no implica negar la importancia de otros, ni mucho menos la de franceses, alemanes u holandeses.⁸⁸ Sin embargo, sí implica remarcar la relevancia

⁸⁸ La interpretación reciente de la búsqueda francesa de una historiografía crítica la vincula con el intento de legitimar las instituciones francesas, sobre todo respecto de la ley. G. Budé, a comienzos del siglo XVI, conocía la importancia del derecho consuetudinario francés y consideraba el derecho romano una pieza de museo. Sus sucesores desarrollaron el *mos gallicus* de enseñar leyes, basado en que los sistemas legales son producto de sus sociedades, por lo que el romano no era perfecto por

de los aquí estudiados y, acaso, indicar la fluidez de los vínculos entre intelectuales de diversas zonas de Europa en la temprana modernidad: este estudio es esencial, aunque no agote la complejidad de sus protagonistas. Finalmente, protagonizarán la primera mitad de este capítulo dos personajes, Maquiavelo y Sarpi, que reaparecerán en los capítulos siguientes: seguir su camino es otro modo de leer este trabajo. Respecto de los autores ingleses, este capítulo se concentrará sobre todo en aquellos vinculados con la Sociedad de Anticuarios isabelina, tanto por cuestiones cronológicas como por sus posibles vínculos con los protagonistas italianos de este apartado y por la necesidad de saldar cuentas en el debate respecto de la aproximación anticuaria y la histórica al pasado en el comienzo de esta tesis. Sin embargo, también se estudiarán historiadores ingleses cuya actividad no se enmarca en la institucionalidad de la mencionada Sociedad.

Si bien la transmisión oral del conocimiento sobre el pasado en la forma de baladas y tradiciones populares mantuvo una gran importancia en los siglos XVI y XVII y el drama hizo mucho para construir una conciencia histórica en ese período, las indagaciones aquí presentadas se concentran fundamentalmente en la producción de conocimiento impreso sobre el pasado.⁸⁹ Por ello, es conveniente iniciar este primer capítulo con algunas breves indicaciones sobre el contexto de producción y lectura de textos e imágenes. Una primera constatación de importancia al respecto se vincula con las estimaciones respecto de la tasa de alfabetización masculina adulta en Inglaterra y Gales. Si bien los datos no son seguros por la debilidad de las fuentes, L. Stone ha estimado que hacia 1600 el porcentaje de hombres adultos que sabían leer y escribir rondaba el 25%, en tanto que hacia 1675 el mismo se ubicaba en torno al 45%, un ascenso pronunciado que abarca buena parte del período aquí estudiado y

siempre, hacían falta soluciones contemporáneas para problemas contemporáneos. Aquí había un nuevo sentido del pasado y un nuevo uso de la filología para destacar las diferencias entre pasado y presente. Así, rechazaron la aproximación histórica tradicionalista y concibieron a la historia como un proceso de civilización. Bodin enfatizó la superioridad de los modernos sobre los antiguos, rechazó “el mito de la edad llamada dorada, que si se compara con la nuestra parecería de hierro por su violencia incivilizada” (*Methodus*, cap. VII; Nueva York, 1945, 291). Véase S. Pumfrey, P. Rossi y M. Slawinski (eds.), *Science, Culture, and Popular Belief in Renaissance Europe*, Manchester, Manchester University Press, 1991.

⁸⁹ En este sentido, baladas y libelos son una buena forma de acceder a la cultura popular y de pensar a sectores iletrados como productores culturales y no como meros consumidores pasivos. J. Selden, tal vez el historiador y filólogo inglés más erudito del período, reconocía este hecho cuando afirmaba que “no hay cosas más sólidas que las baladas y libelos para mostrar la complejidad de una época”. *Table Talk*, Oxford, 1892, 105. Al respecto, D.R. Woolf ha descubierto que en los libros de historia de aquella época las metáforas de sonido son más frecuentes que las visuales (“como se ha visto”), los autores no pensaban sus libros como artefactos silenciosos para ser estudiados con el ojo, sino como instrumentos para ser leídos a un público concebido como audiencia virtual. Así, por ejemplo Camden, *Britannia*, 1610, 402: “Debéis oír las mismísimas palabras de esa historia privada” (al citar un manuscrito). Speed y Foxe pensaron sus textos para ser leídos en voz alta y también en silencio, un movimiento doble señalado por un indicador de la cultura visual en los libros de historia: la creciente frecuencia de índices y tablas, repositorios de información consultados tanto como leídos. Woolf estima que con seguridad hasta 1600 y probablemente hasta un siglo después la mayoría escuchó historia más que leerla. D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 79.

que se compara favorablemente con cifras de otras regiones de Europa⁹⁰. Comprobaciones de este tipo han llevado recientemente a proponer la idea de que, a pesar de las enormes diferencias sociales, la expansión de las oportunidades educativas entre 1550 y 1640 y la aparición de una nueva demanda de trabajadores y sirvientes que supieran leer y escribir llevaron a la lenta aparición de elementos culturales comunes, de modo que las enormes distancias existentes entre la cultura patricia y la cultura plebeya ya no se fundaban fundamentalmente en la lectoescritura.⁹¹ Sin embargo, se imponen ciertas prevenciones. Por un lado, no puede subrayarse demasiado que la enorme mayoría de la población británica del período estaba alejada de la lectura y la escritura; a grandes rasgos, las clases dominadas de Inglaterra no accedían al mundo de lo impreso más que ocasionalmente y por la intermediación de la lectura en voz alta. Por otra parte, es preciso recordar que, antes de 1640, es decir, para todo el período abarcado por esta tesis, existía una estricta censura eclesiástica, y que cuando ésta colapsó el número de libros publicados pasó de 22 en 1640 a 2.000 en 1642, al tiempo que los periódicos, ilegales antes de 1640, se contaban por centenares en 1645.⁹² En suma, el mundo de la imprenta estaba en expansión, pero, salvo en el caso de los sectores dominantes de la sociedad inglesa de la época, se hallaba lejos de dominar el horizonte cultural. En este contexto, la producción editorial prevaleciente se vinculaba con temas religiosos. Así, si entre 1558 y 1579 se publicaron 2.760 libros y entre 1580 y 1603, 4.370, un 40% de ellos pertenecen al rubro religión (incluyendo biblias, libros de plegarias, etc.), seguidos por la literatura (25%), la ley (10%), y la historia, geografía y viajes (10%). Las publicaciones que hoy vincularíamos con la ciencia, el comercio, la economía, la educación y otros, daban cuenta del 15% restante.⁹³ Si bien durante buena parte del período las crónicas encabezaron las listas de ediciones de obras vinculadas con la historia, las biografías históricas y las historias políticas crecían en importancia, tanto aquellas locales y nacionales como las ediciones inglesas de obras europeas. Del mismo modo, topografías y geografías eran muchas veces obra de anticuarios y vinculaban estrechamente estos géneros con lo que hoy podría definirse como investigación histórica, al tiempo que, dado que buena parte de la estructura legal del período se basaba en los precedentes, muchas obras legales constituían verdaderas reflexiones en torno a la historia legal inglesa. Estas dos últimas manifestaciones serán retomadas con mayor detalle más adelante en este capítulo.

Antes de abordar el estudio de las relaciones entre el pensamiento histórico italiano de los siglos XVI y XVII y los sucesos ingleses en el mismo campo, son también necesarias algunas referencias al contexto historiográfico previo a lo que en

⁹⁰ L. Stone, "Literacy and Education in England, 1640-1900", *Past and Present*, 42, 1969. Stone sugiere, además que las cifras francesas rondaban el 16% en 1600 y el 30% en 1675.

⁹¹ A. Flecher y J. Stevenson (eds.), *Order and Disorder in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

⁹² C. Hill, *England's Turning Point*, Londres, Bookmarks, 1998, 222.

⁹³ H.S. Bennett, *English Books and Readers*, Cambridge, 1965, 260.

esta tesis se investiga como innovaciones, cambios, adaptaciones, apropiaciones o permanencias. En este sentido, si bien durante el medioevo la historia conformaba la categoría secular central de la narrativa verosímil, también significaba una narrativa ejemplificadora basada en eventos que ocurrieron en el pasado y que buscaba mover y persuadir a su audiencia a imitar el bien y rechazar el mal; se trata, entonces, de historias sobre el pasado que incluyen un amplio rango de material inventado y moralizante.⁹⁴ En este contexto, la validación fáctica externa al texto era poco habitual y la consistencia interna y la verosimilitud eran criterios más usuales, por cuanto los ejemplos históricos no se leían por su verdad o falsedad, sino por su elocuencia, elegancia o pertinencia. Entre 1485 y 1530 predominaban las crónicas y traducciones, sobre las que se ha afirmado que eran “acríticos intentos de relatar la historia de Inglaterra desde la Creación hasta el presente, incluyendo relatos bíblicos y eventos ficticios. Sólo cuando la narración llegaba a la Edad Media se volvía más confiable”⁹⁵. Las ediciones Tudor de crónicas previas reconocen que los autores son más cuidadosos cuando registran eventos contemporáneos que cuando retoman narraciones de leyendas previas, pero no alteraban los textos para “dejar que se conozca la ceguera de esos tiempos”⁹⁶. Al respecto, tal vez no sea tan relevante que los historiadores hayan encontrado defectuosas las narrativas medievales, por cuanto ofrecen una oportunidad para acceder al modo predominante de concebir el pasado durante la Edad Media. Así, por ejemplo, J.M. Levine ha descubierto que las publicaciones históricas de W. Caxton durante el siglo XV no distinguían historia y ficción. Había en ellas, sí, una distinción entre verdad y mentira, pero no era crucial y no había un método definido para llegar a ella.⁹⁷ De hecho, Caxton sostiene explícitamente que las diferencias fácticas no son importantes, que lo relevante son las moralejas de las historias narradas.⁹⁸ En su *Brut*, una traducción al inglés de uno de tantos originales, de gran éxito en su época, Caxton narra la historia de Brutus, hijo de Eneas, que escapando de la guerra de Troya llegó a Bretaña y la bautizó con su nombre, un “evento” precedido por las 33 hijas del rey sirio Dioclesiano, que, viudas de 33 reyes, llegaron a Inglaterra y criaron a sus hijos, los gigantes de Albion (la hija mayor se llamaba Albina). Lo mismo puede decirse del *Polychronicon*, compilado por R. Higden en el siglo XIV y también editado por Caxton: se trata de la última gran crónica medieval, una historia mundial de la Creación a 1360 que combina hagiografía y romance, hechos, leyendas y maravillas.

La importancia de la empiria o el énfasis en que lo que se relataba era lo que verdaderamente había ocurrido sólo hizo su aparición de un modo vacilante en Inglaterra entrado el siglo XVI y en este capítulo se explorará cómo muchas de estas

⁹⁴ R. Morse, *Truth and Convention in the Middle Ages*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991, 6.

⁹⁵ W.R. Trimble, “Early Tudor historiography”, *Journal of History of Ideas*, II, I, 1950, 30-41.

⁹⁶ R. Grafton, prólogo a la *Chronicle* de John Hardyng, 1543.

⁹⁷ J.M. Levine, *Humanism and History, Origins of Modern English Historiography*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1987.

⁹⁸ *Recuyell of the Histories of Troye*, 1474, epílogo al libro III.

actitudes provenían de la práctica legal, así como de la crítica documental y arqueológica típica del anticuariado. Fue mucho después de Caxton que la erudición humanista, las técnicas filológicas y las de anticuario fueron apreciadas en Inglaterra, y sólo entonces pudieron desarrollarse plenamente las distinciones entre Antigüedad y Medioevo o entre ficción y realidad. Esto no implica, por cierto, afirmar que en el siglo XVII la práctica historiográfica se rigiera por criterios fácticos semejantes a los decimonónicos, pero la proclamación de la búsqueda de la *verità effettuale della cosa* y el énfasis anticuarial y legal en la evidencia pueden considerarse signos de un cambio en curso; es relevante que la preocupación por la verdad fáctica haya ingresado a la narrativa histórica al menos en el nivel de pretensión discursiva. Como consecuencia de este desarrollo, Camden podía concluir que “la historia de G. Monmouth es de poca autoridad entre los entendidos, consiste de un conjunto de incongruencias y absurdos”⁹⁹. Tres cuartos de siglo antes, Enrique VII había encargado la *Anglica historia* a Polidoro Virgilio, un inmigrante italiano que introdujo los métodos del humanismo italiano en la historiografía inglesa. Sin embargo, fue su insinuación de que Monmouth faltaba a la verdad lo que causó un verdadero escándalo, y no las contradicciones e inconsistencias de su obra. El consenso historiográfico insiste en que desde entonces la crónica como género había entrado en una fuerte crisis. Sin embargo, parece un poco duro sostener la condena a los cronistas isabelinos como acrílicos sin mayores atenuantes, igualándolos así a los medievales como meros registradores de datos, cuando, por ejemplo, Harrison había alcanzado una comprensión de la desigualdad social que le permitía distinguir la división social de su época con gran precisión: “Hay cuatro clases de gente, caballeros, ciudadanos y burgueses, yeomen y aquellos que no tienen voz ni autoridad en el Commonwealth, sino que son gobernados y no gobiernan a otros”¹⁰⁰. Tal vez los modernos historiadores que propugnan que ésa era en realidad una “sociedad de una sola clase” que conforma “el mundo que hemos perdido” podrían reconsiderar algunas de sus opiniones teniendo en cuenta las de Harrison.

II

Según J.G.A Pocock, la historia del pensamiento político florentino es la de una parcial emancipación de las restricciones de la concepción escolástica, según la cual “el individuo hacía uso de una razón que le revelaba la jerarquía eterna de la naturaleza inmutable y le ordenaba conservar el orden cósmico, manteniendo su lugar en la categoría social y espiritual a que le destinaba su naturaleza de persona individual; (...) se servía de la experiencia que le revelaba la continuidad inmemorial del comportamiento tradicional y que no podía aconsejarle otra cosa que aquello que

⁹⁹ *Britannia*, 1607, IX.

¹⁰⁰ Cit. en A. Flecher y J. Stevenson (eds.), *Order and Disorder in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, 1.

lo preservara en su estado original. Recurría a una combinación de prudencia y fe en las ocasiones en que acontecimientos particulares lo enfrentaban con un problema que ni la experiencia ni la tradición podían resolver.”¹⁰¹ Así, en el siglo XV Salutati y Bruni rompieron con la hipótesis-mito fundacional de Florencia como asentamiento de soldados de Julio César y la asociaron al sistema de ciudades-repúblicas etruscas anteriores a su absorción por Roma. En la nueva visión de las cosas la existencia de Florencia sólo se asociaba con otras repúblicas y otros tiempos republicanos, la República no era intemporal, no reflejaba un orden natural eterno, era más política que jerárquica, afirmaba su autonomía y su soberanía y por ende su individualidad y su particularidad, de modo que existía en el tiempo y no en la eternidad, era transitoria, percedera, y por eso se encontraba condenada a la inestabilidad.¹⁰² De este modo, su pensamiento se aproximaba al umbral de explicación histórica moderna, según el cual las generaciones “equidistan por igual de la eternidad”, existen en su propio tiempo, en su propia razón de ser, en su peculiaridad. Hans Baron ha defendido que esos cambios tuvieron su origen en la crisis política italiana de comienzos del siglo XV: Milán buscaba establecer una monarquía noritaliana, Florencia y Venecia se enemistaron y los florentinos se vieron a sí mismos como los únicos defensores de la libertad y a la búsqueda de una identidad histórica.¹⁰³ El resultado fue el redescubrimiento de la ciudadanía y la revaluación de la historia. La filología se desarrolló como parte de la conformación de una conciencia histórica, de modo que los humanistas pudieran sostener una conversación con los antiguos.

Si bien esta presentación del contexto histórico político que precede a las innovaciones de Maquiavelo y Guicciardini en el pensamiento florentino es aceptable, explícitamente se rechaza aquí la conclusión que Pocock deriva de él, según la cual “el producto final de la experiencia florentina fue una impresionante sociología de la libertad, posteriormente transmitida a la Europa de las Luces y a las revoluciones Inglesa y Norteamericana, que surgió como respuesta al desafío que representaba el compromiso de la república de vincular su existencia a la historia profana”. El pensamiento histórico y político florentino se comprende mejor en el contexto de la Florencia del *cinquecento* que en el de la Inglaterra revolucionaria o en el de la independencia estadounidense. La idea de un momento maquiavélico como la migración de la ideología republicana de Florencia a Estados Unidos con una escala inglesa es más ideología que historia, en el sentido de una perspectiva abstracta que disuelve el sentido del tiempo y reduce un largo desarrollo histórico a concatenaciones de formas, con un lugar menor para la novedad de la situación histórica y las particulares apropiaciones de conceptos e ideas y los apartamientos consecuentes. Parece más plausible la interpretación de J.E. Burucúa, según la cual la burguesía florentina, como otras en Europa, buscó en la Antigüedad pagana una

¹⁰¹ J.G.A. Pocock, *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002, 134.

¹⁰² J.G.A. Pocock, *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002, 138.

¹⁰³ H. Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton, 1966.

experiencia global y diferente de la vida que pudiera ayudarlas a expresar los nuevos horizontes y significados de la existencia humana, producto de la expansión urbana y mercantil. De la tensión entre el mundo pagano y el cristiano surgió una amalgama cultural dinámica en la que lo tradicional y lo nuevo se impregnaron de una vitalidad que dio origen al mundo de los Estados, las cortes y los saberes modernos. El sujeto histórico responsable del regreso a la vida del temple anímico y religioso (y también político) de los antiguos fue el burgués activo y dinámico que gobernaba las relaciones comerciales y financieras europeas; al que esta mirada hacia la Antigüedad purgada de cristianismo le permitió afrontar y absorber sus nuevos descubrimientos e innovar económica, política, científica y tecnológicamente.¹⁰⁴ Es preciso destacar, sin embargo, que según M. Philips antes de Maquiavelo y Guicciardini en Florencia existieron dos estilos de escritura histórica, clásica y vernacular. Inspirados por el ejemplo clásico, los historiadores humanistas se concentraron en asuntos de Estado y compusieron narrativas lineales clarificadas y aumentadas mediante referencias a lecciones políticas y morales. Los cronistas vernáculos escribieron para preservar la memoria de eventos notables, políticos y no políticos, especialmente aquellos de los que eran testigos. Para Philips, aunque los estudios recientes tendieron a enfatizar la influencia clásica sobre la contribución de la crónica vernacular en la forma final del pensamiento histórico florentino, Maquiavelo y Guicciardini combinaron ambos estilos. “La riqueza y diversidad de la escritura histórica es esencial para la madurez de los grandes historiadores del siglo XVI, que retienen aspectos del estilo vernacular, que no desapareció con el resurgimiento clásico”.¹⁰⁵

Maquiavelo ha sido visto como el padre de la ciencia política, de la metapolítica, de la razón de Estado, de la moralidad heroica, de la comedia, del maquiavelismo y el antimachiavelismo, del humanismo crítico, radical o naturalista. Fue considerado el predecesor del nacionalismo italiano moderno, del republicanismo y del despotismo, el desteologizador del pecado original y el demistificador de la teoría política; ateo, positivista, realista, existencialista, científico, y hasta protomarxista y profascista... Una reciente bibliografía anotada de estudios maquiavélicos alcanza con comodidad las 600 páginas.¹⁰⁶ Por supuesto, la interpretación de la obra del florentino que se presentará a continuación no pretende dar cuenta de este *corpus* inabarcable. Para los propósitos de este capítulo, y a modo de síntesis, Maquiavelo puede considerarse sobre todo como un exponente de la

¹⁰⁴ J.E. Burucúa, *Historia, arte y cultura, de A. Warburg a C. Ginzburg*, Buenos Aires, FCE, 2002, 14.

¹⁰⁵ M. Philips, “Machiavelli, Guicciardini, and the tradition of vernacular historiography in Florence”, *American Historical Review*, 84, 1979, 86-105. Por otra parte, en el prefacio a *Istorie Fiorentine*, Maquiavelo critica a Bruni y a Poggio por concentrarse en las relaciones exteriores y dejar de lado “la agitación civil y la hostilidad interna”. Lo hicieron porque creían que no era un tema importante o porque temían ofender a los descendientes de los protagonistas. “Ambas causas son indignas de grandes hombres porque si hay algo en la historia que entretiene y educa es aquello presentado en detalle: si hay una lectura útil para ciudadanos que gobiernan repúblicas es lo que muestra las causas de los odios y luchas facciosas dentro de las ciudades”. Citado en M. Philips, “Barefoot boy makes good: A study of Machiavelli’s historiography”, *Speculum*, 59, 1984, 585-605.

¹⁰⁶ S. Ruffo Fiore, *Machiavelli, An Annotated Bibliography of Criticism and Scholarship*, Nueva York, Greenwood, 1990.

renovación historiográfica renacentista. *El Príncipe*, las *Historias Florentinas* y los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* implican un rechazo a los ideales, incluso como criba de los hechos, que han de ser estudiados por sí mismos en una secuencia de causas y de efectos reales que nada tiene que ver con lo que debió ser y no fue. En este mismo sentido de “nociones maquiavélicas relevantes para tradiciones inglesas”, es fundamental la concepción de la religión como instrumento político del florentino, expuesta sobre todo en el cotejo entre la religión pagana y la cristiana. En el universo político de Maquiavelo, la religión, subordinada al poder político y a los valores cívicos¹⁰⁷, es central no como parámetro moral del comportamiento de los príncipes, sino como factor fundamental en las prácticas políticas de los hombres, en tanto fuerza espiritual que aglutina o disgrega a las sociedades. A su vez, y a pesar de que se ha concebido al pensamiento histórico de Maquiavelo como dominado por una teoría cíclica del desarrollo de la historia, a la que se suma cierto pesimismo, el florentino busca aprender de la historia, como de su propia experiencia política, lo necesario para construir una existencia menos penosa para los hombres. Por otra parte, al principio realista de su historiografía sintetizado en la mención a la *verità effettuale della cosa* en el capítulo XV de *El Príncipe*,¹⁰⁸ se suma una concepción que combina el peso de la virtud y la fortuna en la determinación del derrotero del desarrollo histórico, lo que hasta cierto punto lo libera de causalidades providenciales y permite la aparición de la acción y la voluntad individual. En el ejercicio de una virtud parcialmente no moral, el innovador puede imponer una forma a la fortuna, a la secuencia temporal de acontecimientos que se han visto perturbados por su propia intervención. No debe olvidarse que estas nociones maquiavélicas surgen en un momento en que explicar cómo nacían los regímenes políticos y cómo asegurar su permanencia era un problema teórico y práctico crucial para los florentinos. La respuesta de Maquiavelo era que la experiencia y la historia enseñaban que las estructuras de la virtud eran susceptibles de ceder a la corrupción y desintegrarse, de modo que la realización de la plenitud de la virtud sobre una base temporal y espacialmente limitada, que tenía un origen y tendría un final, se desenvolvía en los dominios de la fortuna. La magnitud del impulso secularizador de este pensamiento puede comprenderse si se considera que para Maquiavelo la virtud cívica y el *vivere civile* pueden desarrollarse en la dimensión de la contingencia, sin que intervengan agentes exteriores al tiempo; predominan la acción humana, la contingencia y la fortuna, al punto de que la perfección puede adquirirse por la *occorenza degli accidenti*.¹⁰⁹

¹⁰⁷ *Discorsi*, I, 2.

¹⁰⁸ No se trata de una mención aislada: en la dedicatoria de su *Istorie Fiorentine* al papa Clemente VII Maquiavelo niega que sea excesivamente halagador de los Medici y sostiene que sus expresiones al respecto no son falsa retórica: “Si bajo sus excelentes obras se escondía según algunos la ambición opuesta al bien común, no estoy obligado a describirlo si no lo observo yo mismo”.

¹⁰⁹ *Discorsi*, I, 1. También florentino y contemporáneo de Maquiavelo, aunque algo más joven, Guicciardini refiere a su turno a “*la natura delle cose in verità*” y al ocuparse, como Maquiavelo, de la cuestión de la organización de los Estados y repúblicas, analiza la salvación del alma como

La restauración medicea de 1512 terminó con el régimen impuesto tras la revuelta republicana de 1494 y privó a Maquiavelo de su cargo de canciller, que requería a quien lo desempeñara una competencia en las disciplinas humanistas que Niccolò dominaba a la perfección. La suerte de Maquiavelo siguió a la de la República y fue condenado a cárcel, tortura y multas. Fue en el ocio forzado de los últimos 15 años de su vida que Maquiavelo escribió el grueso de su obra, aunque siempre buscó volver a la política activa. En la dedicatoria a *El Príncipe*, sostiene “buscar el conocimiento [de las acciones de los grandes] mediante la experiencia de las cosas modernas y el aleccionamiento continuo de las antiguas”.¹¹⁰ Si bien su ideario político se basa tanto en la experiencia como en la autoridad, considera crucial tener en cuenta las circunstancias.¹¹¹ Por otra parte, en pasajes que seguramente agradaron a Bacon por motivos que se verán con claridad más adelante, Maquiavelo sostenía que una sociedad en la que se hacen fuertes los poetas y filósofos se dirige hacia el colapso, al tiempo que despreciaba a quienes consideran un fin en sí mismo el trabajo literario y no se reivindicaba como un puro literato, sino como un político práctico, para quien el objetivo de la actividad literaria era descifrar el significado de los hechos.¹¹² Así, era habitual que buscara deducir de situaciones históricas reglas de conducta política.¹¹³ El placer y el beneficio de la historia no proviene de la retórica,

inconciliable con las necesidades de la política, materia del saber histórico (F. Guicciardini, *Dialogo del Reggimento di Firenze*, Roma, Garzanti, 1994, 130), un realismo que se transforma en un pesimismo radical cuando Guicciardini considera que la naturaleza de las cosas en la verdad no es la búsqueda de la libertad, sino la voluntad de poder (*Ricordi*, Milán, Garzanti, 1988, 127). Asimismo, Guicciardini despoja a la providencia de la potestad absoluta en el desarrollo de los eventos históricos, reemplazándola por el estudio de la psicología de los grandes como resorte de los acontecimientos, algo evidente en su *Storia D'Italia*. A diferencia de Maquiavelo, Guicciardini escribe siempre en relación específica con el contexto de la política florentina y carece de su libertad teórica y especulativa, lo que es indicio de su interés por lo real y lo posible. Por eso los conceptos universales del *El Príncipe* y los *Discorsi* no se encuentran en el *Dialogo del Reggimento di Firenze*, anclado en el contexto de la Florencia histórica y real. La historia es sólo un instrumento que permite poner la experiencia de los muertos al servicio de los vivos. La experiencia humana sólo puede comprenderse atendiendo a los flujos de un cambio dirigido por la fortuna. El *Dialogo* está ambientado en 1494 y se plantea si la reciente *mutazione dello stato* sería o no beneficiosa, de lo que se derivan argumentos decadentistas y cíclicos, pero también la convicción de que todos los hechos están históricamente condicionados y son determinados por la elección humana. Según V. Caprariis, Guicciardini era crítico de las prácticas historiográficas de Maquiavelo. En *Considerazioni intorno ai Discorsi di Machiavelli*, censura su aceptación de la leyenda de la fundación de Roma, por cuanto no reconoce sus elementos contradictorios, al tiempo que refuta cáusticamente la leyenda de Eneas como una búsqueda de orígenes demasiado lejanos (*Considerazioni*, en *Scritti politici e ricordi*, I, I, 3). Asimismo, Guicciardini desconfiaba de las generalizaciones demasiado absolutas que dejan escapar la multiplicidad de la materia política y proclamaba su preferencia por el particular individualizante. Además, criticaba su interpretación de la historia romana en *Considerazioni*, en *Scritti politici e ricordi*, I, 4, 10: “No fue la desunión entre plebe y Senado lo que hizo libre y poderosa a Roma, elogiar la desunión es como elogiar en un enfermo la enfermedad”. V. De Caprariis, *F. Guicciardini, dalla politica alla storia*, Nápoles, Il molino, 1995. Sin embargo, como se verá más adelante, Guicciardini no puede englobarse en la corriente antimachiavélica.

¹¹⁰ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Alianza, 1996, 13.

¹¹¹ “Es parte de la buena fortuna, y puede decidirlo el hombre, cuando se desean conducir grandes cosas, que sea de tanto espíritu y de tanta virtud que descubra la ocasión mejor para concretarlas” (*Discorsi*, II, 29).

¹¹² *Istorie fiorentine*, V, I.

¹¹³ Por ejemplo, en *Discorsi*, III, 3, la ejecución de los hijos de Bruto demuestra que los hijos de los tiranos son una amenaza para la libertad.

sino del detalle concreto de la narrativa, de modo tal que la historia se distingue de estudios más abstractos o especulativos. Para Maquiavelo existen leyes que gobiernan el mundo de la política y la historia antigua es una guía para la acción: en las imágenes del pasado está el plano del futuro. El carácter ejemplar de la antigüedad se halla fundamentalmente en Roma, que combina instituciones sólidas y ciudadanos heroicos para alcanzar el éxito, que se materializa en una ciudad Estado convertida en señora del mundo.¹¹⁴ La sociedad política es una creación humana y la construcción de una sociedad política perfecta es una utopía que surge de la historia. En cualquier caso, el éxito depende del modo humano de reaccionar a condiciones creadas por la necesidad,¹¹⁵ a las que el hombre puede orientar en una relación tripartita entre fortuna, virtud y necesidad.¹¹⁶

Maquiavelo pensaba a la fortuna como una divinidad pagana benévola y buscaba aprender a persuadirla de favorecernos, atrayéndola mediante el coraje viril y la virtud.¹¹⁷ Maquiavelo discute “el poder de la fortuna en las cosas humanas” en el penúltimo capítulo de *El Príncipe*. Las cosas del mundo están dominadas por ella y por Dios, el hombre no puede corregirlas, pero contrapone a esta idea providencialista la libertad clásica, aunque no la considera absoluta. Como los antiguos, opina que puede lograrse el favor de la fortuna mediante la virtud. Aunque existen elementos tradicionales en esta concepción, los consejos a los príncipes nuevos que se derivan de ella constituyen una innovación importante. Así, por ejemplo, además de proponer la existencia de un ejército ciudadano (y no mercenario) poderoso, el príncipe debe cultivar la habilidad de comando, parte esencial de la virtud, fundamental para atraer a la fortuna. En consecuencia, insiste en la importancia de la virtud, que sumada a la fortuna puede salvar a Italia. La virtud es definida, entonces, como la cualidad que dota al príncipe de la capacidad para resistir los golpes de la fortuna y para obtener gloria y honor destinados a asegurar su gobierno.¹¹⁸ Maquiavelo reconoce el argumento clásico por el cual los altos fines de los príncipes sólo se alcanzan con las mejores cualidades morales, pero en un mundo malévolo no siempre es racional ser moral: “observar todas las cosas por las que los hombres se consideran buenos puede ser ruinosamente irracional”¹¹⁹. Es en este sentido que debe interpretarse su

¹¹⁴ *Discorsi*, II, proemio; I, 17; I, 18.

¹¹⁵ *Discorsi*, III, 12.

¹¹⁶ En *El Príncipe*, el cap. XXV, se titula “cuánto pone la fortuna en las cosas humanas y en qué modo se la hace resistir”; allí se afirma que “la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero nos deja la otra mitad a nosotros”.

¹¹⁷ La tradición cristiana (Boecio) concebía a la fortuna, como a la providencia, como una fuerza ciega sobre la que no se puede influir. Los humanistas italianos recompusieron la libertad del hombre para forjar su propio destino y con ello la imagen clásica del papel de la fortuna (Piccolomini, *Somnium de Fortuna*, 1444). Q. Skinner, *Machiavelli*, Bologna, Mulino, 1999.

¹¹⁸ “El político en acto es un creador (...) pero no crea de la nada ni se mueve en el vacío turbio de sus deseos y sueños. Se funda en la realidad efectiva [*realità effettuale*], pero ¿qué es esta realidad efectiva? Más aun, ¿cuánto hay de estático e inmóvil o más bien cuánto de una relación de fuerzas en continuo movimiento y mutación de equilibrio?” A. Gramsci, *Quaderni di Carcere*, ed. V. Gerratana, Turín, Einaudi, 1978 (13, 16). Citado en G. Sorensen, “Il repubblicanesimo di Machiavelli ney *Quaderni di Gramsci*”, Actas del Congreso de Losana, 27/30-09-1995.

¹¹⁹ *El Príncipe*, caps. XXIV y XXVI.

afirmación, en el capítulo XV de *El Príncipe*, de que el soberano no debe seguir siempre la moral convencional, sino la necesidad.¹²⁰

En comparación con formas tradicionales —antiguas o renacentistas— de discursos sobre la política y la historia, si bien *El Príncipe* tiene similitudes con los tratados de príncipes ideales de larga tradición (por ejemplo, se inicia con la descripción de formas de gobierno), innova, entre otras cosas, al proponer un “príncipe nuevo”¹²¹. Del mismo modo, los *Discorsi* también tienen la forma de un comentario tradicional de un autor clásico, pero la obra no sigue ordenadamente el texto de Livio, sino que lo somete a su propio orden temático.¹²² La semejanza con el modelo tradicional contribuía a darle vigor a su mensaje, al tiempo que era estratégica para hacer más aceptables sus opiniones más innovadoras. Las *Istorie fiorentine* son un ejemplo significativo de las dificultades derivadas del contraste entre la concepción humanista de la historia y una aproximación pragmática al pasado.¹²³ Maquiavelo modeló su historia de acuerdo al canon humanista, explícitamente sostiene en el proemio seguir el ejemplo de Bruni y Poggio, en el marco de esa tradición la divide en libros, inicia cada uno de ellos con reflexiones generales y los llena de discursos inventados, descripciones detalladas de batallas, presagios, etc. Sin embargo, consideraba los preceptos humanistas más una convención literaria que una

¹²⁰ Asimismo, en el cap. XVIII afirma que “para mantener el Estado será necesario actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religión”.

¹²¹ Respecto de *El Príncipe* para A. Gilbert, *Machiavelli's Prince and its forerunners*, Durham, 1938, Maquiavelo se atiene al género. Para F. Gilbert, “The humanist concept of The Prince”, *Journal of Modern History*, 11, 1939, 449-83, en cambio, Maquiavelo repudiaba el argumento fundamental de sus predecesores: la necesidad de la virtud para el éxito político. Sin embargo, ambos coinciden en que pertenece al género, aunque difieren en el grado de esa pertenencia. Q. Skinner, *Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, 1978, 118-138, entretanto, enfatiza la identificación de Maquiavelo con las ideas del humanismo cívico, sugerida por F. Gilbert. Véase R. Hariman, “Composing modernity in Machiavelli's Prince”, *Journal of History of Ideas*, 50, I, 1989, 3-29, para quien la innovación mayor de Maquiavelo respecto de su género no se refiere a la oposición entre su realismo y el idealismo del género, sino que éste es el signo de una diferencia más fundamental: Maquiavelo suprime la relación entre conciencia textual y pensamiento positivo, liberando a los innovadores políticos de las ataduras impuestas por esa relación, al tiempo que afirma fundar su política en la realidad y no en formulaciones imaginativas. Escribió su obra en referencia antagónica a su género y prescindió de la cita de autoridad, una de sus convenciones primordiales. Así, la referencia a la *verità effettuale della cosa* en *El Príncipe* es seguida por la crítica: “Muchos han imaginado repúblicas y principados que jamás se han visto y no existen realmente. Pero hay gran diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, por lo que aquellos que dejan lo que se hace por lo que se debería hacer descubren su destrucción más que su preservación”. En la dedicatoria, entretanto, proclamaba que su texto no está embellecido, que trata la cosa misma sin adornos.

¹²² F. Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini*, Turín, Einaudi, 1970, 133.

¹²³ Según J.M. Nasemy, la lectura que Maquiavelo hizo de las crónicas previas le proveyó de materia prima para su *Istorie* y su relación con la historiografía previa era de apropiación y antagonismo. Usaba esas fuentes para obtener datos fácticos, ejemplos e historias, incluso claves interpretativas, pero su aproximación era siempre crítica, polémica e incluso subversiva, por ejemplo en su polémica contra Leonardo Bruni en los libros II y III de *Istorie*. El texto no es función de sus fuentes, emerge de la confrontación con ellas. Para Nasemy, además, *Istorie* es la culminación de una evolución creciente hacia un pensamiento histórico más articulado, que va desde un *El Príncipe* (1513) ahistórico, a los *Discorsi* (1513-1520) en los que la historia tiene un papel mayor pero no sistemático, al *Discursus* (1520) basado en una interpretación de la historia florentina, y finalmente a las *Istorie*, que toman a la historia florentina como objeto principal. En el proceso, la historia florentina deja de estar subordinada a la romana y asume un papel guía en el pensamiento maquiavélico. J.M. Nasemy, “Machiavelli and the Medici: The lessons of Florentine history”, *Renaissance Quarterly*, 35, 4, 1982, 551-576.

guía válida para escribir historia; por lo que en ocasiones las ridiculiza¹²⁴ y las utiliza como un esquema histórico en el que insertar un mensaje político. Por eso no hay exposición histórica continua, sino desarrollo selectivo de eventos relevantes, intercalados con la exposición de sus tesis favoritas: el problema de las facciones, la importancia de las colonias, la dificultad de las conjuras contra los tiranos, la ineficacia de los mercenarios. El modelo humanístico lleva a disolver el proceso histórico en episodios singulares, ejemplares e instructivos.¹²⁵ Asimismo, las *Istorie Fiorentine* se apartan del canon en otro punto crucial: no se seleccionan los aspectos más nobles y gloriosos, dignos de emulación, sino que, por ejemplo, en el Libro V, se destaca que en el último siglo “las cosas hechas por nuestros príncipes en el exterior y en casa no producen, como las de los antiguos, admiración por su virtud y grandeza, porque no hay fortaleza de soldados, ni virtud de capitanes, ni amor a la patria”. Así, en una reiteración del principio realista, sólo puede narrarse lo que se ve, cosas que no son “dignas de imitación”, sino que provocan “deseos de fuga”.¹²⁶

En los *Discorsi*, Maquiavelo se ocupa de la evolución civil y militar de la República romana, pero lo que le interesa es descubrir qué hizo posible el Imperio, por qué la ciudad tenía un destino de grandeza.¹²⁷ Su esperanza es que descubrir las causas del éxito de Roma permitirá repetirlo.¹²⁸ Sin embargo, parece algo apresurado interpretar esto como una indagación de causas, consecuencias y leyes de desarrollo en un sentido científico y moderno, por cuanto subyace en el florentino una visión cíclica del pasado por la cual no existe la linealidad de la evolución que caracteriza a ese pensamiento histórico más reciente,¹²⁹ y es conveniente retener que la explicación de los sucesos por las acciones de los hombres, la búsqueda de causas y la detección

¹²⁴ Culmina su descripción detallada de la batalla de Anghiari con “pero sólo murió uno y por caerse del caballo”, *Istorie*, V, 33.

¹²⁵ F. Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini*, Turín, Einaudi, 1970, 200. En cambio, *Storie fiorentine* de Guicciardini, que se inicia a fines del siglo XIV, cuando su familia comenzaba a tomar una posición relevante en la vida política florentina, no sigue las reglas humanísticas para la historia de una ciudad. No hay reflexiones generales introductorias, ni discursos o referencia a presagios. Sin embargo, intenta dejar una enseñanza política, examinando los efectos concretos de diversos tipos de gobierno. Buscaba no imponer una estructura teórica sobre el pasado, en lugar de una reflexión política teórica ofrece un examen histórico del gobierno de uno (Lorenzo) y sus defectos y de la República (el régimen posterior a la caída de los Medici) y sus debilidades. El interés de Guicciardini por el descubrimiento de los nexos causales que ligan a los hechos políticos exigía una precisión objetiva que el método humanista no podía garantizar, por ello se orientó crecientemente al uso de documentos de las familias patricias, y de la historia diplomática, como si la historia florentina sólo pudiera entenderse dentro del panorama italiano.

¹²⁶ *Istorie Fiorentine*, V, 1, 621.

¹²⁷ *Discorsi* I, 12; I, 6.

¹²⁸ La explicación maquiavélica, para el caso, sostiene que la defensa de la libertad depende en parte de la fortuna, pero no íntegramente, por cuanto es necesario combinarla con la virtud, la clave del éxito de Roma. “Los romanos combinaron con la fortuna una gran virtud y prudencia”, lo que les permitió mantener la libertad y dominar al mundo. *Discorsi*, I, 1; II, 1, 20.

¹²⁹ “Es fácil para quien examina el pasado prever en cada república el futuro, o al menos pensar por la similitud de los accidentes”. *Discorsi*, I, 39. “Quien quiera ver aquello que ha de ser, debe considerar lo que ha sido, todas las cosas del mundo en cualquier tiempo tienen su reencuentro con los tiempos antiguos. (...) Los hombres siempre han tenido las mismas pasiones, sus acciones tienen los mismos efectos. (...) Sus obras son más o menos virtuosas según la forma de la educación en la que los pueblos han adquirido su modo de vivir.” *Discorsi*, cit. en R. Esposito, *La política e la storia, Machiavelli e Vico*, Nápoles, Liguori, 1980.

de regularidades no significan lo mismo en ausencia de la distinción entre pasado y presente. Sin embargo, teniendo en cuenta estas precauciones, es posible coincidir con J. Coleman cuando afirma que es específica de *El Príncipe* una nueva forma de ver la historia, no como eventos ya concluidos sino como algo vivo, imitable, un pasado para el presente; la historia no es un registro de hechos, sino una forma de comunicar experiencias. Si el mundo es estable y la naturaleza humana constante, es posible establecer leyes de comportamiento humano para luego aplicar este método a la interpretación de la política contemporánea. Así, *El Príncipe* busca sintetizar de un modo didáctico para los príncipes “años de lectura [de textos antiguos] y de experiencia [del mundo moderno]”.¹³⁰ Por otra parte, si bien es cierto que Maquiavelo concebía la evolución histórica como cíclica y estaba convencido de que la naturaleza humana era inmutable¹³¹, esto no implicaba negar la posibilidad de cambio histórico en las cosas de este mundo. De hecho, sostenía que “los tiempos y las cosas cambian y un gobernante que no cambia su modo de proceder está destinado a caer en desgracia”¹³². Asimismo, nada era más lejano de la concepción maquiavélica del proceso histórico que la idea de una corrupción o decadencia inexorable: si la fortuna permite a una ciudad hallar un líder que se revele virtuoso y “renueve las leyes, [esto] podría acercar el milagro de una república perpetua” y alejar la corrupción.¹³³ En definitiva, es precisamente la comparación histórica con la virtud romana la que lo vuelve pesimista respecto de la Florencia contemporánea, su pesimismo surge de un ejercicio de historia comparativa.¹³⁴

Según G. Procacci, el maquiavelismo, el antimachiavelismo y la razón de Estado son al pensamiento de Maquiavelo el equivalente de lo que el burdo determinismo económico es al de Marx; una simplificación de experiencias intelectuales complejas.¹³⁵ Sin embargo, si bien es posible que, retrospectivamente,

¹³⁰ J. Coleman, “Machiavelli’s Via Moderna: Medieval and Renaissance Attitudes to History”, en M. Coyle (ed.), *N. Machiavelli’s The Prince*, Manchester, Manchester University Press, 1995.

¹³¹ Los hombres son “más proclives al mal que al bien” y todas las comunidades tienden a corromperse. *Discorsi*, II, proemio.

¹³² Cit. en Q. Skinner, *Machiavelli*, Bologna, Mulino, 1999, 48.

¹³³ *Discorsi*, III, 22. Ese líder, para el caso, debe controlar la envidia y extraer lecciones de la historia y mantener a los ciudadanos bien ordenados mediante la “religión bien utilizada”.

¹³⁴ Según S. Di Maria, para Maquiavelo, con la ayuda de la fortuna combinada con la virtud se puede tener éxito por algún tiempo, pero cuando cambia la fortuna el cambio deviene trágico. Frecuentemente Maquiavelo relata estas tragedias con un tono irónico, conspiradores mueren con los venenos con los que buscaban matar a sus víctimas; Francesco Sforza es recibido con vitores en Milán por los mismos que lo habían expulsado (*Istorie*, VI, 24, 426). En *Istorie* la virtud dio lugar al vicio en un mundo arruinado (V, I, 327), de modo que la *verità effettuale della cosa* es lo que es y es poco lo que se puede hacer para cambiarla. Así, Maquiavelo encuentra en la ironía refugio del intento fútil de imponer la voluntad sobre el curso inmutable de la historia humana. S. Di Maria, “Machiavelli’s ironic view of history, the *Istorie Fiorentine*, 1520-1524”, *Renaissance Quarterly*, 45, 2, 1992, 248-70. Para N. Rubinstein, los *Discorsi* son un libro de meditaciones sobre la historia florentina, no importa tanto, en su análisis del conflicto de clases en la antigua Roma, la validez histórica de ese análisis como su aplicabilidad a Florencia. Por ello, compara críticamente la historia política florentina con los conflictos cívicos romanos, para concluir que la causa de los problemas de Florencia se encuentra en su estructura política. N. Rubinstein, “Machiavelli e la politica fiorentina”, en M.P. Gilmore (ed.), *Studies on Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1972.

¹³⁵ G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma, Laeterza, 1995, VI.

para la historiografía inglesa del período la concepción maquiavélica de la historia humana como un proceso laico, relativamente autónomo de la teología, haya sido el aspecto más relevante de su pensamiento, y si incluso su realismo pesimista, su concentración política y patriótica y su sentido del cambio histórico fueron importantes, la historia del maquiavelismo y el antimachiavelismo fue central para la apropiación que los ingleses hicieron de sus ideas y para el modo en que concibieron su figura. Asimismo, la suerte inglesa de las obras de Maquiavelo debe considerarse en el marco del papel de la cultura italiana en relación con la inglesa a lo largo de los siglos XVI y XVII. M. Praz ha descubierto que ya en la corte de Enrique VIII *El Príncipe* y *El Cortesano* tenían discípulos, mientras que, más tardíamente, S. Daniel tradujo en 1585 el *Dialogo delle imprese* de Giovio y Whitney tomó parte de su *Choice of Emblems*, de 1586, de Alciato.¹³⁶ Shakespeare, en *Ricardo III*, hace afirmar al Duque de York que las modas italianas son imitadas con rudeza en Inglaterra.¹³⁷ Sin embargo, el propio Praz ha notado que esta profunda influencia italiana se combinaba con el rechazo explícito al carácter corrupto de Roma, y que los dramaturgos isabelinos modelaban lo sensacional exótico en Italia como los italianos lo hacían con Oriente.¹³⁸ Si bien en el siglo XVII el influjo italiano se redujo y los poetas italianos que habían circulado ampliamente en la época isabelina se circunscribieron a la corte, Praz ha notado que Milton, quien en 1638 visitó la península, mantenía a la cultura italiana en alta estima.¹³⁹

A escala europea, aunque *El Príncipe* y *Discorsi* circularon intensamente como manuscritos, sólo fueron publicados en 1531 y 1532, tras la muerte de su autor. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVI *El Príncipe* volvió a editarse en 15 ocasiones y los *Discorsi* en 19. Para 1540 la fama de Maquiavelo era grande, al punto que Giovio lo incluyó en su *Elogia*, de 1545, donde compara sus cualidades de dramaturgo con las de Ariosto y elogia sus escritos políticos e históricos. Sin embargo, si bien sus ideas habían sido ya criticadas, y si incluso R. Pole, en su *Apologia ad Carolum V*, 1539, había definido *El Príncipe* como “escrito por el dedo del diablo” y a su autor como “enemigo del género humano”, todavía no existía el antimachiavelismo que caracterizaría al último tercio del siglo XVI. De hecho, las obras del florentino no aparecen en los *Indices* venecianos (1549, 1554) ni milanés (1554) y sólo el *Índice* de 1557 las incluye,¹⁴⁰ a pesar de lo cual sus obras continuaron vendiéndose y aparecieron ediciones no italianas. Holanda, entre tanto, fue otro centro

¹³⁶ M. Praz, *Machiavelli in Inghilterra*, Florencia, Sansoni, 1962.

¹³⁷ “Reports of fashions in proud Italy, Whose manners still our tardy apish nation, Limps after in base imitation” W. Shakespeare, *Ricardo III*, acto II, escena 1.

¹³⁸ Aunque la tendencia de Praz a defender una “verdadera” Italia frente a las “deformaciones” de las apreciaciones isabelinas es en ocasiones un tanto anacrónica, hay en sus investigaciones una base fáctica interesante.

¹³⁹ En referencia a Dante y Petrarca, Milton escribía: “Mientras los poetas latinos exponen cosas indignas de sí mismos o disolutas de aquellos que antes habían elevado hasta las estrellas, prefiero a los dos famosos exaltadores de Beatrice y Laura, que sólo escriben cosas honorables de aquellas a quienes dedican sus versos, manifestando pensamientos sublimes y puros”. Cit. en M. Praz, *Machiavelli in Inghilterra*, Florencia, Sansoni, 1962, 82.

¹⁴⁰ G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma, Laeterza, 1995, 78 y ss.

de difusión del pensamiento de Maquiavelo; en 1683 Amelot de la Houssaye, quien había sido embajador en Venecia y editor de las obras de Paolo Sarpi, publicó *El Príncipe* en Amsterdam, traducido y comentado. Así como después de la inclusión de las obras de Maquiavelo en el *Índice* la Europa católica y contrarreformista tendió al antimachiavelismo, la Ginebra reformada fue un centro antimachiavelico desde que en 1576 I. Gentillet publicó su *Discours contre Machiavel*, reeditado 24 veces en casi todos los idiomas europeos entre esa fecha y 1655.¹⁴¹ Sin embargo, J. Bodin, como Bacon, pensaba que Maquiavelo era un “philosophihistoricus”, que buscaba tanto exponer hechos como la razón de su concatenación.¹⁴² A pesar de ello, el antimachiavelismo prendió con fuerza y se vinculaba al personaje incluso con la masacre de San Bartolomé por el origen florentino de Catalina de Medici.

En Inglaterra, J. Wolf publicó entre 1584 y 1588 todas las obras de Maquiavelo en idioma original, con pies de imprenta falsos en Italia y la colaboración de G. Castelvetro, un personaje que reaparecerá en el capítulo referente a Raleigh.¹⁴³ En 1562 se había publicado una traducción de *Arte de la guerra* al inglés; en 1595 se tradujo *Istorie fiorentine*; pero sólo aparecieron traducciones de *El Príncipe* y *Discorsi* en el siglo XVII¹⁴⁴. Sin embargo, las obras de Maquiavelo circularon profusamente en forma manuscrita e incluso se conservan algunas de estas transcripciones.¹⁴⁵ Por cierto, uno de los fundamentos de la popularidad e impopularidad de Maquiavelo fue el teatro isabelino. El florentino es el personaje que abre *El Judío de Malta*, de Marlowe, como “Machevill”, afirmando que está aún vivo y que, tan admirado y leído como odiado y repudiado, ha llegado desde Francia tras la muerte del duque de Guisa para entretenerse con sus amigos.¹⁴⁶ Si bien este Maquiavelo astuto, pérfido e irreligioso dominaba la escena inglesa, no era la única interpretación de Maquiavelo existente por entonces en Inglaterra. De hecho, en el prólogo de su edición de *Discorsi*, en 1584, Wolf sostenía que “el diablo no es tan

¹⁴¹ La obra se publicó en latín en Inglaterra en 1590. No es ocioso recordar que en el mismo período las obras de Maquiavelo se publicaron en 61 ocasiones.

¹⁴² *Oevres*, 1951, 138, cit. en G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma, Laeterza, 1995, 118.

¹⁴³ Las ediciones de Woolf son algo tardías si se las compara con otras europeas: *El Príncipe* fue editado en 1560 en Basilea en latín; los *Discorsi* en 1587, Montbeliard; pero en Francia, todas sus obras (excepto *Istorie Fiorentine*, que de todos modos se publicaron en idioma original en 1577) se editaron en francés (*Arte de la Guerra*, 1544; *El Príncipe*, 1553, *Discorsi*, 1544).

¹⁴⁴ Otras traducciones al inglés fueron: *Art of War*, en 1563, 1573, 1588. *Discourses* y *The Prince* sólo se publicaron en 1636 y 1640, aunque según F. Raab, *The English Face of Machiavelli*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1964, existen 7 manuscritos anteriores conservados de *The Prince* y 3 de *Discourses*.

¹⁴⁵ Ya en tiempos de Enrique VIII, R. Pole, *Epistolarum*, 137, sostenía que T. Cromwell era lector de Maquiavelo y aplicaba sus preceptos. G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma, Laeterza, 1995, 124.

¹⁴⁶ “Albeit the world think Machevill is dead, Yet was his soul but flown beyond the Alps, And now the Guise is dead, is come from France, To view this land and frolic with his friends. To some perhaps my name is odious, But such as love me, guard me from their tongues, And let them know that I am Machevill, And weigh not men, and therefore not men’s words. Admired I am of those that hate me most: Though some speak openly against my books, Yet will they read me, and thereby attain To Peter’s chair; and when they cast me off, Are parson’d by my climbing followers. I count religion but a childish toy, And hold there is no sin but ignorance”. C. Marlowe, *Jew of Malta*, Prólogo.

negro como se dice” y que en sus textos hay “nuevas doctrinas, nueva agudeza de ingenio”. La propia intervención de “Machevill” en *El Judío de Malta* da cuenta de la existencia de más de una forma de ver a Maquiavelo en aquel momento. Sin embargo, hasta cierto punto, la fama de ateo de Maquiavelo afectó su popularidad e hizo lugar para la de Guicciardini: su *Storia d'Italia* se publicó en inglés repetidamente desde 1579.¹⁴⁷ Se discutirán más adelante y con mayor detalle los aspectos maquiavélicos del pensamiento de Raleigh y Bacon, y se harán también algunas referencias a Harrington y Milton, pero puede destacarse aquí que, en *Oceana*, se define al florentino como “el más sabio discípulo de los antiguos, el único político de los últimos tiempos”.¹⁴⁸ Más a tono con el período aquí discutido, se ha afirmado que “Sidney y Maquiavelo estaban sustancialmente de acuerdo”¹⁴⁹.

Algunos ingleses apreciaban la relevancia de Maquiavelo y su análisis de la fortuna y la virtud para sus preocupaciones políticas y teológicas, otros usaban el lenguaje maquiavélico para describir tensiones entre la creencia en la indeterminación de los asuntos humanos y aquella en la divina providencia. W. Bradshaw, por ejemplo, consideraba que “los florentinos disfrazan y colorean todo (...), transforman bien en mal, mal en bien y ambas cosas en indiferente, nada es lo que parece ni parece lo que es”¹⁵⁰. Los sucesos políticos ingleses no eran indiferentes para estos modos de observar a Maquiavelo, quien supo ser un nombre clave para el análisis secular de la política, que muchos consideraron inmoral e irreligioso mientras la teología fue el lenguaje político dominante, pero que se volvió aceptable durante la Guerra Civil y el Commonwealth, sobre todo para los republicanos, frente al argumento realista del derecho divino de Carlos I a la corona, aunque no hay primero un Maquiavelo manipulador retórico y luego uno republicano clásico, sino un vínculo entre ambos que domina toda la interpretación de su figura en este período.¹⁵¹

Mientras que para R. Ascham Maquiavelo era el símbolo del ateísmo, el oportunismo y la inmoralidad, e Italia era el reino de los dos demonios, el ateísmo y el papismo¹⁵², R. Morrison, en cambio, citaba a Maquiavelo con respeto, lo consideraba un observador inteligente de la política y estaba dispuesto a aceptar que la función social de la religión es evitar la rebelión¹⁵³. La reacción antimachiavélica fue frecuente entre los puritanos isabelinos, que llegaron a acusar al Parlamento de contener “la política de los Maquiavelos de Inglaterra que piensan que todo lo pueden aunque Dios haga lo peor”¹⁵⁴; pero también lo fue entre los opositores al puritanismo, que lo vinculaban con el maquiavelismo como “subterfugios de malas acciones con

¹⁴⁷ F.J. Levy, *Tudor Historical Thought*, San Marino, Huntington Library, 1967, 238.

¹⁴⁸ J. Harrington, *Political Works*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 162.

¹⁴⁹ I. Ribner, “Sidney’s Arcadia and the Machiavelli Legend”, *Italica*, XXVII, 1950.

¹⁵⁰ *A Treatise of Things Indifferent*, 1605, 25.

¹⁵¹ V. Kahn, “Revising the History of Machiavellism: English Machiavellism and the Doctrine of Things Indifferent”, *Renaissance Quarterly*, 46, 3, 1993, 526-561.

¹⁵² *The Schoolmaster*, en *Works*, Cambridge, 1904, 233.

¹⁵³ *Remedy Against Sedition*, 1536, Eiv; 43.

¹⁵⁴ *A Second Admonition to Parliament*, 1572, Aiiiv.

premisas en el Commonwealth¹⁵⁵. Sin embargo, el propio Nashe aceptaba que una conducta virtuosa puede llevar a la ruina y una diabólica al éxito,¹⁵⁶ y no era infrecuente citar al florentino por su sabiduría mundana, aunque se moderaban sus propuestas más altisonantes.¹⁵⁷ De acuerdo con F. Raab la historia de Maquiavelo y de los Tudor es la de la conciencia emergente de la política como área relativamente autónoma de actividad humana, no divina.¹⁵⁸ Sin embargo, es conveniente tener en cuenta que la secularización del pensamiento histórico y político en Inglaterra siguió caminos peculiares, y que incluso en los casos en los que las implicancias de un modo de análisis eran profundamente seculares, la piedad religiosa era un elemento genuino y profundamente arraigado, como se verá en los casos de Bacon y Raleigh, por no hablar del período revolucionario. Aunque Raleigh, Bacon y otros mostraran una lectura consciente y aprobatoria de Maquiavelo y se apropiaran de su pensamiento modificándolo en el proceso, había aspectos del mismo que provocaban un rechazo más general y un consentimiento ocasional y condicionado, entre ellos la idea de la religión como *instrumentum regni*. En este sentido, aun si para Pocock sólo hay un momento maquiavélico en Inglaterra en la década de 1650, el florentino fue leído y admirado mucho antes, y no sólo como republicano. Había en Inglaterra una larga experiencia en lo referente a la importancia de la religión como aglutinante social, sobre todo desde los tiempos de la Reforma. M. Parker, el arzobispo de Canterbury, que también era anticuario, sostenía que el gasto en ministros itinerantes valía la pena porque la ausencia de agentes debilitaba al gobierno y en muchas zonas no se había predicado por años, y en 1560 Grindal le dijo a la reina Isabel que “donde falta la prédica, la obediencia desaparece”. Era también recurrente el establecimiento de un vínculo entre la religión y la posibilidad de expansión comercial. Así R. Hitchcock, *A Politic Plot*, 1580, insistía en la utilidad de la religión para promover la disciplina laboral, y Z. Caudrey, *A Discourse of Patronage*, 1675, afirmaba que la propagación del Evangelio “es la clave para permitir la entrada del comerciante inglés en las regiones más alejadas, de modo que la Verdad y el comercio se impulsarían mutuamente para ventaja de la nación inglesa”.¹⁵⁹

Por otra parte, K. Sharpe ha estudiado recientemente los modos políticos de lectura en la temprana modernidad inglesa en la figura de W. Drake (un caballero bibliófilo nacido en 1606 que, aunque prefería la neutralidad, se exilió durante la Guerra Civil y murió en 1669, tras su regreso), y ha realizado algunos hallazgos

¹⁵⁵ Thomas Nashe, *Pierce Penilesse*, Works, 1883-4, II, 100. Cit. en F. Raab, *The English Face of Machiavelli*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1964, 67.

¹⁵⁶ Thomas Nashe, *Chsist's Teare's over Jerusalem*, Works, IV, 3. Cit. en F. Raab, *The English Face of Machiavelli*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1964, 67.

¹⁵⁷ Para R. Hooker, *Of the Laws of Ecclesiastical Policy*, V, I, 2, en *Works*, Oxford, 1888, II, 13, la religión es útil políticamente, como dice Maquiavelo, pero no cualquier religión, sino sólo aquella verdadera.

¹⁵⁸ F. Raab, *The English Face of Machiavelli*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1964, 255.

¹⁵⁹ Sobre estos temas, véase C. Hill, *Change and Continuity in XVII c. England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1991, de donde se han tomado las referencias.

interesantes, que se seguirán aquí en lo referente a sus usos de Maquiavelo.¹⁶⁰ Para Drake, la lectura daba forma a sus experiencias y percepciones al tiempo que constituía una vía privilegiada para forjar y confirmar amistades y simpatías, por cuanto la circulación de libros entre amigos era la forma más común de distribuir literatura no ortodoxa o controversial, como las obras de Maquiavelo: los grupos en los que se leía *El Príncipe* eran comunidades políticas en un sentido amplio.¹⁶¹ En este sentido, las lecturas de Maquiavelo que realizó Drake son comparables a aquellas que un cortesano menor, Gabriel Harvey, hizo de la historia romana de Livio entre 1568 y 1590, aunque en este caso no las efectuó para uso propio sino como un servicio a sus patronos y no sólo se llevaba a cabo por utilidad inmediata, sino como recurso para asegurar el avance personal en una cultura política en la que el saber clásico y sus precedentes poseían autoridad y constituían un capital cultural, lo que es indicativo de la relación entre política, historia y saber en la Inglaterra isabelina.¹⁶² Estas lecturas y reescrituras no se dirigían sólo a momentos contemporáneos, también formulaban un diálogo entre pasado y presente en el cual los eventos actuales eran percibidos y discutidos. Incluso fuera de la corte el vínculo entre lectura y autoridad era evidente, el acto de interpretar, mediar y personalizar textos estaba unido a la estructura de autoridad, por lo que la historia de cómo los hombres leían es importante para saber cómo se percibían la sociedad y la política.¹⁶³ En este sentido, tanto Harvey y Drake como anticuarios como R. Cotton interpretaban eventos contemporáneos desde la perspectiva de su sabiduría histórica. Según Sharpe, las lecturas de Drake no sólo construyeron su visión de mundo, también contribuyeron a configurar sus respuestas específicas a cuestiones particulares de su tiempo, algo que queda demostrado en su *marginalia* como en sus libros de lugares comunes, en los que hay profusas notas sobre Tácito, Maquiavelo y Guicciardini y cierta afinidad con quienes cuestionaban las posiciones políticas tradicionales. Así, la colección y los hábitos de lectura de Drake parecen orientarse a la adquisición de un arsenal de materiales y sentencias para el uso. En general, Drake revisita a lo largo de los años a los mismos autores¹⁶⁴ y la mayor cantidad de sus lecturas eran de historia y política, aunque la religión no estaba ausente; Maquiavelo (*Istorie Fiorentine, El Príncipe, Discorsi*) y Guicciardini estaban entre sus favoritos. Drake leía historia temática y cronológicamente, en una

¹⁶⁰ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000.

¹⁶¹ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 65.

¹⁶² A. Grafton y L. Jardine, "How Gabriel Harvey Read His Livy", *Past and Present*, 129, 1990, 30-78.

¹⁶³ K. Thomas, "The Meaning of Literacy in Early Modern England", en G. Baumann (ed.), *The Written Word*, Oxford, 1986, 97-131.

¹⁶⁴ La lista es interminable. Clásicos: Platón, Aristóteles, Esopo, Plutarco, Tucídides, Séneca, Demóstenes, Heródoto, Homero, Virgilio, Polibio, Cicerón, Ovidio, Petronio. Es casi un compendio del saber renacentista y humanista, que incorpora a todos los famosos y otros menos conocidos: Erasmo, Vives, Pascal, Montaigne, Bodin, Scaliger, Heinsius, Lipsio, Grocio, Savonarola, Aretino, Cardano, Sarpi, Maquiavelo, Guicciardini, Valla. Entre los ingleses, se destacan Moro, Ascham, Cavendish, Jonson, Bacon, Raleigh, Cotton y Coke. También buscaba fuentes parlamentarias de Cotton y D'Ewes como "las mejores historias".

suerte de programa de lectura de historia para la acción, que, pensaba, le permitiría abordar los problemas de su tiempo, fundamentalmente el conflicto entre “política” y “piedad”, entre autoridad del gobernante y libertad del súbdito. Las reflexiones de Drake que recuerdan a Maquiavelo son innumerables. Sostenía, por ejemplo, que “los historiadores son los mejores consejeros de Estado porque las mismas causas producen los mismos efectos”¹⁶⁵ y, como el florentino, estudiaba a los antiguos y sobre todo la historia de Roma con su mente orientada hacia el presente. Como Maquiavelo y como Bacon, también, elogiaba la virtud de la oportunidad y consideraba que un buen gobernante “sacaba todas las ventajas posibles de todas las personas, tiempos y accidentes”¹⁶⁶. Esto hace pensar en una lectura de Maquiavelo mediada y condicionada por la de Bacon. Sin embargo, la idea de progreso baconiana estaba peculiarmente ausente, y Drake compartía la teoría cíclica del italiano: “Como ha observado Maquiavelo en su *Istorie Fiorentine*, la virtud y la industria engendran acciones virtuosas, gloria y prosperidad, y no deshonor, por lo que (como observa Guicciardini) el hecho de que el hombre, la ciudad o el Estado florecientes caigan en la ruina no es necesario, la infelicidad no es una ley de la naturaleza”¹⁶⁷.

Por supuesto, la figura de Maquiavelo no fue la única referencia italiana de la historiografía y la política inglesa de este período. Merece destacarse también la aparición de un fraile servita veneciano, el grueso de cuya actividad historiográfica se desarrolló un siglo después que la de Maquiavelo y Guicciardini, tanto por su relevancia para la renovación historiográfica renacentista como por sus vínculos personales con ingleses y porque el tema de una de sus obras, una historia económica de la Iglesia, permite establecer una comparación con la *Historia de los diezmos* de John Selden. Paolo Sarpi (1552-1623), de él se trata, fue un fraile de la orden de los Servidores de María que desarrolló su actividad intelectual y política al servicio de la República de Venecia. Su labor en defensa de las posiciones de la República fue crucial durante el interdicto que el papa impuso sobre la *serenissima* en 1606, en tanto que su actividad como historiador encontró sus expresiones más cabales en el *Tratado de las materias benéficas* (c. 1608) y en la *Historia del Concilio de Trento* (1619). Ya durante los años de su más febril actividad en la orden de los servitas, Sarpi había

¹⁶⁵ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 98.

¹⁶⁶ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 100.

¹⁶⁷ K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 102. Las citas a referencias a Maquiavelo y su pensamiento histórico y político en el siglo XVII inglés podrían multiplicarse. Mencionemos algunas. J. Lilburne, en *The Upright Man's Vindication*, 1653, 7, consideraba que “Maquiavelo es uno de los más juiciosos y verdaderos amantes de su país, de las libertades italianas y de la bondad de toda la humanidad que jamás haya leído, que aunque haya sido comunmente condenado por grandes políticos de Estado, sus libros son estimados por mí por su gran utilidad en mis emprendimientos y me han ayudado a ver claramente a través de todos los ocultamientos y decepciones de mis poderosos adversarios políticos”. Para F. Osborne, *Political Reflections*, 1656, 140, “la historia es la historia del orgullo, el homicidio y la ambición, Maquiavelo se dio cuenta de esto y por ello comprendió mejor que nadie la naturaleza del Estado”. G. Harvey, entretanto, sostenía que “Maquiavelo es el gran maestro y fundador de la política”. Cit. en C. Morris, “Machiavelli's Reputation in Tudor England”, *Il Pensiero Politico*, II, 1969, 419.

comenzado a relacionarse con numerosos personajes de reconocida fama en el ámbito intelectual y político italiano y europeo, de modo que sus relaciones inglesas son sólo una parte de sus amistades internacionales. Como ha señalado Frances Yates, Sarpi “abarcó toda la enciclopedia a la manera renacentista”,¹⁶⁸ más allá de su erudición en temas de historia, filosofía y teología, Sarpi tenía gran interés y sólidos conocimientos en física, matemática, astronomía, anatomía, fisiología, como afirmaba asombrado el embajador inglés en Venecia y amigo de Sarpi, sir Henry Wotton, el servita comprendía las “áreas más abstrusas de las matemáticas como la teoría y el álgebra”.¹⁶⁹ Al parecer Sarpi fue abandonando paulatinamente sus estudios de ciencia natural, hasta que, hacia 1606, con motivo de la controversia con Roma se concentró ya de forma definitiva en sus tareas al servicio de la República, en una febril actividad política y en la composición de la obra que de él se ha conservado. Con su actividad al servicio de Venecia durante el interdicto, la fama de Sarpi se incrementó y muchos intentaron contactarlo en busca de bibliografía y consejo. Poco después de concluido el conflicto con la Santa Sede, en el otoño de 1607, mientras bajaba por el puente de Santa Fosca, a pocos metros de su convento, fue herido de tres puñaladas profundas en la cara, como consecuencia de las que conservaría una visible cicatriz. “De no mediar la gran Providencia entre nosotros —observaba el embajador inglés en Venecia, sir Henry Wotton— el asesinato se habría consumando, especialmente debido a su cuerpo débil y frágil”.¹⁷⁰ El propio fray Paolo, en ocasiones por su ambición de obtener noticias de todo el mundo y de todos los campos del saber, y en otras por su actividad política y religiosa para la República, buscaba con avidez relacionarse con personajes afines. Estas vinculaciones condicionaron muchas de las opciones políticas del servita y fueron relevantes para la determinación del contenido de algunas de sus obras y, también, fundamentales para su difusión.¹⁷¹

Tal vez el conjunto de relaciones más importante para la difusión de la obra de Sarpi y para condicionar varios aspectos de la producción misma de muchos de sus textos es aquel que vinculaba al servita con ingleses. En 1604 sir Henry Wotton llegó a Venecia como embajador de Inglaterra ante la República. Su primera estancia como embajador en la ciudad de la laguna se prolongó hasta 1610 y a partir de 1607 contó

¹⁶⁸ F. Yates, *Ensayos Reunidos III*, Mexico, FCE, 1993, 330.

¹⁶⁹ G. Burnet, *The life of William Bedell*, Londres, 1685. Cit. en J. L. Lievsay: *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his English friends*, Wichita, Kansas University Press, 1973, 201-203. Galileo lo citaba como uno de los grandes matemáticos de su tiempo. Sarpi lamentó mucho su partida cuando dejó Venecia por Florencia. La primera ley de la física clásica había sido anunciada dubitativamente por Galileo en una carta a Sarpi de 1604 en la que lo invitaba a considerarla “un poco”. A. Koyré, *Estudios galileanos*, México, Siglo XXI, 1998, 73-76.

¹⁷⁰ Carta de sir Henry Wotton, desde Venecia, al Dr. Collings, director del King's College de Cambridge. La carta no tiene fecha, aunque podemos estimarla en algún momento entre inicios de 1622 y 1624. G. Burnet, *The life of William Bedell*, Londres, 1685, 201-203.

¹⁷¹ Hemos estudiado en detalle la figura de Sarpi en P. Sarpi, *Tratado de las Materias Beneficiales*, Buenos Aires, Biblos, 2004, con estudio introductorio a cargo de J.E. Burucúa, N. Kwiatkowski y J. Verardi, de donde surge la mayor parte de las reflexiones aquí vertidas.

con la asistencia de William Bedell como capellán.¹⁷² Wotton fue un espectador privilegiado del conflicto entre Venecia y el papado y reportaba constantemente la actividad de Sarpi y de Micanzio, de la que estaba al tanto gracias a la amistad que había trabado Bedell con ambos y que él mismo cultivaría poco después.¹⁷³ En tiempos en que las relaciones de Inglaterra con España y el papado no eran nada buenas, con la Conspiración de la pólvora ocurrida recientemente, Wotton como embajador no se molestaba por disimular su misión de acentuar la división entre Roma y Venecia, para lo cual consideraba a Sarpi un aliado potencial.¹⁷⁴ Por otra parte, las fuertes críticas de Sarpi a Roma y el papado, sobre los que opinaba que “allí sólo tienen fortuna los rufianes y los ministros que buscan enriquecerse”, estaban a tono con el temperamento inglés en una época en la que no dejó de temerse una invasión española por Irlanda, identificada con el regreso del catolicismo. El veneciano aseguraba, además, que en Roma “a todo el que se opone a sus intenciones dan el nombre de hereje, reafirmando que es herejía cada cosa que se opone a sus intentos”, y conservó, como ha señalado C. Hill para el caso de Milton, la imagen de ser un hereje en la verdad. Sarpi permanecería en Venecia hasta su muerte.¹⁷⁵

Periódicamente el embajador enviaba a Cecil y a Jacobo I noticias sobre Sarpi y Micanzio, así como textos del primero y durante su segunda embajada —a partir de 1616—, envió un retrato que aún hoy se conserva en Oxford.¹⁷⁶ Los textos enviados por Wotton hicieron mucho por la popularidad de Sarpi en Inglaterra: se referían al interdicto y fueron publicados en inglés en 1607 por John Bill, el impresor del rey. Más aun, otro libro editado el mismo año tiene un prólogo presumiblemente escrito por Wotton, que exalta a Sarpi como un defensor no sólo de Venecia, sino de las prerrogativas seculares contra el papado y sus pretensiones de supremacía: en ese texto Wotton describe a Sarpi como “medio luterano”. Al año siguiente se publicó en Londres una invectiva contra Bellarmino, autorizada por la autoridad pública. Puesto

¹⁷² William Bedell trabajó denodadamente por establecer una iglesia reformada en Venecia y entró en contacto con Sarpi, acercándole obras protestantes. Las relaciones entre Sarpi y Bedell fueron siempre un argumento para los acusadores de Sarpi. Fulgenzio Manfredi, sometido al juicio de la Inquisición tras luchar contra Sarpi, declaró: “Bedell hace erudito a Fray Paolo en las herejías de la comunión *sub utraque specie*, en que los oficios divinos debieran ser en lengua vulgar, para que todos entendieran y cosas por el estilo, que todas están contenidas en libros hechos venir de Inglaterra”. F. Chabod, *Escritos sobre el Renacimiento*, México, FCE, 1992, 488.

¹⁷³ Es necesario aclarar aquí que Sarpi y los embajadores extranjeros no podían encontrarse (o al menos no legalmente) porque la legislación veneciana prohibía que muchos de sus empleados tuvieran ese tipo de contactos. De aquí el papel crucial de hombres como Bedell en las relaciones de Sarpi, que sin embargo ocasionalmente violaba la prohibición.

¹⁷⁴ Así se lo comunicó al secretario de Estado Robert Cecil en una carta de 1608. J.L. Lievsay, *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his English friends*, Wichita, Kansas University Press, 1973, 20. Wotton era además pariente lejano de Cecil y sir Francis Bacon y, de hecho, entregó un ejemplar del *Novum Organum* a Kepler durante el período en que fue reemplazado por Dudley Carleton como embajador en Venecia; escribió además el epitafio del monumento a Bacon en la iglesia de St. Michael en St. Albans.

¹⁷⁵ La misma idea puede encontrarse en la figura de Milton. La posibilidad de “criticar a la Iglesia sin convertirse en hereje” regocijaba a Lord Salisbury en 1606. C. Hill, *Milton and the English Revolution*, Londres-Boston, Faber and Faber, 1997, 154.

¹⁷⁶ En el retrato puede observarse una cicatriz en el rostro de Sarpi, producto del intento de asesinato en su contra tras el Interdicto, y un agregado junto a la imagen: “*Concilium Tridentinum Eviscerator*”.

que el panfleto contenía los argumentos de Bellarmino y las respuestas de Sarpi, su nombre se repetía a lo largo de la publicación. Si bien la opinión de J. Lievsay de que gracias a estas y otras publicaciones “para fines de 1607 el nombre de Fray Paolo era conocido incluso por el hombre de la calle” parece una exageración, es indiscutible que el interdicto y la guerra de escritos que desencadenó en toda Europa hicieron a Sarpi y a sus opiniones particularmente bien conocidos en Inglaterra.¹⁷⁷

En 1610 Wotton fue reemplazado en la embajada inglesa en Venecia por sir Dudley Carleton, quien inició, sin fortuna y sin mucho énfasis al comienzo, contactos con Sarpi. La relación entre ambos, sin embargo, se volvió más fluida a partir de 1612, probablemente por un intento de Jacobo I de mostrarse a sí mismo como protector de los perseguidos por Roma. Fue por ello que cuando Isaac Casaubon le habló a Jacobo de las preocupaciones de Sarpi por su libertad y su seguridad, el rey no dudó en ofrecerle asilo por intermedio de Carleton. Sin embargo, Sarpi consideraba inoportuno dejar su puesto en Venecia y sólo aceptó la oferta de reiniciar los contactos con Inglaterra y su embajador a través de Micanzio. Esta renovada relación con Carleton fue crucial para el desarrollo de la *Historia del Concilio* de Sarpi y para su publicación. El interés de Carleton por una obra histórica que se proponía reexaminar el origen y el desarrollo del concilio de Trento aparece en una carta de 1613 a L. Adrewes.¹⁷⁸ Carleton quería que Sarpi pasara del proyecto original de publicar sólo los documentos conciliares, cuya impresión estaba prohibida por Roma y por lo tanto se encontraban inéditos, a una obra más ambiciosa. Pero Sarpi tenía ocupaciones cotidianas que demandaban rápida atención sobre cuestiones dispares por su posición oficial, la que además lo hacía objeto de observación continua y limitaba su libertad de movimiento. Una historia del Concilio era una obra compleja y laboriosa y no era sencillo mantener el secreto sobre su contenido y alcance. Carleton estaba decidido y, ante la publicación en 1613 de un libro sobre la situación y el carácter de la Iglesia católica después del concilio de Trento, *Consensus Ecclesiae Catholicae contra Tridentinos*, se encontró con un apoyo imprevisto para lograr su cometido.¹⁷⁹ El autor era un primo del embajador, George Carleton, *fellow* del Merton

¹⁷⁷ Pronto apareció también una traducción del latín del discurso de Nicholas Vignier contra los argumentos del papado, que además incluía la apología de Sarpi por no presentarse a Roma, en la que se sostiene que sus escritos estaban injustamente condenados, que Bellarmino iba a ser juez y parte, que no podría obtener un salvoconducto y que el dux había prohibido a los clérigos dejar Venecia. Otro libro publicado en Londres en 1608 contenía la condena del Senado a quienes habían intentado asesinar a Sarpi, junto con otras leyes relacionadas con él. Wotton no fue el único que tuvo la idea de imprimir los panfletos. Pronto aparecieron más colecciones en Inglaterra y el continente. No siempre se las puede fechar, pero indican claramente el interés inglés por la lucha veneciana. El catálogo de 1620 de la Bodleian Library, una de las más utilizadas por los eruditos ingleses de la época, realizado por Thomas James, refleja este hecho.

¹⁷⁸ G. Cozzi, “Fra Paolo Sarpi, l’anglicanesimo e la ‘Historia del concilio tridentino’”, *Rivista Storica Italiana*, LXVIII, IV, 1956, 570.

¹⁷⁹ *Consensus Ecclesiae Catholicae contra Tridentinos*. En *Directions to know the true Church* (Londres, 1615), impreso por Bill, el impresor real que publicaría luego la *Historia* de Sarpi. Según Lievsay, un lector del siglo XVIII hizo a este texto anotaciones marginales que remiten a Sarpi. J.L. Lievsay, *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his English friends*, Wichita, Kansas University Press, 1973, 176.

College y obispo de Llandaff, gran enemigo de los papistas y severo calvinista. La obra proponía la unidad espiritual de la iglesia, la autenticidad del desarrollo del cristianismo en la iglesia católica y la validez de algunas de sus tradiciones. G. Carleton le envió una copia a Sarpi con una carta en la que le proponía discutir con él las cuestiones más controvertidas. Sarpi jamás respondió a la carta, pero se puso en contacto con Dudley Carleton y, según Dudley en carta a George, le comunicó que su respuesta sería una obra "para nada diferente de vuestra propia materia", que ya estaba escribiendo.¹⁸⁰ Jacobo recibió favorablemente el programa de publicación de la *Historia del concilio*, que Dudley Carleton se empeñaba en atribuirse como un triunfo personal, pero desmintió algunas declaraciones vehementes de Carleton a favor de una alianza de Venecia con fuerzas protestantes y de una empresa común por la libertad de Italia contra los españoles.

Para 1616, cuando Wotton reemplazó nuevamente a Carleton como embajador, la obra estaba terminada y sólo faltaba la decisión de Sarpi sobre dónde y cómo publicarla. Wotton decía que contenía muchos descubrimientos y que había que publicarla en italiano y en latín, pero Sarpi dudaba: ya se había hecho famoso por su precaución con la *Historia del Interdicto* para la *Historia sui temporis* de De Thou y la situación política podía volver a su obra objeto de extorsiones.¹⁸¹ En 1618 Jacobo ofreció asilo nuevamente a Sarpi, pero la cuestión del envío de la obra se resolvió por otra vía. La *Historia* fue remitida a Inglaterra semanalmente por Nathanael Brent – también *fellow* del Merton College, quien llegó a Venecia en 1618– a través de la red comercial del holandés Daniel Nis, que también se dedicaba a la compraventa de obras de arte entre Venecia e Inglaterra. Brent ya había estado en la ciudad de la laguna en 1614 y Carleton, que lo había conocido en Oxford, le había pedido ayuda en sus tratos secretos en pos de una alianza entre Venecia y el ducado de Saboya y entre ambas y las potencias protestantes, además de llevarlo como su secretario durante su embajada en los Países Bajos. Tal vez por esta familiaridad George Abbot,¹⁸² el arzobispo de Canterbury, tomó la decisión de enviarlo a Italia para realizar el envío de la obra de Sarpi a Inglaterra, donde la recibiría el propio Abbott, quien se encargaría de su publicación. Toda la empresa se llevó a cabo con gran sigilo, la correspondencia era cifrada y la efectividad de Brent quedó demostrada cuando, para fines de 1618, la obra ya estaba lista para su impresión en Inglaterra.¹⁸³

¹⁸⁰ G. Cozzi, "Fra Paolo Sarpi, l'anglicanesimo e la 'Historia del concilio tridentino'", *Rivista Storica Italiana*, LXVIII, IV, 1956, 576.

¹⁸¹ G. Cozzi, "Fra Paolo Sarpi, l'anglicanesimo e la 'Historia del concilio tridentino'", *Rivista Storica Italiana*, LXVIII, IV, 1956, 580.

¹⁸² George Abbot, fue la única firme influencia antiespañola sobre el consejo privado de Jacobo I. Sus discípulos, amigos y protegidos perseguían descubrimientos en ultramar y realizaban investigaciones científicas, aunque muerta Isabel el interés de la corte por la investigación científica fue más difícil de alcanzar. Como en tantas ocasiones en Inglaterra, posiciones políticas y religiosas radicales eran sostenidas por personajes interesados en la investigación científica, que además participaban de los emprendimientos económicos vinculados a los descubrimientos de ultramar.

¹⁸³ Existen otras versiones sobre el arribo de la *Historia* a Inglaterra, incluso se ha sugerido que Marcantonio de Dominis la habría llevado con él cuando se exilió en 1616. Sin embargo, la relatada aquí es la que parece tener mayor sustento documental.

Es posible que la obra estuviera ya concluida en 1616, cuando Wotton escribió a Jacobo I que “el libro del maestro Paolo está recién terminado”, pero la complejidad del trámite dilató la publicación, hasta que la *Historia* se editó por primera vez en Londres en 1619, con una extensa y poco prudente carta de Marcantonio de Dominis a Jacobo I como prólogo, en la que se atribuía las gestiones tendientes a la edición del libro, que se publicó bajo un seudónimo (Pietro Soave Polano, anagrama de Paolo Sarpi Veneto).¹⁸⁴ En los dos años siguientes apareció la edición inglesa, traducida por Nathaniel Brent, y una versión latina, obra de Adam Newton,¹⁸⁵ William Bedell y De Dominis.¹⁸⁶ Para fines del siglo XVII ingleses y europeos podían acceder a la *Historia* de Sarpi en 25 ediciones y 5 idiomas.¹⁸⁷ Si los escritos de Sarpi durante el Interdicto lo hicieron conocido en Inglaterra, la *Historia del Concilio* consolidó esta posición en toda Europa.¹⁸⁸

Probablemente uno de los mejores indicios acerca del impacto de la obra de Sarpi en Inglaterra pueda encontrarse en la obra del gran poeta republicano John Milton, que en *Liberty of unlicensed printing*, en *Areopagitica*, de 1644¹⁸⁹ cita una parte de la *Historia del concilio* en la que Sarpi analiza la prohibición de libros mientras que en el *Commonplace Book* hay al menos trece referencias a la obra de Sarpi. En St. Paul Milton conoció a C. Diodati, hermano de G. Diodati, profesor de teología en Ginebra, amigo y traductor de Sarpi, e hijo de T. Diodati, protestante refugiado protegido por la corona y médico de la princesa Isabel, que había estudiado

¹⁸⁴ De Dominis había sido arzobispo de Spalato, un dominio veneciano en Dalmacia, presuntamente colaboró con Sarpi durante el conflicto por el Interdicto y terminó por exiliarse en Inglaterra, abrazando el anglicanismo hasta que, a instancias de Gondomar, embajador español en Londres, retornó a Roma donde éste le había prometido que sería recibido con grandes honores; en lugar de ello fue encarcelado hasta su muerte y luego quemado en Campo de Fiori. La impresión de la *Historia* fue encomendada a John Bill, el editor real, y apareció con el escudo real de armas en la portada (con el título: *Istoria del Concilio Tridentino, nella quale si scoprono tutti gl'artificii della Corte di Roma, per impedire che né la verità di dogmi si palesasse, né la riforma del Papato & della Chiesa si trattasse*. En noviembre del mismo año en que fue publicado, el libro estaba ya incluido en el *Índice*).

¹⁸⁵ Adam Newton había sido secretario y tutor del príncipe Enrique. El ya mencionado Giacompo Castelvetro, protegido de Raleigh y Northumberland, dos de los mayores sostenedores de la investigación científica y de la exploración ultramarina durante el reinado de Isabel, que cayeron en desgracia con el ascenso de Jacobo al trono, terminó sus días en casa de Newton. C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 248.

¹⁸⁶ Dos años después de la traducción, la edición latina contaba ya con cuatro ediciones.

¹⁸⁷ La traducción de Brent fue publicada por la imprenta del rey en 1620 y nuevamente en 1629, 1640 y 1676. La edición de 1629 tiene además cartas y anotaciones de Guicciardini sobre el papa Alejandro VI y el papado en general. Las ediciones posteriores a la década de 1640 incluyen la biografía escrita por Micanzio. La traducción latina impresa por Bill en 1620 se publicó en Frankfurt (1621), Ginebra (1622), Leiden (1622), Amsterdam (1694) y Liepzig (1699). La traducción al alemán se publicó en Frankfurt en 1620. La obra tuvo incluso una traducción al holandés. Dos traducciones al francés se publicaron en varias ciudades (Ginebra, París, Amsterdam, de 1621 a 1699). En los últimos ochenta años del siglo XVII cualquier estudioso podía acceder a la *Historia*. El libro era tan explosivo que la prohibición eclesiástica no sirvió de mucho.

¹⁸⁸ Los lectores y editores de Sarpi en Inglaterra se multiplicaron enormemente durante el siglo XVII. Ya se ha mencionado el ejemplo de la Bodleian Library, pero muchas otras bibliotecas privadas de la época tenían ejemplares de obras de Sarpi, como las de Roger Twysden y Edward Coke. En su *Triplici Nodo*, *Triplex Luncus* de 1607 Jacobo I, respondiendo a las órdenes de Pablo V a los católicos ingleses de no prestar juramento al rey, cita a Sarpi en su defensa. Además frecuentemente Sarpi era citado sin referencias directas, pero de forma tal que los ingleses del siglo XVII podían darse cuenta de que se trataba de él.

¹⁸⁹ Allí se refiere al servita como “el gran desenmascarador del concilio de Trento”.

en Leiden, tal vez junto a Padua una de las universidades preferidas de los ingleses que esperaban algo más serio que Oxford y Cambridge.¹⁹⁰ En su viaje por Italia, Milton pasó un mes en Venecia. Durante el mismo viaje se entrevistó con Galileo, quien aparentemente se refirió a la ayuda que recibió de Sarpi para su ya famoso telescopio.

Es necesaria una referencia final a la influencia de algunos textos ingleses en el desarrollo intelectual de Sarpi. Ya se ha mencionado la importancia de Dudley Carleton y de la obra de su primo George para que Sarpi decidiera darle a su *Historia del Concilio de Trento* la forma que finalmente tuvo. Existió al menos otra obra inglesa del período que despertó el interés de Sarpi: la *Relación sobre el estado de la religión* de Edwin Sandys.¹⁹¹ Luego de graduarse en 1579, Sandys realizó un viaje por Europa, con el objetivo de estudiar la situación de otros países e iglesias para contribuir a la solución de los problemas ingleses. Viajó por Italia, Alemania y Francia. La *Relación* resume las observaciones de Sandys en cuestiones de religión durante este viaje, las facciones y profesiones divididas, las diferencias en cuestiones de fe y en el ejercicio de la religión, en el gobierno eclesiástico, las que considera virtudes y defectos, etc. En la obra de Sandys, como en la de Sarpi, el análisis histórico es utilizado para la polémica y la denuncia de las prácticas políticas católicas.

La obra de Sandys estaba terminada en 1599 pero sólo fue publicada en 1605, y el éxito fue tal que fueron necesarias tres ediciones en ese año. Es posible que tales ediciones hayan sido autorizadas por Sandys, pero publicadas anónimamente por precaución, lo que no era raro: era un momento de tensión religiosa y el escrito tocaba temas urticantes.¹⁹² La obra volvió a publicarse, corregida y aumentada, en 1629. La fama italiana del libro de Sandys, origen de su fama europea, se inició en Venecia en 1608, luego del interdicto. Como ya se ha mencionado, por entonces Wotton y Bedell estaban abocados al intento de introducir, a través de Sarpi y Micanzio entre otros, la

¹⁹⁰ Los Diodati eran una familia calvinista ginebrina. La mayoría de sus miembros contemporáneos a Sarpi eran parte de una suerte de república de las letras. Elías Diodati conoció a Galileo en 1620 e "hizo por llevar a la luz la obra de Galileo tanto como Reticus por Copérnico y Halley por Newton." G. Nonnoi, *Saggi Galileiani; Atomi, immagini, e ideologia*, Cagliari, AM&D, 2000, 190.

¹⁹¹ Sandys nació en 1561, hijo del obispo de Worcester, exiliado durante la restauración católica de María. Pertenecía a la corriente más rígida de la iglesia y se lo tenía por puritano, aunque criticaba a los puritanos por sus exigencias anticeremoniales, ya que "el ministerio no puede ejercerse sin sus ritos". Estudió en Oxford y fue educado por R. Hooker, el gran teórico de la iglesia anglicana y defensor de ésta contra el puritanismo.

¹⁹² Había esperanzas católicas y puritanas (antianglicanas) depositadas en Jacobo: los católicos esperaban que su estado de sujeción terminara y de hecho Jacobo reconoció a Roma como iglesia madre, en tanto que los puritanos contaban con la inclinación calvinista del rey y en la *millenary petition* demandaban independencia ceremonial (rechazando la liturgia anglicana) y la libertad de no tener que declarar sus creencias. Jacobo rechazó la petición en 1604, ya que los principios puritanos eran inconciliables con la autoridad real, lo que estaba de acuerdo con lo reclamado por Sandys (firmeza real y majestad de la iglesia y su disciplina). En 1605 fue descubierta la Conspiración de la pólvora, de modo que una ofensiva anticatólica que incluía un rechazo a las tradiciones conservadas por la Iglesia anglicana era más posible que nunca. El libro de Sandys, que buscaba terminar con la división, podía ser objeto de esos ataques y la impopularidad era un peligro demasiado grande para un joven parlamentario ambicioso. G. Cozzi: "Sir Edwin Sandys e la *Relazione dello Stato della Religione*", *Rivista Storica Italiana*, LXXIX, 1967, IV, 1100.

religión protestante en la ciudad de la laguna. En una carta a Adam Newton, Bedell sostenía que hacían falta textos que mostraran que el papado enmascaraba sus fines políticos en la religión y consideraba que, para este fin, la obra de Sandys era perfecta. Por ello, con ayuda de Micanzio y Sarpi, emprendió la traducción al italiano del texto y sir Henry Wotton hizo los arreglos necesarios para enviar el resultado a la imprenta. La traducción del libro de Sandys era una iniciativa oficiosa si no oficial: probablemente Jacobo I conociera la empresa, Sandys era amigo personal de Bedell y también debía estar al tanto del asunto, e incluso el dux veneciano había visto la traducción.¹⁹³ Sin embargo, la evolución política europea desaconsejaba la publicación del libro. Las posibilidades de una conjura para introducir el protestantismo en Venecia eran mínimas y era inútil publicar la obra de Sandys con ese fin: de hecho, ni siquiera se publicó entonces el *Tratado de las materias benéficas* y la *Historia del Concilio de Trento* sólo fue impresa, como hemos visto, con grandes precauciones. La traducción al italiano del libro de Sandys sólo vería la luz en Ginebra en 1625, nuevamente por obra de la familia Diodati. Para esta edición se dio al libro un tono anticatólico; aunque el texto impreso en Ginebra era el de la traducción veneciana, llevado a Ginebra por Diodati, se hicieron modificaciones para acentuar las críticas al papado y mejorar la posición de los protestantes. Sarpi era el autor de una serie de notas al texto que tienen mucho en común con la *Historia del Concilio de Trento* y el *Tratado de las materias benéficas*; el servita era incluso más radical que Sandys en las notas y se empeñaba por trazar el origen histórico y material de la corrupción en la Iglesia romana.¹⁹⁴

En cuanto historiador, Sarpi fue un exponente fundamental del principio fáctico de la búsqueda de la *verità effettuale della cosa*. En el desarrollo de este procedimiento analítico Sarpi articuló en su obra histórica dos cuestiones de gran importancia. En primer lugar, siguiendo el camino que había inaugurado el humanismo en la crítica filológica y la rigurosidad heurística, Sarpi reunió una masiva cantidad de datos y testimonios y los sometió a un disciplinado examen que daba cuenta de su veracidad y valor, aunque en alguna ocasión los manipule a su conveniencia. En segundo término, lejos de limitarse a relatar una sucesión de fenómenos del pasado, pretendía encontrar en ellos una ligazón causal que permitiera explicar el curso de esos sucesos y cómo a partir de ellos se ha alcanzado la situación actual, trazando de ese modo tendencias de largo plazo y gran amplitud, que incluso podrían asemejarse a lo que hoy llamaríamos leyes de desarrollo histórico.¹⁹⁵

No es casual que la historiografía sarpiana tenga importantes correspondencias con la moderna filosofía baconiana. Como ha advertido C. Hill reiteradamente, existe

¹⁹³ G. Cozzi: "Sir Edwin Sandys e la *Relazione dello Stato della Religione*", *Rivista Storica Italiana*, LXXIX, 1967, IV, 1112.

¹⁹⁴ G. Cozzi: "Sir Edwin Sandys e la *Relazione dello Stato della Religione*", *Rivista Storica Italiana*, LXXIX, 1967, IV, 1118. Véase D. Cantimori: *Eretici italiani del Cinquecento*, Turín, Einaudi, 1992, 455-56.

¹⁹⁵ Sarpi diría que "no soy del todo ignorante de las leyes de la historia, ni en lo que ellas son diferentes a los anales y diarios". G. Papini (ed.), *Scritti filosofici inediti*, Lanciano, 1911, 86.

una clara relación entre la filosofía mecanicista de los artesanos londinenses, que tanto gustaba a Bacon, la ciencia aplicada y el experimentalismo, de los que fue el gran defensor, por un lado, y una escritura de la historia concentrada en la narración y los detalles, que si bien no rehuye la interpretación, es poco amiga de las conclusiones apriorísticas. Así lo comprendió sir Henry Wotton, quien consideraba que la *Historia del Concilio* sobresalía entre Palladio y Galileo como el mejor libro escrito en italiano: en la mente de Wotton había una relación entre la teología liberal y la historia de Sarpi, la ciencia de Galileo y la arquitectura de Palladio. Pero Sarpi y Bacon tienen, en lo que al desarrollo de la historiografía se refiere, otro punto importante de contacto que alude tanto a la práctica historiográfica como a la forma de concebir la historia misma. Bacon y Sarpi, como también haría en Inglaterra Selden, según se verá enseguida respecto de la historia de los diezmos, rompieron los límites tradicionales entre la historia de la Iglesia y la historia civil, convirtiendo a ambas en una sola. En un movimiento que continúa al que había efectuado Maquiavelo, Bacon remueve los privilegios de la historia eclesiástica al tiempo que la seculariza, sin dejar por ello de reivindicar el saber social como algo que, en su propio desarrollo, satisface imperativos religiosos, logrando así ofrecer a la producción de conocimiento una doble legitimidad. Esta concepción, en la que la historia de la Iglesia deja de ser la historia de la divinidad y se vuelve historia humana, sumada a una forma de pensar la historia eclesiástica según la cual Dios dio origen a la organización sacra del mundo, pero los hombres hicieron su propia historia dentro de ella y la transformaron —para mal, dirá siempre Sarpi, aunque no irremediablemente—, es la que desarrolla el fraile contemporáneamente en sus obras históricas.¹⁹⁶ Al hacer de la historia religiosa una misma cosa con la historia civil, tanto Sarpi como Selden y Bacon, en lo que constituye una de las bases de la historiografía moderna, debieron desarrollar su contraparte, sin la cual la primera operación carecería de sentido: la concepción del pasado como historia hecha, en circunstancias normales, por la mano del hombre y no por obra y gracia directa de la divinidad.

Sin embargo, la mayor amplitud de la historiografía sarpiana la diferencia de la de Selden. Así, en su *Tratado de las materias benéficas* Sarpi abordó la totalidad de la historia de la Iglesia y demostró tanto sus vínculos inextricables con el feudalismo secular como la predominancia de las cuestiones materiales sobre las religiosas en su desarrollo posterior al Imperio. Selden, entretanto, y como será evidente enseguida, se concentra en una institución, el diezmo, sigue su historia desde el fondo de los tiempos y se limita a comprobar históricamente que los diezmos no se han pagado *iure divino*, sino que su práctica es inseparable de las leyes seculares. La diferencia es sutil, pero importante.

¹⁹⁶ Como señala Eric Cochrane, Sarpi desarrollaría el mismo procedimiento que Bacon: “La novedad verdadera de la *Historia del Concilio de Trento* es la unión de la historia civil y la religiosa, dos géneros de la historiografía humanista hasta entonces separados”. E. Cochrane: “Paolo Sarpi storiografo”, en P. Branchesi y C. Pin (eds.), *Fra Paolo Sarpi dei Servi di Maria*, Atti del convegno di studio, Venecia, Comune di Venezia, 1986, p. 44.

III

John Selden (1584-1654) fue uno de los más eruditos historiadores y abogados de su tiempo. En el apartado siguiente se describirán con mayor detalle los vínculos entre la profesión legal, la historia y el anticuariado, pero es importante notar aquí que para Selden, cuyo lema era “ante todo, libertad”, ésta sólo podía preservarse con el conocimiento de la ley, la historia y la costumbre, al tiempo que consideraba que el único derecho inalienable era la antigua ley inglesa. Selden es considerado uno de los fundadores de los estudios legales basados en la historia comparativa en Inglaterra; para él la historia era un medio, no un arte, de gran utilidad para su actividad política. Esto lo llevó a participar en la oposición parlamentaria a los primeros Estuardo, lo que vuelve evidente la conexión entre historia y política. Por cierto, en Selden la convicción de que la historia debía iluminar las dudas del presente se complementaba con otra, que hacía hincapié en la necesidad de respetar la evidencia. Su enorme erudición y su conocimiento de idiomas, filología, diplomacia y paleografía lo volvían especialmente apto para esta tarea, y abordó el estudio de las historias eclesiástica, inglesa, oriental, hebraica, árabe, persa... En su práctica como historiador, Selden prefería argumentos de peso a gran variedad de argumentos, manuscritos a impresos, originales a traducciones, textos completos a glosas. Sus principios de evidencia y prueba eran bastante precisos, comunes en parte a la práctica legal. Establecía los hechos en contextos históricos específicos, realizaba comparaciones históricas sólo basadas en definiciones precisas, consideraba cómo los precedentes se relacionan con tradiciones históricas particulares y realizaba una precisa discriminación cronológica, guiada por lo que denominaba “sincronismo”, esto es, la coherencia temporal por la cual se debía comprobar que los eventos que enuncia un documento hubieran ocurrido cuando el documento lo dice, de modo que una cronología exacta hacía posible una historia exacta. Este estricto uso de la cronología se evidencia en *Titles of Honor*, de 1613, un estudio de los títulos de realeza, nobleza y caballería. Con base en material impreso y manuscrito expuso los cambios en todos los títulos, de emperador a escudero, organizados en un esquema jerárquico, título por título, dentro de los cuales seguía principios cronológicos.

Selden comenzó su labor en la biblioteca de sir Robert Cotton, a quien conoció, como a Camden, en los Inns of Court. A pesar de estar en contacto con este círculo, nunca integró la Sociedad de Anticuarios. Sin embargo, si bien es cierto que existía una diferencia entre el estudio anticuarial y el histórico en este período, tal cual se verá más adelante ambos tenían mucho en común y es necesario moderar la distinción implicada en sentencias como la que afirma que “si Spelman descubrió el feudalismo, Selden se dio cuenta de que descubrimientos de este tipo pertenecían al

ámbito de la historia”¹⁹⁷. Al respecto, Selden se acercó al anticuariado, y es probable que no haya integrado la Sociedad porque su primera obra, *Analecton Anglo Britannicon*, un estudio de antigüedades legales inglesas sobre las naciones sucesivas que habitaron la isla, fue redactado en 1607, cuando los anticuarios estaban a punto de dejar de reunirse definitivamente. Como Camden y Spelman, se contactó con eruditos continentales: P. Dupuy, G. Gevaerts y D. Heinsius, discípulo de Escalígero y amigo de Sarpi que publicó más de una de sus obras en la imprenta de los Elzevier en Leiden, los mismos que editaban a Galileo. También su *Duello*, de 1610, es semejante a las obras de los anticuarios. En el texto, estudia los orígenes antiguos de la práctica del combate entre dos y su evolución hasta Inglaterra, donde se había transformado en una actividad controvertida que Jacobo quería abolir. Analizó su uso, los modos de su práctica y sus funciones sociales e históricas, con una distinción clara entre tiempos míticos e históricos. Tal vez lo más interesante de la obra sea el ejercicio comparativo que lo llevaba a concluir que la práctica inglesa derivaba de los lombardos y otros bárbaros del norte, “cuyos descendientes llenan este reino”¹⁹⁸. Al respecto, su *Jani anglorum facies altera*, de 1610, intentaba delinear los desarrollos y mutaciones de la ley inglesa, a la que dividía en antes y después de la conquista normanda: encontraba elementos de continuidad entre sajones y normandos, pero también innovaciones de importancia como las referentes al derecho de tenencia o al vasallaje. A pesar de todo, es cierto que la variedad de sus intereses (casi medio siglo más tarde su última obra estaba dedicada a la ley y el gobierno hebreos, de los que desprendió una importante teoría del derecho natural) y el énfasis documental y sintético, más que arqueológico y corográfico, de sus estudios lo distinguen de los anticuarios.

La *Historia de los diezmos* (1618) puso a Selden en el centro del debate religioso, político y legal, y aunque Cotton le sugirió no hacerlo, la publicó tal como la escribió y la defendió de la censura y de las críticas. Su estudio no está interesado en grandes eventos ni grandes hombres, sino en la institución de los diezmos; no tiene moraleja ni lecciones para hombres de Estado, tampoco una perspectiva teleológica que asuma que el presente debe surgir del pasado. De hecho, aunque la principal causa de escándalo fue su crítica a la justificación clerical del diezmo como *iure divino*, una de las principales implicancias de la obra es la inexistencia de una recurrencia histórica cíclica, reemplazada por la idea de una mutación gradual de las instituciones y las prácticas. Selden examina mediante una comparación crítica y cronológica el origen, desarrollo, cambios y efectos sociales de una institución, el diezmo, en Inglaterra y otras regiones desde tiempos bíblicos hasta su tiempo. Selden insistía en que su interés no residía en las reliquias del pasado en sí mismas, sino en la producción de una narrativa útil que iluminara la historia de los diezmos como

¹⁹⁷ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 200.

¹⁹⁸ Cit. en D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 210.

práctica y el marco institucional de la Iglesia en su evolución hasta la actualidad; no le interesaba “lo que fue” sino “su relevancia para el presente”¹⁹⁹. Selden sostenía que las pretensiones clericales del derecho divino al diezmo eran injustificadas históricamente y que nunca habían sido ejercidas bajo las leyes del reino. La *Historia* tiene catorce capítulos y estudia el problema del diezmo desde tiempos mosaicos hasta la época contemporánea a su autor. Los primeros siete se consagran al contexto europeo antes de concentrarse en Inglaterra y sus peculiaridades, en ellos la Biblia es utilizada como una fuente abierta a la crítica documental; el resto de la obra está dedicada al estudio de la institución en Inglaterra. La *Historia* probaba que entre los primeros cristianos el financiamiento de la Iglesia se había producido por donaciones voluntarias y que la manutención de los clérigos por diezmos obligatorios sólo apareció cuando la Iglesia pasó a ser una institución universal, por cuanto no hay evidencia de que se pagaran *iure divino* antes del período que va entre los años 400 y 800. Entre este año y 1200 aparecieron nuevas prácticas, como las enfeudaciones (que, igual que el tratamiento del diezmo como una propiedad, sólo eran nuevas en Inglaterra, no en el resto de Europa), y aunque no había señales del pago de diezmos en el canon sí existían en la *common law*. Sólo el Concilio de Letrán de 1215 ordenaba a los fieles el pago de diezmos, de modo que era el poder político de la Iglesia el que determinaba el nivel de aceptación del canon y las concesiones de diezmos no estaban fijadas por la Escritura, sino decididas por relaciones y causas plenamente humanas. La cuestión de los orígenes históricos del diezmo, además, se relacionaba con la de los derechos de jurisdicción. Por *common law*, la jurisdicción sobre diezmos espirituales correspondía a la Iglesia, pero Selden buscaba probar que las cortes comunes habían ejercido la jurisdicción en casos que concernían a la propiedad de los civiles en los diezmos, de modo que la *common law* limitaba al canon en todo salvo en lo espiritual, porque era la autoridad más antigua de Inglaterra. Específicamente, bajo los sajones los casos eclesiásticos caían bajo la jurisdicción de cortes condales, presididas conjuntamente por *sheriffs* y obispos; la conquista normanda separó ambas jurisdicciones, pero las dos estaban facultadas para juzgar disputas por diezmos hasta la época de Enrique II. Su argumento, en suma, era histórico y se basaba en el conocimiento de los hechos y de las diferencias de época.

La *Historia de los diezmos* es una suerte de historia problemática poco típica como historia eclesiástica, cuya publicación se volvía particularmente urticante en el contexto de los problemas económicos de la Iglesia: los cambios del siglo XVI amenazaban con dejar a la Iglesia sin financiamiento y ésta no logró aprovechar las

¹⁹⁹ J. Selden, *History of Tithes*, 1618, a2rv; II. Nuevamente, es preciso insistir aquí en que, si bien esto implica que el estudio metódico de anticuario adquiere un lugar en la narrativa histórica y un rechazo del anticuariado sin método (D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 223), buena parte de los anticuarios contemporáneos, incluso muchos de los miembros de la Sociedad isabelina, compartían esta definición; pronto será evidente el equívoco de considerar a Camden o Spelman con criterios decimonónicos como “meros anticuarios interesados sólo en las reliquias”.

oportunidades del comercio, la minería o los cercamientos, mientras que el temprano desarrollo del capitalismo daba incentivos y posibilidades para evadir el pago de los diezmos y los religiosos querían evitar recurrir a la *common law* y hacer depender los pagos de la ley divina. Para comerciantes, campesinos o artesanos, entre tanto, los diezmos eran una amenaza a la propiedad, incluso la diferencia entre la solvencia y la ruina, y la teoría del derecho divino echaba sombra sobre las libertades del “inglés libre por nacimiento”. En este contexto, la *Historia* despertó la mayor controversia inglesa desde que Polidoro Virgilio acusó de mentiroso a Monmouth. Amenazaba tanto la ortodoxia histórica y religiosa como la economía de la Iglesia. J. Sempill atacó a Selden y Escalígero en su *Sacrilege Sacredly Handled*, de 1619: desconfiaba de la capacidad del historiador para investigar estas cuestiones porque “la historia es sólo una simple narración de lo ocurrido”. R. Tillesley, arquidiácono de Rochester, publicó ese mismo año *Animadversions upon Mr. Selden's History of Tithes*. Selden se disculpó en la Court of High Commission por publicar el libro, pero no por su contenido. Jacobo, quien no deseaba un debate público sobre la historia de la propiedad eclesiástica, impidió la circulación de la obra, aunque permitió respuestas privadas de Selden a sus críticos, en las que éste insistió en que los diezmos no se pagaban *iure divino*, “sino de acuerdo con las leyes seculares o costumbres locales”.

Llama la atención un tipo de observación crítica a la *Historia* de Selden por parte de D. Woolf porque no es un “modelo de historia objetiva y moderna”, o porque “participaba activamente en política” y “era más y no menos polémico que sus contemporáneos”. Es por supuesto innegable que “su visión del pasado estaba condicionada por sus preocupaciones presentes”²⁰⁰, pero lo verdaderamente sorprendente sería encontrar una historia, entonces o ahora, que no lo estuviera, por más fuertes que sean sus pretensiones de objetividad, erudición o ecuanimidad. Para evitar anacronismos de este tipo puede retomarse el cotejo iniciado más arriba entre la obra de Selden y la contemporánea de Sarpi, una perspectiva que además permitirá moderar la idea, algo provinciana, de que la *Historia* de Selden “jamás fue superada”²⁰¹. Al concentrar su análisis en el diezmo, Selden limita su perspectiva a una –impresionante– crítica filológica a partir de la que da cuenta de las manipulaciones y cambios realizados por la Iglesia en la historia de los diezmos. Pero la obra de Selden acaba allí; valiéndose de una erudición formidable y una heurística implacable, enseña, como lo hará Sarpi con los beneficios, el tenebroso recorrido al que la Iglesia sometió a una de sus instituciones más importantes. El texto de Sarpi, al encarar la historia benefical, remite a un enorme conjunto de relaciones y perspectivas que permiten hablar sin dudas de una historia económica de la Iglesia, y no de uno de los elementos que la componen. A la crítica filológica y la rigurosidad heurística, Sarpi agrega una serie de dispositivos analíticos propios de la

²⁰⁰ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 225.

²⁰¹ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 216.

historiografía moderna que hacen de su *Tratado* un texto excepcional. Considerando que fue un gran coleccionista de manuscritos, es posible que Selden haya leído el texto de Sarpi. Aunque se ocupan de materias disímiles, existen algunos pasajes muy similares en ambos escritos, como cuando Selden elogia a la Iglesia primitiva en términos semejantes a los habituales de Sarpi, al afirmar que “en el principio de la cristiandad, tan generosa era la devoción de los creyentes que sus oblaciones excedían por mucho lo que podría haber sido el diezmo”²⁰².

Los vínculos de Selden con el estudio de la ley y con el de las antigüedades, así como su énfasis en el concepto de “sincronismo” y en la precisión erudita, hacen necesarias algunas reflexiones sobre los vínculos entre historia, ley y política en la Inglaterra pre-revolucionaria, al tiempo que permitirán establecer las relaciones de este campo con el anticuariado en un sentido más estricto. Según J.G.A. Pocock,²⁰³ en Francia los humanistas que se ocuparon de la ley fueron historiadores casi modernos, pues debieron adecuar el derecho romano a su sociedad transformada, y la comprensión de la historia de hombres como Bodin y Alciato era enorme comparada con la de cualquier inglés del siglo XVI. Para F. Fussner,²⁰⁴ en Gran Bretaña este desarrollo fue más lento, sobre todo porque en Francia los tribunales asentados en la costumbre y el derecho romano se desarrollaron juntos, lo que contribuyó al estudio histórico comparativo, mientras que en Inglaterra la uniformidad de la *common law* ayudó a santificar el mito de la antigüedad inmemorial de la ley. Entre tanto, D.R. Kelley sostiene que la ley inglesa siempre estuvo en una situación de aislamiento. Incluso Coke se basaba en J. Fortescue, quien en *De Laudibus Legum Angliae*, comparaba la *common law* (idealizada) con la ley civil francesa (caricaturizada), a la que consideraba arbitraria, brutal y tiránica, y pasaba por alto que en Francia predominaba la costumbre.²⁰⁵ En realidad, la actitud de los abogados franceses hacia la ley era semejante a la de los ingleses, por cuanto la consideraban tanto un reflejo del carácter nacional como un modo de control del comportamiento social. Sin embargo, la divergencia entre académicos ingleses y franceses se hizo más pronunciada porque muchos ingleses se negaban a considerar el contexto histórico, como W. Dugdale, quien consideraba que “la *common law* es razón pura y probada”²⁰⁶. La ley no era para ellos una serie de reglas positivas que habían quedado sin escribirse, sino algo superior, un sistema racional mejor adaptado que un código escrito para lidiar con circunstancias sociales complejas²⁰⁷; era tanto un método como

²⁰² J. Selden, *The History of Tithes*, Nueva York, Da Capo Press, 1969, 36.

²⁰³ J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law; a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957.

²⁰⁴ F. Fussner, *The Historical Revolution*, Londres, Rutledge and Kegan Paul, 1962, 28.

²⁰⁵ D. R. Kelley. “History, English Law and the Renaissance”, *Past and Present*, 65, 11-1974. C. Brooks y K. Sharpe, Debate: “History, English Law and the Renaissance”, *Past and Present*, 72, 08-1976, sin embargo, han insistido en que los abogados ingleses eran menos insulares de lo propuesto por Kelley y que conocían bastante bien las indagaciones de los juristas continentales.

²⁰⁶ W. Dugdale, *Origines judiciales*, 1666, 3.

²⁰⁷ J. Dodderidge, *The English Lawyer*, Londres, 1631, 242.

un conjunto de conocimientos diseñado para las necesidades de una elite profesional, luego apropiado por el Parlamento.

En el primer cuarto del siglo XVII, E. Coke impuso su impronta en el dogma de la *common law*. En su esquema, la *common law* había existido en Inglaterra desde el fondo de los tiempos, de modo que se restringía la posibilidad de concebirla como expresión del orden social feudal. Sin embargo, como hemos visto en el caso de Selden y veremos en el de Spelman, esto no implica que la concepción de la historia como un proceso y de la ley como una institución sujeta a cambios estuviera vedada en Inglaterra, aun si el énfasis en el precedente es contrario a la noción de proceso, como ha sugerido F. Fussner.²⁰⁸ El propio Coke, director de la London Company, una de las ramas de la de Virginia, afirmaba que la *common law* "fue refinada por la sabiduría de los hombres excelentes en épocas sucesivas, por la experiencia continuada del derecho y la verdad"²⁰⁹, tanto como que "es la más ecuánime y la más certera, la de mayor antigüedad, menor demora, más fácil observación y mayor beneficio"²¹⁰. Incluso si la *common law* en los términos de Coke podría ser considerada ahistórica por cuanto la concebía como inmemorial e inmutable, su práctica puede definirse como cercana a la de los historiadores filológicos en lo referente a la investigación de documentos originales, del mismo modo que la indagación legal y las disputas políticas vinculadas a ella desempeñaron un papel de importancia en la conservación de archivos y registros durante la primera mitad del siglo XVII. Coke, por otra parte, sostenía que "las generalidades jamás alcanzan conclusión alguna"²¹¹ y usaba la historia en sus argumentos legales, pero pensaba que era en el estudio de la ley, al que consideraba superior, que se encontraban "las verdaderas y fieles historias de los tiempos sucesivos"²¹². Muchos abogados de la *common law* devinieron historiadores porque se dieron cuenta de que hechos y precedentes del pasado eran relevantes para el presente. La ley no era cuestión de fe o autoridad, sino de evidencia y archivo; era en estas actividades tanto como en disciplinas humanísticas más tradicionales, que los Inns of Court entrenaban a los abogados de la época. Es innegable que los franceses contemporáneos confiaban más en la comparación histórica y que los abogados ingleses se basaron crecientemente en el mito del carácter prehistórico y original de la *common law*, una idea que se consolidó y endureció entre 1550 y 1600.²¹³ Sin embargo, es conveniente no exagerar el peso de la idea de la perfección y la inmutabilidad de la *common law*; en *Maxims of*

²⁰⁸ F. Fussner, *The Historical Revolution*, Londres, Rutledge and Kegan Paul, 1962, 32.

²⁰⁹ *The Reports of Sir Edward Coke*, Londres, Joseph Butterworth and Son, 1826, (1576-1616), III, 77.

²¹⁰ *The Reports of Sir Edward Coke*, Londres, Joseph Butterworth and Son, 1826, (1576-1616), II, prefacio. Los *Reports* eran la obra estándar de referencia para amateurs y asentaron el saber oral de una elite profesional por escrito, modernizando el sistema.

²¹¹ *The Reports of Sir Edward Coke*, Londres, Joseph Butterworth and Son, 1826, (1576-1616), VII, prefacio.

²¹² *The Reports of Sir Edward Coke*, Londres, Joseph Butterworth and Son, 1826, (1576-1616), I, prefacio.

²¹³ J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law; a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957, 31.

the Law, de 1596, Bacon propuso la reforma legal y, si bien su propuesta de digesto no fue aceptada, se reformaron los estatutos, algo que incluso Coke apoyó.²¹⁴ Si bien él mismo intentó evitar el espectro del cambio al empujar los orígenes de la *common law* a antes de la conquista hasta hacerla inmemorial y ahistórica, al mismo tiempo su examen de instituciones legales y documentos llevaba a una conciencia del cambio como desarrollo.

Del mismo modo que las cortes de la *common law* se basaban en los precedentes, los abogados del Parlamento isabelino reclamaban nuevos derechos basándose en precedentes que supuestamente podían encontrarse en la *common law*, de modo que alusiones, paralelos y precedentes históricos eran habituales en las discusiones parlamentarias. Se trata de una justificación de nuevos derechos y libertades en nombre de la Constitución Antigua del reino y contra las arbitrariedades del gobierno real. La relación cercana entre algunos abogados y la oposición parlamentaria estaba clara en la época y Coke es el símbolo de la oposición de la *common law* a los abusos de poder reales. Gozaba de autoridad por su conocimiento y porque citaba evidencia que todos respetaban, pero no era el único abogado que defendía la libertad y la propiedad, ni el único en tomar prestados precedentes de Cotton, a quien Selden también debía mucho, al punto que le dedicó la *History of Tithes*.²¹⁵ Gracias a abogados como Coke la lucha de los parlamentarios recibió un significado histórico y un prestigio de miles de años, en una época en la que las controversias políticas y religiosas estaban dominadas por la búsqueda de precedentes documentados. Según A. Cromartie, el poder de los reyes era visto como expresión de la *common law*, lo que reflejaba una confianza en la capacidad de ésta para resolver cuestiones políticas, una confianza en un sistema no escrito que puso a la asamblea representativa en el centro de la escena.²¹⁶ Además, el énfasis en los precedentes otorga a la historia, aunque mítica, una importancia crucial en la resolución de los conflictos.

C. Russell²¹⁷ y K. Sharpe²¹⁸ han sostenido que antes de 1640 no existía una oposición en el Parlamento sino una política de consenso, que las cuestiones tratadas en el Parlamento no reflejaban grandes cuestiones constitucionales sino pretensiones facciosas de los pares, de modo que la gentry carecía de iniciativa y la historia parlamentaria del período estaría dominada por accidentes inconexos. Si bien sus investigaciones descubrieron divisiones internas en la corte y el Parlamento, T.K. Rabb ha recordado con estilo que “la historia del Parlamento sin conflicto no es *Hamlet* sin el príncipe, es *Hamlet* sin príncipe, Ofelia, rey, reina, Laertes, Horacio y

²¹⁴ C. Brooks y K. Sharpe, Debate: “History, English Law and the Renaissance”, *Past and Present*, 72, 08-1976.

²¹⁵ F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967, 134.

²¹⁶ A. Cromartie, “The Constitutionalist Revolution: the Transformation of Political Culture in Early Stuart England”, *Past and Present*, 163, 05-1999.

²¹⁷ *Parliaments and English Politics*, Oxford, 1979.

²¹⁸ *Faction and Parliament*, Oxford, 1978.

espíritu".²¹⁹ En el mismo sentido, C. Hill ha criticado a Christianson y Farnell, quienes han afirmado que los Parlamentos sólo eran instrumentos de un resurgente poder aristocrático y que oradores como Selden o Eliot sólo llevaban instrucciones de una Cámara a la otra: esta interpretación sobreestima el poder del patronazgo, desconoce que muchos clientes cambiaban de patronos cuando no estaban de acuerdo con su política (tal el caso de Eliot, que abandonó a Buckingham por Pembroke en 1624 por desacuerdos respecto de cuestiones financieras).²²⁰ Así, por ejemplo, Coke presentaba al Parlamento como parte del sistema de la *common law*, con la carga de descifrar los remedios para diversos males sociales en consulta con los abogados: el Parlamento hacía la ley, pero necesitaba la guía judicial.²²¹ A. Cromartie vincula este principio con el argumento parlamentario durante la Guerra Civil, según el cual el rey era un medio para el bienestar colectivo y no una parte de éste, de modo que se convierte en un funcionario, mientras que la omnipotencia de la ley le permitía juzgar el desempeño del rey, y en teoría el Parlamento era la más alta corte de Inglaterra.²²²

En el Parlamento de 1604 reencontramos a un personaje ya introducido más arriba, sir Edwin Sandys. Según T.K. Raab, este Parlamento, el primero del reinado de Jacobo, ocupó un lugar clave en la iniciativa creciente de la Cámara de los Comunes, revivió la oposición languideciente de los últimos años isabelinos y fue el primer hito de las crecientes demandas parlamentarias que alcanzarían su techo en las décadas de 1620 y 1640.²²³ Aunque había apoyado la prerrogativa real en la década de 1580, Sandys fue el más espectacular de los nuevos opositores, al punto que prefigura las actividades de Coke, Hampden y Pym. Entre muchos de sus argumentos, como el ataque a los *wardships*, una prerrogativa que durante el reinado de Isabel se había expandido crecientemente, y sus críticas a los monopolios, un punto es particularmente interesante aquí. Jacobo había pretendido unir en una sola corona a Escocia e Inglaterra, para convertirse no ya en rey de ambos reinos, sino en monarca de Gran Bretaña. Los Comunes, con Sandys como principal abanderado, bloquearon el proyecto de unión con Escocia. Sandys cuestionaba la necesidad del cambio porque podría acarrear problemas comerciales y legales, pero sobre todo porque no había precedentes para la unión: "no hay ejemplos de reinos unidos en la cabeza que sigan

²¹⁹ Theodoere K. Rabb, "The Role of the Commons", en "Revisionism Revised, two perspective on Early Stuart Parliamentary History", *Past and Present*, 92, 08-81.

²²⁰ "Peers, People, and Parliamentary Management", *Journal of Modern History*, XLIX, 1977, 573, Farnell, "Social and Intellectual Basis of London Politics, *Journal of Modern History*, XLIX, 1977, 643; C. Hill, "Parliament and People in XVII-century England", en "Revisionism Revised, two perspective on Early Stuart Parliamentary History", *Past and Present*, 92, 08-81.

²²¹ *The Reports of Sir Edward Coke*, Londres, Joseph Butterworth and Son, 1826, (1576-1616), IV, citado en A. Cromartie, "The Constitutionalist Revolution: the Transformation of Politica Culture in Early Stuart England", *Past and Present*, 163, 05-1999.

²²² "La supremacía parlamentaria en la interpretación de la ley y el carácter del rey como mero instrumento llevó al Parlamento a considerar legal la ordenanza que creó el New Model Army sin consentimiento del rey en 1640 y en su contra en 1643." A. Cromartie, "The Constitutionalist Revolution: the Transformation of Politica Culture in Early Stuart England", *Past and Present*, 163, 05-1999.

²²³ T.K. Rabb, "Sir Edwin Sandys and the Parliament of 1604", *American Historical Review*, 69, 3, 1964, 646-670.

el mismo curso en el cuerpo mediante la unión de leyes, costumbres, privilegios y estilos de honor²²⁴. Por otra parte, el Parlamento ya había hecho a Jacobo rey de Inglaterra, no podía deshacerlo y convertirlo en rey de Gran Bretaña, por cuanto el juramento de respetar las libertades expiraría y sería necesaria una nueva coronación. De esta manera, como en la *Relación sobre el estado de la religión*, Sandys rechazaba la pretensión de infalibilidad real con bases históricas, si se puede considerar tales a los precedentes.

IV

En general, los anticuarios europeos de los siglos XVI y XVII tendían a confiar en la posibilidad de que los objetos materiales hablaran por el tiempo en que habían sido hechos; preferían este tipo de evidencia, a la que consideraban más certera, a la tradición literaria, del mismo modo que no les agradaba la controversia teológica y habían desertado de la historia política ordinaria tanto como sus textos, sistemáticos y descriptivos, no se organizaban necesariamente de manera cronológica. Su pasión por los objetos antiguos se vinculaba con su interés por la observación empírica y la experiencia, de la que se derivaba una admirable variedad de intereses y objetos de estudio. El emprendimiento anticuario tiene su origen en el resurgimiento de la Antigüedad y la admiración por los clásicos característica del humanismo. Ya Petrarca había anotado en los márgenes de sus copias de Livio y Eusebio detalles de topografía romana, que al igual que su interés en monedas e inscripciones prefiguraban la tarea de los anticuarios.²²⁵ Asimismo, con el avance del humanismo surgió el problema del verdadero significado de los manuscritos clásicos, y de allí la filología, con el objetivo de recuperar, descifrar, editar e interpretar cada texto. Pronto fue evidente que los restos materiales de la Antigüedad eran útiles para este esfuerzo, que las cosas podían ilustrar las palabras y viceversa, que los monumentos podían usarse para restituir el escenario de eventos literarios e históricos de la Antigüedad.²²⁶ Pero la empresa anticuaria surgía también de la ansiedad provocada por la posibilidad de que objetos relevantes del pasado se perdieran, sobre todo los monumentos funerarios y los libros católicos; se buscaba preservarlos por su relevancia para la historia nacional. En el prefacio de *Britannia*, Camden describe la pena y curiosidad que sentía cuando caminaba por las ruinas de los monasterios disueltos y reconoce

²²⁴ Cit. en T.K. Rabb, "Sir Edwin Sandys and the Parliament of 1604", *American Historical Review*, 69, 3, 1964, 646-670.

²²⁵ J.M. Levine, *Humanism and History, Origins of Modern English Historiography*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1987, 76.

²²⁶ Flavio Biondo fue el primero en explorar sistemáticamente los monumentos de la Roma antigua (*Roma restaurata*, 1457-9). Además de permitir "restaurar los nombres de lugares antiguos y redescubrir los orígenes de las ciudades y la ubicación de aquellas destruidas para iluminar los que es oscuro en la historia" (libro VIII), los restos materiales proveían información específica sobre el pasado, para ilustrar la vida cotidiana, recuperar eventos y personas e iluminar textos de otro modo incomprensibles. J.M. Levine, *Humanism and History, Origins of Modern English Historiography*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1987, 78.

que había decidido recorrer Inglaterra, Gales y Escocia para registrar lo que allí podía hallarse con el objetivo de reconciliar a Inglaterra con el pasado representado por esas antigüedades. Éstas también ejercían fascinación como objetos de arte o decoración. Así, por ejemplo, R. Cotton dividía su biblioteca con bustos de emperadores romanos. No se trata de un fenómeno circunscripto a los más eruditos. Con el aumento de la importancia de los clásicos en el currículum, el entusiasmo por las antigüedades aumentó y las antigüedades entraron en la vida de los caballeros, muchos de los cuales visitaron Roma, registraron sus observaciones y utilizaron sus contactos con los embajadores ingleses en las cortes italianas para adquirir vestigios romanos. De todas formas, puede sugerirse que existe una diferencia entre la actitud anticuarial como coleccionismo y aquella orientada a metas (políticas, económicas, geográficas, etc.).

El primer anticuario inglés sistemático fue J. Leland (1506-1552). Tras estudiar en París, y siempre con el patronazgo de la corte, emprendió, luego de la disolución de los monasterios, la búsqueda de manuscritos antiguos, su descripción y apropiación para el rey y para sí. Fue durante esa tarea que reconoció que las abadías eran, como las ruinas clásicas, monumentos de un tiempo perdido, y es evidente en su figura que la combinación entre educación clásica y motivaciones religiosas y patrióticas llevaban al estudio de las antigüedades. Por otra parte, Leland concibió a monumentos y manuscritos como evidencias del cambio, de la existencia de diferencias entre diferentes períodos del pasado. Leland conocía la actividad de los anticuarios continentales y afirmaba estar haciendo en Inglaterra lo que Beatus Rhenanus hacía por Alemania.²²⁷ El aspecto más singular de su figura, a modo de advertencia contra el excesivo celo historiográfico y erudito, tiene que ver con su proyecto heroico de inventariar la totalidad de las antigüedades inglesas, para el que logró el apoyo real: aparentemente, el intento lo llevó a la locura en 1548. Uno de los objetivos de Leland en esta empresa, revelador del modo en que concebía el pasado y de la importancia que asignaba a la evidencia, había sido recolectar datos para probar la verdad de la leyenda de Arturo. A pesar de que el intento quedó trunco, en 1549 J. Bale publicó los resultados preliminares como *The Laboryouse Searche and Journey of John Lelande for England's Antiquitees*. Según Bale, Leland estudió griego, latín, sajón, bretón y galés para su proyecto,²²⁸ con el objetivo de resucitar a “esos excelentes escritores, de gran saber, que se encuentra en todas las eras del pasado inglés” y probar así que “Breñaña no era más bárbara que Roma”²²⁹. Esta motivación

²²⁷ *Instauratio Britannicae Antiquitatis*, V, 120.

²²⁸ *The Laboryouse Searche and Journey of John Lelande for England's Antiquitees*, Londres, 1549, c3v.

²²⁹ J. Leland, *The Laboryouse Searche and Journey of John Lelande for England's Antiquitees*, Londres, 1549, f2v, cit. en R. Tuve, “Ancients, Moderns, and Saxons”, *English Literary History*, 6, 3, 1939, 165-190.

nacionalista reaparecerá en otros anticuarios, entre ellos en Camden, quien proclamaba que su trabajo era "para gloria de Inglaterra"²³⁰.

Tanto los historiadores como los anticuarios Tudor y Estuardo distinguían antigüedades e historia. Sin embargo, esta diferencia ha sido exagerada por algunos estudiosos contemporáneos. Por ejemplo, F.J. Levy incluye un capítulo sobre anticuariado en *Tudor Historical Thought*, pero insiste en que los anticuarios no se consideraban historiadores. Para A.B. Ferguson, los historiadores eran hombres de poca imaginación que escribían sobre los grandes muertos y sus grandes gestas, quienes abordaban el cambio social y cultural del pasado no eran considerados historiadores, y si hubo una revolución histórica, fue protagonizada por los anticuarios y sus nuevos métodos, que reformularon el modo de percibir el pasado.²³¹ De acuerdo con D.R. Woolf, la distinción isabelina entre historia y anticuariado parece consecuencia de la influencia retórica continental y no una herencia local de una convención medieval: por ejemplo, la obra de Leland, finalmente editada como *Journey*, iba a llamarse *De Antiquitate Britannica or els Civilis Historia*, y la distinción fuerte entre historia y anticuariado sólo aparece hacia 1570 con la publicación de tratados de anticuariado y topografía.²³² Si, como sostiene Woolf, en 1595, en su *Apologie for Poetry*, Sidney "confundía" ambos tipos de escritura sobre el pasado, mientras que R. Brooke en *A Discoverie of Certaine Errours in the Much Commended Britannia*, 1596, acusaba "erróneamente" a Camden de pretender el título de historiador, tal vez sea posible que los "confundidos" sean los historiadores del siglo XX al atribuir a los hombres del pasado el uso de distinciones más tajantes de las que ellos mismos en realidad utilizaban. Es cierto que había una diferencia entre ambos modos de tratar con el pasado y los contemporáneos la reconocían, pero es conveniente no exagerarla. Como ejemplo, basta citar a W. Camden, quien no se consideraba historiador, sino corógrafo, y repetía una y otra vez en *Britannia* que escribía sobre lugares y no sobre personas, algo que "es mejor dejar para historiadores"²³³. De cualquier modo, tampoco debe olvidarse que el mismo Camden escribió historia en el sentido más tradicional del término (por ejemplo, sus *Annals* del reinado de Isabel, de 1615) y que fue el fundador de la primera cátedra de historia en Oxford, en 1621, para la que designó a D. Wheare.

Hace tiempo se reconoce la importancia del anticuariado en la creación de actitudes modernas hacia el pasado y de un método histórico moderno. El contacto con documentos y restos arqueológicos reorientó a la historia lejos de la recitación de eventos y hacia una apreciación del cambio cultural, el desarrollo institucional y la evolución social. Los anticuarios isabelinos tenían una gran cantidad de evidencia

²³⁰ W. Camden, *Britannia*, Londres, 1610, 4rv.

²³¹ F.J. Levy, *Tudor Historical Thought*, San Marino, Huntington Library, 1967; A.B. Ferguson, *Clio Unbound, Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979.

²³² D.R. Woolf, "Erudition and the Idea of History in Renaissance England", *Renaissance Quarterly*, 40, 1, 1987, 11-48.

²³³ *Britannia*, Londres, 1610, 340, 363, 369, 371, etc.

física del pasado y desarrollaron técnicas para analizarla y explotarla: los manuscritos fueron catalogados y editados, las monedas recolectadas y estudiadas en una empresa crecientemente colectiva, el estudio de la ley y el idioma de sajones, bretones y normandos progresó. No se trataba sólo de fuentes documentales y arqueológicas. Leland y sus sucesores disponían también de una variedad de fuentes orales, de la tradición popular a entrevistas personales con ancianos. Sin embargo, la popularidad de las fuentes orales declinó después de 1600, no sólo por un cambio de actitud frente a la evidencia histórica, sino también por una creciente división entre la cultura letrada y la popular en el siglo XVII.²³⁴ Por las razones que fuera, el testimonio escrito comenzaba a privilegiarse al oral. W. Lambarde sostenía que “uno puede afirmar una cosa y otro negarla, pero si un registro escrito lo dice, nadie puede oponérsele”, y años después J. Hall se preguntaba “en lo referente a las tradiciones orales, qué certeza puede haber en ellas”.²³⁵ Sin la insistencia en las fuentes de los anticuarios la historiografía moderna hubiera sido imposible, pero esto no los separaba tajantemente de las polémicas políticas, religiosas y legales de su tiempo. Camden basaba su práctica en principios hoy considerados básicos para la historiografía: “Por qué, cómo, qué cosa se ha hecho y si se ha hecho según la razón: todos estos y los similares interrogantes son una pérdida de tiempo inútil y no una instrucción útil. Mi juicio no es fruto de sentimientos, escribo con mente libre. Raramente he sobrepuesto mi juicio al de los otros, dejo a todos la plena libertad de juzgar según su capacidad”²³⁶. Sin embargo, como se verá en detalle más adelante, el alcance de *Britannia* ha llevado a los historiadores a coincidir en que Gran Bretaña fue unida tanto por Jacobo como por Camden. Del mismo modo, la motivación para las tareas anticuariales de algunos de sus colegas era religiosa. Así, M. Parker, anticuario y arzobispo de Canterbury, buscaba “presentar la historia religiosa de Inglaterra de modo de justificar la situación religiosa bajo Isabel”, de consolidar la Iglesia anglicana.²³⁷ Esos mismos intereses políticos y religiosos que llevaron al surgimiento del anticuariado le pusieron límites: Jacobo cerró la Sociedad de Anticuarios por temores políticos y Carlos I secuestró la biblioteca de Cotton porque Selden la había usado para su *Historia de los diezmos*.

²³⁴ D.R. Woolf, “The ‘Common Voice’, History, Folklore and Oral Tradition in Early Modern England”, *Past and Present*, 120, 1998.

²³⁵ W. Lambarde, *Eirenarcha*, Londres, 1581, 71. J. Hall, *The Olde Religion*, 1628, 167.

²³⁶ Cit. en D. Hay, *Storici e cronisti dal medioevo al XVIII secolo*, Roma, Laeterna, 1981, 145.

²³⁷ M. Mc Kisack, *Medieval History in the Tudor Age*, Oxford, 1971. En palabras de Foxe, Parker recopiló libros para mostrar que “la religión presente no es una reforma de las cosas, sino una reducción de la Iglesia al estado prístino de la vieja conformidad”. Prefacio a *Gospels of the Fower Evangelists*, 1571, sig. 9iir-v. Según R. Tuve, Parker se había volcado al estudio del sajón por motivos religiosos. En *A Testimonie of Antiquitie, Showing the Ancient Faith in the Church of England Preached in the Saxon’s Times, above 600 yeares agoe*, 1567, buscaba probar mediante el estudio de documentos antiguos que “nuestra Iglesia, por maniobras del papado, se desvió de antiguas doctrinas y prácticas” (k3v). En *Acts and Monuments*, 1596, J. Foxe hace uso del sajón de un modo idéntico: enfatiza sus motivos y métodos, el conocimiento juega a favor del protestantismo (II, 1046). El sajón asiste a la investigación para establecer la verdad oscurecida por “visiones parciales y corruptas de la historia” (q3r). R. Tuve, “Ancients, Moderns, and Saxons”, *English Literary History*, 6, 3, 1939, 165-190.

Justamente, la Sociedad de Anticuarios, activa entre 1586 y 1607, estaba conformada por un grupo de eruditos cuya reunión era la culminación de un proceso iniciado con las obras de Leland y que se manifestó en otras, como *Perambulation of Kent* (1570), de W. Lambarde. La preocupación por la acumulación de evidencia, que produjo una tradición historiográfica basada en la recolección de hechos más que en su adecuación a una narrativa produjo problemas metodológicos y temas que los anticuarios decidieron compartir. En general, las investigaciones de la Sociedad de Anticuarios mostraban gran pericia en la epigrafía, la paleografía y el manejo de diversos idiomas antiguos. La institución hizo mucho por poner en contacto a los que usaban, guardaban y coleccionaban documentos: muchos miembros poseían colecciones particulares y otros detentaban cargos en oficinas o archivos estatales. Generalmente se discutían problemas de investigación en las reuniones y se llegaba a una solución que los miembros se comprometían a aceptar. También se discutían transcripciones y documentos, con una actitud legal hacia la evidencia y la prueba. Aunque la historiografía decimonónica prefiere la fecha de 1572 para la fundación de la Sociedad, el prefacio de sir Henry Spelman, uno de sus miembros, a su *The original of the four terms of the year* implica que fue en 1586 que los estudiosos de la Sociedad comenzaron a reunirse semanalmente para tratar dos cuestiones por reunión. Se conservan copias manuscritas de los discursos pronunciados en 38 de esas reuniones, entre noviembre de 1590 y junio de 1607, con excepción de los años de la plaga (1594-1598), algunos de los cuales fueron reimpresos por Thomas Hearne en *A Collection of Curious Discourses* de 1720. Si bien los temas tratados referían siempre a antigüedades británicas, cubrían un enorme rango (historia legal; tenencia de la tierra; numismática; inscripciones; heráldica; medallas; divisas; registros; colecciones; linajes; derechos y propiedades de nobles, reyes, establecimientos religiosos, hospitales, corporaciones y ciudades; costumbres funerarias, etc.). Se conservan datos de alrededor de 40 miembros (entre ellos W. Camden; A. Agard; R. Carew; R. Cotton; J. Dodderidge; W. Hakewill, hermano del protagonista de la disputa con el obispo Goodman que se analizará en el anteúltimo capítulo de esta tesis; W. Lambarde; H. Spelman; J. Stow; F. Tate; L. Andrewes, E. Bolton, H. Broughton, E. Coke), pero no se conoce la lista completa.

Salvo excepciones como la de Stow, casi todos sus miembros pertenecían a la nobleza o a la gentry; de cuarenta miembros, ocho eran abogados, treinta habían pasado por los Inns of Court, doce eran miembros del Parlamento, seis archivistas, cuatro heraldos, dos clérigos y seis diplomáticos u hombres de Estado. Algunos siguieron los pasos de Camden y publicaron corografías, "la descripción de un lugar particular, una región, isla, ciudad o porción cualquiera de la tierra separada por sí misma del resto", como la *Survey of London* de Stow, tan erudita como afectuosa hacia su ciudad. También se vinculaban con las preocupaciones de los anticuarios las investigaciones de historia que buscaban en la evidencia argumentos para posiciones legales y se remontaban incluso hasta la historia hebrea, como las efectuadas por

Cotton y Spelman. En 1602 algunos miembros de la Sociedad, entre ellos Cotton y Dodderidge, solicitaron a la reina la incorporación de una academia y biblioteca para sustentar la erudición histórica inglesa, un *Collegium Antiquariorum*, y aunque se redactó el decreto real el proyecto jamás se concretó, a pesar de lo cual el propio Cotton continuó con la laboriosa construcción de su colección privada de libros, manuscritos, medallas, monedas y restos arqueológicos diversos. Cinco años después, en 1607, la sociedad fue clausurada por causas que no están claras. Según Spelman muchos miembros habían muerto, pero también habían surgido “reglas y limitaciones del gobierno”, sobre todo teniendo en cuenta que sus discusiones habían devenido crecientemente políticas y que con la coronación de Jacobo se habían concentrado específicamente en cuestiones religiosas.

Aunque se ha sugerido que en la Sociedad no había discusiones, sino solamente presentaciones,²³⁸ L. Levy Peck ha demostrado que algunos de sus miembros estaban en desacuerdo, por ejemplo, sobre cuándo había comenzado el Parlamento y cuáles eran sus poderes. La mayoría pensaba que sus funciones habían sido realizadas por consejos británicos y anglosajones previos. Con base en *Modus Tenendi Parliamentum*, un tratado legal del tiempo de Eduardo II, que circuló profusamente en forma manuscrita y que muchos miembros como W. Hakewill y R. Cotton poseían, muchos anticuarios ubicaban sus orígenes en el tiempo anterior a la conquista. Coke los remontaba al reino de Eduardo el Confesor y Dodderidge, por su parte, a las asambleas de druidas y bretones. Cuando los anticuarios reconocieron que los procedimientos y composición del Parlamento eran diferentes de aquellos del *Modus* (el bajo clero ya no lo integraba y la definición de los barones que lo hacían había cambiado), Dodderidge comenzó a sostener que la Cámara de los Comunes era el componente clave del Parlamento: incluso sin los lords, el Parlamento podía aprobar leyes. En contraste, Camden enfatizaba que aunque había asambleas anteriores a la conquista, “después de la Conquista Normanda los dos primeros reyes gobernaron con la espada en la mano, absolutamente por sí mismos, sin admitir ninguna asamblea de los estados del reino”. A. Agarde, finalmente, insistía en que “los actos del Parlamento son de tal fuerza en el gobierno de los estados del reino que se los considera como oráculos del cielo y descansa en los reyes y reinas el poder de calificar y mitigar su severidad”.²³⁹

Las trayectorias de algunos de los miembros de la Sociedad muestran lo que tenían en común tanto como las diferencias existentes entre ellos. Así, por ejemplo, R. Carew (1555-1620), topógrafo e historiador, autor de *Survey of Cornwall*, publicado en 1602 y nuevamente en 1606, había pertenecido al círculo de Leicester, donde conoció a P. Sidney, y sirvió bajo las órdenes de Raleigh en la batalla frente a la Armada Invencible. Uno de sus amigos más cercanos en la Sociedad, R. Cotton

²³⁸ D.R. Woolf, “Erudition and the Idea of History in Renaissance England”, *Renaissance Quarterly*, 40, 1, 1987, 11-48.

²³⁹ L. Levy Peck, “Kingship, Council and Law in Early Stuart England”, en J.G.A. Pocock, *The Varieties of English Political Thought, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

(1571-1631), conocía a Camden, a quien acompañó en sus viajes y asistió en la quinta edición de *Britannia*, desde que compartieron estudios en la escuela de gramática de Westminster School, pero a diferencia de él no estudió en Oxford sino en Cambridge. Su biblioteca, además de atraer a estudiosos como Bacon, B. Jonson y Selden, devino lugar de reunión, y en ella se realizaron muchos de los encuentros de la Sociedad. Si bien Jacobo lo hizo caballero en 1603 y lo llamaba "primo", hacia 1620 se acercó a J. Eliot y la oposición parlamentaria y compiló documentos que probaban que el rey debía "consultar al Parlamento en cuestiones de matrimonio, paz y guerra". Caído en desgracia en la corte, fue arrestado por Laud en 1629, pero la Star Chamber falló en su favor.²⁴⁰ W. Hakewill (1574-1655), por su parte, se concentró en el estudio de antigüedades legales tras estudiar en Exeter College, de Oxford, y en Lincoln's Inn. Experto en precedentes, fue arrestado con Pym en 1622 y escribió *The Libertie of the Subject against the Pretended Power of Imposition Maintained by an Argument in Parliament anno 7º Jacobi regis*, en 1641, donde cuestionaba la prerrogativa real.

Otro miembro interesante fue W. Lambarde (1536-1601), anticuario y abogado, que conoció a Hakewill en Lincoln's Inn y en 1584 escribió un tratado, *Notes on the procedures and privileges of the House of Commons*, publicado anónimamente en 1641, en el que defendía ciertas prerrogativas parlamentarias, como la discusión de la sucesión y el matrimonio real. Sus primeros estudios de anticuario recibieron el apoyo de Lawrence Nowell y se gestaron en el círculo de anticuarios del ya mencionado M. Parker, quien promovía la investigación anglosajona como base de la Iglesia de Inglaterra. Lambarde publicó *Archæionomia* en 1568, un trabajo precursor e influyente en la búsqueda de precedentes legales y políticos, que coleccionaba y parafraseaba leyes y tratados anglosajones en latín, junto con las leyes de Eduardo el Confesor y Guillermo I. Propietario de tierras en Kent, tras compilar algunas notas para un diccionario topográfico concibió la idea novedosa de una descripción sistemática del condado, la primera topografía histórica de Inglaterra, completada en 1570 y publicada como *Perambulation of Kent: Containing the Description, Hystorie and Customs of that Shyre* en 1576: se trata de una verdadera historia condal, que trata también de cuestiones climáticas, económicas, sociales, religiosas e históricas. Decidió abandonar su proyecto de extender la exploración a otros condados en 1585, cuando se enteró del emprendimiento de Camden, aunque algunas indagaciones fueron publicadas como *Dictionarium Angliae topographicum et historicum* en el siglo XVIII. Hacia 1591, finalmente, completó su mayor estudio de historia legal, *Archeion, or a Discourse upon the High Courts of Justice in England*, que sólo se publicó en 1635, en el que proponía una visión de la sociedad política basada en leyes y costumbres validadas históricamente y buscaba trazar la evolución de dos componentes esenciales del sistema de gobierno, la *common law* y la prerrogativa, para las que suponía un origen anglosajón. Lambarde, por otra parte,

²⁴⁰ Sobre Cotton, puede consultarse con provecho K. Sharpe, *Sir Robert Cotton, 1586-1631: History and Politics in Early Modern England*, Oxford, Oxford University Press, 1979.

junto con Foxe y Stow, antes de pertenecer a la Sociedad de Anticuarios fue parte del círculo de anticuarios que orbitaba en torno a M. Parker.

Un personaje fundamental, tanto por sus descubrimientos del feudalismo inglés como por su capacidad para vincular historia legal y anticuariado y por la variedad de sus intereses fue sir Henry Spelman (1563/4-1641). Ya durante su formación en Cambridge y en Lincoln's Inn, estudiaba historia y antigüedades. Hacia 1595 escribió *Aspilogia*, un tratado en latín sobre escudos de armas que sólo se publicó en 1654. También redactó una descripción histórica y geográfica de Norfolk incluida en *Theatre of the Empire of Great Britain* de John Speed, una obra inspirada en las de Ortelius. En 1613 publicó *De non temerandis ecclesiis*, un tratado sobre los derechos y respetos debidos a la Iglesia, en el que exhibe casos históricos del destino oscuro que esperaba a quienes se aprovechaban de propiedades eclesiásticas. Es en parte en respuesta a esta obra que John Selden publicó *The Historie of Tithes* en 1618. Tras el debate en el Parlamento de 1621 por las tasas cobradas por las cortes civiles y eclesiásticas entre 1588 y 1621, Spelman fue parte de la comisión real designada para investigarlas y publicó *Considerations Touching the Suppression of Unjust Fees* en 1630. Sus estudios de anticuario sobre la *common law* y la Iglesia lo enfrentaron al problema del significado y definición de los términos usados en el pasado, especialmente latinos y anglosajones. Al respecto, en 1626 publicó *Archaeologus*, la primera parte (de la A a la L) de su glosario de "términos bárbaros y obsoletos en el vocabulario legal y eclesiástico", que incluía el estudio de los usos, oficios, rangos, ceremonias y reglas de la Iglesia y la ley medievales en el contexto de las usadas en Europa.²⁴¹ Así como Camden había creado la cátedra de historia de Oxford, hacia 1635 decidió la creación de una cátedra de estudios anglosajones en Cambridge. Póstumamente se publicaron su *Tithes too Hot to be Touched*, 1646; así como muchos de sus textos, reunidos por Gibson como *Reliquiae Spelmaniana*. Sin embargo, su aporte más sorprendente se produjo en 1627, cuando completó su *Codex legum veterum*, en el que estudiaba el origen del feudalismo, discutía la introducción normanda de la tenencia feudal y apoyaba la visión tradicional de que los normandos habían confirmado y reformulado leyes anglosajonas preexistentes. Los normandos trajeron con ellos una ley distintiva cuya característica esencial era el *feudum* hereditario, la unidad básica de tenencia de un caballero en servicio. Su trabajo comparativo sobre el lenguaje y los términos utilizados en Europa del Norte llevó a su "descubrimiento" del feudalismo y de su desarrollo siguiente a la conquista normanda, lo que probaba que las instituciones inglesas no habían existido desde "tiempos inmemoriales".²⁴² En parte, es una confrontación contra los partidarios del

²⁴¹ J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law; a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957, 93.

²⁴² La cuestión despertó el debate contemporáneo y aun no se ha zanjado por completo. H. Spelman, *Reliquiae*, Ed. Gibson, Oxford, 1698, 10, y R. Cotton, *Cottoni Posthuma*, ed. Howell, Londres, 1672, 14, sostenían que el feudalismo posterior a la Conquista tenía características inéditas. Otros, como Coke, defendían la tesis continuista, del mismo modo que el romanticismo del siglo XIX (R. Palgrave,

Parlamento que defendían que sus derechos se remontaban a tiempos inmemoriales. En su interpretación, el Parlamento no era anglosajón, sino una evolución de la curia feudal del rey normando: como todo el reino era feudal y el rey necesitaba el apoyo y el consejo de los caballeros, surgió la representación por elección, que luego incluyó a los burgueses por razones fiscales. Sin embargo, no abandonó del todo la noción de continuidad de la ley inglesa: así como sostuvo que el carácter hereditario del feudo era una innovación normanda, afirmó que Guillermo el Conquistador confirmó las leyes de Eduardo el Confesor.²⁴³

Finalmente, J. Stow (1525-1605) merece un párrafo aparte, no sólo por ser uno de los pocos miembros burgueses de la Sociedad, sino también por su contribución a la historia local y por dar el tono del debate histórico de su tiempo. Cronista y anticuario, pero también sastre y miembro de la Merchants Taylor's Company como su padre, desde 1560 Stow se dedicó al anticuariado. Coleccionaba libros, documentos legales y literarios, transcripciones de manuscritos e inscripciones. R. Wolfe, quien diseñó la crónica de Holinshed, murió en 1573 y él compró su colección. Editó *The Works of G. Chaucer* en 1561, *folio*, una edición aumentada y corregida de la previa de W. Thynne, de 1532. Con apoyo de Parker, editó crónicas medievales como la de M. Paris, *Chronicle*, en 1571. Stow planeó una crónica a gran escala, pero abandonó el proyecto por un epítome de historia inglesa. Sólo en 1565 publicó su *Summarie of Englyshe Chronicles*, en octavo. Frecuentemente reeditada (1567, 1570, 1573, 1575, 1579, 1584, 1587, 1590, 1598, 1604), la edición de 1567 suma a la información sobre alcaldes de Londres, reyes, etc., una historia de las universidades inglesas. R. Grafton, un cronista rival, que había publicado un *Abridgement of the Chronicles of England* en 1552, impugnó su precisión y sostenía que su crónica consistía de "memorias de bases supersticiosas, fábulas y mentiras estúpidamente reunidas [*stowed together*]". En la edición de 1567 de su obra, por su parte, Stow deploraba el "ruido de truenos con tonos vacíos y recortes [*graftes*] poco fructíferos de los descendientes de Momo" que amenazaba a su obra. Aparentemente Stow perdió la paciencia en 1573 y denunció toda la obra histórica de Grafton, a quien acusaba, por ejemplo, de no respetar el original en su edición de la *Chronycle* de Hardyng de 1543 o de manipular *Union of the Two Noble and Illustre Families of*

History of Normandy and England, 1851). J.H. Round, *Feudal England*, 1895, reintrodujo la hipótesis de la ruptura, basada en una reorganización de la aristocracia y el sistema militar. C.W. Hollister considera que hubo un nuevo ejército feudal, pero que estaba profundamente influido por prácticas anglosajonas, por ejemplo en sus tácticas. La Conquista normanda no implicó la revolucionaria introducción de la caballería, ya conocida, sino la adaptación normanda a la infantería anglosajona. Asimismo, la justicia feudal normanda habría sido introducida en Inglaterra, pero debió ajustarse a un vigoroso sistema de justicia real y popular que, por ejemplo, prohibía la guerra entre súbditos. "El éxito de estos reyes cabeza duras consiste en parte en que nunca desarmaron una institución anglosajona que funcionara bien, entre ellas el ejército". C.W. Hollister, "The Norman Conquest and the genesis of English Feudalism", *American Historical Review*, 66, 3, 1961, 641-663.

²⁴³ Arthur B. Ferguson, *Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979, 304. Ferguson también destaca su crítica a la insularidad de muchos de los abogados de la *common law*: "Mi señor Coke, al adorar nuestra ley con tantas flores de la antigüedad, no ha descubierto en este campo lo que muchas raíces de nuestra ley han tomado y transplantado del saber extranjero desde hace mucho".

Lancaster and York, de Hall, en su edición de 1548. En 1580, 1584, 1592 y 1605 se publicó su *Chonicles of England from Brute to this Present Yeare of Christ*, dedicada a Leicester, y también revisó la segunda edición de la crónica de Holinshed, publicada en 1585-1587. Esta profusión de ediciones indica un éxito comercial que, junto con el elevado tono de la disputa, permite reafirmar la idea de que la tradición de la crónica no parece tan decadente y atrofiada como han sugerido historiadores recientes, sino más bien un género vivo, polémico y vendible.²⁴⁴ A pesar de sus limitaciones y de las críticas que ha recibido de historiadores contemporáneos y posteriores, tanto en sus crónicas como en la *Survey*, su preocupación por la verdad es reiterada y es a ella que se limitan sus escasas reflexiones sobre la historia como disciplina: "La primera cosa que debe desearse en la historia es la verdad"²⁴⁵. La *Survey of London* de Stow también fue un éxito. Dedicada a Robert Lee, alcalde, y a los ciudadanos de la ciudad, se publicó en 1598, 1603, 1618 y 1633. Este registro exhaustivo del Londres medieval e isabelino es un trabajo modelo de la historia local de la época. El sastre anticuario reconocía la influencia de la historia de Kent de Lambarde, pero la suya es la primera gran historia de una ciudad inglesa. Stow no era un filósofo de la historia, sino un historiador empírico en busca de lo que realmente sucedió, de modo que todos los hechos son relevantes, incluso aquellos referidos a hombres oscuros, por lo que la obra de Stow está cubierta de referencias a la clase media isabelina.²⁴⁶ Si bien en la *Survey* la fuerza de la tradición local es muy evidente y empujó los orígenes de Londres tanto como pudo hacia la antigüedad, concentró su atención en el Londres medieval y sólo relataba lo que podía probar con la evidencia. Stow buscaba mostrar los antecedentes históricos del presente, reconocía hechos que eran relevantes para sus propósitos como historiador, aquellos que explicaban cómo una comunidad vivía a través de los siglos. Así analiza la contaminación del agua por desechos industriales, la expansión irrefrenable de los suburbios, el peligro del fuego, la tendencia de los ricos a irse a las afueras, el peligroso aumento del tráfico sobre ruedas "pues el mundo anda sobre ruedas para muchos, cuyos padres preferían andar a pie"²⁴⁷. Finalmente, así como se verá en seguida que había en *Britannia* de Camden una preocupación mayormente inconsciente por la construcción de la nacionalidad tanto mediante la integración de Gran Bretaña como de su diferenciación hacia el exterior, algo

²⁴⁴ D.R. Woolf ha notado que entre 1575 y 1699 se publicaron 220 ediciones de 79 crónicas. 31 folios (73 reediciones), 18 cuartos (12), 22 octavos (34), 2 doceavos (9), 3 dieciseisavos (8), con un pico de popularidad entre 1550 y 1579. Los formatos más frecuentes eran folio (104) y octavo (65), de modo que se trataba de un género orientado a sectores letrados superiores. El impacto en el mercado de lucrativas ediciones pequeñas fue escaso, aunque algo mayor entre 1550 y 1609. Sin embargo, si bien es cierto que a medida que perdía valor como forma de escritura histórica se volvía un género con autoridad como fuente primaria para historiadores y políticos, por lo que lentamente en el siglo XVII la crónica se convirtió en una pieza de museo, este es un fenómeno que sólo se consolidó a medida que se acercaba la mitad del siglo. D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

²⁴⁵ J. Stow, *Chronicles*, 1565, a1Vr.

²⁴⁶ F. Fussner, *The Historical Revolution*, Londres, Rutledge and Kegan Paul, 1962.

²⁴⁷ A.B. Ferguson, *Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979.

semejante puede decirse de Stow cuando afirma: "No es objetivo de este estudio discutir si el gobierno de la ciudad es una democracia o una aristocracia, porque sea lo que sea en sí misma, respecto de todo el reino es un ciudadano, un súbdito, y no un Estado libre, sino uno obediente, carente de poder absoluto, gobernado por la misma ley que el resto del reino".²⁴⁸

Tras estudiar en Oxford, donde conoció a R. Carew, W. Camden (1551-1623) retornó a Londres y comenzó a acumular materiales para *Britannia*, un emprendimiento en el que fue financiado por personajes tan diversos como G. Goodman y P. Sidney, a quienes reencontraremos más adelante. Desde 1575, además, fue decano de la escuela de gramática de Westminster, para la que editó un manual de griego en 1597. Camden pergeñó una historia general de Inglaterra en latín, pero abandonó el proyecto, aunque publicó crónicas y fragmentos como sus *Annals* de Isabel, que comenzó a escribir en 1608 por sugerencia de Cecil y publicó en 1615. Este texto abarca el reinado desde la coronación hasta 1588, y para Selden, junto con la *Historia de Enrique VII* de Bacon, eran los únicos libros de excelencia en su tipo, "pues no tenemos otra pieza pública de historia inglesa que tenga sabor a verdad o a trabajo en los registros del reino". Los *Annals* habían sido escritos en latín para facilitar la circulación europea. Todo lo importante para el Estado isabelino era importante para Camden, y su texto cubre eventos sociales, políticos, económicos, religiosos, militares, aunque enfatizaba la historia política y exterior, clave en un Estado mercantilista. Según A.B. Ferguson, en algunos pasajes *Britannia* deviene incluso una historia social iluminada por la interpretación. Su tratamiento del surgimiento de las órdenes de barón y caballero revela un vivo sentido de la evolución social. Camden comprendió que lo que veía a su alrededor era consecuencia de un proceso de cambio documentable.²⁴⁹

La obra que llevó a que Gibson lo considerara "el Varro, el Estrabón y el Pausanias de Inglaterra" fue *Britannia*. A comienzos de la década de 1580 Camden había adquirido cierta fama como topógrafo y anticuario y conoció, por intermedio de J. Dee, a estudiosos europeos como Ortelius, quien lo alentó a terminar *Britannia*. En el curso de sus indagaciones debió sumar a sus conocimientos de griego y latín algunas nociones de sajón y galés. Publicó la obra en 1586, tras una década de

²⁴⁸ J. Stow, *Survey of London*, 1603, cit. en A.L. Beier "Social Problems in Elizabethan London", en J. Barry, ed., *The Tudor and Stuart Town*, Longman, Londres, 1990.

²⁴⁹ A.B. Ferguson, *Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979. Para W. Rockett, *Britannia* ilustra la distribución geográfica de la riqueza inglesa, lo que permitió a Camden descubrir que entre la Conquista normanda y la época isabelina Inglaterra fue gobernada por una jerarquía de entidades dinásticas interconectadas y distinguidas de otros órdenes. Esa estructura provenía de la sesión de tierras de Guillermo el Conquistador a sus generales, los antecedentes territoriales y dinásticos de Inglaterra. A partir de eso Camden construyó una topografía (y no una genealogía) de los privilegios, lo que hace posible conocer el sistema de propiedad territorial inglés y convierte a *Britannia* en una suerte de historia social. Por otra parte, la cuarta edición de 1594 incluye 300 nombres nuevos de familias: Camden notó que la estructura social inglesa estaba cambiando y cambió de una manera semejante la estructura de su obra. W. Rockett, "Britannia, R. Brooke and the representation of privilege", *Renaissance Quarterly*, 53, 2, 2000, 474-499.

estudios, dedicada a W. Cecil, pero también consagrada “a Dios, a mi país y a la posteridad, en el altar de la verdad”. Antes de 1590 la obra ya había sido reeditada tres veces en Londres y una en Frankfurt y su éxito continuó con otras ediciones en latín hasta que en 1610 se publicó la primera traducción al inglés. En la producción de su texto Camden consultó “registros públicos, eclesiásticos, bibliotecas, archivos de ciudades e iglesias y monumentos”.²⁵⁰ La obra era, en parte, una conmemoración de la Gran Bretaña romana, pero también una descripción completa del reino y de sus antigüedades, así como una suerte de historia por medio de los objetos (aunque, como se ha visto, el autor rechazaba que se lo considerara historiador), que en el marco clásico incluye reliquias más tardías. En este comentario de la Gran Bretaña romana transformada por el tiempo y las invasiones subsecuentes, aunque no se enfrentaba directamente con Monmouth, Camden descartaba los orígenes legendarios de los pobladores de la isla en los errantes troyanos, y hacía descender a los isabelinos de la Antigüedad clásica, como provincia del Imperio.²⁵¹ La inclusión de grabados de monedas e inscripciones, por otra parte, constituye uno de los primeros ejemplos de ilustraciones arqueológicas de Inglaterra. En 1599 R. Brooke, heraldo de York, publicó *A Discoverie of Certaine Errours Published in Print in the Much Commended Britannia*, una crítica a la obra que surgía tanto de sus errores genealógicos como del celo que había causado la designación de Camden como heraldo. Por otra parte, aunque reconocía su reputación de “académico de singular industria”, consideraba que Leland había anticipado a Camden como “primer autor de su tardía *Britannia*”. Entre tanto, Camden continuó con sus viajes exploratorios por el reino en compañía de R. Cotton y en 1600 publicó la quinta edición de *Britannia*, que incluía una respuesta a Brooke. Allí, sostiene que *Britannia* es la obra de un topógrafo y anticuario, no una heráldica ni genealógica, y culpa a sus predecesores en el cargo de heraldo por los errores al respecto, al tiempo que reconoce haber aprovechado los estudios de Leland, pero dice haber mejorado sus investigaciones. En 1605, por otra parte, publicó *Remains concerning Britain, the Rude Rubble and Outcast Rubbish of a Greater and More Serious Work*, dedicado a Cotton, otra obra exitosa que compilaba los materiales que no había utilizado en *Britannia* y gozó de siete ediciones en el siglo XVII.

Camden utilizó evidencia material para construir una suerte de arqueología geo-histórica (o de historia geográfico-arqueológica) de Gran Bretaña. Pero además, su obra aparece en un momento en que la situación de Inglaterra estaba lejos de ser

²⁵⁰ *Britannia*, 1610, prefacio. XXXV.

²⁵¹ Camden se concentraba en los períodos para los que había encontrado evidencias, no había prácticamente rastros de la Bretaña pre-romana, en este caso el tiempo venció, aunque “hombres posteriores hayan inventado una leyenda para suplir estas creencias”. Camden, *Britannia*, cit. en J.E. Curran, “The History Never Written: Bards, Druids and the Problem of Antiquarianism in Poly Olbion”, *Renaissance Quarterly*, 51, 2, 1998, 498-525. Sin embargo, Camden también reconocía que “nuestra comprensión generalmente es tan limitada que estamos obligados a recurrir a la conjetura en todas las ciencias”. *Britannia*, Londres, 1586, A4V; cit. en F.J. Levy, *Tudor Historical Thought*, San Marino, Huntington Library, 1967.

segura, cuando todavía era un Estado pequeño e insular, a la sombra de los grandes Estados continentales. C. Hill ha detallado que hasta mediados del siglo XVI la política exterior inglesa se había concentrado durante cuatro siglos en Francia. El fracaso de estos intentos llevó a una reorientación hacia las islas británicas. En el reino de Enrique VIII se incorporó a Gales a Gran Bretaña y en 1541 se proclamó al mismo Enrique rey de Irlanda. El enemigo tradicional, Escocia, aceptó el protestantismo y la unión de ambas coronas en la persona de Jacobo lo confirmó. Pero ya por entonces hacía tiempo que Cecil se orientaba a una política "británica" y se concentraba en el poder marítimo en las islas unidas. Gran Bretaña devino un enclave protestante rodeado de monarquías católicas supuestamente ansiosas por suprimir la independencia inglesa: patriotismo y protestantismo se fusionaron. En este sentido, las obras de Hakluyt son un documento de la literatura patriótica inglesa, como lo son las de Foxe (quien incorporó a Chaucer entre los precursores del protestantismo), Leland, Stow y Camden.²⁵² Así, la corografía camdeniana es una obra sobre los orígenes, la realidad material contemporánea y los vestigios del pasado de Britannia. Como tal, al registrar su permanencia y cambio desde el fondo de los tiempos, contribuye a conformar su identidad y, de ese modo, constituye un aporte a esa reafirmación patriótica, en la misma época en que Drake navegaba y Dee usaba por primera vez la expresión "imperio británico". Por otra parte, "en 1579, mientras Spenser, Sidney y otros luchaban por 'un reino de nuestro propio idioma', los ingleses conquistaron por primera vez el reino físico en el que vivían al poseerlo conceptual y visualmente, por cuanto Christopher Saxton publicó su colección de mapas condales ese año e hizo posible esa conquista"²⁵³. La obra de Camden puede considerarse parte de ese mismo esfuerzo.

Estas ideas pueden apoyarse también en el análisis de la portada de *Britannia*. En el capítulo referente a Raleigh se analizará con algún detalle el contexto europeo de la producción de alegorías y emblemas, así como las relaciones entre grabadores y autores de las obras y el papel de las portadas en los libros históricos de aquella época en Inglaterra. En este caso, el frontispicio es obra de W. Rogers, activo entre 1584 y 1604. Además de este grabado, se conservan aun retratos, mapas e ilustraciones de Rogers, entre ellos una alegoría de Isabel triunfante sobre la Armada, *Eliza Triumphans*, considerada el primer retrato firmado por un grabador inglés, en la que

²⁵² C. Hill, *England's Turning Point*, Londres, Bookmarks, 1998.

²⁵³ R. Helgerson, "The Land Speaks, Cartography, Chorography, and Subversion in Renaissance England", *Representations*, 16, 1986, 50-85. Según Helgerson, existían mapas anteriores de Gran Bretaña, pero nunca antes habían sido tan detallados y precisos. El proyecto era además una expresión del poder real, aunque tuvo consecuencias no deseadas por la monarquía: los mapas fueron utilizados por O. Cromwell en la Guerra Civil. Todos los mapas tienen la inscripción "C. Saxton descripsit" y los escudos reales y el de Seckford, su editor. El escudo real habla de la fuente de autoridad de los mapas, pero también reafirma el poder real sobre la tierra representada: son los mapas de la reina de la tierra de la reina. Camden exaltaba su precisión y mencionaba tanto a Saxton como a Seckford. En las décadas que siguieron a la publicación del atlas de Saxton la representación cartográfica tuvo un efecto ideológico: fortaleció la identidad nacional y local a expensas de la lealtad dinástica.



ELIZA TRIUMPHANS



BRITANNIA



Willms Rogas
Kulpsit.



se la muestra como alegre protectora del reino y su abundancia.²⁵⁴ Rogers, además, produjo grabados de *Britannia* en los que se representan las ruinas de Stonehenge y un gran número de monedas y medallas. En la portada de la obra de Camden, la figura masculina ubicada a la izquierda del mapa de Bretaña representa al mar, con atributos como los peces sobre su cabeza y el tridente que sostiene en su mano derecha. Por su parte, la representación femenina que lo flanquea a la derecha es la Tierra, con referencias clásicas a la Cibele o la Artemisa asimilada a la reina de los animales y, por ende, a Gea misma. No sólo el mapa (bastante preciso, por cierto), sino también la dama armada y sentada sobre una isla en la parte superior, representan, en conjunto, a *Britannia* como reina de los mares, una intención que podría estar vinculada, nuevamente, con el triunfo sobre la Armada o simplemente con la exploración ultramarina mediante la imagen del navío en el extremo inferior izquierdo. A su lado, en el primer plano de una escena semi-rural, se observa a un hombre y una mujer que se bañan en una pileta, que podría considerarse una alusión a la Fuente de Juvencia.²⁵⁵ Por otra parte, la representación se completa con una villa en la que se destaca una iglesia, lo que vincula nuevamente a *Britannia* con la religión verdadera. En general, la situación natural y física de las islas, en la que se combinan el mar y la Tierra, no alcanzan para explicar lo que *Britannia* es, sino que su existencia actual y su poder posible deben comprenderse a partir de la interacción del hombre con ese medio: el navío de la exploración, la producción de la tierra, la vida urbana, la cultura y la religión como sustentos de lo que *Britannia* es. Finalmente, es conveniente insistir en que la imagen de la portada no es la única que aparece en la obra de Camden. En su interior, se encuentran decenas de ilustraciones de monedas, medallas y otras antigüedades. En cada una de esas reproducciones, se intentó retratar los vestigios del pasado con la mayor fidelidad posible, de modo que las imágenes mismas funcionan como testimonios. En las décadas siguientes y, más aun, hasta la invención de la fotografía, el grabado continuaría desempeñando este papel de retrato fiel que permite convertir al espectador en un investigador más, casi situado en el lugar mismo del descubrimiento arqueológico, facilitando las comparaciones, dataciones y verificaciones. Así, el papel documental de la imagen complementa al de la palabra.

V

²⁵⁴ Sobre la representación de Isabel como símbolo nacional y las connotaciones de sus retratos, puede consultarse Claire McEachern, *The Poetics of English Nationhood, 1590-1612*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, y R. Strong, *Gloriana: The Portraits of Queen Elizabeth*, Londres, Holding, 2003. Según J.N. King, Isabel manipuló un lenguaje político adaptando un vocabulario patriarcal por el que los reyes gobernaban como padres del pueblo y esposos de la patria; se presentaba como virgen madre de su pueblo; Camden no era ajeno a esta operación: reconocía que Cecil le había encargado que escribiera los *Annals* para preservar "el honor y la virtud de la reina" (b7-b8), al tiempo que tendió a recubrir todo el reinado de Isabel con el mito de la reina virgen, que en realidad era sólo la última etapa de una representación cambiante de la reina (que había pasado de soltera elegible a objeto juvenil de deseos cortesanos y, finalmente, a reina virgen). J.N. King, "Queen Elizabeth: Representations of the Virgin Queen", *Renaissance Quarterly*, 43, 1, 1990.

²⁵⁵ Debo esta última interpretación, y aquella de la figura de la derecha como la Tierra, a J.E. Burucúa.

Si bien la tarea de anticuarios, abogados e historiadores legales fue crucial para la construcción de una particular conciencia del pasado y para el desarrollo de métodos que la historiografía pronto encontraría de utilidad, no fueron ellos los únicos representantes del pensamiento histórico en el período estudiado. Los dos casos que se abordarán a continuación no pretenden agotar la enorme variedad de escritos sobre el pasado que proliferaron por entonces, sino simplemente destacar algunas experiencias interesantes. Por cierto, el drama isabelino constituyó un ámbito de enorme importancia en la formación de la concepción de la historia de aquella sociedad. Si su estudio no tiene lugar aquí es porque se trata de un universo tan enorme y complejo que requeriría una tesis independiente y una habilidad de la que el autor de ésta carece.

Un primer ejemplo a tener en cuenta es el de D. Wheare, quien, como ya se ha adelantado, fue el primer profesor de la cátedra de historia fundada por Camden en Oxford. Designado en 1623 cuando Camden murió, estuvo a cargo de la cátedra hasta su muerte en 1647. Su obra más famosa muestra hasta qué punto la práctica historiográfica precedió a la reflexión teórica en algunos de sus desarrollos. *The Method and Order of Reading Histories* ha sido considerado poco más que una compilación de lugares comunes renacentistas, a pesar de lo cual en su época fue bastante exitoso: entre 1623 y 1710 se produjeron 8 ediciones en latín y 4 en inglés, y muchas variantes y extensiones de ambas. Aunque existieron ejemplos anteriores, como la traducción de Patrizzi que Blundeville publicó en 1574, la obra de Wheare fue la *ars historica* más importante de Inglaterra. Según D.R. Kelly y D.H. Sacks, fue el único practicante inglés de la *ars historica* reconocido internacionalmente y el último de su tipo en Europa; como tal, sus fuentes provenían en general de los tratados antiguos de retórica, y Wheare concebía a la historia como un medio para adquirir prudencia y aplicarla a la vida pública y privada, de modo que los preceptos tenían precedencia sobre los ejemplos.²⁵⁶ Conocedor de las reflexiones de los italianos de su tiempo, sostenía, en tono maquiavélico aunque sin citar al florentino explícitamente, que “un príncipe debe tener el coraje de defender sus objetivos y el más grande coraje de cambiar cuando sea necesario”. Asimismo, consideraba a Sarpi un modelo para la historiografía antipapista: “En el manejo de los asuntos, si deseas no sólo lo que se hizo o lo que se dijo, sino también de qué modo, y que cuando el evento es relatado todas las causas se desenvuelvan (...), todo esto lo ha realizado él tan exactamente que en la formación de un Concilio ha representado todas las perfecciones de la historia”.

Si bien J. Foxe (1516/17–1587) murió sólo siete años después del inicio del período aquí estudiado y publicó las cuatro primeras ediciones de *Acts and Monuments* entre 1563 y 1583, esta obra fue tan influyente incluso durante el siglo XVII que su figura merece ser considerada aquí. Foxe estudió en Oxford, donde

²⁵⁶ D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 11.

formó parte de la minoría evangélica en Magdalen College. Exiliado en Basilea durante el reinado de María, se puso en contacto con las redes continentales de protestantismo académico. Fue allí donde comenzó a trabajar en su martirologio, y tal vez por esa influencia jamás dejó de considerar a la Reforma inglesa en un contexto europeo: la edición de 1563 de *Acts and Monuments*, contaba con 1.800 páginas *in folio* e incluía un prefacio sobre mártires cristianos desde el año 1000. El éxito de la obra hizo que Foxe comenzara a trabajar en una segunda edición, corregida y aumentada, al año siguiente. Ésta se publicó en dos volúmenes en 1570 e implicó una reescritura casi completa, de modo que el primer volumen está dedicado casi en su totalidad a mártires anteriores a la Reforma; la obra ascendía a 2.300 páginas e incluía 150 ilustraciones. Entre las múltiples representaciones similares de mártires ardiendo en la hoguera, una imagen que representa a Enrique VIII en su trono, con el papa como apoyapiés merece una breve digresión. El rey es asistido por Cromwell, su ministro, y recibe la Biblia de manos de Cranmer, el arzobispo de Canterbury quien, conviene aclararlo, no sólo fue quien anuló el matrimonio del rey con Catalina de Aragón y lo casó con Ana Bolena, sino que además era el padrino de Isabel, el introductor de una de las primeras versiones del *Book of Common Prayer*.²⁵⁷ Cranmer murió en la hoguera en 1556, condenado por María, quien lo había obligado a arrepentirse públicamente de sus ideas reformistas y de sus actos como arzobispo. El libro de Foxe también incluye un grabado de este evento, en el que el personaje pide a Dios que reciba su espíritu y deja que su mano derecha se queme, mientras mantiene la calma, como signo de que retira su arrepentimiento, lo que el texto de *Acts and Monuments* confirma con la frase “this unworthy hand”, porque con esa mano Cranmer había firmado el documento en el que renunciaba a su fe. Entre tanto, quien tiende la mano al papa es John Fisher, un obispo inglés radicalmente opuesto a la Reforma y al divorcio de Enrique, decapitado por traición en 1535. La combinación de un papa humillado, un rey con la fuerza de la espada y la de la Escritura en sus manos, y los ministros y arzobispos favorables (y mártires) que lo asisten frente a los “desafectos y traidores papistas” es posiblemente la imagen de la Iglesia anglicana en relación con el Estado que la obra de Foxe contribuyó a conformar. La imagen, por su parte, con la combinación entre alegoría y representación libre de un suceso histórico, tuvo mucho que ver en esa construcción. Volviendo a las ediciones, en 1576 se publicó una tercera edición con pocos cambios y en 1583 una cuarta, nuevamente muy corregida, que incluye un apartado sobre “los místicos números del Apocalipsis, revelados”, en la que Foxe aplica la cronología de Revelación a la historia humana. En los 100 años posteriores a su muerte se publicaron cinco nuevas ediciones, todas

²⁵⁷ La Reforma en Inglaterra fue un acto de Estado, de un rey que quería resolver sus problemas maritales y un Parlamento con mayoría anticlerical en los Comunes; no estaba motivada por consideraciones religiosas y tuvo consecuencias económicas y sociales, como el debilitamiento de la Iglesia como institución, la transferencia de rentas enormes de ésta al Estado y los terratenientes, su pérdida de poder político (los abades fueron removidos de la Cámara de los Lords), el fortalecimiento de la monarquía, etc.

King Henry VIII Enthroned with the Pope as a Footstool





con cambios: la obra seguía viva y en evolución aun después de la muerte de su autor. Por el éxito de la obra, la fama de Foxe creció hasta el punto de convertirlo en un predicador y exorcista admirado, al que muchos recurrían en busca de consejo religioso, hasta el punto de que F. Fussner ha afirmado que “leer a Foxe era tan importante como leer la Biblia”²⁵⁸.

En parte, la obra fue escrita para apoyar a Isabel y a la Iglesia establecida, para dar consejo a la reina mediante el relato del martirologio de súbditos de clase media y baja por parte de María la Sanguinaria. Los ejecutados no sólo son constantes en la verdad, sino que además se muestran alegres frente a la propia muerte. En este marco, Foxe se pensaba a sí mismo como un historiador que iluminaría a los legos y explotados, reviviendo a la Iglesia decente de antaño, de modo que las críticas al papado por la corrupción en la que había sumido a la Iglesia eran inevitables. Sus argumentos se articulaban con los de Parker para defender la idea de que la Iglesia estuvo incorrupta por cientos de años, pero la riqueza y la ambición destruyeron la religión y la llevaron a la ruina, a pesar de lo cual la verdadera Iglesia seguía oculta y reemergió con la Reforma, de modo que el protestantismo era antiguo y la novedad era la corrupción romana. Según P. Collinson, Foxe no escribió sobre otra cosa que sobre la verdad, pero fue acusado por sus opositores religiosos de mentir en una escala nunca vista (el jesuita Robert Parsons decía haber descubierto 120 mentiras en tres páginas): al introducir una sección de *Acts and Monuments* que consiste en poco más que documentos sobre la Reforma en Suiza y Alemania, sostenía que daba a los lectores una “visión general de lo ocurrido allí” para que no creyeran la “palabrería dulce ni la persuasión pretenciosa de los hombres, a menos que lleven con ellos la simplicidad de la pura verdad”²⁵⁹; Foxe escribía para volver objetiva e inconfundible la distinción entre verdad y error en el tribunal de la historia; sólo ocasionalmente concedía que el lector juzgara la verdad o falsedad de un relato, sino que su objetivo era polémico, por lo que las nociones falsas eran inaceptables: escribía para “iluminar al lector con la luz de la historia”²⁶⁰. Según G.R. Elton, los eventos que relata la obra ocurrieron aproximadamente como Foxe los cuenta y sus narraciones son fiables, el autor no tuvo que inventar las persecuciones.²⁶¹ Foxe no sostenía que todos los contenidos de su libro fueran ciertos, pero sí que su versión de la historia eclesiástica lo era: su objetivo era “abrir la verdad de los tiempos, oculta largo tiempo en la oscuridad de la antigüedad”. Sin embargo, no es necesario creer sus relatos más cruentos al detalle, como aquellos en los que describe a los mártires al ser quemados, con su propia grasa que chorrea entre sus dedos mientras gritan “I cannot burn”, para comprender que sus muertes eran ni más ni menos que dignas de mártires, no morían

²⁵⁸ F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967.

²⁵⁹ *Acts and Monuments*, cit. en P. Collinson, “Truth, lies, and fiction in XVI century protestant historiography”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 37.

²⁶⁰ *Acts and Monuments*, prefacio.

²⁶¹ G.R. Elton, *Reform and Reformation*, Londres, Arnold, 1977, 386.

horrorizados, sino como los contemporáneos de Foxe esperaban que murieran.²⁶² Hay en *Acts and Monuments*, como ha afirmado Collinson, una convergencia más que un divorcio de ficción e historia, si se define la ficción no como invención no factual, sino como “la deliberada y creativa reformulación de los hechos”. El cuerpo central del texto, el grueso de las historias que relata, es creíble y está bien documentado, pero el anecdótico final es inconsecuente, puede ser por completo ficticio y es posible que así lo entendieran Foxe y sus lectores: eran una sofisticación literaria.²⁶³

En general, la obra de Foxe describía la historia como una batalla entre las fuerzas de Cristo y las del Anticristo; enseñó a los ingleses a ver la historia como conflicto entre el bien y el mal, con “los ingleses de Dios” del lado de Cristo. Más aun, puede pensarse que Foxe exaltaba a los más humildes, yeomen y artesanos, que habían defendido la causa de Dios y habían sido víctimas de la persecución de María, por cuanto los altos nobles y eclesiásticos habían logrado emigrar. Según C. Hill, era una línea de pensamiento peligrosa, porque Dios podía hablar a las conciencias de los pobres tanto como a las de los ricos. Un párroco realista quedó estupefacto cuando unos prisioneros parlamentarios aplicaron las ideas de Foxe a la política contemporánea: “Este es el día de la ruina del Anticristo y nosotros somos quienes colaboramos para destruirlo”. El clérigo intentó en vano explicar que el Anticristo estaba en Roma y que vencerlo era tarea de reyes y no de gente común. “Por el contrario –respondieron–, el Anticristo está en Inglaterra y el Libro de la Revelación dice que la multitud lo hará caer”.²⁶⁴

²⁶² Respecto de este punto, según S. Byman el control del dolor era el punto final del acercamiento a Cristo por parte de los mártires retratados por Foxe, una parte de un ritual definido al minuto, de una existencia cotidiana precisa y autodisciplinada que culminaba con la muerte ritual, necesaria para aislarse de las perturbaciones internas causadas por su temor al martirio, por la culpa excesiva de pensar que más que mártires eran suicidas. Ese patrón sería semejante a los esquemas de los mártires de la Iglesia primitiva: el Imperio romano devenía la Iglesia católica romana, los reformistas morían en manos de los papistas como sus hermanos habían muerto en las de los emperadores. S. Byman, “Ritualistic acts and compulsive behaviour: the pattern of Tudor martyrdom”, *American Historical Review*, 83, 3, 1978, 625-645.

²⁶³ P. Collinson, “Truth, lies, and fiction in XVI century protestant historiography”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 62.

²⁶⁴ C. Hill, *England's Turning Point*, Londres, Bookmarks, 1998, 300.

Sir Walter Raleigh y su historia del mundo.

El contradictorio camino de la novedad.

Los historiadores que desean escribir sobre las acciones de los hombres deben establecer la simple verdad, y no decir nada por amor u odio. Deben también elegir la oportunidad para escribir, de modo que sea legal pensar lo que quieran y escribir lo que piensan, una felicidad bastante extraña en estos tiempos. Al alabar o criticar las acciones de los hombres, es menester considerar el comienzo, el proceder y el final, de modo que veamos las razones y causas de las cosas, y no sólo los eventos desnudos, que en su mayor parte están gobernados por la fortuna.

Sir Walter Raleigh, *The History of the World*, Londres, 1614.

I

Sir Walter Raleigh nació en 1552 en Hayes, en el condado marítimo de Devon, durante el último año del reinado de Eduardo VI y vivió sus primeros años bajo el de María I. Hijo de un terrateniente protestante en una época de predominio católico, tuvo un temprano acercamiento a las Escrituras por imposición de su padre y fue un cercano testigo, también a temprana edad, de la crueldad que caracterizaba a las persecuciones religiosas. Era, además, pariente de uno de los más famosos capitanes británicos, Drake, y de un filósofo natural, Gilbert.²⁶⁵

Con Isabel ya en el trono, tras una breve estancia en Oxford y sin haber obtenido título alguno, participó en las guerras de religión en Francia como miembro de una compañía privada. Retornó a Londres seis años después y se acercó a la poesía de la mano de Gascoigne,²⁶⁶ a partir de lo cual tendría un primer y efímero contacto con la Corte. Con importantes problemas económicos, proyectó su participación en un viaje de descubrimiento, comercio y colonización que, además de la posibilidad de obtener riquezas personales, le permitiría tomar parte en una expedición destinada a fortalecer la política expansionista inglesa en ciernes. Tras participar en el conflicto de los Países Bajos en favor de Guillermo de Orange, Raleigh finalmente obtuvo la autorización real y los recursos financieros para concretar su proyecto. La expedición

²⁶⁵ Sir Francis Drake (1543-96), navegante inglés nombrado caballero por Isabel I, se distinguió por sus acciones de piratería contra España a partir de 1570 y fue uno de los jefes de la escuadra que derrotó a la Armada Invencible. William Gilbert (1544-1603), autor de *De Magnete*, 1600, realizó, entre otras, importantes investigaciones respecto del problema de la declinación magnética. Seguramente estas tempranas relaciones hayan influido posteriormente tanto en la actitud antiespañola de Raleigh como en sus actividades científicas y literarias.

²⁶⁶ George Gascoigne (1536-77), uno de los más importantes escritores de la renovación literaria isabelina, fue uno de los tantos artistas y científicos protegidos por la corte durante el reinado de Isabel.

resultó un rotundo fracaso debido a problemas climáticos y a la permanente amenaza española. Sir Walter, nuevamente en bancarrota, volvió a volcarse al ejército, esta vez en una campaña en Irlanda. Tras dos años en los que demostró un gran manejo de la estrategia y cosechó el respeto de sus subordinados y la preocupación de sus superiores, regresó nuevamente a Londres. Cercano a cumplir treinta años y en el punto más bajo de su carrera, la reina –a quién atraería rápidamente merced a su oratoria y desenfado– lo convocó para conocer sus impresiones sobre la cuestión irlandesa. Raleigh iniciaba así su laberíntica carrera en la corte.

Si en 1584 Raleigh no era más que un caballero que sólo ingresaba en ella, tres años más tarde había recibido una buena cantidad de tierras en Inglaterra e Irlanda de parte de la reina, junto con el monopolio de las licencias de vinos, y se había convertido en capitán de la guardia de su majestad, quien lo consideraba su “oráculo”. Esta relación le otorgó una relativa prosperidad; sin embargo, el juego mismo de la vida cortesana le generó al mismo tiempo una importante cantidad de poderosos enemigos. La reina comenzaba a financiar las expediciones de Raleigh hacia América con la condición de que no participara personalmente de los viajes por los peligros inherentes a ellos. De este momento data la fallida fundación de la colonia de Virginia y la introducción inicial de la papa y el tabaco en Inglaterra, de la que Raleigh fue un protagonista crucial.²⁶⁷

Las intrigas palaciegas enfrentaron a Raleigh y al conde de Essex (1566-1601), otro favorito de Isabel, que finalmente sería ejecutado por cargos de conspiración. Sin embargo, cuando Raleigh regresó de Virginia, Essex había logrado desplazarlo de su posición de primer hombre de Isabel, por lo que Raleigh se retiró a sus posesiones irlandesas, período en el que conocería al gran poeta Edmund Spenser²⁶⁸ y profundizaría sus estudios navales. Retornó a la vida cortesana en 1592, luego de que Essex perdiera el favor de Isabel. Experimentó entonces una segunda caída, tras enamorarse de una de las damas de honor de la reina, Bess Throckmorton. Los rumores sobre una presunta boda secreta de Bess y sir Walter se difundieron rápidamente y esto enfureció a la reina, quien confinó a ambos en la Torre, donde efectivamente contrajeron matrimonio.²⁶⁹ Parecía el final de la carrera de Raleigh, que estaba en prisión, había perdido el favor real y estaba bajo amenaza de perder sus propiedades. Sir Walter intentó sin éxito recuperar su libertad con recargadas cartas

²⁶⁷ Raleigh no introdujo el tabaco en la Isla, pero sí hizo mucho por su popularidad en la corte. Dos historias famosas retratan al Raleigh cortesano y hombre práctico. Según la primera, fue él quien se quitó la capa para cubrir un barreal y permitir que la reina lo cruzara sin riesgos. En la otra, la reina lo habría desafiado a pesar el humo del tabaco que fumaba; Raleigh decidió pesar su pipa llena de tabaco, fumarla, y luego pesarla nuevamente, concluyendo que la diferencia de pesos debía ser equivalente al peso del humo.

²⁶⁸ Quien más tarde le dedicaría uno de los más importantes libros de la literatura isabelina, *The Faerie Queene*.

²⁶⁹ Es probable que la actividad política de Nicholas Throckmorton, padre de Bess, que había sido acusado de conspirar desde su posición diplomática para liberar a María de Escocia, haya influido en la decisión de la reina.

de doliente amor hacia la reina.²⁷⁰ Sin embargo, para su suerte, había sido privado de libertad cuando conducía una expedición que había arrebatado un considerable tesoro portugués y sus marineros se habían amotinado tras la prisión de su líder. Raleigh fue enviado a Devon y controló la rebelión, gracias a lo cual quedó en posición de negociar su liberación y la de su esposa. Tras lograrlo, se instaló en Sherborne, pero perdió todo acceso a la corte. En su nueva residencia comenzaron entonces a producirse reuniones de Raleigh y sus muchas amistades, un círculo que se estudiará en el siguiente apartado.

Sin embargo, y aunque la situación de sir Walter era bastante cómoda, nuevamente fue atraído por una expedición de exploración y colonización del Nuevo Mundo. En 1595 partió hacia Guyana con cinco barcos –financiados en parte por la familia Cecil–²⁷¹ y una autorización de Isabel que dejaba entender que esperaba de Raleigh un imperio mayor al español. En Trinidad, Raleigh derrotó al gobernador español de San José e inauguró una excelente relación con los jefes locales, presentando a su reina como un cacique que se comprometía a liberarlos del sofocante dominio ibérico. Sus tropas, aparentemente, mostraron un singular respeto por las propiedades y personas de los nativos.²⁷² Raleigh intentó remontar el Orinoco en busca de la mítica ciudad de El Dorado: no sólo terminó con las manos vacías, sino que además estuvo a punto de perder su flota y su vida por una súbita crecida del río. Lo único que llevaba consigo en su regreso a Inglaterra era un relato de su viaje a Guyana,²⁷³ que destacaba las inmejorables posibilidades de instalación y defensa, y las potencialidades económicas del lugar.

En 1596 y 1597 Raleigh y Essex condujeron el ataque contra la reconstruida Armada española y lograron vencerla, aunque las tensiones entre ellos aumentaron. Essex era extremadamente popular, pero Raleigh recuperaba el favor de la reina. Se

²⁷⁰ “Cabalgando como Alejandro, cazando como Diana, caminando como Venus, el gentil viento soplando su hermoso cabello alrededor de sus puras mejillas, cual una ninfa. Mi corazón nunca roto hasta ahora, lo está cuando se ve privado de estas visiones.” Citado en M. Irwin, *That Great Lucifer. A Portrait of Sir Walter Raleigh*, Londres, Allison & Busby, 1998, 81. Más allá de las dotes poéticas de Raleigh y de las intenciones que pudieran animar tales palabras, la imagen de Isabel como vestal virgen, profesada entre otros por Shakespeare, es un brillante resumen del culto a la reina como representante de la reforma imperial. Véase F. Yates, *Astraea: the imperial theme in the sixteenth century*, Londres, Boston, Routledge, 1964.

²⁷¹ Raleigh tenía una importante amistad, luego quebrada por las vicisitudes políticas de Inglaterra, con Robert Cecil (1563-1612), primer conde de Salisbury. Político inglés y consejero de la reina Isabel a fines de su reinado, proclamó a Jacobo I rey de Inglaterra, convirtiéndose en un prominente ministro.

²⁷² Al menos es seguro que cuando éstos debieron elegir entre España e Inglaterra, no dudaron demasiado en inclinarse por la segunda.

²⁷³ *The Discovery of the Large, Rich and Beautiful Empire of Guiana*. No es casual que Raleigh describa unas tierras de las que no conocía más que lo que pudo observar en aquel viaje, y que no tenían más relación con la corona que el pasajero asentamiento de un puñado de marineros ingleses, como “un imperio”. Los relatos de este tipo sobre descubrimientos, naufragios y desventuras relativos a la actividad de exploración, conquista y colonización constituyeron las fuentes primarias usadas por Shakespeare para escribir *La Tempestad*. Shakespeare utilizó fuentes provenientes de los viajes realizados por la Compañía de Virginia, entre cuyos fundadores estaba Raleigh. La expedición que zarpó en 1609, liderada por sir Thomas Gates, naufragó cerca de las Bermudas. El relato de la aventura fue publicado con gran éxito por Silvester Jourdain en 1610, quien había participado de la expedición, y fue, con bastante seguridad, utilizado por el gran autor. G. Melchiori, Introducción a W. Shakespeare, *La Tempestad*, Madrid, Cátedra, 1997, 11-18 y 429-444.

descubrió la participación de Essex en una conspiración para acelerar el advenimiento al trono de Jacobo de Escocia y así el conde fue condenado a muerte y ejecutado junto a otros conspiradores bajo la supervisión de Raleigh como capitán de la guardia. Esto llevó la popularidad de Essex a la altura de un mito como víctima de una conjura por parte de sir Walter, considerado finalmente el hombre más odiado de Inglaterra mientras recuperaba la mejor posición en la Corte. A la vez, Raleigh alcanzaba su apogeo político por su actividad en el Parlamento, donde defendía las libertades individuales y atacaba los proyectos de impuestos regresivos propuestos por Francis Bacon. La muerte de Isabel estaba cerca y se hacía claro que Jacobo sería su sucesor. Muchos cortesanos isabelinos se acercaron prematuramente a Jacobo y denostaron a Raleigh, quien se mantuvo junto a la reina sin preocuparse por la llegada del futuro rey hasta último momento. Isabel recuperó su popularidad, menguada por la ejecución de Essex, al revisar una serie de impuestos que habían exacerbado el descontento popular. Tras revertirlo y superar una disputa con el Parlamento respecto de a quién pertenecía la potestad de decidir y revocar impuestos, la reina falleció.

Jacobo I había sido advertido por Cecil de la peligrosidad de Raleigh. Su supuesto ateísmo, el hecho de que no se acercara a ofrecerle su apoyo antes de la muerte de la reina y su presunta participación en la caída de Essex aumentaban el recelo del nuevo rey hacia el hasta entonces capitán de la guardia. El cambio de siglo aparecía amenazador para la posición de Raleigh en la corte. Ante esto, Raleigh cometió el error de intentar ganar el favor real mediante la propuesta de un ataque al Imperio Español en sus posesiones americanas, lo que no era acorde con la política exterior que Jacobo tenía planeada para su reinado. En 1603 Raleigh fue encarcelado nuevamente en la Torre de Londres a la espera de un juicio por traición y conspiración a favor de España. La mayoría de los historiadores coinciden en resaltar la inocencia de Raleigh y la manipulación de los procedimientos legales en su juicio.²⁷⁴ Raleigh debía caer y esa decisión había sido tomada de antemano por Jacobo. Fue condenado a muerte, mientras su popularidad comenzaba a recuperarse lentamente, tanto por su abierta aversión a España como por la escasa aceptación popular que ostentaba Jacobo, evidentemente enfrentado con él. El día en que la ejecución iba a concretarse el rey decidió perdonar la vida de Raleigh. La opinión pública y la diplomática descontaban que sir Walter era inocente y concretar la ejecución parecía riesgoso frente a la precaria relación de Jacobo I, tanto con el Parlamento como con el "insolente vulgo". En diciembre de 1603, Raleigh iniciaba un largo período de prisión en la Torre. Sin embargo, por el momento, había salvado su vida.

Durante su larga estancia en prisión, Raleigh sufrió la confiscación de sus propiedades por parte del rey. Dedicó su tiempo a la lectura y a la experimentación, escribiendo al menos siete libros durante su cautiverio; tal vez el más importante de

²⁷⁴ M. Irwin, *That great...* op. cit., caps. XXI-XXIII. Para un trabajo dedicado exclusivamente a la conspiración de 1603 y a la intervención de Raleigh en ella: M. Nicholls, "Sir Walter Raleigh's Treason: a Prosecution document", *English Historical Review*, 110, 438, 902-925, 1995.

ellos haya sido *The History of the World*. Trabó en este período una sólida amistad con Enrique, príncipe de Gales, hijo mayor de Jacobo I y heredero del trono; Raleigh le dedicó numerosos escritos, entre ellos la propia *History*... Al mismo tiempo, fue designado tutor de Enrique en materias tales como historia, astronomía, construcción naval e incluso política internacional. A la vez, la popularidad de Raleigh crecía y sus eventuales apariciones en la ventana de la Torre se convertían en una convocatoria popular. Si las posibilidades de liberación de Raleigh habían aumentado gracias a su relación con Enrique, éstas volvieron a desvanecerse tras la prematura muerte del príncipe, en 1612. Lo mismo ocurriría con las expectativas de concreción de su política exterior y con muchas de las esperanzas, probablemente infundadas, que muchos ingleses habían depositado en el futuro del príncipe como rey.²⁷⁵ La única esperanza de Raleigh era que se lo liberara por su inocencia. Esto no ocurriría, pero Jacobo I, necesitado de recursos económicos, permitió a Raleigh realizar una segunda expedición en busca de El Dorado. De tener éxito, sanearía las alicaídas arcas reales, en caso de fracasar, el rey podría al fin deshacerse de tan molesto caballero. Antes de iniciar su última expedición, Raleigh recibió propuestas para comandar tal empresa en nombre de la corona de Francia, pero las rechazó. Mientras tanto, consejeros de Jacobo sobornados por España transmitieron los detalles de la expedición al embajador español Gondomar. Toda la flota española estaba alerta y conocía los detalles del viaje que Raleigh pretendía realizar.

La expedición fue un completo fracaso, no logró encontrar metales preciosos, entró en conflicto con más de un puerto español en América (algo que el rey le había prohibido explícitamente) y sufrió numerosas pérdidas materiales y humanas, incluido uno de los hijos de Raleigh. A su regreso en 1618 lo esperaba una orden de arresto. Raleigh, ya mayor de 60 años, intentó escapar a Francia, pero fue capturado en altamar. Tras presiones de Gondomar y tras una audiencia privada, se decidió ejecutarlo por su condena previa que había surgido del juicio de 1603.²⁷⁶ El 29 de octubre de 1618, a pesar de numerosas apelaciones, Raleigh fue ejecutado en Westminster. "No cabe la menor duda de la relación entre esta ejecución y la política exterior de Jacobo",²⁷⁷ hecho que estaba llamado a impresionar a la multitud y a varios protagonistas políticos de las décadas siguientes.²⁷⁸ El mismo efecto tuvieron los escritos en los que delineó su pensamiento político: *Prerogative of Parliaments*, *Maxims of State* y *Cabinet Council*, redactados durante su prisión en la Torre, al igual

²⁷⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 252 y 253.

²⁷⁶ El tribunal que lo juzgó en la segunda ocasión, presidido por Bacon y con la participación implacable de sir Edward Coke, rival de Bacon y máximo jurista de la época, no encontró motivos suficientes para condenarlo a muerte.

²⁷⁷ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 181.

²⁷⁸ "Con su vida y su muerte, más incluso que con sus escritos, Raleigh contribuyó a dar a los ingleses las fuerzas necesarias para el esfuerzo que requería la realización del programa que él y Hakluyt les habían propuesto." C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 258. J. Eliot, J. Pym y J. Hampden presenciaron la ejecución de Raleigh. Eliot lo llamaba "nuestro Raleigh, gran alma". S. Coote, *A Play of Passion, the Life of Sir Walter Raleigh*, Londres, Macmillan, 1993, 128.

que algunos pasajes de *The History of the World*. En definitiva, “hostilidad hacia España y concepciones relativamente democráticas: esos fueron los dos rasgos principales de la imagen de Raleigh que siguieron ejerciendo su influencia a lo largo del siglo XVII”.²⁷⁹ “Has vivido como una estrella admirada por el mundo y como una estrella caerás cuando el firmamento se vea sacudido”,²⁸⁰ opinaron los jueces que lo llevaron al patíbulo en 1618.

Este capítulo está dedicado al estudio integral de uno de los proyectos más ambiciosos de la ajetreada existencia de Raleigh, *The History of the World*, que como ya se ha adelantado fue escrita por Raleigh, con la colaboración de sus amigos y clientes, mientras estaba preso en la Torre de Londres durante el reinado de Jacobo I. La *History...* debía ser una historia del mundo desde la Creación hasta su tiempo, pero Raleigh jamás logró completarla: lo impidió su ejecución en 1618 por aquella casi ridícula condena previa de conspiración con España, aunque es probable que, desanimado por los avatares políticos de Inglaterra y por su situación personal, abandonara el proyecto bastante antes de su muerte. A pesar de todo, en 1614 apareció en Londres una edición *in folio* del primer volumen de *The History of the World*, un escrito enormemente erudito de más de un millón de palabras que, tras un breve prefacio, relataba los sucesos ocurridos desde los orígenes del mundo hasta la conquista de Macedonia por los romanos.²⁸¹

Los avatares de esta primera edición del texto son apasionantes. Raleigh dedicó la obra al príncipe Enrique, cuyo fallecimiento meses antes de la publicación de la *History...* dejó a sir Walter absolutamente desprotegido. El rey, ofendido porque Raleigh era “demasiado mordaz en la censura de los príncipes”,²⁸² y también a consecuencia de un giro de su política exterior que encontraría su culminación en la dependencia española del reinado de Carlos I, intentó impedir la publicación del libro, pero la obra ya había comenzado a distribuirse. Jacobo optó entonces por permitir la circulación de la obra, siempre que se arrancara la página en la que estaba inscripto el nombre del autor. A los efectos de este trabajo la importancia de este hecho es fundamental. En primer lugar, la popularidad de Raleigh comenzó entonces a expandirse (en palabras de Fuller, “el país bendice constantemente a quienes maldice la corte, ser públicamente juzgado y ejecutado era un camino seguro a la

²⁷⁹ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 246.

²⁸⁰ M. Irwin, *That Great Lucifer. A Portrait of Sir Walter Raleigh*, Allison & Busby, London, 1998, 301.

²⁸¹ Estos eran los títulos de cada uno de los capítulos de la obra: Libro I: Introducción a las primeras edades del mundo, desde la Creación hasta Abraham; Libro II: De los tiempos del nacimiento de Abraham hasta la destrucción del Templo de Salomón; Libro III: Desde la destrucción de Jerusalén hasta el tiempo de Filipo de Macedonia; Libro IV: Desde el predominio de Macedonia hasta el establecimiento de ese Reino en el recorrido de Antigonos; Libro V: Desde el establecimiento del gobierno de los sucesores de Alejandro en el Este hasta la conquista de Asia y Macedonia por los romanos. Raleigh, Walter, *The History of the World*, Londres, 1614. A lo largo de este estudio se utilizará la primera edición de la *History...*, salvo cuando se especifiquen citas a W. Raleigh, *Selected Writings*, (G. Hammond ed.), Londres, Penguin Books, 1984; y a la traducción del proemio de la *History of the World* publicada con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000.

²⁸² La opinión es puesta en boca de Jacobo por John Chamberlaine, en carta a Dudley Carleton el 05-01-1615, *State Papers, Domestic*, 1603-1618.

popularidad”²⁸³). En segundo término, la casi fortuita circulación de la obra de Raleigh fue fundamental para su perduración: el autor decidió destruir los pocos manuscritos dedicados a la continuación de la *History...* y nada sabemos de ellos. En tercer lugar, Jacobo logró deshacerse del nombre de Raleigh en la obra, pero afortunadamente se conservó en el impreso una portada alegórica que, como intentaremos mostrar aquí, es de estratégica importancia para la comprensión integral de la obra. Los siguientes apartados de este capítulo estarán consagrados al estudio del círculo de Raleigh, sus ideas respecto de la historia y la política, la portada de *The History of the World* y la recepción de la figura y las ideas de Raleigh en los años posteriores a su muerte, en un intento por comprender cabalmente el aporte de sir Walter a la renovación historiográfica inglesa.

II

Las producciones culturales e intelectuales, tales como los libros de historia o las obras de arte, están marcadas por la inteligencia, la creatividad y las motivaciones privadas de los individuos, pero son también consecuencia de actividades, discusiones y pensamientos colectivos no necesariamente institucionalizados. Los grupos de lectura, discusión, patronazgo, amistad y parentesco como el que se analizará en este apartado eran habituales en la elite inglesa a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, y tenían características comunes con aquellos consagrados al intercambio de libros y documentos, encabezados por personajes como sir Robert Cotton, o la Sociedad de Anticuarios isabelina, cerrada por decisión del gobierno. Se trataba de comunidades interpretativas conformadas por personajes que compartían textos, conocimientos, métodos, convicciones, valores y preocupaciones. La circulación de libros, manuscritos y saberes forjaba vínculos y permitía la difusión de literatura y convicciones de todo tipo: ortodoxas, innovadoras, controversiales, religiosas, políticas, eruditas... Como ha afirmado Kevin Sharpe, “eran comunidades políticas en un sentido amplio”.²⁸⁴

El círculo de intelectuales que se reunía asiduamente en la residencia de Raleigh discutía animadamente una serie de cuestiones que lo colocan en un lugar relevante a la hora de evaluar algunas de las transformaciones más significativas de la cultura inglesa de comienzos del siglo XVII. Para comenzar, el círculo era uno de los ámbitos en los que se discutían innovaciones científicas del mundo europeo de aquel entonces. La química, la física, la astronomía y la medicina eran algunos de los temas preferidos por los miembros del grupo, en estrecho contacto con el proceso de revolución científica. Los historiadores han discutido largamente sobre la relevancia de la magia y la alquimia en este proceso revolucionario. Sea cual sea la conclusión

²⁸³ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 157.

²⁸⁴ K. Sharpe, *Reading Revolutions, The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000.

que se prefiera al respecto, está claro que en el círculo de Raleigh las discusiones en torno a la química y la matemática tenían lugar en el mismo ámbito que aquellas relacionadas con la búsqueda de la piedra filosofal. Un estudio completo de los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa tendría que tener en cuenta los amplios intereses científicos de figuras como Gilbert y Hakluyt, que contribuyeron a poner en comunicación las diversas esferas en las que se estaba desarrollando un trabajo original. Hombres que trabajaban en lo que ahora consideramos campos sin ninguna relación entre sí compartían entonces muchos conocimientos.

Además, tanto en el círculo de Raleigh como en otros que, como veremos luego, mantenían una estrecha relación con él, se produjo una serie de innovaciones literarias que modificaron notablemente la poesía inglesa: el propio Raleigh, Ben Jonson, sir Philip Sidney y Edmund Spenser pertenecían a estos grupos y fueron protagonistas de la renovación y revalorización de la rima inglesa, en un proceso que ha sido definido como una revolución literaria.²⁸⁵ De hecho, a partir de 1570, con la publicación de *The schoole master*, de Roger Ascham (quien sugería una valorización de la tradición grecolatina, a la vez que insinuaba que Inglaterra se estaba constituyendo en el verdadero continuador de la misma, en medio de la corrupción de la Italia contemporánea), se inició en Inglaterra un debate en torno a la rima en el que los miembros del círculo de Raleigh tendrían mucho que ver. La obra de Ascham constituía al mismo tiempo un rechazo a la "rima bárbara" introducida en Europa por godos y hunos. Sir Philip Sidney, cuya trayectoria se abordará con mayor detenimiento más adelante, respondió a las afirmaciones de Ascham con una valorización de la transmisión oral de la historia a partir de las ideas de Fernando González de Oviedo y Francois Baduin, que permiten seguir su rastro desde Roma hasta el Nuevo Mundo desde una perspectiva comparativa y no eurocéntrica. Un análisis de este tipo podía convertirse en una implícita subvaloración de la jerarquía comúnmente otorgada a la tradición clásica.²⁸⁶ Según Ginzburg, la totalidad del debate sobre la rima debe comprenderse como parte de la querrela entre los modernos y los antiguos de la que los opositores a las opiniones de Ascham formaron parte al negar la superioridad intrínseca de los antiguos. Estos hechos se relacionan íntimamente con el modo novedoso en que los ingleses de aquella época pensaban su relación con el pasado.

²⁸⁵ Véase C. Ginzburg, *No island is an island*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.

²⁸⁶ Algunos años más tarde, en 1589, George Puttenham llevó este argumento a un ataque directo a lo griego y a lo latino mediante la publicación de *The Arte of English Poesie*. En esta obra Puttenham introdujo un elemento nuevo: la distinción entre arte y naturaleza. De esta dicotomía extraía Puttenham dos conjuntos de valores: lo antiguo, natural, bárbaro, universal, desnudo e ignorante; frente a lo reciente, artificial, civil, particular, vestido y sabio. Se trata, en cierta forma, de una tensión entre la naturaleza como origen idealizado y el arte y la civilización como presente corrupto, de modo tal que lo bárbaro se convierte en objeto de estudio con tres connotaciones tomadas de Montaigne: una positiva, una negativa y una relativa. En *Defence of ryme*, publicado en 1603, Samuel Daniel llevó aún más lejos la particular apropiación inglesa del pensamiento de Montaigne sobre estas cuestiones al combinarlo con una sobrevaloración de lo natural sobre lo creado o artificial. C. Ginzburg, *ibidem*. Cuestiones cercanas a esta controversia se retomarán en el capítulo referente a las primeras formulaciones de la idea de progreso, en el marco de la disputa entre G. Hakewill y G. Goodman.

Otro destacado amigo de Raleigh era el inigualable Christopher Marlowe. El vínculo entre Marlowe y Raleigh está también presente en sus obras, en un punto de importancia para la noción de historia de Raleigh que merece una breve digresión. En su *Tamburlaine*, obra estrenada en Londres en 1587, Marlowe representa la derrota y humillación del gran turco a manos de Tamerlán. Desde el comienzo, Marlowe presenta a Bayaceto como tiránico y pomposo, carente de dignidad y coraje, hasta el punto que legitima el tiranicidio, pues Tamerlán aparece en esos pasajes como redentor,²⁸⁷ y luego es presentado él mismo como la exacerbación del político, el conquistador y el tirano. Raleigh, en el prefacio de *The History of the World*, comparte esta apreciación, y relata el sometimiento de Bayaceto por Tamerlán del mismo modo que lo hace Marlowe en su obra, incluyendo el uso del vencido como escabel y la comparación del suceso con la historia de Valeriano y Sapor.²⁸⁸ Asimismo, en un punto íntimamente relacionado con la noción de historia de Raleigh, *Tamburlaine* ha sido considerada la fuente original del teatro histórico isabelino, que se distingue de otros tipos de obra por la intención de su autor de cumplir la función de historiador, aunque ocupándose de la política y no de la ética.²⁸⁹ Si muchos historiadores y dramaturgos del siglo XVI veían a la historia como la expresión de los objetivos divinos, un esquema religioso por el que los eventos evolucionan bajo la ley y la justicia de la providencia, tal el modelo de la crónica medieval, muchos historiadores isabelinos opinaban de modo diferente. Las ideas de Maquiavelo y Guicciardini, por ejemplo, encontraron expresión en Bacon, quien se apropió de ellas, las modificó y las utilizó para revertir las imperantes hasta entonces. En *Tamburlaine*, la influencia italiana y clásica es evidente y, al igual que en la *History...* de Raleigh, es frecuente la impresión en la obra de que Marlowe concibe la historia como esencialmente humana, aunque no por ello deja de admitir la acción divina. La consecuencia última de esta impronta es encontrar las causas de los eventos históricos en la personalidad, individual o colectiva, de agentes humanos.²⁹⁰ Esta tendencia del humanismo clásico y su afirmación de la voluntad humana en un mundo regido por la fortuna era, en última instancia, aunque no para los contemporáneos, incompatible con la doctrina cristiana de que sólo la gracia de Dios puede alcanzar fines nobles. Según I.B. Ribner,²⁹¹ contrariamente a la concepción usual por entonces, en la obra de Marlowe Tamerlán no ejecuta a pie juntillas los designios divinos, sino que ocasionalmente los desafía y tiene éxito a pesar de ello, de modo que se trata de un héroe exitoso por la *virtú*

²⁸⁷ *Tamburlaine*, III, I.

²⁸⁸ Se ha llamado la atención también sobre las semejanzas de la obra de Marlowe y *Acts and Monuments*, de John Foxe. De hecho, Foxe presenta a Tamerlán como "un enviado de Dios para vengar la causa de los cristianos" (I, 739). La obra de Foxe incluye un grabado que retrata a Enrique VIII de Inglaterra utilizando al mismísimo papa como apoyo de sus pies. Al respecto, W.J. Brown, "Marlowe's Debassement of Bejaset: Foxe's *Acts and Monuments* and *Tamburlaine*, Part I", *Renaissance Quarterly*, 24, 1, 1971, 38-48.

²⁸⁹ L.B. Campbell, *Shakespeare's Histories*, San Marino, 1947.

²⁹⁰ Este punto será retomado en el apartado siguiente en relación con la *History...* de Raleigh.

²⁹¹ I. Ribner, "The Idea of History in Marlowe's *Tamburlaine*", *English Literary History*, 20, 4, 1953, 251-266.

maquiavélica, no por la virtud cristiana, que le permite dominar exitosamente la fortuna. Tamerlán es un hombre cuyo valor humano se combina con la fortuna para volverlo lo que es (“*And well his merits show him to be made; His fortunes maister, and the King of Men*”²⁹²), que controla su propio destino (“*I hold the Fates bound fast in yron chaines; And with my hande turn fortunes wheel about*”²⁹³). Más aun, Raleigh introduce en el pasaje inmediatamente posterior a la historia de Tamerlán en su proemio una comparación entre la historia y el drama:

“Sabemos que Dios es el Autor de todas nuestras tragedias, y ha escrito para nosotros, indicándonos claramente, los papeles que hemos de interpretar. (...) En efecto, nada es más correcto que concluir respecto de este ridículo mundo que el cambio de la Fortuna en el gran Teatro es como el cambio de vestimenta en el más pequeño. Por cuanto, tanto en uno como en otro, cada hombre no luce sino su propia piel; los Actores son todos similares.”²⁹⁴

Pero además Marlowe tal vez fuera el miembro más díscolo de estos grupos, pues impulsaba en su interior una serie de coloquios de crítica bíblica y religión que están entre las causas del mito de que estos círculos, fundamentalmente el de Raleigh, no eran más que escuelas de ateísmo.²⁹⁵ Las opiniones críticas respecto de la Iglesia eran habituales en aquel tiempo y las acusaciones de ateísmo contra Raleigh y sus amigos se difundieron velozmente. La sospecha de ateísmo constituye un elemento más en el carácter moderno de estos personajes, aun cuando se ha comprobado que los miembros del grupo de Raleigh eran genuinos creyentes que no parecían encontrar contradicción alguna entre sus actividades más rupturistas y profanas y una fe

²⁹² *Tamburlaine*, II, 1, 487.

²⁹³ *Tamburlaine*, I, II, 369.

²⁹⁴ El fragmento está tomado de la traducción del proemio de la *History of the World* publicada con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000, 74.

²⁹⁵ En la escena segunda del tercer acto de su *Fausto*, Marlowe lleva a su protagonista a una larga y jocosa burla contra el papa y sus cardenales con ácidas referencias respecto de las Escrituras. Durante estas bromas, Fausto y Mefistófeles se hacen pasar por cardenales y logran liberar a un personaje (a quien Marlowe, en clara referencia a Giordano Bruno, bautiza como el sajón Bruno) que estaba por ser condenado a la hoguera. Finalmente, Fausto y Mefistófeles se vuelven invisibles y hacen de las suyas durante un banquete dado por el papa en Roma, arrebatando canapés a los preladados y cometiendo una larga serie de jocosas travesuras que terminan por forzar al papa a retirarse. C. Marlowe, *La trágica historia del Doctor Fausto*, Buenos Aires, Biblos, 1984, 90-103. Si bien el *Fausto* de Marlowe, escrito hacia el final de su vida, al parecer contrariamente a muchas de sus opiniones anteriores, representa un enconado ataque contra la magia renacentista y, según ha señalado Yates, debe situarse en el contexto de la reacción antirenacentista. F. Yates, *La filosofía oculta en la época isabelina*, México, FCE, 1992, 199-217; *Doctor Faustus* es también una obra que argumenta claramente sobre las implicancias políticas de la nueva ciencia renacentista. C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, pp 169-170. Raleigh, en su *History...*, opinaba que “El arte de la magia es el arte de adorar a Dios”, citado en K. Thomas, *Religión and the Decline of Magic*, Londres, Penguin, 1991, 320.

religiosa constantemente afirmada.²⁹⁶ Sin embargo, su reputación de ateos se reproducía constantemente: en 1593, por ejemplo, el espía isabelino Richard Baines informó que Marlowe opinaba que “Moisés no es más que un jugador²⁹⁷ y que un ariete²⁹⁸ de Raleigh puede más que él”.²⁹⁹ Hace casi setenta años, F. Yates y M.C. Bradbrook interpretaron al círculo de Raleigh como una escuela de ateísmo y la vincularon con la referencia de Shakespeare a una “*School of Night*” en *Love’s Labour’s Lost*.³⁰⁰ A este indicio textual, Bradbrook y Yates sumaban la acusación lanzada por el jesuita Robert Parsons en 1591, según la cual Raleigh encabezaba una “*Schoole of Atheism*”³⁰¹, y el hecho de que en la dedicatoria de *The Shadow of Night* Chapman elogiara a miembros del círculo de Raleigh.³⁰² Es claro que la evidencia para este vínculo entre noches, escuelas y sombras es débil, y que lo más adecuado es desligar al círculo de Raleigh de una supuesta Escuela de la Noche. Sin embargo,

²⁹⁶ En una carta a su médico, el calvinista Theodore de Mayerne, por ejemplo, Thomas Harriot le aseguraba: “mi fe es triple, creo en Dios todopoderoso, creo que el arte de la medicina fue creado por Él y creo que el médico es su ministro. Mi fe es segura, mi esperanza, firme”. H. Trevor-Roper, “Harriot’s Physician, Theodore de Mayerne”. R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000. Pasajes como éste hacen difícil considerar como bien fundadas acusaciones como la incluida en la denuncia por traición contra Raleigh en 1603, en la que se consideraba a Harriot “su mayor influencia en la idea de la inexistencia de la eternidad”. En ese mismo juicio se hicieron circular unos versos demoníacos de una tragedia anónima como su confesión de ateísmo: “Entonces un hombre sabio, por encima de los sabios vulgares, que sabía que las leyes no podían ser honradas a menos que fueran observadas, diseñó el nombre de los dioses, la religión, el cielo, y el infierno; simples monstruos para mantener al mundo atemorizado. Al principio la Tierra era poseída en común pero esto dio lugar luego a la guerra, la monarquía y la propiedad, los nombres de dioses, religión, cielo e infierno sólo sirven para mantener al mundo atemorizado.” Citado en S. Greenblatt, *Shakespearean Negotiations*, Los Ángeles, University of California Press, 1988, 27. Para Greenblatt, de esta forma “el texto ficcional vuelve a circular como la confesión del lenguaje real, que no parece representar una actitud observable en el mundo real, sino más bien la fantasía recurrente del archicriminal como ateo. Raleigh ya tenía fama de poeta y librepensador y quizá sus enemigos quisieron acrecentar la hostilidad popular hacia él utilizando esas líneas. Pero más allá de la conspiración, la circulación responde a una expectativa cultural fuerte: cuando un favorito odiado como Raleigh era acusado de traición no se buscaban evidencias sino un despliegue teatral que revelara los motivos (codicia, ambición, celos, etc.)”. Esta interpretación es adecuada siempre que se tenga presente que tal representación teatral no siempre era un medio completamente efectivo de control por parte de un Estado casi panóptico, como en algunos pasajes parece sugerir Greenblatt. De hecho, como se verá cuando se aborde la recepción de las ideas de Raleigh, es precisamente la atribución de algunas de las opiniones recién citadas a su figura uno de los argumentos para su popularidad en las décadas revolucionarias. Si el dispositivo cultural hubiera funcionado con la efectividad que se le atribuye, una evolución de este tipo sería prácticamente imposible.

²⁹⁷ *Juggler*, estafador, entretenedor barato, mago, cuenta historias, conjurador, actor, dramaturgo.

²⁹⁸ *Harriot* en inglés; la referencia a Thomas, personaje que se analizará enseguida, es indudable.

²⁹⁹ S. Greenblatt, *Shakespearean Negotiations*, Los Ángeles, University of California Press, 1988, 21.

³⁰⁰ M.C. Bradbrook, *The School of the Night*, Cambridge, 1936; F. Yates, *A Study of “Love’s Labour Lost”*, Cambridge, 1936.

³⁰¹ R. Parsons, *Elizabetha Angliae Reginae*, 1591, B1. El mismo Parsons, reiteró sus acusaciones en *An Advertisement Written to a Secretarie of my L. Frearsers of England*, Antwerp, 1592. En este texto, Parsons también acusaba a Cecil de ateo y maquiavélico. En 1594 una comisión eclesiástica investigó los cargos en Cerne Abbas, Dorset, y, aunque no encontró evidencias para una condena, el estigma de ateísmo se mantuvo sobre el grupo.

³⁰² E.A. Strathman, “The Textual Evidence for the School of the Night”, *Modern Language Notes*, 56, 3, 1941, 176-186. Ya en 1902 A. Acheson había sugerido un vínculo entre la academia del rey de *Love’s Labour’s Lost* y el poema *The Shadow of Night* de G. Chapman, y que la obra de Shakespeare era una sátira de un grupo de poetas e intelectuales heterodoxos, la Escuela de la Noche, incluyendo a los condes de Hunsden, Derby y Northumberland, y a Harriot y Raleigh entre otros. El mismo E.A. Strathman, *Sir Walter Raleigh, A Study in Elizabethan Scepticism*, Nueva York, 1951, 262, criticó fuertemente la tesis, que a pesar de ello siguió gozando de popularidad.

como es notorio con el ejemplo de Marlowe y como se verá al abordar la figura de Thomas Harriot, las discusiones y experimentos en la residencia de Raleigh eran innovadoras y heterodoxas, al punto que llegaron a ser concebidas como peligrosas por algunos de sus contemporáneos, una situación evidentemente vinculada con la actividad de Raleigh y muchas de sus amistades en la corte y la política de su tiempo. Del mismo modo, no parece haber evidencia suficiente para sostener que Shakespeare se refiriera a ellos en *Love's Labour Lost*.³⁰³

En lo que respecta al patrocinio de la ciencia y, especialmente, al de la navegación, sir Walter Raleigh era el heredero de sir Robert Dudley, conde de Leicester (1532-1588). El sobrino de Leicester, sir Philip Sidney (1554-1586), encabezaba el círculo junto con su tío y, a la muerte de éste, Raleigh continuó protegiendo y financiando a las mentes más salientes del grupo.³⁰⁴ Sidney, cuyas proezas intelectuales circulaban constantemente en la corte (se creía que a los once años leía y escribía fluidamente en latín y alemán), había conocido en Oxford a sir Edward Dyer, quien participaría luego de su círculo y recibiría una pensión vitalicia de manos de Leicester, de quien había sido secretario. Tanto Sidney como Dyer recibieron en su juventud lecciones de química de un famoso matemático y astrónomo londinense, John Dee (1527-1608), de quien se sospechaba que era mago y ateo (aunque él mismo lo negaba con vehemencia). Dee solía alardear cuando afirmaba que, tras estudiar durante años alrededor de dieciocho horas diarias, había logrado convertir mercurio en oro, en una investigación conjunta con Edward Kelly, otro mago, algo más charlatán que él mismo. Asimismo, tal como habían hecho varios coleccionistas y anticuarios, Dee había intentado convencer a Isabel de la necesidad de conservar documentos y monumentos históricos que los estudiosos de la nueva historiografía pudieran encontrar relevantes. Según el *Dictionary of National Biography* fue el mismo Dee quien inventó la expresión "Imperio Británico". Kelly y Dee formaron parte del círculo de Sidney y, posteriormente, Raleigh los acogió en el suyo otorgándoles generosas pensiones para financiar sus indagaciones. Lo mismo ocurrió con personajes de extracción tan diversa como Thomas Digges, John Frampton (un mercader que residió durante años en España y que, tras retirarse luego

³⁰³ Al respecto, S. Greenblatt sostiene lo siguiente. "La acusación de ateísmo es difícil de evaluar hoy, se la usaba contra cualquiera que no cayera del todo bien. (...) Ninguna de estas investigaciones encontró ateos, algo casi impensable para las mentes filosóficamente más desafiantes del siglo XVI. Hay poca evidencia confiable de ateísmo, se lo castigaba tan duramente como la traición y de esto sí hay evidencia, aun si mintieran. Si existe dónde confirmar que en una construcción social de la realidad algunas interpretaciones de la experiencia son sancionadas o excluidas es aquí, en las fronteras del escepticismo, donde podemos encontrarlas. Como Maquiavelo y Montaigne, Harriot decía creer en Dios y no hay justificación posible para desestimar esto como mera hipocresía. No digo que el ateísmo fuera impensable en el siglo XVI, sino que sólo era concebible como el pensamiento de otro, es la característica de la otredad. De allí que los católicos acusaran de serlo a los mártires de los protestantes y éstos, al papa mismo. La persistencia de estas acusaciones no demuestra la existencia de una Escuela de la Noche, de una sociedad de librepensadores, sino la operación de una autoridad religiosa secular." S. Greenblatt, *Shakespearean Negotiations*, Los Ángeles, University of California Press, 1988, 22.

³⁰⁴ Sidney falleció combatiendo en Holanda contra los españoles en la batalla de Zutphen; es famosa la historia según la cual, desfalleciente, cedió su cantimplora a otro soldado herido y le dijo "tu necesidad es mayor que la mía".

de ser detenido por la Inquisición, se dedicó a traducir libros sobre las exploraciones ultramarinas de españoles y portugueses³⁰⁵) o Timothy Bright (el inventor de la taquigrafía, que era además partidario de la medicina científica y química y había dedicado a Sidney un tratado sobre las causas de la melancolía que fue leído por Shakespeare, algunos años antes de compendiar para Raleigh la obra de Foxe, *Acts and Monuments*, uno de los principales exponentes de la renovación historiográfica de la Inglaterra isabelina). Tras la muerte de Sidney, Raleigh lo sucedió en el patronazgo de numerosos historiadores: Michael Lok terminó de traducir *The Mexican History in Pictures* bajo su patrocinio y Richard Carew le dedicó su *Survey of Cornwall* en 1602, al tiempo que John Hooker escribió una *Irish Historie* financiado por ambos patrones. Muchos de ellos eran, además, protestantes radicales, algunos incluso traductores de Calvino, como el preceptor de Sidney, Nathaniel Baxtel.

El círculo de Raleigh era un lugar de decidido debate político. Se discutía allí la necesidad de constituir un Imperio Británico en ultramar que despojara al Imperio Español y garantizara oportunidades económicas para la burguesía inglesa en ascenso. De hecho, "los escritores y científicos vinculados a la patriótica causa de crear un Imperio inglés en el mundo occidental dedicaron sus obras de común acuerdo a su reconocido dirigente sir Walter Raleigh y a los que estaban abiertamente relacionados con sus planes de exploración y colonización de América, en una campaña propagandística claramente definida"³⁰⁶. El grupo de Raleigh compartía con el de Sydney la hostilidad hacia España, las simpatías por una alianza con Holanda (de hecho, muchos miembros de ambos grupos pelearon en los Países Bajos durante el conflicto de independencia contra los Habsburgo) y el proyecto de un Imperio Británico en América. Raleigh tenía en común con Fulke Greville (amigo y biógrafo de Sidney que además heredó parte de su biblioteca) la idea de que el Imperio Español violentaba la ley divina, por lo que estaba condenado, y ambos otorgaban una importancia semejante a la libertad de las clases mercantiles para el sostenimiento del Imperio. Spenser, el celebrado poeta protegido de Raleigh y Sidney, fue quien inventó la metáfora que convertía a la reina Isabel en una suerte de encarnación del imperio ultramarino inglés. Por otro lado, los miembros del círculo de Raleigh, a pesar de pertenecer a la corte, eran decididos defensores de las prerrogativas del Parlamento. Como se verá más adelante, Raleigh (al igual que Greville) introdujo innovaciones en la filosofía política inglesa, en parte tributarias del pensamiento de Buchanan, de modo que aceptaba la rebelión como un hecho consumado aunque la negaba como derecho, un argumento que sería retomado a mediados del siglo XVII para justificar los ataques a la realeza (algo que Raleigh probablemente no habría aceptado).

Es evidente que las reuniones de Raleigh y sus amigos no estaban enteramente consagradas a altísimos objetivos políticos, científicos o intelectuales. Raleigh había

³⁰⁵ Entre estas obras se encontraban los escritos de Marco Polo, el *Discurso de las navegaciones portuguesas* de Escalante y *Noticias del Nuevo Mundo*, de Monarde. Las ediciones inglesas de estas obras fueron dedicadas a Dyer, Sidney y Raleigh.

³⁰⁶ A. Rosenberg, *Leicester, patron of letters*, Londres, 1968, 19.

trabado relación con el noveno conde de Northumberland, Henry Percy (1564-1632), a quien se conocía en la época como el “conde brujo” por sus experimentos alquímicos y astrológicos.³⁰⁷ Hay evidencias, por ejemplo, de que en sus frecuentes e interminables encuentros jugaban a las cartas, corrían carreras de caballos, destilaban licores, fumaban tabaco en pipa y entablaban partidas de juegos de estrategia militar con soldados de plomo.³⁰⁸ Pero las reuniones del círculo de Raleigh no eran sólo un entretenimiento para los sectores letrados de la sociedad inglesa. El hermanastro de Raleigh, Humphrey Gilbert, que también pertenecía al círculo de Sidney, era un navegante que encabezó expediciones colonizadoras en América del Norte y que emprendió, con financiamiento de Raleigh, la búsqueda de un paso que comunicara Europa y Asia por el noroeste (de hecho, escribió un texto al respecto que dedicó luego a Raleigh, quien había financiado la empresa y, como se verá, el planisferio de la portada de la *History of the World*, de Raleigh, da por hecho la existencia de este paso).³⁰⁹ Ésta y otras vinculaciones con las expediciones de exploración ultramarina (el propio Raleigh participó en la fundación de la primera colonia inglesa en Virginia (hoy Carolina del Norte) y realizó expediciones a Guyana³¹⁰ en busca de *El Dorado*) hicieron que en el círculo se discutieran una serie de cuestiones relacionadas con la tecnología naval y de navegación. Raleigh mismo escribió textos sobre construcción naval y realizó experimentos para obtener agua potable a partir de agua de mar y en busca de una cura para el escorbuto, al tiempo que financió las investigaciones de Humphrey Cole, un afamado constructor de instrumentos navales. Había un marcado interés empírico y práctico en las discusiones científicas de estos hombres, y lo mismo puede postularse respecto de sus discusiones políticas. Del mismo modo, Gilbert y Raleigh proyectaron fundar en Londres una academia de enseñanza e investigación de temas modernos y prácticos (matemática, cosmografía, navegación, construcción naval, ingeniería, medicina, cartografía e historia). Las lecciones serían gratuitas y se dictarían en inglés, puesto que el objetivo de Raleigh y Gilbert era que pudieran asistir a ellas los artesanos, comerciantes y marineros londinenses. La idea fracasó, ya que Isabel se mostró poco inclinada a financiarla, pero Bacon saludó la iniciativa y le pidió a Raleigh que la financiara él mismo. El proyecto es semejante al de Thomas Gresham, el comerciante famoso por idear una academia de este tipo y

³⁰⁷ Para Lord Henry Howard, en carta a Jacobo en 1603, Raleigh, Cobham y Northumberland eran “una tríada diabólica que niega la trinidad”. Citado en S. Coote, *A Play of Passion, the Life of Sir Walter Raleigh*, Londres, Macmillan, 1993, 295.

³⁰⁸ G.R. Batho, “T. Harriot and the Northumberland household”, en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000, 28.

³⁰⁹ Los resultados de las exploraciones de Gilbert fueron publicados por primera vez en 1576. La obra era en realidad una carta de H. Gilbert a G. Gascoigne, un viejo conocido de Raleigh, sobre un nuevo paso hacia Catai, publicada sin consentimiento de su autor, con título *A Discourse of a Discoverie for a New Passage To Cataia*. El editor de Hakluyt, John Wolfe, afirmaba haberla publicado porque “trabaja a favor de la nación inglesa y su nombre”. Es, además, un ejemplo de la intrincada situación del patronazgo inglés de la época: dedicada a Sidney en 1582, cuando murió fue nuevamente dedicada a F. Walsingham en 1589, y a la muerte de éste, a Raleigh, Cecil y Northumberland.

³¹⁰ T. Harriot, una figura que se analizará en detalle más adelante, era aún contador de Raleigh y preparó instrucciones para los marineros que participaron de este viaje.

ponerla en práctica unos años antes: el *Gresham College* se convertiría en la década de 1660 en la *Royal Society of London*.³¹¹

Tanto en el grupo de Sidney como en el de Raleigh el conocimiento empírico era preferido a las especulaciones metafísicas. De hecho, años después, John Milton citaba a Sidney cuando afirmaba que “el cicerionismo no es más que charlatanería que no se basa en la experiencia”³¹², en una clara defensa del saber de los modernos frente al de los antiguos. Tal vez por estos motivos el círculo de Sidney, con la presencia de Raleigh, recibió a Giordano Bruno cuando, en su visita a Inglaterra y cansado de la sofocante atmósfera intelectual de Oxford, partió hacia Londres en busca de discusiones más estimulantes. Es conveniente introducir aquí una digresión para ilustrar este punto mediante una figura relevante del círculo de Raleigh, que además lo vincula, como se verá, con otro nodo de discusiones íntimamente ligado a éste, el del conde de Northumberland. Se trata de Thomas Harriot (1560-1621)³¹³, uno de los más importantes astrónomos y matemáticos ingleses de su tiempo, que fue además tutor del hermano menor de Sidney, Robert, de Raleigh y, posteriormente, del hijo de éste. Estas actividades no lo distanciaron de la investigación científica y, según Richard Hakluyt (1552-1616), el gran geógrafo y cartógrafo del grupo y el principal promotor del Imperio Británico de ultramar, “siempre vinculó teoría y práctica con resultados increíbles”.³¹⁴ Harriot creía, por cierto, en la existencia del Paso del Noroeste y escribió un texto al respecto en colaboración con Henry Briggs (1561-1631), el primer profesor de geometría de la academia de Gresham.³¹⁵ Harriot enseñaba los principios de navegación en la casa de Raleigh en Durham, Strand, y en 1584 participó del viaje de reconocimiento de Raleigh al norte de Florida.³¹⁶ Sir Walter solía convertir a cada una de las expediciones de conquista y exploración ultramarina en un viaje de investigación científica y, en 1585, envió a Harriot a bordo de la travesía encabezada por R. Grenville, T. Cavendish, J. Arundell y J. Clarke, todos

³¹¹ Gresham es justificadamente más famoso por haber pergeñado la ley económica que lleva su nombre, que precisa que, dada la existencia de dos monedas, se preferirá utilizar la “mala” para las operaciones de compraventa y la “buena” como reserva de valor.

³¹² C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 159.

³¹³ Harriot obtuvo su BA en Oxford en 1580; la historiografía reciente coincide en que probablemente su muerte se haya debido a un cáncer causado por el hábito de fumar tabaco en pipa, que adquirió en sus viajes al Nuevo Mundo.

³¹⁴ Es posible que haya sido el propio Hakluyt quien presentó a Harriot y Raleigh, y es seguro que había conocido a ambos en Oxford. En la dedicatoria de su traducción de *De Orbe Novo*, de P. Martir (1587), Hakluyt elogiaba a Raleigh: “Al ver claramente que el arte de la navegación, la mayor gloria de una nación insular, obtendría esplendor mediante el apoyo de la ciencia matemática; has entrenado y mantenido con liberalidad a Harriot, un joven bien versado en estos estudios, para adquirir por su instrucción el saber de esta noble ciencia, de modo que tus capitanes pueden unir con provecho teoría y práctica”.

³¹⁵ Briggs mantenía una fluida relación con William Gilbert, un antiguo protegido de Leicester que escribió el “primer tratado de física basado por completo en el experimento”. C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 54. De hecho, Briggs y William Gilbert constituían el centro de otro círculo intelectual íntimamente vinculado con lo que luego sería la *Royal Society*.

³¹⁶ Con el auspicio de Raleigh y Drake, Hakluyt también estaba a cargo de algunas lecciones, que incluían el uso de instrumentos y tablas astronómicas que, se suponía, permitían medir la latitud mediante el sol y la estrella polar.

instruidos por Harriot, que terminó por fundar la colonia norteamericana de Virginia.³¹⁷ Harriot dedicó el viaje a la recopilación de datos sobre el lugar; produjo mapas completos de la colonia y sus alrededores, registró las costumbres e idiomas de los nativos, realizó observaciones científicas de cultivos indígenas y escribió a su regreso *A briefe and True Report of the New Found Land of Virginia, directed to the investors, farmers and wellwishers of the project of colonizing and planting there*,³¹⁸ un estudio integral de la región que incluye análisis económicos y estadísticos sobre las potencialidades del lugar y los productos comercializables de la zona, pero también un análisis casi antropológico de las costumbres de los nativos.³¹⁹ El escrito fue publicado rápidamente, en 1588, con el escudo de armas de Raleigh a modo de portada.³²⁰ Dos años después, la obra fue reeditada en Frankfurt por el holandés Theodore De Bry, aunque en este caso incluía una portada alegórica y grabados inspirados en las acuarelas que John White, uno de los marineros de la expedición, había producido durante el viaje.³²¹ Estas imágenes estaban rodeadas de comentarios

³¹⁷ El trasfondo de la expedición es interesante. Hasta entonces, el continente sólo era utilizado por pescadores (Newfoundland) y sólo con *Theatrum Orbis Terrarum*, de Ortelius (1570), se lo comenzó a concebir como una gran masa de tierra. Los primeros intentos no fueron de exploración continental o asentamiento, sino de circunnavegación: era un obstáculo en la ruta hacia el Pacífico. John Dee fue el primero en pensar el Paso del Noroeste y en inscribirlo en un mapa, pero las expediciones de 1576, 1577 y 1578 fracasaron en encontrarlo. Por entonces, Raleigh y su medio hermano H. Gilbert comenzaron a planear colonizar el continente, aunque sus intentos anteriores a 1580 ni siquiera llegaron a destino: en una de ellos Raleigh terminó por error en Cabo Verde. Entre 1579 y 1581 estuvieron en Irlanda, lejos de este proyecto. D.B. Quinn, "T. Harriot and the Problem of America", en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000. Para 1585, Raleigh era ya el favorito de la reina Isabel, quien permitió que se realizara la expedición colonizadora.

³¹⁸ *Breve y verdadera relación de la recientemente descubierta tierra de Virginia, dirigida a los inversores, granjeros e impulsores del proyecto de colonización en aquel lugar.*

³¹⁹ Muchos de los materiales reunidos por Harriot se perdieron en el viaje de regreso, tras el abandono de la colonia en 1586. Por ello, el trabajo enciclopédico que había planeado jamás se escribió. Harriot redactó, además una historia de la colonia, también perdida. *A Briefe...* es un tratado propagandístico para incentivar un nuevo intento de establecimiento inglés en la zona. Describía las costumbres de los nativos, sus cultivos, su religión, su política, las mercancías que podían obtenerse (piel de venado, madera de cedro, tabaco, maíz, hierbas medicinales) e incluso un glosario inglés-americano. Harriot sostenía haber efectuado prédicas religiosas y, aunque no creía haber logrado conversos, registró que los nativos veían su parafernalia de instrumentos como artefactos divinos. "Comparados con nosotros, son pobres y tienen poco juicio y habilidad en el uso de nuestras cosas, pero a su modo parecen bastante ingeniosos. Pueden alcanzar la civilidad y abrazar la verdadera religión con la enseñanza adecuada". T. Harriot, *A Briefe...*, 1588, E4. En cuanto al impacto de la cultura europea en los indios, afirmaba que los aparejos, los libros y las matemáticas les eran incomprensibles y que por ello los creían obra de dioses. Por la superioridad tecnológica dudaron de sus verdades religiosas y supusieron que eran los europeos los que las poseían y no ellos. Harriot describe un acontecimiento curioso, en el que un misionero habla de la Escritura, los nativos piensan que lo sagrado es el libro y se lo frotan por el cuerpo. La confusión de los herejes entre el objeto material y la doctrina religiosa no lleva al inglés a dudar del texto sagrado, sino a señalar el literalismo ingenuo de los nativos y a preocuparse por su susceptibilidad a la idolatría. Sin embargo, Harriot intenta atemperar la visión de los salvajes como idólatras leyendo su fetichismo por el Libro como un signo prometedor que sustenta la idea de la facilidad para dominarlos y civilizarlos.

³²⁰ El escudo de Raleigh contiene la típica combinación de texto e ilustración de este tipo de emblemas nobiliarios. En este caso, el lema es "Amor y virtud", una doble referencia que ligaba a sir Walter tanto con Inglaterra como con su protectora, la reina Isabel.

³²¹ En 1590, además, De Bry inició la publicación de *America*, una historia del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo que continuó su familia tras su muerte y que en 1634 contaba con trece volúmenes. T. Cummins ha analizado magistralmente la obra y sus grabados, y ha descrito en su estudio las conflictivas relaciones de la obra de De Bry con la historia de la conquista escrita por el historiador oficial de la corte española, Antonio de Herrera, a partir de 1601. Las diferencias entre la

explicativos de las costumbres indígenas redactados por Hakluyt. Las reflexiones de Harriot respecto de la colonización británica en América del Norte y de las sociedades indígenas del lugar actualizaban algunas hipótesis claramente subversivas para la época, fundamentalmente en lo referido a la religión como impostura de los príncipes o como *instrumentum regni*, algo que sería de una importancia clave en los sucesos revolucionarios en Inglaterra sólo un par de décadas más tarde.³²²

Harriot tenía un estrecho contacto con Dee, Hakluyt y Gilbert y experimentaba con el telescopio en el mismo momento que Galileo. Con sólo unos meses de diferencia, e independientemente, ambos observaron la superficie de la luna y dejaron constancia gráfica de sus indagaciones: Harriot describió y dibujó la geografía lunar como poblada por valles y montañas al igual que Galileo, aunque con menor detalle, sólo que el italiano causó un enorme revuelo cuando publicó esas indagaciones con grabados de los accidentes geográficos de la luna en su *Sidereus Nuncius* de 1610.³²³

historia católica y españolizante de Herrera y la crítica protestante y procapitalista de De Bry se hacen evidentes tanto en el contenido como en ciertas cuestiones formales de textos e imágenes: en general, el autor de *America* buscaba indicar una serie causal de sucesos que sustentaba la narrativa de un modo diferente a la glorificación del emprendimiento español de Herrera, reuniendo al ascetismo protestante y el éxito de la empresa capitalista en el relato. T.B.F. Cummins, "De Bry and Herrera: 'Aguas Negras' or the Hundred Years War over an Image of America", XVII International Colloquium "Art, History, and Identity in the Americas: Comparative Visions", Zacatecas, Mexico, 22-27 de septiembre de 1993, 25. Estas cuestiones nos interesan aquí porque la actividad de sir Walter Raleigh fue crucial para la publicación de *America*. En primer lugar, Raleigh participó económicamente del proyecto de De Bry, quizás atraído por la posibilidad de desprestigiar al Imperio Español a partir del escrito, quizá por la posibilidad de que le devengara en el futuro ingresos económicos. Además, el interés de Raleigh fue clave para que De Bry se hiciera con dos fuentes importantísimas para el primer tomo de su obra, el relato de Harriot sobre la experiencia colonizadora en esa región y la serie de acuarelas de White, sobre la que se basaron algunos de los grabados de ese primer tomo. La *History of the World* de Raleigh no sólo comparte con la de De Bry una similar concepción de la historia que las diferencia de los escritos de Herrera, sino que también tienen en común un proyecto político y económico opuesto al que se desprende de la obra de Herrera (que en el caso de la *History...* sólo se hace evidente marginalmente en algunos pasajes de un escrito dedicado en lo fundamental a la historia de la Antigüedad). Además, tanto la *History...* como *America* eran emprendimientos editoriales privados, orientados tanto a objetivos políticos como a la ganancia, y por ello diferentes de la obra de Herrera, financiada por la corona y publicada por el impresor real.

³²² Para Harriot, en una afirmación casi maquiavélica, el origen de la religión reside en la imposición de doctrinas socialmente coercitivas por los letrados sobre la gente sencilla, de modo que el encuentro con los indígenas motiva en Harriot una reflexión sobre su propia cultura en el presente y el pasado. Para Greenblatt, hay aquí una paradoja: "Harriot comprueba la hipótesis más radicalmente subversiva de su cultura sobre el origen y la función de la religión imponiendo ésta en otros. El objetivo y la supervivencia de la colonia depende de ello. Así, la subversión radical y genuina (en Inglaterra lo llevaría a la cárcel y la tortura) es al mismo tiempo contenida por el poder que parece amenazar. De hecho, la subversión es el producto de ese poder y extiende sus fines. El poder encarnado en Harriot produce su propia subversión y está construido sobre ella: el proyecto de colonización evangelizante no se yergue contra la crítica escéptica, se basa en ella. La crítica radical del orden cristiano en Virginia no es el límite, sino la condición de ese orden." S. Greenblatt, *Shakespearean Negotiations*, Los Angeles, University of California Press, 1988, 31. Nuevamente, pareciera que el neohistoricista más famoso sobreestima la capacidad del orden de perpetuar su poder incluso en sus elementos más radicalmente subversivos, lo que dificulta la explicación del cambio. Greenblatt, Stephen, *Shakespearean*, Los Angeles, University of California Press, 1988, 32. También es probable que el planteo de Harriot en este punto estuviera en consonancia con las ideas de Hooker, quien reconocía que la religión es útil políticamente, como sostenía Maquiavelo, pero no cualquier religión, sino sólo aquella verdadera. R. Hooker, *Of the Laws of Ecclesiastical Policy*, V, I, 2, en *Works*, Oxford, 1888, II, 13.

³²³ Sobre las relaciones entre investigación e imagen en Galileo, pueden consultarse J.E. Burucúa, *El libro de la naturaleza. Estudio acerca de las ideas de Galileo Galilei sobre las artes figurativas*, Buenos Aires, 1984; G. Nonnoi, *Saggi Galileiani: Atomi, immagini, e ideologia*, Cagliari, AM&D,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dirección de Bibliotecas

Del mismo modo, Harriot estudió las fases de Venus, los satélites de Júpiter y las manchas solares al mismo tiempo e independientemente que su colega italiano, pero sin derivar de ello especulaciones cosmológicas. Simplemente su prioridad era la matemática práctica, no la cosmología, y es bajo esta luz que debe comprenderse su interés por la astronomía, la navegación y la exploración ultramarina. Sin embargo, Harriot fue el primero en observar el que luego sería conocido como cometa Halley, y mantenía contactos epistolares con Kepler, con quien discutió cuestiones vinculadas con la óptica y el atomismo.³²⁴ Thomas, considerado por algunos historiadores de la ciencia el inventor de la notación algebraica moderna (fue él quien decidió que los signos $<$ y $>$ significaran menor y mayor), también se carteaba con Napier, el inventor de los logaritmos, con quien analizaba problemas algebraicos y matemáticos. Probablemente fueran estos los motivos por los que los fundadores de la Royal Society lo admiraban sinceramente.³²⁵

En 1597 Raleigh escribió un testamento y legó a Harriot 200 libras, una pensión anual de otras 100, todos sus libros, los muebles de su habitación y los instrumentos que había construido.³²⁶ Durante el resto de la vida de Raleigh fue su

2000, y N. Kwiatkowski, "Notas sobre la ciencia y el arte en los descubrimientos astronómicos de Galileo Galilei.", Actas de las Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, septiembre de 2003.

³²⁴ J. Kepler, *Worke*, Munich: CH Beck, 1937, XV, 368. Para Harriot el universo está compuesto de átomos y espacio vacío intermedio. Las cualidades físicas de los cuerpos son consecuencia de la magnitud, forma y movimiento de los átomos que los componen ("Nada se hace sin movimiento", Mss. 6788, 493); la densidad y el peso dependen de la forma de los átomos y la cantidad de espacio entre ellos. El inglés aplicaba estas nociones a la óptica: la reflexión y refracción de la luz por un cuerpo depende de los átomos y espacios vacíos respectivamente (J. Kepler, *Worke*, Munich: CH Beck, 1937, XV, 365, carta del 2-12-1606). Según R. Kargon, "T. Harriot, the Northumberland Circle and Early Atomism in England", *Journal of History of Ideas*, 27, 1, 1966, 128-136, Harriot usó la ley de la refracción de Willebrood Snell 20 años antes que él. Kepler le respondía el 2-8-1607 que la reflexión-refracción depende de cualidades de los cuerpos (J. Kepler, *Worke*, Munich: CH Beck, 1937, XVI, 32), a lo que Harriot, a su turno, contestaba con una crítica al supuesto aristotelismo de Kepler (J. Kepler, *Worke*, Munich: CH Beck, 1937, 172), pero se negaba a filosofar sobre ello libremente porque temía que esto lo comprometiera nuevamente en una investigación por ateísmo, tras la experiencia ya referida por la denuncia que el jesuita R. Parsons había lanzado contra él y Raleigh en 1591. H. Gatti, "The Natural Philosophy of Thomas Harriot", en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000, ha fundamentado la influencia de Giordano Bruno en el atomismo de Harriot. Entre otras evidencias, el inglés tradujo parte de un ejemplar de *De Triplici Minimo* de la biblioteca de Northumberland y existe una fuerte similitud entre este texto del nolano y *De infinitis* de Harriot.

³²⁵ S. Cuclas advierte sobre la necesidad de precaución frente a la tentación *whiggish* de considerar a Harriot un científico moderno completo, pues sus intereses diversos incluían también la teología, la magia y la cronología bíblica. S. Cuclas, "T. Harriot and the Field of Knowledge in the English Renaissance", en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000. No es ocioso recordar, sin embargo, que algunas de estas preocupaciones estaban aún presentes en científicos de la talla de Newton medio siglo más tarde. Es indudable, además, que Harriot se ocupó sobre todo de aplicar principios matemáticos a cuestiones prácticas. Así, estudió por ejemplo hidrostática para diseñar un sistema de cañerías para la casa de Northumberland (inclinación, costos, sifones). En ese sentido, Cuclas ha afirmado con humor que el patronazgo del matemático por parte de Northumberland era tanto en cuanto *emendator cloacae* como en cuanto promotor de Arquímedes. Estudió pesos específicos metódica y experimentalmente: pesaba el objeto en aire y en agua, intentaba cancelar la desviación por absorción pesando seco y mojado. También experimentó sobre balística (trayectoria, aceleración, parábola, distancia) e intentaba constantemente matematizar el mundo social y físico (cálculo de la población del mundo, de la cantidad de agua caída con la lluvia o de fenómenos cosmológicos).

³²⁶ A.M.C Latham, "Sir Walter Raleigh's Will", *Review of English Studies*, 22, 1971, 129-136.

asistente y estudió construcción naval para él, pero progresivamente comenzó a orbitar más en torno a Northumberland. Para 1598 se había mudado a la casa de Percy en Londres³²⁷ y recibía de él una pensión de 80 libras anuales que le permitió dejar de enseñar y dedicarse a investigar. La cercanía del vínculo entre Harriot y Northumberland, que se remonta a 1590, encuentra expresión en el sentido epitafio que el conde escribió para su protegido: "*Stay, traveller, lightly tread, near this spot lies all that was mortal of that most celebrated man, Thomas Harriot. He was that most learned Harriot of Syon on the River Thames, by birth and education an oxonian, and excelles in all –in mathematics, natural pilosophy, theology. A most studious searcher after truth, a most devout worshipper of the Triune God, at the age of 60 he bade farewell to mortality, not to life, the year of our lord, 1621, july 2*".³²⁸ Northumberland no exageraba al afirmar que brilló en matemática, filosofía natural y teología, y es probable que la tensión resultante entre piedad y heterodoxia, tanto como sus problemáticas amistades, haya llevado a que se sospechara equivocadamente su ateísmo.

Con la muerte de la reina Isabel y el arribo al trono de Jacobo I, Raleigh perdió definitivamente su ya disminuida capacidad de influencia en la Corte, y con ella la posibilidad de continuar con su política de patronazgo e investigación. Caído en desgracia Raleigh, muchos de sus protegidos, incluso algunos que habían gozado del patronazgo de Sidney y Leicester, siguieron el camino de Harriot y fueron recibidos por el conde de Northumberland. Harriot fue un eslabón esencial entre ambos grupos. No sólo fue uno de los primeros personajes en pasar a su protección, sino que además el conde demandaba constantemente su compañía y la de H. Hues (quien había sido preceptor del hijo de Raleigh y lo sería del de Northumberland) y Walter Warner (quien luego sería maestro de Hobbes y de William Harvey, el descubridor del mecanismo de la circulación sanguínea). Este pequeño grupo era conocido como el de "los tres matemáticos magos", y a él se fueron uniendo algunos miembros del círculo de Raleigh como M. Roydon (amigo de Sidney) y el gran poeta G. Chapman.

Northumberland, sin embargo, no era sólo un conde mago.³²⁹ Asiduo lector de Guicciardini, era además un gran coleccionista de arte y un eximio estratega militar (de hecho, sirvió bajo las órdenes de Leicester en los conflictos bélicos de los Países Bajos). Si bien sus relaciones con Jacobo I fueron fluidas al comienzo, pronto cayó en desgracia por su defensa de Raleigh (quien, como se recordará, había sido encarcelado

³²⁷ Syon House, a 8 millas de Charing Cross.

³²⁸ G.R. Batho, "T. Harriot and the Northumberland household", en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000, 46. Batho observa erróneamente que el epitafio, efectivamente destruido en el Gran Incendio de Londres, fue registrado por John Stow, lo que es imposible, pues Stow falleció 16 años antes que Harriot.

³²⁹ Northumberland tenía la fama de haber superado a Dee en cuanto poseedor de "la biblioteca más grande de su tiempo", que incluía, entre muchos otros, textos de Bruno, Gilbert, Napier, Kepler, Tycho, Paracelso, Della Porta, Maquiavelo, Guicciardini, Bodin, M.A. de Dominis; P.F. Queiras; R. Hooker; W. Martyn; L. Andrewes; W. Snell; H. Neuhusius. Harriot recomendaba libros a Northumberland y Raleigh. La biblioteca de sir Walter se concentraba en historia y geografía, la de Percy en matemática, química, brujería, óptica, astronomía y arquitectura militar; pero eran frecuentes los préstamos de libros entre ambos. W.F. Oakeshott, "Sir Walter Raleigh's Library", *The Libráry*, V, 23, 1968, 286.

meses antes acusado de conspirar con España) y porque se lo creyó relacionado con el motín de la pólvora, un complot que planeaba asesinar al rey y en el que efectivamente participó su primo, Thomas Percy.³³⁰ Northumberland siguió entonces un derrotero semejante al de Raleigh, a quien había conocido en los Países Bajos y con quien mantuvo una relación de amistad y de afinidad política que duró años (además, ambos se encontraban en la residencia de Sidney durante la visita de Giordano Bruno). Preso en la Torre a unos pocos metros de Raleigh, instaló un laboratorio y consiguió rearmar allí parte de su biblioteca para continuar con sus investigaciones. Fue liberado cinco años antes de su muerte y se retiró por completo de la vida pública, probablemente por temor a ser encarcelado nuevamente, pero quizá también para consagrar su existencia a las indagaciones científicas y literarias a las que se había dedicado en la Torre. Su hija se casó por entonces con Robert Sidney, el hermano menor de sir Philip.

Giuseppe Castelvetro es un personaje intrigante que constituye otro vínculo entre Sidney, Raleigh y Northumberland. Se trataba de un protestante italiano que se había dedicado a la edición y el comercio de libros y había estudiado alemán y filología latina con Basilio Amerbach.³³¹ Castelvetro llegó a Inglaterra en 1574 escapando a la dureza de la Contrarreforma. En Londres, fue maestro de italiano de Sidney y Waslingham, pero además se dedicó a la alquimia y fue confidente de Robert Cecil. Como otros personajes ya analizados, tras la muerte de Sidney, estuvo durante años al servicio de Raleigh, pero cuando éste cayó en desgracia se convirtió en protegido de Northumberland. El interés de ambos en Castelvetro se relacionaba en primer término con sus investigaciones científicas, que llegaron a ser publicadas y que Raleigh utilizó para instruir a los navegantes de sus expediciones sobre cuestiones relacionadas con la higiene en alta mar. Como se recordará, Raleigh mismo fue un pionero de la dietética, la medicina y la higiene navales. Tal vez por ello dos famosos médicos y boticarios de la época, John Gerrarde y John Hester (que contribuyó a la consolidación del paracelsismo y abogaba en sus obras —que incluían la descripción de experimentos— por la libertad de investigación) dedicaron sus escritos científicos a Raleigh. Asimismo, Castelvetro desarrolló un sistema criptográfico complejo que, según parece, fue uno de los primeros de Europa y que tanto Raleigh como Northumberland usaron asiduamente en su correspondencia confidencial. Castelvetro no abandonó nunca su actividad editorial y, de hecho, dedicó a Northumberland su edición de *De furtivus literarum* de Della Porta. En 1610 Castelvetro retornó brevemente a Italia y visitó Venecia, donde se vinculó con el embajador inglés,

³³⁰ En 1605, tras el motín de la pólvora, la Star Chamber encarceló a Northumberland, investigó a Harriot y registró su casa en busca de evidencias de "conspiración y necromancia". Como en 1594, la pesquisa no tuvo éxito (Salisbury, Mss., XVIII, 507). A pesar de ello Harriot fue encarcelado y al año pidió su libertad, que le fue concedida, porque no le interesaban los asuntos de Estado, sino sus "estudios y amor al saber" (idem, XVII, 554). Northumberland permaneció en prisión hasta 1621 y recibió una multa de 30 mil libras; sólo recuperó la libertad 11 días después de la muerte de su protegido.

³³¹ *Dizionario biografico degli italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1979.

Dudley Carleton, y por su intermedio con el por entonces famoso Paolo Sarpi.³³² Perseguido por la Inquisición, retornó a Inglaterra en 1614 y gracias a las nuevas amistades que había cultivado en Venecia, residió en la casa de uno de los traductores de Sarpi, Adam Newton. Castelvetro había ingresado de ese modo en la órbita de otro círculo, el del arzobispo Abbot, que estaba por entonces en una situación mucho menos comprometida que la de los de Raleigh y Northumberland.

Nicholas Hill fue uno de los primeros modernos que defendió las teorías atomistas de Demócrito y se adelantó en muchas de sus opiniones a la inexpugnable defensa de los modernos contra los antiguos que, años después, emprendió George Hakewill en polémica con las opiniones del obispo Goodman. Conoció a Raleigh en el círculo de Sidney y entabló una amistad con él que mantuvieron por años. Hill se dedicaba además a la alquimia y la astrología y aceptaba la idea de un universo heliocéntrico e infinito, al tiempo que sugería que había en él otros mundos habitados a los que el hombre se acercaría en algún momento, tal como lo habían hecho los europeos con el Nuevo Mundo. Cuando Raleigh cayó en desgracia, Northumberland también protegió a Hill, quien estuvo a su servicio y colaboró en sus experimentos incluso mientras su patrón estuvo preso en la Torre. Lo mismo ocurrió con Richard Lillburne, el padre del futuro líder de los niveladores. Es probable que el joven John Lillburne haya conocido entonces a Raleigh y a Northumberland y es seguro que durante la década revolucionaria Lillburne citaba asiduamente la *History...* de Raleigh, cuando en general sus lecturas se limitaban a textos legales.

El bajo grado de institucionalización del grupo que reunía a Raleigh y otros hombres de su tiempo y el particular uso que ellos hacían del mismo los diferenciaba claramente tanto de la dinámica universitaria moderna como de la de las conservadoras universidades de aquel tiempo, identificadas por sus críticos con el escolasticismo. En este sentido, es necesario descartar explícitamente la idea de que quienes se reunían en los círculos mencionados en este apartado lo hacían esencialmente con el objetivo de fundar la ciencia, la historiografía o la política modernas. Como se ha visto, estos hombres se encontraban en parte vinculados por lo que hoy llamaríamos su modernidad, un término quizá demasiado laxo que refiere tanto a sus intereses comerciales y políticos como a aquellos relacionados con una concepción relativamente novedosa del conocimiento de la naturaleza y de la sociedad. Pero también se cuenta con indicios, ya expuestos, de que sus reuniones se asociaban con intereses algo más prosaicos, entre ellos los grandes banquetes y juegos que las acompañaban o los lazos personales y familiares que unían a muchos de ellos. A pesar de esto, muchas de las prácticas, dispositivos y actitudes que estos grupos desarrollaron desempeñaron un papel de importancia en el desarrollo de la ciencia y la

³³² S. Mandelbrote, "The Religion of T. Harriot", en R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000, 256, provee un dato clave para comprender este vínculo: Carleton había sido cliente de Northumberland. Sobre las relaciones y amistades inglesas de Sarpi y otros venecianos, puede consultarse P. Sarpi, *Tratado de las Materias Beneficiales*, Buenos Aires, Biblos, 2004, con estudio introductorio a cargo de J.E. Burucúa, N. Kwiatkowski y J. Verárdi.

historiografía modernas. Al mismo tiempo, su relación con la política y con la economía de su tiempo no surgía de su saber, sino que más bien preferían poner en práctica habilidades y metodologías —que, en cierta medida, pueden calificarse como científicas— para lidiar con los desafíos implicados por su condición de influyentes parlamentarios y aventureros colonizadores. Son estas nuevas actitudes hacia el mundo las que tendrían un papel que representar en la historia de los años siguientes en Inglaterra.

III

El apartado anterior ha permitido una aproximación al universo de relaciones y emprendimientos de Raleigh y hace posible contextualizar su producción historiográfica. La relevancia del análisis de su círculo de amistades aumenta, además, porque algunos de estos personajes colaboraron en la preparación de *The History of the World*. Así, por ejemplo, el propio Harriot colaboró en la realización de los mapas del mundo antiguo incluidos en la primera edición, al tiempo que Ben Jonson y Robert Burhill³³³ ayudaron en la investigación y tal vez en la redacción de algunos pasajes. Es un hecho también que Raleigh escribió a sir Robert Cotton, dueño de una de las bibliotecas más impresionantes del reino, en busca de manuscritos y documentos y es probable que los consiguiera.³³⁴ Sin embargo, es necesario enfatizar que la obra se debe casi íntegramente a la mente y a la pluma de Raleigh, de modo que es prudente calificar como exagerada la frase de Jonson según la cual “las mejores mentes de Inglaterra se emplearon en la realización de esta historia”.³³⁵ Puede suponerse legítimamente entonces que, a grandes rasgos, el estilo, la metodología y la concepción de la historia de la obra reflejan las convicciones de Raleigh respecto de cada uno de estos particulares. Aunque algunas de las ideas que Raleigh vertió en su *History...* eran prestadas, al igual que muchas de las imágenes, cartografías, libros, fuentes y manuscritos que utilizó para escribirla, la obra no deja de ser por ello una realización original.

A pesar de cierta inspiración clásica, Raleigh no dudaba en introducir innovaciones, tal como se verá en algunas adaptaciones de la portada y se hace evidente en su gusto por las digresiones en el texto. En el plan de Raleigh, la *History...* que se publicó en 1614 era el primero de tres volúmenes, que pretendían cubrir la evolución de la historia universal hasta el presente e ir centrando el foco en Gran Bretaña, tal como era tradicional desde el afamado *Polychronicon* medieval. Sin embargo, son varios los puntos de novedad, entre ellos el abandono de la estructura

³³³ Burhill era un verdadero experto en lenguas antiguas y es un hecho que colaboró con Raleigh traduciendo textos del hebreo y resolviendo algunas cuestiones de cronología y geografía bíblicas para el escrito.

³³⁴ E. Edwards, *The life of Sir Walter Raleigh*, Londres, 1868, II, 321-2.

³³⁵ Citado en F. Fussner, *The Historical Revolution, 1580-1640*, Nueva York y Londres, Basic Books, 1967, 192.

analística y la inclusión de digresiones para discutir problemas y describir la relación de lo que se relata con el presente. Por otra parte, Raleigh y quienes lo ayudaron en la investigación preliminar de la obra, se revelaron como sagaces críticos de fuentes, conscientes de la diferencia entre pasado y presente y hábiles para determinar la autenticidad de los documentos que utilizaban. Del mismo modo, Raleigh emprende por igual el análisis de las causas segundas y de la causa primera y se permite incluso aplicar la conjetura a la historia sagrada —estudia por ejemplo las tribulaciones de Josué para dominar Jerusalén comparándolas explícitamente con las dificultades de Carlos VIII para gobernar una Florencia reluciente, como las había analizado Guicciardini—.³³⁶ En el mismo sentido, en sus múltiples conjeturas y digresiones, utiliza su experiencia personal (naval, militar, cortesana, etc.), y no sólo la psicología, para intentar descifrar qué había ocurrido en el pasado. Tal vez sea éste uno de los fundamentos de la popularidad de la obra entre los puritanos que, como es sabido, tenían por costumbre combinar piedad y pragmatismo. Finalmente, la práctica historiográfica de Raleigh se asemeja a la de Maquiavelo en el sentido de una distinción clara entre el ejemplo moral ciceroniano y la historia como base para la política. Este párrafo intentará abordar la noción de historia que se trasluce en el texto de la *History...* y buscará demostrar que, a pesar de tratarse de un texto transido por múltiples contradicciones y marcado por una fuerte influencia clásica, presenta algunas innovaciones de importancia para la renovación historiográfica bajo análisis.

Es precisa cierta prevención respecto de la historiografía reciente sobre Raleigh. Es posible coincidir en este punto con A.R. Beer,³³⁷ quien ha afirmado que las referencias a la historiografía de Raleigh como sencillamente conservadora, tal la postura de D.R. Woolf,³³⁸ o como superada por la sensación de futilidad de la historia y la incomprendibilidad de la providencia, tienen dos raíces. La primera de ellas es la corriente revisionista que sostiene que en la Inglaterra prerrevolucionaria el control de la monarquía sobre sus súbditos era prácticamente total y, por ello, la censura era eficiente o innecesaria.³³⁹ La segunda es la influencia del enfoque psicologista en el neohistoricismo de S. Greenblatt, que ve a Raleigh como un actor sólo preocupado por su autoconstrucción, que sobrepone el peso de su autoimagen fantasiosa sobre su realidad personal, de modo que, puesto que Raleigh se interesaba fundamentalmente por sí mismo, no se preocupaba por la sedición.³⁴⁰ Sin embargo, como se verá en este apartado y en el siguiente, Beer está en lo cierto cuando enfatiza la politicidad de Raleigh y de sus textos aun después de su ejecución. Es correcto, por supuesto, que la *History...* fue un acto cortesano en la relación entre Raleigh y el príncipe Enrique, quien lo admiraba y buscaba su consejo, y que la temprana muerte de Enrique tuvo

³³⁶ *History...*, II, XXII, 9.

³³⁷ A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillan, 1997.

³³⁸ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990.

³³⁹ K. Sharpe, *The Personal Rule of Charles I*, New Haven, Yale University Press, 1992.

³⁴⁰ S. Greenblatt, *Sir Walter Raleigh*, New Haven, Yale, 1973.

graves consecuencias para Raleigh.³⁴¹ Sin embargo, parece exagerado afirmar que el fallecimiento del príncipe “convirtió a la obra en un fracaso sin significación, pues carecería de su más importante lector.”³⁴² Raleigh y muchos de su círculo buscaron y obtuvieron apoyo de Enrique, pero ésta era una estrategia entre muchas, que no siempre estaba coronada por el éxito. La popularidad posterior de los textos de Raleigh, como se verá luego, es un argumento contra la idea de que si esa estrategia fracasaba también lo hacían todas las demás.

Raleigh siempre defendió a los modernos frente a los antiguos pese a que por diversas circunstancias y motivos nunca estableció una comparación sistemática entre ambos que dejara mejor parados a aquéllos, como sí haría George Hakewill, ni una defensa francamente optimista de los segundos, al estilo de Francis Bacon. Sea por una intencionalidad explícita, por sus propias ambigüedades o por la evolución misma de su pensamiento, no es posible establecer una coherencia absoluta en este sentido en los escritos de Raleigh.³⁴³ Más allá de sus ambivalencias y de sus propias dudas al respecto, Raleigh sabía que la historia era un campo en donde resultaba arriesgado “seguir a la verdad demasiado cerca de sus talones”.³⁴⁴ En definitiva, sus ideas se desarrollan en un constante conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre lo antiguo y lo moderno y, como se verá en el último acápite de este capítulo, si algo tiene de producción la recepción de la obra de Raleigh en las décadas posteriores a su impresión es la atenuación de estas contradicciones y la apropiación del texto como un escrito más innovador de lo que era originalmente.

Hasta cierto punto, la obra de Raleigh es una rareza en la producción del período pues es la única obra de su alcance producida en la Inglaterra de la época. Además, incluye tanto eventos de la historia sagrada como de la profana, y Raleigh dedica una sección del libro III a la conexión (y específicamente al conflicto, por ejemplo en datar un evento) entre ambas.³⁴⁵ Para Raleigh, el Viejo Testamento era una fuente incuestionable, “todas las historias deben inclinarse ante Moisés”, de modo que sólo cuando se acaba la historia hebrea se hace necesario buscar otras fuentes: “si algún autor profano puede ser admitido allí, esto debe hacerse con cuidado, pues en general encuentran su comienzo donde la Escritura termina”.³⁴⁶ En la *History...*, a diferencia de otros grandes historiadores y pensadores de su tiempo, Raleigh nunca

³⁴¹ S. Greenblatt, *Sir Walter Raleigh*, New Haven, Yale, 1973, 152

³⁴² G.F. Lytle y S. Orgel (eds.), *Patronage in the Renaissance*, Princeton, Princeton University Press, 1981, 235.

³⁴³ Así como Raleigh se inclinaria por las causas segundas en sus explicaciones históricas sin desterrar por ello a la primera, “el movimiento hacia una doctrina acabada del progreso no fue rectilíneo, periódicamente retrocedía bajo la duda y el escepticismo aun de aquellos que a fin de cuentas, bajo la influencia del racionalismo lo promovieron”. E. Kahler, *¿Qué es la historia?*, México, FCE, 1966, 145. Después de todo el gran Francis Bacon se negaba a aceptar el sistema heliocéntrico.

³⁴⁴ Proemio de la *History of the World* publicado con un estudio introductorio a cargo de N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000, 77.

³⁴⁵ De hecho, Raleigh incluye una cronología, basada sobre todo en Scaliger, que permite vincular eventos históricos y bíblicos.

³⁴⁶ *History...*, I, VIII, 2.

desestimaría a Dios como causa primera a partir de la que debían explicarse con exclusividad todos los acontecimientos de la historia humana. Sin embargo, no concebía a la divinidad como un principio motor que determinara el accionar concreto y específico de los hombres, lo que constituye una innovación que lo acerca al pensamiento baconiano al respecto. Por el contrario, para Raleigh eran mecanismos humanos y no divinos los que daban cuenta del desarrollo histórico a través de relaciones de causa-efecto en las que Dios jugaba un papel secundario, pues lo que sucedía en un particular no se desprendía linealmente de su voluntad a ese respecto, aunque sí de manera inexorable. La repetición constante de la identificación de Dios con una voluntad a la que nada escapa no podía permitir desentrañar los carriles por los que cada suceso y cada acontecimiento habían encontrado su forma histórica. Todo está determinado por la causa primera, portadora de una verdad absoluta y global, pero en el marco de esa verdad totalizante son las causas segundas las que explican el acontecer de sus pormenores. De esta forma Raleigh logró secularizar la historia sin negar su carácter sagrado, divorciando, aun dentro de los parámetros del siglo XVI, lo secular de lo espiritual. Podría decirse incluso que, para Raleigh, los hombres hacen su propia historia, pero no eligen las circunstancias en las que la hacen.³⁴⁷ Es este uno de los sentidos que tiene la modificada representación de la Verdad en la portada de la *History...*, al tiempo que la contradictoria relación entre la intervención de la providencia en los eventos de este mundo y la determinación de estos sucesos por causas humanas encuentra también expresión en la relación que la representación de la Historia y la de la Providencia establecen con el mundo en el frontispicio.³⁴⁸

Para Raleigh hay dos aspectos en la escritura de la historia, la voluntad de Dios y el mecanismo de causas segundas que la vuelve efectiva. Esta tensión es tan fuerte como irresoluble y la *History...* es testimonio de ello, pues es constante el conflicto entre el enfoque teológico y el secular en lo referente a la política y la historia. Así, por ejemplo, Raleigh afirmaba:

“El Viejo Testamento está por encima de todo lo que haya sido escrito por autores humanos, porque deja sentadas expresamente las verdaderas causas primeras de todo lo ocurrido; sin embargo, es verdad que la concurrencia de las causas segundas, con sus efectos, es en esos libros un asunto poco tratado, tal como lo son con poca exactitud en las historias que son más copiosas al respecto. El trabajo del historiador consiste en buscar, en los humores particulares de los príncipes

³⁴⁷ “Dios dio al hombre a sí mismo, para que sea su propia guía, su propio trabajador y su propio pintor, de modo que puede darse forma o describirse del modo que le plazca, y tomar decisiones de la misma manera.” *History...*, I, II, 6.

³⁴⁸ Ambas cuestiones referentes a la página de título de la obra de Raleigh se tratarán en el quinto apartado de este capítulo.

y de aquellos que gobernaron sus afectos o en los instrumentos por los que reinaron, de dónde surgían sus motivos e impedimentos para cada asunto; y al imaginar tan cerca de la vida como puedan el asunto que tratan, con buen juicio han de considerar los defectos en los consejos o los procederdes desviados. Aun así, todo esto, por la mayor parte, no es suficiente para asegurar nada, aunque puede proveer cierta satisfacción”.³⁴⁹

Raleigh, por otra parte, pensaba que “afirmar que a Dios placía hacerlo de ese modo es verdad, pero es una respuesta ineficaz, pues su voluntad secreta es la causa de todas las cosas, por lo que podemos con atrevimiento buscar las causas segundas”. Puesto que es imposible para el hombre conocer los objetivos de Dios, debe aprenderse a buscar la verdad en el rango de la propia experiencia humana como surge de la historia y de la observación de la naturaleza.³⁵⁰ De ese modo, en las causas segundas el historiador puede descubrir las lecciones más inmediatamente aplicables al mundo real, aunque “si la estúpida y pecaminosa humanidad puede aprovecharse de ello, es otro asunto”.³⁵¹ Como será evidente más adelante, la peculiar combinación entre providencialismo y causas segundas de la *History...* fue fundamental para su gran aceptación en las décadas siguientes a la muerte de Raleigh.

La *History...*, además, forma parte de una evolución fundamental en el desarrollo del pensamiento histórico moderno, esto es, la separación de historia y ficción. La importancia de la distinción entre conocer e inventar el pasado, entre descripción objetiva y subjetiva, hecho y valor, historia y poesía, no ha disminuido a pesar de la aparición en los últimos años de corrientes de pensamiento que virtualmente niegan su existencia, lo que, por otra parte, de volverse dominante, constituiría un retorno de la historiografía al período anterior a aquel en que vivió Raleigh.³⁵² De hecho, en el medioevo prácticamente nadie se preocupaba por el problema, que surgió en el Renacimiento, y el humanismo tuvo un papel importante en la generación de las concepciones modernas de la historia y la ficción.³⁵³ Así, se hizo frecuente en Inglaterra que los historiadores defendieran su práctica como

³⁴⁹ *History...*, II, XXI, 6.

³⁵⁰ *History...*, II, II y VIII; II, XX, 5.

³⁵¹ *History...*, XIX, 6; citado en A.B. Ferguson, *Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke University Press, 1979, 68.

³⁵² Véase por ejemplo H. White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

³⁵³ Un ejemplo inglés evidente es el de Tomás Moro. Además de otros temas, una preocupación de Moro en *Utopia* era la relación entre lo real y lo ideal en la vida humana, entre historia y ficción. Al respecto, J.M. Levine “Thomas More and the English Renaissance: History... and Fiction in Utopia”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks (eds.), *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997. W. Camden, en su *The History of the Most Renowned and Victorious Princess Elizabeth*, ed. Wallace T. Mac Caffrey, Chicago, Cambridge University Press, 1970, 4, escribió: “Quitarle la verdad a la historia es ni más ni menos que arrancarle los ojos a la más bella criatura en el mundo”.

verdadera y los poetas proclamaran su ventaja gracias a que su práctica les permitía mantenerse independiente de los hechos. Hasta cierto punto, la distinción moderna entre historia y ficción surge de la conciencia de la tensión entre la vida pública real y las versiones idealizadas de la ficción medieval. Si la caballería constituía un conjunto de ideales ficcionales adecuado a las necesidades feudales, la Inglaterra de fines del siglo XVI necesitaba nuevos ideales que la reemplazaran, pues se había vuelto obsoleta de cara a nuevas realidades sociales. A este respecto, la intervención de sir Philip Sidney, de quien ya se ha dicho bastante, en el debate y su relación con Raleigh no son una cuestión menor para comprender las convicciones del autor de la *History...* al respecto. En 1579 Sidney escribió *A Defense of Poetry*,³⁵⁴ en la que describía críticamente a la historia como una demasiado celosa defensora de la verdad por su obsesión de describir un pasado a la vez verdadero y útil. Sus opiniones tienen puntos de contacto con la práctica historiográfica de Raleigh, pero también se alejan de ella en aspectos fundamentales. Para Sidney, los historiadores tienen “la verdad escrita en sus frentes”, pero eso no disminuía su escepticismo frente a su práctica, pues consideraba que ellos sólo encontraban sustento en sus congéneres, “cuyas más grandes autoridades estaban construidas sobre la base notable del rumor”.³⁵⁵ Respecto de la pretensión de utilidad del estudio del pasado, Sidney la creía injustificada, y en un juego con el *dictum* Maquiavélico ya citado, afirmaba que el historiador era un ineluctable prisionero de los hechos, “atado no a lo que debería ser sino a lo que es, la verdad particular de las cosas y no la razón general de las cosas”. Por eso, Sidney opinaba que si la cuestión fuera elegir una historia contada verdadera o falsamente, la elección sería sencilla, pero si lo realmente relevante es la utilidad o el saber, las ficciones eran preferibles pues favorecen la virtud.³⁵⁶ Además, sir Phillip consideraba que la distinción entre hecho histórico y ficción poética no representaba la práctica habitual de los historiadores, que con frecuencia “han tomado prestado con gusto la moda y el peso de los poetas”. Hasta cierto punto, la distinción de Sidney entre historia y ficción era demasiado rígida, pues para él hay dos sentidos de verdad: “la particular verdad de las cosas” y “la verdad de la razón”, y estaban en conflicto. Es evidente que la práctica historiográfica de Raleigh no parece ajustarse a esta dicotomía, pues tendía a buscar un equilibrio, muchas veces contradictorio y en tensión permanente, entre hechos, razón y revelación. Así, por ejemplo, si Sidney acusaba a los historiadores de “relatar muchas veces eventos de los que no encuentran causa o, si lo hacen, debe ser poéticamente”, Raleigh lograba circunvalar este escollo con su frecuente uso de la conjetura. Para Raleigh, “la industria de un historiador tiene que vérselas con tantas cosas que puede ser disculpada cuando, al encontrar la

³⁵⁴ Hay varias ediciones modernas, entre ellas la incluida en P. Sidney, *Miscellaneous Prose*, Katherine Duncan-Jones (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1973.

³⁵⁵ P. Sidney, *Defense of Poesie*, en *Miscellaneous Prose*, Katherine Duncan-Jones (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1973, 97.

³⁵⁶ P. Sidney, *Defense of Poesie*, en *Miscellaneous Prose*, Katherine Duncan-Jones (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1973, 107.

aparente causa de un fenómeno, detiene la investigación”.³⁵⁷ Esta convicción profunda justificaba la búsqueda de causas efectivas, más allá de la causa primera, y también el uso de la conjetura, pero no era un justificativo para la indolencia historiográfica. Al respecto, sir Walter pensaba que cuando todas las fuentes son insuficientes “por el irremediable olvido del tiempo que todo lo consume”,³⁵⁸ para comprender “la concurrencia de causas segundas con sus efectos”,³⁵⁹ el historiador puede replegarse en la “conjetura razonable”.³⁶⁰ A pesar de su escepticismo (Raleigh era autor de un tratadillo de título *The Sceptical*), no pensaba que el estudio de la historia fuera completamente inútil, pues una explicación, aunque fuera conjetural, era para él mejor que ninguna y permitía “enseñar por el ejemplo de los tiempos pasados una sabiduría como guía para nuestros deseos y acciones, siempre que el historiador no derogue valor de la causa primera mediante la adscripción a las segundas de más de lo que corresponde”.³⁶¹ En el mismo sentido, es necesario llamar la atención sobre un énfasis diferente en la utilización de los clásicos de ambos autores. Por ejemplo, Sidney elegía destacar del pensamiento ciceroniano respecto de la historia la idea de que, si bien la verdad era la base de la historia, su estructura dependía tanto de la presentación como del contenido.³⁶² Raleigh, por su parte, hacía hincapié en la idea de que el historiador debe contar no sólo la verdad, sino toda la verdad,³⁶³ y como se verá en el estudio de la portada de la *History* consideraba crucial este punto para que la historia pudiera cumplir su papel como *magistra vitae*. De hecho, para Raleigh había dos razones que justificaban el estudio de la historia: “revelar los juicios de Dios sobre los más grandes y reunir de ella una política no menos sabia y eterna, mediante la comparación y aplicación de las miserias superadas de otros hombres con nuestros propios errores y carencia de merecimientos”.³⁶⁴

Christopher Hill ha señalado que la importancia que el siglo XVII concede a la historia tiene su origen en un sentimiento de cambio, de crisis.³⁶⁵ A comienzos del siglo XVII, esta sensación se veía acentuada por los conflictos que marcaron el fin del reinado de Isabel y los comienzos del de Jacobo, una situación que llevó a la convicción de que el tiempo cambiaba tanto a las sociedades como a las dinastías (algo atribuido en parte a la acción de la fortuna), lo que a su turno generó cierta conciencia del tiempo y la mutabilidad. En este sentido, la conciencia histórica moderna debe más a la sensibilidad respecto del cambio social, que en las épocas de crisis se volvía más fácilmente perceptible, que a cualquier otro aspecto del pensamiento renacentista. Hubo un cambio en la percepción histórica asociado con

³⁵⁷ Citado en F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967, 234.

³⁵⁸ *History...*, II, XXIII, 4.

³⁵⁹ *History...*, I, VIII, 2.

³⁶⁰ *History...*, II, XXI, 9.

³⁶¹ *History...*, II, XXI, 6.

³⁶² “¿No ves hasta qué punto la historia es un negocio de retóricos?”, *De oratore*, 2.14.62.

³⁶³ *De oratore*, 2.13.62.

³⁶⁴ *History...*, A2V.

³⁶⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 234.

una comprensión creciente del cambio mismo, que a su tiempo llevó a un deseo de ver la historia a la luz de la experiencia humana, separable pero no contraria a la teología de la historia. En esta atmósfera angustiante, entonces, queda planteada la cuestión de la posibilidad o la imposibilidad de cambio; y si el cambio era posible, si era o no deseable.³⁶⁶ Acaso podían los hombres establecer racional y conscientemente cambios que condujeran a algún tipo de salida, si es que había que encontrar alguna; o al menos lograran una resistencia ante un retroceso que parecía para muchos imposible de detener. Raleigh, que había estado entre los primeros lectores ingleses de Bodin, pensaba que sí. Pese a sus disertaciones sobre la decadencia del mundo, especialmente en el plano político, Raleigh creía firmemente en la posibilidad de intervenir activamente en favor de un cambio deseable que alentara un avance progresivo frente a la idea de la inevitable degeneración a partir del pecado original; de ese modo vivió su vida y, a pesar de cierta desazón y escepticismo evidentes (y por otro lado comprensibles, dada su situación personal al momento de redactar el texto aquí estudiado), estas ideas están presentes en la *History...* La intencionalidad de cambio derivaba de la capacidad humana para intervenir racionalmente frente a la crisis o la decadencia; más aun, si la decadencia parecía ser inexorable, como proponía la rigidez de la teoría cíclica, los hombres no sólo podían sino que debían interponerse frente a la vuelta atrás por la que quedaban difuminados los progresos alcanzados en el punto álgido de la etapa ascendente del ciclo. Sobre este asunto, el pensamiento de Raleigh también era contradictorio. Si bien incluía entre sus pocas certezas la convicción de que “todo lo que crece termina destruido”, y afirma que “la ruina de las más divinas porciones del mundo oculta la disolución del todo”;³⁶⁷ también cita a Guicciardini y afirma que no hay dos eventos históricos exactamente iguales, de modo que el cambio súbito, y no la estabilidad, es la regla: “Todas las grandes alteraciones son súbitas, violentas, como tormentas”.³⁶⁸

La fortuna, término que por su sólo empleo remite a una causalidad que escapa a la divinidad y no puede explicarse sino a partir del ascenso del mundo burgués,³⁶⁹ era el preferido de Raleigh cuando quería referirse a las causas segundas. Son vastísimos los ejemplos de este uso en *The History of the World*. Aparentemente la fortuna es aquella fuerza invisible que arrebató a Dios el monopolio de la causalidad en la historia, por la que ésta sería susceptible de explicarse en alguna medida como producto de los avatares de la casualidad. Sin embargo el significado que Raleigh otorga a “fortuna” es más complejo y, en ocasiones, tiene que ver más bien con leyes que con casualidades. Las causas segundas no aparecen en Raleigh como mecanismos abstractos que pueden identificarse y aislarse de su contexto histórico para ser aplicados luego a otros contextos distintos, tal como pretendía la

³⁶⁶ Estas cuestiones se relacionan íntimamente con muchas de las implicancias de la disputa entre Hakewill y Goodman, analizada en el anteúltimo capítulo de esta tesis.

³⁶⁷ *History...*, V, I, 2, 314, sobre Cartago.

³⁶⁸ *History...*, IV, I, 1, 158.

³⁶⁹ J.L. Romero, *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, 1993, pp 26-59.

convicción humanista que consideraba a la historia una suerte de “filosofía moral enseñada por ejemplos”, sino que son explicadas como relaciones de causa efecto que, interrelacionadas, determinan en última instancia el discurrir de la historia. Es precisamente éste el particular sentido que Raleigh otorga en sus escritos a la noción de historia como *magistra vitae*, como se verá luego en relación con la portada de su obra. Cuando Raleigh quiere hacer mención puntual de un momento histórico concreto, no reduce la explicación ni a la voluntad divina actuando directamente, ni al azar, sino que lo explica a través de diferentes situaciones de las que, causalmente, se desprende una conclusión que finalmente sí es presentada como la voluntad de Dios, la cual, tras una intrincada serie de relaciones humanas, aparece dando sanción a lo que finalmente ocurrió como producto de ellas. La fortuna es así generalmente utilizada para explicar los nexos entre esas relaciones de causa efecto que tejen una trama que luego, una vez resuelta, es sancionada por la divinidad. Tomemos un ejemplo del proemio de la *History...*, citado parcialmente con anterioridad en referencia a la relación entre drama e historia, que es conveniente retomar en forma completa en este segundo sentido:

“Sabemos que Dios es el Autor de todas nuestras tragedias, y ha escrito para nosotros, indicándonos claramente, los papeles que hemos de interpretar. (...) De estos ejemplos muchos miles podrían reproducirse. ¿Por qué deberían otros hombres, comportándose como el último de los gusanos lamentarse de sus males? En efecto, nada es más correcto que concluir respecto de este ridículo mundo que el cambio de la Fortuna en el gran Teatro es como el cambio de vestimenta en el más pequeño. Por cuanto, tanto en uno como en otro, cada hombre no luce sino su propia piel; los Actores son todos similares. Ahora, si algún hombre, carente de fragilidad, aprecia los pasos por este mundo en otro sentido (pues, como dijo *Petrarca*, *Magni ingenii est revocare mentem a sensibus*)³⁷⁰ eso se debe solamente a aquella infeliz fantasía nuestra, por la que se olvidan, en las mentes del Hombre todas las miserias (exceptuando las corporales) de las que él es sujeto: allí es donde el Infortunio y la Adversidad concretan todas sus labores. Viendo que la Muerte, en el final de la Obra, de todos toma lo que sea que la Fuerza y la Fortuna toman de cada uno; rescatarla sería una estúpida locura en el naufragio de todos los asuntos terrenales, en el que todo se hunde salvo el Dolor.

³⁷⁰ Corresponde a las grandes mentes el retirarse del mundo de los sentidos.

Hacerlo representaría, en palabras de Séneca... *sucumbir bajo la fortuna, el más miserable de todos los destinos.*"³⁷¹

Esta interpretación del uso de la idea de fortuna de Raleigh difiere de la actualmente dominante en la historiografía para ese uso en la época en que se produjo la *History*... Así, se ha afirmado que en Inglaterra lo irracional era racionalizado como fortuna, destino o azar, o personificado como la diosa medieval impredecible de la fortuna, que no habría sido mera existencia de azar, sino admisión de la imposibilidad humana de obtener los datos necesarios para predecir resultados: negación del accidente al adscribirlo a una fuerza externa.³⁷² Esto puede haber sido cierto para la crónica de Hall, publicada a mediados del siglo XVI,³⁷³ pero como se ha visto no puede aplicarse con tanta facilidad a las opiniones de Raleigh y, por ende, no es aplicable a todo el período. Del mismo modo, es cierto que la coexistencia de la fortuna y la providencia no era un mero artilugio intelectual para permitir el análisis de las causas segundas sin hacer desaparecer la influencia de la primera, sino que se trataba de una convicción genuina en el marco de una cosmovisión cristiana en la que Dios era todopoderoso. Sin embargo, debe reconocerse que el particular uso que Raleigh hace de esta formulación le permite reconocer genuinamente esa omnipotencia y, al mismo tiempo, analizar la causalidad humana con cierta libertad. Sin embargo, es éste uno de los puntos donde se revela con gran claridad que la *History*... está atravesada por lo que hoy consideraríamos incertidumbres, ambigüedades y contradicciones rampantes, pues en la obra se combinan las afirmaciones providencialistas y las que dejan lugar a la causalidad humana. Así, por ejemplo, "aunque la acción del hombre muchas veces se aparta de sus designios, los juicios de Dios son por siempre inmodificables, no son agotados por el largo proceso del tiempo";³⁷⁴ o "la providencia, por otra parte, prevé y causa las cosas, es un conocimiento intelectual que prevé, se ocupa y ordena todas las cosas, y no sólo sostiene todo lo pasado, todo lo presente y todo lo porvenir, sino que es la causa de que así sean, algo que la previsión simple no es. La predestinación representa un caso especial de providencia confinada a los hombres y a su salvación; pero de muchos efectos no aparecen ante nosotros causas ciertas".³⁷⁵

Las disquisiciones de Raleigh no aportaron, en realidad, más que escasas novedades al estado de la teoría de la historia en las postrimerías del Renacimiento europeo. Uno de sus aspectos de mayor importancia radica en haber funcionado como

³⁷¹ El fragmento está tomado de la traducción del proemio de la *History of the World* publicada con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000, 74.

³⁷² D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, 6.

³⁷³ E. Hall, *The vnion of the two noble and illustre famelies of Lancastre & Yorke, beyng long in continuall discension for the croune of this noble realme : with al the actes done in both the tymes of the princes, both of the one linage & of the other*, Londres, Richard Grafton, 1550.

³⁷⁴ *History*..., A3R.

³⁷⁵ *History*..., I, I, 15, 19-22.

uno de los introductores en Inglaterra de algunas de las innovaciones pergeñadas por autores como Bodin, Maquiavelo o Guicciardini, verdaderos revolucionarios renacentistas de la práctica historiográfica, y en haberse encargado de la difusión de sus ideas y de la asimilación e interpretación de las mismas en una obra publicada en inglés que, como se verá, gozó de gran difusión. El pensamiento de Raleigh se revela de este modo como el de un hombre de la temprana modernidad que se separa, con contradicciones y dudas, de las concepciones más tradicionales del mundo de su época, pero que no se encuentra, ni mucho menos, entre los innovadores más radicales del pensamiento de aquel momento. Precisamente en estas características reside la complejidad de su pensamiento. Al humanizar la historia, Raleigh la dotó de un sentido aleccionador para el presente, y lo hizo principalmente al referirse al Estado, al gobierno y al rey. El Estado debía, a partir de allí, utilizar los conocimientos puestos a su disposición para encarar la grandeza nacional; la defensa que hizo Raleigh de las virtudes de la libertad de comercio y su anhelo de que la riqueza de la nación se constituyera sobre la base de la iniciativa privada, además de su insistencia en la eliminación de la arbitrariedad en lo referente al sistema impositivo para alentar el crecimiento y la estabilidad de las relaciones comerciales, no son ideas que él defendiera por sí mismas, sino en relación con lo que el Estado debía hacer con ellas. Para Raleigh, quien dominara el mar dominaría el comercio, y quien dominara el comercio haría lo propio "con todas las riquezas del mundo": no era posible lograr semejante tarea sin un Estado fuerte y expansionista. No hace falta un ejercicio retrospectivo demasiado agudo para apreciar la magnitud que las ideas de Raleigh y de todo su grupo tuvieron en la defensa que desde la generación revolucionaria hicieron los mercaderes —y no sólo ellos— de las bondades de un Estado que estimulara y protegiera la expansión comercial ultramarina. Este aspecto político del pensamiento de Raleigh, tanto en la *History...* como en otros escritos, está evidentemente vinculado con su convicción de la predominancia de las causas segundas en la determinación de la evolución histórica de los asuntos humanos, pero es de tal importancia que merece ser tratado por separado, en el siguiente apartado del presente capítulo. Cabe, sí, aclarar aquí que "la crisis de la vida intelectual de comienzos del siglo XVII había alcanzado a la historiografía. Se había ido disipando el fácil patriotismo de los isabelinos, pues era demasiado pronunciado el contraste entre el monarca como símbolo de la comunidad inglesa y los ocupantes concretos del trono."³⁷⁶ La mordacidad de Raleigh en la crítica de los príncipes en su *History...* ponía esto en evidencia y fue un factor crucial para su popularidad.

La corriente historiográfica dominante en la actualidad considera que la estructura pública del discurso histórico se caracterizaba en la primera mitad del siglo XVII por una ausencia de debate, de modo que antes de 1640 habría existido una reformulación retórica del pasado y luego de 1640 la controversia y el debate habrían

³⁷⁶ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 204.

adquirido un aspecto más moderno.³⁷⁷ Es indudable que un conflicto político como la Revolución de 1640-1660, en el que se enfrentaron grupos sociales con ideas contrapuestas, aunque no necesariamente uniformes en su interior, y consecuentemente caracterizados por diferentes visiones del presente, tuvo un impacto fundamental en los modos de concebir y utilizar el pasado. Sin embargo, la representación escrita del pasado siempre estuvo afectada por preocupaciones del presente y la afirmación de que “todo el pensamiento histórico Tudor y el temprano Estuardo reflejan una ideología conservadora de obediencia, deber y deferencia a la jerarquía social y política”³⁷⁸ no sólo subestima los múltiples conflictos políticos y sociales prerrevolucionarios en Inglaterra, lo que convierte a la Revolución misma en un fenómeno que prácticamente surge de la nada, sino que hace difícil explicar la severidad de Raleigh en el juicio de los monarcas pasados y el esfuerzo estatal por someterlo a la obediencia y evitar que sus páginas llegaran al público. Sencillamente no es cierto que “la única diferencia entre historiadores del temprano siglo XVII es que decían cosas diversas sobre el mismo episodio. Cuando la Guerra Civil rompió ese consenso, apareció la posibilidad de diversas interpretaciones del pasado”.³⁷⁹

Para muchos escandalosa, la *History...* condensa sin embargo las posiciones más ortodoxas de Raleigh.³⁸⁰ Parece un error afirmar que Raleigh asistió en el ocaso de su vida a una vuelta a la ortodoxia religiosa y a un nuevo aunque mesurado respeto hacia la institución eclesiástica. Más bien las razones de ello deben buscarse en el sentido que el propio Raleigh otorgó a algunos pasajes de la *History...*, es decir las ansias de que se lo liberara, intentando para ello rehabilitarse ante el rey. Si tuvo éxito en lo que compete a muchos de los personajes que anteriormente lo habían acusado de ateo e impío, no lo tuvo con Jacobo ni con su política pro española, y fue ejecutado

³⁷⁷ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990.

³⁷⁸ D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, XIII.

³⁷⁹ Tampoco es una diferencia menor sostener cosas diversas sobre el mismo episodio. Woolf ha sostenido también que “los historiadores usaban el pasado como sanción para ciertos tipos de comportamiento y para deplorar otros; también lo usaban para justificar la estructura de autoridad del presente, estructura que a su turno daba forma y color a lo que decían del pasado”. D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, XVII. De este modo, el conflicto que había sido expulsado de la historiografía con grandilocuencia por la puerta vuelve a colarse por la ventana; pero además, si la estructura de autoridad fija de ese modo el discurso sobre el pasado, no es sencillo explicar cómo éste puede haber cambiado. Si, como Woolf afirma inmediatamente, “fue necesaria la Guerra Civil para destruir lo que para 1630 se había convertido en una imagen relativamente monocromática y universalmente compartida del pasado”, no puede comprenderse cómo las diferentes interpretaciones de, por ejemplo, el impacto de la invasión normanda en Inglaterra se enfrentaron con tanta vehemencia en la Inglaterra prerrevolucionaria, como ha demostrado Christopher Hill en su esclarecedor *Puritanism and Revolution*, Londres, Secker & Warburg, 1958.

³⁸⁰ El arzobispo de Canterbury pidió en diciembre del año de la publicación de la obra la eliminación de todos los ejemplares en circulación y la prohibición de toda reimpresión. Tuvo tanto éxito como Jacobo meses antes. Tres años después se publicó la primera edición con el nombre de Raleigh en la portada. “Incluso a los monarcas más absolutistas les resultó imposible controlar por completo la palabra impresa.” E.L. Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994, 255.

cuatro años después de la primera edición. Es en estos extensos pasajes donde puede apreciarse que no rompió totalmente con las ideas de la historia circular; en otros, sin embargo, la ciclicidad es prácticamente anulada y las causas segundas afloran convirtiéndose en el principal argumento “para dar cuenta de las vicisitudes” de la historia de griegos y romanos, ya que, decía Raleigh, “no soy del todo ignorante en las leyes de la historia” y “es por ellas que debe entenderse”.³⁸¹ Frecuentemente sus relatos históricos se acompañan de reflexiones que tienen muchas veces conclusiones como aquéllas.³⁸² En este sentido, el hecho de que, como se verá con mayor detalle más adelante, los receptores del texto de Raleigh veinte años después de su producción enfatizaran en sus lecturas los aspectos innovadores de su pensamiento y soslayaran de ese modo las complejidades y contradicciones de su desarrollo puede seguramente relacionarse con el carácter urgente de las discusiones políticas en las que el texto era utilizado.

En el libro aparecen citados varios centenares de autores medievales, antiguos y modernos³⁸³ y es probable que Raleigh no los haya citado a todos de primera mano; después de todo —aunque había logrado construir en la Torre una biblioteca de unos quinientos volúmenes—, estaba en prisión. Pese a ello es claro que era dueño de una erudición asombrosa y no sólo conocía bien a los historiadores clásicos, sino que también tenía los conocimientos suficientes para criticarlos o disentir de sus relatos cuando le parecía conveniente.³⁸⁴ *The History of the World* es un libro de historia —aunque no sólo de ella— del Renacimiento. Quien intente apreciar sus virtudes y defectos sin atender a las particularidades del Renacimiento y su renovación historiográfica, que forjada en Italia se expandió y transformó rápidamente, no podrá alcanzar más que limitadamente una valoración crítica de la obra. No es mucho lo que de la *History...* puede extraerse como enseñanzas historiográficas originales y Raleigh no hizo mucho más que volcar allí una multitud de conocimientos modernos que lograron gran difusión a partir de esta obra. Sin embargo, en ella está presente una de las más acabadas expresiones de las tensiones que en los siglos XVI y XVII dieron cuenta de la disputa entre ideas modernas y antiguas, y de cómo tímidamente las primeras se imponían de forma gradual sobre las segundas. Para lograr una clara apreciación de ese recorrido, claro está, la figura de Francis Bacon, tal vez el más prominente de los modernos contemporáneos de Raleigh, adquiere una relevancia que

³⁸¹ W. Raleigh, *History...*, en G. Hammond (ed.), op. cit., 148.

³⁸² W. Raleigh, *History...* en G. Hammond (ed.), op. cit., 160-162 y 169-173.

³⁸³ Según W. Oldys (ed.), *Works*, 8 vols., Oxford, 1829, I, el número de autores citados por Raleigh supera los 700.

³⁸⁴ O a reproducir sin grandes modificaciones de sentido algunas de sus conclusiones, por ejemplo con Livio (véase W. Raleigh, *History...* en G. Hammond (ed.), op. cit., 246-247). Raleigh, que había traducido a numerosos autores clásicos y, como Bodin, había intentado sistematizar técnicas de traducción, había tomado de éste la idea de que los lectores debían crear su propia antología “explorando sistemáticamente los libros en busca de información sobre qué historiadores eran dignos de crédito y qué constituciones eran válidas para qué pueblos”. A. Grafton, “El lector humanista”, en G. Cavallo y R. Chartier, *Historia...* op. cit., 316.

no puede ser puesta en discusión; pero Raleigh y su *History...* exigen, con seguridad, un capítulo aparte.

Ciertos investigadores han insistido en que algunos de los pasajes de la obra de Raleigh se refieren a la época a él contemporánea y no al remoto pasado que parecen describir.³⁸⁵ En este sentido, habría en la obra una historia secreta y la clave para descifrarla habría sido accesible a los lectores de la época, particularmente a los revolucionarios. Se trata de una explicación sugerente, si bien arriesgada, para la popularidad de la obra que nos ocupa. Más allá de la exactitud de la misma, tal hipótesis deja sin responder la pregunta por los motivos de la amplia difusión de las demás obras de Raleigh. Afortunadamente, una explicación más abarcadora permite evitar esos riesgos. Hace ya un tiempo, C. Hill demostró con claridad que “los principales cambios que introdujeron las revoluciones políticas del siglo XVII fueron la disminución del poder de la corona frente al Parlamento, la adopción de una política exterior imperialista agresiva, la tensión del liberalismo económico, la redistribución de los impuestos, el comienzo de la tolerancia religiosa y el triunfo de la ciencia moderna.”³⁸⁶ Es evidente que Raleigh contribuyó a impulsar todos estos cambios, o al menos así lo vieron muchos de sus contemporáneos, como se confirmará en el último apartado de este capítulo. Conviene, sí, adelantar aquí que la secularización de la historia sin la negación de su carácter divino, cierta mordacidad en la crítica de los príncipes; una concepción que rechazaba la historia cíclica entreviendo la posibilidad de progreso, una siempre subyacente “combinación entre profundidad filosófica y cierto programa parlamentario convencional”, junto con algunos pasajes que “sugieren un llamamiento a la clase media”³⁸⁷, todo ello expresado a través del refinado estilo que Raleigh supo otorgarle a su pluma³⁸⁸ constituye una buena serie de motivos para la aceptación de la obra histórica de Raleigh en las décadas revolucionarias.

IV

En este apartado se intentará abordar el pensamiento político predominante en diversas obras atribuidas a sir Walter Raleigh. Este análisis no se plantea como un abordaje integral de las concepciones políticas de Raleigh, sino que intentará poner énfasis en algunos conceptos nodales que contribuyen a explicar la popularidad e influencia de sus ideas políticas en las décadas posteriores a su muerte. Durante la vida de Raleigh sólo dos de sus escritos relevantes pasaron por la imprenta: un relato de sus expediciones al Nuevo Mundo, que fue tal vez el único objeto de valor que

³⁸⁵ C. Salas, “Raleigh and the punic wars”, *Journal of the History of Ideas*, 57, 2, 1996.

³⁸⁶ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 157.

³⁸⁷ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 228 y 229.

³⁸⁸ Sobre las formas literarias del Renacimiento isabelino y su relación con las clásicas: Downs-Gamble, Margaret: “New Pleasures Prove: Evidence of Dialectical *Disputatio* in Early Modern Manuscript Culture”, *Early Modern Literary Studies* 2, 2, 1996.

trajo de ellas,³⁸⁹ y *The History of the World*. Sus escritos políticos permanecieron inéditos, pero son numerosos los testimonios que afirman que circularon intensamente en forma manuscrita. Es altamente probable, además, que quienes lo habían acompañado en su círculo de discusión intelectual y aún seguían colaborando intelectualmente con él hayan tenido acceso a estos escritos. El pensamiento político de Raleigh es relevante en un estudio sobre su noción de historia porque, como ha señalado J. Wilson, teniendo en cuenta que la historia era un género altamente politizado, el objetivo de Raleigh al escribir la *History...* era darse una voz y un papel en la oposición al Estado que buscaba censurarlo, y en ese sentido es un acto de autoconstrucción.³⁹⁰ En este sentido, la obra de Raleigh proponía un curso de acción política, y como tal se convierte en un documento de oposición, una utilización humanista de la educación para la reforma del Estado, una reapropiación de la justicia y la ley, un libro sobre la naturaleza del gobierno, y como tal fue leído por la generación siguiente.

La principal obra política de Raleigh, *The Prerogative of Parliaments*, fue escrita alrededor de 1615. Se trata de un diálogo entre un juez de paz y un consejero real respecto de la conveniencia o no de la convocatoria de los Parlamentos. Según Christopher Hill pueden leerse claras influencias de Buchanan, que se orientan hacia cierto republicanismo incipiente del que el máximo poeta republicano de la Revolución, John Milton, se haría eco en *Paradise Lost*.³⁹¹ Al mismo tiempo, la circulación del manuscrito parece atestiguada por la existencia de una copia cuidadosamente anotada por sir John Eliot, quien se habría inspirado en el texto para idear la táctica que él mismo emplearía en su cruzada contra la corona a mediados de la década de 1620 en cuanto al derecho de gracia en última instancia.³⁹² La primera edición de la obra se declaró impresa en Middelburg en 1628, aunque es probable que fuera en realidad una edición ilegal londinense (ese mismo año aparecieron otras tres ediciones del texto, lo que indica la importancia y la popularidad del escrito y de su autor).³⁹³ *Maxims of State*, otro importante escrito teórico y político atribuido a Raleigh en el siglo XVII, aunque es probable que no haya sido escrito por él, había sido dedicado al príncipe Enrique. En el caso de que se acepte la atribución de la obra a sir Walter, la dedicatoria sugiere la fecha de producción de la obra, que debe haber sido escrita entre 1610 y 1612, año en que el príncipe falleció. La publicación de *Maxims of State* fue obra de John Milton en 1642. El hecho de que Milton, uno hombre de

³⁸⁹ *The Discovery of the Large, Rich and Beautiful Empire of Guiana*, Londres, 1597.

³⁹⁰ J. Wilson, "Raleigh's History of the World, it's Purpose and Political Significance", The Durham Thomas Harriot Seminar, Occasional Paper, 28, Durham, UK.

³⁹¹ La influencia que Spenser, Raleigh o Dee tuvieron en Milton no debe buscarse solamente en la profunda renovación poética isabelina, ni en el puritanismo de algunos de sus autores; sino también, y tal vez fundamentalmente, en el contenido de sus ideas políticas. Christopher Hill ha insistido en las relaciones que pueden establecerse entre las tradiciones puritanas y republicanas. C. Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

³⁹² C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 236 y ss.

³⁹³ Significativamente, las obras de Shakespeare habían alcanzado por entonces una cantidad semejante de ediciones.

letras activo políticamente y representativo de algunas ideas políticas relevantes en la Inglaterra revolucionaria, estuviera interesado en la publicación del texto, sugiere el significado que los contemporáneos otorgaban al pensamiento político de Raleigh. La obra fue editada nuevamente en 1650 y otra vez en 1657, siempre en formatos pequeños y de bajo costo (12°), lo que constituye un índice de su popularidad y difusión. *The Cabinet Council* es otro de los textos políticos que se creían escritos por Raleigh. La atribución de obras populares a Raleigh, aunque no hubieran surgido estrictamente de su pluma, era una costumbre extendida a mediados del siglo XVII y nuevamente sugiere la creciente popularidad del personaje. No está en modo alguno claro que Raleigh haya sido el autor de *The Cabinet Council*, de hecho se ha sugerido que Raleigh lo habría tomado de "T.B.", que bien podría haber sido Thomas Bedingfield, el traductor de las *Istorie Fiorentine* de Maquiavelo.³⁹⁴ En cualquier caso, el escrito parece ser un desarrollo complejizado de *Maxims of State*, lo que sugiere que fue escrito con posterioridad a esta obra. Según C. Hill, ambos textos son "recopilaciones de Aristóteles, Maquiavelo, Sansovino, Bodin y Lipsio, aunque fueron ulteriormente sintetizadas"³⁹⁵. Nuevamente, el artífice de la publicación de *The Cabinet Council* fue John Milton, quien inició la empresa mientras componía *Paradise Lost* en 1658, año en que se publicaron dos ediciones *in octavo*. Si lo esbozado hasta este punto atestigua una enorme y creciente popularidad de Raleigh y su pensamiento político, el hecho de que "el país bendice constantemente a los que maldice la corte"³⁹⁶ no parece ser suficiente para explicarlo. Se intentará a continuación desentrañar algunos aspectos puntuales del pensamiento político de Raleigh en busca de algún indicio sobre aquello que los partidarios del Parlamento en la década de 1620 y los revolucionarios de la de 1640 podían hallar útil o interesante en él, un análisis que se completará en el siguiente apartado. En las páginas que siguen, se abordarán con mayor detalle las principales ideas políticas de Raleigh en los textos recién mencionados.³⁹⁷

The Prerogative of Parliaments es un diálogo imaginario entre un juez de paz, que expresa las opiniones de Raleigh, y un consejero real que se opone tenazmente a ellas. El detonante de las discusiones en torno a las prerrogativas del rey y las del Parlamento es un suceso real que aparece reseñado en el escrito mismo. Se trata de la condena a prisión en la Torre impuesta a Oliver St. John de Marlborough a causa de un escrito de su autoría que cuestionaba la imposición fiscal a los súbditos bajo el título de "regalos al rey". Esta cuestión lleva al juez de paz a sugerir que en resoluciones como las impositivas el Parlamento no debía temer la formulación de sugerencias o recomendaciones al rey y que el monarca debería acostumbrarse a

³⁹⁴ E. Strathmann, "Raleigh on the Problems of Chronology", *Times Literary Supplement*, abril de 1948.

³⁹⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 238.

³⁹⁶ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 157.

³⁹⁷ En el presente apartado se mencionarán fundamentalmente tres escritos de Raleigh: *The Prerogative of Parliaments*, *The Cabinet Council* y *Maxims of State*. Se utilizará la siguiente edición, que contiene los tres escritos junto con una biografía de Raleigh y otros de sus trabajos técnicos, filosóficos y literarios. W. Raleigh, *Works*, Londres, Tho. Birch, 1751.

aceptarlas, puesto que de ese modo pueden no sólo obtenerse resultados beneficiosos, sino que también pueden evitarse las consecuencias de una acción opuesta, tal vez más riesgosas que las implicadas por el episodio de St. John. Es en este punto que el consejero real introduce sus reparos a la convocatoria a los Parlamentos. La reunión de los tres estados del reino aparece al consejero como un peligro para la corona: históricamente, permitir la convocatoria parlamentaria ha llevado a la pérdida de al menos parte de las prerrogativas reales detentadas hasta entonces.

El juez de paz inicia entonces su respuesta con argumentos estrictamente históricos, que dejan entrever las concepciones de Raleigh sobre la historia como “fuente de ejemplos para una política no menos sabia y eterna”, así como un campo en el que lo determinante son las acciones de los hombres, si bien éstas se encuentran sancionadas en última instancia por la voluntad de la divinidad. El juez sostiene entonces que el rey Enrique I instituyó una serie de impuestos por sugerencia de su consejo privado y sin mediar consulta alguna al Parlamento, lo que llevó a una rebelión armada de los nobles del reino que terminó por forzar al rey a conceder la *Great Charter*, que fijaba un límite a las imposiciones realizables y sugería el tratamiento de exacciones puntuales en el Parlamento. El juez de paz opina que esto no se debe a la ambición de los súbditos ingleses que, según el consejero, los llevaba a oponerse a leyes que “no los hacían menos libres que a cualquier europeo”. Sugiere más bien que el tiempo en que “la voluntad del conquistador era ley” había pasado ya, y que los ingleses habían aprehendido desde entonces la fundamental distinción entre sujeción y esclavitud, coherente al mismo tiempo con la defensa de su propiedad privada y con la ley “del *meum & tuum*”. De este modo, habrían comprendido también que servir fielmente al príncipe permite disfrutar plenamente de la propia vida y que los impuestos garantizan la posibilidad de disponer libremente de los recursos y las propiedades individuales restantes. En este sentido, y ante la sugerencia del consejero, que sostiene que el rey debería ser libre de imponer contribuciones a su antojo “como lo hace el rey de Francia”, el juez de paz argumenta que la aceptación de la ley es más beneficiosa para todos, puesto que “la mejor forma de enriquecerse es el amor del pueblo (...), los reyes pierden más con la rebelión que con la aceptación de la Magna Carta. (...) No son convenientes las imposiciones arbitrarias, puesto que la fuerza de Inglaterra está en el pueblo y la *yeomanry*”.³⁹⁸

En cierta medida, estos argumentos de Raleigh se asemejan a aquellos de James Harrington en los que se sugiere la correspondencia de la categoría de “pueblo” con las de “propietarios”. Quienes carecen de propiedad no pueden ser libres en el marco de la ley ni compartir el gobierno: el verdadero pueblo de Inglaterra es, también para Harrington, la *yeomanry*.³⁹⁹ Raleigh mismo reconocía la naturaleza en cierto modo clasista de la política al sugerir una distinción entre “la clase media” y “la

³⁹⁸ No es ocioso recordar aquí que el rey tenía los mismos problemas financieros que los señores feudales, precios en aumento y rentas estancadas. Los que estaban vinculados al mercado podían escapar a esa situación, mientras que el rey dependía de tasas excepcionales votadas por el Parlamento.

³⁹⁹ J. Harrington, *Oceana and Other Works*, 1737, 292.

clase baja, pícara, miserable”⁴⁰⁰. Al fin y al cabo, en 1640 la Cámara de los Comunes optó por desestimar la sugerencia de otorgar el voto a los pobres.⁴⁰¹ Así como Harrington sugería que la propiedad era la base para todo gobierno, Locke enfatizaba que “el gobierno no tiene otro fin que no sea el de la preservación de la propiedad”.⁴⁰² La identificación de la ley con la defensa de la propiedad y con un cierto tipo de libertad en estos pasajes de Raleigh debe haber parecido evidente a los parlamentarios ingleses del siglo XVII.⁴⁰³

Los argumentos históricos se suceden y el juez de paz sostiene que, en general, el Parlamento respeta la soberanía real y le otorga al rey los recursos que necesita, en la medida de las posibilidades económicas de sus súbditos.⁴⁰⁴ El consejero sostiene entonces que es una deshonra para el rey estar atado al permiso de otros para disponer de su tesoro. La noción misma de soberanía se convierte aquí en punto de debate y los argumentos de Raleigh entran en tensión unos con otros. En algún punto, el análisis político es puesto en una relación íntima con sugerencias morales cuando el juez de paz argumenta que “los reyes están sometidos sólo a su piedad y a ninguna otra obligación”,⁴⁰⁵ pero que los Parlamentos conceden y niegan subsidios

⁴⁰⁰ En inglés “*the middle sort and the base, rascal beggarly sort*”. W. Raleigh, *Works*, op. cit., 183.

⁴⁰¹ C. Hill, *People and ideas in 17th. century England*, Brighton, 1986, 254.

⁴⁰² J. Locke, *Second Treatise of Government*, 1690, secciones 85 y 94.

⁴⁰³ Christopher Hill demuestra, sin embargo, que esta “libertad” gracias a la ley se oponía a la de pobres y marginales, y demuestra el modo en que quienes carecían de propiedad, en parte a causa del proceso de cercamientos, emprendían una serie de luchas y artilugios en pos de una “libertad *contra* la ley” en las que se jugaban nada menos que su subsistencia. Véase C. Hill, *Liberty against the law*, Londres, Penguin, 1996.

⁴⁰⁴ El vínculo entre política y economía debe nuevamente destacarse. En su conjunto, los grupos mercantiles londinenses no tenían una adscripción política uniforme en la década de 1640 más allá de un deseo persistente de preservar la autonomía de la ciudad. Sin embargo, Londres tuvo un papel preponderante en la Guerra Civil. En la generación previa a la Guerra Civil los pares adquirieron cierto poder aristocrático independiente del favor real, aunque parece exagerada la afirmación de que ejercían su fuerza política mediante el patronazgo de hombres como Selden y Eliot, quienes habrían transmitido órdenes de una cámara a otra y privaban así al rey de iniciativa política (James E. Farnell, “The Social and Intellectual Basis of London’s Role in the English Civil Wars”, *Journal of Modern History*, 49, 4, 12-1977, 641-660): la estatura intelectual de estos personajes y su decidida intervención política atentan contra esta hipótesis que los convierte prácticamente en herramientas “pasivas e instrumentales” de un poder aristocrático ajeno. En los comunes, tanto Selden como Sandys apoyaron repetidamente proyectos comerciales decididamente antiaristocráticos. Por otra parte, el rey y los pares intentaban inmiscuirse en la política londinense, sobre todo en la designación de sus parlamentarios. Tanto en los condados como en el Parlamento, la *gentry* ejercía poder político independiente, enfrentando el creciente poder de los pares, sobre todo en los Comunes, con cierto éxito. Del mismo modo, historiadores y anticuarios proveían de argumentos a la oposición y Jacobo clausuró la biblioteca de Cotton, uno de sus arsenales. También Coke rechazaba la razón natural del rey (*Reports*, XII, 65), pues la razón artificial de la ley creada por muchos durante mucho tiempo era superior a la razón individual de cualquier hombre individual. A lo largo de todo el siglo XVII, las luchas políticas inglesas no eran rivalidades de corto plazo, sino disputas por la naturaleza del Estado inglés entre un absolutismo en paz con las potencias europeas y un imperio expansivo con la república romana como modelo, aunque existían otras posiciones. Raleigh, por ejemplo, usaba a Maquiavelo como modelo para la política pues, con las lecciones tomadas de la historia de Roma, se podía superar su ejemplo en extensión y duración, mediante una expansión hacia fuera y un sostenimiento del equilibrio interno mediante una aristocracia abierta. *Maxims of State* (al que algunos consideran un apócrifo impreso en 1642) tiene esta impronta, sumada a la idea de una expansión basada en la riqueza material; un imperio dinámico basado en la libertad de todos los hombres para conservar su propiedad. Sería también la visión de Harrington en *Oceana*. Sobre Maquiavelo y el republicanismo en la Inglaterra del período, J.G.A. Pocock, *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002.

⁴⁰⁵ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 190.

equilibradamente, por cuanto “la razón de la negación debe ser considerada tanto como la negación misma”.⁴⁰⁶ El siguiente pasaje ilustra aun más esta cuestión. El juez de paz afirma que “no hay nada contra la realeza de un rey en estas leyes, puesto que los reyes de Inglaterra son reyes de hombres libres y no de esclavos, aunque es contrario a la naturaleza de un rey el que sea forzado incluso a aquellas cosas que pueden ser ventajosas para él, por lo que el rey tiene algo de razón en defenderse a sí mismo”.⁴⁰⁷

Las dudas de Raleigh en estos pasajes contrastan notablemente con sus tajantes definiciones de la noción de soberanía en *Cabinet Council* y *Maxims of State*. En ambos textos, Raleigh esboza la tradicional distinción entre monarquía, aristocracia y democracia (y sus modalidades “bastardas” o “degeneradas”, cuando los excesos e intereses particulares prevalecen sobre el bien común; la tiranía, la oligarquía y el “gobierno de las clases más bajas”). A continuación, define a la soberanía como el “absoluto y perpetuo poder en todo Estado público”⁴⁰⁸ [...] que no reconoce a ningún igual o superior”.⁴⁰⁹ La soberanía es, además, concebida como indelegable (salvo en casos de emergencia) e incluye el poder absoluto para comandar a todos los súbditos, la autoridad para hacer la guerra, el poder de distribuir cargos y honores y el de ser sede de la apelación en última instancia. Si parece claro que esta definición absoluta de soberanía se encuentra en algún punto en tensión con las opiniones más flexibles que Raleigh desarrolla en *The Prerogative of Parliaments*, es necesario destacar que Raleigh no se pronuncia claramente sobre la preferencia por una u otra forma de gobierno, según resida la potestad soberana en uno, en algunos, o en la mayoría, y tampoco lo hace sobre a quién corresponde la potestad de promulgar leyes.⁴¹⁰ De cualquier forma, esta breve reseña de las opiniones de Raleigh respecto de la cuestión de la soberanía hace evidente que está presente en su pensamiento una contradicción no resuelta entre el carácter absoluto por definición del poder soberano y la posible admisión de límites al ejercicio de la soberanía. Es probable que sea esta misma ambigüedad de las concepciones de soberanía de Raleigh uno de los aspectos que contribuyó a su popularidad en la época prerrevolucionaria tanto como durante la Revolución, al punto que tanto Oliver Cromwell como el realista arzobispo Laud citaban sus opiniones sobre la soberanía para apoyar argumentos totalmente disímiles. Por otra parte, los contradictorios argumentos de Raleigh en torno a la cuestión de la soberanía se complejizan aun más cuando sir Walter los combina con sus reflexiones

⁴⁰⁶ W. Raleigh, , *Works*, op. cit., 192.

⁴⁰⁷ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 193.

⁴⁰⁸ Raleigh distingue también, con un claro tinte maquiavélico, entre el “gobierno privado” o economía y el “gobierno público”, ámbito de la política.

⁴⁰⁹ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 42.

⁴¹⁰ Este punto es particularmente innovador, si se considera que, según R. Zaller, hasta el siglo XVII la monarquía era considerada la forma de gobierno natural, incluso la ordenada por Dios. (R. Zaller, “The Figure of the Tyrant in English Revolutionary Thought”, *Journal of History of Ideas*, 54, 4, 1993, 585-610.) De hecho, en las *Constitutions and Cannons Ecclesiastical*, Londres, 1640, 30, se afirma: “El poder monárquico es el orden de Dios mismo, fundado en las leyes de la naturaleza y establecido expresamente en el Viejo y el Nuevo Testamento”.

sobre la noción de igualdad. De hecho, Raleigh afirmaba que “cuando los hombres sólo visten su propia piel, los actores son semejantes; [...] los pastores son hombres y los reyes no son más que eso”.⁴¹¹ Sin embargo, podía sostener también que “el Estado popular es el gobierno de un Estado por la clase elegida, tiende al bien común de todas las clases, con el debido respeto por las clases mejores, las nobles y las más ricas, [...] el *Commonwealth*, en contraste, es el gobierno de toda la multitud y de la clase más baja”.⁴¹²

Las contradicciones de Raleigh en el estudio de la soberanía y la explicación de las causas de ese contraste recién mencionado demandan la introducción de las concepciones de Raleigh respecto de la rebelión. En *The Prerogative of Parliaments*, los argumentos respecto de la rebelión aparecen tras las consideraciones mencionadas respecto de la soberanía, en medio de las discusiones entre el juez de paz y el consejero real en cuanto a las implicancias restrictivas o no que las prerrogativas parlamentarias hipotéticamente implican para la monarquía. En *Maxims of State* y en *Cabinet Council* las reflexiones sobre la rebelión suceden a la introducción del concepto de soberanía, en el marco de un análisis abocado a discernir los modos de mantener y transformar una forma de gobierno.

Es en los mencionados pasajes del diálogo entre el juez de paz y el consejero real en los que aparecen las más explícitas sugerencias de Raleigh a favor de la limitación del poder del rey. Aunque tímidamente, el juez de paz llega a justificar la oposición (incluso violenta) a la corona ante los cuestionamientos del consejero real. El argumento se asienta fundamentalmente en una oposición a los malos consejeros del rey y no al rey mismo, sobre todo en un cuestionamiento a aquellos que pretenden rechazar la convocatoria a los Parlamentos. El juez de paz sugiere que la actitud prudente para el rey sería la cooperación con el Parlamento: su supresión no es una opción, porque no puede suprimirse sin más a quienes éste representa.⁴¹³ “¿Cederá la cabeza ante los pies? Ciertamente debería hacerlo cuando éstos son agraviados como lo son, por ejemplo, por los monopolios, las imposiciones, los encarcelamientos arbitrarios y la prohibición de la libertad de expresión en el Parlamento. La solución de las dificultades financieras de la corona reside fundamentalmente en el amor del pueblo, que sólo se pierde por defender las maleficencias de otros, único motivo de desgracia que ha caído sobre los reyes de esta tierra desde la conquista”.⁴¹⁴

El juez de paz amenaza entonces con “sacar del polvo el recuerdo largamente enterrado de las anteriores disputas de los súbditos con el rey”,⁴¹⁵ pero hasta aquí llega su osadía. Cuando el consejero exige mayores explicaciones al respecto, el juez de

⁴¹¹ W. Raleigh, *History...*, I, 2.

⁴¹² W. Raleigh, *Works*, op. cit., 206 y 207. Raleigh, en ocasiones, despreciaba a las muchedumbres, y afirmaba, por ejemplo, que “es una suerte de injusticia que largos trabajos y un cerebro comprensivo, además de perder el tiempo y otros gastos, deban gastarse en hombres sin valor”. *History...*, V, III, 15.

⁴¹³ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 200-202 y 208-217.

⁴¹⁴ *The Prerogative of Parliaments*, citado en C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 180.

⁴¹⁵ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 242.

paz retrocede y, a pesar de afirmar que “el saber que su majestad conoce los problemas y no se preocupa es capaz de hacer desesperar a sus más leales súbditos”, concluye temeroso que “esto no es todo, y temo (conociendo vuestro amor hacia el rey) que sufriríais una terrible fiebre si lo escucharais todo, continuaré, por ello, con mis Parlamentos”.⁴¹⁶ La distancia que separa a estas líneas de la noción absoluta de soberanía expresada por Raleigh en otros pasajes (y proclamada por Jacobo para sí en cuanto monarca absoluto), es evidente y exime de mayores comentarios. Esta conclusión exige, sin embargo, algunos matices. En sus textos, Raleigh se niega a justificar abiertamente los alzamientos contra la monarquía y sus pasajes más osados refieren siempre a los casos en que ésta ha degenerado en tiranía, a aquellas ocasiones en las que los monarcas (o sus malos consejeros) se desvían de la búsqueda del bien común y persiguen sólo la satisfacción de sus propios y egoístas intereses. Al fin y al cabo, éste era, junto con el de la traición, uno de los argumentos favoritos de los revolucionarios y regicidas de las décadas de 1640 y 1650, y parece evidente que, unos años antes, no deben haber sido recibidos con simpatía por un monarca como Jacobo I, que consideraba que la convocatoria al Parlamento y las prerrogativas parlamentarias eran una graciosa concesión de un monarca magnánimo.⁴¹⁷ Las contradicciones, finalmente, reaparecen cuando Raleigh sugiere, también en *The Prerogative of Parliaments*, que aun ante la peor de las tiranías la paciencia es preferible a la rebelión directa, puesto que los tiranos son también mortales.⁴¹⁸

En *Maxims of State* la sedición y la rebelión son concebidos como algunos de los medios violentos por los que un Estado puede modificarse en su estructura; sus causas son la búsqueda de libertad, de riqueza o de honores, así como la opresión por parte de los magistrados. Nuevamente Raleigh se inclina aquí por medios no violentos de alteración del Estado, los que son por supuesto preferibles ante el otro modo de modificación concebido por Raleigh, la invasión extranjera.⁴¹⁹ En *Cabinet Council*, retoma el argumento recién delineado y sugiere que la guerra civil surge de la

⁴¹⁶ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 246.

⁴¹⁷ Hasta cierto punto, Raleigh desmistifica el poder real. Si para Jacobo el rey era la encarnación de Dios, para Raleigh, en cambio, era quien debía instrumentar leyes justas: “Piedad, bondad y caridad más que voluntad inviolable deben marcar su carácter” (*History...*, I, I, 11); “Los reyes viven en el mundo y no sobre él” (*History...*, V, II, 2).

⁴¹⁸ “Un rey es, a pesar de todo, un hombre, y como tal morirá irremediamente y puede errar” *History*, V, II, II, 4. Según R. Zaller, desde la Antigüedad clásica la figura del tirano ha sido uno de los arquetipos negativos más fuertes del pensamiento occidental. Representa la transgresión política, el villano que desafía al cielo y a la Tierra. Los temores a un gobierno arbitrario, despótico y demoníaco causaron el resurgimiento de la noción clásica y humanista del tirano, que justificarían luego la ejecución de Carlos I y la abolición de la monarquía. Para las décadas revolucionarias, el tirano y el anticristo eran mitades de una imagen única. Para 1642 se comenzó a sugerir que el remedio para la tiranía era el tiranicidio y no la paciencia (Anónimo, *A Briefe Discourse upon Tyrants and Tyranny*, 1642, 4). Los realistas, por su parte, sostenían que la tiranía podía ser violación de la ley civil (Ahab), de la ley divina (Nabucodonosor) o de ambas (Manasses); pero la resistencia no está justificada en ningún caso, pues sólo Dios puede juzgarla (G. Williams, *Vindiciae Regum*, Oxford, 1643, 28). En este sentido, cualquier rey legítimo, en tanto designado por Dios, no puede ser tirano, sólo los usurpadores pueden serlo. Los niveladores opusieron a estas ideas la convicción de que, dado el yugo normando, todos los reyes desde la Conquista eran ilegítimos. R. Zaller, “The Figure of the Tyrant in English Revolutionary Thought”, *Journal of History of Ideas*, 54, 4, 1993, 585-610.

⁴¹⁹ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 38.

sedición, del destino, de los excesos del gobierno, de la pobreza o de la tiranía. Enuncia la posibilidad de derrotar a las rebeliones por la fuerza o por la persuasión y termina por concebir a ésta última como la alternativa más conveniente.⁴²⁰ Raleigh critica nuevamente con dureza a la tiranía, pero insiste en rechazar a la rebelión a la espera del fallecimiento del tirano.⁴²¹

Sus concepciones Raleigh en lo referente a la rebelión incluyen la idea de que “aunque no puede existir un derecho a la rebelión, los hombres se rebelan de hecho cuando se los oprime demasiado. La alternativa a la cooperación con el Parlamento sólo podía ser el gobierno por medio de un ejército permanente: sobre este tema, Raleigh se anticipó claramente a lo que diría Harrington”.⁴²² Finalmente, proponiendo descarnadamente la utilidad en lo que C. Hill considera “un antecedente de Hobbes”,⁴²³ Raleigh resume algunos de los argumentos vertidos hasta aquí cuando sostiene:

“En las guerras civiles se disuelven y vacían todos los pactos y acuerdos anteriores de defensa de la libertad y de la *propiedad*: el tomar las armas, en efecto, supone un estado de guerra, que es el verdadero estado de la naturaleza, de los hombres fuera de la comunidad, en el que todos tienen el mismo derecho a todo; y no gozaré de mi vida, mi sustento o cualquier cosa que aprecie sino en la medida en que me deje el que es más astuto o más fuerte que yo. El que un determinado gobierno sea de *Iure Divino* es difícil de afirmar y de poca utilidad para la humanidad. En efecto, tenga su origen en una institución divina o en un pacto el gobierno de cualquier país del que sea súbdito, tengo siempre la obligación de obedecer sus leyes y trabajar por su prosperidad.”⁴²⁴

Este pasaje da cuenta, al mismo tiempo, de las complejidades del pensamiento político de Raleigh. En breves líneas, el autor aborda el problema de las guerras civiles, el análisis del estado de naturaleza y los problemas relacionados con la “igualdad” en él imperante, la conveniencia y la utilidad como medida para valorar las facilidades que ofrece la sociedad civil y la cuestión del origen divino o contractual de la soberanía. De hecho, Raleigh enuncia todos estos problemas y no se

⁴²⁰ En este sentido, Raleigh reconoce además la necesidad de la invención de “sofismas, misterios y tradiciones” que contribuyan a la preservación del Estado. Véase W. Raleigh, *Works*, op. cit., 8-11. La referencia de Raleigh a los “sofismas, misterios y tradiciones” que los Estados necesitan inventar para sostenerse se revela como una sugerencia de una suerte de producción ideológico cultural necesaria para el sostenimiento de un régimen político. De hecho, Raleigh conocía esto por su propia experiencia, pues en su corpus poético y literario como en el de su círculo el tema imperial aparece repetidamente.

⁴²¹ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 64.

⁴²² C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 228.

⁴²³ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 177.

⁴²⁴ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 50.

aboca a la resolución teórica de ninguno. Simplemente sugiere una prospectiva para la acción asentada en la obligación de obediencia y, como se ha sugerido más arriba, esta no es una perspectiva que Raleigh mantenga coherentemente a lo largo de toda su obra política.

Si bien la novedad de los escritos políticos de Raleigh no es un aspecto a destacar, esto no significa que carezcan de importancia. Evidentemente, sus obras no son del todo originales y, plagadas de contradicciones, son en general compilaciones ampliadas y comentadas y no textos novedosos. Sin embargo, estos escritos introdujeron y contribuyeron a difundir las ideas de autores como Maquiavelo o Bodin, al tiempo que podía extraerse de ellos un programa para los partidarios del Parlamento. Al mismo tiempo, el hecho de que las obras estuvieran firmadas por Raleigh, una víctima de la política proespañola de Jacobo I, puede haber sido relevante para la aceptación de las ideas a las que nos estamos refiriendo. La estatura teórica de Raleigh no es, ni mucho menos, la de Hobbes o Harrington, y la distancia que lo separa de ellos es casi tan amplia como la que separa a sus concepciones respecto de la resistencia a la tiranía del regicidio de las décadas revolucionarias. Sin embargo, no puede negarse la importancia de sus textos e ideas en la configuración de las estrategias de los parlamentarios de 1620 ni en la de las ideas de algunos destacados protagonistas de la Revolución.

Otra cuestión interesante es la del papel de la historia en las conceptualizaciones políticas de Raleigh. La importancia de los argumentos históricos en *The Prerogative of Parliaments* ya ha sido señalada más arriba. En este sentido, es posible sugerir que la apelación de Raleigh a la historia en sus textos políticos es, en primer lugar, un intento por buscar una salida a las limitaciones y contradicciones con los que se había topado en su reflexión teórica, apelando a un elemento extraño que transforma radicalmente el análisis. Sin embargo, es probable intuir que esto se relaciona con la posición general de Raleigh ante la historia y ante el discurrir de los sucesos humanos. Como se ha visto, la evolución de la historia para Raleigh no depende enteramente de la causalidad humana, la providencia está siempre sancionando lo que ocurre en este mundo, sólo que ha sido desplazada para dejar de ser la fuerza que determina todos y cada uno de los sucesos acaecidos para dar lugar a las leyes de la historia que los propios hombres construyen con su acción. "En *The Prerogative of Parliaments*, Raleigh insta a Jacobo a asimilar la enseñanza de su *History...*, la historia es un proceso sometido a leyes."⁴²⁵ De hecho, la compleja relación entre el carácter providencial de la soberanía y las formas de Estado y su existencia como producto de la acción humana es un punto privilegiado para observar el delicado equilibrio entre la causa primera y las causas segundas en el pensamiento político de Raleigh.⁴²⁶ Indagar con mayor profundidad las relaciones entre la filosofía

⁴²⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 228.

⁴²⁶ "Dios les había hecho ver primero a los hombres la necesidad de la monarquía, que había ordenado a través de su eterna providencia, pero hablando humanamente, los comienzos del imperio pueden

de la historia de Raleigh y su pensamiento político es sin dudas vital para comprender a éste en su totalidad, pero parece claro que, tanto en una como en otra, Raleigh es un crítico moderno de las concepciones antiguas, aunque no logra construir una crítica monolítica a estas ni un pensamiento radicalmente innovador.

Finalmente, deben destacarse los reclamos de los escritos políticos de Raleigh que buscan obtener una ley sencilla y eficiente para el bien del pueblo y el fin de los abusos. Raleigh llega incluso a sostener que los abogados "casi han devorado Inglaterra".⁴²⁷ De hecho, la búsqueda de una ley sencilla (y en inglés) fue un reclamo constante tanto de los parlamentarios de la primera mitad del siglo XVII como de los revolucionarios radicales de las décadas de 1640-1650. Probablemente Winstanley hubiera estado de acuerdo con la idea de Raleigh de que "debe evitarse la complejidad de la ley, que enriquece a los abogados innecesarios y empobrece a los ciudadanos".⁴²⁸ Aunque para Winstanley, claro, el único modo de terminar con el problema legal era dar por tierra al mismo tiempo con la propiedad privada.

El aspecto político de la *History...* no es menor, fundamentalmente teniendo en cuenta su impacto en la generación revolucionaria que dos décadas después de su muerte leería sus embestidas contra la monarquía y su arbitrariedad, pero avanzaría un paso más al no respetar ya su legitimidad divina. No es casualidad que el nivelador John Lillburne lo citara. Pese a sus ataques a la monarquía y a sus reyes, Raleigh, que había sufrido en carne propia sus arbitrariedades, evitaba poner en entredicho la ordenación jerárquica de la sociedad isabelina. En la *History...* la concepción del orden monárquico se da por sentada y prácticamente no se hace referencia a ella; las críticas de Raleigh se orientan hacia las formas en que ese orden ha sido corrompido y a la inmediata responsabilidad de los gobernantes en ello, y siempre insiste en que éstos deberían tener más en cuenta la historia y sus enseñanzas. De cualquier manera, sus ideas políticas no conforman un cuerpo sistemático y organizado e incluso son en algunos aspectos contradictorias; sin embargo no sería extraño que Raleigh hubiera leído las *Vindiciae contra tyrannos*, fundamental obra de teoría política del siglo XVI atribuida a P. Duplessis Mornay.⁴²⁹ Los extensos pasajes que Raleigh dedicó en su *History...* a reflexionar sobre la tiranía y sus argumentos respecto del gobierno y del

atribuirse a la razón y a la necesidad y pronto se establecieron leyes para encauzar y restringir el poder real." W. Raleigh, *History...*, op. cit., II, 107. Véase la anterior referencia al gobierno de *iure divino*.

⁴²⁷ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 60.

⁴²⁸ W. Raleigh, *Works*, op. cit., 59.

⁴²⁹ No hay datos fehacientes sobre este punto. La primera edición inglesa (en latín) de las *Vindiciae* data de 1579 y fue impresa en Edimburgo. Antes del nuevo siglo se habían editado al menos dos más en Londres, curiosamente una de ellas junto a *El Príncipe*. George Buchanan, que había traducido a Eurípides, publicó en el mismo año en el que aparecieron en Inglaterra las *Vindiciae* su *De iure regni apud Scotos*, que compartía con aquéllas muchas de las críticas al absolutismo; este libro tendría una gran influencia en las ideas políticas del círculo de Sidney. En 1600 un médico escocés, William Barclay, que daba clases de leyes en Angers, Francia, país donde residía también Buchanan, editó una compilación de escritos de teoría política donde se reproducían capítulos tanto de Buchanan como de las *Vindiciae*. Este mismo personaje publicó, en Edimburgo en 1614, un panfleto que alababa las virtudes del tabaco, introducido por Raleigh en la corte inglesa décadas atrás. No resultaría extraño entonces que Raleigh, hubiera leído las *Vindiciae* y es seguro que leyó a Buchanan. Por ejemplo: W. Raleigh, *History...*, en G. Hammond (ed.), op. cit., 218-223.

Estado, concuerdan y, al menos parcialmente, parecen desprenderse de las *Vindiciae* que, sin embargo, teorizan en un plano mayormente político cerrado en sí mismo. En cambio, la defensa hecha por Raleigh del Parlamento y de sus prerrogativas, y las críticas a la autoridad real y a su uso arbitrario, están estrechamente relacionadas tanto con el ideal político de Raleigh como con su acertada apreciación de que el Parlamento es al menos en parte el representante de aquellas clases en las que Raleigh depositaba su confianza y su esperanza para el engrandecimiento de Inglaterra; las prerrogativas del Parlamento no representan simplemente el ideal político de la limitación de los derechos del soberano frente a un uso abusivo de su poder, sino también una pionera defensa económica de los intereses de la *gentry* y de la *city*.⁴³⁰

V

La comprensión del pensamiento político e histórico de Raleigh exige considerar también el modo en que fue recibido, apropiado y transformado en su época y en la generación siguiente. Para analizar estas cuestiones es relevante el estudio de la portada de su *History...*, que además hace posible acceder a otros aspectos de la producción misma de esas nociones por parte de Raleigh y su círculo de relaciones. A este respecto, los estudios de R. Chartier han vuelto a los investigadores de la historia cultural cada vez más atentos a la materialidad de los libros y objetos culturales que analizan. No parece ya exagerado afirmar que es imposible comprender los fenómenos culturales del pasado en su inmensa complejidad sin tener en cuenta los avatares de su existencia como objetos, tanto en lo que hace a su producción como a su circulación y recepción. Quizá sea, sí, un exceso afirmar que “los autores no escriben los libros”,⁴³¹ por cuanto textos e imágenes imponen límites ciertos a los apartamientos que de ellos pueden derivarse. De todos modos, tipografías, cubiertas, portadas, e imágenes de diversos tipos eran componentes de los libros que complementaban a los textos en la producción de las lecturas. Hasta cierto punto, las formas en que un libro es leído son determinadas antes de que el lector haya pasado a la primera frase, pues las características materiales de un libro condicionan y predisponen la lectura y tienen un vínculo determinado con su contenido. La portada era el primer encuentro del lector con los contenidos del libro y su importancia era reconocida por escritores, editores y lectores. Era el marco para el texto y contenía su

⁴³⁰ “La *gentry* –dijo sir Walter Raleigh– extendida por doquier, constituye las guarniciones del buen orden por todo el reino”. Citado en C. Hill, *De la Reforma a la Revolución industrial. 1530-1780*, Barcelona, Ariel, 1991, 33. La idea medieval de que la nobleza está llamada a proteger al mundo mediante el cumplimiento del ideal caballeresco ha dejado lugar en Raleigh a otra clase de personas y a otra clase de actividades.

⁴³¹ “Por una parte, la transformación de las formas a través de las cuales se propone un texto legitima recepciones inéditas, creando nuevos públicos y nuevos usos. Por la otra, el compartir los mismos bienes culturales por los distintos grupos que componen una sociedad suscita la búsqueda de nuevas distinciones, aptas para marcar las diferencias conservadas.” R. Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural, entre práctica y representación*. Buenos Aires, Manantial, 1996, 60. Véase también R. Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1990.

significado. Según K. Sharpe, la práctica de una segunda página de título creció sin cesar durante los siglos XVI y XVII y dio lugar a mayor elaboración en los grabados; aparecieron complejos dispositivos pictóricos y emblemáticos que epitomizaban el libro.⁴³² La capacidad que tenían las portadas de potenciar la visibilidad de una obra y la difusión de sus contenidos puede calibrarse si se tiene en cuenta que era común exhibirlas y conservarlas en capillas públicas y privadas, en las que además tenían lugar representaciones teatrales.⁴³³ Por otra parte, para la segunda mitad del siglo XVII la importancia de las portadas había crecido tanto que el famoso S. Pepys tenía en su biblioteca una sección especial en la que atesoraba más de 800 de estas piezas.⁴³⁴

Este aspecto de la *History*... es también digno de atención porque la conciencia histórica de la modernidad temprana no fue definida sólo por anticuarios, cronistas o historiadores. El pensamiento histórico incluía diversas expresiones de la relevancia del pasado para el presente, de modo que entre la historia como recuento del pasado basado en la investigación metódica y la historia como mera invención había una amplia variedad de actitudes históricas. Así, algunas construcciones culturales que contribuyeron a la conciencia histórica de la época no eran necesariamente escritas.⁴³⁵ El arte heráldico, por ejemplo, generó en los nobles la convicción de su dignidad ancestral y creó conciencia de la tradición histórica de la totalidad del reino.⁴³⁶ Durante los reinados de Isabel y Jacobo, la investigación, creación y registro de *pedigrees* alcanzó un pico. Una vez reconocidos por la heráldica o por los documentos estatales, los ancestros eran exhibidos en las propiedades, de modo que el escudo de armas, que originalmente sólo tenía una funcionalidad de identificación en batallas, devino un símbolo de nobleza, publicado en colecciones que los letrados adquirían y estudiaban con fruición.⁴³⁷ Por otra parte, los blasones adornaban la arquitectura como supervivencias del pasado, pero también marcaban la propiedad como inalienable, como símbolo de la historia familiar.⁴³⁸ Otra tradición, íntimamente ligada con éstas, de combinación de texto e imagen como fórmula de identificación noble era la de las divisas, que eran una invención de la cultura caballeresca francesa, aunque muchos la creyeron italiana. Esencialmente se trataba de una heráldica de la mente, un símbolo elegido para mostrar una preocupación en el amor o la guerra.

⁴³² K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 201.

⁴³³ S.R. Westfall, *Patrons and Performance*, Oxford, Clarendon P, 1990.

⁴³⁴ A. Pawelkowski y J.E. Burucúa, "Intercambios eruditos en la Inglaterra moderna: una carta de John Evelyn y la biblioteca de Samuel Pepys".

⁴³⁵ Además, la imagen alegórica de la portada de la obra de Raleigh puede considerarse otro signo de las innovaciones historiográficas de su tiempo, por cuanto "no existe en la crónica medieval una tradición de ilustración alegórica, sólo se incluían imágenes de sucesos particulares, esencialmente batallas". A. Gransden, *Historical Writing in England, 1300-1500*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1982.

⁴³⁶ F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967, 67.

⁴³⁷ D.R. Woolf, "Little Crosby and the Horizons of Early Modern Historical Culture", en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 93. Un ejemplo de esas colecciones es J. Guillim, *A Display of Heraldrie*, Londres, W. Hall for R. Mab, 1610.

⁴³⁸ M. Airs, *The Making of the English Countryhouse, 1500-1640*, Londres, Architectural Press, 1975.

Podían cambiarse con las circunstancias, incluso usarse varias a la vez, con diversos significados. Lo constante era la utilización de un lenguaje visual, disfrazado ante los ojos vulgares, descifrable por un pequeño grupo de íntimos. Generalmente se aclaraba el significado con un lema: la explicación debía emerger de ambos lenguajes. Se recurría a poetas y eruditos para diseñarlos y se lo consideraba una prerrogativa noble. Se tomaba a las imágenes de un acervo común, usualmente del mundo natural, real o legendario, de los objetos de uso diario o de las convenciones amorosas petrarquianas. Hacia 1500 tenía dos formas: símbolos simples o escenas simbólicas en las que varios símbolos interactuaban. Estos diseños se difundieron también de otras formas: vidrios teñidos, joyas, tapices, pinturas y edificios presentaban combinaciones de texto e imagen semejantes, lo que convierte al emblema en un fenómeno cultural fundamental en tanto repositorio del saber y los símbolos del período.⁴³⁹

Con el Renacimiento, la costumbre no decayó y se comenzó a utilizar imágenes y lemas clásicos, pero no se abandonaron los medievales. Como esta tradición pertenecía a las clases altas, los contemporáneos dedicaron mucho esfuerzo a describir y explicar las divisas. El primer libro sobre ellas es el *Dialogo dell'Imprese* de P. Giovio, publicado en Florencia en 1552, un éxito editorial traducido más tarde en Inglaterra por S. Daniel. Para Giovio, era esencial la colaboración de un hombre letrado en la elaboración de los símbolos, la tarea exigía conocimiento de lo escrito por los antiguos y el resultado no debía ser demasiado evidente ni demasiado oscuro. Desde el comienzo el emblema estuvo ligado a las divisas, incluso se los confundía en el siglo XVI-XVII. Sin embargo, había una distinción social entre ambos. Aunque muchos burgueses la adoptaron como una forma noble de "marca de comercio", la divisa nunca perdió su raíz noble y cortesana, por ello se la asociaba con la heráldica. El emblema, en cambio, era un idioma de los letrados que en cierto modo emergía de una jerarquía social de un grado menor que el noble. En el emblema, además, a diferencia de la divisa, el texto expone la casi totalidad del significado de la imagen. Sin embargo, aunque el emblema no debía ser tan complejo como el enigma, tenía que evitar privar al lector del placer de descifrarlo; su significado estaba cerrado a los vulgares y abierto a los letrados.⁴⁴⁰ Por otra parte, ese "hábito alegorizante" encuentra una explicación importante en el fuerte peso de la censura, que condicionaba fuertemente lo que se enviaba o dejaba de enviarse a la imprenta para su difusión. En el siglo XVII era imperioso el uso de la alegoría, de las alusiones bíblicas, del doble sentido, para expresar lo que quería decirse y no lo que se esperaba que fuera dicho.

Por otra parte, Según J. Horden, los comentaristas recientes de los libros de emblemas del Renacimiento han malinterpretado a Scipioni Bargagli: su precepto de que imagen y texto deben "estar tan estrictamente unidos que considerados por

⁴³⁹ P. Daly (ed.), *The European Emblem, Towards an Index Emblematicus*, Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 1980.

⁴⁴⁰ M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979, 10-22.

separado no pueden explicarse” estaba en realidad dirigido a las divisas, en las que la imagen es simple y el texto poco más que un lema. Era personal, críptico, misterioso; la interdependencia de figuras y palabras era una marca de calidad. En el emblema, en cambio, es la imagen la causante de la primera impresión, sólo en segunda instancia se la reinterpreta y refina con el texto. Por eso, la primera tarea interpretativa refiere a los significados individuales de cada símbolo utilizado⁴⁴¹. Sin embargo, también es cierto que en el emblema, imagen y texto dependen el uno del otro y la naturaleza de la interacción entre lo verbal y lo visual ha generado debate. En su edición del libro de emblemas de G. Whitney, H. Green ha sugerido que “El lema provee el tema, la divisa lo retrata, el epigrama lo viste con un lenguaje poético”. En general, los historiadores del arte lo caracterizan por la astucia y el enigma, que el epigrama resolvería: el emblema sería arbitrario, sin similitud necesaria entre el motivo representado y el significado.⁴⁴² En realidad, imagen y texto se dilucidan mutuamente, el texto no es explicación de la imagen ni ésta ilustración del texto, su objetivo es la mutua elucidación de una idea.⁴⁴³ Según P.M. Daly, R. Freeman y M. Bath tomaron demasiado en serio las afirmaciones de Wither sobre la arbitrariedad de la relación entre palabra e imagen que “se acerca a un sabotaje de la credibilidad de la empresa emblemática”⁴⁴⁴. Las referencias de Wither a “épocas pasadas”, “nuestros mayores” o “sabia antigüedad” pretenden dotar de autoridad a símbolos y significados no familiares para algunos lectores. Sin examinar en profundidad sus emblemas se ha sostenido que consideraba a la tradición demasiado oscura, obsoleta, sutil y arbitraria. Sin embargo, identifica, nombra y describe con precisión los motivos simbólicos en casi todos sus grabados y provee el significado correcto de acuerdo con los temas que desea exponer, de modo que su exasperación no se dirige a la polivalencia de los símbolos, que para él tenían un significado claro, sino a la oscuridad de algunas imágenes de la tradición continental.⁴⁴⁵

El aumento del interés en la heráldica fue paralelo a aquel en la producción de emblemas, que funcionaban también como formas de adulación cortesana y diplomacia.⁴⁴⁶ El emblema es a la vez una forma artística y un modo de

⁴⁴¹ J. Horden, “The connotation of symbols”, en M. Bath, J. Manning, A. Young, *The art of the Emblem*, Nueva York, AMS, 1993.

⁴⁴² R. Freeman, *English Emblem Books*, Londres, 1948.

⁴⁴³ L. Dieckman, “Renaissance Hieroglyphics”, *Comparative Literature*, 9, 1957, 313.

⁴⁴⁴ M. Bath, introducción a G. Wither’s *Emblems*, 1989.

⁴⁴⁵ P.M. Daly, “The arbitrariness of G. Wither’s Emblems, a reconsideration”, en M. Bath, J. Manning, A. Young, *The art of the Emblem*, Nueva York, AMS, 1993. Además, Wither agregaba a la forma tripartita de epigrama-imagen-lema en latín, un cuarto elemento, un verso en inglés que aumenta el lema latino, otro argumento en contra de su supuesta convicción en la arbitrariedad propuesta por Bath. Wither también usaba la metáfora arquitectónica para referirse a su obra, a la que definía como un monumento conmemorativo. Según Daly, Praz, Freeman y Bath insistían en la arbitrariedad de la literatura emblemática, pero contribuciones alemanas recientes (A. Schöne, D.W. Jöns) afirman que modos heredados de exégesis y alegoría cristiana influyeron en la tradición reduciendo la arbitrariedad (P.M. Daly, *Emblem Theory*, Nendeln, K. Thomson, 1979).

⁴⁴⁶ Un signo de su popularidad es el conocido malestar de Gabriel Harvey, quien protestaba porque los estudiantes de Cambridge se dedicaban más a los libros de emblemas que a Aristóteles. Para K. Sharpe, el emblema también era central para la cultura renacentista y la combinación de imagen y *lema* era el

comunicación; se trata de una forma mixta, una combinación híbrida de representación gráfica y texto, una forma de arte y un modo de pensamiento simbólico. Por ello, el emblema, como las portadas alegóricas, depende de la interacción entre palabra e imagen, la representación gráfica tiene una importancia semejante a la del texto en la comunicación de sentidos. Puede decirse que la tradición emblemática moderna fue iniciada por Andrea Alciato en 1531, con la publicación de su *Emblemata*, en la que aparecía como combinación de símbolo, género literario y función del modo de pensamiento poético. Para componerlo, sumaba un símbolo no lingüístico, que era el corazón del emblema, un poema explicativo y un lema. Para el momento de la muerte de Shakespeare, alrededor de 200 autores habían producido unos 700 libros de emblemas en toda Europa. En comparación con la producción emblemática continental, sin embargo, la tradición inglesa era modesta: se habían editado 58 títulos en 120 ediciones antes de 1700.⁴⁴⁷ La primera de estas publicaciones en inglés fue obra de G. Whitney, se publicó en Leyden en 1586 con el título *A Choice of Emblems*, y se basaba sobre todo en la obra de Alciato.⁴⁴⁸ Es preciso destacar la gran influencia de las obras de Ripa y Alciato en los creadores de emblemas ingleses. Whitney, Peacham, Wither, Quarles y otros las usaron como fuente a partir de las cuales lograron transformaciones creativas importantes, aunque es evidente que la contribución inglesa a la teoría emblemática fue menor.⁴⁴⁹ Una característica de la literatura emblemática es que el sentido de las imágenes visuales no depende de un sistema estable de significación, por lo que el significado tradicional puede ser alterado, transformado radicalmente e incluso invertido, tras lo cual puede reaparecer. Los símbolos sufren cambios en su significación y adquieren nuevas connotaciones, incluso ciertas presentaciones disminuyen su fuerza inherente. Así, el simbolismo utilizado en los libros de

modo de las familias aristocráticas para retratarse a sí mismas, lo mismo que gremios, guildas, regimientos, etc., de manera tal que "en la Inglaterra isabelina el emblema era la principal representación de identidad". Tal vez sea necesario insistir en que lo eran para la clase dominante, pues no todos tenían acceso ni contacto frecuente con él. K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000, 202.

⁴⁴⁷ P. Daly (ed.), *The English Emblem Tradition*, Londres, U. Toronto Press, 1993, XVI.

⁴⁴⁸ Para Whitney, "emblema" deriva del griego y significa "to put in", "to set in". Los divide en tres categorías: históricos, naturales y morales. J.F. Leisher, *George Whitney's A Choice of Emblems*, Nueva York, Garland, 1987. Otros ejemplos de libros de emblemas ingleses son los de G. Wither y F. Quarles, publicados ambos en 1635. El libro de Wither fue mucho menos popular que el de Quarles, posiblemente porque en la época se lo consideraba un poeta mediocre. Durante la Guerra Civil, Wither se convirtió en un profeta puritano de la causa republicana. En la obra de Wither el emblema tiene cuatro partes: imagen, lema circular, treinta líneas explicativas escritas por él mismo y dos líneas epigramáticas superiores basadas en una obra anterior de Rollenhagen. El único tratado del siglo XVII publicado en inglés sobre teoría emblemática fue el de Henri Estienne, *The Act of Making Devices*, trad. Thomas Blount, Londres, 1646, quien consideraba que "el objetivo principal del Emblema es instruir mediante la exposición de la figura a nuestra vista y del sentido a nuestra comprensión: por ello, debe haber algo oculto, sutil, placentero y significativo en él. De este modo, si las imágenes son demasiado comunes, deben tener un sentido místico; si son oscuras, deben informarnos más claramente mediante palabras, que deben ser analógicas y correspondientes". G. Wither, *A Collection of Emblems*, Vermont, Scholar Press, 1989 (1635), introducción de M. Bath.

⁴⁴⁹ M. Bath, J. Manning, A. Young, *The art of the Emblem*, Nueva York, AMS, 1993.

emblemas era un arte vivo, no una artesanía muerta basada sólo en la copia de libros de texto estandarizados.

Según H. Diehl, muchos estudiosos de la emblemática la ven como un género conservador, enraizado en las técnicas medievales de la alegoría y la personificación, con mitos y símbolos medievales. Así, por ejemplo, para M. Praz el emblema es “la vulgarización del modo de pensamiento medieval”;⁴⁵⁰ y para P. Daly se basa en “una creencia medieval cristiana y funciona como reafirmación de un orden deseado pero amenazado”.⁴⁵¹ Para E.B. Gilman,⁴⁵² los libros de emblemas protestantes ingleses simplemente alteran la concepción original dominante del emblema, que es católico romana. Sin embargo, Diehl sostiene que con estas consideraciones no se puede explicar por qué los libros de emblemas surgen en 1531 en centros reformados de Europa del Norte, por qué su publicación floreció en años de controversias religiosas para decaer posteriormente, ni por qué eran populares en países protestantes. Así, los emblemas eran escritos por personas involucradas en los debates de su tiempo,⁴⁵³ los protestantes los usaron para avanzar sus creencias religiosas y los jesuitas como arma de la Contrarreforma. Los emblemas son expresiones de su tiempo, aunque usen imágenes e historias del pasado las reinterpretan, cuestionan y recrean; los libros de emblemas protestantes adaptaron emblemas católicos a creencias protestantes, invirtiendo sus valores.⁴⁵⁴ Es esta tradición emblemática protestante y septentrional, no la católica meridional, la que predominaba en Inglaterra y sirvió de base a la tradición de portadas alegóricas. Otra cuestión vinculada exige una reflexión específica: ¿por qué los protestantes eran a la vez iconoclastas y productores de libros de imágenes? Lo que rechazaban no eran las imágenes *per se*, sino lo que consideraban su mal uso, el hecho de que inspiraran adoración y reverencia, que se las considerara eficaces, mágicas o externalizaciones de la religión. Rechazaban que se confundiera la imagen con lo que representaba y temían que esto llevara a la idolatría, pero aceptaban las imágenes que servían como recordatorios del testamento para los

⁴⁵⁰ M. Praz, *Studies in XVII Century Imagery*, Roma, 1964, 207.

⁴⁵¹ P. Daly, *Literature in the Light of the Emblem*, Toronto, 1979, 50.

⁴⁵² “Word and Image in Quarles Emblems”, *Critical Inquiry*, 6, 1980, 385-410.

⁴⁵³ Alciato era un reformador legal que nunca rompió con el catolicismo, pero enseñó leyes en Bourges, Francia, un centro protestante, donde Calvino fue su alumno, de las 140 ediciones de su obra hasta 1700 ninguna se publicó en Roma.

⁴⁵⁴ H. Diehl, “Graven Images: Protestant Emblem Books in England”, *Renaissance Quarterly*, 39, I, 1986, 49-66. Según M. Corbett y R. Lightbown, la culminación de la moda de figuras alegóricas ingeniosas fue la *Iconologia* de Cesare Ripa (1593), que gozó de una enorme popularidad por dos siglos, como una suerte de Biblia de las alegorías. Como era común en la época, Ripa pensaba que las imágenes antiguas ocultaban los secretos filosóficos de los antiguos: permitían instruir a los vulgares, pero no lo suficiente como para que supieran lo mismo que los letrados. Este híbrido entre ocultamiento e ilustración es típico del simbolismo renacentista. En la *Iconologia* hay imágenes de dioses, elementos, artes, ciencias, estaciones, etc. Pero a Ripa le importaba más aquellas que representaban las propiedades del hombre. La *Iconologia* es un repertorio completo de imágenes alegóricas de la naturaleza emocional, moral, física e intelectual del hombre y de las circunstancias externas de su existencia (riqueza, gloria, etc.), tomadas de la Antigüedad, de los tiempos modernos o inventadas para la ocasión. Aunque es una compilación de imágenes, las dos primeras ediciones no estaban ilustradas. Era, en suma, una suerte de manual para pintores, pero también para eruditos por sus referencias latinas, y el orden conceptual alfabético. M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979, 30-32.

hombres, como ayudas conmemorativas, no como fines en sí mismas. Así, demistifican a las imágenes, que sirven para recordar cosas espirituales por asociación, pero no deben ser veneradas, no tienen honor ni divinidad. Los escritores de emblemas ingleses los justificaban con esa función de ayuda a la memoria.⁴⁵⁵ Teniendo en cuenta estas apreciaciones, el análisis de la *History...* que aquí se propone debe atender a uno de los primeros aspectos de la obra que un lector de aquella primera edición de los albores del siglo XVII observaba cuando el libro llegaba a sus manos, su portada. La sensación de futilidad del intento no es menor, y es conveniente aquí recordar la advertencia de L. Marin, según la cual “transformar imagen en discurso es una magia de la retórica que corre el riesgo de convertir lo que puede verse en el lenguaje privado de un individuo hablando consigo mismo”.⁴⁵⁶

Una interpretación adecuada no puede dejar de tener en cuenta que, en principio, la incluida en la primera edición de la *History...* es una portada de un tipo particular, conocido como emblemático, que experimentó una notable expansión durante el reinado de Isabel y el de Jacobo en Inglaterra. Se trata de un tipo de ilustración que había aparecido con anterioridad en el continente y había comenzado a difundirse en el siglo XVI en Europa del Norte y que, además, no habría sido posible sin la notable expansión de la literatura sobre emblemas recién analizada.⁴⁵⁷ Los frontispicios de este tipo comparten varias características con los emblemas y la literatura sobre éstos. Para comenzar, requieren una pericia determinada para su comprensión, cierta “*literacy*” (el término inglés es preciso, pero de difícil traducción), lo que hace que el significado de la representación sea determinable, pero no necesariamente accesible a cualquiera. Por cierto, tales habilidades, aun si estaban limitadas a ciertos grupos de personas letradas, parecen haber desaparecido en la sociedad actual, al menos en el nivel observable para los siglos XVI y XVII. Además, al igual que los emblemas, las portadas solían estar acompañadas por textos breves que completaban la enunciación y facilitaban la comprensión de la representación visual. En el caso de los frontispicios, como se verá para el caso de la *History...*, era habitual que un breve fragmento las describiera y que incluso estableciera algún vínculo con el texto que le seguía, lo que provee un acceso privilegiado a la particular concepción de la historia de Raleigh que en ningún pasaje del libro se expresa de modo tan explícito como en la portada. Estos breves textos, de no más de una página,

⁴⁵⁵ G. Wither, *A Collection of Emblems*, Londres, 1635: “Deseo que mis emblemas sean maestros y recordadores de cosas útiles, que ayuden a la memoria y hagan revivir recuerdos importantes”.

⁴⁵⁶ L. Marin, *To Destroy Painting*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1995, 1.

⁴⁵⁷ Según Corbett y Lightbown, los orígenes de este tipo de portadas son internacionales y se remontan al siglo XV. Hubo varios tipos de portadas en el Renacimiento y algunos se volvieron patrones tradicionales. Las formas tradicionales se difundieron rápidamente, junto con los motivos ornamentales que incorporaron. La migración de artistas y la circulación internacional de libros explican este hecho. La mayoría de los ejemplos ingleses son expresión del manierismo de Europa del Norte por la influencia de artistas holandeses y alemanes, luego modificadas por la pompa del barroco. El origen alemán se remonta a panfletos religiosos de la década de 1520; por primera vez la iconografía se convertía en algo más que una mera ilustración y las imágenes se elegían deliberadamente con fines doctrinales y polémicos. M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979, 5.

a veces escritos en verso y otras en prosa, solían proclamarse en su título como resúmenes del espíritu del libro y la portada. Por lo general, se limitaban a una sucinta descripción de cada una de las imágenes que, reunidas, conformaban la portada, pero las referencias a su significado o al del texto no abundaban. Un lector del siglo XVII debía leer el texto completo y comprender la imagen en su totalidad para dar cuenta del contenido de la obra y este pequeño texto introductorio colaboraba en la identificación de algunos de los símbolos presentados en el dibujo y en el escrito. Si bien las portadas alegóricas tenían similitudes con los emblemas, no eran generalmente un aforismo moral o filosófico, no existían por sí solas, sino como parte de los libros para los que habían sido creadas. El diseño no se limitaba a la expresión de una idea o un tema, sino que era un vehículo más de los pensamientos del autor en el libro, que indicaba una clave de lectura e incentivaba de ese modo la curiosidad por comprender en su totalidad el frontispicio mediante la lectura del texto completo.

La esquina inferior izquierda del frontispicio de *The History of the World* muestra la firma del autor: “*Ren. Elstracke/sculpsit.*”, Renold Elstracke (1590-1630). El término “*sculpsit*”, con el que la mayoría de los ilustradores firmaban sus trabajos en los frontispicios de las obras escritas, da cuenta en principio de que había una fuerte impronta de la técnica (grabado en madera o metal) que daba origen a la imagen: el artista podía intervenir en la concepción, pero su tarea fundamental era la ejecución artesanal de la portada, utilizando técnicas de escultor.⁴⁵⁸ Discípulo de Crispin Van de Passe el viejo en Colonia, Renold Elstracke se trasladó con él a Londres en la primera década del siglo XVII. Reconocido como uno de los principales grabadores de Inglaterra, fue el encargado de los retratos de todos los reyes ingleses desde la conquista editados por Henry Holland en 1618, un volumen que incluía un total de 32 retratos y una portada que reproducía una imagen de Jacobo I. Dos de estos retratos –uno de Jacobo y uno de Ana de Dinamarca– y otros grabados realizados particularmente para la ocasión fueron utilizados por el conde de Monmouth en su traducción de la *Historia de las Guerras Civiles* de Giovanni Francesco Biondi, editada en 1641. W. Martyn utilizó el resto en su *Historia de los reyes de Inglaterra*. Elstracke retrató además a personajes tan relevantes de la Inglaterra de la época como R. Devereux, conde de Essex, y T. Howard, conde de Suffolk.

Esta breve reseña de la vida y la obra del autor de la portada de la *History...* alerta, en primer término, sobre la existencia de cierta profesionalización de su labor: Elstracke podía ilustrar la obra de Raleigh y, casi simultáneamente, ser el grabador de

⁴⁵⁸ Los grabadores firmaban de modo diferente sus obras según el papel que habían desempeñado en su realización. Si *sculpsit* tenía el significado recién descrito, *fecit* se utilizaba cuando el grabador también había concebido y pintado la imagen, y en el caso de que el grabado hubiera sido tomado de otra representación, el autor de ésta era designado con el término *deliniavit*. En la mayoría de las portadas aquí estudiadas, la firma estaba acompañada de *sculpsit*, lo que dice mucho sobre el papel de los grabadores en su realización.

la portada de los *Works* de Jacobo I,⁴⁵⁹ publicados sólo dos años después de la *History...* De hecho, su labor como ilustrador de la *Historia de las Guerras Civiles* del veneciano Biondi lo puso en contacto (al menos marginalmente) con un círculo algo más tardío, el del arzobispo Abbot, un grupo que, como se ha mencionado, fue también importante para una historia de la renovación historiográfica del siglo XVII porque fue su actividad la que permitió la introducción en Inglaterra de las obras de fray Paolo Sarpi, quien utilizaba ideas y metodologías similares a las aquí relatadas en su tratamiento de la historia de la Iglesia y de sus relaciones con el poder secular.⁴⁶⁰ En el caso de que esta hipótesis fuera acertada y la actividad de los grabadores estuviera profesionalizándose, tal vez lenta pero consistentemente, sería necesario determinar cuánto de su labor correspondía a las tareas creativas de concepción de las portadas y cuánto a las tareas artesanales de producción del grabado. En el caso de la *History...*, y también en el de las demás portadas estudiadas en esta tesis, la concepción de la obra parece haber recaído fundamentalmente en el autor del texto, aunque existen algunos indicios de colaboración por parte del grabador, como se verá más adelante.

La biografía del artista llama la atención sobre otro hecho crucial: la creciente internacionalización de las relaciones intelectuales, artísticas y religiosas, paralela a la verificable en el campo de los intercambios económicos. El origen alemán de Elstracke es sólo un dato de color en lo que atañe a este punto y el hecho de que haya participado en una edición inglesa de la obra de Biondi o algunos ejemplos de citas de portadas de libros continentales en el frontispicio de la obra de Raleigh que veremos luego son quizá más importantes. La circulación internacional de escritos, imágenes e ideas alcanzaba en la Inglaterra de aquel tiempo niveles que sorprenden al observador actual.⁴⁶¹ Por lo que sabemos del modo de trabajo de Raleigh y Elstracke en la

⁴⁵⁹ M. Corbett y R. Lightbown, *The comely frontespiece. The Emblematic Title-Page in England 1550-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, 137.

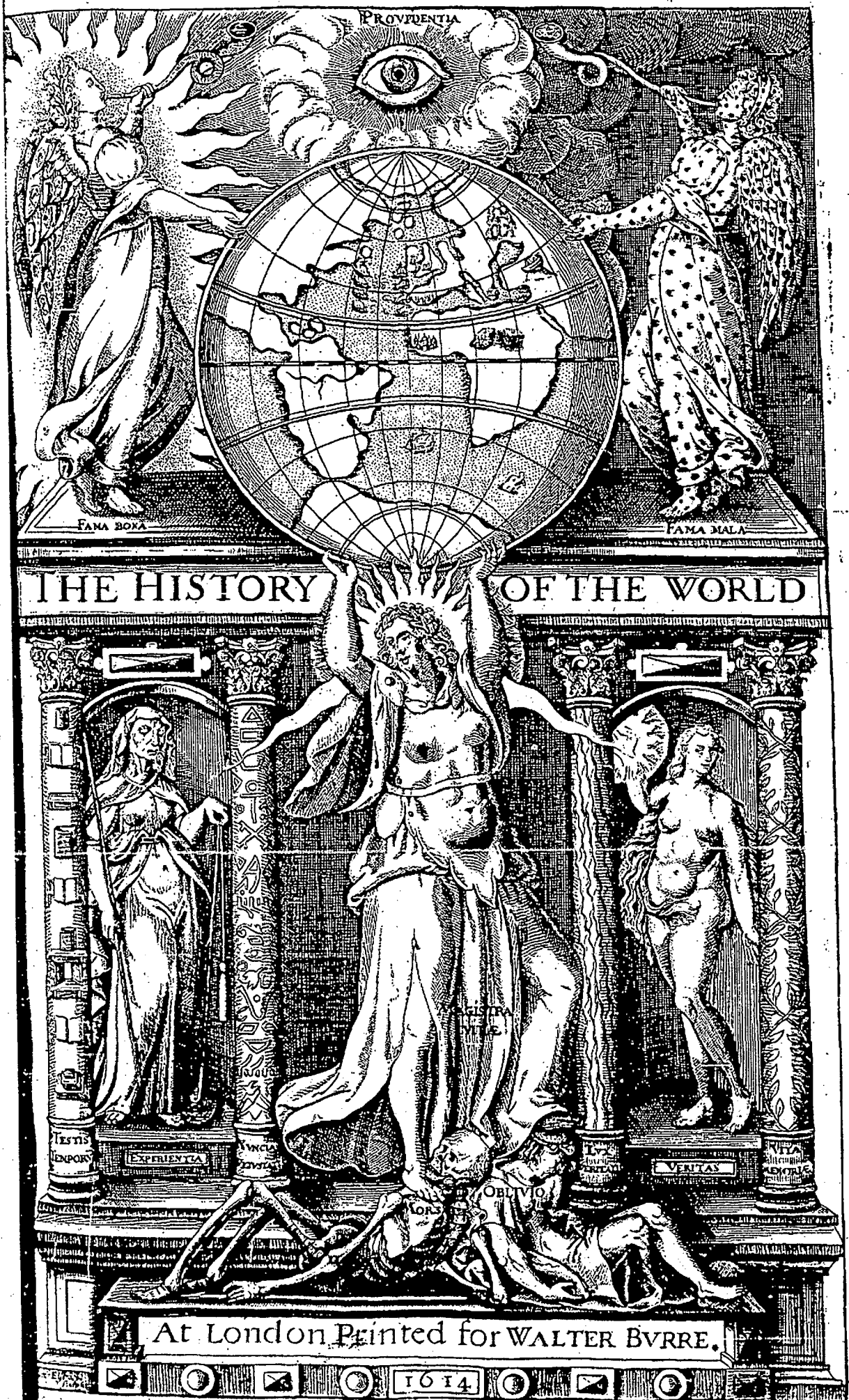
⁴⁶⁰ De hecho, Biondi residía en Inglaterra cuando se tradujo su obra y se sabe que mantenía un fluido contacto epistolar con sir Henry Wotton y sir Dudley Carleton, embajadores ingleses en Venecia, y que conocía a Abbot. Biondi, además, había pertenecido a la Academia de los *Incogniti*, un grupo que se reunía en Venecia y en el que se discutían cuestiones similares a las de los círculos ingleses, pero que tenía la particularidad de obligar a sus miembros a cubrir sus rostros durante las reuniones para que el origen social de cada uno de ellos no condicionara la discusión, puesto que nobles y no nobles asistían en un pie de igualdad a estos encuentros. Es probable que el mencionado Paolo Sarpi haya participado de alguna de estas reuniones. Véanse P. Burke, *Venecia y Amsterdam*, Barcelona, Gedisa, 1992; y P. Sarpi, *Tratado de las Materias Beneficiales*, Buenos Aires, Biblos, 2004, con estudio introductorio a cargo de J.E. Burucúa, N. Kwiatkowski y J. Verardi; también J.L. Lievsay, *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his english friends*, Wichita, Kansas University Press, 1973, 1-20.

⁴⁶¹ Las obras de Paolo Sarpi circularon extensamente en Inglaterra como manuscritos antes de ser traducidas y publicadas y el propio Sarpi tenía fluidos contactos con el historiador francés Jacques de Thou, quien estaba escribiendo por entonces una *Historia sui temporis* y que solicitó la colaboración del fraile veneciano. En el caso de las imágenes, como ya se ha adelantado, un retrato de Sarpi fue enviado a Inglaterra por sir Henry Wotton, quien antes de realizar el envío inscribió en la tela "*Concilium Tridentini Eviscerator*": al hacerlo, reconocía a Sarpi (quien había escrito una magistral *Historia del Concilio de Trento*) como historiador más que como teólogo al servicio de Venecia, al tiempo que ayudaba a producir tal imagen del servita en los observadores ingleses del retrato. Sobre los vínculos fundamentales entre la cultura y la sociedad inglesas y aquellas de los Países Bajos en los siglos XVI y XVII, véase J.J. Murray, "The Cultural Impact of the Flemish Low Countries on XVI and XVII Century England", *American History Review*, 62, IV, 1957, 837-854.

producción de la portada de la *History...*, el grabador trabajaba en estrecho contacto con el autor del escrito y era ésta seguramente una ocasión más de discusión intelectual, en este caso de horizontes casi europeos. No es ocioso recordar aquí nuevamente que el propio Raleigh acogió en su círculo a un científico e impresor, Giacoppo Castelvetro, al tiempo que participó en el proyecto de historia de América de T. De Bry que terminó por convertirse en algo así como una producción internacional.

Tras esta introducción, es momento de abordar de lleno el estudio de la portada de la *History...* en sí misma, un análisis que contribuirá a aclarar e ilustrar muchas de las cuestiones señaladas hasta ahora. Básicamente, el frontispicio presenta un diseño arquitectónico monumental:⁴⁶² cuatro columnas corintias sostienen una plataforma, en cuyo friso puede leerse el título: "*The History of the World*". La base sobre la que se asientan las columnas presenta un escalón hacia abajo decorado con bolas y diamantes (éstos últimos eran los tradicionales símbolos de la perduración temporal) en el que pueden leerse los datos de la edición: "*At London, printed for Walter Burre, 1614*". El personaje central es la Historia misma, una figura femenina coronada con laurel, de cuya aureola salen rayos de luz y que presenta la inscripción "*Magistra Vitae*" (maestra de la vida). La Historia está parada sobre un esqueleto con la inscripción "*Mors*" (muerte) y sobre una figura juvenil dormida con la inscripción "*Oblivio*" (olvido), al tiempo que sostiene con sus manos sobre su cabeza un globo que contiene una representación del mundo conocido. Cada una de las cuatro columnas que la flanquean presenta también una inscripción y una serie de representaciones. En la primera de ellas desde la izquierda se lee "*Testis Temporum*" (testigo de los tiempos) y está decorada por una serie de libros abiertos y cerrados que representan la evidencia de tiempos pasados. En la segunda puede leerse "*Nuncia Vetustatis*" (mensajera de la antigüedad) y se ve en ella un conjunto de jeroglíficos, los mensajeros de la antigüedad, a los que nos referiremos luego con mayor detenimiento. La tercera columna muestra la frase "*Lux Veritatis*" (luz de la verdad) y las llamas que la adornan simbolizan la luz de la verdad. Finalmente, la cuarta columna, "*Vita Memoriae*" (memoria de la vida), contiene representaciones de ramas de laurel: el tocado de los grandes héroes del pasado simboliza la memoria preservada de las generaciones de la antigüedad. Cada par de columnas conforma un nicho, en el de la izquierda se observa una anciana figura femenina que sostiene una vara y una plomada, bajo su pedestal una inscripción la designa "*Experientia*" (experiencia). Entre el par de columnas de la derecha, una figura femenina desnuda con un círculo de luz en su mano derecha es denominada "*Veritas*" (verdad). A la izquierda del mundo sostenido por la representación alegórica de la Historia, delante de un cielo

⁴⁶² M. Corbett y R. Lightbown, *The comely frontespiece. The Emblematic Title-Page in England 1550-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, 129. Corbett y Lightbown se refieren con esto al hecho de que algunas portadas alegóricas de la época no eran solamente portadoras de cierto significado, sino que además tenían un objetivo decorativo o estético, transformándose en una suerte de "arco de triunfo" que marcaba el punto de entrada a la obra.



PROVIDENTIA

FAMA BOVA

FAMA MALA

THE HISTORY OF THE WORLD

TESTIS
TEMPORIS

EXPERIENTIA

VERITAS

VERITAS

VERITAS

OBIVIO

At London Printed for WALTER BURRE.

1614

luminoso y despejado, una figura alada y coronada con laurel toca la trompeta: es la "*Fama Bona*" (fama buena). Otra representación, también alada, delante de un cielo oscuro y nublado, toca asimismo la trompeta, pero está cubierta de manchas y simboliza la "*Fama Mala*" (fama mala). En el centro, sobre el mundo, en la parte más alta de la portada y emergiendo de las nubes, un ojo abierto representa la "*Providentia*" (providencia).

Tanto las inscripciones de las cuatro columnas como la denominación de "*Magistra Vitae*" dada a la Historia provienen del *De oratore* de Cicerón. Este texto gozaba de una amplia difusión en la época: poetas como sir Philip Sidney e historiadores de todo el mundo como Pierre Matthieu en Francia o el propio Raleigh en Inglaterra, entre otros, lo citaban con frecuencia. La idea de que los hombres podían extraer del pasado lecciones interesantes para construir su presente y su futuro estaba por supuesto presente en la obra de Raleigh, pero lo estaba en una forma adaptada. Las instituciones del presente debían aprender de la historia la necesidad de cambio y reacomodamiento ante los imperativos de una sociedad en transformación; la renuencia al cambio no hacía sino favorecer la tendencia que la historiografía había querido sistematizar en la inexorabilidad de la vuelta atrás y en las limitaciones del progreso. La historia era para Raleigh la fuente de la que podían beber los reyes para evitar recaer en errores ya conocidos que impidieran adoptar su política "a circunstancias cambiantes"; de ahí que si la historia determinaba leyes que contradecían la autoridad espiritual o secular los príncipes debían saber aceptarlas y no preferir "seguir viejos errores en lugar de examinarlos", porque aquel que gobierna "en base a preceptos del pasado" no hace más que "tomar consejo de los muertos". Sin embargo "(...) podemos reconstruir a partir de la Historia con nuestros propios errores y merecidas calamidades, a través de la aplicación y la comparación de las miserias pasadas de otros hombres, una política no menos sabia y eterna."⁴⁶³ Es éste uno de los diálogos posibles que pueden establecerse entre la portada de la *History* y el texto de la obra, lo que tiende a reafirmar la idea de que en la construcción de una idea de historia novedosa (y, en este caso, también en la edificación de una relación doble de aceptación y modificación de los preceptos de los antiguos), la interacción entre texto e imagen resulta crucial. Existe otro detalle importante que es pertinente destacar aquí, pues implica una referencia a las nociones que Raleigh ponía en juego cuando pensaba a la historia en relación con la práctica mundana. A diferencia de las representaciones alegóricas de la historia más usuales, entre ellas, por ejemplo, la de Ripa, la incluida en la portada de la *History...* de Raleigh no mira hacia atrás, sino hacia la figura de la Experiencia, y no sostiene en sus manos un libro, sino al mundo mismo.⁴⁶⁴

⁴⁶³ Proemio de la *History of the World* publicado con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000, 56.

⁴⁶⁴ Del mismo modo, la imagen de la historia descrita por Ripa la presenta parada sobre un sillar cuadrado, pues debe mantenerse siempre sólida y segura. Raleigh y Elstracke, en cambio, la representan parada triunfalmente sobre la muerte y el olvido. C. Ripa, *Iconologia*, Madrid, Akal, 1987, I, 478.

Los jeroglíficos de la segunda columna son los mensajeros de la antigüedad y esto se relaciona íntimamente con algunas referencias del libro primero de la *History...*, que afirman que los monumentos egipcios son la evidencia histórica más antigua de la que se tiene noticia, al tiempo que en algunos pasajes del libro segundo Raleigh sostiene que buena parte de la sabiduría de los griegos tenía orígenes egipcios.⁴⁶⁵ Según Corbett y Lightbown, Elstracke tomó los signos que reprodujo en esta columna de una gema grabada por Lorenzo Pignoria, que reproducía a su vez los símbolos de un reciente hallazgo, la *tabula bembina*, un descubrimiento renacentista de la antigüedad que habría sido fácilmente reconocible por el lector erudito de la Inglaterra del siglo XVII (la *tabula* había sido adquirida por Pietro Bembo en 1527 y en aquel momento pertenecía a la colección privada de Vincenzo Gonzaga).⁴⁶⁶ Este detalle particular de la portada de la *History*, al tiempo que ejemplifica la coincidencia de algunos pasajes del texto de la obra con las imágenes de la portada y nos revela algunas de las concepciones de Raleigh sobre las sociedades del pasado, reactualiza la hipótesis de la creciente circulación de descubrimientos y bienes culturales en la Europa del 1600.

Las tres figuras centrales del grabado, las representaciones de la Experiencia, la Historia y la Verdad son, según M. Corbett y R. Lightbown, adaptaciones de la *Prosopographia* de Philippe de Galle, publicada entre 1585 y 1601. En particular, la figura de la Experiencia fue representada algo más envejecida que en la obra de De Galle, pero se mantuvieron sus atributos, la vara y la plomada, que eran también instrumentos utilizados por los marineros para medir la profundidad de las aguas. Según estos autores no hay que ver en este hecho solamente una referencia a la actividad marítima y mercantil del propio Raleigh, sino quizás una nueva expresión del tema ciceroniano. En palabras de Sidney, “la historia busca en las profundidades del pasado para brindar la experiencia de diversas edades”, por lo que puede convertirse en una guía para el futuro.⁴⁶⁷ La representación de la Historia es una adaptación de aquella de la Virtud de De Galle, con el agregado de la corona de laurel, que simboliza la función preservadora y eternizadora de la historia, y con la ausencia de los atributos militares. Esta representación de la Virtud era notablemente semejante a representaciones conocidas de Minerva, la diosa de la sabiduría y de la autoridad moral, lo que recordaría nuevamente la tarea de la historia como *magistra*

⁴⁶⁵ W. Raleigh, Walter, *The History of the World*, en G. Hammond (ed.), 132.

⁴⁶⁶ Según Corbett y Lightbown, los jeroglíficos eran una entre varias fuentes relevantes para la emblemática del período, entre las que se contaban también monedas, medallas, figuras de dioses y mitos antiguos, personificaciones alegóricas y representaciones de figuras históricas. Los escritores sobre emblemas del Renacimiento se enorgullecían al remontar sus orígenes a los jeroglíficos del antiguo Egipto. Su prestigio no residía sólo en su antigüedad, sino que también tenía un sustento filosófico, pues contendrían la esencia trascendente de lo que simbolizan, ya que los clérigos egipcios habrían grabado en ellos las verdades fundamentales de su religión y su filosofía. El significado del término “jeroglífico” se extendía en ocasiones a símbolos egipcios, clásicos, numismáticos, monumentales, literarios y bíblicos. M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979. 29.

⁴⁶⁷ P. Sidney, *The Defense of Poesie*, citado por M. Corbett y R. Lightbown, *The comely frontispiece. The Emblematic Title-Page in England 1550-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, 133.

vitae que, además, al suprimir a la muerte y al olvido, adquiere un segundo papel advirtiendo a los hombres sobre los errores del pasado que deberían evitarse en el presente y en el futuro.⁴⁶⁸ La importancia de la verdad en el registro de la historia, ya indicada por las llamas de una de las columnas, es reiterada por la inclusión de la personificación de la Verdad misma, que se ubica a la derecha de la Historia. Su desnudez y la emanación de luz de su mano derecha son sus atributos clásicos. Sin embargo, la representación de De Galle incluía también una imagen del Espíritu Santo, que Elstracke eliminó de su adaptación. Corbett y Lightbown interpretan esto como una eliminación de un símbolo excesivamente católico. La estructura de la portada y el contenido de la obra sugieren además que la importancia de la injerencia divina en el desarrollo de los sucesos históricos era aceptada por Raleigh, pero resignificada por la aparición de las causas segundas en el discurrir de los acontecimientos seculares. Tal vez la representación de la Providencia en la portada fuera ya suficiente para señalar que nada escapa al ojo de Dios; de modo que Raleigh y Elstracke prefirieron mantener a la Historia y a sus guías, la Verdad y la Experiencia, en un nivel más cercano a lo mundano que a lo divino: la voluntad de Dios era inevitable, pero el modo en el que sus efectos se verificaban no dependían de su intervención directa sino de causas y acciones humanas.

La representación del globo terráqueo es sorprendentemente precisa: el Amazonas, las islas del Caribe, incluso los paralelos y meridianos están correctamente ubicados. Aunque Corbett y Lightbown sugieren que Elstracke y Raleigh tomaron la imagen de *Theatrum orbis terrarum*, de Ortelius, reeditado en Londres en 1606, lo cierto es que Raleigh contaba con un profundo conocimiento cartográfico de primera mano, al tiempo que muchos de sus colaboradores, amigos y empleados estaban en condiciones de dibujar mapas igualmente adecuados, y el propio Harriot colaboró con él en la elaboración de otros mapas incluidos en la *History*... Hay sólo unos pocos símbolos en la superficie de la representación de la Tierra. Adán, Eva y la serpiente simbolizan la Caída, ubicados en un lugar un tanto lejano a la Mesopotamia, que es donde Raleigh supone que tuvieron lugar estos acontecimientos bíblicos, tal vez por una cuestión técnica a la hora de componer el grabado. Justo debajo de ellos encontramos una representación del Arca de Noé, esta vez sí en la ubicación descrita por Raleigh en su texto. La ciudad fortificada en la costa de África representa una de las posiciones portuguesas en la región y la figura del interior simboliza una referencia bíblica a las falanges de Moisés que se enfrentaron en una guerra de diez años con las del reino de Aethiopia, incluida por Raleigh en su texto. No están

⁴⁶⁸ En *Troilus y Cressida*, 3, 3, 145, Shakespeare pone en boca de Ulises la siguiente reflexión sobre la relación entre el tiempo y el olvido: "Time hath, my lord, a wallet at his back; Wherein he puts alms for oblivion; A great sized monster of ingratiitudes; Those scraps are good deeds past, which are devoured; As far as they are made, forgot as soon as done". Esta idea de que la taza del tiempo jamás se llena, porque sale hacia el pasado tanto como entra desde el futuro, con sus consecuencias para la posibilidad de olvido, era habitual en la época de Raleigh. En su *Poetical Rhapsody*, de 1602, Francis Davison afirmaba "Eternal time, that wasteth without waste". Citado en S.C. Chew, "Time and Fortune", *English Literary History*, 6, 2, 1939, 83-113.

ausentes en la representación los dos exponentes del mundo clásico, señalados por pequeñas edificaciones en Grecia y la Península Itálica que simbolizan a Atenas y Roma. La posición de Cádiz (o quizá Sevilla), representada en el sur de España; el barco en el Atlántico Sur (una representación del *Golden Hind*, la nave de sir Francis Drake, pariente de Raleigh y compañero suyo en cada uno de sus emprendimientos antiespañoles); así como la batalla naval cerca de las costas inglesas que da cuenta de la derrota de la Armada Invencible en la que Raleigh participó, se relacionan con la historia más reciente de Europa, una historia en la que sir Walter jugó un papel de importancia, al tiempo que simboliza las aspiraciones imperiales de la Inglaterra isabelina.⁴⁶⁹ Raleigh no abordaba ninguno de estos temas directamente en la *History...*, pero no desechó las oportunidades que se le presentaban para criticar al Imperio Español.⁴⁷⁰ En palabras de Quinn, “la mayor parte de sus contemporáneos consideraba al Imperio Español como algo que había que robar, mientras que Raleigh pensaba en él como algo que había que sustituir por un Imperio Inglés”.⁴⁷¹ En este mismo sentido, un último detalle clave del mapa es que se incluye en él el famoso Paso del Noroeste, que, como ya se ha mencionado, era por entonces sólo una supuesta vía de comunicación marítima entre el Océano Pacífico y el Atlántico que los navegantes, cartógrafos y científicos ingleses buscaban con avidez, tanto por las posibilidades comerciales que implicaba como porque las implicancias políticas de una ruta alternativa hacia el Oriente de estas características hubieran definido rápidamente el predominio inglés en los mares sobre cualquiera de sus competidores. Tal vez sean estos motivos suficientes para explicar por qué el mapa del grabado combina las características geográficas del mundo antiguo y las del mundo contemporáneo a Raleigh: cuando sir Walter estudiaba el surgimiento y la caída de los imperios de la Antigüedad, estaba también pensando en los imperios de su propio tiempo.⁴⁷²

Las representaciones de la Fama Buena y la Fama Mala comparten símbolos como las trompetas que anuncian las noticias, o las alas que representan la velocidad con la que éstas viajan por el mundo. Corbett y Lightbown sugieren que la aparición de estas imágenes se relaciona con la dedicatoria de la obra al príncipe Enrique en tanto vehículo para la educación del heredero.⁴⁷³ Una breve cita del proemio de la

⁴⁶⁹ Otros detalles del mapa son claves de la biografía de Raleigh: así, por ejemplo, puede sugerirse que su participación en la colonización de Irlanda está indicada por la representación de una iglesia en Dublín.

⁴⁷⁰ “Por mi parte, si en algo he servido a mi país, rezagando mis propios intereses en pos de los suyos, la aceptación general no puede concederme en este momento otro beneficio que aquel que un soleado día ofrece a un Hombre de Mar luego de un naufragio; o por el contrario un perjuicio sólo comparable a una atroz tormenta una vez alcanzado puerto.” Proemio de la *History of the World* publicado con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000. 54.

⁴⁷¹ Citado en C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 184.

⁴⁷² En los capítulos dedicados a las Guerras Púnicas, en la *History...* Raleigh traslada el pasado al presente para insistir en la importancia del dominio marítimo. W. Raleigh, *History...*, libro V.

⁴⁷³ M. Corbett y R. Lightbown, *The comely frontespiece. The Emblematic Title-Page in England 1550-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, 134. Según E.B. Benjamín, durante el Renacimiento inglés la noción de fama se utiliza en cuatro contextos: el equivalente de rumor (Ovidio, Virgilio); el

History... explica mejor la aparición de estas dos figuras y da cuenta también del estado de ánimo de Raleigh al momento de redactar parte de la obra. La crudeza del pasaje vuelve superfluo cualquier comentario al respecto.

“Quien, deseando aquella virtud que llamamos Honestidad en todos los hombres y esa especial gracia de Dios que denominamos Caridad entre los Cristianos, sólo guiado por un relato impreciso e incierto, condene o hiera sin haber recibido ofensa alguna, sea verdaderamente reconocido por su Majestad como Autor de todas las mentiras. *No culpes a hombre alguno* (solía decir Sirácides) *antes de analizar la situación: comprende primero, luego reforma virtuosamente ... El rumor es, sin testigo, sin juez, malicioso y engañoso.* Tal vanidad del parecer vulgar ha dado argumentos a *San Agustín* para afirmar que temía el elogio de los hombres buenos y detestaba el de los malvados. E, incluso, ningún hombre ha dado un precepto mejor que éste que ofrece Séneca ... *Satisfagamos nuestras propias conciencias, y no nos preocupemos por la fama; jamás han sido aquellas tan nocivas como para ser despreciadas, pues, así lo merecemos.* (...) Respecto de otros hombres, de haber algunos que hayan hecho de sí mismos Padres de la fama para ellos engendrada, no puedo ni envidiarles la gloria que han alcanzado y mucho menos lamentar mi desventura en ello. Simplemente me contento al decir con Virgilio *Sic vos non vobis* en demasiados particulares.”⁴⁷⁴

equivalente de gloria, honor, reputación (Homero); la fama nacional, con su correlato nacionalista; y la fama celestial. Ya la *Historia Regum Britanniae* (IV, II) de G. de Monmouth tenía una intención conmemorativa que rescata el olvido. Con los isabelinos, entretanto, creció la conciencia del vínculo entre poetas y fama, ya como inspiración erótica, como obra de un orden moral o como celebración de la grandeza nacional (Spenser, Sidney). La fama y la verdad histórica devienen parte de un orden moral racional y no fenómenos pasajeros de un mundo transitorio como en la Edad Media. E.B. Benjamin, “Fame, Poetry and the Order of History in the Literature of the English Renaissance”, *Studies in the Renaissance*, 6, 1959, 64-84. En el siglo XVII, en ocasiones la fama era concebida como la aspiración a entrar en los libros de historia. D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990. Por su parte, Fulke Greville, *An Inquisition upon Fame and Honour*, stanza 7, en *Works*, A.B. Grosart, 1870, II, 69, afirmaba: “No vive la fama entre las nubes, sino mantenida como corona, a la vez espada, cetro y hábito”. Finalmente, en *Lives of the III Normans*, 1613, A2v, A3r, J. Hayward, sostiene la existencia del juicio de la posteridad: “Hay tres tipos de vida, la corta vida de la naturaleza, la larga vida de la fama y la eterna vida de la gloria. La vida de la fama es preservada y aumentada por la historia. La posteridad dará a cada hombre lo que corresponde; las edades del futuro reportarán las interiores con imparcialidad. Grandes hombres pueden esperar, además de sus vidas en la Tierra y en el cielo, una vida de fama gracias a la historia”.

⁴⁷⁴ Proemio de la *History of the World* publicado con un estudio introductorio en N. Kwiatkowski y J. Verardi, *Walter Raleigh, Renacimiento, historia y política*, Buenos Aires, OPFyL, 2000, 54.

La representación de la Providencia desempeña evidentemente un papel central en la portada. Al centro, en la parte superior de la imagen, recibiendo las noticias de la Fama Buena y la Fama Mala, la Providencia está en condiciones de juzgar los sucesos de la historia y del mundo sin que nadie escape a su ojo ni a su castigo. En palabras de Raleigh, "Dios, por ello, está presente en todas partes, sus ojos están sobre el justo y su condena contra todos los que hacen el mal, un ojo infinito".⁴⁷⁵

Lo desarrollado hasta aquí da cuenta de algunas de las concepciones más profundas del propio Raleigh que se expresan en la portada y sugieren que la realización de un frontispicio a comienzos del siglo XVII era una tarea que implicaba un intenso intercambio entre el grabador y el autor del resto de la obra. El frontispicio de la *History...* gira en torno a algunos temas estudiados por Raleigh en su escrito, pero incluye también otros no tratados en él. Aun si Elstracke hubiera leído la *History...* en profundidad, aun si hubiera descifrado él mismo con precisión cada uno de los detalles historiográficos y temáticos de la obra, también en la concepción de la portada se puede entrever la participación activa de sir Walter Raleigh. Por supuesto, esto no significa que Elstracke no haya tenido injerencia alguna en la concepción temática o alegórica de la portada, ni que se haya limitado meramente a los procedimientos artesanales requeridos para la tarea. Simplemente sugiere que el grabador de la portada de la *History...* realizó su tarea en estrecha colaboración con el responsable del resto de la obra, que finalmente tomaba las decisiones.

Si bien "la imagen era una propuesta o protocolo para la lectura, que sugería al lector una correcta comprensión y un significado apropiado para el texto",⁴⁷⁶ no era sencillo atribuirle un sentido inequívoco. Por ello, los lectores contemporáneos a Raleigh recibían una suerte de clave de lectura de la obra y de su portada en un texto preliminar que las acompañaba, algo habitual en los escritos precedidos de imágenes alegóricas como el que nos ocupa. En su soneto "*The Minde of the Front*", incluido sin firma en la primera edición de *The History of the World*, Ben Jonson describió

⁴⁷⁵ W. Raleigh, *History...*, Londres, 1614, I, I, 18. Según Corbett y Lightbown, como el emblema, el símbolo religioso contaba con la sanción de la tradición (egipcia, bíblica, temprano cristiana, medieval). En la época isabelina estaba vedada la representación antropomórfica de Dios padre. La traducción del Antiguo Testamento y el consecuente estudio del original hebreo llevaron al descubrimiento de un sustituto para representar al Todopoderoso. En la Biblia hebrea, las cuatro letras del nombre de Dios -JHWH, Jehová- eran demasiado sagradas para ser reproducidas. Se las reemplazaba por Adonai (señor en hebreo), que recordaba su presencia, pero sólo se usaban las consonantes: el *tetragrammaton*. En la Edad Media aparece pocas veces en las iglesias y en muchos amuletos por sus propiedades mágicas. Con la Reforma el símbolo tomó nueva vida. Los protestantes conocían el Antiguo Testamento: Dios no era cognoscible, el *tetragrammaton* no era una forma de representarlo y a la vez era un símbolo venerado, el hecho de que se tratara de letras de un alfabeto extraño conocido por pocos aumentaba el efecto reverencial. Comenzó a aparecer en Biblias inglesas y continentales en 1535, pero en Alemania, Holanda y Francia la figura del patriarca barbado perduró por un tiempo. También apareció la representación triangular como forma de solucionar la forma de representar a Dios y como parte de la polémica en torno a la Trinidad. Con Jacobo se registró un cambio en el clima religioso, aparecieron las imágenes anglicanas y entre ellas se popularizó un nuevo símbolo, el ojo de Dios. Hay referencias a esta representación en la Biblia, pero no se la plasmó en imágenes hasta el siglo XVI. La representación del ojo aparecía ya en los jeroglíficos e indicaba la existencia de un Dios eterno que todo lo ve y todo lo sabe. M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979, 36.

⁴⁷⁶ R. Chartier, *Cultural History, Between Practices and Representations*, Cambridge, Polity, 1988.

bellamente la portada de la obra y lo citaremos aquí extensamente, pues brinda algunas indicaciones para evaluar nuestra interpretación de la *History...* y de su portada. La inclusión del poema al comienzo del libro condicionaba seguramente la lectura que se haría de la portada y del texto, tal vez de un modo semejante a aquel en que la interpretación de la portada ejercía presiones simbólicas sobre la lectura del texto y era condicionada por ésta, en una dialéctica sumamente complicada pero aprehensible. Incluso si los lectores de las obras de Raleigh y Elstracke se apropiaban de ellas y modificaban su sentido en este proceso, existía una clara intencionalidad por parte de sus autores de someter a cierto control esos movimientos. En este punto, la portada de la obra de Raleigh merece consideraciones semejantes a aquellas necesarias para comprender buena parte del arte visual europeo entre la Antigüedad tardía y el siglo XVIII, que representaba temas extraídos de textos escritos, de modo que la tarea del artista era traducir la palabra (religiosa, histórica, poética) en imagen visual. La inteligibilidad de esa imagen descansa en su correspondencia con un texto conocido, pero esa correspondencia es problemática y frecuentemente vaga.⁴⁷⁷ De todas maneras, esta identificación es posible gracias a una serie de elementos culturales compartidos que es necesario comprender para vincular texto e imagen con exactitud. El poema explicativo de la portada es relevante en este contexto pues constituye un indicador de que en la época de Raleigh la conciencia de esta dificultad llevaba a intentos múltiples por controlar los significados que podían atribuirse a texto e imagen con herramientas de este tipo.⁴⁷⁸ El poema de Jonson, un dispositivo más en este intento, es el siguiente:

*From Death and darke Obliuion, (neere the same)
The Mistresse of Mans Life, graue Historie,
Raising the World to good, or Evill fame,
Doth vindicate it to Aeternitie.*

*High Prouidence would so: that nor the good
Might be defrauded, nor the Great secur'd,
But both might know their wayes are vnderstood,*

⁴⁷⁷ Así, por ejemplo, en el caso de las imágenes bíblicas, una misma imagen se usaba para ilustrar sucesos distintos, pero de significado semejante, y sólo su ubicación en el libro permite darle un sentido específico (tal el caso de nacimientos y batallas). M. Schapiro, *Words and Pictures*, París, Mouton, 1973, 10.

⁴⁷⁸ En este sentido, puede aplicarse a las imágenes lo que se verá para los textos en el apartado siguiente, en el sentido de que "objetos, estilos, comportamientos con un significado establecido para una identidad de clase pueden ser reapropiados y resignificados, reposicionados, por otro grupo para generara significados nuevos y disonantes." T. Crow, *Modern Art in the Common Culture*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1995, 21. El propio Ben Jonson controlaba las interpretaciones de sus textos con extensas *marginalia* y supervisión estricta de la publicación, estrategias para contener las libertades hermenéuticas de los lectores semejantes a portadas, prefacios, tipografías, etc. Según K. Sharpe, estos dispositivos eran un juego entre autores, imprenteros, editores, lectores y el Estado como lector oficial, cuya dimensión más relevante es el intento de controlar la creación de significados y valores. K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000.

And the reward, and punishment assur'd.

*This makes, that lighted by the beamie hand
Of truth, which sarcheth the most hidden springs,
And guided by Experience, whose streight wand
Doth mete, whose Line doth sound the depth of things:*

*She chearefully supporteth what shee reares;
Assisted by no strengths, but are her owne,
Some note of which each varied Pillar beares,
By which as proper titles shee is knowne,*

*Times witness, Herald of Antiquitie,
The light of Truth and life of Memorie.⁴⁷⁹*

En efecto, podría construirse como sigue un relato de la escena de la portada de la obra de Raleigh, obteniendo en cierto modo una confirmación en la guía de lectura que Ben Jonson ofrecía a sus contemporáneos. Aplastando a la Muerte y al Olvido, es la Historia quien evidentemente sostiene al Mundo sobre sus hombros, exponiéndolo a través de la Fama, halagadora o destructiva, ante la eterna Providencia. No existe ni ha existido cosa o ser alguno en este mundo que pueda escapar a los designios de la divinidad que la Providencia encarna. Sin embargo, iluminada por la graciosa mano de la Verdad y guiada por la rectitud de la Experiencia, es precisamente la Historia, maestra de la vida, la que sostiene todo lo pasado, todo lo que detrás de ella hay, a partir de los cuatro pilares por cuyos títulos es conocida la Historia: testigo de los tiempos, mensajera de la antigüedad, luz de la verdad y vida de la memoria. Al mismo tiempo, a partir de sus enseñanzas, es de esperar que los hombres sepan construir para el futuro “una política no menos sabia y eterna”.⁴⁸⁰ Se trata, como se afirmó con anterioridad, de una concepción de la historia en parte innovadora, aunque no radicalmente diferente de las anteriores, incluso

⁴⁷⁹ Desde la Muerte y el oscuro Olvido, (casi lo mismo) / La Maestra de la Vida del Hombre, la grave Historia, / Elevando al Mundo a la buena y Mala fama, / Lo reivindica ante la Eternidad. // La Elevada Providencia lo haría: que el bueno no sea / Defraudado, ni el Malvado asegurado, / Pero que ambos sepan que sus modos son comprendidos, / y que la recompensa y el castigo están asegurados. // Esto hace, iluminada por la mano brillante / De la verdad, que busca en las primaveras más ocultas, / Y guiada por la Experiencia, cuya recta vara / Encuentra, cuya Línea sondea la profundidad de las cosas: // Ella alegremente soporta lo que lleva; / Asistida solamente por sus propias fuerzas, / Algunas descritas en los Pilares que la soportan, / Por cuyos títulos ella es conocida, // Testigo de los tiempos, Herald de la Antigüedad, / La luz de la Verdad y vida de la memoria.

⁴⁸⁰ Esta interpretación disiente con la de A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillan, 1997, 117, que reduce el significado del frontispicio a “un catálogo de los logros de Raleigh, una combinación de iconografía cristiana y clásica celebratoria de Raleigh que ejemplifica el triunfo de la Verdad sobre la Muerte y el Olvido”, lo que prácticamente hace desaparecer su significado político, historiográfico y alegórico. Por otra parte, Beer iguala incorrectamente las personificaciones de la Verdad y la Historia en la portada, pues sostiene que es la Verdad la que triunfa, cuando en realidad es la Historia con la ayuda de la Verdad.

contradictoria si se lleva el argumento providencial o el de las causas segundas hasta sus últimas consecuencias. Es, también, un indicador pertinente para observar la evolución de nociones como la de historia en la Inglaterra de la época, que contribuye a desvelar la complejidad de la renovación historiográfica acaecida entonces.

VI

Tanto en el campo de la religión como en el de la *common law*, en el de la imposición fiscal y en tantos otros, los argumentos históricos tenían un fuerte peso en las diatribas de la oposición parlamentaria a Carlos I.⁴⁸¹ La popularidad de la obra de Raleigh no se relaciona solamente con su caída en desgracia en la corte o con una reacción nostálgica respecto de su papel en el proyecto imperial isabelino, que se desvanecía durante el reinado de Jacobo I. Su forma de aproximación a la historia y su modo de analizar los sucesos históricos fueron tan atractivos para un sector del público inglés de su época como sus reflexiones críticas en torno a la tiranía. Al mismo tiempo, la importancia del nuevo modo de pensar la historia excede el marco de los eventos políticos concretos de la Inglaterra del siglo XVII y procede, en buena medida, de los cambios fundamentales que experimentaban por entonces la sociedad y la economía inglesas que impulsaban a muchos de los contemporáneos a intentar explicar el mundo social del presente y el del pasado de un modo diferente. En este contexto, *The History of the World* responde a algunas de estas necesidades inspirándose en ciertos ejemplos historiográficos anteriores y sin romper completamente con el legado de la Antigüedad, que lentamente comenzaba a mostrar sus limitaciones. Raleigh no era, ni mucho menos, un innovador radical, sino un hombre que, en aquello relacionado con el conocimiento, cabalgaba entre dos mundos. Inspirado en las experiencias de su vida y en avances historiográficos anteriores, contribuyó a la renovación de la práctica de la escritura de la historia y a la de su concepción, desligándola, al menos en parte, de la intervención divina. En cierto sentido, aun para el caso de un evento aparentemente erudito y reducido a lo que podría denominarse la cultura letrada, la experiencia cotidiana con eventos que parecen inexplicables por la intervención constante de la voluntad divina en los

⁴⁸¹ Fussner explícitamente y C. Hill en forma algo más lateral se extienden en la exposición de este punto en las obras ya citadas.

sucesos de este mundo,⁴⁸² constituye un impulso fundamental para concebir el desarrollo de la historia a partir de las causas segundas.⁴⁸³

Este aspecto de la *History...* es pertinente aquí porque puede ser relacionado con la historia de la recepción de la obra. Es probable que algunas de las novedades mencionadas expliquen el hecho de que fue durante la década de 1640 que la obra de Raleigh comenzó a publicarse en formatos más pequeños que hasta entonces. Si se recuerda que la primera edición de la obra fue publicada en un *in folio* en 1614, es necesario explicar por qué a partir de 1640 la obra comienza a ser editada como un objeto de menor tamaño (4°, 12°) y por ello más transportable y accesible al público, en versiones abreviadas y resumidas que incluían biografías y retratos del autor, e incluso, en la edición de 1647, en forma de extractos, significativamente de la digresión dedicada a la tiranía.⁴⁸⁴ Es esta impresionante expansión de la disponibilidad material de la obra la que hizo posible que, algunos años más tarde, Cromwell y Lillburne recomendaran la lectura de la obra de Raleigh. En consonancia con estos datos un tanto impresionistas que atestiguan la popularidad de la *History...*, podría suponerse además una difusión algo más amplia a partir de la transmisión oral, de la lectura en voz alta o, como se ha mencionado en el caso de las capillas en el apartado anterior, de la exposición de su portada.⁴⁸⁵

Una cuestión central, entonces, es comprender qué es lo que los hombres del siglo XVII encontraban interesante en los escritos de Raleigh o, más aun, cómo es que

⁴⁸² Es de destacar que en estas experiencias cotidianas (de conquista y exploración ultramarina, por ejemplo), exponentes de la cultura de elite como Raleigh entablaban constantemente relaciones con los representantes de la cultura popular, como artesanos y marineros. Aun si para probar este punto fuera necesario un estudio minucioso de estas relaciones, muchas de las concepciones novedosas que aquí aparecen como producto de la cultura letrada pueden haber surgido parcialmente de estas relaciones, que en ocasiones implican intercambios culturales con miembros de la clase dominada. Para una aproximación a estas cuestiones puede consultarse el primer capítulo de la obra ya citada de C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980.

⁴⁸³ En cierto sentido, algo semejante puede plantearse en lo referido a las explicaciones respecto del mundo físico o natural. Así, en estas experiencias novedosas del cambio que llevan a la modificación en las concepciones del mundo reside, en parte, la explicación de la Revolución Científica contemporánea e íntimamente relacionada con la renovación historiográfica que aquí se analiza. Véanse, por ejemplo, S. Shapin, *La revolución científica. Una interpretación alternativa*, Barcelona, Paidós, 2000; y el capítulo sobre Bacon y su idea de historia en el presente estudio.

⁴⁸⁴ Se conservan aún ediciones completas o abreviadas de la *History...* en diversos formatos de 1617, 1621, 1628, 1634, 1636, 1647, 1652, 1666, 1698. Muchas de estas ediciones incluían, además de los paratextos ya mencionados, otros escritos de Raleigh, frecuentemente su *Premonition to Princes* y su *Prerogative of Parliaments*. Según D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990, era la única obra no clásica en la lista de libros de John Legg de Cambridge, Inner Temple Library, Barrington MS 84, 3-7. Por otra parte, en 1648 Alexander Ross publicó *Some animadversions and observations upon Sr. Walter Raleigh's Historie of the World*, un comentario crítico de la obra que pretendía aclarar algunos pasajes oscuros, y, en 1650, una edición de la *History...* abreviada con el título *Marrow of Historie*. Este mismo personaje publicaría también una continuación de la obra de Raleigh en seis libros en 1652. También es cierto, como ha afirmado F. Raab, *The English Face of Machiavelli*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1964, que "los manuscritos y libros impresos son como víboras, por cada uno que ves, hay cientos escondidos debajo".

⁴⁸⁵ En cuanto a la hipótesis de la exposición de la portada, no es un dato menor destacar que el poema de Jonson citado en el apartado anterior aparecía en la página opuesta a la imagen de la portada, de modo que si se expusiera el libro abierto el espectador tendría a la vista la alegoría y su explicación verbal.

en la recepción de lo que sir Walter decía lograban producir ciertos desplazamientos de significados que actualizaran y volvieran incluso más relevante para ellos lo que Raleigh había escrito algunos años antes. En este sentido, la compleja relación entre el carácter providencial de la soberanía, las formas de Estado y el desarrollo de la historia, y su devenir como producto de la acción humana, constituyó un punto de interés para los lectores del pensamiento histórico y político de Raleigh. Veamos, a modo de ejemplo, un pasaje que ilustra el delicado equilibrio entre la causa primera y las causas segundas en el pensamiento de Raleigh.

“Dios les había hecho ver primero a los hombres la necesidad de la monarquía, que había ordenado a través de su eterna Providencia, pero hablando humanamente, los comienzos del Imperio pueden atribuirse a la razón y a la necesidad y pronto se establecieron leyes para encauzar y restringir el poder real.”⁴⁸⁶

Durante las décadas revolucionarias, muchos actores radicalizados llevaron más lejos el razonamiento de Raleigh en este extracto, haciéndole decir cosas que él jamás habría afirmado: si los comienzos del Imperio se deben a la razón y a la necesidad y el poder real ha de ser restringido y encauzado, un revolucionario inglés radical podría haberse tomado la libertad de empujar la secuencia lógica del texto aduciendo que las necesidades eran ya diferentes a las del pasado, que la monarquía no era ya la forma de gobierno evidentemente más adecuada y que el pueblo de Inglaterra debía buscar otro modo más apto para regir sus destinos. Asimismo, en *The History of the World* y en otros textos, Raleigh se niega a justificar abiertamente los alzamientos contra la monarquía y sus pasajes más osados refieren siempre a los casos en que ésta ha degenerado en tiranía, a aquellas ocasiones en las que los monarcas (o sus malos consejeros) se desvían de la búsqueda del bien común y persiguen sólo la satisfacción de sus propios y egoístas intereses. Al fin y al cabo, éste era, junto con el de la traición, uno de los argumentos favoritos de los revolucionarios y regicidas de la década de 1640 y unos años antes, en boca de Raleigh, no fueron recibidos con simpatía por un monarca como Jacobo I. Modificando en parte el espíritu de los textos de Raleigh, quienes utilizaban políticamente sus escritos pasaban por alto algunas de las contradicciones que caracterizaban a su pensamiento. En este caso se trata de la sugerencia de Raleigh, en *The Prerogative of Parliaments*, en cuanto a que aun ante la peor de las tiranías la paciencia es preferible a la rebelión directa, puesto que los tiranos son también mortales. No existen, por supuesto, pasajes en los escritos de los parlamentarios y puritanos de las décadas revolucionarias que fundamenten que ideas de este tipo se basaron en el pensamiento de Raleigh. Es momento entonces de dejar

⁴⁸⁶ W. Raleigh, *History...*, II, 107.

las especulaciones y buscar terreno más sólido en los fundamentos del interés en la historia por parte de los ingleses de la época y en algunas de sus referencias a Raleigh.

En el siglo XVII, la lectura de la historia era considerada una virtud por la clase media, segunda en importancia tras las Escrituras, una suerte de ábrete sésamo al saber y la cultura, maestra de virtud y patriotismo, guía para el éxito y apoyo para la conversación.⁴⁸⁷ Casi todos los autores renacentistas sobre educación defendían el estudio de la historia, que ya formaba parte de la educación caballeresca, como fuente de lecciones para el servicio del Estado.⁴⁸⁸ Se esperaba que un libro de historia fuera un tratado inspirador para el éxito por medio de lecciones morales, políticas o económicas. En el prólogo de la edición de 1570 de los *Elementos de Geometría* de Euclides, Dee escribió: “la lectura de la historia lleva el adorno de la mente y el alma, un estudio elogiado por todos, pues por él se ven y conocen las artes y hechos de hombres de infinita sabiduría que vivieron mucho antes que nosotros. Las historias contienen también infinitos ejemplos de los vicios que deben evitarse”.⁴⁸⁹ También es cierto que muchos lectores de la temprana modernidad en Inglaterra leían historia en busca de ejemplos, anécdotas y episodios aislados, y no como obras completas de principio a fin.

Esta popularidad de la historia se incrementaba por una suerte de efecto multiplicador y transformador. Los lectores usaban lo que aprendían en los libros de historia, lo revisaban de diversas formas, prestaban sus libros y daban forma a las fronteras comerciales de lo que podía publicarse. Se leía glosando, reglosando, contextualizando, pero también menos intensiva y más extensivamente.⁴⁹⁰ “Los escritores de textos que se transformaban en libros eran sólo una parte de un complejo sistema de comunicaciones en la Europa de la temprana modernidad, que incluía impresores y sus trabajadores, editores, ilustradores, vendedores de libros y lectores.”⁴⁹¹ Los lectores no eran sólo consumidores finales pasivos de conocimiento histórico impartido desde el papel por historiadores que buscaban la verdad y sus fieles impresores y vendedores.⁴⁹² “La naturaleza del conocimiento histórico contenía

⁴⁸⁷ L.B. Wright, “The Elizabethan Middle Class Taste for History...”, *Journal of Modern History*, 3, 2, 1931, 175-197.

⁴⁸⁸ Por ejemplo, R. Crompton, *The Mansion of Magnanimitie*, Londres, 1599.

⁴⁸⁹ Citado en L.B. Wright, “The Elizabethan Middle Class Taste for History...”, *Journal of Modern History*..., 3, 2, 1931, 175-197, 180.

⁴⁹⁰ El proceso de lectura implicaba la corrección de lo leído y su comparación con otros textos. Frecuentemente los lectores agregaban comentarios y glosas a sus libros de historia, como lo hacían con sus Biblias y tratados prácticos. Incluso se editaban libros de historia con páginas en blanco para permitir tal práctica. R. Twysden anotó en latín e italiano su edición de 1619 de la *Historia del Concilio de Trento* de Sarpi: subrayaba pasajes y hacía referencias cruzadas a otros pasajes y libros (Visan, Baronio, Guicciardini, Bellarmino, Spelman, Selden, De Thou, Camden, Polidoro Virgilio). Lo mismo hicieron John Gibbon con su copia de *Survey of London* de Stow (1598) y John Thomas con *Britannia* (1610) de Camden. También era habitual cortar los libros y reordenarlos para acceso más cómodo en libros de lugares comunes.

⁴⁹¹ R. Darnton, “What is the History of Books”, en *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*, Nueva York, 1990, 107

⁴⁹² “En los últimos 20 años el foco de la hermenéutica ha pasado del autor y sus intenciones a la performance de los textos y al lector: cualesquiera hayan sido las intenciones de los autores, los lectores traen sus experiencias al encuentro con los textos en la lectura. El lector construye también los

la necesidad de su circulación social, una vez leído debía ser puesto en práctica política o moral, revisado y reformulado.”⁴⁹³ A lo largo del siglo XVII creció la cantidad de libros de historia publicados tanto como la de lectores, por lo que la lectura silenciosa creció.⁴⁹⁴ Los libros eran muchas veces objetos de lujo, pero se los encuentra en casi todos los niveles sociales. Por otra parte, la proporción de libros de historia en bibliotecas privadas era mucho mayor en el siglo XVII que en el XVI. La mayoría de los libros en la temprana época Tudor eran religiosos, salvo en comunidades académicas o en profesiones como la abogacía o la medicina. En el siglo XVII, en las colecciones de más de 500 libros, alrededor de un 10% eran de historia. Lo interesante es que en todos estos casos primaba entre los títulos el interés del dueño (si era médico, predominaban las obras sobre medicina), pero en todos había al menos un 10% de libros de historia.⁴⁹⁵ Sin embargo, desde la Edad Media existía también la costumbre de leer historia en voz alta, una práctica que continuó hasta el siglo XIX.⁴⁹⁶ Por otra parte, el acceso a los textos históricos era posible no sólo mediante compra, sino también por medio del préstamo o en el ámbito de diversas bibliotecas. Si bien la Biblioteca Británica no se creó hasta 1747, la Bodleian

significados.” K. Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale University Press, 2000. S. Rose, “Preface to a History of Audience”, *Journal of History of Ideas*, 53, 1992, 47-70, sugiere iniciar una historia de la lectura como una forma de revelar las interacciones específicas de lectores y textos. La lectura, tal como los Parlamentos en el siglo XVII, es más un evento que una institución. John Hayward, en *Lives of the VIII Normans*, lamentaba que “los hombres no sean lectores solamente, sino también intérpretes, luchadores, corruptores y depravadores de lo que leen”. La historia estaba abierta a la interpretación de los lectores.

⁴⁹³ D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

⁴⁹⁴ Como ya se ha mencionado, el alfabetismo masculino adulto estimado en Inglaterra y Gales se ha calculado en un 25% para 1600, un 45% para 1675 y un 53% para 1750 (las cifras correspondientes a Francia son, respectivamente, 16%, 30% y 35%). L. Stone, “Literacy and Education in England, 1649-1900”, *Past and Present*, 42, 1969. Si bien Wolf, en la obra recién citada, sostiene que un aumento en la alfabetización y la cantidad de textos, sumada a una estabilidad política y poco interés en la historia, llevó a una identidad cultural común, es posible sugerir que estos factores contribuyeron al cuestionamiento de formas tradicionales de autoridad, de lo contrario es muy difícil explicar los sucesos políticos de 1640.

⁴⁹⁵ D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 88. Algo semejante puede decirse de los catálogos de vendedores de libros en la plaza de St. Paul y en ciudades universitarias como Cambridge.

⁴⁹⁶ Esto es evidente en marcas de oralidad presentes en los textos históricos, como J. Speed, *Historie of Great Britaine*, Londres, 1623, 699: “Habéis oído parte de la fortuna victoriosa del gran rey Eduardo en el campo de batalla, tanto en tierra como en mar, no ignoréis su piedad”; o W. Camden, *Britannia*, Londres, 1610, 402: “Debéis oír las mismísimas palabras de esa historia privada” (al citar un manuscrito). Por otra parte, los predicadores usaban ejemplos históricos frecuentemente y el sermón dominical podía ser el primer contacto con la historia. John Aubrey recordaba que su niñera tenía “la historia de Inglaterra de la conquista a Carlos I en baladas”. G. Puttenham, *The Arte of English Pesie*, Cambridge, 1936, 83, afirmaba que el contenido de las baladas era “en su mayor parte historias del pasado remoto”. Cuando el Ricardo II de Shakespeare (II, III, ii, 155-160) se toma un descanso cuenta historias de la muerte de los reyes en lugar de leerlas. También según D.R. Wolf, las metáforas de sonido son más frecuentes que las visuales (“como se ha visto”), los autores no pensaban sus libros como artefactos silenciosos para ser estudiados con el ojo, sino como instrumentos para ser leídos a un público concebido como audiencia virtual. D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. 12.

y la Cottonian funcionaron como tales, y existían también bibliotecas parroquiales, escolares y municipales.⁴⁹⁷

A comienzos del siglo XVII, la animadversión hacia la figura de Raleigh era fortísima. En 1603 se publicó una serie de poemas satíricos que lo acusaban de ateísmo, maquiavelismo, vicios privados, ambición y complicidad en la caída de Essex. Durante su prisión, Raleigh usó la imprenta para atacar y no para sostener a su monarca e hizo lo propio con el Estado en su discurso en el patíbulo. Póstumamente, sus textos y su vida fueron usados para formular una oposición a la institución monárquica y en 1650 su hijo Carew sostuvo que la caída de la monarquía era un castigo divino por lo que le hicieron al padre.⁴⁹⁸ En las décadas posteriores a su muerte Raleigh fue reformado por sus lectores para legitimar la oposición a los Estuardo, lo que lo hizo pasar de cortesano a objeto de la esfera pública, de modo que Raleigh fue citado, aplaudido, imitado, desafiado, criticado, publicado, comentado... Aparecieron en la década de 1620 al menos dos *Raleigh his Ghost*, obras que proclamaban la aparición del fantasma de Raleigh para defenderse "frente a ateos y políticos de estos días". Uno de estos dos textos reconocía explícitamente ser un escrito de ficción, pero ambos elogiaban la veracidad y piedad de la *History...*, que fue también recibida como una obra "fructífera y heroica".⁴⁹⁹

La Guerra Civil volvió más difícil la objetividad e incrementó la politicidad de los textos históricos.⁵⁰⁰ Sin embargo, autores como T. Fuller buscaron garantizar cierto grado de imparcialidad mediante estudios bien documentados y críticos, al punto que llegó a acusárselos de no tomar partido por el bien contra el mal.

⁴⁹⁷ Las donaciones a estas bibliotecas incluían, además de los clásicos, las obras de Camden, Speed, Raleigh, Hygden, Stow, Foxe, De Thou, Holinshed, Sarpi...

⁴⁹⁸ A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillan, 1997, 1.

⁴⁹⁹ Anónimo, *Tubus Historicus*, Londres, 1636, B1R.

⁵⁰⁰ Es interesante reseñar brevemente el estudio de K. Sharpe sobre las lecturas del nieto de Drake a mediados del siglo XVII en los aspectos vinculados con los aquí tratados. En general, Drake revisita a los largo de los años a los mismos autores. La lista es interminable. Entre los clásicos: Platón, Aristóteles, Esopo, Plutarco, Tucídides, Séneca, Demóstenes, Heródoto, Homero, Virgilio, Polibio, Cicerón, Ovidio, Petronio. La lista de sus lecturas modernas es casi un compendio del saber renacentista y humanista, que incorpora a todos los famosos y otros menos conocidos: Erasmo, Vives, Pascal, Montaigne, la *Historia sui temporis* de De Thou, Scaliger, Heinsius, Lipsio, Grocio, Savonarola, Aretino, Cardano, Sarpi, Maquiavelo, Guicciardini, Valla. Mucha historia y política. Ascham, Cavendish, Jonson, Bacon, Coke. Religión: Biblia, Corán, Aquino, antipapistas (Willet), puritanos (Robinson), Durie, jesuitas (Fitzherbert). Busca conocimiento (no tanto fe) en sus lecturas religiosas. Leía también a Raleigh, Campanella, Pascal, Charron. La mayor cantidad de sus lecturas eran de historia y política. Leía historia temática y cronológicamente, es un programa de lectura de historia para la acción. "Los hombres muertos abren los ojos de los vivos", afirmaba; la historia era la clave para la comprensión de la política. Los historiadores son los mejores consejeros de Estado porque las mismas causas producen los mismos efectos. Estudiaba los Antiguos y sobre todo la historia de Roma con su mente orientada hacia el presente. Sin embargo, los leía ahora como lector de una época revolucionaria, lo que modificaba lo que veía en ellos. Todo lo que leía era vinculado al conflicto civil, leía como parte de su negociación con los tiempos revolucionarios: sus notas revelan los valores cambiantes y la política de un noble moderado y letrado para quien el mundo estaba trastornado. Los más citados son los defensores humanistas de la *realpolitik*: Guicciardini, Maquiavelo, Lipsio, Cardano, Charron, Montaigne, Raleigh y Bacon. No sólo los leía directamente, sino también mediante comentaristas y traductores. Usualmente interrumpía sus lecturas de un texto por otros temáticamente relacionados, no iba de la primera página a la última. Esta práctica de fragmentar los textos y abrirlos a otros los despega de su contexto de producción y los acerca al propio del lector. Leer a Tácito junto con sus comentaristas modernos hace de aquél un exponente de la escuela de la *realpolitik* moderna.

Consciente del creciente problema de objetividad para la historia contemporánea, afirmaba, parafraseando a Raleigh, "sé de los peligros de seguir a la verdad demasiado cerca de sus talones, pero es mejor que los dientes del historiador caigan de su boca por escribir la verdad que cuando se mantienen en sus mandíbulas por alimentarlos excesivamente con la dulzura de la zalamería".⁵⁰¹

Por otro lado, la sección de la *History...* sobre el surgimiento de las ciudades griegas no deja claro si la libertad es buena o mala, pero 30 años después los autores niveladores del panfleto *Vox Plebis* podían citar a Raleigh para defender su propia noción de libertad.⁵⁰² La de los niveladores es la lectura más radical de la obra de Raleigh, pues mediante un proceso de apropiación y relectura, justifican su republicanismo y sus demandas, por ejemplo mediante un comentario de la situación de los Estados libres de Grecia.⁵⁰³ Un uso que, por otra parte, el propio sir Walter parecía autorizar al menos parcialmente cuando afirmaba en la *History...* que el pasado debía leerse en relación con los sucesos del presente.

La recepción de la combinación entre providencialismo y causas segundas en la obra de Raleigh merece un párrafo aparte. Cromwell y sus soldados se proclamaban instrumentos de la providencia, y por ella ejecutaron a Carlos I. Fue el mismo argumento usado para declarar a Cromwell Lord Protector y a su hijo su sucesor, del mismo modo que el lenguaje cotidiano de los miembros puritanos del Parlamento era providencialista, en público y en privado. Ese providencialismo dejó su marca en la política puritana, y la Guerra Civil es el momento en que tiene una influencia más extendida. Desde su punto de vista, la doctrina providencialista no era irracional, sino simplemente la continuidad de la preocupación del Creador por su criatura; la providencia excluía el azar y la arbitrariedad y conformaba una cadena de eventos visible para el creyente.⁵⁰⁴ En una edición de 1628 de la *History...* hay anotaciones marginales que afirman que la historia permite la comprensión de un Dios justo mediante la observación de las acciones de los hombres pasados.⁵⁰⁵ Por su parte, Oliver Cromwell recomendó la lectura de la obra de sir Walter a su hijo Richard en 1650, y le dijo "recréate con *The History of the World* de sir Walter Raleigh, que es un cuerpo completo de historia y agregará mucho más a tu saber que los fragmentos

⁵⁰¹ T. Fuller, *Church History of Britain*, Londres, 1655, V, 227. Por otra parte, opinaba de Maquiavelo algo semejante a lo que podría haber dicho Raleigh: "Se dice que Maquiavelo opinaba que el historiador debe carecer de religión. Si hubiera sido así, él hubiera sido el mejor historiador de su tiempo. En realidad, proponía que el historiador no debía permitir que su inclinación religiosa deviniera en prejuicio. En este libro he intentado seguir ese precepto" (I, 243). Además, buscaba objetividad mediante la cita de fuentes: "Prefiero que el lector tome lo siguiente de la boca del señor Pym que de mi pluma" (VI, 49-50).

⁵⁰² A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillian, 1997, 21.

⁵⁰³ *The Peoples Outcry Against Oppression, Injustice, And Tyranny*, Londres, 1646. Por otra parte, citaban un fragmento del libro V que se refiere a Filipo de Macedonia para afirmar que aunque un imperio sea poderoso puede caer, al tiempo que partes del libro I sobre el heroísmo militar justifican la lucha por la libertad (67, 88; I, 26, 7; I, 18, 19).

⁵⁰⁴ B. Worden, "Providence and Politics in Cromwellian England", *Past and Present*, 109, 11-1985.

⁵⁰⁵ A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillian, 1997, 150.

históricos”.⁵⁰⁶ Pero otro de los argumentos de Cromwell para recomendar la *History...* a su hijo era que demostraba que “la historia es el desenvolvimiento de la causa primera, la divina providencia”.⁵⁰⁷ Sin embargo, junto al Cromwell cuyo Dios hace menos profundos los valles y menos altas las montañas, estaba el Cromwell que sabía que los santos debían trabajar a través de “medios”; es el que en Putney insistió en que los siervos de Dios estaban obligados a “considerar la posibilidad de los medios y modos de alcanzar Sus fines de acuerdo con la razón y el juicio”.⁵⁰⁸ En su práctica política, Cromwell, como Raleigh en sus textos históricos, fusionaba pragmatismo y providencialismo. Es evidente, entonces, que tanto Cromwell como los niveladores utilizaban la obra de Raleigh para validar programas políticos.

Por su parte, en 1652 A. Weldon consideraba al Raleigh historiador un predecesor de su obra por su lenguaje accesible, su condena de los príncipes, la forma de su muerte y por poner en contacto la escritura de la historia y la acción política.⁵⁰⁹ En otra lectura interesante, fuera de cuestiones cronológicas y geográficas de detalle, uno de los principales aspectos de *The History of the World* que llamaron la atención de Alexander Ross en 1648 era que la obra de Raleigh parecía ser, en algunos pasajes, “derogatoria de la Eternidad e Infinitud de Dios, pues cosas que no son Dios pueden ser iguales a Él; (...) pues afirma que existen cosas que no fueron creadas por Dios; que la naturaleza de la luz es una sustancia corpórea o espiritual; y que existen accidentes posteriores a Su sustancia”⁵¹⁰. Del mismo modo, destacaba sus juicios mordaces sobre la filosofía peripatética, llamaba la atención sobre su uso novedoso del concepto de fortuna y sobre sus elogios del saber moderno.⁵¹¹

Tras la Restauración, entre tanto, se seguía reivindicando a Raleigh como ícono parlamentarista y patriótico. Esta concepción de la figura de Raleigh es evidente en el siguiente diálogo entre sir Walter y Britannia, en un poema de A. Marvell de 1675: “R: Por favor, mi reina, una vez más, intenta, querida, intenta, salvar, rescatar nuevamente del escándalo y la tumba; presenta a su pensamiento este largamente burlado Parlamento, las bases de su trono y gobierno. B. Raleigh, ya no más, lo he intentado demasiado en vano. Me iré al sereno Estado Veneciano a enseñar a mi gente a leer en su marcha”.⁵¹² Raleigh también comenzó a ser usado como defensor de intereses mercantiles, para impulsar el comercio exterior y una política exterior agresiva. Aunque la historiografía reciente considera que no tuvieron mucho impacto en el desarrollo comercial quienes, como las compañías, descansaban en monopolios, Raleigh devino un símbolo de ello.⁵¹³ En este sentido, los intelectuales nacen junto con

⁵⁰⁶ O. Cromwell, *Letters and Speeches*, ed. Th. Carlyle, Londres, Dent, 1908-1929, II, 135.

⁵⁰⁷ O. Cromwell, *Letters and Speeches*, ed. Th. Carlyle, Londres, Dent, 1908-1929, I, 377.

⁵⁰⁸ O. Cromwell, *Letters and Speeches*, ed. Th. Carlyle, Londres, Dent, 1908-1929, I, 518.

⁵⁰⁹ A. Weldon, *A Cat May Look Upon a King*, Londres, 1652.

⁵¹⁰ A. Ross, *Some animadversions and observations upon Sr. Walter Raleigh's Historie of the World*, Londres, 1648, 1-3.

⁵¹¹ A. Ross, *Some animadversions and observations upon Sr. Walter Raleigh's Historie of the World*, Londres, 1648, 10 y ss.

⁵¹² A. Marvell, “Britannia & Raleigh”, 1675, en *Poems*, 1927, 188.

⁵¹³ A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillan, 1997.

el grupo económico dominante y contribuyen a su homogeneidad, no sólo económica sino también política, y a su autonomía cultural. "El grupo social fundamental surge al ejercicio de la hegemonía y al poder coercitivo estatal cuando supera el plano originario de la actividad económica y se eleva a funciones políticas. Los intelectuales juegan un papel crucial en este pasaje, usufructuando su prestigio y su situación en el sistema de poder. En tal dimensión forman parte activa del sistema productivo e interpretan la división del trabajo."⁵¹⁴

"No hubo ningún Jean-Jaques Rousseau ni ningún Karl Marx de la Revolución Inglesa. Sin embargo, casi por definición, una gran revolución no puede surgir sin ideas. Para estar dispuestos a matar o a dejarse matar, la mayoría de los hombres necesitan creer intensamente en algún ideal."⁵¹⁵ Raleigh y sus amigos pueden haber sido quienes, por vez primera en Inglaterra, pensaron algunas de las ideas que en 1640 se convirtieron en bandera, pero la genealogía del ideario revolucionario no parece ser un ejercicio demasiado provechoso. Es evidente que la Revolución no fue producto de un desarrollo intelectual, tanto como lo es el hecho de que no todos los detalles del pensamiento científico, político y social que surgieron con posterioridad a ella son su consecuencia directa, aunque sí lo son en términos generales. El siglo XVII fue un siglo de crisis política y social y de profundas transformaciones económicas. Los hombres y mujeres de aquel tiempo necesitaron proveerse a sí mismos de nuevos modos de aprehender esa cambiante realidad y ésa parecería ser la importancia del pensamiento de Raleigh y de la dinámica que se desarrolló en su círculo y en otros relacionados con el suyo. Oliver Cromwell podría no haber leído los escritos de Raleigh y probablemente eso no habría afectado su papel durante la Revolución. Sin embargo, Cromwell leyó a Raleigh y recomendaba a su hijo que hiciera lo mismo. Si la trayectoria de Raleigh no explica la de Cromwell, es evidente que Raleigh y otros como él contribuyeron a dar respuesta a muchos de los interrogantes abiertos por una época de cambios de una magnitud tal que en las décadas revolucionarias no sonaba demasiado excéntrico afirmar que "el estado presente del viejo mundo, se consume como un pergamino en el fuego".⁵¹⁶

⁵¹⁴ S. Chemotti, *Umanesimo, rinascimento, Machiavelli nella critica gramsciana*, Roma, Bulzoni, 1975, 29.

⁵¹⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 14.

⁵¹⁶ G. Winstanley, en C. Hill (ed.), *The Law of Freedom and other Writings*, Londres, Pelikan Books, 1973, 79.

Muchos pasarán y crecerá el conocimiento.
Historia y progreso en la concepción de la sociedad y la ciencia de sir
Francis Bacon.

*Every great advance in natural knowledge has involved the
absolute rejection of authority.*

T. Huxley, *On the Advisableness of
Improving Natural Knowledge*, 1866.

I

Sir Francis Bacon (1561-1627) era hijo de sir Nicholas Bacon, un funcionario de la reina Isabel, y de Anne Cooke, una puritana que era además cuñada de sir William Cecil, lord Burghley, uno de los principales ministros de la reina. No sorprende, entonces, que desde pequeño estuviera en contacto con la vida cortesana, al punto que aparentemente Isabel, impresionada por su precocidad intelectual y con el cargo de su padre en mente, lo llamaba "el joven lord keeper"⁵¹⁷. Tras un breve paso por la Universidad de Cambridge, estudió derecho en Gray's Inn e inició una carrera como funcionario estatal como parte de la embajada inglesa en París, entre 1576 y 1579. Tras la muerte de su padre se dedicó a la abogacía, pero siempre pretendió obtener un cargo prominente en el servicio real, para lo que pidió ayuda a su tío sin demasiado éxito.⁵¹⁸ En 1581, Bacon participó por primera vez de un Parlamento como miembro de la Cámara de los Comunes; treinta y ocho años después ingresó a la de los Lords y desde aquella primera participación sólo estuvo ausente en una convocatoria parlamentaria hasta su muerte. En el Parlamento de 1593 se opuso a impuestos excesivos para financiar la guerra con España y la reina dejó de tenerlo en cuenta en sus designaciones desde ese evento, aunque recurría a él como consejero legal ocasional. Desde 1590 era uno de los protegidos del conde de Essex, el favorito real que poco después sería procesado y condenado a muerte por un complot para asesinar a la reina y hacerse él mismo con el trono de Inglaterra. Constantemente endeudado, Bacon dependía del patronazgo para subsistir. Sin embargo, sir Francis se distanció de Essex antes de su motín y ejecución, y participó en la comisión que lo

⁵¹⁷ Perez Zagorin, *Francis Bacon*, New Haven, Princeton University Press, 1999, 6.

⁵¹⁸ En 1589 Cecil le consiguió su único puesto bajo el reinado de Isabel en la Star Chamber. En 1592, tal vez algo decepcionado por sus lentos progresos como funcionario o quizá ya con la idea de impulsar una reforma completa del saber desde el Estado, escribió a Burghley que había decidido "tomar a todo el conocimiento como mi provincia". FB, *Works*, Letters, I, 108. Salvo mención explícita en contrario, las referencias a la obra de Bacon han sido tomadas de F. Bacon, *The Works of Francis Bacon, Baron of Verulam, Viscount of St. Alban, and Lord High Chancellor of England, Collected and Edited by J. Spedding*, Londres, Longmans and Co., 1862-1870, y se citarán como FB, *Works*, pp. Teniendo en cuenta la gran cantidad de ediciones de *Novum Organum* disponibles en varios idiomas, se intentará, siempre que sea posible, mencionar las referencias a esta obra como *Novum Organum*, número de libro, número de aforismo.

juzgó, lo que le creó cierta fama de traidor y oportunista.⁵¹⁹ Tras la muerte de Isabel su progreso en la corte fue más veloz y efectivo gracias a la influencia del hijo y sucesor de Burghley primero y del conde de Buckingham luego. Así, fue nombrado caballero casi inmediatamente después de la coronación de Jacobo en 1603 y designado Lord Canciller y miembro del *Privy Council* en 1618, Lord Verulam en 1619 y vizconde de St. Albans en 1621. Unos meses después fue acusado por la Cámara de los Comunes de aceptar sobornos para conceder monopolios y fue condenado por los Lords a pagar una fuerte multa, a la que se sumaba una condena a prisión en la Torre de Londres, su expulsión del Parlamento y su exclusión de la corte. El rey le perdonó la multa y Bacon sólo pasó algunos días en la Torre, pero su vida pública había concluido, por lo que dedicó sus últimos años a la investigación y la escritura.

La carrera pública de Bacon recién descripta es, probablemente, la imagen que la mayoría de sus contemporáneos tenía de él: un funcionario real, inescrupuloso según sus opositores e increíblemente valioso y útil de acuerdo con sus patrones y defensores.⁵²⁰ Años después, sin embargo, Bacon no era ya reconocido o vilipendiado por su actividad política, sino que comenzaba a ser generalmente estimado como uno de los artífices de la Revolución Científica y hasta la actualidad es ésta la interpretación dominante de su figura, aunque desde la década de 1830 el debate sobre su carrera pública y su estatura moral ha vuelto ocasionalmente a ponerse de moda.⁵²¹ En 1667 Thomas Sprat publicó su *History of the Royal Society of London for Improving Natural Knowledge*, fundada cinco años antes, en la que reconocía a “un gran hombre, que tuvo la verdadera Imaginación de la extensión total de esta Empresa, tal como hoy se la ve; y este hombre es Lord Bacon”, incluso si “sólo pudo construir su escuela de Salomón en un Romance, *Nueva Atlántida*”⁵²². Más aun, en el discurso preliminar de la *Encyclopédie*, D’Alembert afirmaba que “Bacon era el más

⁵¹⁹ En esa misma ocasión John Hayward fue acusado de preparar el terreno para el levantamiento de Essex con la publicación de su *Historia de Enrique IV* en 1599. La reina sostenía que el historiador era un traidor y que su obra no era más que “un prelude sedicioso para meter en la cabeza del pueblo el atrevimiento y la facción”. Bacon, sin embargo, defendió a Hayward y afirmó que no era imputable de traición, sólo de haber plagiado a Tácito: “No, señora, él es un doctor, nunca ataque su persona, cuestione su estilo”. “The Apologie of Sir Francis Bacon in Certain Imputations Concerning the Late Earl of Essex”, FB, *Works*, III, 218.

⁵²⁰ William Harvey, el médico personal de Bacon y uno de los artífices del descubrimiento de la circulación sanguínea, consideraba despectivamente que “Bacon escribía acerca de la ciencia como un lord canceller”.

⁵²¹ En 1837 Macaulay publicó un ensayo sobre la figura de Bacon que cuestionaba fuertemente al personaje por la aparente inmoralidad en su actitud en el juicio de Essex y en el escándalo de corrupción que llevó su carrera pública al ocaso. T.B. Macaulay, “Francis Bacon”, *Edinburgh Review*, julio de 1837. Reproducido en T.B. Macaulay, *Critical and Historical Essays*, Londres, Everyman, 1961, II, 280-398. Todavía en 1985, la revista *Time* podía publicar un retrato de Bacon junto a una imagen de Nixon como dos grandes ejemplos históricos de corrupción (O. Friedrich, “They do not know it’s wrong”, *Time*, 15 de febrero de 1985) e incluso en 1996 Nieves Mathews dedicó un extenso volumen al intento de comprobar que Bacon no era el monstruo que Macaulay había creado. N. Mathews, *Francis Bacon, the History of a Character Assassination*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1996.

⁵²² T. Sprat, *History of the Royal Society*, Saint Louis, Washington University Studies, 1958, 56.

grande, el más universal y el más elocuente de los filósofos”⁵²³, en tanto que Voltaire lo consideraba “el padre de la filosofía experimental”⁵²⁴.

Postular hoy que Bacon fue el artífice único, genial y original que inauguró y esbozó la casi totalidad del desarrollo de la ciencia experimental moderna, de la forma moderna de hacer historia o incluso de algunas de las tendencias fundamentales de la Revolución Inglesa de 1640-60 tiene tan poco sentido como sugerir que no era más que un funcionario real inmoral capaz de todo para lograr su propio ascenso en la política cortesana. A lo largo del siglo XVII la sociedad inglesa experimentó una serie de cambios económicos, políticos y culturales de importancia fundamental para la conformación de la modernidad, y no pocos de estos cambios surgieron del modo inédito en que comenzó a aprehenderse el mundo natural y social, un mundo radicalmente novedoso, ampliado por los descubrimientos ultramarinos, modificado por los avances comerciales y productivos de un incipiente desarrollo capitalista, un universo sobre el que los hombres comenzaban a operar experimentalmente. Es en este contexto cultural rico en incertidumbres y equívocos que la modernidad del pensamiento baconiano se manifiesta en su rechazo de la corrupción de la ciencia por la aceptación de dogmas tradicionales, como por ejemplo la incorruptibilidad de los cielos. Uno de los logros fundamentales de Bacon fue la asociación de las novedades de su sociedad (la imprenta, la brújula, la apertura del mundo por la navegación y el comercio) con los nuevos avances del conocimiento, proporcionando una suerte de programa para la cooperación de mercaderes, artesanos y filósofos.⁵²⁵ Bacon afirmaba que “en cuanto la experiencia haya aprendido a leer y a escribir, una filosofía del conocimiento para la acción, con una orientación clara, podrá permitir a los hombres escapar de las servidumbres de la naturaleza”⁵²⁶. A la vez, Bacon saldó cuentas con la

⁵²³ Citado en R. Faulkner, *Francis Bacon and the Project of Progress*, Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1993, 6.

⁵²⁴ Voltaire, *Cartas filosóficas*, Alianza, Madrid, 1988, 87. Desde fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, los historiadores de la filosofía han criticado a Bacon por su rechazo de la hipótesis copernicana, la futilidad del método inductivo y la ausencia de reconocimiento a la función de la matemática en la ciencia y han afirmado que no habría comprendido las bases del progreso de la ciencia de su época. La transformación de su figura en símbolo de un utilitarismo vulgar surge de la tesis de la centralidad de *Novum Organum*, que implica aislar la reforma baconiana de la inducción de la de la lógica y el saber. Según P. Rossi, se trata de una historiografía pseudo hegeliana que procede por superaciones sucesivas y ve en el empirismo inglés sólo una preparación para el criticismo kantiano. Introducción de P. Rossi a B. Farrington, *Francis Bacon, filosofo dell'età industriale*, Torino, Einaudi, 1952, 7.

⁵²⁵ “Estos progresos de la navegación y el descubrimiento pueden importar una expectativa de mayor adelanto y aumento de todas las ciencias pues parece ordenado por Dios que sean contemporáneas”. F. Bacon, *Del adelanto y el progreso de la ciencia divina y humana*, Buenos Aires, Lautaro, 1947, 197 (en adelante, citado como FB, AL, pp.). “Detengámonos a considerar la fuerza y los efectos de los descubrimientos, que en ningún caso se manifiestan mejor que en tres invenciones, desconocidas para los antiguos, y cuyo origen, aunque reciente, es oscuro: el arte de la imprenta, la aguja imantada y la pólvora. Éstos han mutado completamente el aspecto y la condición del mundo en las letras, el arte militar y la navegación y a ellos siguen cambios innumerables tales que ningún imperio, ninguna secta, ningún astro ejercerán sobre el género humano un poder y un influjo mayor”. *Novum Organum*, I, afo. 129.

⁵²⁶ Citado en C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 107. Bacon ofrece aquí una referencia directa a un aspecto crucial del proceso de renovación científica en Inglaterra en el siglo XVII, la relación entre las actividades prácticas de los artesanos y las

religión, la ciencia no estaba para él en conflicto con la teología, lo que hizo posible un acercamiento entre los parlamentarios puritanos y el proyecto científico de su tiempo; la piedad religiosa es una parte esencial de la filosofía baconiana. Del mismo modo, el pensamiento científico alcanzó con Bacon cierta dignidad social y coherencia filosófica ausente en magos y alquimistas tanto como en los hombres prácticos vinculados a la artesanía y al comercio, de modo tal que elevó al rango de sistema coherente un conjunto de prácticas fragmentarias preexistentes.

“El verdadero y legítimo objetivo de las ciencias –afirmaba– no es otro que el de enriquecer la vida humana con nuevas invenciones y poderes. Pero esto no lo siente la gran mayoría, pues son meros asalariados o estériles académicos. Sólo de vez en cuando ocurre que un artesano de desacostumbrado talento, ansioso de gloria, se dedique a una nueva invención, generalmente a expensas de su fortuna. (...) Sólo se puede comprender a la naturaleza obedeciéndola. Por consiguiente, estos dos bienes gemelos, el conocimiento humano y el poder humano se reducen en definitiva a uno solo.”⁵²⁷

Como puede apreciarse, las reflexiones de Bacon no se limitan al análisis del conocimiento científico en sí, sino que éste es la condición del progreso de la humanidad a través de la conquista de la naturaleza. En este intento de renovación de la ciencia que es para Bacon el primer paso a la redención de las consecuencias del pecado original,⁵²⁸ la historia cumple un papel crucial. El plan de su obra fundamental, la jamás completada *Instauratio Magna*, pone esto en evidencia. La

actividades intelectuales de los pensadores del momento. Este rasgo del pensamiento inglés de la época se vuelve aun más evidente en el caso de Bacon cuando desprecia a los partidarios de la tradición que “primero creen que otros saben lo que ellos no saben; y después, que ellos mismos saben lo que no saben. Sin embargo, la credulidad, la aversión frente a la duda, la precipitación en las respuestas, la pedantería cultural, el temor a contradecir, la falta de objetividad, la indolencia en las propias investigaciones, el fetichismo verbal, el quedarse en conocimientos parciales: todas estas actitudes y otras semejantes han impedido el feliz matrimonio del entendimiento humano con la naturaleza de las cosas y, en su lugar, lo han ligado a conceptos vanos y experimentos sin plan. Es fácil imaginar los frutos y la descendencia de una relación tan gloriosa. La imprenta, una invención tosca; el cañón, una que estaba ya en el aire, la brújula, en cierto modo ya conocida antes: ¡qué cambios no han originado estos tres inventos, uno en el ámbito de la ciencia, otro en el de la guerra, y el tercero en el de la economía, el comercio y la navegación! Y nos hemos tropezado y encontrado con ellos, repito, sólo de casualidad. Por tanto, la superioridad del hombre reside en el saber, de ello no cabe la menor duda. En él se conservan muchas cosas que los reyes con todos sus tesoros no pueden comprar, sobre las cuales no rige su autoridad, de las cuales sus espías y delatores no recaban ninguna noticia y hacia cuyas tierras de origen sus navegantes y descubridores no pueden enderezar el curso. Hoy dominamos la naturaleza en nuestra mera opinión, mientras estamos sometidos a su necesidad; pero si nos dejásemos guiar por ella en la invención, entonces podríamos ser sus amos en la práctica.” F. Bacon, *In Praise of Knowledge, Miscellaneous Tracts Upon Human Philosophy*, en *The Works of Francis Bacon*, Ed. Basil Montagu, Londres 1825, vol. I, 254.

⁵²⁷ *Novum Organum*, I, afo. 81.

⁵²⁸ En sus *Essays*, Bacon afirma que el conocimiento de las causas segundas lleva al de Dios (“Of Atheism”, *Essays*, FB, *Works*, XII, 132).

primera parte de la obra debía ser una clasificación sistemática de todas las ramas del conocimiento, rigurosa e históricamente descritas en su evolución desde la antigüedad hasta su tiempo, con sus falencias y aciertos pasados y las perspectivas de su desarrollo futuro. Lord Bacon escribió dos versiones de este primer volumen de la *Instauratio...*, *The Advancement and Proficiency of Learning Divine and Humane* (1605) y *De Augmentis Scientiarum* (1623), una traducción al latín, corregida y aumentada, del tratado anterior. La segunda parte de la *Instauratio...* era una verdadera teoría del método científico, una serie de “verdaderas instrucciones acerca de la interpretación de la naturaleza”, que vio la luz en 1620 como *Novum Organum*. La tercera parte era un capítulo puramente histórico: una “historia natural” de la que Bacon escribió varias versiones publicadas póstumamente, la más famosa de las cuales, *Sylva Sylvarum or a Natural History in Ten Centuries* (1627), es una colección histórico crítica de mil experimentos. La cuarta parte, “la escalera del intelecto” que debía dar ejemplos del nuevo método en acción, y la quinta parte, las “anticipaciones de la nueva filosofía”, el cuerpo de conclusiones a las que puede llegarse con los procedimientos ordinarios disponibles hasta que la nueva ciencia restaurada alcanzara su existencia, jamás fueron escritas. Bacon buscaba descubrir las leyes de la naturaleza mediante una progresión de lo particular a lo general, en una suerte de pirámide de amplitud creciente en la que la historia y la experiencia estaban en la base, seguidas por la física, la metafísica (definida como “el descubrimiento de las formas, propiedades estructurales e innatas de la materia”⁵²⁹) y la filosofía sumaria, que contiene a las anteriores en su generalidad.⁵³⁰ En conjunto, el objetivo de su filosofía es producir obras y no palabras; ir “de las obras a los experimentos para extraer causas y axiomas, y de éstos nuevamente a las obras y experimentos”⁵³¹. Si bien no eran extraños los personajes que, como él, “tomaban a todo el saber como su provincia”, Bacon tenía una amplitud llamativa de intereses: filosofía, metafísica, lógica, epistemología, filosofía de la ciencia, psicología, ética, filosofía moral, física, química, biología, fisiología, astronomía, meteorología, acústica, hidrografía, botánica, medicina, música, retórica, leyes, política, historia, religión y artes mecánicas.⁵³² El aspecto singular de su pensamiento, sin embargo, es que estas disciplinas eran la base para un proyecto más ambicioso, la reconstrucción y renovación de la filosofía como forma de investigación del mundo natural y social, en busca de un progreso sistemático y continuado del saber y, en consecuencia, de las condiciones de vida. A continuación, se abordarán con más detalle algunas cuestiones ya descritas brevemente en este primer apartado, se analizarán diversas reflexiones de lord Verulam acerca del lugar de la historia en el mapa del saber de su tiempo, las

⁵²⁹ FB, *Works*, III, 352; IV, 126.

⁵³⁰ B. Vickers, “Francis Bacon and the Progress of Knowledge”, *Journal of History of Ideas*, 53, 3, 1992, 495-518.

⁵³¹ *Novum Organum*, I, afo. 117, FB, *Works*, IV, 104

⁵³² La enumeración pertenece a Perez Zagorin, *Francis Bacon*, New Haven, Princeton University Press, 1999, 27.

divisiones de la disciplina historiográfica que concibe y la relación entre las nociones de historia y progreso en su obra, con el objetivo de desentrañar el papel de la historia en el proyecto científico y social baconiano.

II

The Advancement of Learning es un tratado filosófico histórico compuesto de dos libros. El primero de ellos analiza en profundidad la dignidad y fertilidad del conocimiento y emprende simultáneamente su crítica y su defensa frente a algunos de sus detractores. A lo largo del texto, Bacon señala las ramas del conocimiento que están incompletas y revela así deficiencias tales que llevan a una actitud crítica. Aunque desde el título mismo de la obra el progreso del saber aparece como necesario a partir de una combinación de razón y experiencia,⁵³³ su derrotero está plagado de obstáculos, que Bacon describe en una suerte de explicación histórica y sociológica de las causas del retardo en el progreso de la filosofía y las ciencias. Entre ellas, se destacan la influencia de la cristiandad (que llevó al estudio de la teología y no al de la ciencia); la ignorancia de que el objetivo del saber es dotar al hombre de descubrimientos y poder; la falta de método para alcanzar este fin; el desdén al experimento; la reverencia de la antigüedad; la superstición y el celo religioso; el carácter sumiso de las universidades, y la desesperanza frente a la enormidad de la tarea.⁵³⁴ En *The Advancement...* Bacon hace hincapié especialmente en la cuestión de la pretendida superioridad de los antiguos sobre los modernos.⁵³⁵ Este último punto vuelve esencial la resolución de la disputa por los méritos relativos de ambos, de cuya resolución favorable para estos últimos dependía buena parte del argumento respecto del avance del saber. Bacon establece una suerte de vinculación e intercambio entre la antigüedad y el progreso y *The Advancement...* es también un capítulo en la historia de la disputa entre antiguos y modernos que, como quedará claro en el capítulo siguiente, tuvo un punto álgido en Inglaterra con la polémica entre George Hakewill y el obispo Goodman. El argumento de Bacon al respecto es curioso. Inicialmente, propone mantener cierto equilibrio entre la aceptación de aquello que es válido de los escritos de la antigüedad y el impulso, en alguna medida irreverente, a los nuevos descubrimientos correctamente fundados que permiten el progreso. En un giro sorpresivo, Bacon termina por sostener que en realidad son los tiempos contemporáneos a él los que son antiguos, en tanto que el pasado remoto representa la juventud del mundo y ha pasado ciertamente más tiempo entre los orígenes del mundo y la actualidad que el transcurrido entre esos orígenes y la era en que vivieron los autores clásicos. Este argumento de apariencia ingenua constituye una afirmación radical de la preeminencia del saber de los modernos sobre el de los antiguos, sobre

⁵³³ Bacon se refiere a ella como "*experientia literata*". *Novum Organum*, I, afo. 103.

⁵³⁴ *Novum Organum*, afo. 89 y ss.

⁵³⁵ FB, *Works*, III, 249; IV, 86

todo teniendo en cuenta que Bacon considera al tiempo como el autor de los autores que permitirá crecientemente alcanzar la verdad.⁵³⁶ Más aun, sugiere que el conocimiento que ha perdurado de los tiempos remotos no es necesariamente el más valioso y que lo es mucho menos por el argumento de que es el más relevante por el solo hecho de haber perdurado, ya que “el tiempo es como un arroyo que nos trae lo que es liviano y flota y hunde aquello que es pesado y sólido”⁵³⁷.

Uno de los argumentos centrales de *The Advancement...* es la necesidad de la vinculación entre experiencia y razón como base del conocimiento. La filosofía, término que Bacon utiliza como sinónimo de ciencia, debe derivarse del estudio empírico histórico en todos los campos. En este punto Bacon es un crítico tenaz de la escolástica, siendo uno de sus argumentos fundamentales la idea de que los escolásticos decidieron encerrarse en el estudio y discusión de los textos de los antiguos, separando el conocimiento de la experiencia y utilizando un conocimiento histórico limitado.⁵³⁸ Es conveniente incluir aquí, entonces, una digresión sobre las apreciaciones de Bacon referentes a dos modos de operar respecto del saber que fueron objeto de su análisis, la magia y la escolástica. Las críticas incluidas en *The Advancement...* al conocimiento fantástico de magos, alquimistas y astrólogos, a las disputas escolásticas y del conocimiento humanista anticipan el tratamiento de estas cuestiones en *Novum Organum*. Frances Yates puso gran énfasis en la importancia de la magia para la ciencia baconiana,⁵³⁹ en tanto que Paolo Rossi buscó devolver a la magia y el ocultismo un papel más proporcional a su verdadera importancia. Según Paolo Rossi, “el pensamiento de Bacon era objeto de cierta influencia de la tradición mágico alquímica”, a partir de la cual se produce cierto distanciamiento que concluye en una “contraposición de un ideal ‘moderno’ del saber científico y esa tradición”.⁵⁴⁰ La magia natural influyó en el intento baconiano de conectar saber y poder, pero

⁵³⁶ “Dejemos a los grandes autores obtener su merecido, pero no despojemos al tiempo, autor de los autores, de lo que a él se debe, que es lo que permitirá crecientemente descubrir la verdad. [Uno de los tumores malignos del conocimiento] es aficionarse demasiado a dos extremos, antigüedad y novedad. En tanto la antigüedad tiene envidia de los nuevos descubrimientos, la novedad no se contenta con estos, sino que tiene necesidad de destruir. La Antigüedad merece reverencia y los hombres deberían detenerse a mirarla y descubrir en ella el mejor camino, pero cuando el descubrimiento está bien hecho, es preciso progresar de ahí en adelante. Los tiempos antiguos fueron la juventud del mundo, nuestros tiempos son en realidad los antiguos: es ahora que el mundo es antiguo y no aquellos tiempos a los que llamamos ancianos por un cómputo hecho mirando hacia el tiempo corrido a nuestras espaldas”. FB, AL, 137.

⁵³⁷ FB, AL, 139.

⁵³⁸ “Ocurrió que por aquella época comenzó a florecer una afectada elocuencia e imitación de los antiguos discursos. Creció esta tendencia en exceso y rápidamente. Los hombres comenzaron a preocuparse más por las palabras que por la materia, (...) la inclinación de aquel tiempo se preocupó más por la forma que por el fondo de los problemas. (...) Entre los escolásticos reinó un conocimiento ligero y vívido, pero carente de sinceridad en la materia y bondad en la cualidad. Encerrados con su mentalidad poderosa en un círculo de pocos autores (siendo Aristóteles su dictador), con escaso conocimiento de la historia natural o humana, trataban escasos temas con una infinita agitación de la inteligencia.” FB, AL, 129-131. Según Paolo Rossi, “en nombre del culto de las cosas Bacon se opone con violencia a la tradición filosófica; el culto de la naturaleza reemplaza al de la tradición”. P. Rossi, *Francesco Bacone, dalla magia a la scienza*, Bari, Laterza, 1957, 42.

⁵³⁹ F. Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic tradition*, Chicago, University of Chicago Press, 1964.

⁵⁴⁰ P. Rossi, *Francesco Bacone, dalla magia a la scienza*, Bari, Laterza, 1957, 46 y 52.

Bacon, sobre todo en *The Advancement...* rechazaba sus presupuestos y la asociaba con la astrología y la alquimia como ciencias basadas en la imaginación y no en la razón.⁵⁴¹ El pensamiento de Bacon respecto de la relación entre magia y ciencia es característico de una actitud predominante durante la Revolución Científica, en el marco de la cual magia y ciencia no estaban separadas por un abismo, sino que se encontraban en una relación constantemente contradictoria entre una herencia reconocida en el plano de la operatividad y un rechazo de la magia en tanto saber oculto e iniciático.⁵⁴²

Bacon criticaba la especialización excesiva y ponía en la base de su método una historia natural universal; creía que el progreso del conocimiento sólo sería posible cuando se establecieran nuevas bases y se llevara a cabo una reconstrucción total de todas las ciencias. La mente debe liberarse de opiniones y teorías y dirigirse directamente a la naturaleza,⁵⁴³ para ser controlada por la observación y la experiencia: “la verdad no está en la mente sino en el mundo”⁵⁴⁴. El reconocimiento de que la lógica había tenido un papel más importante que los hechos en las filosofías del pasado y su énfasis en el contacto directo con la naturaleza lo llevaron a exaltar los sentidos, sospechar de la razón y confiar en la observación directa: Bacon define su empresa como “un verdadero y legítimo matrimonio entre las facultades empírica y racional, pues el poco amable divorcio de ambas ha arrojado a la confusión todos los asuntos de la familia humana”⁵⁴⁵. Es preciso insistir en que estas proposiciones baconianas fueron enunciadas en una época en la que aún predominaba la concepción de los antiguos como autoridades; en la que para muchos el estudio de la naturaleza podía llevarse a cabo en el marco restringido de una biblioteca, de modo tal que se trataba prácticamente de una actividad intelectual aristocrática, separada de aquellos que vivían en contacto con la naturaleza.⁵⁴⁶ Sólo lentamente, en el último cuarto del

⁵⁴¹ FB, *Works*, VI, 127, 230.

⁵⁴² J.E. Burucúa, *Historia, arte, cultura*, Buenos Aires, FCE, 2002, 169.

⁵⁴³ “Hombres con mentes no poseídas y limpias de opinión deben estudiar la naturaleza en pureza e integridad.” FB, *Works*, V, 132.

⁵⁴⁴ FB, *Works*, IV, 31.

⁵⁴⁵ FB, *Works*, IV, 19.

⁵⁴⁶ A comienzos del siglo XVI en Inglaterra la universidad medieval estaba intacta, la lógica y la filosofía aristotélica dominaban junto a la teología. Ya en 1511, en parte por un impulso erasmiano, se introdujeron el griego y el humanismo. Con la Reforma, los frailes desaparecieron y las universidades abrieron sus puertas a caballeros que pagaban una cuota y no buscaban entrenamiento profesional sino conocimiento de los clásicos (poesía, historia, oratoria). El humanismo comenzó a ocupar un lugar junto a la escolástica en una convivencia poco natural. Esta disputa seguía precedentes antiguos, el debate entre filosofía y elocuencia, entre ciencia y literatura es tan viejo como la civilización occidental. En Inglaterra en el siglo XVI se llegó a una tensa convivencia. El ideal humanista del orador hombre de Estado excluía la filosofía medieval y la teología, tanto como a la filosofía natural, en tanto que enfatizaba la retórica, la poesía y la filosofía moral. En las escuelas de gramática Tudor triunfaba el humanismo y languidecía la escolástica, se imponían la gramática y la retórica sobre la lógica, al tiempo que se observaba cierto desdén por la ciencia natural y la filosofía. La teología no desapareció por el esfuerzo protestante y en ella sobrevivió la escolástica. En Cambridge, una universidad en la que la antigüedad clásica era considerada la época dorada, el humanismo obtuvo sus primeras victorias hacia 1540. Sin embargo, a pesar del influjo humanista muchos buscaban el diploma en teología y allí dominaba la escolástica. En la segunda mitad del siglo XVI, cuando Bacon pasó por la universidad, los estudiantes dividían su tiempo entre un entrenamiento escolástico y uno humanista. J.M. Levine, *Humanism and History. Origins of Modern English Historiography*, Ithaca, Cornell

siglo XVI, las desviaciones de los preceptos de la antigüedad dejaron de pronunciarse rodeadas de disculpas y los estudios sobre el mundo natural comenzaron a proclamarse como basados en la experiencia y no en conjeturas.⁵⁴⁷ Aún en 1638 John Wilkins afirmaba que “hay una opinión indolente y supersticiosa que considera que las obras de Aristóteles son los límites y cadenas de toda invención humana. Por cierto, hay mucho más para descubrir y no puede ser inconveniente para nosotros mantener una nueva verdad que rectifique un error antiguo”⁵⁴⁸. Bacon pensaba que...

“El saber escolástico es degenerado y los escolásticos, dotados de intelecto agudo y con mucho tiempo libre y poca variedad de lecturas (su ingenio está encerrado en el celo de pocos autores, sobre todo Aristóteles, su dictador, como sus personas están encerradas en el celo de monasterios y colegios), y poco conocedores de la historia, natural y temporal, nos propinan con poca sustancia aunque con enorme profusión de ingenio aquellas laboriosas tramas de saber que se encuentran en sus libros. Si el ingenio y la mente del hombre trabajan sobre la materia, que es la contemplación de las criaturas de Dios, trabajan sobre la realidad y encuentran un límite en ella, pero si trabajan sobre sí mismas, como la araña teje su tela, no tienen límites y producen tramas de saber sin duda admirables por la fineza del tejido y del trabajo, pero carentes de consistencia y utilidad.”⁵⁴⁹

Así, Bacon contrastaba dos caminos falsos de la ciencia, el de los empíricos, que “como hormigas recolectan y usan”, y el de los razonadores, que “como arañas

University Press, 1987, 124 y ss. Oxford y Cambridge estaban atrasadas en matemáticas y ciencia; no eran instituciones que buscaran satisfacer necesidades sociales, sino producir párrocos. Muchos hombres con inquietudes científicas abandonaron las universidades para estudiar álgebra, geometría, astronomía o medicina. El trabajo científico de Dee, Gilbert, Harriot y Harvey se desarrolló fuera de las universidades, que estuvieron bajo ataque sobre todo durante la Revolución. Sólo en la década de 1650 la ciencia parecía comenzar a abrirse paso en Oxford. En *The Advancement of Learning*, Bacon se refiere al humanismo como “*fantastic learning*” (FB, *Works*, VI, 296), que aprecia excesivamente la retórica y busca más las palabras que las cosas, una definición que adquiere mayor relevancia si se considera que Bacon afirmaba que “el saber no debe ser provisto de alas, sino cargado de pesos para evitar que vuele” (FB, *Works*, IV, 97). “*Scholars are our jailors, but times of knowledge will come*”, afirmaba N. Culpeper en 1651. Véase C. Hill, *Change and Continuity in XVII c. England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1991, de donde fue tomada esta cita.

⁵⁴⁷ Un hito fundamental en este desarrollo de la filosofía experimental fue la publicación de *De Magnete*, de William Gilbert, en 1600, que coronaba exploraciones de larga data de artesanos y pensadores respecto del magnetismo, aunque sus experimentos eran más numerosos y de mayor alcance, al igual que su rechazo de la antigüedad. Gilbert proclamaba la libertad de pensamiento e investigación y afirmaba que se debe honor a los antiguos, pero que los modernos, gracias a la experiencia, los han superado en muchos aspectos y han demostrado sus errores. Como Bacon, Gilbert pensaba que confiar sólo en libros proveía una sensación de conocimiento y no conocimiento real. Al respecto, puede consultarse R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 14-17.

⁵⁴⁸ *The Discovery of a New World*, prefacio, 15.

⁵⁴⁹ FB, *Works*, IV, 92.

tejen redes a partir de su propia sustancia”; con el camino de los filósofos naturales, que “como abejas toman materiales de diversos lugares y los digieren con su propio poder, una observación comprendida, digerida, alterada”.⁵⁵⁰ Sin ir más lejos, según William Rawley, secretario y biógrafo de Bacon, el autor de *Novum Organum* pensaba desde sus días en Cambridge que “la filosofía de Aristóteles es buena para la disputa y la controversia, pero estéril de obras ventajosas para la vida del hombre”⁵⁵¹. Con este trasfondo, puede afirmarse que el proyecto filosófico de Bacon era al menos en parte un ataque al antiguo régimen del conocimiento, a los valores y actitudes de la antigüedad clásica, la cristiandad, el escolasticismo y parte del Renacimiento, pero sobre todo a la reverencia a la tradición y la autoridad, con su énfasis contemplativo y no activo que detenía el progreso del saber. Teniendo en cuenta las apreciaciones de Bacon respecto del saber universitario y del mágico, es posible coincidir con A. Perez Ramos cuando afirma que la idea de ciencia de Bacon proviene de “la tradición del saber productor”, según la cual conocer una cosa es saber hacerla, que sería luego fundamental en Vico. De eso se trata su noción de saber como capacidad de producir obras.⁵⁵²

El segundo libro de *The Advancement of Learning*, entretanto, es una clasificación detallista y elaborada de los diversos tipos de conocimiento, basada en la relación entre lo que Bacon considera sus tres partes principales –la historia, la poesía y la filosofía– con tres facultades de la mente –la memoria, la imaginación y la razón–. En conjunto, el texto resume sus preocupaciones por el progreso de la ciencia y presenta un panorama completo del adelanto y las deficiencias del conocimiento hasta su tiempo, en busca de una suerte de guía para una clasificación general de las ciencias y de sentar las bases para el establecimiento de un método adecuado para la investigación científica y filosófica. Específicamente respecto de la historia, en la edición de 1605 de *The Advancement...*, Bacon distingue cuatro tipos de historia: eclesiástica, civil, natural y literaria. La edición de 1623, sin embargo, presenta un cambio radical al respecto y distingue solamente la historia civil y la historia natural, convirtiendo a la historia literaria y a la eclesiástica en porciones de la historia civil, de manera tal que la historia eclesiástica pierde sus privilegios.⁵⁵³ La historia secular es concebida en términos de las acciones de los hombres que llevan a la evolución de los acontecimientos más que a partir de una intervención divina constante que explique su ocurrir; en tanto que la historia eclesiástica ha de explicarse también en términos humanos. Asimismo, Bacon no niega la capacidad de la divinidad para intervenir en los asuntos de este mundo, simplemente considera que “Dios sólo actúa en la naturaleza mediante las causas segundas; sostener otra cosa sería mera impostura, implicaría ofrecer al autor de la verdad el impuro sacrificio de una

⁵⁵⁰ FB, *Works*, IV, 92.

⁵⁵¹ Citado en B. Farrington, *Francis Bacon, filosofo dell'età industriale*, Torino, Einaudi, 1952, 36.

⁵⁵² En *Valerius Terminus* (1603, *Works*, VI, 62) sostiene que “si un axioma no descubre nuevas instancias es vano y falso”. Véase A. Perez Ramos, *Francis Bacon's Idea of Science*, Oxford, 1988.

⁵⁵³ *De Augmentis*, *Works*, I, 495; también *Descriptio Globis*, *Works*, III, 728.

mentira". En un doble movimiento, entonces, Bacon remueve los privilegios de la historia eclesiástica al tiempo que seculariza la historia de los hombres sin dejar de reivindicar al conocimiento como una actividad que, en su propio desarrollo, satisface imperativos religiosos.

"No hay hombre que con falsa moderación pueda pensar que llegará a estudiar a fondo las sagradas escrituras en la naturaleza, por el contrario, dejad que el hombre se esfuerce por lograr un progreso sin límites en el conocimiento de ambas, que aplique ambos conocimientos a la caridad y no al orgullo, a la utilidad y no a la ostentación y, además, que no confunda estas dos clases de conocimiento, divino y humano. Infinito ha sido el perjuicio que tanto al conocimiento divino como al humano ha causado el entrelazamiento de ambas enseñanzas."⁵⁵⁴

Es fundamental tener en cuenta que este elemento religioso de los escritos de Bacon es genuino aunque se transformó con posterioridad en un estandarte del secularismo. La separación de ciencia y religión no provenía de la incredulidad, del ateísmo o del deseo de liberarse de la injerencia de los religiosos en la discusión científica, sino que emanaba de sus principios filosóficos y creencias protestantes.⁵⁵⁵ De la misma manera, sir Francis no profesaba el estrecho utilitarismo que luego se le adscribiría, sino que más bien postulaba cierta conjunción entre el progreso y la utilidad que podían obtenerse del conocimiento y la necesaria moderación de éste por medio de la caridad religiosa.⁵⁵⁶ La ciencia no es otra cosa que el medio para la concreción de los mandatos escriturales de caridad y de la promesa de dominio del hombre sobre la naturaleza; la sustitución completa de ellos por el deseo de poder es un fenómeno posterior a este período.

Para Bacon la historia no es únicamente memoria, es también experiencia. El conocimiento histórico constituye una suerte de memoria en cuanto provee materiales para la inducción, la base fundamental de todo conocimiento. En este esquema, la inducción no es la mera recopilación de hechos, sino la evaluación cautelosa de éstos mediante un método moderado por la razón, puesto que los sentidos librados a su

⁵⁵⁴ FB, AL, 110.

⁵⁵⁵ Según C. Hill "estas afirmaciones recogen una larga tradición de pensamiento protestante que, a partir de Lutero, equiparaba la caridad a las obras realizadas con el objetivo de beneficiar a la nación o a la humanidad: la separación de ciencia y religión en Bacon, tan vital para el avance futuro de la ciencia, pertenecía a la mejor tradición protestante". C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 113.

⁵⁵⁶ "[La inteligencia ha de ser] un almacén bien provisto para gloria del Creador y para el alivio de la condición del ser humano. Lo que dignificará al conocimiento es conseguir que la meditación y la acción se unan en más cercana y estrecha conjunción de lo que han estado hasta ahora. Cuando hablo de utilidad y acción no me refiero a la aplicación del conocimiento al lucro, que interrumpe el adelanto de la ciencia." FB, AL, 142.

suerte son propensos a engañar.⁵⁵⁷ A la vez, la historia es una disciplina del conocimiento con entidad propia. Es presentada como pura memoria y relacionada con esta facultad de la mente, pero también es definida como una forma de conocimiento que demanda razón más que imaginación a quien la emprende; un historiador no ha de limitarse a coleccionar hechos, sino que debe utilizar axiomas y teorías para ponerlos en sentido, de modo tal que la historia se encuentra más inmersa en la materia que la filosofía, pero se relaciona fundamentalmente con ésta y en menor medida con la poesía, que es una suerte de “historia ficticia”⁵⁵⁸. La disciplina se encuentra entonces conformada tanto por las narraciones escritas como por los juicios de relevancia del historiador, también ella se rige por los principios del método inductivo baconiano. El objetivo último de la historia es, para Bacon, el de todo conocimiento, contribuir al bienestar de la humanidad mediante la exposición de la verdad, de tal forma que verdad y utilidad se vuelven conceptos intercambiables y, como hemos visto, Bacon hace de esto un deber religioso.⁵⁵⁹ El propósito del conocimiento es restaurar al hombre al estado anterior a la Caída. Según Bacon, el hombre no fue expulsado del paraíso por intentar conocer los secretos de la naturaleza y, de este modo, los de la divinidad, sino por intentar prescindir de la divinidad en la determinación de los juicios de validez moral.⁵⁶⁰ Al hacerlo, el hombre perdió a la vez la inocencia y el dominio sobre las cosas creadas. La única posibilidad de recuperar la

⁵⁵⁷ Bacon siempre rechazó la simple enumeración de instancias como base de la inducción e insistía en la eliminación y otros refinamientos como prerequisites para una conclusión inductiva. “La inducción de la que hablan los lógicos es totalmente viciosa e insuficiente, pues es deber del arte perfeccionar y exaltar la naturaleza y de este modo, contrariamente, incurren en errores, abusan y calumnian a la naturaleza. Quien desee observar cómo la mente recoge el excelente rocío del método derivándolo de lo particular, natural o artificial, encontrará que la mente por sí misma maneja y ordena la inducción mejor de lo que los lógicos lo describen. Llegar a una conclusión partiendo de lo particular sin tener en cuenta lo contradictorio no es una conclusión, sino una conjetura. (...) Esta forma de la inducción es tan grosera que sólo puede explicarse por el apresuramiento en demostrar sus teorías que intelectos sutiles la hayan admitido”. FB, AL, 256. Según Perez Zagorin, la inducción baconiana incluye axiomas más amplios de los particulares de los que se deriva; una suerte de hipótesis que indica nuevos hechos y observaciones y conforma un método teórico-inductivo; por lo que Popper habría criticado equivocadamente a Bacon como un inductivista antiteórico que no comprende que la ciencia avanza por falsación fáctica de hipótesis y teorías, una concepción errada del inductivismo baconiano y de la ciencia. K. Popper, *The logic of Scientific Discovery*, Londres, 1975, 420; Perez Zagorin, *Francis Bacon*, New Haven, Princeton University Press, 1999, 90.

⁵⁵⁸ FB, AL, 200.

⁵⁵⁹ Es famoso el *dictum* baconiano según el cual “verdad y utilidad son la misma cosa” (*Novum Organum*, I, afo. 124). Sin embargo, la verdad mantiene la primacía, por cuanto “la contemplación de las cosas tal como son tiene más valor que el fruto de todas las invenciones” (*Novum Organum*, afo. 129).

⁵⁶⁰ “Los primeros actos del hombre en el paraíso consistieron en las dos formas más sumarias del conocimiento, mirar a las criaturas y ponerles nombre. El conocimiento que indujo al hombre a la caída no fue el conocimiento natural, sino el moral de lo bueno y lo malo, lo que supone que en su origen no estaban los mandamientos de Dios, lo que inspiró al hombre a conocerlos hasta el fin para separarse de Dios y depender sólo de sí.” FB, AL, 145, *Works*, VI, 92, 97. Años después, G. Winstanley sostenía en *The Law of Freedom* que el ministro electo anualmente no tenía sólo funciones religiosas, sino que debía mantener a su gente informada de los eventos actuales, las leyes de la república, la ciencia y la historia (que, por su parte, debía mostrar los beneficios de la libertad y los peligros de la tiranía). Ese cúmulo de saberes debía provenir de la experiencia común, no de los libros, al tiempo que su objetivo es baconiano en el sentido discutido en este parágrafo: “conocer los secretos de la naturaleza es conocer las obras de Dios y a Dios mismo por ellas”. Citado en C. Hill, *Change and Continuity in XVII c. England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1991, 90.

inocencia provenía de la doctrina protestante y se encontraba en la fe. El dominio sobre las cosas de este mundo, en cambio, podía recuperarse a partir del conocimiento, lo que implica cierta confianza en las posibilidades de emancipación del hombre y en las de forjar su propio destino sometiendo a la naturaleza gracias a un conocimiento de las causas segundas que “estaba alcanzando la mayoría de edad”. Se trata del surgimiento de la idea de progreso y de la reversión de la noción de una permanente decadencia posterior a la Caída.

La noción baconiana de progreso cuenta con otro punto de apoyo, una serie de reflexiones en torno a la sociedad y la política coextensivas y codeterminantes respecto de su proyecto científico para la realización del progreso de la humanidad⁵⁶¹ y en su análisis de la sociedad la historia también es fundamental. La *Nueva Atlántida* (1627) es una utopía baconiana. En la obra, un grupo de contemporáneos europeos de Bacon pierde el rumbo en alta mar y arriba por azar a Bensalem, una ciudad en la que una casa de investigación científica ideal, la Casa de Salomón, rige los destinos de un reino próspero. Bensalem es el futuro de Europa, es contemporánea a los viajeros que la visitan, pero adquirió su entidad “actual” en el pasado: Bacon busca en la historia de Bensalem los elementos esenciales para construir el futuro de Inglaterra. M. Leslie ha sostenido que la *Nueva Atlántida* está en los antípodas de la república platónica, pues la isla donde se ha construido la Casa de Salomón no requiere, para ser conocida y accesible, de un profeta, quien por haber contemplado la verdad más alta del mundo realzaría el valor de la simulación política, sino que exige un narrador descubridor, capaz de registrar, a la manera de un cronista, los efectos socialmente liberadores de la repetición técnica de los procesos naturales explicados por la ciencia. De este modo, en la *Nueva Atlántida* de Bacon se vuelve evidente cierta unidad entre la imaginación de una sociedad perfecta en tensión con la sociedad contemporánea; el diseño de un mundo posible y cercano que se vislumbra en el futuro próximo –al punto que se ha proclamado que la utopía baconiana habría encontrado su realización, años después, con la creación de la *Royal Society*⁵⁶²–; y “el relato fantástico que casi

⁵⁶¹ “Cuando pongo ante mi vista la condición de este tiempo, en el que la enseñanza cumple su tercera etapa, con cualidades como la excelencia e inteligencia de la época, la noble ayuda y las luces obtenidas de antiguos escritores, el arte de la imprenta que hace posible el acceso a los libros a hombres de todas las esferas, el descubrimiento del mundo por la navegación que ha revelado infinidad de circunstancias y elementos de la historia natural, la disposición hacia la paz y hacia un gobierno más eficiente, el agotamiento de las controversias religiosas que alejan a los hombres de otras ciencias, la perfección de la cultura de vuestra majestad y la virtud contemporánea, inseparable de la progresiva averiguación de la verdad, no puedo sino llegar a la convicción de que esta tercera etapa de la historia sobrepasará a la de Griegos y Romanos si los hombres adquieren conciencia de su propia fuerza y debilidad y se pasan de unos a otros la luz de los descubrimientos y no el fuego de la contradicción y consideran la investigación de la verdad como una empresa y no como un simple adorno y emplean a la inteligencia en asuntos de importancia y no en aquellos vulgares y corrientes”. FB, AL, 365-6.

⁵⁶² Según, B. Farrington, el apéndice de la *Nueva Atlántida* que describe la Casa de Salomón, la más completa expresión del ideal baconiano de investigación organizada, inspiró a S. Hartlib –amigo de Milton y pionero de la reforma agrícola– para invitar a Comenio a Inglaterra; algo que dio sus frutos cuando Carlos II creó la *Royal Society* en 1662, para “promover el conocimiento natural”. Más aun, en su *Oda a la Royal Society*, A. Cowley compara a Bacon con Moisés: ambos guiaron a los hombres a través del desierto hasta la tierra prometida. T. Sprat lo reconoció igualmente en su ya citada *Historia de la Royal Society*, de 1667, “recordaré a un solo hombre que tuvo una clara visión de las

bordea las regiones del sueño sin dejar por eso de actuar como un acicate latente y lejano en tiempos futuros”⁵⁶³. Al respecto, la idea de progreso utópico no pudo concebirse hasta que se cuestionaron ciertas tradiciones culturales antiguas: la idea de que el mundo estaba en una época senil y degenerada, la de una edad dorada y la del cercano fin del mundo. Además, antes de que la ciencia natural pudiera considerarse un instrumento de progreso social, era necesario rehabilitar a la naturaleza: Bacon (como también Moro) hizo mucho por probar que el estudio experimental de la naturaleza no era una aventura hacia un conocimiento diabólico (como en *Fausto*), sino incluso un deber religioso. Era necesario arribar a la concepción, presente en *Utopía*, de que la solución de los problemas de la existencia en el mundo estaba en manos del hombre, no de la Providencia.⁵⁶⁴

Por otra parte, Bacon era consciente de las implicancias de la utilización de la figura de Salomón como ícono para su *Nueva Atlántida*. Salomón, el hombre investido con sabiduría divina, es el autor del *Eclesiastés*, el libro que se inicia con “‘Vanidad de vanidades –dijo el predicador–; vanidad de vanidades, todo es vanidad.’ ¿Qué provecho obtiene el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo del Sol?”, y afirma “¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, pues nada hay nuevo bajo el Sol” y “no busques más allá de tus fuerzas (...) no inquietes los trabajos de Dios”⁵⁶⁵. Esto implica reconocer los límites del saber humano, que, sin embargo, la utopía de la *Nueva Atlántida* exalta sin restricciones, por cuanto “el fin de nuestra

posibilidades de esta institución, Lord Bacon. (...) Sus obras sirven de prólogo a la Royal Society y a la filosofía experimental”. B. Farrington, *Francis Bacon, filosofo dell'età industriale*, Torino, Einaudi, 1952, 35.

⁵⁶³ “La base unitaria de las utopías está en esa ambigüedad radical de los textos que les han dado forma, un significado contradictorio que se asienta sobre la simultaneidad de lo imposible y lo posible en esas tierras de ninguna parte, imposibles porque las utopías son representaciones de reinos absolutamente perfectos en justicia, saber o igualdad, posibles porque su formulación se enraza en las expectativas reales de los actores sociales, y en ambos casos, la historia vivida y el relato historiado de la aventura que conduce a las regiones imaginarias convergen para definir los horizontes de cuanto puede y podría o no ser”. J.E. Burucúa, “Nuevos abordajes a tres utopías del Renacimiento y el Barroco”, *Hermes*, Buenos Aires, primer y tercer trimestres de 2000. Véase también M. Leslie, *Renaissance Utopias and the Problem of History*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1998.

⁵⁶⁴ Según R.P. Adams, desde Moro, una tradición de proto-científicos ingleses preparó el camino para el desarrollo de la idea de progreso como consecuencia del avance del saber de Bacon. En el libro II de *Utopía*, Moro presenta el Estado ficcional de Utopía y considera la ciencia como un deber religioso: sus ciudadanos, por ejemplo, consideran la medicina “uno de los saberes más beneficiosos y religiosos de la filosofía”; y la filosofía como “la búsqueda de la clave de los secretos de la naturaleza” mediante la observación y la razón. Sin embargo, a diferencia de Bensalem, donde los científicos se visten con los mejores adornos y aparecen en ceremonias prestigiosas y coloridas, en Utopía hay una tendencia a la eliminación del lujo y los ornamentos. Además, en *Utopía*, no se observa una separación de la filosofía natural ni de ningún aspecto de la vida de la ética y la religión. La ciencia en Utopía es una suerte de religión racional, el estudio de la naturaleza revela el orden creado por Dios “como maravilloso marco del mundo”. En la *Nueva Atlántida* la Casa de Salomón, un instituto de investigación científica orientado “al descubrimiento de la verdadera naturaleza de las cosas, de modo que Dios tenga mayor gloria por su creación y los hombres más frutos por su uso”; es “el ojo del reino”. Los científicos de Bensalem investigan como tales las creaciones de Dios y luego realizan ceremonias para alabarlo. R.P. Adams, “The Social Responsibilities of Science in Utopia, New Atlantis and after”, *Journal of History of Ideas*, 10, 3, 1949, 374-398. La diferencia entre la utopía de Moro, que limitaba la producción de bienes no necesarios, y el objetivo baconiano de producir una mayor cantidad de frutos, por otra parte, puede vincularse con la aparición y expansión del capitalismo y la correspondiente producción y reproducción sin fin de mercancías.

⁵⁶⁵ *Eclesiastés*, I, 2; I, 9; III, 22.

fundación es el conocimiento de las causas y movimientos secretos de las cosas y la extensión de los límites del imperio humano para el logro de todas las cosas posibles”⁵⁶⁶. Bacon resolvió el problema separando el saber respecto de los objetos de la naturaleza de aquel referente a la divinidad. De hecho, llegó a conjeturar que Salomón había escrito una historia natural cuya desaparición retardó el avance del saber.⁵⁶⁷ La solución de Bacon minimiza la preocupación por el saber moral, de modo que separa la filosofía natural de la moral, lo que reduce el peso de una posible interpretación de la figura de Salomón como escéptico y limitante del saber y pone de relieve al sabio, prácticamente negando el pecado de curiosidad.⁵⁶⁸

III

Es conveniente abordar con mayor detalle las categorías en que Bacon divide la disciplina historiográfica. Es difícil subestimar la importancia de la historia natural⁵⁶⁹ para la filosofía de Bacon, quien sostenía: “Mi *Organum*, incluso completo, sin una historia natural no avanzaría en la restauración de las ciencias, en tanto que una historia natural sin *Organum* la avanzaría bastante”⁵⁷⁰. Más aun, en la dedicatoria de la *Instauratio Magna* a Jacobo I, afirmaba:

“Es necesario compilar y componer una historia natural y experimental, veraz y austera, carente de oropeles literarios y saberes librescos, de modo que a partir de ella pueda construirse una filosofía como la que luego describiré. De esa forma, luego

⁵⁶⁶ FB, *Works*, III, 156.

⁵⁶⁷ FB, *Works*, III, 145.

⁵⁶⁸ Según M. Hattaway, existía una corriente de pensamiento paralela a la baconiana que consideraba a Salomón como un mago (Flavio Josefo, *De la antigüedad de los judíos*, VIII, II, siglo I. R. Scot, *Discovery of Witchcraft*, 1584, 288, lo considera mago natural. Idem J. Bodin, *Demonomanie*, París, 1598). Lutero no dejaba mucho lugar para el saber humano (*Werke*, Weimar, 1883, LVI, 312). Sin embargo, en *Annotationes in Ecclesiasticom*, 1532, traducido al inglés como *An Exposition of Salomon's Booke*, 1573, enfatiza la bondad del mundo externo y de las capacidades humanas. Dentro de la esfera limitada contra la curiosidad y la avaricia hay una provincia legítima para el saber humano. En *Ecclesiastés* “el conocimiento de la naturaleza, la astronomía y la filosofía no son despreciados como especulaciones vanas, hay en ellas placer y provecho (8). M. Hattaway, “Paradoxes of Solomon: Learning in the English Renaissance”, *Journal of History of Ideas*, 29, 4, 1968, 499-530. Probablemente ésta haya sido la perspectiva isabelina, en equilibrio inestable entre la utilidad y la vanidad del saber.

⁵⁶⁹ Sobre la historia natural en general, según R. Bushnell, los autores de tratados de horticultura de la temprana modernidad inglesa, un subgénero de la historia natural, decían basarse en la experiencia frente a los trabajos académicos que por no hacerlo fracasarían en la práctica. Desacreditaban a los clásicos para Inglaterra porque escribían para su tiempo y lugar, era su “localía” lo que acercaba sus textos a la verdad, lo que los vinculaba a la ciencia de los escritores tecnológicos en exploración, astronomía y navegación a los que Bacon se refería. La particularidad inglesa los llevaba a una identificación nacional: a diferencia de los medievales escribían sobre plantas autóctonas y no sólo las agregaban detrás de las de los clásicos. Bacon rechazaba los errores anteriores en historia natural como ficciones, sus propios experimentos debían revelar la verdad de la naturaleza sometiéndola a las presiones no naturales del científico. R. Bushnell, “Experience, Truth, and Natural History in Early English Gardening Books”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 188-192.

⁵⁷⁰ FB, *Works*, V, 133.

de pasar por tantas edades, la filosofía y las ciencias no vagarán ya en el aire, sino que se apoyarán sobre el sólido fundamento de la experiencia, bien examinada y sopesada. He diseñado la máquina, la materia debe ser recolectada de entre los hechos naturales. (...) La lógica no es aún lo suficientemente aguda para ocuparse de la naturaleza. (...) No es una opinión a aceptar, sino una obra a completar”.

El método baconiano tiene dos partes, la primera de ellas es “una historia natural y experimental”, que proveería la base material para la verdadera filosofía: sin ella su método inductivo sería inútil.⁵⁷¹ Una vez compilada esa historia natural debía aplicarse el método inductivo descripto más arriba. De este modo, cada experimento lleva a un principio, que lleva a más experimentos, que llevan a su vez a un principio más general. La historia natural, entonces, debía contener el conocimiento de los particulares y proveer la materia prima de su filosofía. Bacon no desprecia ninguna fuente para su historia natural, pero cifra sus esperanzas en una historia experimental y mecánica que procediera de la parte operativa de las artes liberales. Una de las divisiones que concibe para su historia natural es entre aquella especulativa (la búsqueda de causas) y la operativa (la producción de efectos), en la que encuentra mayor interés. Su concepción de la historia natural demandaba cooperación y negaba una habilidad intelectual inusual como requisito, con las consecuentes implicancias democráticas del método: “en lo que respecta a mi modo de descubrimiento en las ciencias, tiende a la nivelación de las mentes de los hombres y deja como resultado reglas seguras y demostrables”⁵⁷². Para Bacon esa historia natural no era una colección de observaciones y experimentos desordenados; consideraba que poco podría obtenerse del intelecto si los particulares no eran aptos o no estaban bien ordenados.

La clasificación interna de la historia natural baconiana se guía por un principio semejante al de la historia civil y eclesiástica. Para Bacon, la historia natural ha de dividirse en tres ramas, la historia de las criaturas o del curso normal de la naturaleza, la historia de los prodigios o de la naturaleza descarriada o anormal y la historia de las artes o de la naturaleza alterada o modificada. De esta manera, la historia de aquellos componentes de la naturaleza creados por Dios se ve equiparada en su importancia con la de los objetos naturales modificados por la mano del hombre por medio de las artes, por lo que la filosofía basada en la historia se asienta en la actividad y el cambio.⁵⁷³ Más aun, el objetivo de la primera no parece ser la obtención

⁵⁷¹ FB, *Works*, IV, 28, 127; V, 211, 507.

⁵⁷² FB, *Works*, IV, 109.

⁵⁷³ Es difícil aceptar, entonces, la hipótesis de D.R. Woolf, según la cual la historia natural baconiana no era más que una suerte de inventario, en la que no había evolución sino estasis, y que por ello no era narrativa. Citado en R. Bushnell, “Experience, Truth, and Natural History in Early English Gardening

de curiosidades o la glorificación del Creador mediante el relato de la historia de su obra, sino que más bien reside en posibilitar un desarrollo más completo de las artes.⁵⁷⁴ Bacon sugiere incluso que los relatos referentes a los prodigios y milagros de las religiones no son verdaderos o no son naturales, por lo que son impertinentes en la historia de la naturaleza,⁵⁷⁵ mientras que la historia mecánica “es la más radical y fundamental en relación con la filosofía natural, que no deberá desvanecerse en el humo de la sutileza y la especulación, sino que deberá ser operativa para el mejoramiento y beneficio de la vida del hombre, sugiriendo prácticas en todos los ramos y proveyendo iluminación sobre las causas hasta ahora alcanzadas”⁵⁷⁶.

El propio vizconde de St. Albans emprendió en más de una ocasión la producción de una historia natural y reconocía la enormidad de la tarea en carta a Fulgencio Micanzio, colaborador y biógrafo del veneciano Paolo Sarpi:

“Reverendísimo padre Fulgencio, el primer volumen de mi *Instauratio* consiste de los libros que tratan del avance del saber, y esto, como usted sabe, ya está terminado e impreso. La historia natural es simplemente un trabajo para un rey o un papa, o para una orden o una universidad, y no puede hacerse como se debería sólo con la industriosisidad privada de un hombre.”⁵⁷⁷

Estas obras de Bacon, como la ya mencionada *Sylva Sylvarum*, abarcan un amplio rango de fenómenos e incluyen hechos, registros, propuestas de experimentos, inferencias, especulaciones, explicaciones y preguntas para futuras investigaciones. Lord Verulam tomaba sus materiales de sus propias observaciones y de las de otros autores antiguos y modernos; excluía lo que considera superfluo, entre otras cosas las citas y las disputas escolásticas, y dejaba que sus preguntas y experimentos orientaran la búsqueda. El resultado eran acumulaciones enormes aunque selectivas de información respecto de fenómenos tan diversos como el fuego, los gases o el viento.

La clasificación de las diferentes vertientes de la historia civil en *The Advancement...* también es reveladora. Bacon distingue lo que llama historia perfecta (que incluye las biografías, las narraciones y las historias de una época) de lo que denomina la historia inconclusa o preparatoria (los archivos y los comentarios que esbozan los hechos al desnudo, sin interpretar sus causas) y de la historia mutilada

Books”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 179.

⁵⁷⁴ “La utilidad de esta obra, honrada con un precedente en Aristóteles, es más que la satisfacción del apetito de los curiosos y de las mentes vanas y esto por dos razones: en primer lugar permite corregir la parcialidad de los axiomas y opiniones encuadrados en ejemplos comunes y familiares, en segundo lugar, porque en las maravillas de la naturaleza se encuentra el paso más inteligente hacia las maravillas del arte.” FB, AL, 187.

⁵⁷⁵ FB, *Works*, XIV, 50.

⁵⁷⁶ FB, AL, 189.

⁵⁷⁷ FB, *Works*, XIV, 532.

(los restos del pasado arduamente recopilados). De esta forma, se produce una separación entre las fuentes primarias y secundarias utilizadas por el historiador y el producto final de su trabajo, que se define por su objeto: una persona, una serie de acontecimientos o una época. Bacon sostiene que la historia de las épocas “representa la magnitud de las acciones y la fisonomía y el comportamiento público de las personas” y debería desentrañar “el verdadero e íntimo resorte que las mueve”⁵⁷⁸, por lo que constituye el tipo más completo y absoluto de historia, aunque es posible que las biografías superen a las historias de época en utilidad y que las historias de acontecimientos las superen en franqueza. Así, para la historia civil baconiana, la recopilación de antigüedades, registros, archivos y comentarios es un primer paso necesario para la construcción de historias más perfectas, que deben desentrañar las causas verdaderas y eficientes de los fenómenos del pasado mediante el análisis razonado de los fundamentos fácticos provistos por las historias preparatorias y mutiladas, a los que han de sumarse los apéndices de la historia, tales como discursos, cartas, apotegmas y aforismos.⁵⁷⁹ Conviene también recordar que Bacon consideraba que el método inductivo era aplicable tanto a la historia natural como a la civil, pero pensaba que era imposible lograr verdadera exactitud científica respecto de los asuntos civiles.⁵⁸⁰ El objetivo de la historia civil es igual al de la historia natural, la acción y capacidad de dominio con el bienestar como objetivo, una idea en la que subyace la convicción de que el presente supera al pasado cuando reconoce las limitaciones históricas de ese pasado.

Pero Bacon no sólo teorizó sobre la historia civil, sino que además dedicó los meses que siguieron a su liberación de la Torre de Londres a redactar un volumen de algo más de doscientas páginas sobre la historia del primer reinado Tudor, el de Enrique VII. En ella, Bacon dirige su mirada hacia el pasado en busca de lecciones para el futuro, pero no sólo tras ellas, sino también rastreando los orígenes de su contemporaneidad. El escrito fue considerado la máxima autoridad sobre el período durante más de dos siglos, hasta que en 1895 Wilhelm Busch comprobó que Bacon había utilizado con excesiva liberalidad sus fuentes primarias y secundarias (fundamentalmente las crónicas del período y los *Rolls of Parliament*).⁵⁸¹ La crítica

⁵⁷⁸ FB, AL, 190.

⁵⁷⁹ “Y si no es una habilidad común escribir una buena historia, aunque parte de las acciones memorables fueran tolerablemente recogidas del modo en que ocurren podría aguardarse con esperanza la compilación completa de una historia de los tiempos porque la recolección de relatos parciales serviría como una almáciga de la que oportunamente pueden sacarse los brotes para plantar un magnífico jardín”. FB, AL, 195. Contemporáneos a Bacon y esenciales para la renovación historiográfica del Renacimiento isabelino, son los primeros intentos de conservación sistemática de documentos y monumentos por parte del Estado inglés, la conformación de la Sociedad de Anticuarios que se dedicaba al estudio del método pertinente para hacerlo y la constitución de las principales colecciones privadas de archivos y libros, entre ellas las de Bodley y Cotton. De hecho, Bacon protestaba por la falta de crónicas o catálogos de pura historia fáctica de los que el historiador pudiera derivar una síntesis interpretativa. FB, *Works*, XI, 35.

⁵⁸⁰ FB, *Works*, VI, 65-67.

⁵⁸¹ Busch mencionaba además el uso excesivo de la imaginación en la interpretación de ciertos eventos y el hecho de que Bacon no había utilizado la colección más completa de documentos del período en

historiográfica reciente ha demostrado que Bacon modificó documentos e inventó discursos, incidentes y anécdotas en un intento de convertir el reinado de Enrique VII en el modelo de la construcción de una suerte de Estado ilustrado.⁵⁸² En diversos pasajes, la *History of the Reign of King Henry VII* está lejos de constituir un relato histórico preciso.⁵⁸³ Su autor se interesa más por la interpretación de los fenómenos del pasado que por el análisis del discurrir de éstos y en algunos pasajes su *History...* se asemeja más bien al diseño de una política ingeniosa para la fundación de un Estado moderno. De hecho, puede sugerirse que la significación de la interpretación historiográfica de Bacon se relaciona tanto con las ideas y puntos de vista de un experimentado político como con su habilidad literaria e historiográfica.

A lo largo del relato, Bacon enfatiza la manipulación que Enrique VII emprendió en lo referido a la aprobación popular y a la validez de sus títulos para erigirse como monarca de Inglaterra. A la vez, rescata su política comercial y fundamentalmente las leyes y Parlamentos convocados durante su reinado y, en su análisis de los cercamientos, distingue claramente las causas sociales y económicas de largo plazo de los eventos políticos y los accidentes históricos que provocaban cambios de menor entidad. Sir Francis pensaba que su historia era superior a la de “los mejores historiadores por la atención prestada a las buenas leyes”⁵⁸⁴. De hecho, ésta constituye la principal distorsión en la historia de Bacon, que busca presentar a Enrique VII como un legislador, haciendo “lo que los mejores escritores no han hecho, explicar las leyes como actos principales de paz”⁵⁸⁵. De este modo, Bacon subordina subrepticamente los reyes al Parlamento, exagerando la autoridad de éste, regularizándolo como institución y republicanizándolo como cuerpo representativo. Al recuperar la figura de Enrique VII en cuanto legislador, Bacon omite mencionar el hecho de que los Parlamentos se reunieron erráticamente durante su reinado e incluso más esporádicamente una vez que había logrado consolidar su poder: la convocatoria a los Parlamentos, prerrogativa real antes de la Revolución, se produjo siete veces en los primeros doce años de su reinado y sólo una en los doce restantes. De la misma manera, al insistir en el carácter republicano del Parlamento, Bacon transforma lo que era un consejo de lords con una marcada superioridad respecto de los comunes en una suerte de legislatura representativa de un pueblo homogéneo. Del mismo modo, Bacon resalta las virtudes de Enrique VII como un monarca que por medio del hierro, la sangre y la ley logró avanzar tanto el bien público como el privado. En cierto modo, las virtudes principales de Enrique VII consisten en haber logrado consolidar la

poder de Sir Robert Cotton. Véase W. Busch, *England under the Tudors, King Henry VII*, Vol. I., Londres, 1895, 416-423.

⁵⁸² Véase por ejemplo F. Fussner, *The Historical Revolution*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1962, y F.J. Levy, *Tudor historical thought*, San Marino, Calif., Huntington Library, 1967.

⁵⁸³ Bacon equivoca, por ejemplo, la fecha de la muerte de Enrique VII y sostiene que el monarca falleció en abril de 1508, cuando en realidad murió en 1509.

⁵⁸⁴ F. Bacon, *The History of the Reign of King Henry VII, Works*, XI, 147.

⁵⁸⁵ Citado en R. Faulkner, *Francis Bacon and the Project of Progress*, Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1993, 174.

propiedad mediante la ley, una nación poderosa mediante el control de los rivales domésticos y extranjeros y un Estado potente que protege las oportunidades para ganar y consumir tanto como a las personas y sus propiedades. Sin embargo, Bacon propone que la capacidad del rey para llevar a cabo políticas de este tipo se veía limitada por cierta estrechez de miras en el trazado de sus planes, al tiempo que sugiere que esto podría haber sido remediado si no se hubiera reducido el papel de sus consejeros más sagaces, cuyas aptitudes para la política son enfatizadas frente a aquellas vinculadas con la religión.⁵⁸⁶ De esta manera, las falencias de los príncipes pueden verse equilibradas por la actividad de sus consejeros ilustrados con el objetivo de desarrollar una política "más sabia y eterna". Según J. Anderson, Bacon pone buena parte del peso causal en cuestiones de carácter a expensas de las causas sociales y económicas preferidas por el historiador moderno. Enrique VII es la causa de los eventos de su reino y la *History...* muestra una percepción imaginativa de las posibilidades de la biografía y de su utilidad para demostrar que la realidad era más política que providencial y más psicológica que moral.⁵⁸⁷

Este breve resumen de algunos aspectos de la *History...* de Bacon pone en evidencia cierto alejamiento respecto de las prescripciones para la escritura de la historia vertidas en *The Advancement...* Es preciso resaltar aquí que algunas de las referencias de este texto a las características más pertinentes de la escritura de la historia se derivan de una lectura minuciosa y una apropiación particular de los cambios en la historiografía italiana del siglo anterior. De hecho, Bacon sostenía que no debía olvidarse "lo mucho que debemos a hombres como Maquiavelo por haber escrito sobre aquello que los hombres hacen y no sobre lo que deberían hacer"⁵⁸⁸. Algunos historiadores han sugerido que la *History...* de Bacon es "*El Príncipe* escrito por un hombre cauto"⁵⁸⁹. En *El Príncipe* Maquiavelo sugiere que su intención es "desarrollar un escrito útil para aquellos capaces de comprenderlo y que por ello es más adecuado concentrarse en la verdad fáctica de los hechos que en la imaginación, pues quien abandona lo que se ha hecho por lo que debería haberse hecho sólo estará avanzando su propia ruina"⁵⁹⁰. Si bien las reflexiones en torno a la producción historiográfica que Bacon había vertido en *The Advancement...* referían a Maquiavelo y a Guicciardini como ejemplos de renovación a partir de una suerte de análisis científico del carácter y de la precisión y la objetividad, la *History of the Reign of King Henry VII* no es sólo un texto histórico, es también un discurso sobre el gobierno y, en última instancia, un texto que prescribe una semblanza de la política y los monarcas porvenir. Más aun, Bacon consideraba que si el bienestar interior era el

⁵⁸⁶ Para una discusión respecto a la figura de los consejeros de Enrique VII, de la figura de Fox en particular, que es objeto del análisis de Bacon, y del énfasis baconiano en la política frente a la actitud de Tomás Moro, que destaca su participación en disputas religiosas, véase R. Faulkner, *Francis Bacon and the Project of Progress*, Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1993, 178.

⁵⁸⁷ J. Anderson, *Biographical Truth*, New Haven, Yale University Press, 1984.

⁵⁸⁸ FB, AL, 208.

⁵⁸⁹ H. White, "The English Solomon: Francis Bacon on Henry VII", *Social Research*, 24, 1957, 450-67.

⁵⁹⁰ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Alianza, 1996, 56.

objetivo del saber moral, el exterior era el del saber civil, aquel de la conducta, de la negociación y del gobierno.⁵⁹¹ Al respecto, para Bacon, como para Maquiavelo, “el hombre sabio produce su propia fortuna”⁵⁹²: los hombres pueden dominar la fortuna mediante la acción osada y la adaptación a los tiempos, siempre que conozcan las circunstancias en detalle y se adapten a ellas en lugar de oponérselas. Hasta cierto punto, Bacon usaba la noción de fortuna como el equivalente a condiciones humanas o naturales inesperadas, no como fuerza sobrenatural inexplicable.⁵⁹³ En consecuencia, al igual que Maquiavelo, Bacon basa su política en ejemplos históricos y considera que la historia es la mejor base para el discurso sobre el gobierno.⁵⁹⁴ Tal vez por ello lord Verulam pensaba que la historia no era un género que pudiera ser abordado por monjes o académicos, que “no son testigos fieles de las evoluciones reales de los negocios, debe quedar para los ministros y grandes oficiales juzgar estas cosas, y aquellos que han manejado el gobierno y han tenido contacto con las dificultades y misterios de los negocios de Estado”⁵⁹⁵.

Este movimiento implica cierto desplazamiento en la interpretación que Bacon hace de los escritos de Maquiavelo, cuya clave puede encontrarse en la siguiente reflexión de sir Francis respecto de los escritos del florentino.

“Se recurre a las fábulas cuando faltan ejemplos y hoy abundan ejemplos históricos cuya ayuda es aun mejor pues sus marcas aún perduran. Por esto, la más adecuada entre todas las formas de escrito es la que Maquiavelo escogió para tratar lo relacionado con los asuntos del gobierno: los discursos sobre la historia y sus antecedentes. Los conocimientos particulares arrancados de la vida reciente nos indican el mejor camino para orientarnos en los hechos particulares que puedan meramente acontecer. Tiene mayor utilidad en la vida práctica el discurso dependiente del ejemplo que el ejemplo dependiente del discurso. Siendo la base el ejemplo y estando fundado en un relato histórico, se presenta rodeado de todas las circunstancias que pueden controlar el discurso que sobre ellas versa y auxiliarlo con el modelo de la acción, en tanto los ejemplos buscados *ex profeso* para el discurso aparecen llevados servilmente para darle mayor apariencia. Así como la historia de las épocas al estilo de Maquiavelo es el mejor fundamento

⁵⁹¹ *De Augmentis, Works*, VIII, 1, 232.

⁵⁹² *De Augmentis, Works*, IX, 267-270; VIII, 2; “Of Fortune”, *Essays, Works*, XII, 214. Para Maquiavelo, véase *El Príncipe*, cap. 25.

⁵⁹³ FB, *Works*, VI, 360; IX, 288; *History of the Reign of King Henry VII, Works*, XI, 301.

⁵⁹⁴ N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 2000, prefacio al libro I. F. Bacon, *De Augmentis, Works*, IX, 294; VIII, 2.

⁵⁹⁵ *On the Fortunate Memory of Elizabeth Queen of England, Works*, XI, 443.

para los discursos acerca de los gobiernos, las biografías lo son para los vinculados a los negocios y actividades privadas.”⁵⁹⁶

De este modo, la historia en su aplicación –y no sólo en su diseño como actividad científica– no constituye la mera recolección inductiva de datos para la conformación de una ciencia del hombre que permita comprenderlo y mejorar las condiciones de su existencia en este mundo. En la *History...*, Bacon insiste en que su relato es absolutamente fiel a los hechos acaecidos en el pasado.⁵⁹⁷ Sin embargo, la escritura de la historia comienza a funcionar también como el fundamento más adecuado para el discurso acerca de los gobiernos y para el gobierno mismo, de modo tal que el relato del pasado se asemeja al diseño de la política futura en un deslizamiento semejante al ya mencionado para el caso de la utopía baconiana de la *Nueva Atlántida*.

Finalmente, la inclusión de la historia literaria entre los componentes de la historia civil es enfatizada en el texto de *The Advancement...* por las referencias a su escaso desarrollo,⁵⁹⁸ al tiempo que se insiste en la idea de que la historia universal no está completa sin la historia del conocimiento y en que, una vez completa, puede permitir determinar la mejor y más conveniente forma para el gobierno de los hombres.⁵⁹⁹ Se trata, en principio, de una historia intelectual en el sentido amplio, que debe atender a las obras y contribuciones de los individuos y al contexto social e institucional del desarrollo del saber, pero su alcance se extiende hasta devenir un proyecto de amplio alcance, equiparable a una suerte de historia universal de la cultura.⁶⁰⁰ Debe ser la historia del saber de todos los pueblos, de sus descubrimientos y doctrinas y de las condiciones de su surgimiento y caída; no estará motivada por la mera curiosidad intelectual, sino que su objetivo será aprender cómo administrar el saber y por ende será la base para la restauración de la filosofía, pues permitirá demostrar los aspectos inadecuados del pensamiento pasado, sus causas y ocasiones y

⁵⁹⁶ FB, AL, 336.

⁵⁹⁷ “And this was for the general the state and constitution of men’s minds upon this change: the actions themselves passed in this manner”. F. Bacon, *The History of the Reign of King Henry VII*, Works, XI, 296. También: “I took him to the life as well as I could, sitting so far off and having no better light”; Works, XI, 43. Por ello, no es aceptable subsumir sin más a la *History* baconiana en el paradigma de la historia retórica. De hecho, la insistencia de Bacon en la perspectiva histórica (Works, VIII, 421) contrasta con la preminencia otorgada por J. Hayward a la retórica para hacer políticamente útil a la historia; Bacon acusaba a Hayward de ser un mero traductor de Tácito (FB, Works, XV, 341).

⁵⁹⁸ “Ningún hombre se ha propuesto a sí mismo presentar el estado general de la ciencia de época en época del modo en que muchos lo han hecho con las obras de la naturaleza y del gobierno civil y eclesiástico. Y es aquella una parte esencial de la historia pues pone de manifiesto el espíritu y la vida del ser humano”. FB, AL, 185.

⁵⁹⁹ “Es improbable que en materia de política y administración el conocimiento haga más daño que dotación de capacidad. Si los Estados son manejados por hombres de Estado empíricos, mal vinculados con hombres cuyo fundamento está en la ciencia, los resultados serán peores que estando en manos de gobernantes sabios. Ha sido hábito corriente entre los políticos inhabilitar a los hombres sabios con el mote de pedagogos, mientras la historia muestra que estando el gobierno en manos de príncipes jóvenes supera al de los mayores por estar en verdad en manos de los pedagogos, lo que, precisamente, lleva a los políticos a calumniarlos. (...) El conocimiento suministra poder.” FB, AL, 112-13.

⁶⁰⁰ Véase P. Rossi, *Francesco Bacone, dalla magia a la scenza*, Bari, Laterza, 1957, 134 y ss.

sus limitaciones históricas.⁶⁰¹ La historia mantiene, entonces, su clásica relevancia como *magistra vitae*, siempre que esté basada en una investigación rigurosa de hechos comprobados. Aun si la *History of the Reign of King Henry VII* no responde a los estándares historiográficos modernos y ni siquiera a aquellos propuestos por el propio Bacon, su autor contribuyó al avance de la historiografía haciendo explícitas las perspectivas de la historia civil como base de una ciencia del hombre, capaz de dar forma a un conocimiento exacto que contribuya a una comprensión del hombre en sociedad, de manera que el conocimiento histórico adquiere una función liberadora.

IV

El análisis historiográfico de Bacon, en tanto compendio de las opiniones de un filósofo de la ciencia, aparece como una de las primeras proposiciones formales para el desarrollo de lo que podría denominarse historiografía científica, formulando de un modo explícito y coherente algunas tendencias que se habían desarrollado en la práctica en Inglaterra, pero sobre todo en Italia y Francia, en el siglo precedente. En este sentido, una premisa básica de la renovación historiográfica de los siglos XVI y XVII está íntimamente ligada con el desarrollo de un conjunto de actitudes hacia el pasado que posibilitaba el acceso a distintos aspectos de lo real pasado. La historiografía no era para estos hombres un tipo más de construcción retórica, un relato ficcional desvinculado de la descripción veraz.⁶⁰² Por el contrario, hombres como Bacon, Raleigh y Hakewill pensaban el pasado de un modo semejante a aquel que se abría paso en el estudio de la naturaleza, respecto de la cual comenzaba a surgir la imagen de una ley interna de desarrollo, descubierta a través de la regularidad de los fenómenos; sin descartar la idea de la Creación y la intervención divina, pero relegándola a la categoría de una explicación genética que no comprometía el camino del conocimiento directo y eficaz, garantía a su vez del progreso y el poder de la humanidad: “el punto más alto de la reflexión histórica de Bacon era una filosofía del tiempo y el cambio que era una doctrina del progreso”⁶⁰³.

Asimismo, en el marco de estas nuevas modalidades de análisis de las cosas de este mundo —que, como se ha mostrado en el caso de Bacon, implicaban una matización de la injerencia de la divinidad, pero no necesariamente el rechazo de su existencia— comenzaba a volverse evidente un segundo principio fundamental en la conformación de una historiografía renovada que conlleva una creciente secularización en el estudio de los eventos del pasado. Como ha afirmado J.L. Romero, se trata de la penetración de una actitud profana, que se enfrentaba con la realidad natural soslayando los conceptos aprendidos y confiando en la experiencia para penetrar sus secretos, descartando la injerencia constante de la voluntad divina

⁶⁰¹ FB, AL, II, 1, 2.

⁶⁰² Tal la definición de historiografía que proponía Hayden White a comienzos de la década de 1970. Véase H. White, *Metahistory, the historical imagination in XIXth. Century Europe*, 1973.

⁶⁰³ Perez Zagorin, *Francis Bacon*, New Haven, Princeton University Press, 1999, 207.

sobre aquélla. Si el hombre del pasado fue instalado en la realidad sensible tanto como el hombre del presente que debía aprehender los secretos de la naturaleza para dominarla, fue porque se hizo posible imaginarlo como un ser radicalmente profano. Comenzó a pensarse al hombre como una criatura divina que, una vez creada, devenía un ser natural conformándose a sí misma mediante sus impulsos y pasiones, pero también conformando el mundo social que lo circundaba al concretizar esos impulsos.⁶⁰⁴ Estas evoluciones serían cruciales para el desarrollo posterior de la historiografía y de la ciencia natural. La participación de Bacon fue crucial para ambas, innovando en los modos de estudio de la realidad natural y social del presente y del pasado, proclamando la preeminencia de los modernos sobre los antiguos y la necesidad de que el conocimiento se asentara sobre las sólidas bases de la experiencia, de lo que realmente acontece y ha acontecido más que de aquello que tendría que haber ocurrido.

Ahora bien, cuando Bacon relata los sucesos del reinado de Enrique VII en Inglaterra mantiene a grandes rasgos el secularismo que implica sostener que, aunque en última instancia el ojo de la providencia todo lo ve, el discurrir de los sucesos en este mundo no se vincula a la intervención permanente de la divinidad. Sin embargo, la *History...* parece alejarse de la objetividad proclamada en *The Advancement...* como una aproximación a “aquello que los hombres hacen y no a lo que deberían haber hecho”. Esta particularidad se vincula con otra característica de la renovación historiográfica renacentista. La historia comenzaba a hacerse sentir como concepto de un modo nuevo, se la empezaba a evocar para justificar políticas. La teoría política empirista era explícitamente histórica, al punto que Bodin, cuyos escritos estaban ampliamente difundidos en la Inglaterra de la época, sugería que “en la historia lo mejor de la ley universal yace oculto”⁶⁰⁵. El estudio de Enrique VII emprendido por Bacon es un escrito histórico, pero también un esbozo de lo que Bacon consideraba las políticas que el gobierno de su tiempo debía implementar. En este sentido, la *History...* de Bacon es comparable a la historiografía legal inaugurada en Inglaterra por E. Coke, una figura que acrecienta notablemente la importancia de la historia en la *common law* y la utilización de los precedentes legales históricos para construir nuevos derechos, de modo tal que “la lucha de los parlamentarios recibió un significado histórico y un prestigio de miles de años”⁶⁰⁶. Algo semejante ocurre respecto de la historia religiosa y la famosa *History of Tithes* de J. Selden, como se ha visto, no es sólo un relato histórico de los diezmos eclesiásticos, sino también una intervención política radical, al punto que su obra fue prohibida poco después de su publicación. El propósito de la historia no se limitaba a la búsqueda de la verdad, sino que abarcaba también la defensa y justificación de la ley, la religión, la nación o el cambio mismo, como se verá en el siguiente capítulo en relación con la noción de

⁶⁰⁴ J.L. Romero, *Maquiavelo historiador*, Buenos Aires, Nova, 1943.

⁶⁰⁵ Cit. en F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967, 8.

⁶⁰⁶ F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967, 236.

progreso de George Hakewill y como ocurriría en las décadas revolucionarias. En suma, el proceso de renovación de la historiografía inglesa del período, que constituyó una verdadera renovación historiográfica y en el que Bacon escribió un capítulo de importancia, se relaciona tanto con la práctica de la historiografía como con el novedoso interés despertado por el estudio del pasado para los debates más acuciantes de la época.

Existen claras evidencias de la creciente influencia del pensamiento baconiano en Inglaterra durante la Revolución y en la popularización de sus ideas en Inglaterra las décadas decisivas fueron las de 1640 y 1650. En 1640 y 1641 se publicaron en Inglaterra más obras de Bacon que en los 14 años que siguieron a su muerte.⁶⁰⁷ Había ciertos elementos en la obra de Bacon que congeniaban con algunas corrientes de pensamiento importantes durante el interregno, fundamentalmente el énfasis reformador respecto de la Iglesia, el Estado, las universidades, etc., mediante una combinación de bien público y humanitarismo con saber y utilitarismo. R.F. Jones ha destacado la particular influencia baconiana en los proyectos de reforma educativa durante la Revolución. Así, por ejemplo, Comenio reconocía explícitamente la influencia de lord Verulam cuando sugería basar la educación "en las cosas y no en las palabras"⁶⁰⁸. No fueron pocos, por otra parte, los intentos de producir una historia natural como la sugerida por Bacon, incluyendo la historia de la naturaleza modificada por las artes.⁶⁰⁹ Del mismo modo, hubo numerosas iniciativas tendientes a la fundación de centros de investigación como el imaginado por Bacon en su *Nueva*

⁶⁰⁷ La estimación pertenece a C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 140. Aunque crítico de muchas de las opiniones de Hill sobre la relación entre puritanismo y ciencia, T. Rabb coincide con esa opinión. Véase T. Rabb, "Religion and the Rise of Modern Science", *Past and Present*, 31, 1965.

⁶⁰⁸ *Naturall Philosophie Reformed by Divine Light*, Londres, 1651. En 1642, John Durie (que había trabajado por la unificación de las iglesias evangélicas noreuropeas) publicó gracias a S. Hartlib *Motion Tending to the Publick Good of this Age and Posteritie*, un libro inspirado en Comenio que critica la educación tradicional: "Deberían establecerse planes para el perpetuo aumento y avance de las ciencias; tales planes deberían contener una dirección completa de las formas de ordenar altas escuelas, colegios y universidades, y de regular los ejercicios para ventaja de los individuos y el público". Estos intentos alcanzaron el estatus de propuestas de reforma en el Parlamento con *A Humble Motion to the Parliament Concerning the Advancement of Learning and the Reform of Universities*, publicado en 1649 por John Hall, que además de criticar fuertemente a las universidades por su "sabiduría peripatética" consideraba fundamental al desarrollo de un saber práctico para "la preservación del Commonwealth y el bienestar de la humanidad". El 20 de julio de 1653 el Parlamento estableció un Comité para el avance del saber. Véase R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 87 y ss.

⁶⁰⁹ Por ejemplo, T. Powell, *Humane Industry or a History of Most Manual Arts*, 1660.

Atlántida,⁶¹⁰ y ya se ha mencionado el tributo que los miembros de la Royal Society rendían al vizconde de St. Albans.⁶¹¹

No debe olvidarse, sin embargo, que no eran pocos quienes, en Inglaterra a mediados del siglo XVII, defendían que podía alcanzarse un conocimiento acertado de la naturaleza mediante el análisis de textos antiguos, pero es innegable que ganaba terreno una nueva filosofía empírica que proclamaba reemplazar las falsas opiniones de los antiguos con deducciones basadas en la observación y la experimentación. El cambio de una filosofía natural basada en textos a una basada en experimentos es parte de una disputa más amplia sobre el lugar de la autoridad, y la Revolución es también un signo de esto. "Toda sociedad posee una filosofía de la historia, un conjunto de ideas sobre lo que ocurrió, lo que puede saberse y lo que puede hacerse en el tiempo considerado como dimensión social, que es parte integral de su conciencia y funcionamiento: tales filosofías son cruciales para las ideologías políticas radicales y conservadoras."⁶¹² Si en el caso inglés las vertientes conservadoras defendieron el *statu quo* mediante un argumento histórico que apelaba a la tradición y vinculaba la autoridad a ella, los radicales buscaron apoyo para nuevas prácticas y, en consecuencia, intentaron demoler la construcción histórica tradicionalista, mediante una nueva interpretación de la historia, una relación diferente entre pasado y presente que volviera falsa a la tradición y verdadera a la

⁶¹⁰ Edward Somerset, marqués de Worcester, creó un laboratorio dedicado a inventos mecánicos, dirigido por Caspar Kallhoff en 1638. Incluso durante su exilio (1648-1652) y su posterior prisión en la Torre prosiguió sus actividades. Decía haber gastado 60 mil libras en sus proyectos y pudo haber creado el primer prototipo de una máquina de vapor para el que recibió una patente parlamentaria en 1663. En 1654 Thomas Bushell intentó construir un centro de investigaciones científicas y lo logró con apoyo parlamentario. El lugar fue visitado por Boyle, que se refiere a él como "la ejecución de la Nueva Atlántida de mi Lord Verulam" (Boyle, *Works*, V, 264). Véase R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 157 y ss.

⁶¹¹ Según R.F. Jones, en *A Defense of the Royal Society*, 1678, John Wallis, profesor de geometría en Oxford entre 1649 y 1703, relata la historia de estos grupos. De acuerdo con Wallis, la Royal Society tuvo su "primera base y cimientos en el año 1645, si no antes, cuando diversas personas muy valiosas e inquisitivas en Filosofía Natural y otras partes del saber humano mantenían reuniones semanales bajo ciertas reglas acordadas entre ellos y realizaban una contribución semanal para mantener experimentos". Al principio se reunían en lo de Goddard, pero luego comenzaron a hacerlo en el Gresham College, donde Foster enseñaba astronomía. Boyle asistió a las reuniones del grupo al menos desde 1646, y se refiere a él con un término que adquiriría gran fama, *Invisible College* (*Works*, I, 20). En 1648 tres de los miembros (Wilkins, Wallis y Goddard) pasaron a Oxford, donde organizaron otro grupo de experimentadores, conocido como Philosophical Society, con Seth Ward, William Petty, Ralph Bathurst y Thomas Willis, entre otros. Para Sprat (*History...*, 52) éste es el origen de la Royal Society, aunque cuando Petty fue a Londres otro grupo se inició allí. Desde 1654 Boyle se sumó al grupo de Oxford y Wilkins fue a Cambridge. En 1658 el grupo de Londres fue desbaratado por el ejército y sólo volvió a reunirse en 1660, con reglas escritas y una lista de miembros. Este círculo progresó tan rápidamente que en 1661 el rey Carlos II lo visitó y quiso convertirse en miembro. Es entonces cuando Evelyn se refiere por primera vez al grupo como Royal Society, aunque sólo un año después, el 13 de agosto de 1662, recibiría el privilegio real. Si bien la referencia a Bacon se mantuvo, a diferencia de los intentos de la época puritana el nuevo emprendimiento orientaría sus énfasis más fuertemente a la ciencia que al avance de la piedad o la caridad, de resonancias políticamente sospechosas en la Inglaterra de la Restauración. R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 180-184.

⁶¹² J.G.A. Pocock, *Politics, Language, and Time*, Londres, 1971, 233.

innovación.⁶¹³ En muchos casos, la nueva ciencia, como la nueva política, se apoyó en la historia para probar su superioridad.

Teniendo en cuenta que Bacon basaba en estas nuevas formas de historia su concepción de la ciencia y del progreso, se impone cerrar este capítulo con algunas reflexiones acerca de estos dos aspectos y, en consecuencia, sobre el lugar del trabajo intelectual en la temprana modernidad. Esta última porción del capítulo surge de la convicción de la esterilidad de una historia de las ideas que no sea asimismo una historia de la actividad humana desarrollada en el interior de grupos sociales en disputa.⁶¹⁴ Más allá de los recientes desafíos posmodernos y nihilistas, la Escuela de Frankfurt y sus seguidores han enfatizado que la distinción entre verdad y utilidad no es la novedad revolucionaria de la modernidad, sino la condición para el dominio del hombre por el hombre, "el iluminismo técnico paralizado por miedo a la verdad"⁶¹⁵. Parece evidente que en los últimos dos siglos el progreso científico y el avance tecnológico han corrido de la mano con la utilización de la ciencia y la tecnología para garantizar, tanto ideológica como materialmente, la dominación de clase. Sin embargo, existe un aspecto del análisis de la dialéctica de la Ilustración por parte de Horkheimer y Adorno que parece pecar de teleología. Su crítica se inicia, y concentra muchos de sus argumentos, en la filosofía baconiana, de modo que en numerosos pasajes parece estar censurando a una filosofía por consecuencias prácticas que se habrían derivado de ella para revelarse con plenitud dos siglos más tarde, en una suerte de inversión del signo de la evaluación positiva del mismo proceso que caracteriza a la historiografía *whig*. Tal vez la aplicación del principio pragmatista según el cual las peculiaridades de un concepto se revelan en sus consecuencias prácticas no sea la mejor guía para comprender filosófica e históricamente la dialéctica de una filosofía particular. Pero además, observaciones de este tipo pasan

⁶¹³ S. Pumfrey, "The history of science and the renaissance science of history", en S. Pumfrey, P. Rossi y M. Slawinski (eds.), *Science, Culture, and Popular Belief in Renaissance Europe*, Manchester, Manchester University Press, 1991, 48 y ss.

⁶¹⁴ "Al intentar caracterizar todas las actividades intelectuales y distinguirlas de las de otras agrupaciones sociales, el error fundamental es buscar este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividades se hallan en el complejo general de las relaciones sociales." A. Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, 12.

⁶¹⁵ "La Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad. El programa de la Ilustración era el desencantamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia. (...) El desencantamiento del mundo es la liquidación del animismo. En el camino hacia la ciencia moderna los hombres renuncian al sentido. Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad. La multiplicidad de figuras queda reducida a posición y estructura, la historia a hechos, las cosas a materia. La lógica formal ha sido la gran escuela de la unificación. Ella ofreció a los ilustrados el esquema de la calculabilidad del mundo. La equiparación mitologizante de las ideas con los números en los últimos escritos de Platón expresa el anhelo de toda la desmitologización: el número se convirtió en el canon de la Ilustración. Y las mismas equiparaciones dominan la justicia burguesa y el intercambio de mercancías. La sociedad burguesa se halla dominada por lo equivalente. Ella hace comparable lo heterogéneo reduciéndolo a grandezas abstractas. Todo lo que no se agota en números, en definitiva en el uno, se convierte para la Ilustración en apariencia, el positivismo moderno lo confina en la literatura." M. Horkheimer, y T.W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Valladolid, Trotta, 1994, 59-61.

por alto la profunda convicción caritativa de la obra de Bacon, así como su objetivo superior, la mejora de la condición de la humanidad. Bacon se refería precisamente a este asunto cuando afirmaba:

“Hay tres grados de ambición humana: el de aumentar su poder dentro de su patria, vulgar y vil; el de extender el poder de su país y su dominio entre los hombres, más digno aunque oscuro; y el de extender el dominio humano sobre el universo, más sano y augusto que los otros dos. El imperio del hombre sobre la naturaleza depende del arte y la ciencia, no se domina a la naturaleza si no se la obedece.”⁶¹⁶

Ese tipo de piedad, a la vez religiosa y secular, subvalorada en el análisis frankfurtiano, no armonizaba con las consecuencias deshumanizantes de la “dialéctica de la Ilustración”, de modo que o bien Bacon se engañaba o bien su pensamiento no plasma por completo esa dialéctica. Ciertamente, las implicancias de un conjunto de ideas pueden diferir de las intenciones de quienes las defienden. Sin embargo, las características aquí discutidas eran esenciales para esta filosofía en la temprana modernidad, y no parece evidente un vínculo inevitable entre ésta y el totalitarismo o la sociedad de masas. Que una apropiación peculiar de algunos aspectos de la idea de progreso haya devenido luego un componente crucial de la ideología capitalista es una circunstancia histórica, no una necesidad filosófica que se desprenda del contenido mismo de cualquier formulación de esa idea. La secularización del mundo que la Ilustración terminó de afianzar bien pudo haber conducido a la razón instrumental, que a su vez habría permeado a la razón ilustrada; pero es simplemente falso sostener que ya desde el siglo XVII la razón instrumental invade el pensamiento y la sociedad, lo que no significa desvincular a Bacon de los grupos sociales enfrentados en su época.

El origen de las ideas de historia, progreso y ciencia de Bacon, como el de las ideas políticas de entonces, sólo puede comprenderse cabalmente si se las vincula con los desarrollos sociales contemporáneos. Las formas de pensamiento y sociedad están temporalmente constituidas: se originan, cambian y mueren con el tiempo. Si los procesos de abstracción que funcionan en la emergencia de formas históricas de conciencia surgen del ser social es porque la abstracción misma es parte de ese ser. Al respecto, A. Sohn-Rethel ha sugerido que las condiciones para el surgimiento de la ciencia moderna sólo se hicieron presentes en el momento histórico en que el intercambio de mercancías devino el agente de la síntesis social.⁶¹⁷ Así, el carácter

⁶¹⁶ *Novum Organum*, I, afo. 129.

⁶¹⁷ La noción de síntesis social es aplicada aquí por Sohn-Rethel en el sentido que la única forma en que la sociedad puede evitar disgregarse cuando la producción es llevada a cabo por productores individuales independientes es mediante la compraventa de mercancías. La producción privada se vuelve crecientemente especializada y los productores devienen dependientes uno del otro, de acuerdo

abstracto de la forma de mercancía, que no se origina en las mentes de los hombres, sino en sus acciones y la consecuente ausencia de cualidad, esto es, la diferenciación puramente por cantidad y aplicabilidad a todo tipo de mercancías, permea también la forma de conciencia por excelencia de la época correspondiente. Las cualidades de la abstracción del valor económico son similares a las categorías fundamentales de la ciencia natural: los conceptos científicos son abstracciones mentales, el concepto económico de valor, sin embargo, es real, se deriva de las acciones. Las formas del ser social en las épocas de producción mercantil están ligadas a las formas de cognición peculiares a esas épocas. La abstracción que opera en el intercambio es portadora de una relación social que se manifiesta en el valor, al tiempo que encuentra idéntica expresión en el intelecto abstracto, el entendimiento puro, la fuente cognitiva del conocimiento científico. El intercambio de mercancías es una fuente original de abstracción; esta abstracción contiene los elementos esenciales para la facultad cognitiva del pensamiento conceptual, y la abstracción real que opera en el intercambio engendra la abstracción ideal básica de la ciencia moderna.⁶¹⁸ Por cierto, es posible que hacia 1600 el intercambio de mercancías no fuera aún el agente de la síntesis social y que la hipótesis específica de Sohn-Rethel, en caso de ser correcta, sólo sea aplicable a un período posterior de la relación entre conocimiento científico y sociedad. Es igualmente cierto que el proceso protagonizado por Bacon y otros de sus contemporáneos es el de la Revolución Científica que dio origen a la ciencia moderna, y no el de un desarrollo pleno y completo de ésta. Como sea, las tesis de Sohn-Rethel son rescatadas aquí sólo como un intento de establecer un vínculo posible entre la producción material de la vida y las formas de conocimiento.

Sin embargo, la producción del saber, científico o cualquier otro, no se relaciona de modo inmediato con la producción de la vida material, sino que ese vínculo está permeado por un conjunto de representaciones, de construcciones ideológicas, que caracterizan a la sociedad en que se producen. Así, el surgimiento de la ciencia no sólo coincide, sino que está inherentemente conectado con el capitalismo moderno y, si se quiere, por medio de Bacon, ambos se vinculan así con las nociones de historia y de progreso en el momento de su surgimiento. Por otra parte, estas nociones de ciencia, historia y progreso surgen de modo concomitante a la separación de trabajo intelectual y trabajo manual, una emergencia histórica asociada a la producción mercantil. Sin embargo, el trabajo mental requiere cierta independencia para ser útil a determinada clase. El valor objetivo de su función, incluso de la verdad misma, emerge en la historia en el curso de la división entre mano y cabeza, que es parte del dominio de clase.

con la división del trabajo que reina entre ellos. La única solución a su interdependencia es el intercambio de mercancías. El nexo de la sociedad es establecido por la red de intercambios y por nada más: la red social, la síntesis social, está dada por el intercambio, no por el uso. Lo que permite que el intercambio de mercancías lleve a cabo su función socializadora, la síntesis social, es su abstracción de todo lo relacionado con el uso.

⁶¹⁸ A. Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labour, a Critique of Epistemology*, Londres, Macmillan, 1978.

“Los intelectuales nacen junto con el grupo económico dominante y contribuyen a su homogeneidad no sólo económica sino también política y a su autonomía cultural reproduciendo en el nivel de la conciencia los valores históricos implícitos a la clase. El grupo social fundamental surge al ejercicio de la hegemonía y al poder coercitivo estatal cuando supera el plano originario de la actividad económica y se eleva a funciones políticas.”⁶¹⁹

Los intelectuales juegan un papel crucial en este pasaje, usufructuando su prestigio y su situación en el sistema de poder estatal, pero también construyendo trabajosamente la identificación de las ideas e intereses de una clase con preocupaciones generales. Es en este sentido que pueden leerse en relación con Bacon las siguientes palabras de A. Gramsci:

“El problema de la creación de un nuevo grupo intelectual consiste en elaborar críticamente la actividad intelectual que existe en todos en cierto grado, modificando su relación con el esfuerzo muscular-nervioso hacia un nuevo equilibrio y logrando que tal esfuerzo, en cuanto elemento de una actividad práctica general que innova permanentemente en el mundo físico y social, devenga el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo. El modo de ser de este intelectual de nuevo tipo no puede consistir en la elocuencia del intelectual tradicional, matriz exterior y momentánea de las pasiones, sino en la intervención activa en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasor permanente y no puro orador, no es sólo especialista, es dirigente, es especialista y político”.⁶²⁰

⁶¹⁹ S. Chemotti, *Umanesimo, rinascimento, Machiavelli nella critica gramsciana*, Roma, Bulzoni, 1975, 29.

⁶²⁰ A. Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, 16. Estas líneas deben comprenderse en el contexto de la distinción gramsciana entre dos formas del proceso histórico real de formación de diversas categorías de intelectuales. Según la primera de ellas, cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político. Los intelectuales orgánicos que cada nueva clase crea junto a ella y forma en su desarrollo progresivo son especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz. De acuerdo con la segunda, cada grupo social esencial, al surgir a la historia desde la estructura económica precedente y como expresión del desarrollo de esa estructura ha encontrado categorías intelectuales preexistentes que aparecían como representantes de una continuidad histórica no interrumpida aun por los radicales cambios de las formas políticas y sociales.

El nuevo intelectual busca eliminar la fractura entre teoría y práctica, entre ciencia y vida, y contribuye así a la conformación de un bloque histórico. Es este tipo de actividad la que se ha buscado retratar en este capítulo: las reflexiones de Bacon respecto de la ciencia, la historia, el progreso y la sociedad, y la apropiación que se hizo de ellas en su tiempo y en las décadas revolucionarias se vinculan indudablemente con la actividad intelectual en el marco de las luchas y procesos que llevaron a la emergencia de la burguesía como clase dominante. En resumen, si bien la figura de Bacon no coincide punto por punto con las definiciones gramscianas, sir Francis pudo haber sido un agente de síntesis intelectual de ideas nuevas que eran producto de realidades nuevas, sin que eso implique que también haya sido un filósofo de la edad industrial ni un representante de una razón instrumental, ambas aún inexistentes en su época.

Progreso como historia

El ataque a la decadencia y la defensa de los modernos

El dominio del historiador es el cambio. La tentación de descubrir estabilidades es ideológica y se basa en la angustia que el cambio mismo produce.

Pierre Vilar, "Historia marxista, historia en construcción", *Annales*, XXVIII, 1973, 181.

I

El presente texto abordará un debate inglés de comienzos del siglo XVII que apasionó a muchos de sus contemporáneos. Si bien los protagonistas del episodio puntual y sus obras han pasado casi por completo al olvido, algunas de las ideas que se enfrentaron en aquella ocasión permanecieron en el centro de polémicas intelectuales centrales en la Europa de los siglos siguientes. La controversia en cuestión enfrentó a Godfrey Goodman y George Hakewill, y aunque el eje de la disputa estaba en la validez de la teoría de la decadencia, de este punto central se derivaron otros de igual interés. Entre ellos merecen mencionarse la comparación de los méritos relativos de antiguos y modernos, la posibilidad de progreso de la humanidad, la analogía entre microcosmos y macrocosmos y el papel de la historia, la filosofía y la teología en la resolución de estas tensiones. En primer lugar, se presentarán las posiciones básicas de esta temprana disputa; luego se destacarán algunas cuestiones historiográficas respecto de los puntos centrales del debate; en tercer lugar se describirán con mayor detalle los argumentos de Goodman y Hakewill; a continuación se discutirá un aspecto peculiar de la obra de Hakewill, la ilustración de su portada y finalmente se analizarán las implicancias de la controversia para las nociones de progreso e historia. En el curso de estas disquisiciones serán imprescindibles algunas referencias a la filosofía de Francis Bacon, contemporáneo de Hakewill y Goodman y tal vez el primer adalid del progreso en el sentido moderno; una de las hipótesis de este escrito es que puede establecerse una suerte de diálogo entre Hakewill y Bacon.⁶²¹

Algunos detalles biográficos de los protagonistas del debate son interesantes y permiten comprender mejor los argumentos defendidos por cada uno de ellos. Godfrey Goodman (1583-1656) estudió en la escuela preuniversitaria de Westminster, de la que el famoso anticuario William Camden era director. En 1599 recibió una

⁶²¹ Este punto ha sido ya sugerido por C. Hill: "La ideología de Hakewill es baconiana, pero también puritana, como la teología contractual deja un margen de maniobra al esfuerzo humano. Para Hakewill, como para Bacon, el punto de partida es la actividad, el esfuerzo de la humanidad para descubrir el mundo y poder así cambiarlo." C. Hill, *Los Orígenes Intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 333.

beca en Trinity College, Cambridge, donde obtuvo su diploma en teología. Entre 1606 y 1620 fue vicario de Stapleford Abbots, Essex, donde compuso el tratado sobre la decadencia del hombre que aquí nos ocupa. *The Fall of Man or the Corruption of Nature* se publicó por primera vez en Londres en 1616, nuevamente en 1618 y una vez más en 1629 con el título *The Fall of Man or the Corruption of Nature Proved by Natural Reason*.⁶²² En las tres ocasiones estaba dedicado a la reina Ana. Goodman sumó pronto beneficios eclesiásticos a aquel que ya detentaba en Stapleford Abbots (entre ellos los de Llandyssil, Montogomeryshire, Llamarmon y el obispado de Gloucester), y se jactaba de evitar en sus parroquias las tabernas, los pordioseros y los crímenes. También en 1616 fue designado capellán de la reina y canónigo de Windsor.⁶²³ En los años siguientes enfrentó una serie de problemas políticos y económicos, en parte por las intrigas cortesanas, pero Goodman también era cuestionado por sus gastos excesivos y por ciertas prácticas religiosas que hicieron surgir rumores sobre su conversión al catolicismo.⁶²⁴ El obispo instaló imágenes religiosas en Windsor, donde residía —lo que implicaba además que estaba casi permanentemente ausente de su diócesis de Gloucester—, y sobornó a diversos cortesanos para obtener el obispado de Hereford, vacante porque el obispo Juxon había sucedido a Laud —quien había sido designado arzobispo de Canterbury— en Londres. Esto lo enfrentó con el propio Laud, quien logró que se rechazara su petición y estuvo a punto de obligar a Goodman a renunciar en más de una ocasión en la década de 1630 por faltar a sus deberes episcopales. En 1637 se sospecharon sus simpatías con la rebelión escocesa y se le ordenó abandonar Windsor y retornar a Gloucester. En 1640 se resistió a firmar la adhesión a los nuevos cánones anglicanos, que incluían la aceptación del derecho divino de los reyes y el rechazo a las prácticas romanas. Esto provocó su encarcelación y la confiscación de 10 mil libras de su patrimonio, hasta que finalmente terminó por dar su conformidad al documento. El Parlamento lo acusó de alta traición en 1641 y lo encarceló nuevamente, en esta ocasión junto con Laud, por 18 semanas. En 1643 los soldados parlamentarios saquearon su casa en Gloucester, en tanto que la Cámara de los Comunes se apropió de sus diezmos en 1646. En 1650 se instaló en Londres, donde se dedicó a la actividad intelectual. Finalmente muchos de los rumores previos se confirmaron cuando el *Mercurius Politicus* publicó su testamento, en el que declaraba que “la Iglesia de Roma es la Iglesia madre, ninguna otra Iglesia acerca de por sí a la salvación”.⁶²⁵

⁶²² Hay también una traducción al francés, publicada en París en 1644 en un formato pequeño (1/12).

⁶²³ Mucho se ha dicho sobre las dedicatorias de obras impresas en la temprana modernidad y no es osado proponer que la estrategia de avance cortesano de Goodman materializada en la dedicatoria de su obra tuvo éxito y contribuyó a estas designaciones.

⁶²⁴ Un agente papal, Panzani, sostenía en 1636 que sus visiones religiosas se volvieron crecientemente católicas y afirmó que se había convertido. S. Gardiner, *History of England From the Accession of James I to the Outbreak of the Civil War, 1603-1642*, Londres, 1897-1903, VIII, 140.

⁶²⁵ *Mercurius Politicus*, marzo de 1656, números 299-300.

George Hakewill (1578-1649), por su parte, era hijo de un comerciante de Exeter y hermano de William (1574-1655), anticuario legal y autor de *The Liberty of the Subject Against the Pretended Power of Imposition*, publicado en 1641. Estudió en St. Alban Hall, en Oxford, desde 1595, donde adquirió fama como orador. En 1604 pasó una temporada con los calvinistas de Heidelberg. Años después, en 1612, fue nombrado teólogo personal del príncipe Carlos, con el objetivo de “preservar al joven heredero del papismo”. En 1617 se lo designó archidiacono de Surrey. Se opuso al matrimonio español de Carlos con la princesa Enriqueta María y escribió un tratado contra el enlace. El arzobispo de Canterbury, George Abbot, y el príncipe lo leyeron, Carlos lo compartió con el rey Jacobo, y Abbot y Hakewill cayeron en desgracia. La política de acercamiento con España era tan importante para la corona que el rey designó al obispo Lancelot Andrewes, amigo de Goodman, para que respondiera al tratado opositor. Tras caer en desgracia en la corte, Hakewill mantuvo sus funciones eclesiásticas, en las que por su cargo era subordinado de Goodman. Pasó la Guerra Civil apartado de la vida política, como rector de Heanton Purchardon, cerca de Barnstaple, donde murió. Su *An Apologie of the Power and Providence of God in the Government of the World; or an Examination and Censure of the Common Errour Touching Nature's Perpetual and Universal Decay* era una respuesta a *The Fall of Man* de Goodman. Se publicó en 1627 y el éxito llevó a una segunda edición en 1630. En 1635 Hakewill decidió incluir en la tercera edición revisada un texto en el que respondía explícitamente, y una a una, las opiniones de Goodman.⁶²⁶

Si bien el detalle de las posiciones de Goodman y Hakewill será abordado en las secciones siguientes, es conveniente concluir esta introducción con una descripción esquemática de algunos aspectos centrales de la controversia. Un punto de tensión importante se centraba en el hecho de que Goodman afirmaba que la decadencia de la naturaleza revelaba la fragilidad del mundo y llevaba al hombre a contemplar a Dios, por lo que aumentaría la gloria de la divinidad. Para Hakewill, en cambio, este fin se alcanzaría mejor con la concepción de un universo constante e intacto, que reflejaría en su propia existencia la gloria de Dios. Si bien esta cuestión era importante para Hakewill y Goodman, en las décadas posteriores la discusión de la teoría de la decadencia tendería a evitar el tema del honor de Dios como irrelevante para la disputa. Asimismo, Goodman sostenía que el proceso natural de decadencia era potencial antes de la Caída y fue puesto en movimiento por el pecado del

⁶²⁶ La tercera edición incluye otros cambios importantes, entre ellos 15 nuevas secciones que complementan el libro V, dedicado enteramente a la disputa con Goodman. En 1632 Johannes Jonstonus, un polaco que había estudiado en Cambridge y residía en Leiden, publicó en latín en Amsterdam una *Historia de la constancia de la naturaleza* que debía tanto a Hakewill que fue erróneamente considerada una traducción de la *Apologie*. Sin embargo, Jonstonus enfatiza más que Hakewill los descubrimientos, las invenciones y la ciencia de los modernos. Según R.F. Jones, esta obra, que adopta incluso la singular idea hakewilliana de progreso circular, fue traducida al inglés en 1637, cuando la controversia volvía a hacerse presente (R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 38). En adelante, las referencias bibliográficas al texto de Hakewill aparecerán como GH, AP; en tanto que la obra de Goodman se citará como GG, FOM. En ambos casos, y salvo aclaración explícita en contrario, las traducciones de las citas me corresponden.

hombre;⁶²⁷ en tanto que Hakewill insistía en que desarrollos opuestos balanceaban corrupción y generación: su principal argumento para negar la doctrina de la decadencia consistía en afirmar que la forma de los elementos podía cambiar, pero que la fuerza de la naturaleza no decrecía por cuanto cada situación de pérdida o disminución era compensada por una contrapuesta de aumento.

Por otra parte, Goodman afirmaba que el proceso natural de decadencia llevaba a la destrucción del mundo: la decadencia constituía en sí misma un signo de la proximidad del fin del mundo, que sobrevendría tras ésta, su edad anciana. Hakewill respondía que el fin del mundo, al igual que su creación, sería de carácter sobrenatural, por lo que no habría signos naturales que preanunciaran tal evento.⁶²⁸ En este sentido, tanto Hakewill como Goodman aceptaban la Caída del hombre como consecuencia del pecado original, pero diferían en los efectos del pecado para el mundo natural y en determinar si existían o no fenómenos naturales que evidenciaran la corrupción. Para Goodman la maldición divina sobre el hombre se manifestaba en la naturaleza, pues el mundo había sido creado para el hombre y era castigado por su pecado. Para Hakewill, en cambio, no había decadencia en el mundo antes de la Caída y después de ella la naturaleza se había mantenido intacta, pues Dios es incapaz de introducir el mal.⁶²⁹

La oposición entre ambos autores no era menos radical en el punto de la analogía entre microcosmos y macrocosmos. Goodman sugería que la decadencia del mundo era verificable por analogía con la corrupción y muerte de su parte principal, el hombre; de modo tal que se volvía esencial a su argumento comprobar la superioridad de los antiguos sobre los modernos: aceptada la analogía, si la condición del hombre había empeorado, la de la naturaleza debía necesariamente seguir la misma senda. Hakewill, por su parte, negaba que microcosmos y macrocosmos se rigieran por los mismo principios, arrancando la analogía de raíz, pero además

⁶²⁷ Goodman consideraba que no había posibilidad de progreso en este mundo y que la única esperanza de avance residía en dejar este mundo por uno mejor. GG, *FOM*, a5v.

⁶²⁸ En este punto las implicancias del pensamiento de Hakewill lo asemejan al de Francis Bacon. Ambos daban muestras de una genuina y profunda piedad religiosa, pero consideraban que los fenómenos naturales y humanos debían considerarse en y por sí mismos. Ninguno de los dos pensadores negaba la posibilidad de la intervención divina en el mundo, pero consideraban que se trataba de eventos excepcionales y que, en condiciones normales, debían estudiarse procesos y cambios como efectos de las causas segundas. Para un ejemplo de las posiciones de Bacon en este punto, véase Francis Bacon, *The Advancement and Proficiency of Learning*, en *Works*, ed. I. Spedding, R.L. Ellis y D.D. Heath, Londres, 1862, IX, 369. Según P. Kocher, *Science and Religion in Elizabethan England*, San Marino, 1953, en el período en cuestión ciencia y religión eran complementarias, pero debían mantenerse separadas; se trataba de una actitud habitual en los isabelinos interesados en la ciencia, por lo que no es extraño que la piedad religiosa sea una parte esencial de la filosofía baconiana. Generalmente se identifica la oposición a la doctrina de la decadencia con la negación de la providencia, puesto que la separación del mundo natural y el religioso salvaría a aquél de la corrupción por el pecado. Sin embargo, Hakewill rechazaba la decadencia y defendía el universo providencial al mismo tiempo; usaba el método de los científicos para la refutación empírica de la decadencia, pero la base principal de su refutación era que un Dios providencial sostenía al mundo por él creado (GH, *AP*, 126).

⁶²⁹ GH, *AP*, V, 48.

proveía, como se verá, una gran cantidad de instancias ejemplificadoras de la superioridad de los hombres contemporáneos sobre los de la antigüedad.

II

La cuestión clave en la polémica entre Goodman y Hakewill es aquella de la decadencia o el progreso de la humanidad, por lo que es conveniente reseñar brevemente la historia de la noción de progreso. La idea de progreso se apoya básicamente en la convicción de que “el curso de las cosas desde los orígenes, a pesar de desviaciones ocasionales, se ha caracterizado por un incremento progresivo del bien, la felicidad y la ilustración”.⁶³⁰ Por ello, detrás de toda noción de progreso hay una concepción del bien último o final hacia el que se tiende, pero también una convicción de la existencia de cambio para mejor que pone en cuestión al orden dado: Auguste Comte, por ejemplo, sostenía que para los antiguos la idea de progreso era opuesta a la de orden y que ellos optaban por esta última, en tanto que la cristiandad originó “cierto sentimiento de progreso por la superioridad de la nueva ley sobre la vieja”, aunque la teología de la inmutabilidad le puso freno, por lo que sólo en los siglos XVII y XVIII se afianzó la noción de progreso.⁶³¹

Ahora bien, más allá de la disputa histórica y filosófica sobre la existencia de progreso o decadencia en la historia de la humanidad, la visión comtiana hace centro en uno de los puntos centrales de la controversia historiográfica al respecto. Según W.W. Wagar,⁶³² a comienzos del siglo XX tanto G. De Greef,⁶³³ como J. Elvaille,⁶³⁴ intentaron empujar los orígenes de la idea de progreso a la antigüedad, al punto que consideraron que la proclamación del Mesías era un signo de la fe en el progreso, de modo que ambos buscaban destacar la modernidad de los antiguos. Años más tarde esta idea fue cuestionada por una nueva tendencia. J. Bury,⁶³⁵ E. Troeltsch,⁶³⁶ A.J. Todd,⁶³⁷ y W.R. Inge,⁶³⁸ insistieron en la modernidad de la idea de progreso, ya como emparentada con la Reforma (Troeltsch), la ciencia (Todd) o la historia (Inge). Todos ellos coincidían en que la concepción clásica de la historia era cíclica y por ende no progresiva. El más popular de estos autores, J. Bury, definió el término tan estrechamente que sólo podía tratarse de una noción moderna: el concepto se caracterizaba por la idea de movimiento en una dirección deseable, sin fin, gradual, producto de la naturaleza física y social del hombre. Esta convicción en la modernidad de la noción de progreso pronto se volvió dominante.

⁶³⁰ A.O. Lovejoy y G. Boas, eds., *Primitivism and Related Ideas*, Baltimore, 1935, 3

⁶³¹ A. Comte, *Positive Philosophy*, Londres, 1854, II, 3, 46.

⁶³² W.W. Wagar, “Modern Views of the Origins of the Idea of Progress”, *Journal of History of Ideas*, 28, 1, 1967, 55-70.

⁶³³ *Le transformisme social*, París, 1895.

⁶³⁴ *Essai sur l'histoire de l'idée de progrès*, París, 1910.

⁶³⁵ *The Idea of Progress*, Nueva York, 1920.

⁶³⁶ *Protestantism and Progress*, Londres, 1912.

⁶³⁷ *Theories of Social Progress*, Nueva York, 1918.

⁶³⁸ *The Idea of Progress*, Oxford, 1920.

Sin embargo, en parte como consecuencia del colapso en la fe en el progreso tras dos guerras mundiales devastadoras, desde mediados del siglo XX se ha afianzado una nueva ortodoxia, que refleja asimismo una tendencia historiográfica revisionista que niega que hayan acontecido procesos antes considerados hitos de la historia del progreso occidental, como la Revolución Científica, la Revolución Industrial, la Revolución Francesa o la Inglesa. Así, por ejemplo, muy temprano C. Becker afirmó que la idea de progreso era "sólo una modificación de la doctrina cristiana de la redención".⁶³⁹ Frente a esta versión religiosa de la negación de la noción de progreso, la disputa entre Goodman y Hakewill provee una lección importante, por cuanto en el caso de Goodman la profunda convicción cristiana tiene consecuencias decadentistas a partir del pecado original, mientras que Hakewill no niega la decadencia con la perspectiva de la redención (que considera sobrenatural), sino fundamentalmente mediante un ejercicio de historia comparativa. Sin embargo, a partir de la crítica cristiana a la modernidad de la idea de progreso surgió una multitud de estudios monográficos que rastrean el origen de la idea hasta el siglo XIII.⁶⁴⁰

Como ya se ha mencionado, la comparación entre los méritos relativos de antiguos y modernos también fue central en la disputa entre Goodman y Hakewill. Llamativamente, la historiografía referente a la disputa entre antiguos y modernos ha seguido un derrotero semejante a aquella referente al progreso, por cuanto se ha pasado de una atribución de modernidad a la disputa a otra que extiende sus orígenes al período anterior al Renacimiento. Asimismo, otra similitud con la historiografía referente al progreso es que una disputa originalmente considerada crucial para la modernidad ha sido redefinida como nada más que "una tormenta en una tetera".⁶⁴¹

La batalla entre antiguos y modernos ha tenido numerosas escaramuzas, entre las cuales el debate entre Goodman y Hakewill es un episodio menos recordado y la *Querelle* francesa de fines del siglo XVII y la contemporánea *Battle of the Books* inglesa han gozado de mayor fama. H. Baron⁶⁴² atribuye la primera mención de la disputa a H. Rigault,⁶⁴³ quien sostenía que más que una fase en la historia del pensamiento se trataba de una revuelta contra la tradicional aceptación de la antigüedad como modelo superior en arte y literatura. En este sentido, en Francia C. Perrault⁶⁴⁴ y B. Fontenelle⁶⁴⁵ proclamaron la superioridad de la era de Luis XIV sobre la de Augusto, pues sostenían que la naturaleza era constante y que no había razón

⁶³⁹ C. Becker, *The Heavenly City*, New Haven, 1932, 129. En el mismo sentido, R. Niebuhr, *Faith and History*, Nueva York, 1949, sostenía que como la noción clásica de la historia era cíclica, fue frente a ella que la fe cristiana (y no la modernidad) promovió por vez primera una alternativa exitosa mediante la idea de la redención. J. Baillie, *The Belief in Progress*, Londres, 1950, afirma que la noción de progreso sólo puede surgir en la civilización cristiana; pero que sin embargo "es herética, se trata del desarrollo de un aspecto de la verdad recibida para negar otros".

⁶⁴⁰ Por ejemplo, E.L. Tuveson, *Millenium and Utopia*, Los Angeles, 1949

⁶⁴¹ I. Wade, *The Intellectual Origins of the French Enlightenment*, Princeton, 1971, 627.

⁶⁴² H. Baron, "The Querelle of the Ancients and the Moderns as a Problem for Renaissance Scholarship", *Journal of History of Ideas*, 20, 1, 1959, 3-22.

⁶⁴³ *Histoire de la Querelle des Anciens et des Modernes*, París, 1856.

⁶⁴⁴ C. Perrault, *Parallèles*, París, 1687.

⁶⁴⁵ B. Fontenelle, *Digression sur les anciens et les modernes*, París, 1688.

para pensar que los intelectos del siglo XVII habían nacido inferiores a los del pasado. La defensa de los antiguos en el caso francés estuvo a cargo de R. Rapin⁶⁴⁶ y J. Racine.⁶⁴⁷ La batalla inglesa, por su parte, se desarrolló a partir de 1690 y enfrentó a W. Temple⁶⁴⁸ y su discípulo J. Swift como representantes de los antiguos y a W. Wotton⁶⁴⁹ y muchos miembros de la Royal Society como exponentes modernos.

J. Bury en su obra ya citada y R.F. Jones⁶⁵⁰ señalaron que en el clima mental de la Inglaterra prerrevolucionaria los ataques a la autoridad de los antiguos comenzaron antes que en Francia e implicaban desde el principio un enfrentamiento con la opinión de que la Tierra y el universo estaban en decadencia, por lo que llamaron la atención sobre el hecho de que Bacon, Hakewill y Goodman eran exponentes tempranos de la disputa. Para Bury⁶⁵¹ se trataba de una liberación del yugo intelectual del humanismo renacentista, de la tiranía de la antigüedad, semejante a la que el Renacimiento había efectuado respecto del escolasticismo. Jones, por su parte, afirmaba que la revuelta contra la antigüedad había comenzado incluso antes, con Giordano Bruno, quien había vivido en Inglaterra en la década de 1580,⁶⁵² pero que sin la negación de la teoría de la decadencia protagonizada por Hakewill no había lugar para la idea de progreso. Asimismo, Jones sostenía que la disputa fue en Inglaterra un asunto relativamente aislado de la *Querelle* continental y enraizado en las condiciones intelectuales inglesas, fundamentalmente en el surgimiento de la nueva ciencia y el puritanismo.

Tal como había ocurrido con la noción de progreso, la historiografía reciente, encabezada por H. Baron, R. Black, P.O. Kristeller y J.M. Levine⁶⁵³ tendió a desplazar

⁶⁴⁶ R. Rapin, *Réflexions sur la Poétique d'Aristotle*, París, 1674.

⁶⁴⁷ J. Racine, *Préfaces d'Iphigénie*, París, 1675 y *Préfaces de Phèdre*, París, 1677.

⁶⁴⁸ W. Temple, *An Essay Upon Ancient and Modern Learning*, en *Five Miscellany Essays*, Ann Arbor, 1963 (1685).

⁶⁴⁹ W. Wotton, *Reflections Upon Ancient and Modern Learning*, Londres, 1694.

⁶⁵⁰ R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965.

⁶⁵¹ J.B. Bury, *The idea of progress; an inquiry into its origin and growth*, Nueva York, Dover, 1955, 30.

⁶⁵² La reputación de hereje de Bruno era conocida en Inglaterra antes de su llegada, por lo que la red de espías de Waslingham lo controló de cerca. En julio de 1583 confrontó con los escolásticos de Oxford y describió a la universidad como "viuda de saber real" (*Explicatio Triginta Sigilorum*, 1583, A3). Su copernicanismo, atomismo y antiaristotelismo causaron su expulsión de Oxford y su acogida en el círculo del conde de Northumberland, sobre todo por el astrónomo y matemático T. Harriot, el atomista N. Hill, y el propio Northumberland, que tenía copias de *Eroici Fuori* y *De specierum scrutinio*. Según D. Massa, "Giordano Bruno's Ideas in Seventeenth Century England", *Journal of Modern History*, 38, 2, 1977, 221-242, para Bruno, la decadencia es una ilusión que surge de una visión parcial del mundo, pues hay un principio permanente que impone el orden de las cosas (*De Imenso*, Frankfurt, 1591, I, i, 193). Asimismo, Bruno sostenía la infinitud del mundo: si Dios es infinito en su poder y bondad, no puede haber creado (ni exponerse) en un universo finito. (*De Imenso*, Frankfurt, 1591, I, i, 246).

⁶⁵³ H. Baron, "The Querelle of the Ancients and the Moderns as a Problem for Renaissance Scholarship", *Journal of History of Ideas*, 20, 1, 1959, 3-22; R. Black, "Ancients and Moderns in the Renaissance: Rethoric and History in Accolti's Dialogue on the Preminence of Men of his Own Time", *Journal of History of Ideas*, 43, 1, 1982, 3-32; P.O. Kristeller, *Renaissance Thought and Its Sources*, Nueva York, 1981; J.M. Levine, "Ancients and Moderns Reconsidered", *Eighteenth Century Studies*, 15, 1, 1981, 72-89. El texto de R. Black llega al colmo de encontrar precedentes antiguos para la disputa entre antiguos y modernos, pues sostiene que Horacio criticaba a sus contemporáneos en comparación con los primeros romanos (Horacio, *Oda III*, 6; en R. Black, *op. cit.*, 3); para concluir que "lo que cambió [entre el Renacimiento y el siglo XVII] no fue la noción de que los modernos o los

hacia el pasado los orígenes de la disputa entre antiguos y modernos. De este modo, se encontraron precedentes renacentistas e incluso anteriores para esta rivalidad, de modo tal que el debate perdió especificidad y dejó de tener la importancia que antes se le había atribuido como pilar del pensamiento moderno y de su liberación de las cadenas de la Antigüedad.⁶⁵⁴ Pero además esta tendencia implica una reducción de la idea de progreso a la secularización de una idea previa, una operación ciertamente simplificadora.⁶⁵⁵ La faz positiva de esta corriente historiográfica reside en que las nuevas contribuciones historiográficas llamaron la atención sobre las influencias cruzadas entre Inglaterra y el Continente, de modo que las tensiones entre antiguos y modernos adquirieron un carácter europeo que rompió con el provincialismo de la historiografía precedente.⁶⁵⁶

III

The Fall of Man está inspirada por el temor a la inminente desintegración del mundo, una convicción filosófica enmarcada en las leyendas sobre una edad de oro original, que habría sido sucedida por un proceso de corrupción del universo desde entonces. Si bien la obra de Goodman fue una de las más importantes sistematizaciones de la teoría de la decadencia, esta doctrina tenía una larguísima tradición, que puede remontarse hasta el mundo clásico.⁶⁵⁷ Aristóteles, por ejemplo, negaba el progreso y afirmaba la “maldad de la naturaleza humana”.⁶⁵⁸ Muchos pensadores romanos tenían una perspectiva similar. Séneca reconocía el progreso del

antiguos eran superiores, sino la definición de antiguos y modernos: en el medioevo los antiguos podían ser la generación anterior o aquellas previas a Cristo; en el Renacimiento y la modernidad los antiguos fueron exclusivamente los clásicos” (R. Black, *op. cit.*, 23).

⁶⁵⁴ Así, por ejemplo, H. Baron ha sostenido que la única diferencia notable entre los humanistas y los protagonistas de la disputa entre antiguos y modernos reside en el triunfo de las invenciones, los descubrimientos y la ciencia (menuda divergencia, por otra parte), al tiempo que ha remontado la afirmación de Hakewill de que “no somos enanos ni ellos gigantes, sino de igual estatura, o somos más altos, elevados por sus medios” (GH, AP, 229) a J.L. Vives (*De Disciplina*, 1530, traducido al inglés en Oxford en 1612). H. Baron, “The Querelle of the Ancients and the Moderns as a Problem for Renaissance Scholarship”, *Journal of History of Ideas*, 20, 1, 1959, 3-22, páginas 22 y 13.

⁶⁵⁵ “La modernidad no surge del pensamiento escolástico medieval, sino del proceso de socavamiento del mismo iniciado por el nominalismo y su crítica a los universales como limitante de la omnipotencia divina. Lo heredado es la necesidad de responder a la pregunta sobre el fin último de la historia, una sobreexpansión del carácter empírico originario de la idea de progreso.” Elías J. Palti, *Aporias*, Buenos Aires, Alianza, 2001, 88. “Trasladar a siglos remotos las ideas del siglo en que uno vive es la más fecunda fuente de error”, Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982, xxx-14, 491. Citado en Elías J. Palti, *Aporias*, Buenos Aires, Alianza, 2001, 139.

⁶⁵⁶ Puntualmente, al explorar lo que comenzaron a considerarse las raíces renacentistas del fenómeno, la historiografía reciente tendió a llamar la atención sobre influencias italianas tanto en el debate francés como en el inglés, al tiempo que las obras de J.M. Levine descubrieron la influencia francesa en Inglaterra, tanto gracias a los textos de la *Querelle* como mediante personajes como Sieur de Saint Evremond (J.M. Levine, *Between the Ancients and the Moderns*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999). Un ejemplo importante de la influencia de la obra de Hakewill en Italia es la publicación, en 1637, de *L'Hoggidi*, de F. Lancelotti, que reitera muchos de los argumentos del inglés en la negación de la teoría de la decadencia.

⁶⁵⁷ Para una breve reseña y contextualización de las citas que siguen, véase Sydney B. Fay, “The Idea of Progress”, *American History Review*, 52, 2, 1947, 231-246.

⁶⁵⁸ *Política*, II, 5.

saber pero no esperaba nada bueno de él, pues el avance en las artes e invenciones llevaba a la lujuria y el vicio. Lucrecio creía que el hombre había progresado de la barbarie a la civilización, pero no pensaba que el futuro fuera a mejorar.⁶⁵⁹ Ya en el contexto inglés del siglo previo al debate entre Hakewill y Goodman, la teoría de la decadencia era omnipresente. En *De rerum inventoribus*, de 1499, Polidoro Virgilio sostenía que “el fin por putrefacción” es la posición cristiana convencional que se opone a la idea aristotélica de la eternidad del mundo. En el siglo XVI era habitual la opinión que afirmaba la corrupción del mundo y la inmutabilidad de los cielos;⁶⁶⁰ Pedro Mexía estaba convencido de la corrupción de ambos en esta “última edad del mundo”.⁶⁶¹ A mediados del siglo XVI la asociación de la doctrina de la decadencia con el pecado original se hizo presente en los escritos religiosos, con el objetivo de persuadir a los pecadores de buscar salvación: en su comentario del Génesis, Lutero sostenía que la corrupción del mundo procede del pecado del hombre, reflejado por toda la creación.⁶⁶² Las descripciones de la decadencia del mundo se volvieron más detalladas en la década de 1570; en ellas no se sugiere sólo una Caída de la perfección original, sino un proceso cotidiano de deterioro. Una de las primeras formulaciones completas de la teoría de la decadencia en Inglaterra se encuentra en *A Blazyng Starre* de Francis Shakelton, publicado en Londres en 1580. Su enfoque es puramente religioso, le interesa demostrar que la “atea” idea de que el mundo es eterno —que atribuye a la Antigüedad en general y a Aristóteles en particular— puede refutarse con la Biblia, y agrega a la profecía de la destrucción del mundo por el fuego la creencia en su debilidad debida a la edad madura.⁶⁶³ Como puede verse, Goodman no sólo contaba con apoyos en la opinión contemporánea para sus convicciones, sino que éstas eran por entonces dominantes. Fulke Greville, por ejemplo, sostenía que “la Tierra se apresura hacia su última declinación” y que “los milagros de la Creación yacen ensombrecidos bajo la degeneración del hombre”.⁶⁶⁴

Las nociones básicas de Goodman se asemejan a éstas y potencian la retórica decadentista. El obispo pensaba que el día del juicio se aproximaba y que los signos de decadencia eran advertencias divinas de la cercanía del fin, de modo que

⁶⁵⁹ *De rerum natura*, V, II, 1452.

⁶⁶⁰ Marcellus Palingenius, *Zodiacus Vitae*, 1531, 117

⁶⁶¹ *Silva de varia lección*, 1542, 23

⁶⁶² *On the Creation*, 1535-1545, I, 16.

⁶⁶³ “Debe probarse manifiestamente que este mundo debe perecer y morir, sus partes cambiadas y corruptas. ¿Qué son estas extrañas alteraciones sino evidentes argumentos de que el mundo debe tener fin algún día? En consecuencia, necesariamente debe haber pronto un fin y consumación del mundo, porque está ya en su edad madura, y por ello es débil en todas sus partes.” F. Shakelton, *A Blazyng Starre*, Londres, 1580, Aiiii-Av. Entre otros ejemplos contemporáneos más fragmentarios pueden mencionarse los siguientes. “¿Qué podemos esperar en estos días de la edad declinante del mundo, en los que la detracción maliciosa es estimada la quintaesencia de la astucia, y un reconocimiento ingenuo del merecimiento de los hombres lleva gran cortesía?” N. Carpenter, *Picture of a Wicked Politician*, 1629, 10. Spenser atribuía la degeneración moderna a que “when the world woxe old, it woxe warre old.” *Faerie Queene*, IV, VII. “No puede ocurrir sin acción de Dios, en esta edad vieja y decrepita del mundo, que se tenga un conocimiento más perfecto del mundo mismo.” S. Purchas, *Pilgrimage*, 1613, 42). Véase R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Angeles, 1965, 24-26.

⁶⁶⁴ F. Greville, *Works*, II, 30; III, 142; citado en J. Whepburn, “George Hakewill and the Virility of Nature”, *Journal of History of Ideas*, 16, 2, 1955, 135-150.

cuestionar la decadencia equivalía prácticamente a una negación anticristiana de que el mundo terminaría. Además, Goodman reforzaba esta convicción de la corrupción del orden natural por la transgresión adánica, con reputadas evidencias históricas recientes. Así, por ejemplo, la astronomía de Copérnico a Galileo había extendido el reino de la mutabilidad a las esferas hasta entonces ajenas a ella, de modo que incluso el Sol y la Luna tenían manchas. Difícilmente pueda exagerarse la importancia de este punto, dado el significado atribuido en general al descubrimiento de la mutabilidad de los cielos en la época.⁶⁶⁵ En lo fundamental, la noción de mutabilidad estaba obviamente asociada con la idea de cambio, pero la creencia más extendida era que ese cambio no podía ser para mejor, sino que implicaba envejecimiento y corrupción. Asimismo, cierta sensación de inferioridad, sumada a la noción de mutabilidad y a los avances de la filosofía natural generaban un sentimiento de verdadera angustia, que John Donne inmortalizaría en su famoso poema:

*And new Philosophy calls all in doubt,
the Element of fire is quite put out;
the Sun is lost and th'earth, and no mans wit
can well direct him where to looke for it.
And freely men confesse that that this world's spent,
when in the Planets, and the Firmamente
they seeke so many new; they see that this
is crumbled out againe to his Atomies.
'Tis all in peeces, all cohaerence gone;
all just supply, and all Relation.*⁶⁶⁶

⁶⁶⁵ Fueron muchas las observaciones astronómicas que despertaron preocupación entre algunos espíritus de la época. Así, la aparición y desaparición de la estrella en la constelación de Casiopea en 1572-3 y el cometa de 1577 fueron estudiados por Tycho Brahe, quien concluyó que estaban más allá de la Luna y, en consecuencia, atestiguaban la mutabilidad de los cielos. Lo mismo ocurrió cuando Galileo estudió la estrella de Serpentarius en 1604, así como con el descubrimiento de las manchas solares o de la orografía lunar, lo que permitía concluir que había cambio en el mundo celeste como en el terrestre. En Inglaterra, T. Harriot (1560-1621) fue uno de los primeros en utilizar el telescopio y observar las manchas solares y sus investigaciones tuvieron un efecto semejante. G. Williamson, "Mutability, Decay, and XVII Century Melancholy", *English Literary History*, 2, 2, 1935, 121-150. En *The Anatomy of Melancholy* de 1632, R. Burton expuso esos descubrimientos astronómicos y declaró la incertidumbre que provocaba la mutabilidad de los cielos (II, II, III, 54-67). Goodman propone un universo geocéntrico y considera absurda la hipótesis copernicana. Su concepción astronómica es tradicional, el universo es continuo, el infierno está en el centro de la Tierra, y el resto se organiza por esferas concéntricas de elementos, planetas y estrellas fijas. GG, *FOM*, 30, 427. Asimismo, Goodman insiste en que la decadencia de la naturaleza por responsabilidad del hombre se extiende tanto a los cielos como a la Tierra, para lo que encuentra evidencia en la manchas solares, la geografía lunar y la existencia de cometas. GG, *FOM*, 16, 158.

⁶⁶⁶ Y la nueva filosofía lo pone todo en duda,
el elemento fuego se extingue completamente,
el Sol se pierde, así como la Tierra, y no hay inteligencia humana
capaz de indicar donde buscarlo.
Y los hombres confiesan abiertamente que este mundo se ha consumido,
cuando en los planetas y el firmamento
buscan tantas novedades, y entonces ven que todo
se ha reducido de nuevo a sus átomos.

Un punto de apoyo crucial para la teoría de la decadencia residía en la analogía entre microcosmos y macrocosmos, según la cual lo que sea que ocurriera en el “mundo pequeño” del hombre debía encontrar necesariamente su correlato en el “gran mundo” de la naturaleza.⁶⁶⁷ De este modo, para Goodman, cuando el hombre negó su obediencia a Dios mediante el pecado, se hizo responsable no sólo de la corrupción del mundo moral, sino también de la del mundo natural. El hombre se convertía casi en el epítome del mundo, su símbolo y esencia, si el hombre peca el mundo será castigado, pues ambos son corruptos. Así, Goodman volvió indistinguible a la creencia en la decadencia de aquella en la Caída del hombre y la consecuente condena divina sobre la Tierra toda. Esta perspectiva tenía consecuencias profundamente pesimistas, por cuanto todos los logros del hombre quedaban limitados por la conciencia de la Caída.⁶⁶⁸ De este modo, el argumento principal de Goodman residía en la tesis de la Caída del hombre de la gracia, que adquiriría sus implicancias más importantes por la analogía entre microcosmos y macrocosmos. Así, la Caída a la vez causó y es demostrada por la corrupción. El crecimiento cotidiano de la corrupción del hombre y la decadencia sensible del universo físico, aunque también enunciados y defendidos en *The Fall*, se ofrecen simplemente como evidencia.

La obra de Goodman está dividida en tres partes. En la primera de ellas se estudian en general los castigos recibidos por el hombre como consecuencia del pecado que son inherentes a su naturaleza, por lo que esta primera porción del texto está dedicada a las miserias del hombre. Es aquí donde aparece por primera vez, y reiteradamente, la analogía entre microcosmos y macrocosmos, pues el castigo por el pecado del hombre puede extenderse a la totalidad del mundo sublunar e incluso a los cielos; al tiempo que Goodman considera que dado que Dios pretende un mundo perfecto, cualquier desvío de la perfección es evidencia de corrupción y declinación.⁶⁶⁹ Esto implica, además, que todo cambio, toda mutación desde la edad dorada de la perfección original, es necesariamente un signo de decadencia. La segunda parte de la obra, que dobla en extensión a la primera, se concentra en la condición del hombre y describe las miserias humanas que no derivan de la naturaleza peculiar de su cuerpo y alma, sino de su vida social. En esta sección, Goodman compara los problemas del hombre con los de otras criaturas, generalmente tenidas por inferiores, y describe los vicios y vanidades del hombre social. La tercera parte de *The Fall* abarca casi la mitad del libro y se concentra específicamente en los castigos

Todo se halla reducido a sus partes componentes, perdida toda coherencia, así como todas las reservas y toda relación.

Donne, John, *An Anatomie of the World*, 1611. La traducción fue tomada de Koyré, A., *Del mundo cerrado al universo infinito*, Madrid, Siglo XXI, 1979, 32.

⁶⁶⁷ Goodman sostiene que “como el mundo muere diariamente en los individuos, morirá en los universales”. GG, *FOM*, 349.

⁶⁶⁸ “Ni siquiera todas las artes y las ciencias serían suficientes para reparar la ignorancia causada por la Caída”. G.G., *FOM*, 391.

⁶⁶⁹ GG, *FOM*, 54.

bíblicos al pecado original, que incluyen la enemistad entre hombre y bestias, la infertilidad de la tierra, la muerte, el dolor, la degradación, la maldición divina, etc.⁶⁷⁰ Reaparece en esta tercera parte la analogía entre microcosmos y macrocosmos para explicar la transición de la decadencia del hombre a la del mundo. Asimismo, Goodman insiste en la necesidad de la fe y los límites de la razón, puesto que la gracia sólo será devuelta al hombre cuando éste retorne a la religión: “aunque el conocimiento humano discierne la Caída, no puede concebir su forma”, que no es explicable por la razón, pero sí acorde a ella.⁶⁷¹

En conjunto, Goodman busca probar que, dado que el hombre y el mundo son corruptos, deben haber caído de un estado mejor, y emprende el intento mediante la fe, la razón y, en menor medida, la observación histórica en la comparación entre antiguos y modernos. La prueba racional de la Caída es reconocerla en sus consecuencias: la corrupción del hombre y la decadencia del mundo. El argumento de todo el libro descansa en una interpretación teleológica del universo, según la cual el hombre fue creado perfecto para gloria de Dios, mientras que el mundo, con sus criaturas, fue diseñado para uso y placer del hombre; de modo que las miserias del hombre son signos de su Caída del estado de gracia.⁶⁷² Por eso la obra está organizada según los tipos de castigo por el pecado, y a causa de este ordenamiento se producen superposiciones y repeticiones.⁶⁷³ Goodman reconoce la confusión de las tres partes, pero la considera apropiada para discutir las miserias del hombre.⁶⁷⁴ Sin embargo, la obra como un todo es un lamento coherente por la infelicidad humana, que sólo puede ser comprendida como castigo por su pecado; nuevamente, la miseria actual de la humanidad prueba que ha caído, es signo de su corrupción, que a su vez causa y prueba la del mundo.

Goodman proclama basar su texto en una apelación al hombre natural, y afirma haber dejado de lado a “Escritura, padres, consejos” y poner en primer plano “a la razón y el sentido común”. Así, se disculpa por “el uso ocasional de frases de la Escritura”, y sostiene que sólo será guiado por “una estrella, la luz de la razón”.⁶⁷⁵ Si

⁶⁷⁰ Goodman afirmaba que el mar ya no daba tantos frutos como en el pasado y que la tierra perdía fertilidad, de lo que podía deducirse que “ahora, como el carácter fructífero o infértil de la tierra procede de la influencia y disposición de los cielos, en último lugar me atrevo a acusar a los cielos materiales como culpables y tendientes a la corrupción. La Escritura me apoya, los cielos envejecen como los vestidos, Salmo 102, versículo 26. La razón y el saber humano pueden apoyarme, pues es cierto que el Sol ha descendido mucho más debajo de su lugar en tiempos del Rey Tolomeo (...); por virtud de anteojos de perspectiva hemos descubierto recientemente manchas y sombras en la Luna”, GG, *FOM*, 365.

⁶⁷¹ GG, *FOM*, 404.

⁶⁷² GG, *FOM*, ahv.

⁶⁷³ Así, por ejemplo, los sufrimientos del nacimiento son relatados en la primera parte como naturales y en la tercera según fueron mencionados en las Escrituras.

⁶⁷⁴ GG, *FOM*, 70.

⁶⁷⁵ GG, *FOM*, 6-11. Esta opción de Goodman revela su inteligencia, puesto que había evidencia bíblica a favor y en contra de la corrupción de mundo a consecuencia de la Caída. Para San Pablo, la naturaleza era instrumento del castigo divino y sufría ella misma las consecuencias de la Caída, que afectaban a toda la creación (“La creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que toda la Creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”, Romanos, 8.22). Pero la Biblia no es unívoca, en ella también la

bien los sentidos engañan a la razón y los signos de la decadencia pueden ser imperceptibles para los sentidos, "la ruina del mundo es discernible por la razón".⁶⁷⁶ Más aun, Dios reveló los misterios de la fe y sentó las bases de la naturaleza; por lo que "los misterios de la fe presuponen la base de la razón y no debería haber disparidad entre la visión que el hombre tiene de la naturaleza por la fe y aquella que tiene por la razón".⁶⁷⁷ En ese sentido, para Goodman la verdad de la Caída y la corrupción puede descubrirse por ambos medios; aunque él preferiría aceptar la palabra de Dios, confía en poder probar la decadencia por la razón y justifica el intento porque una prueba de este tipo minaría el orgullo del hombre y lo acercaría a la religión y a Dios. Goodman sólo defiende a la razón porque puede probar la corrupción del hombre y considera que las limitaciones de la razón son las del hombre caído. La razón revela la corrupción de la naturaleza, más allá de eso sólo la fe puede satisfacer la curiosidad.⁶⁷⁸ La responsabilidad del hombre en la decadencia y su relación con Dios se comprenden a la luz de esta subordinación de la razón a la fe.⁶⁷⁹

La prueba racional de la corrupción depende de la presunción de que hubo un estado perfecto previo desde el que se declinó; el argumento racional depende de un artículo de fe, la gracia original. Hubo un Creador y la prueba de su existencia es la armonía y simplicidad del diseño, que no puede ser consecuencia del azar.⁶⁸⁰ Si el hombre hubiera sido corrupto en origen, su corrupción presente no sería un castigo al pecado ni una prueba de la Caída, que depende de un estado de gracia del que se cae.⁶⁸¹ Se trata de un punto crucial del argumento de Goodman: el hombre fue creado inocente, el pecado vino de fuera de ese estado de gracia, "de un espíritu malévolo",⁶⁸² de modo que Dios no sólo no es responsable por la Caída, sino que ofrece compensarla con una gracia santificadora en el final de los tiempos; sólo es necesario reconocer la Caída para obtenerla,⁶⁸³ en un círculo que va de la gracia original a la corrupción y de ésta a la redención. Así, la demostración de la Caída de Goodman requiere un Dios piadoso, porque de lo contrario no hubiera creado un hombre perfecto ni lo redimiría: incluso la destrucción final del mundo es piadosa, pues se ha

naturaleza revela la gloria y fecundidad del Creador: "Mientras la Tierra permanezca no cesarán la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche" (Génesis, 8.22). J. Whepburn, "George Hakewill and the Virility of Nature", *Journal of History of Ideas*, 16, 2, 1955, 135-150; 135.

⁶⁷⁶ GG, *FOM*, 382. Esto anticipa una de las críticas de Hakewill, quien sostiene que la observación de la naturaleza por los sentidos no revela un mundo corrupto.

⁶⁷⁷ GG, *FOM*, 11.

⁶⁷⁸ GG, *FOM*, 13.

⁶⁷⁹ Como se verá, Hakewill rechaza la idea de que las cuestiones pertenecientes al campo de la fe puedan probarse por la razón, de tal forma que separa un campo y otro y acerca la razón a la experiencia histórica de este mundo sin negar la convicción religiosa en el otro.

⁶⁸⁰ Las teorías del "diseño inteligente" del universo son usadas aún hoy por pseudo científicos de inclinaciones eclesásticas para negar las hipótesis biológicas derivadas de la selección natural o del origen del universo en el Big Bang.

⁶⁸¹ GG, *FOM*, 66, 415.

⁶⁸² GG, *FOM*, 420.

⁶⁸³ GG, *FOM*, 182.

llegado al grado último de decadencia y Dios consume al mundo en el fuego y así lo purifica.⁶⁸⁴

Una vez establecida la corruptibilidad del hombre y la naturaleza, Goodman busca signos de la corrupción efectivamente existente. Compara a antiguos y modernos en busca de esos indicios y establece períodos de trescientos años que muestran esa decadencia. De hecho, considera que la división entre antiguos y modernos debe establecerse trescientos años antes de la composición de su obra.⁶⁸⁵ Este punto es particularmente interesante. En el campo del saber, por ejemplo, durante el siglo XVI los ingleses tendieron a mirar hacia atrás y no hacia adelante en la búsqueda de la verdad y se prepararon para la investigación científica estudiando griego y latín. El resultado natural fue un coro de alabanzas a las grandes mentes clásicas y una sumisión a su autoridad, al punto que era difícil concebir que pudieran equivocarse. En ese concierto, Aristóteles era el más reconocido: su lógica silogística era el principal instrumento de investigación y el amplio espectro de sus intereses casi no dejaba temas sin analizar; la escolástica dominaba a las universidades inglesas y eso llevaba tanto a Giordano Bruno como a Bacon a la protesta contra la excesiva autoridad de los antiguos, que, en su perspectiva, ponía freno al avance del saber.⁶⁸⁶ Si bien Aristóteles fue usado como representante de toda la filosofía antigua, Galeno y Tolomeo también despertaron interés: tenían tanta autoridad como Aristóteles y fueron atacados con la misma violencia por los partidarios de los modernos. Más allá de esto, la doctrina de la decadencia implica que la corrupción tiene bases en la ley natural, que la parte corruptible corrompe el todo, que la maldición divina se enraizó en la naturaleza.⁶⁸⁷ Sin embargo, como ya se ha insinuado, el factor más importante en el sentimiento de inferioridad de la época es la creencia de que toda la naturaleza decaía en su edad madura,⁶⁸⁸ puesto que según la hipótesis decadentista, todo el

⁶⁸⁴ GG, *FOM*, 229, 416.

⁶⁸⁵ GG, *FOM*, 350, 382.

⁶⁸⁶ Según R.F. Jones, en Oxford se aplicaba una multa de cinco chelines a cada punto de divergencia con Aristóteles. R.F. Jones, *op. cit.*, 5. Bacon criticaba al "saber delicado" de los humanistas por su afectación literaria y porque preferían el estilo a la sustancia, la imitación de los antiguos al peso de la materia. Del mismo modo, censuraba al "saber contencioso" de los escolásticos, a quienes consideraba arañas que tejen una tela sin contenido, y al "saber fantástico", la credulidad y la impostura de astrólogos, magos y alquimistas, que no contenían más que vanidad y error (*The Advancement of Learning*, en *Works*, VI, 117-127). Bacon, como Hakewill, aceptaba la fe y prefería la experiencia a la razón escolástica.

⁶⁸⁷ De acuerdo con V. Harris, *All Coherence Gone*, Chicago, University of Chicago Press, 1949, 30 y ss., esta parte de la justificación de la decadencia de Goodman refiere al principio aristotélico de la privación, según el cual una explicación de esta corrupción intrínseca es la privación: "que una cosa pueda ser, deba ser y no sea". Es el defecto, la ausencia de lo que nunca se pretendió (GG, *FOM*, 390, 422). Dentro de la ya mencionada noción de mutabilidad, ese potencial de cambio es un potencial de decadencia, puesto que por la privación lo que es mutable es decadente, y la decadencia es acumulativa e irreversible. La privación indica deficiencia y por ende un bien potencial mayor del que existe, un bien ideal que permite reconocer la corrupción actual (GG, *FOM*, 24). Antes de la Caída el hombre y el mundo podían presentar privación y por ende decaer, pero hasta la violación de la armonía del mundo por el pecado la piedad de Dios lo impedía: la corrupción es natural, la preservación del mundo milagrosa. Hakewill niega la privación entre otras cosas por la providencia divina (GG, *AP*, V, 99).

⁶⁸⁸ "Deben tenerse en cuenta la debilidad de los elementos, la decadencia de los cielos y una imperfección general en todas las cosas en esta vieja y fría edad del mundo." GG, *FOM*, 235.

nuestros juicios a los de ellos".⁶⁹³ Para Goodman los modernos eran enanos, pero los antiguos eran mucho más grandes de lo que la metáfora implicaba y los modernos no eran lo suficientemente inteligentes como para comprenderlos cabalmente.⁶⁹⁴

Vista sobre el fondo del inminente fin del mundo, la decadencia se basa en el concepto de la corruptibilidad natural y en la evidencia sensible de la decadencia de una época a la siguiente. Pero Goodman no separa una de otra: los signos de decadencia son defectos introducidos por la Caída, que aparecen junto a signos de deterioro desde la Caída. Toda su obra es un sermón sobre las miserias del hombre y un intento de llevarlo de nuevo a Dios. Goodman lleva la analogía entre microcosmos y macrocosmos al extremo de considerar que su propia corrupción es signo y admisión de toda la corrupción: "en mí se ve el castigo de toda la humanidad".⁶⁹⁵

Entre los signos materiales e históricos de la decadencia, Goodman destaca los siguientes: las miserias del cuerpo, de la mente, del espíritu y de la sociedad;⁶⁹⁶ la "política maquiavélica" es un indicador de la corrupción de la sociedad;⁶⁹⁷ las disputas religiosas lo son de la maldición divina;⁶⁹⁸ lo mismo ocurre con signos de intranquilidad económica como la inflación, los cercamientos, el desempleo.⁶⁹⁹ La infertilidad del suelo, la hostilidad de los animales a los hombres, las formas de vida inferiores producidas por la naturaleza, la miseria del hombre, su fragilidad, la inclemencia del clima son otras tantas instancias de prueba. Una vez establecida la Caída y la decadencia del hombre, para Goodman es inevitable inferir de ellas la decadencia del mundo. Aplica entonces la analogía entre micro y macrocosmos y señala instancias de decadencia del mundo comparando pasado y presente y antiguos y modernos, y postulando la decadencia como proceso continuo.⁷⁰⁰

IV

Así como Goodman fue uno de los primeros sistematizadores de la teoría de la decadencia, Hakewill probablemente haya sido el primero en dirigir un desafío integral a esa idea, al orientar su ataque contra "la opinión de la decadencia del mundo, que ha sido recibida tan generalmente, no sólo entre los vulgares, sino

⁶⁹³ GG, *FOM*, 28.

⁶⁹⁴ Goodman mismo proclamaba su sumisión a la autoridad de los antiguos al confesar que "sea lo que sea que he dicho como prueba de la Caída del hombre y de la corrupción de la naturaleza, he tomado prestado de las bases y cimientos del saber de Aristóteles, de modo tal que todo este tratado puede con propiedad ser adscripto a él". GG, *FOM*, 389. La cuestión de la decadencia del saber de los modernos respecto del de los antiguos no siempre implicó el acuerdo con la teoría de la decadencia natural. Así, B. Jonson, en *Discoveries*, afirmaba: "I cannot think that Nature is so spent and decayed that she can bring forth nothing worth of her former years. Men are decayed, and studies, she is not". G. Williamson, "Mutability, Decay, and XVII Century Melancholy", *English Literary History*, 2, 2, 1935, 121-150, 122.

⁶⁹⁵ GG, *FOM*, 310.

⁶⁹⁶ GG, *FOM*, 56, 238, 62.

⁶⁹⁷ GG, *FOM*, 212.

⁶⁹⁸ GG, *FOM*, 21.

⁶⁹⁹ GG, *FOM*, 248.

⁷⁰⁰ GG, *FOM*, 44.

también entre los letrados, tanto teólogos como otros, que su misma difusión se hace corriente en muchos sin mayor examen”.⁷⁰¹ Hakewill sabía que la teoría de la decadencia era popular y que se la aceptaba casi sin siquiera examinarla, pero aun así la consideraba un error compartido por educados e iletrados, que reflejaba la ignorancia general.⁷⁰² El autor de la *Apologie* era consciente de estar entre los pioneros en el ataque explícito a la decadencia, al punto que afirmaba haber “caminado una senda no explorada, no puedo trazar la marca de huellas que me hayan precedido, sino sólo de aquellas que llevan a otra parte”.⁷⁰³ Sin embargo, el texto de Hakewill presenta deudas que su autor reconoce con personajes de la talla de Bacon y Bodin.⁷⁰⁴ Como la mayoría de estos opositores a la teoría de la decadencia de la naturaleza, Hakewill separaba la verdad revelada del conocimiento natural y sostenía que si el culpable del pecado original era el hombre, la naturaleza no sería castigada. De ese modo, rechazaba la analogía entre microcosmos y macrocosmos, desmentía la aceptada unidad filosófica entre el hombre y el mundo, distinguía razón y fe, hombre y naturaleza, y separaba el campo de lo natural y el de lo sobrenatural, pues había diferentes leyes en cada uno y diferentes modos de describirlas. Hakewill afirmaba, además, que la posición de Goodman era insostenible, por cuanto la suya era una filosofía de la desesperación.

Hakewill se enfrenta a Goodman con una filosofía propia y desarrollada, basada en autoridades y evidencia empírica para oponerse a una posición teórica. Para Hakewill el núcleo de la controversia reside en determinar “si el barco en el que todos viajamos se hunde o no”, lo que desde su punto de vista tiene importantes

⁷⁰¹ GH, AP, b5.

⁷⁰² GH, AP, I, 272-3.

⁷⁰³ GH, AP, b5.

⁷⁰⁴ Según V. Harris, en *Les six livres de la République* (1576) y *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566), Bodin admite que las cosas mundanas son inestables y busca las causas de la decadencia, pero sólo en el ámbito humano y particularmente en los asuntos del Estado, de modo que la naturaleza es excluida del análisis, pues no cambió y la caída de los Estados depende de los hombres que viven en ellos. En *Methodus* la historia humana es un registro de progreso, no de deterioro, y Bodin refuta explícitamente la idea de la edad dorada como “tendencias fantasiosas de hombres viejos que idealizan el pasado” (298-310). La obra de Bacon está permeada por una idea que, más que ninguna otra, ha vuelto insostenible la teoría de la decadencia: la separación del mundo en sus partes, con un nuevo énfasis en el mundo secular y natural, el descubrimiento en la naturaleza de un orden que no tiene su centro en el hombre. Para Bacon, no fue el intento de conocer el mundo lo que provocó la Caída, sino el moral, el de distinguir bien y mal; el conocimiento no lleva al ateísmo (*The Advancement of Learning*, en *Works*, VI, 92, 97); por el contrario, el saber puede remediar las consecuencias del pecado original y el conocimiento de las causas segundas lleva al de Dios (“Of Atheism”, *Essays*, en *Works*, XII, 132). En su oposición a la doctrina, Hakewill ataca la servidumbre a la Antigüedad, pero no desafia el argumento de autoridad (de hecho, citaba en su ayuda a cientos de filósofos, historiadores, matemáticos, lógicos, poetas, oradores, soldados, viajeros, abogados y médicos, un verdadero compendio del saber renacentista), mientras que Bacon sostiene que ambos deben aceptarse o rechazarse juntos. “La reverencia por la Antigüedad y la autoridad de hombres que han sido grandemente estimados han retardado el avance de la ciencia. Sería desgraciado que mientras las regiones del mundo material —la Tierra, el mar, las estrellas— son reveladas y descubiertas, las del mundo intelectual se mantuvieran encerradas en los límites de viejos descubrimientos” (*Novum Organum*, I, aforismo LXXXIV). “La verdad es hija del tiempo, no de la autoridad, y vivimos hoy en la antigüedad del mundo” (*The Advancement of Learning*, I, 50). El rechazo de Bacon a la idea de la decadencia no se dirige a los detalles del cambio físico, sino a los métodos e ideas que la justifican. “Nuestro éxito en el descubrimiento de la verdad será la medida del progreso, excederemos a griegos y romanos en esta tercera etapa del saber” (*The Advancement of Learning*, I, 386).

implicancias religiosas. Hakewill considera que la creencia en la decadencia implica no comprender a Dios, y afirma que la defensa de su honor, la búsqueda de la redención del hombre y la de la verdad filosófica justifican su texto y gobiernan su argumento y la selección de su evidencia.⁷⁰⁵ A pesar de esta fuerte creencia religiosa, la *Apologie* dota al hombre de un poder y una responsabilidad mayores, al punto que ya en las primeras páginas se afirma que “si las cosas salen mal es a causa de nuestra incapacidad y no por la decadencia del mundo”:⁷⁰⁶ Hakewill afirma que la teoría de la decadencia destruye las esperanzas, hace a los hombres descuidados y se asienta en bases débiles como la sobrevaloración de los antiguos.⁷⁰⁷

De acuerdo con Hakewill, la visión de la decadencia se originó en “ficciones de poetas”, específicamente en la ilusión de la edad dorada, una opinión que negaba explícitamente pues “la vida en tiempos primitivos era brutal y toda época tuvo cosas buenas y malas”.⁷⁰⁸ El concepto floreció, además, “porque los viejos siempre se quejan de los tiempos modernos (cuando en realidad son ellos los que cambiaron y su condición la que ha empeorado, no la del mundo) y porque se admira excesivamente a la Antigüedad”.⁷⁰⁹ Estas opiniones permiten ya vislumbrar uno de los argumentos de Hakewill, que no consiste en negar la excelencia de los antiguos ni en afirmar la necesaria superioridad de los modernos, sino simplemente en afirmar que se encuentran en igualdad de condiciones y que la decadencia no es necesaria. Se trata de una innovación importante, pues modifica la noción de mutabilidad, que deja así de significar decadencia.⁷¹⁰

Hakewill dedica el libro I de la *Apologie* a la presentación de los argumentos teológicos, de sentido común, de filosofía y de autoridad. La importancia de la cita de autoridades en esta primera parte es crucial, en una progresión del análisis del argumento general al de los cielos, los elementos y el hombre. El esquema se mueve así de una posición compartida con sus lectores (los cielos no decaen) a una opuesta a la opinión común de la decadencia moral. Los libros, II, III, y IV (más de la mitad de la obra) presentan evidencia empírica en contra de la teoría de la decadencia, afirmando, entre otros puntos, que los cielos son perfectos y que el mundo sublunar es mutable pero compensa cada pérdida con una ganancia; que no hay decadencia

⁷⁰⁵ GH, *AP*, a3v, a4. Hakewill sostiene además que entre sus objetivos se encuentran “redimir la verdad y reivindicar al Creador” (GH, *AP*, c4), en tanto que la búsqueda de la verdad es considerada suficiente en sí misma, pues no hay virtud sin ella y su conocimiento permite reparar la dañada imagen de Dios (GH, *AP*, 16-17).

⁷⁰⁶ GH, *AP*, b4. Mientras que Goodman considera que la decadencia de la naturaleza es resultado de la debilidad del hombre puesta de manifiesto en el pecado original, y no de la de Dios, Hakewill opina que admitir la posibilidad de la decadencia de la naturaleza es cuestionar la excelencia de la obra de Dios y su poder (GH, *AP*, 18).

⁷⁰⁷ GH, *AP*, c4. “No debemos pensar que nuestros esfuerzos son fútiles, la doctrina de la decadencia necesaria de la naturaleza hace a los hombres peores y no mejores, cobardes y no valientes” (GH, *AP*, 20).

⁷⁰⁸ GH, *AP*, 25. Para Hakewill, la edad de oro es un mito y la época contemporánea es tan buena como cualquier otra. GH, *AP*, 364.

⁷⁰⁹ GH, *AP*, 27.

⁷¹⁰ Victor Harris ha afirmado que la unidad del libro I de la *Apologie* está dada por la distinción entre mutabilidad y decadencia. V. Harris, *op. cit.*, 80.

constante, natural o inevitable en cantidad ni en calidad. La parte final del libro IV está consagrada al argumento de que el mundo será consumido por las llamas y su fin será sobrenatural y no natural. Más precisamente, los primeros cinco capítulos del libro II niegan la decadencia de los cielos en sustancia, luz, movimiento, calor e influencia, mientras que los últimos cuatro se ocupan de los elementos. El libro III, entretanto, contradice la decadencia del hombre en edad, tamaño y fuerza (en los primeros cinco capítulos) y en artes y ciencias (en los últimos cinco). Buena parte del libro IV está dedicada a la moral y los modales, mientras que sus últimos dos capítulos insisten en que el mundo no se desperdicia, pero es mortal: su fin será por el fuego de Dios. Hay argumentos de autoridad, fe y principio en los libros II, III y IV, pero sobre todo observaciones propias y registros de dos mil años de ejemplos e instancias que niegan el argumento decadentista. El libro V, que, como se ha dicho, es una novedad de la tercera edición y al que se dedicará una parte importante de esta sección, presenta los argumentos de Goodman y refutaciones puntuales de Hakewill a cada uno de ellos. El libro VI, finalmente, contiene más autoridades, y en él, contra las opiniones de Goodman, se sostiene que tras el juicio final habrá abolición y no restauración del mundo.

Hakewill basó sus argumentos sobre todo en artículos de fe elementales y en pruebas empíricas (a las que denomina, con lenguaje baconiano, "instancias"), lo que hace evidente su desconfianza en procesos racionales como los preferidos por Goodman: los argumentos aceptables en relación con la cuestión de la decadencia se limitan a la presentación de instancias y a los artículos de fe. Además sostenía que las cuestiones importantes como la existencia de Dios eran asuntos de fe aunque la razón pudiera comprenderlas: así, el principio y el fin del mundo son sobrenaturales, no racionales, mientras que "la razón debe limitarse a las causas naturales", pues si la razón intenta comprender lo sobrenatural y no se limita a lo natural infringe la soberanía de la fe y lleva al ateísmo. La elección entre ambas filosofías no depende del poder del hombre ni de la gloria de su futuro, sino de su humildad ante Dios.⁷¹¹ Como ya se ha dicho, este punto permite combinar una profunda piedad religiosa con una importante libertad de acción para analizar con la razón los datos obtenidos de la naturaleza.

Goodman y Hakewill coinciden en que el hombre pecó y por eso fue maldecido, pero Hakewill niega la analogía entre microcosmos y macrocosmos, crucial para el argumento de su opositor. El pecado original y la consecuente condena sobre el hombre no afectó a la naturaleza en la Tierra, menos aun en los cielos, el todo se preserva a pesar de que la parte mute, puesto que el mundo sublunar y el celeste se rigen por principios diversos.⁷¹² Hakewill enfatiza su rechazo a la analogía, pues niega que la afirmación de que las criaturas en general no cambian implique afirmar que los individuos son incorruptibles; la permanencia en el tiempo del mundo creado es en

⁷¹¹ GH, AP, 47.

⁷¹² GH, AP, 323.

especie, el individuo es mortal.⁷¹³ El hombre también está sujeto a mutabilidad, pero libre de corrupción natural o decadencia necesaria. La razón lo distingue de otras criaturas y le otorga su capacidad de elección moral, al tiempo que lo carga de responsabilidad, de modo que sus miserias se deben a las vicisitudes del mundo sublunar y al castigo directo de Dios por sus pecados y nada implica una alteración de las leyes naturales por sus transgresiones religiosas. Estas convicciones diversas encuentran apoyo en estrategias opuestas por parte de los polemistas. Mientras que Hakewill comienza su estudio con los cielos y va descendiendo hacia el hombre, Goodman procede de modo inverso. Esto se debe a que Goodman encuentra fácilmente signos de decadencia en el hombre, mientras que Hakewill encuentra con igual facilidad evidencias de constancia en los cielos, que son para él inmutables y perfectos, lo que significa que si su luz, calor, movimiento y sustancia no cambian, su efecto en el mundo no puede variar.⁷¹⁴ Para Hakewill, los signos de decadencia de los cielos son engañosos: si la superficie de la Luna tiene cráteres, no significa que éstos sean nuevos ni que exista una tendencia celeste a la corrupción, sino que sólo ahora, con nuevos instrumentos, el hombre ha sido capaz de observarlos mejor.⁷¹⁵

Respecto de los elementos terrestres, Hakewill afirma que son mutables, pero no decaen: "los individuos mueren, pero las proporciones se mantienen".⁷¹⁶ Buena parte del libro II está consagrada a demostrar que el aire, el agua y la tierra se rigen por leyes de compensación, no de deterioro. El argumento afirma que la cantidad y calidad de los elementos no cambian, sólo su forma: algunas montañas son más bajas, pero en la misma proporción se extienden las planicies, de modo que el diámetro de la Tierra se mantiene.⁷¹⁷ Asimismo, Hakewill niega que haya pérdida de fertilidad con un argumento en el que introduce la causalidad humana: si los viñedos ingleses no parecen tan fértiles como antes es porque la paz con Francia hace los vinos franceses más baratos, no por una declinación de la naturaleza.⁷¹⁸

Una parte importante de la crítica de Hakewill reside en la comparación entre el hombre moderno y el antiguo en edad, fuerza, estatura, invenciones, modales y condiciones. El autor de la *Apologie* considera que si no se encuentra decadencia en estos aspectos, el argumento que proclama la decadencia en general por analogía también se vería socavado.⁷¹⁹ Hakewill sostiene que el hombre de su época vivía tantos años como el de la época de Cristo, y que tampoco había declinado en estatura, pues los edificios del pasado no eran más grandes que los contemporáneos.⁷²⁰

⁷¹³ GH, AP, 32.

⁷¹⁴ GH, AP, 92.

⁷¹⁵ Lo que, por otra parte, es un argumento en favor de la superioridad de los modernos en la comprensión del universo. GH, AP, 86-88.

⁷¹⁶ GH, AP, 119.

⁷¹⁷ GH, AP, 96, 147. Igualmente, "El agua del océano se evapora y luego vuelve a él". GH, AP, 123.

⁷¹⁸ GH, AP, 151.

⁷¹⁹ GH, AP, 170.

⁷²⁰ GH, AP, 42-43, 186, 207. Cita en su apoyo de su argumento sobre el tamaño del hombre la evidencia contenida en la *History of the World* de sir Walter Raleigh. En otros pasajes, Hakewill critica a Raleigh por defender la "decadencia universal de la naturaleza, algo extraño en una persona de su

Asimismo, la fuerza del hombre permanece constante y la fertilidad femenina no ha decaído.⁷²¹ Hakewill sostiene que cualquier decrecimiento observable es causado por los excesos del hombre y no por la naturaleza, por lo cual es reversible. Afirma que la inteligencia, las artes y el conocimiento no han decaído y argumenta que, de hecho, todo el conocimiento es relativamente moderno, pues no tiene más de dos mil años y ha progresado notablemente en los últimos cien.⁷²² Para Hakewill la historia civil, que había florecido en Grecia y Roma y luego había decaído, ha alcanzado nuevas glorias y lo mismo puede decirse de la historia eclesiástica; en ambos casos los crecientes conocimientos en geografía y cronología contribuyen a esa superioridad moderna.⁷²³ En un punto peculiarmente sensible, porque incluso en etapas posteriores de la disputa entre antiguos y modernos, los modernos ingleses tuvieron la precaución de no afirmar la superioridad artística moderna, Hakewill afirmaba que los poetas modernos, entre ellos P. Sidney y T. Tasso, eran tan buenos como los mejores antiguos (Homero, Virgilio); y que los pintores eran mejores que los de la Antigüedad.⁷²⁴ El punto de la ciencia y la técnica era menos problemático, pues incluso los antiguos posteriores reconocerían los logros modernos. Hakewill no dudaba en afirmar que las invenciones y ciencias modernas eran mejores que las antiguas. Reconocía la importancia de las obras del pasado, pero los modernos habían agregado “invenciones muy útiles, en las que esta última edad desafía con propiedad a las demás, como el telescopio, los relojes, la imprenta, las armas y la brújula de los marineros; la antigüedad no puede enorgullecerse de nada comparable a estas tres cosas”.⁷²⁵ De ese modo, las invenciones no sólo eran producto de la modernidad, sino también prueba de la superioridad moderna.⁷²⁶ Cuando llega el turno de considerar la

genio” (GH, AP, 49). En la *History*, Raleigh sostiene que todas las cosas bajo el Sol tienen un tiempo de fuerza y uno de debilidad y que “el tiempo mismo, bajo cuyas alas todo decae, se ha desgastado” y que los antiguos vivían más y sus logros y sabiduría eran mayores (II, 150), al tiempo que reafirma su creencia en la edad dorada (II, 347). Esto es contradictorio con otros pasajes de la obra de Raleigh en los que afirma la preeminencia de la fortuna, la importancia de las causas segundas y el hecho de que el destino de los hombres está en sus manos.

⁷²¹ GH, AP, 36, 129. Las imágenes de fecundidad son frecuentes en la *Apologie*: “Arboles y flores absorben nutrientes de la tierra como los niños de los pechos de sus madres”; “no hay decadencia alguna que haga que las plantas sufran hambre en el seno de la naturaleza”. GH, AP, 32, 44.

⁷²² GH, AP, 253, 268.

⁷²³ GH, AP, 72.

⁷²⁴ En lo referente a la pintura, mencionaba a Miguel Ángel, Rafael, Vasari y Durero como los campeones de la modernidad. “Si pudiera comparar a Virgilio mismo con Ariosto en italiano, Bargas en francés o Spenser en inglés, pienso que no debería encontrar contradicciones entre ellos”. GH, AP, 283-287, 290, 298.

⁷²⁵ GH, AP, 312. Al respecto, Francis Bacon afirmaba que “el hombre por la Caída perdió a la vez su estado de inocencia y su dominio sobre la Creación. Ambas pérdidas pueden repararse, la primera por la religión y la fe, la segunda por las artes y ciencias” (*Novum Organum*, I, aforismo LII). Se trata del programa baconiano de mejora de la condición del hombre mediante el progreso de la filosofía natural, que encuentra también expresión en la portada de la *Instauratio Magna*, analizada más abajo.

⁷²⁶ GH, AP, 294, 306-312, 530. La brújula, la imprenta y la pólvora eran argumentos comunes a favor de la preeminencia de los modernos. La imprenta siempre lideraba el trío y para Hakewill inauguró una “nueva edad del saber” (GH, AP, 275), pues gracias a ella “los libros han devenido más claros, baratos, verdaderos y menos perecederos” (GH, AP, 317). La brújula “permite a los marineros encontrar su camino en el océano en medio de grandes tormentas y oscuras noches” (GH, AP, 263); el mundo de los antiguos estaba restringido, la circunnavegación de Drake terminó con esto (GH, AP, 250-4). La pólvora, sin embargo, presentaba algunos inconvenientes para los “progresistas”. La cuestión

filosofía natural, Hakewill critica directamente a Aristóteles, el ícono de los antiguos, y lo compara desfavorablemente con Bacon. Así, sostiene que si bien la historia natural fue enriquecida por Aristóteles, sus aportes son metodológicamente inferiores a los avances recientes, pues “por la parte especulativa, Aristóteles y sus seguidores parecen referirse más a la profesión y disputa, una cuestión de astucia y crédito más que de uso y práctica: es por ello un emprendimiento noble y valioso de mi señor de St. Albans, haber combinado y temperado la práctica y la especulación, de modo que puedan marchar de la mano y mutuamente abrazarse y asistirse”.⁷²⁷

En última instancia, Hakewill pensaba que los modernos eran superiores moralmente a los antiguos simplemente porque contaban con el cristianismo, que incluso, gracias a la Reforma, se había ido purificando.⁷²⁸ Gracias al cristianismo los modernos eran superiores a los antiguos en virtud, piedad, caridad y amor. Esto le permitía afirmar que a pesar de los excesos modernos, los hombres de su tiempo eran moderados respecto de la lujuria romana.⁷²⁹ En conclusión, Hakewill comparaba detalladamente a antiguos y modernos sin desventaja para estos últimos, uno de los argumentos cruciales para afirmar la existencia de “una suerte de progreso circular en todas las cosas; nacen, crecen, florecen, fracasan, se esfuman y al tiempo resurgen; es una rueda incompatible con la decadencia”.⁷³⁰ De hecho, negaba la metáfora de los enanos en los hombros de gigantes y afirmaba que los hombres de todas las épocas tenían la misma estatura, pero los modernos comenzaron donde los antiguos habían terminado. Hakewill es terminante en este punto en la dedicatoria de la *Apologie*, que merece ser citada extensamente: “Pero si pensamos que ellos son gigantes y nosotros enanos, si imaginamos que las ciencias ya han recibido su perfección última, no necesitaríamos más que traducir y comentar lo que ellos han hecho; si admiramos y dotamos a la Antigüedad del privilegio de emularlos y envidiarlos, es posible que quede atrapado bajo un pesado pie todo lo que la edad presente intenta; y si gastamos nuestro tiempo y nuestros pensamientos en proclamar el honor, en reunir riquezas, en perseguir el placer, en enfrentar nuestras astucias unas contra otras, hay poca esperanza de que podamos acercarnos a ellos, mucho menos alcanzarlos”. Asimismo, retoma el argumento baconiano de acuerdo con el cual los hombres de su época eran los verdaderos antiguos por el tiempo que había pasado desde el origen del mundo.⁷³¹ A este respecto, la importancia de la historia comparativa para el argumento de Hakewill difícilmente pueda exagerarse; ya en la dedicatoria de la *Apologie* él mismo

fundamental era que, a diferencia de la brújula y la imprenta, no entraba perfectamente en la concepción del progreso como agente de bienestar humano y era necesario justificarla por su poder destructivo. R.S. Wolper, “The Rethoric of Gunpowder and the Idea of Progress”, *Journal of History of Ideas*, 31, 4, 1970, 589-598., Hakewill reconocía que tenía un potencial bueno y uno malo, pero sostenía que así ocurría con todas las cosas y que su enorme poder era capaz de generar temor y, así, prevenir guerras (GH, AP, 320).

⁷²⁷ GH, AP, 308. Del mismo modo, Hakewill afirmaba que la escolástica mantenía al hombre “en la antesala del saber”. GH, AP, 244.

⁷²⁸ GH, AP, 268, 331.

⁷²⁹ GH, AP, 407, 461, 463.

⁷³⁰ GH, AP, 259.

⁷³¹ GH, AP, b3v.

murmuraciones; es necesario enfatizar que cuando los hombres fallan la causa está en ellos y no en su época".⁷³⁸ Para Hakewill, la convicción de la decadencia lleva a la ausencia de arrepentimiento, a no creer en Dios y a no prever para el presente ni para el futuro, puesto que si la naturaleza viene decayendo por grados hace tanto, de nada vale el esfuerzo.⁷³⁹ En este sentido, Hakewill alivia la melancolía implícita en la posición de Goodman, pero no es un optimista apóstol del progreso, pues afirma que el mundo no es ni mejor ni peor hoy que en el pasado ("hay que venerar a la Antigüedad, pero hay que rechazar lo que en ella hay oxidado y enfermo") y de todos modos será destruido por la ira de Dios.⁷⁴⁰

Esta última cuestión, plenamente perteneciente al campo de la fe, tiene en la disputa implicancias metodológicas. Para Hakewill, un mundo en decadencia permitiría predecir la fecha de su fin, pero como éste será en realidad un evento sobrenatural no puede decirse cuándo acontecerá, no se trata de un acontecimiento razonable ni natural, sino de la manifestación de la justicia de Dios. La certeza de la destrucción del mundo no implica una señal de su decadencia.⁷⁴¹ Del mismo modo, tras el juicio final el mundo no será reconstruido y la existencia del hombre desde entonces será puramente espiritual, en compañía de Dios, y no en la Tierra. Mientras que Goodman sostiene que la razón es eficaz para confirmar los artículos de fe, Hakewill piensa que cuestiones como el principio o el fin del mundo son principios sin antecedentes y no conclusiones lógicas.⁷⁴² Estas convicciones permiten a Hakewill afirmar que su argumento es más religioso que el de Goodman, quien había proclamado al suyo más razonable. En este sentido, Goodman acusa a Hakewill de apelar a milagros, mientras que el autor de la *Apologie* responde que sin milagros no hay religión.⁷⁴³ Se confirma aquí el proyecto de Hakewill de concentrarse en procedimientos y argumentos de fe o empíricos. Finalmente, Hakewill desafía a Goodman a probar la decadencia de los cielos por la observación, pues si el mundo decayera "Adán habría sido el más alto de los hombres y nosotros tendríamos el tamaño de ratas"; "el vigor y la fuerza de la naturaleza se habría agotado; (...) el Sol no brillaría más que la Luna; los cedros serían arbustos; los caballos, perros; (..) los hombres, pigmeos".⁷⁴⁴

Finalmente, en el libro V Hakewill refuta nuevamente la analogía entre microcosmos y macrocosmos y distingue al hombre, que por su pecado fue maldecido, del mundo, que no conoce pecado y no puede ser corrupto.⁷⁴⁵ Una vez establecido que el hombre no constituye el patrón para el resto de la creación, es imposible encontrar en sus miserias signos de la decadencia de todo el universo. Para

⁷³⁸ GH, AP, V, 132.

⁷³⁹ GH, AP, V, 327.

⁷⁴⁰ GH, AP, V, 133.

⁷⁴¹ GH, AP, V, 331.

⁷⁴² GH, AP, V, 93.

⁷⁴³ GH, AP, V, 162.

⁷⁴⁴ GH, AP, V, 4.

⁷⁴⁵ GH, AP, V, 4.

Goodman, recordémoslo, el hombre introdujo con su pecado la corrupción en la Tierra y por eso se lleva la peor parte de la decadencia de la naturaleza, aunque las otras criaturas también la sufren.⁷⁴⁶ Hakewill responde a estos argumentos con la simple negación de la analogía, al sostener que “una parte imperfecta puede entrar en un todo perfecto”.⁷⁴⁷

La noción de “progreso circular” de Hakewill esbozada más arriba tiene resonancias de ciclicidad que la vuelven sospechosa para el observador del siglo XXI, acostumbrado a concebir el progreso como un avance unidireccional contradictorio con la noción de ciclo. Sin embargo, la *Apologie* no es unívoca y las tensiones casi contradictorias son frecuentes, lo que se materializa en este punto en un ir y venir desde una noción de progresión histórica que más bien se asemeja a la de ciclo a otra que podría describirse gráficamente como una evolución en espiral. Más allá de esto, la importancia de Hakewill para el surgimiento de la moderna idea de progreso y para la rehabilitación de los modernos respecto de los antiguos difícilmente pueda exagerarse. En primer lugar, y más allá del fuerte peso de aspectos morales y teológicos en los argumentos de la *Apologie*, la crítica sistemática a la doctrina de la decadencia hace posible la posición moderna. Del mismo modo, el reconocimiento de la posibilidad de cambio, de mutación, sin decadencia es una condición de posibilidad para la idea de progreso.⁷⁴⁸ Después de la tercera edición de la obra de Hakewill, lentamente la idea de la decadencia iría perdiendo su preeminencia previa y se desintegraría en sus partes componentes. Gracias a Bodin y Bacon, pero también gracias a Hakewill, fue perdiendo atractivo. En el mismo sentido, la refutación de la analogía entre microcosmos y macrocosmos socavó la idea de la decadencia de la naturaleza como consecuencia del pecado del hombre, por lo que la cuestión de la decadencia podía desde entonces limitarse a una disputa por los méritos relativos de antiguos y modernos, al saber y las artes. Si bien este punto era sólo una parte de la polémica entre Goodman y Hakewill, sería la cuestión central en los debates sucesivos. Estas cuestiones serán retomadas luego, en las secciones referentes a las implicancias de la disputa entre Goodman y Hakewill para las ideas de progreso e historia en Inglaterra en el siglo XVII.

V

Muchos de los argumentos fundamentales de Hakewill contra la decadencia encuentran clara expresión en el frontispicio alegórico de la *Apologie*. Esta imagen está acompañada de una breve introducción al “Argumento de la portada y la obra”,

⁷⁴⁶ GG, *FOM*, 337, 314.

⁷⁴⁷ GH, *AP*, V, 40.

⁷⁴⁸ Así, por ejemplo, John Wilkins, *The Discovery of a World in the Moon*, 1638, 119, afirma que no hay signo de decadencia en el cielo ni en la Tierra, aunque ambos son mutables; al tiempo que insiste en que el saber de los modernos es tan bueno como el de los antiguos (*idem*, 40-47, 116-117). H. Power, por su parte, en *Experimental Philosophy*, 1664, negaba la decadencia y citaba a Hakewill como quien sentó las bases de esa tarea (págs. 153 y 162).

que describe con precisión la alegoría y junto con ella actúa como síntesis de las ideas principales del libro. Pero además este texto condiciona la "lectura" de la imagen y, junto con ella, orienta el sentido del texto y contribuye a fijar su horizonte de significación. El "Argumento" es el siguiente:

"Aunque el Creador y Ejecutor de todas las cosas ha dejado todos los Particulares e Individuos bajo el círculo de la LUNA expuestos a los golpes del TIEMPO y la MUERTE, mediante Su Poderosa Mano detiene la Guadaña del Tiempo y evita que destruya al Universo, a pesar de lo cual la misma Mano destruirá todo por el FUEGO. Entretanto, ha ordenado que los Elementos, de los cuales todos los cuerpos sublunares están compuestos, causándose el uno al otro, mientras aparentan morir devengan inmortales. Pues tal como la TIERRA se disuelve en el AGUA, el AGUA se rarifica en AIRE y el AIRE en FUEGO, en el camino de su ascenso; asimismo en su descenso hacia abajo, por mutua compensación, el FUEGO deviene AIRE, el AIRE se espesa en AGUA y el AGUA nuevamente en TIERRA. Y como la NAVE que no levó sus Anclas es lanzada a un lado y al otro por los Vientos y las Olas, y aun así no puede moverse más allá del largo de su Cable, sino que gira a su alrededor, moviéndose sin removerse. O como una RUEDA, a cada giro, deja sus Rayos en los mismos lugares, observándose una constancia aun en el giro. Así, aunque pueden haber muchos cambios y variaciones en el Mundo, todas las cosas reaparecen en un momento u otro en los mismos puntos. Y nada hay nuevo bajo el SOL."⁷⁴⁹

En efecto, la imagen de la portada está dividida en tres compartimientos. En el superior, la escena de una ciudad destruida es flanqueada por el tiempo y la muerte, a cuya merced se encuentra el mundo sublunar, que evidentemente está al mismo tiempo al alcance de la mano de la providencia. Sin embargo, en la parte izquierda del compartimiento central, la mano de la providencia evita que el tiempo destruya al globo, que de todos modos es incinerado por las llamas desatadas por la divinidad a la derecha, en el momento del juicio final. Debajo de esta imagen, dentro de una pequeña esfera, se observa una representación del cambio de los elementos por compensación y de la mutua fuerza causal que ejercen entre sí. Entre la escena del tiempo detenido por la providencia y aquella apocalíptica, rodeado por dos columnas que simbolizan un portal de acceso monumental a la obra, puede leerse el título del libro y el nombre de su autor. Finalmente, completando la alegoría, la figura del navío

⁷⁴⁹ GH, AP, F.

anclado y la rueda en movimiento se encuentran a cada lado de un escudo de armas en el compartimiento inferior.

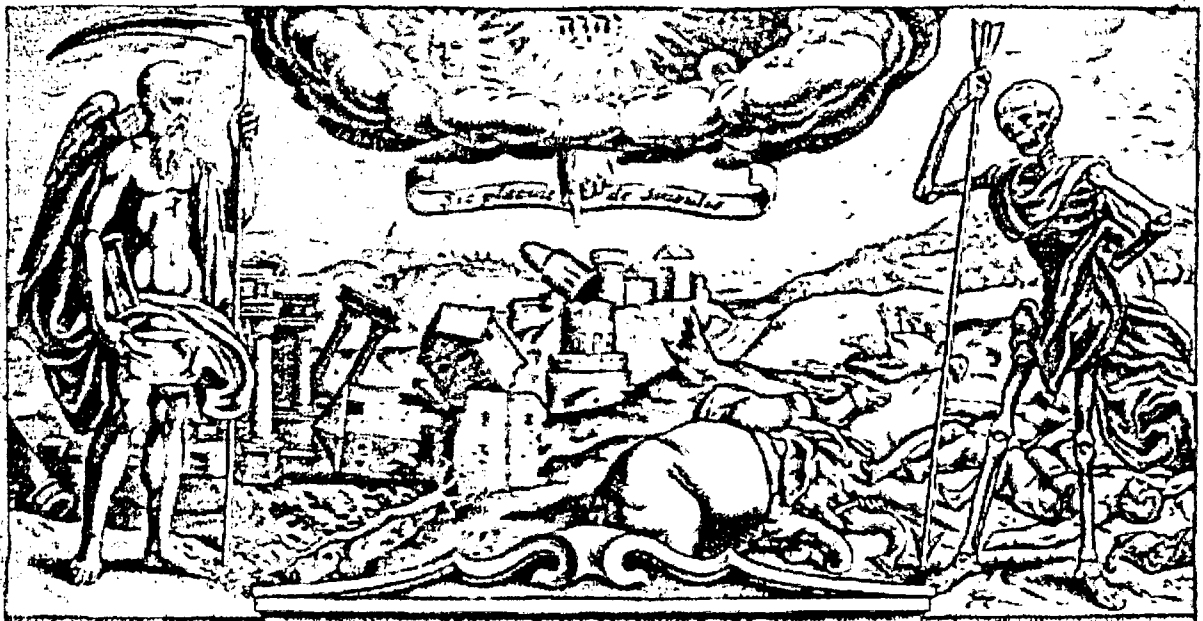
El objetivo principal de Hakewill en su disputa con el obispo Goodman consistía en negar la decadencia de la humanidad con posterioridad al pecado original. La afirmación, en texto e imagen ya desde el comienzo de la *Apologie*, de la existencia del cambio y la variación y la reaparición posterior de las condiciones originales constituye una demostración de la entidad del cambio en el "mundo sublunar" y de esa suerte de progreso cíclico mencionado más arriba. En este sentido, la portada constituye en sí misma una afirmación de esa nueva noción de mutabilidad que Hakewill proponía, que rompía la identificación del cambio con la corrupción y contribuía a prevenir los efectos melancólicos y deprimentes de la comprobación del cambio. Asimismo, aunque la imagen del movimiento del navío anclado pueda resultar hoy ajena, en el momento en que Inglaterra comenzaba a construir un imperio mundial mediante la navegación su significado debía ser evidente, y si bien el barco de la portada de la obra de Hakewill no navega hacia los descubrimientos, como ocurre en la portada de la *Instauratio Magna* de Francis Bacon, la referencia a aquella alegoría no está necesariamente ocluida.⁷⁵⁰ La representación de la rueda, por su parte, con la combinación de cambio y permanencia, mantiene aún su vigencia.

De la misma manera, es explícita en la portada –y en el "Argumento" que complementa su lectura y actúa como su guía– la idea de que el mundo está a merced del tiempo y la muerte y el papel de la providencia en aquél se limita a evitar su destrucción inmediata y a garantizar su destrucción por las llamas en el final de los tiempos. Hasta entonces, son las vicisitudes temporales, mundanas, que surgen de la acción combinada de los elementos, el tiempo y la muerte, las que explican la destrucción de la vida y las construcciones y su resurgimiento. De esta manera, la portada de la obra reafirma esa combinación tan peculiar entre profunda convicción religiosa y preocupación por las causas segundas, plenamente seculares en su funcionamiento, que ya se ha mencionado como existente en el texto de Hakewill y que había comenzado a afianzarse años antes en la filosofía de Francis Bacon.

Hasta cierto punto, puede resultar decepcionante para las expectativas de un lector actual que tanto el reputado "padre de la filosofía experimental"⁷⁵¹ y el abanderado de una primera y vacilante noción de progreso frente a la doctrina de la decadencia expongan nociones en apariencia tan tímidas. Pero se imponen algunas precauciones frente a esta primera sensación de inquietud. En primer término, es conveniente destacar que tanto la idea de un cambio no decadente aunque no necesariamente progresivo, como la de un mundo físico y humano con su propia causalidad supervisada por la providencia, se enfrentaban a nociones fuertemente arraigadas como la doctrina de la decadencia o la providencia omnipresente y

⁷⁵⁰ Más abajo se analizan brevemente la portada de la obra de Bacon y sus posibles vínculos con la obra de Hakewill.

⁷⁵¹ Así definía Voltaire a Bacon en sus *Cartas filosóficas*, Alianza, Madrid, 1988, 87.



De mundi imperio illud

Una eademque manus.

AN
 APOLOGIE
 or Declaration
 OF
 THE POWER AND
 PROVIDENCE
 OF GOD
 In the Govern-
 nment of
 the WORLD

By George Hakewill D^r
 of Divinitie & Arch Deacon
 of Surrey

Permutant variisq[ue] viciis

LONDON
 Printed for Robert Allott, at the
 Beare in Pauls Churchyard, 1630.

Ad se O Domine

Exaltati depreſſa reſurgunt

Non enim inſolentibus

Fluctibus

J. P. G. G.
DE VERULAMIO
Summi Anglicæ
CANCELLARII
FACIENDI
REGAL.



Multa periculis et angustiis hinc est.

LONDINI
A. J. G. G.
Imprimatur
Regium.

1710

determinante de todo cuanto ocurre. Así, es preciso medir la magnitud de la innovación contra el fondo de las opiniones de Goodman y los escolásticos de Oxford y Cambridge más que comparar las opiniones de Hakewill y Bacon con las de los ilustrados franceses o los militantes de la modernidad en el siglo XIX. Asimismo, como se verá en la sección que analiza las implicancias de la disputa entre Goodman y Hakewill para el desarrollo de las ideas de progreso e historia, las nociones principales de la obra de Hakewill fueron modificadas en el proceso de su recepción y, a medida que eran aprehendidas por la generación siguiente, fueron llevadas más allá de su horizonte original, tal vez incluso hasta el punto de transgredir los límites originalmente previstos por el autor de la *Apologie*.⁷⁵²

En la obra de Hakewill existe una referencia explícita a la idea de que los tiempos modernos habían ya demostrado que estaban en condiciones de superar los límites del mundo antiguo, tanto como consecuencia de los descubrimientos ultramarinos como gracias al progreso del saber. No por casualidad, Hakewill elige ilustrar esta idea con el estandarte que Francis Bacon había levantado en la portada de su obra filosófica fundamental, la *Instauratio Magna*, en la que opone al *Ne plus ultra*, el *dictum* que fijaba los límites del mundo antiguo, un nuevo lema para la modernidad, *Plus ultra*, que proclamaba la necesidad de ir más allá.⁷⁵³ Este homenaje de Hakewill a Bacon en la *Apologie* junto con la referencia a la nave que aún no ha levado anclas en la portada de la obra vuelven relevante un breve estudio del frontispicio de la *Instauratio Magna*.

La portada de la edición de 1620 de la *Instauratio Magna* (que contenía el *Novum Organum* y *The Advancement of Learning*) es especialmente relevante respecto de la disputa entre antiguos y modernos, al punto que terminó por convertirse en una suerte de emblema de la nueva filosofía natural.⁷⁵⁴ En ella, dos columnas se elevan desde puntos terrestres opuestos; entre éstos, un canal de aguas lleva al océano, al tiempo que una nave atraviesa el espacio entre las columnas y otra se acerca al horizonte. La imagen es una adaptación del emblema de Carlos V, diseñado por Luigi Marliano en 1517 para simbolizar la extensión de su poder desde Europa hasta los territorios desconocidos del Nuevo Mundo.⁷⁵⁵ Las columnas simbolizan los pilares de

⁷⁵² F. Quarles, en *Hieroglyphikes of the Life of Man*, 1638, VI, incluyó un emblema grabado por William Marcellus en el que la muerte (representada por un esqueleto) y el tiempo (figura barbada con alas y rulo largo en la frente) se encuentran ante una vela encendida que representa la vida del hombre. Detrás, el sol y un reloj solar. La muerte tiene una flecha y un aparejo para apagar la vela. El tiempo sostiene un reloj de arena y con la mano derecha detiene a la muerte, que está a punto de apagar la vela. El diseño buscaba transmitir la idea de que todos los hombres morirán, pero la muerte no actúa hasta que el tiempo lo permite, por lo que los hombres deben aprovechar sus días. Por otra parte, en la escena son las 4 de la tarde, de modo que el hombre está lejos del final de su día.

⁷⁵³ GH, AP, 268.

⁷⁵⁴ La portada fue usada nuevamente para la edición de 1645 de *Novum Organum* en Lyon, y fue citada en la de *Sylva Sylvarum* de 1627 y en la de *Advancement of Learning* de 1640. Incluso el frontispicio de la primera edición del *Diálogo sobre los dos máximos sistemas* de Galileo Galilei contiene una referencia a la de la obra de Bacon. Nonnoi, Giancarlo, *Saggi Galileiani; Atomi, immagini, e ideologia*, Cagliari, AM&D, 2000.

⁷⁵⁵ Corbett, Margery and Lightbown, Ronald, *The comely frontespice. The Emblematic Title-Page in England 1550-1660*, London, Routledge & Kegan Paul, 1979, 186.

Hércules, que marcaban el límite occidental del mundo antiguo, el *ne plus ultra*.⁷⁵⁶ Para Bacon, los pilares representaban aquellos pocos autores conocidos, más allá de los cuales no debería haber navegación ni descubrimiento. Los barcos de la portada de la *Instauratio* conforman una alegoría del conocimiento humano, navegando para descubrir nuevos territorios para el imperio del saber.⁷⁵⁷ *Plus ultra* debía ser el lema de los intelectos del siglo XVII: debajo de las naves que se dirigen hacia lo desconocido puede leerse una cita del libro de Daniel: “*Multi pertransibunt, et augebitur scientia*”,⁷⁵⁸ muchos pasarán y crecerá el conocimiento. Para Bacon, esto significa que “el descubrimiento del mundo (que por tantos viajes distantes parece logrado o en camino de serlo) y el avance de las ciencias están designados por el destino, esto es, por la Divina Providencia, a encontrarse en la misma edad”.⁷⁵⁹ El frontispicio funciona como una suerte de prólogo al escrito que precede, proveyendo asimismo una suerte de clave de lectura para la obra en su totalidad. La imagen enfatiza algunos aspectos cruciales de *Novum Organum* y de *The Advancement*, fundamentalmente aquellos vinculados con la relación entre antigüedad y modernidad, con el paralelismo entre el desarrollo de las actividades prácticas y aquellas referidas al conocimiento y con la justificación doblemente religiosa y utilitaria de éste último. Pero además el paso entre las columnas de Hércules constituye a un tiempo el ingreso al mundo de los descubrimientos y al del conocimiento y el acceso a la obra de Bacon, que aparecería entonces simbólicamente postulada por su autor como la inauguración de la nueva filosofía que restauraría aquella de los antiguos, corrompida tras siglos de influencia escolástica.⁷⁶⁰

En cuanto a la función de ambas portadas, los ejemplos de Bacon y Hakewill responden al modelo habitual. Así, en ambos casos los frontispicios constituyen una suerte de portal de acceso monumental a las obras que prologan y el diseño arquitectónico manifiesto en la inclusión de arcos y columnas es un lugar común en la mayor parte de estas portadas. Pero además la *Apologie* y la *Instauratio* comparten con la casi totalidad de las obras similares un juego particular entre texto e imagen, en el que las portadas ilustradas funcionan como prólogo y síntesis del espíritu de la obra y, al mismo tiempo, condicionan su lectura. Los frontispicios ilustrados contienen referencias visuales al contenido de los libros, que se enraízan y expresan un hábito

⁷⁵⁶ Los pilares de Hércules en Gibraltar indican las costas opuestas de Europa y África y son dotados de cierto realismo en la portada de la *Instauratio* con la inclusión de conchas y guijarros que enfatizan la cercanía del océano. Los pilares se ubicaban en Calpe (Gibraltar) y Abyla (Ceuta), en la entrada atlántica del Mediterráneo, cerca de la isla mítica de Erytheia. Hércules era símbolo de fuerza, según la mitología separó Europa de África, creando el Estrecho de Gibraltar.

⁷⁵⁷ La nave más cercana es acompañada por una ballena, un delfín (símbolo del amor social, de modo que la ciencia aparece como una tarea cooperativa, no individual, tal como lo hace en la casa de Salomón en la *Nueva Atlántida*, la utopía de Bacon) y un monstruo marino. A.D. Burnett, *The Engraved Title Page of Francis Bacon's Instauratio Magna*, Durham 1998.

⁷⁵⁸ Dan. 12.4. La cita del libro de Daniel es un compendio de dos versiones, la de la vulgata (*plurimi pertransibunt et multiplex erit scientia*) y la protestante (*percurrent multi et augetibur cognitio*). A.D. Burnett, *The Engraved Title Page of Francis Bacon's Instauratio Magna*, Durham 1998.

⁷⁵⁹ F. Bacon, *Novum Organum*, I, aforismo XCIII.

⁷⁶⁰ De hecho, la traducción más precisa de *Instauratio Magna* es precisamente “la gran restauración”.

alegorizante con expresión acabada en los libros de emblemas.⁷⁶¹ No son sólo un medio de propaganda, sino un compendio que permite elucidar temas y contenidos con efectividad mediante un lenguaje visual, complementado por uno verbal. Si bien se confiaba en el poder de la imagen para fijar algunos límites y orientar de una manera particular las lecturas, esa confianza no era plena, puesto que la comprensión misma de la imagen era sometida a la guía de un texto complementario, que en el caso de Hakewill era largo y descriptivo y en el caso de Bacon era una cita bíblica contundente y profética. Así, si bien la capacidad del hombre culto de la época para interpretar iconografías complejas como éstas era evidentemente superior a la actual, esa interpretación no era segura y merecía, para los productores de esas imágenes, ser condicionada mediante un texto.

Finalmente, las portadas de las dos obras llaman a algún comentario sobre los grabadores que las realizaron. Ambos frontispicios estaban firmados como era habitual, con el nombre del grabador acompañado de la palabra "*sculpsit*" y no del término "*fecit*", lo que parece indicar que la concepción de las alegorías estaba a cargo de los autores de las obras y no de los realizadores de las imágenes. Puede insistirse en que los grabadores activos en la Inglaterra de la época aparecen casi como profesionales poseedores de un saber artesanal que vendían en el mercado editorial, de modo que no necesariamente compartían las convicciones (ni el destino) de los autores de las obras en las que sus imágenes eran incluidas. Así, por ejemplo, Simon Van de Passe, el autor del frontispicio de la *Instauratio* de Bacon, estuvo encargado de grabar una serie de retratos de la familia real en los años posteriores a la caída en desgracia de Bacon en la corte tras un juicio por sobornos. De Thomas Cecill, el grabador de la portada de la *Apologie*, poco se sabe. Fue uno de los primeros grabadores ingleses en un mercado dominado por artistas provenientes de los Países Bajos,⁷⁶² y su actividad al servicio de editores ingleses se concentra entre 1625 y 1640, período en el cual también produjo retratos de personajes de la corte de la reina Isabel, entre ellos la reina misma, sir John Hayward, Lord Burghley y los obispos de Winchester y Norwich.⁷⁶³

VI

⁷⁶¹ Bacon afirmaba que las imágenes y otros dispositivos ayudan a la memoria, pues muestran relaciones de modo concreto. *Novum Organum*, II, aforismo XXVI.

⁷⁶² La historia temprana del arte del grabado se concentra en Italia, Alemania, Holanda y Francia. Cuando maestros del grabado de la talla de Dürero, Lucas Van Leyden o Raimondi ya habían muerto, no existía aún en Inglaterra una producción relevante de manos de grabadores nativos. De hecho, los intentos iniciales de grabados ingleses se produjeron sólo en la década de 1550, y durante el siglo siguiente muchos grabadores noreuropeos se trasladaron a Inglaterra, atraídos por una demanda creciente que no era satisfecha localmente. Simon Van de Passe es sólo uno de estos grabadores exiliados. Como resultado de estas migraciones y del surgimiento de talleres locales, hacia 1660 Inglaterra se había convertido en un área pujante en la producción de grabados, cuyos exponentes más renombrados fueron William Faithorne (1616-1691) y Wenzel Hollar (1607-1677). Grabadores ingleses anteriores, como el propio Cecill, sentaron las bases para este crecimiento del arte inglés del grabado.

⁷⁶³ G.C. Williamson, *Bryan's Dictionary of Painters and Engravers*, London, Bell & Sons, 1930, Vol. 1, 276.

Una característica fundamental de la idea misma de modernidad es que sólo puede apprehenderse en el marco de un modo particular de conciencia de la temporalidad, del “tiempo histórico como lineal e irreversible, fluyendo irresistiblemente hacia adelante”; esto es, requiere la existencia de una noción de progreso. Esta idea supone en la modernidad dos premisas fundamentales, a saber, que el futuro es consecuencia del presente y que las acciones del presente resultan del modo actual de comprender la realidad; y que tal comprensión de la realidad es una empresa colectiva.⁷⁶⁴ E. Palti, siguiendo a H. Blumenberg, ha afirmado que “sólo en el siglo XVIII la revuelta general contra el instante como concepto temporal fundamental abrió las puertas a una nueva idea de tiempo basada en la noción de duración, es decir, que el presente resulta del pasado y contiene germinalmente al futuro”.⁷⁶⁵ Ciertamente, no existe en la obra de Hakewill ni en la de Bacon una concepción de la temporalidad semejante, al menos no una expresada con claridad y sin contradicciones. Sin embargo, ciertos pasajes de la *Apologie*, fundamentalmente aquellos que comparan a antiguos y modernos, y algunas concepciones de Bacon, tanto en su *Novum Organum* como en su utópica *Nueva Atlántida*, dejan entrever una concepción de la historia primero como no decadente y luego, en algunos aspectos, como progresiva. El presente apartado estará consagrado a explorar algunos vínculos entre historia y progreso en las obras de Hakewill y Bacon y a delinear algunas de las formas en que estas ideas fueron recibidas y resignificadas en Inglaterra en los años posteriores.

En el proceso de rechazar la idea de la decadencia, Hakewill reveló la inhabilidad del decadentismo para elucidar la historia de la civilización, que se había convertido en parte de su objeto de estudio. Hakewill era un hombre de su tiempo que aceptaba las convenciones del discurso del siglo XVII, pero también era un pensador original y, en contraste con Goodman, que apelaba a la razón y la teología, se remitía tanto a la fe como a la historia y la evidencia empírica.⁷⁶⁶ La fortaleza de su argumento era histórica, la evidencia era una prueba fundamental para la verdad. Así, si en el texto de Goodman el peso cuantitativo de las cuestiones históricas era mínimo, en el de Hakewill abarcaba prácticamente las dos terceras partes de su obra. Hakewill complementaba la evidencia bíblica con un argumento que demandaba contrastar los logros de antiguos y modernos, un estudio histórico comparativo que presentaba una evidencia apabullante y hacía centro en el saber y las invenciones, al tiempo que sostenía admirar al hombre que “como parte de la humanidad en general observa lo universal, comparando a cada persona con otra persona, a cada familia con

⁷⁶⁴ Elías J. Palti, *Aporías*, Buenos Aires, Alianza, 2001, 23.

⁷⁶⁵ Elías J. Palti, op. cit., 37.

⁷⁶⁶ Citando a Bodin, Hakewill observaba que “todas las edades tienen un genio propio, que inclina las mentes de los hombres a ciertos estudios” y creía que su propia edad se inclinaba más y más a los estudios históricos. GH, AP, 38. Según C. Hill, “Hakewill apelaba a la experiencia contra la ‘autoridad lógica’ de Goodman, a la experiencia contra la autoridad”. C. Hill, *Change and Continuity in XVII Century England*, Londres, Yale University Press, 1991, 110.

otra familia, a cada corporación con otra corporación, a cada nación con otra nación, a cada edad con otra edad, suspendiendo su juicio y examinando cuidadosamente la evidencia, de modo que encuentra que todas las cosas trabajan juntas para el mejor beneficio de aquellos que aman a Dios y que aunque algunos miembros sufran, el todo no será perjudicado.”⁷⁶⁷ Esa investigación histórica se mantuvo dentro de los límites de lo documentable: la evidencia histórica apoyaba a los modernos frente a los antiguos y estaba entre los puntos que dieron al argumento de Hakewill la ventaja. Una ilustración del proceder de Hakewill como historiador puede hallarse en su tratamiento de una de las leyendas más arraigadas en el imaginario histórico inglés de su época, a pesar de haber recibido la crítica de muchos historiadores y anticuarios. Entre las opiniones “sospechadas o rechazadas con justicia, pero comúnmente recibidas” acerca de la decadencia de la naturaleza, Hakewill destaca la siguiente: “Que Bruto, troyano de nacimiento y bisnieto de Eneas, llegó a esta isla, la nombró Bretaña en honor a sí mismo, reinó y dividió el gobierno entre sus tres hijos: Inglaterra para Loegrius, Escocia para Albanak y Gales para Camber. Sin embargo, nuestro gran anticuario William Camden, a pesar de haber empleado todo su ingenio, dice no haber encontrado evidencia para sostener esa opinión y prueba que es poco convincente. Es razonable pensar que su existencia es más poética que histórica. G. Monmouth, que afirmó su existencia, ha sido definido como inventor de fábulas y ficciones ridículas”.⁷⁶⁸

Pero además, como se ha mostrado más arriba, un aspecto fundamental de la crítica de Hakewill a *The Fall of Man* era su refutación de la analogía entre microcosmos y macrocosmos. Al negar la relevancia de esta analogía, Hakewill contribuyó al pensamiento histórico de dos maneras, pues llamó la atención acerca del problema de establecer la evidencia para la analogía y afirmó que la prueba del progreso o la decadencia debía descansar en la historia comparativa. En este sentido, el método comparativo era válido sólo si involucraba la inducción de un número mínimo de instancias. La simetría entre el pasado y el presente era inexacta y en última instancia ahistórica, y Hakewill sostenía que “no creo que todas las regiones del mundo o todas las edades en la misma región enfrenten sus destinos del mismo modo; no es sólo mi opinión, sino también la de Scaliger, Vives, Budaeus, Bodin y otros grandes pensadores, que los sabios de las edades recientes pueden ser capaces de profundas especulaciones, y producir retoños masculinos y duraderos como los de los tiempos antiguos”.⁷⁶⁹

La defensa de Hakewill de los modernos frente a los antiguos ayudó a inspirar una creencia en el progreso antes de 1640 y también en la posibilidad del

⁷⁶⁷ GH, AP, 2. Como ya se ha mencionado, además, Hakewill proponía mirar a las historias del pasado y comparar el tiempo con el tiempo; “(...) ninguna edad ha superado a las otras más que en algunos aspectos, y nuevamente en otros ha sido superada por las demás.” Citado en V. Harris, *op. cit.*, 80. Véase la nota 112.

⁷⁶⁸ GH, AP, 9. En G. Williamson, “Hakewill and the Arthurian Legend”, *Modern Language Notes*, 50, 7, 1935, 462-463; pág. 462.

⁷⁶⁹ GH, AP, dedicatoria.

mejoramiento de la sociedad por el hombre. Hakewill vio que gracias a la brújula de los marineros y el comercio transoceánico “todo el mundo se ha vuelto una nación, y las naciones más distantes, ciudadanos del mismo cuerpo político” y se describía a sí mismo como un “ciudadano del mundo”.⁷⁷⁰ Además, y en relación con lo anterior, Hakewill coincidió con Bacon en que “la aprehensión a la verdad natural contribuye a reparar el pecado original” y en que “el primer paso que ha de dar un hombre para realizar grandes proyectos es convencerse de que con su esfuerzo es capaz de conseguirlo”.⁷⁷¹ Frente al argumento de Goodman según el cual desacreditar a los antiguos podía llevar a la rebelión de los campesinos ingleses, Hakewill replicó que era más probable que se produjera la sedición si a los campesinos “se les convence de que nada puede mejorarse con trabajo”,⁷⁷² lo que tal vez podría verse como un corolario de la defensa del conocimiento por parte de Bacon como medio para proveer “un rico almacén para gloria del Creador y mejora de la condición del hombre”.⁷⁷³

Bacon era tanto un teórico como un escritor de historia; pero además tenía una concepción amplia del pasado humano y del orden temporal. Como hemos visto, la mayoría de sus contemporáneos consideraba que la historia de la humanidad era un proceso de estable decadencia o de cambio cíclico repetitivo. La perspectiva histórica baconiana estaba imbuida en el pasado y el presente; sobre esto basaba su concepción del progreso, lo que lo acerca a la práctica de Hakewill en la *Apologie*. De hecho —en una frase que recuerda a la intención de Hakewill de rehabilitar a todas las épocas como equidistantes de la eternidad, existentes en su propio tiempo, en su propia razón de ser, en su peculiaridad—, Bacon afirmaba que la historia “permite el acceso al espíritu de cada época”.⁷⁷⁴ Sus esperanzas en el progreso del saber se basaban en que “la verdad es hija del tiempo”, por lo que era absurdo estar atado a los antiguos.⁷⁷⁵ El punto más alto de la reflexión histórica de Bacon era una filosofía del tiempo y el cambio que componía una teoría del progreso (del saber, que permite la conquista de la naturaleza). Bacon ofreció una explicación histórica y sociológica de las causas del retardo en el progreso de la filosofía y las ciencias: la influencia de la cristiandad (que

⁷⁷⁰ GH, AP, 323 y prefacio.

⁷⁷¹ C. Hill, *Los Orígenes Intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, 110.

⁷⁷² GH, AP, 17 y 132.

⁷⁷³ *The Advancement of Learning*, en *Works*, VI, 129-135. La opinión defendida en ocasiones de que Hakewill le debe poco a Bacon no resiste a un examen serio. Las citas directas son relativamente pocas (GH, AP, 42, 221, 261, 302), pero el espíritu baconiano, particularmente el de *The Advancement of Learning*, está presente en toda su obra. De hecho, Goodman lanzó la siguiente reprimenda a Hakewill, que fácilmente podría haber aplicado también al barón de Verulam: “Según usted la mejor parte del conocimiento de un hombre reside en su propia experiencia”. GH, AP, V, 129. Según A. Perez Ramos, *Francis Bacon's Idea of Science*, Oxford, 1988, la idea de ciencia de Bacon proviene de “la tradición del saber productor”, según la cual conocer una cosa es saber hacerla, que sería luego fundamental en Vico; de eso se trata su noción de saber como capacidad de producir obras. Probablemente no se trate de una influencia de Hakewill o Bacon, pero es llamativo que, años después, el comunista Gerrard Winstanley sostuviera que “los hombres han de hablar por su propia experiencia, no contar pensamientos”. *Truth Lifting Up Its Head Above Scandals*, 1649, en G. Sabine, *The Works of Gerrard Winstanley*, Cornell University Press, 1941, 125. Se trata de una doctrina paralela a la reivindicación puritana de la experiencia religiosa de primera mano contra las tradiciones de los hombres.

⁷⁷⁴ Citado en Perez Zagorin, *Francis Bacon*, Princeton, 1999, 214.

⁷⁷⁵ *Novum Organum*, I, aforismo LXXXIV.

llevó al estudio de la teología y no al de la ciencia); la ignorancia de que el objetivo del saber es dotar al hombre de descubrimientos y poder; la falta de método para alcanzar este fin; el desdén al experimento; la reverencia de la antigüedad; la superstición y el celo religioso; el carácter sumiso de las universidades; la desesperanza frente a la imposibilidad de la tarea.⁷⁷⁶ Pero la nueva ciencia sería capaz de progreso por la combinación de razón y experiencia ("*experientia literata*").⁷⁷⁷

Como sea, la noción de progreso se ha desarrollado tanto histórica y filosóficamente como en el pensamiento utópico.⁷⁷⁸ El utopismo expresa el concepto moderno de que los hombres son capaces de avanzar en una dirección positiva y deseable, de un progreso que puede ser indefinido y que es controlable por el hombre más que dependiente de la Providencia, de modo que implica un vínculo entre el progreso material y el progreso moral. Este último aspecto es evidente en el caso de Bacon y no en el de Hakewill, en quien predomina la "utopía religiosa" de la destrucción y redención sobrenatural del mundo en el juicio final. A pesar de esto, no es irrelevante una referencia breve al pensamiento utópico baconiano. La *Nueva Atlántida* de Bacon es, en cierta forma, la concreción imaginaria de su proyecto científico-filosófico, una isla en la que se vive en plenitud gracias al dominio de la naturaleza a partir de su conocimiento.⁷⁷⁹ Sobre esto ya se ha dicho bastante en el capítulo precedente.

Durante la Restauración, la alta cultura inglesa retomó ciertos aspectos de la polémica entre Goodman y Hakewill. Muchos de los argumentos religiosos e históricos fueron purgados en esta nueva disputa que, a semejanza de la francesa contemporánea ya mencionada, se concentró en la cuestión de la comparación de los méritos de antiguos y modernos. Sin embargo, aun esta discusión restringida implicaba divergencias respecto del progreso y sus posibilidades y reflejaba la autoconciencia de la época respecto de su situación en la historia universal y de su estatura en relación con la antigüedad. Cuando los ingleses posrevolucionarios intentaron medir los logros de la cultura o sus posibilidades futuras tendieron a comparar presente y pasado, a describir artes y ciencias, y a intentar un balance. En ese sentido tanto Hakewill como Bacon proveían un modelo para los modernos en la controversia postrera.

⁷⁷⁶ *Novum Organum*, I, aforismos LXXVIII-XCII.

⁷⁷⁷ *Novum Organum*, I, aforismos, XCIV-XCIX.

⁷⁷⁸ "A map of the world that does not include Utopia is not worth glancing, for it leaves out the country at which humanity is always landing. Progress is the realization of utopias." O. Wilde, *The Soul of Man under Socialism*, Nueva York, 1910, 16.

⁷⁷⁹ La idea de que las ciencias naturales pueden llevar al progreso social ya había sido sugerida por Moro en el libro II de su *Utopia*, de 1516. En *New Atlantis*, la Casa de Salomón, un instituto de investigación científica orientado "al descubrimiento de la verdadera naturaleza de las cosas, de modo que Dios tenga mayor gloria por su creación y los hombres más frutos por su uso" es "el ojo del reino". Los científicos de la Nueva Atlántida investigan como tales las creaciones de Dios y luego realizan ceremonias para alabarlo, son tareas independientes. A diferencia de Moro, que limitaba la producción de bienes no necesarios, en la Nueva Atlántida baconiana se busca aumentar la producción en general para satisfacer las demandas de un público insaciable. Tal vez esto revele la percepción baconiana del temprano desarrollo capitalista y de la inminencia de una multiplicación sin fin de mercancías.

En 1685 sir William Temple provocó en Inglaterra la llamada batalla de los libros con su ya citado opúsculo, que denigraba la filosofía natural y ponía a las humanidades por sobre ella como único saber válido. Para Temple, la poesía moderna y la crítica no merecían compararse con las antiguas ni siquiera cuando buscaban imitarlas, al tiempo que insistía en que hubiera preferido traducciones de los textos antiguos y no comentarios sobre ellos.⁷⁸⁰ Ese texto se editó junto con su *Essay on Ancient and Modern Learning*. Sin embargo, todos los exponentes del saber moderno no exponían más que decadencia. Encargó a William Wotton una respuesta, publicada en 1694 con el título *Reflections on Ancient and Modern Learning*. Wotton concedía las humanidades a los antiguos, pero insistía en que los modernos los superaban en ciencia natural y filosofía. Además insistía en que el anticuariado y la filología daban la ventaja a los modernos. Wotton no desdeñaba la imitación, pero la distinguía a aquella de la extensión del saber de cada época.⁷⁸¹

Según J.M. Levine, era necesario que fijara una posición respecto de la antigüedad clásica antes de intervenir en la vida moderna, y John Evelyn, John Dryden, Sieur de Saint Evremond y Christopher Wren empezaron como modernos en sus vidas creativas, pero terminaron aceptando cierta dosis de antigüedad, una tensión que da cuenta del carácter barroco de la cultura de la Restauración, que sostiene y reprime a un tiempo la imitación de la antigüedad.⁷⁸² La primacía de los modernos que, aunque dubitativamente, Hakewill y Bacon habían defendido medio siglo antes, fue cuestionada incluso por los modernos de la Restauración. Aunque los modernos triunfaron en la disputa, según Levine mucho de la historia intelectual del período se explica porque continuaba vigente la idea de que los antiguos griegos y romanos eran el modelo para toda actividad intelectual, sobre todo para la política y las artes humanísticas a ella asociadas, la retórica, la oratoria, la historia, la poesía y la filosofía moral. A pesar de que era evidente que mucho de la cultura contemporánea era novedoso y que la técnica y la ciencia avanzaban más allá de todo lo conocido en la antigüedad, la disputa culminó con un empate y una división del campo, en la que los antiguos dominaron las humanidades y los modernos las ciencias, por cuanto se compatibilizó el progreso científico y la reverencia a la antigüedad humanística.

⁷⁸⁰ "Of Poetry", en *Five Miscellany Essays*, Ann Arbor, 1963, 182. Para Temple, Homero y Virgilio eran los máximos incuestionables, aunque admiraba a Sidney porque "despliega la vena de la poesía antigua" y elogiaba con moderación al drama inglés (188).

⁷⁸¹ *Reflections upon Ancient and Modern Learning*, Londres, 1694, 28. Para Wotton, había signos de progreso en la filología y las ciencias naturales, prácticas, pero las humanidades eran imitativas pues como ya se había alcanzado en ellas la perfección y la naturaleza humana no cambia, Aristóteles y Cicerón ya sabían todo de ella. Sin embargo, y si bien era optimista y no pesimista como Temple, consideraba excesiva la modernidad de Perrault (*Idem*, 45).

⁷⁸² J.M. Levine, *Between the Ancients and the Moderns*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999.

Revolución, Restauración y pensamiento histórico-político.

¿Qué otra cosa nos enseña la historia que los relatos de los súbditos y sus rebeliones, la vana perfidia de los lords y el fatal incumplimiento de la palabra de los príncipes? ¿Qué sino aquello que hace a todos los súbditos descontentos contra el gobierno de los príncipes y que todos los príncipes se ofendan grandemente frente a la desobediencia de los súbditos, cosas que ninguno de los dos puede tolerar, pero con amplias razones de ambos bandos? ¿Es la autoridad una enfermedad y una cura que los hombres no pueden desear ni perpetuar?

S. Butler, *Miscellaneous Thoughts*, 1670.

Este último capítulo buscará explicitar las conclusiones que se derivan de esta tesis, pero también intentará mostrar los alcances y límites de la renovación historiográfica que ella estudia. Para ello, se abordarán someramente algunos exponentes fundamentales de la historiografía y la filosofía política del período siguiente al estudiado. El objetivo de este análisis no será proponer una interpretación innovadora de autores que, como Hobbes o Harrington, han gozado de una atención excepcional por parte de los estudiosos del período, sino destacar algunos aspectos de su pensamiento histórico o, más en general, del papel de la historia en su obra, que son reveladores respecto de la historiografía de la primera mitad del siglo XVII.

I

Afirmar que Thomas Hobbes es un pensador excepcional es ridículamente obvio. Sin embargo, a los efectos de esta tesis esta excepcionalidad se ve incrementada, por cuanto la vida del autor de *Leviathan* se inicia sólo poco después del período analizado y se extiende mucho más allá de su final, hasta bien entrada la Restauración. Hobbes nació en 1588 y murió en 1679, de modo que al iniciarse la Revolución ya había pasado los cincuenta. Como resultará claro enseguida, este hecho es revelador del impacto que la Guerra Civil tuvo en las conciencias de sus contemporáneos, pues incluso para un Hobbes ya maduro fue causa de una revisión de muchas de sus ideas y aproximaciones. Tras un veloz paso por Oxford, Hobbes pasó al servicio de la familia Cavendish como tutor del hijo del conde de Devonshire, a quien instruyó en los estudios humanistas y acompañó en su *tour* europeo, durante el cual conoció a personajes como Descartes, Galileo y Sarpi.⁷⁸³ Si bien se mantuvo en contacto con la familia Cavendish —fue tutor y secretario de casi tres de sus generaciones—, Hobbes fue también colaborador de Bacon, con quien colaboró en la

⁷⁸³ De hecho, Hobbes fue quien hizo posible una breve comunicación entre Sarpi, Micanzio y Bacon, pues transportó algunas cartas que ellos se cruzaron por entonces.

traducción de sus *Essays* al latín tras la caída de sir Francis de su puesto como Lord Canciller. Tras el estallido de la Guerra Civil, Hobbes se exilió en París, pues muchas de sus opiniones lo hacían temer represalias parlamentarias. Allí, fue durante un breve lapso tutor del futuro Carlos II, pero su fuerte anticlericalismo le generó algunos conflictos con la familia real. Participó también de diversos círculos intelectuales parisinos y tras la publicación de *Leviathan* en 1651 decidió retornar a Inglaterra. Muchas de sus ideas cambiaron con el tiempo, pero es posible que aquellas que se mantuvieron idénticas hayan garantizado su seguridad tanto en la Inglaterra revolucionaria como en la de la Restauración.

La primera publicación de Hobbes fue su traducción de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, que apareció en 1629 acompañada de una biografía del autor. En ese texto, Hobbes consideraba que “la función apropiada y principal de la historia es instruir y permitir a los hombres, mediante el conocimiento de las acciones pasadas, conducirse a sí mismos prudentemente en el presente y providencialmente hacia el futuro”, por cuanto “en la historia, las acciones de honor y deshonor aparecen clara y evidentemente, y se comprende qué es qué, pero en la edad presente están tan disfrazadas que sólo los cuidadosos no se confunden en ellas”⁷⁸⁴. Al respecto, Hobbes pensaba que uno de los mayores méritos de Tucídides como historiador residía en que había evitado incluir reflexiones filosóficas o políticas en el relato, de modo que dejaba que los hechos hablaran por sí mismos y, aun así, podía extraerse de ellos un alegato político a favor de la monarquía y contra la democracia, como quedará claro al analizar la portada de la obra traducida por Hobbes. Tucídides era para Hobbes un modelo de vida tanto como el proveedor de un ejemplar método historiográfico, por cuanto prefirió una vida privada y la escritura de la historia en lugar de la vida política “cuando no podía proveer a la comunidad consejo bueno y provechoso”⁷⁸⁵. Pero el objetivo primordial de la historia es la cuidadosa y objetiva reconstrucción de hechos, su valor pedagógico deriva del rigor metodológico que permite eludir la tentación de “imponer una lección política o moral al material”⁷⁸⁶. Su descubrimiento de Tucídides como modelo implica la expulsión de la ideología y los principios éticos ajenos a la historia relatada, las cuestiones de hecho y de verdad son las fundamentales. La historia debe ser “de naturaleza esencialmente narrativa”⁷⁸⁷, el autor no debe imponer observaciones fuera del relato. Las conjeturas no son más que ejercicios estilísticos, retóricos y no fácticos. La verdad es el objetivo central de la historia y su búsqueda el desafío metodológico: “La verdad es el alma y la elocución

⁷⁸⁴ T. Hobbes, “Of the Life and History of Thucydides”, en *The Eight Books of the Peloponesian War*, 1629, 4-6. Hobbes pensaba también que la “historia y el saber civil son el tipo de saber que más merece los esfuerzos y horas de las grandes personas”, *id.*, 3.

⁷⁸⁵ T. Hobbes, “Of the Life and History of Thucydides”, en *The Eight Books of the Peloponesian War*, 1629, 16. Véase también R. Scletter, “T. Hobbes and Thucydides”, *Journal of History of Ideas*, VI, 3, 1945, 350-362.

⁷⁸⁶ T. Hobbes, “Of the Life and History of Thucydides”, en *The Eight Books of the Peloponesian War*, 1629, 8.

⁷⁸⁷ T. Hobbes, “Of the Life and History of Thucydides”, en *The Eight Books of the Peloponesian War*, 1629, 8.

ΝΑΟΣΟΤΑΤΗ ΛΑΚΕΔΑΙΜΩΝ



ΕΛΛΑΣ



ΕΛΛΑΔΟΣ ΕΛΛΑΣ ΑΘΗΝΑΙ



ΑΡΧΙΑΛΜΟΣ



ΠΕΡΙΚΛΗΣ



Eight Books
of the
PELOPONNESIAN WARRE

Written by

THVCYDIDES the sonne of OLORVS

Interpreted
with Faith and Diligence
Immediately out of the Greeke
By Thomas Hobbes
J. L. 1651. 70s.
Secretary to y^e late Earle of Deuonshire

LONDON

Imprinted for Hen: Seile, and are to be sold
at the Tigres Head in Pauls churchyard.
1629.



ΟΙ ΑΡΙΣΤΟΙ



ΟΙ ΠΟΛΛΟΙ



Lucill sculp.

del gobierno de uno respecto del de la multitud. Por eso decidí traducirlo, para que los ingleses se convenzan de la necesidad de eludir a los retóricos que pretendían consultar⁷⁹³. Si bien es cierto que el Hobbes historiador es el que en la década de 1660 escribió *Behemoth*, su traducción de Tucídides ya mostraba en sus notas y glosas una erudición histórica asombrosa y reflejaba el estado del arte de la erudición textual humanística: utilizaba textos originales, prefería los más cercanos a los eventos relatados, disponía de un aparato erudito notable, comparaba distintas versiones y comentarios de la obra, etc. No es extraño, entonces, que el trabajo se reeditara dos veces antes de la mitad del siglo, en 1634 y 1648. Las tres ediciones incluyen un mapa de la Grecia antigua elaborado por el mismo Hobbes a partir de "Estrabón, Pausanias, Heródoto y otros buenos autores"⁷⁹⁴, pero también un frontispicio alegórico obra de T. Cecill. En él, a la izquierda, bajo la figura del rey Arquidemo de Esparta, se ve un gobernante que recibe consejo de siete nobles sabios, uno de los cuales examina un libro abierto. A la derecha, bajo Pericles, se ve al demagogo que arenga a la multitud. El efecto es asociar a Tucídides con uno de los postulados centrales del humanismo inglés, que los sabios y virtuosos nobles representan los mejores y más naturales gobernantes de un Estado bien ordenado, lo que refuerza su crítica al gobierno democrático. Por otra parte, Hobbes encontraba en la historia de Tucídides dos aspectos destacables, "la extensión de la verdad" y "la calidad de la elocución", de modo que combinaba el imperativo retórico con la predominante intención de hallar certezas historiográficas.⁷⁹⁵ Tucídides exhibió "tanta diligencia en la búsqueda de la verdad (anotando todo lo que tenía fresco en la memoria y demostrando una generosa inteligencia) como era posible para el uso de un hombre", pero es un gran historiador tanto por su presentación como por su contenido.⁷⁹⁶ Tucídides, a diferencia de Heródoto, "sólo escribió de cosas que conocía de primera mano y que sabía que serían útiles para la posteridad. No escribió por amor a su país, sino por amor a la verdad"⁷⁹⁷.

Según Q. Skinner, en la década de 1630 Hobbes tendió a dejar de lado los estudios humanísticos a favor de otro tipo de aproximación, racionalista-mecanicista.⁷⁹⁸ Si bien el argumento de Skinner es convincente, como acabamos de ver el peso de la retórica y de las disciplinas humanísticas ya había encontrado cierta moderación, al combinarse con otras ambiciones, en la traducción de la obra de Tucídides. Así, la literatura crítica ha distinguido un primer período "humanista" de

⁷⁹³ T. Hobbes, *Vita*, en *Opera Philosophica*, ed. M. Molesworth, Londres, I, LXXXVIII.

⁷⁹⁴ T. Hobbes, "Of the Life and History of Thucydides", en *The Eight Books of the Peloponnesian War*, 1629, 9.

⁷⁹⁵ T. Hobbes, "Of the Life and History of Thucydides", en *The Eight Books of the Peloponnesian War*, 1629, 16.

⁷⁹⁶ T. Hobbes, "Of the Life and History of Thucydides", en *The Eight Books of the Peloponnesian War*, 1629, 17-18.

⁷⁹⁷ T. Hobbes, "Of the Life and History of Thucydides", en *The Eight Books of the Peloponnesian War*, 1629, 31. El propio Tucídides afirmaba que "mi trabajo no es una pieza de escritura designada para agradar al gusto de un público inmediato, sino que fue escrita para durar para siempre." Libro I, 22.

⁷⁹⁸ Q. Skinner, *Reason and Rethoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Hobbes y un segundo "científico", basado en los conceptos de sustancia y movimiento para crear una ciencia deductiva rigurosa y universal a la que se integró su interés político. Sin embargo, en su ideal de una historiografía científica, no retórica, Hobbes expresaba su crítica al conocimiento retórico, que luego identificaría como instrumento de falsedad.⁷⁹⁹ Como sea, según Aubrey, su primer biógrafo, y él mismo, esto ocurrió a consecuencia de su acercamiento a Euclides y el método geométrico como "guía para el arte de razonar", a lo que se sumó su interés casi obsesivo por el problema del movimiento. Hobbes llegó incluso a afirmar que "los retóricos sólo se interesan por la victoria, no por la verdad"⁸⁰⁰. Así como el lema de la Royal Society, con espíritu baconiano, menoscababa la importancia de la confianza en la palabra (*Nullius in verba*), Hobbes atacaba la importancia de la reputación en las ciencias naturales y en las civiles. En *The Elements*, sostenía que la experiencia es "nada más que el recuerdo de qué antecedentes han sido seguidos, por qué consecuentes", un conocimiento que hace posible una forma de saber, pues provee la habilidad de "conjeturar por el presente lo que ha pasado y lo que vendrá"⁸⁰¹; Hobbes denominaba "prudencia" a este tipo de conocimiento y consideraba que a diferencia de él, la ciencia lleva a la sabiduría propiamente dicha, la "sapiencia", que no se basa en evidencia fáctica, sino en verdades proporcionales, derivativas, lingüísticas, por cuanto implican comprender el significado de los términos.⁸⁰² Por eso el conocimiento en este último sentido no puede alcanzarse mediante el estudio de la historia, como proponen los humanistas. La historia es "el registro que conservamos en libros de la experiencia de los efectos de las cosas", que no lleva a conclusiones universales. Es conjetural, no evidente ni universal. "La filosofía no tiene nada que ver con la historia porque su meta es conocer la necesidad de las consecuencias y la verdad de proposiciones universales: tampoco con la poesía, que además de narrar eventos individuales deliberadamente niega la verdad"⁸⁰³.

Sin embargo, Hobbes no desdeña por completo la utilidad de la historia y la experiencia para arribar a un conocimiento valedero. La aspiración de Hobbes es convertir el estudio de la teoría moral y política en disciplina científica, construir una

⁷⁹⁹ "El hombre que no piensa, habla, lo que dice lo cree cierto. (...) Por el discurso el hombre no es mejor que las bestias, pero tiene mayores posibilidades, como la de engañarse a sí mismo." *De homine*, 1658, cap. X. Cit. en R. Mac Gillivray, "T. Hobbes's History of the English Civil War. A Study of *Behemoth*", *Journal of History of Ideas*, 31, 2, 1970, 179-198.

⁸⁰⁰ T. Hobbes, *De Cive*, ed. H. Warrender, Oxford, 1983, 193.

⁸⁰¹ T. Hobbes, *The Elements of Law and Politic*, ed. F. Tonnies, 1969, 15, 176.

⁸⁰² T. Hobbes, *The Elements of Law and Politic*, ed. F. Tonnies, 1969, 26, 76, 24. Hobbes considera a la historia parte de la prudencia (experiencia de los hechos) y no ciencia (evidencia de verdad). "Nada hay que exista verdaderamente en el mundo sino cuerpos individuales únicos que producen actos individuales únicos" (*De Principiis*, IR). La prudencia provee datos a la ciencia, que los elabora en conocimiento derivativo. La verdad es una propiedad del discurso, no de las cosas mismas. La historia es el registro de la experiencia de los hechos (*The Elements*, en *English Works*, IV, 27). Es "conocimiento conjetural derivado de la experiencia" (id., 18).

⁸⁰³ T. Hobbes, *The Elements of Law and Politic*, ed. F. Tonnies, 1969, 24, 176, 16.

ciencia civil.⁸⁰⁴ Tanto *The Elements* como *De Cive* rechazan el ideal de unión entre razón y retórica y afirman que la razón debe basarse en la experiencia para llegar a la verdad y enseñar, no son necesarias las artes de la persuasión, que nada tienen que hacer en la educación.⁸⁰⁵ Sin embargo, en 1651, tal vez como consecuencia de la sangrienta Guerra Civil que lo había llevado al exilio, propone en *Leviathan* que las ciencias tienen poco poder y no persuaden en sí mismas; si la razón prevalecerá es con el complemento de la retórica.⁸⁰⁶ A pesar de esta evolución que implica una valoración diversa del papel de la retórica en la ciencia civil, desde *The Elements* Hobbes mantiene con pocos cambios el esquema de etapas necesarias para alcanzar el conocimiento cierto. Es necesario comenzar con “un principio o inicio de sentido”, esto es, con la ciencia experimental o, en el caso de la ciencia civil, la historia. Pero la experiencia aislada no produce ciencia, los datos deben ubicarse en un marco conceptual explicativo, provisto por los tres pasos siguientes. A continuación, entonces, es preciso asegurarse de que las cosas percibidas están consistentemente nombradas (proveer definiciones); reunir los nombres de modo que conformen proposiciones verdaderas, y reunir las proposiciones, vincularlas para que sean concluyentes.⁸⁰⁷ Esta propuesta metodológica debe comprenderse en el contexto de la tradición matemática y experimental baconiana; *The Elements* propone la posibilidad de certeza en la ciencia civil, de allí su título, que rememora el de la geometría euclidiana. Lo cierto es que propone la posibilidad de certidumbre y el primer paso en su búsqueda es la experiencia y la historia. En consecuencia, si bien el pensamiento de Hobbes se modificó con el tiempo respecto del lugar otorgado a la historia, como lo hizo en lo referente a la retórica, aquélla mantuvo sin embargo un papel inicial, fundante, en la búsqueda del conocimiento científico.

El autor de *Behemoth*, traductor de Tucídides y lector de Maquiavelo, buscaba en la historia causas inteligibles y bases potenciales para la toma de decisión política; encontramos en Hobbes nuevamente a la historia como maestra de política y no de moral. En *Behemoth*, de 1667, Hobbes no busca sólo “narrar los eventos, sino encontrar las causas que llevaron a que ocurrieran”⁸⁰⁸, provee un análisis social convincente de las raíces de la Guerra Civil. Carlos II prohibió la publicación de *Behemoth*, pero entre 1679 y 1682, cuando se temía una nueva guerra civil, aparecieron cinco ediciones no autorizadas.⁸⁰⁹ Se trata de un libro de historia poco convencional, pues no hay narrativa sino diálogo, la cronología es muy laxa y no hay una presentación semejante a una experiencia vivida, sino que trata de causas y

⁸⁰⁴ En *The Elements of Law*, 1640, anuncia que descubrió las verdaderas bases de una ciencia de la justicia y la política. Lo mismo ocurre en *De Cive*, 1642 y en *Leviathan*, 1651, donde propone una “ciencia de la justicia natural”.

⁸⁰⁵ T. Hobbes, *The Elements of Law and Politic*, ed. F. Tonnies, Londres, 1969, 64.

⁸⁰⁶ T. Hobbes, *Leviathan*, R. Tuck ed., Cambridge, 1991, 63, 483.

⁸⁰⁷ T. Hobbes, *The Elements of Law and Politic*, ed. F. Tonnies, Londres, 1969, cap. VI.

⁸⁰⁸ T. Hobbes, *Behemoth*, en *Works*, 1839-45, Londres, VI, 220.

⁸⁰⁹ D. Wotton, “Thomas Hobbes’s Machiavellian Moments”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The Historical Imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 210.

consecuencias, por lo que evita ser una descripción detallada de eventos pasados. No debe olvidarse que ya en 1629 Hobbes consideraba crucial que Tucídides “indicara las bases y motivos para cada acción, incluso antes que la acción misma”. Ya desde entonces los vínculos causales eran la preocupación predominante. *Behemoth* no es una historia de estilo habitual, es lo que Bacon llamaba “a discourse upon histories or examples”, por medio de los cuales Maquiavelo analizaba la sabiduría o el gobierno. Para Bacon, como se recordará, estos discursos maquiavélicos sobre la historia no eran historia propiamente dicha, sino más bien filosofía, por cuanto estaban más guiados por la razón que por la memoria y la historia debía dedicarse a relatar lo que realmente ocurrió, las conclusiones acerca de la libertad debían quedar para la política o la filosofía. Para Hobbes, una historia narrativa no servía a su objetivo, que era descubrir cómo y por qué el pueblo de Inglaterra se levantó contra su rey. Para ello, tomaba como base fáctica de su obra un tratadillo realista que encontraba las causas “verdaderas” de lo ocurrido en “el engaño popular de la religión y la libertad”⁸¹⁰, *A Brief Chronicle of the Late Intestine War*, de James Heath, escrito en 1662.

Entre las causas, en la parte I, están “ciertas opiniones de teólogos y políticos”, concretadas mediante “artificios retóricos y adoctrinamiento”, estudiados en la parte II; las partes III y IV se ocupan de narrar los eventos de la Guerra Civil y se concentran en el papel de las opiniones sobre impuestos y ejército para determinar los cambios en el lugar de la soberanía y el ejercicio del poder. Como se verá luego, la aproximación de Hobbes es diferente de la de Clarendon, que sólo registra eventos y discursos, y de la de Harrington, que analiza las causas sociales y económicas; Hobbes busca mostrar que la Guerra Civil fue causada por las opiniones y doctrinas de derecho, creadas y explotadas por ambiciosos intelectuales sólo para demostrar su sabiduría. “Las dos facciones actuaban como si el saber debiera ser la regla para el gobierno de todo el mundo y disputaban sobre quién sabe más”⁸¹¹. Así, aunque como ha afirmado C.B. Macpherson, la nueva fuerza del mercado tenía que ver para Hobbes con las causas de la Guerra Civil, por cuanto muchas de esas opiniones fueron sostenidas por los mercaderes londinenses, caracterizados por una “moralidad mercantil”⁸¹², buena parte de la responsabilidad por el conflicto residía en las universidades. Así, descubre los orígenes históricos de las doctrinas de presbiterianos y otras sectas sobre las potestades seculares de autoridades religiosas. Las sectas se sumaron a los “caballeros democráticos que deseaban el gobierno popular en el Estado como los ministros en la Iglesia y desafiaron la legitimidad de la monarquía”, aliados de los abogados de la *common law*, que creían que por evolución histórica

⁸¹⁰ F. Levy, “The Background of Hobbes’s *Behemoth*”, en D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The Historical Imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997, 243.

⁸¹¹ T. Hobbes, *Behemoth*, en *Works*, 1839-45, Londres, VI, 275.

⁸¹² C.B. Macpherson, *The Political Theory of Possesive Individualism*, Oxford, Clarendon Press, 1962, 65.

Inglaterra era una "monarquía mixta" y que el poder debía ser limitado por procedimientos consuetudinarios.⁸¹³

La esperanza de Hobbes al escribir *Behemoth* era que con un estudio de ese tipo quienes sufrieron la Guerra Civil pero no aprendieron de ella pudieran obtener conclusiones correctas para no cometer los mismos errores. La política de *Behemoth* es política de conquista, trata de la necesidad de concentrar el poder y en eso se parece a *El Príncipe*. Hobbes ofrece también una teoría de la razón de Estado y como era común desde Maquiavelo distingue para ello entre la ética de los súbditos y la de los soberanos. Hobbes construye además una posición de resguardo maquiavélico al afirmar que si la razón no puede triunfar, la fuerza y el fraude lo harán, lo que no sólo es racional sino también legítimo. Fuerza, adoctrinamiento y consentimiento coaccionado pueden producir un orden político estable.

Así como en algunos pasajes de *Behemoth* pueden hallarse ciertas resonancias maquiavélicas, éstas también se dejan oír en fragmentos de *Leviathan*, combinados con la idea de que los eventos civiles, en cuanto humanos, debían estudiarse por sí mismos, y no explicarse exclusivamente por la acción divina. Para Hobbes, el hombre era primordialmente natural, el egoísmo y las pasiones son tan naturales como la anarquía y la guerra civil, la sociedad es artificial: "la naturaleza es el arte por el que Dios hizo y gobierna el mundo, el arte del hombre lo imita, de modo que se convierte en animal artificial. (...) Por el arte se crea el gran Leviatán, el commonwealth o Estado, que es un hombre artificial, pero de mayor estatura y fuerza que el natural, para cuya protección y defensa fue creado"⁸¹⁴. La sociedad organizada, entonces, es producto del arte del hombre, pero el hombre es naturaleza y su historia está ligada a esa naturalidad: la historia y la naturaleza están en el mismo nivel. Hobbes descubrió en *Leviathan* que el pensamiento político oficial estaba dominado por la idea de que debía obedecerse al gobierno porque Dios lo había ordenado, y la sustituyó por la teoría de que el Estado había sido instituido por el hombre por su propia conveniencia y que debía obedecérselo porque las consecuencias de la desobediencia eran peores: la conveniencia y no la moral es el motivo para la obediencia, de modo que hizo del poder, no del derecho, la cuestión clave de la política. Estas reflexiones, por otra parte, son semejantes a aquellas analizadas cuando se abordó la figura de Bacon, e implican que la narrativa histórica, guiada por el reconocimiento de la naturaleza humana, puede ser de utilidad para comprender la política, para una ciencia de la sociedad. Es por esto que la afirmación de la ahistoricidad de *Leviathan*, aun en comparación con *Behemoth*, parece al menos exagerada⁸¹⁵. Por otra parte, para Hobbes la causa y la justificación del Estado residen en la capacidad del poder soberano de garantizar seguridad, algo que sólo es necesario tras el fin del estado de

⁸¹³ T. Hobbes, *Behemoth*, en *Works*, 1839-45, Londres, VI, 171, 192, 303.

⁸¹⁴ T. Hobbes, *Leviathan*, XIX, en *English Works*, W. Molesworth (ed.), 1839-1845, III, IX.

⁸¹⁵ Esa idea está muy difundida, un ejemplo es la introducción a D.R. Kelly y D.H. Sacks, *The Historical Imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, Cambridge University Press, 1997.

naturaleza, por la aparición de la propiedad privada.⁸¹⁶ Por una parte, esto busca responder a una cuestión acuciante en el contexto político inglés. ¿Debe aceptarse el juramento de compromiso con la República porque garantiza la paz aunque sea un régimen regicida? Para Hobbes, “la obligación de los súbditos al soberano dura sólo tanto como lo hace el poder, que de ese modo puede protegerlos”⁸¹⁷, una teoría que se completa con la noción de la soberanía absoluta basada en compromisos y “en el abandono del derecho a gobernarse a sí mismo”.⁸¹⁸ Por otro lado, ya no hay nada divino en el derecho del soberano, lo que hacía a Hobbes impopular para la Iglesia de Inglaterra y sus hombres. Sin embargo, a pesar de sus frecuentes ataques al clero, Hobbes percibía con claridad maquiavélica la importancia de la religión para el orden social, y al respecto mencionaba el ejemplo del pan y circo romano en honor de los dioses⁸¹⁹. La religión es un instrumento de gobierno y Hobbes, más allá de si era un buen cristiano o no, la acepta como el credo autorizado en el Estado en que vive⁸²⁰.

Muchas de las ideas de Hobbes que acaban de exponerse, sobre todo sus reflexiones acerca del origen y la legitimidad del poder soberano, que sólo lo es en tanto garantiza seguridad, eran radicalmente innovadoras. Sin embargo, muchas otras, con las que éstas, novedosas, se encontraban entrelazadas, habían sido vislumbradas antes por personajes que ya son conocidos a esta altura, como Maquiavelo o Bacon. Lo mismo puede decirse de las resonancias baconianas de la defensa de Hobbes de los modernos frente a los antiguos, al afirmar: “Aunque reverencio a aquellos hombres que en tiempos antiguos escribieron con perspicacia sobre la verdad o nos han puesto en mejores condiciones de encontrarla nosotros mismos, no creo que se deba nada a la antigüedad por sí misma. Pues si reverenciamos la edad, la época presente es la más vieja.”⁸²¹

La suerte de Hobbes entre sus contemporáneos nos dice mucho de la novedad de sus ideas. Para Harrington, Hobbes era “el mejor autor en esta época en todo el mundo”⁸²². Incluso Clarendon, quien dedicó un tratado a criticar sus ideas, reconocía su reputación y la aceptación de sus doctrinas.⁸²³ De hecho, sólo Raleigh y Bacon lo superaban en el *Catalogue of Most Vendible Books in England* de 1658 en el rubro *Humane Learning*.⁸²⁴ Sin embargo, Hobbes era criticado por la idea de la obligación moral y política a reconocer al soberano a cambio de protección y por la noción de que la naturaleza humana era antisocial y que los hombres se asociaban sólo por necesidad y temor, pues el estado de naturaleza es un estado de guerra. A pesar de

⁸¹⁶ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, 93.

⁸¹⁷ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, 21, 153.

⁸¹⁸ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, XVII.

⁸¹⁹ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, 59.

⁸²⁰ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, 241.

⁸²¹ T. Hobbes, *Leviathan*, Everyman, 467.

⁸²² J. Harrington, *Political Works*, J.G.A. Pocock ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 423.

⁸²³ *Brief View and Survey of the Dangerous and Pernicious Errors to Church and State in Hobbes's Book*, 1676, A3R.

⁸²⁴ Q. Skinner, *Visions of Politics III, Hobbes and Civil Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

todo, había hobbistas y Hobbes no era un pensador aislado, sino una expresión del debate sobre el poder *de facto* en la Inglaterra revolucionaria.

II

La historia y las diferentes concepciones del pasado no fueron utilizadas solamente como bases para la construcción de una ciencia civil o cuestionadas en su aptitud para funcionar como tales. También, en argumentaciones más o menos atadas a la veracidad o a lo mítico, fueron de enorme importancia para la justificación de los alineamientos políticos antes y durante la Revolución. No es excepcional, y menos aun lo era en la temprana modernidad, cuando no dominaba una concepción de la vida social y política como actividad progresiva orientada hacia el futuro, que los argumentos ideológicos se sostuvieran en apelaciones al pasado, ya en busca de precedentes o en una visión de la historia como desarrollo desde un punto en el pasado a ser defendido o criticado.⁸²⁵ J.G.A. Pocock mostró, por ejemplo, cómo los parlamentarios del siglo XVII inglés habían encontrado sustento y evidencias para sus argumentos —la ley consuetudinaria, la monarquía regulada, el derecho parlamentario inmemorial— en una versión peculiar de la historia inglesa antigua.⁸²⁶ En el primer capítulo de esta tesis se han explorado algunas de las formas en que se manifestó esta ideología, por ejemplo en la figura de Coke, cuya insistencia en el carácter inmemorial de la *common law* y la continuidad de las libertades antiguas implicaba la convicción de la continuidad de la historia inglesa y, por ende, en cierta medida, la negación del impacto de la conquista normanda. El dilema se volvió acuciante para ambos bandos durante la Guerra Civil, por cuanto para los parlamentarios admitir la conquista implicaba consentir que los reyes habían heredado una soberanía absoluta de los conquistadores, mientras que para los realistas podía llevar a la aceptación de la legitimidad del poder basado en la superioridad militar y, por ende, a la del triunfo parlamentario.⁸²⁷

⁸²⁵ El propio Hobbes opinaba que “Ningún hombre puede tener en su mente una concepción del futuro, pues el futuro no existe aún, pero de nuestras concepciones del pasado hacemos un futuro”. T. Hobbes, *Behemoth*, en *Works*, 1839-45, Londres, VI, 259.

⁸²⁶ J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957.

⁸²⁷ Skinner ha sostenido con razón que la presunción de que los realistas argumentaban desde la conquista por el simple hecho de que los parlamentarios habían buscado negarla es apresurada. Q. Skinner, *Visions of Politics III, Hobbes and Civil Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, 228. Sin embargo, existían desde la época de Jacobo argumentos en este sentido. Por ejemplo, Nicholas Ferrer afirmaba que la conquista de los “piadosos normandos” había tenido un valioso efecto disciplinario en los “disolutos sajones” (*Ferrer Papers*, Blackstone, 1938, 181, cit. en C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 58). Por otra parte, también según C. Hill, hacia 1640 los líderes del Parlamento se pensaban a sí mismos como conservadores y tradicionalistas, deseaban volver a los tiempos de la “Good Queen Bess”. “Las trinidades de las revoluciones posteriores (libertad, igualdad, fraternidad; paz, pan, tierra) exigían algo nuevo por lo que luchar para alcanzarlo en el futuro; la trinidad inglesa (religión, libertad, propiedad) pretendía defender lo ya existente. La teoría que mira hacia atrás deviene revolucionaria y mira hacia adelante cuando la apelación a los viejos buenos tiempos anglosajones significa algo distinto para los levellers de lo que había significado para Coke”. C. Hill, *England's Turning Point*, Londres, Bookmarks, 1998, 75.

Sin embargo, existían también algunos pensadores que aceptaban la conquista como un hecho y se basaban para hacerlo en una importante tradición historiográfica. Hemos visto en el primer capítulo cómo Spelman había reconocido el impacto de la conquista y gracias a ello había “descubierto” el feudalismo inglés. También J. Hayward, en su *Lives of the IIII Normans*, había insistido en el colapso de la Antigua Constitución en 1066⁸²⁸. Para ambos, el Parlamento era una creación real que no podía remontarse mucho más atrás que el reinado de Enrique I. Hobbes se apoyaba en esta tradición cuando afirmaba que los compromisos constitucionales se originaban en la conquista y que “Guillermo el Conquistador obtuvo por la victoria las tierras de Inglaterra” y eso le daba potestad para gobernarlas como quisiera.⁸²⁹ Este mismo argumento fue adoptado por quienes decidieron aceptar el poder *de facto* del Commonwealth, como M. Nedham, quien consideraba que el poder de la espada era la base de todo gobierno⁸³⁰ o, como hemos visto, el propio Hobbes en *Leviathan*.

La aceptación de la conquista como un evento innegable en el pasado inglés llevó también a posiciones políticas diferentes a las de la aceptación de la soberanía absoluta del conquistador. Los niveladores, por ejemplo, reconocieron la conquista normanda, pero a partir de esto pergeñaron una mitología histórica que negaba legitimidad a la monarquía mediante la teoría del yugo normando. R. Overton, por ejemplo, sostenía que ningún gobierno sería legítimo hasta que un acuerdo con el pueblo borrara las marcas de la conquista.⁸³¹ Se trata de una entre tantas expresiones de la convicción de la existencia en un pasado de derechos perdidos, un estadio primitivo de felicidad, que expresa la creencia de que la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre tienen orígenes históricos y la esperanza de que el período de igualdad pueda restaurarse. C. Hill ha estudiado al detalle al “yugo normando” y sus conclusiones merecen reseñarse aquí brevemente.⁸³² Según Hill, uno de los precedentes de la teoría del yugo se vincula con la igualdad anterior a la Caída, que se asentaba sobre todo en la propiedad común de la tierra. Así, entre 1380 y 1640 se utilizó con frecuencia el argumento de que caballeros y campesinos eran hijos de Adán y merecían iguales derechos a la tierra, y el propio Raleigh consideraba que “entonces la guerra no existía y las riquezas no eran conocidas; ningún hombre decía ‘esto o aquello es mío’. Una vez que la guerra fue introducida, algunos hombres sabios, que sabían que las leyes no servían de mucho a menos que fueran respetadas, dispusieron del nombre de Dios, la religión, el cielo y el infierno para mantener al mundo atemorizado y someterlos a su yugo, de modo que la religión misma se convirtió en una fábula”⁸³³. El yugo normando implicaba que hasta 1066 los habitantes anglosajones de Inglaterra vivían como ciudadanos libres e iguales y se

⁸²⁸ J. Hayward, *Lives of the IIII Normans*, 1613, 91.

⁸²⁹ T. Hobbes, *Behemoth*, ed. F. Tonnies, 1969, 119.

⁸³⁰ M. Nedham, *The Case of the Commonwealth Stated*, 1650.

⁸³¹ R. Overton, *Remonstancie of Many Thousand Citizens*, 1646.

⁸³² C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 50 y ss.

⁸³³ Raleigh, *Calendar of the Mss. Of the Marquis of Bath*, HMC, II, 52, 1603, cit. en C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 56.

gobernaban a sí mismos mediante instituciones representativas; la conquista los privó de esa libertad y estableció la tiranía de un rey extranjero y los señores, pero el pueblo no olvidó los derechos perdidos y peleó por ellos, obteniendo concesiones como la *Magna Carta*, lo que a su vez estimulaba nuevas demandas. Los niveladores llevaron la teoría a una nueva fase, por cuanto utilizaban una versión del pasado anglosajón, pero también desarrollaron una concepción de derechos naturales, una transición de recuperar derechos porque existían a reclamarlos porque deberían existir, de la mitología histórica a la filosofía política. Esperaban que la revolución los librara de las nefastas consecuencias de la conquista y fusionaban teorías bíblicas y constitucionales: todos los hombres eran libres e iguales por ser hijos de Adán, en Inglaterra los sajones lo fueron hasta los normandos. Hill sostiene que la leyenda deja mucho que desear, puesto que la sociedad anglosajona estaba dividida en clases antes de la conquista, pero como teoría clasista de la política tenía gran significación: era secular y no religiosa, unía al tercer estado contra la corona, la Iglesia y los señores, sugería que la clase dominante es ajena a la población. Por otra parte, si se recuerda lo expresado en el primer capítulo respecto de *Acts and Monuments*, de Foxe, otro punto de sustento para la teoría del yugo se encontraba en la convicción generalizada de que la corrupción de la Iglesia en Inglaterra databa también de la época de la conquista normanda. Así, para Hill, “patriotismo, protestantismo y defensa del Parlamento parecían cosas semejantes. Guillermo el Conquistador era la personificación del enemigo en tanto que conquistador francés bendecido por el papa”.

Es preciso reconocer con Perez Zagorin que no todos los posicionamientos políticos durante la Revolución se apoyaban en el pasado. De hecho, este autor reconoce dos actitudes hacia la historia durante la Guerra Civil. De acuerdo con la primera de ellas, que venimos reseñando hasta aquí, el pasado reciente, con su monarquía tiránica, sus pares arrogantes, sus leyes injustas, debe dejarse de lado, como innovaciones impuestas al pueblo por la conquista normanda, debe apelarse a un pasado más antiguo, cuando los hombres vivían en una libertad destruida por los conquistadores. La segunda, en cambio, reconoce que el pasado no siempre sustenta las demandas del presente y apela a la razón como sinónimo de voluntad y ley divina.⁸³⁴ Esta actitud, en cierto sentido racionalista, estaba presente tanto en Hobbes como en Winstanley, pero no implicaba necesariamente un rechazo completo de la historia.⁸³⁵ Sin embargo, cuando los Comunes acusaron a Carlos I de tiranía, traición y asesinato se ubicaron más cerca de la continuidad de la Antigua Constitución inglesa

⁸³⁴ Perez Zagorin, *A History of Political Thought in the English Revolution*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1952.

⁸³⁵ Para Winstanley, véase G. Winstanley, *La ley de la libertad*, Buenos Aires, Biblos, 2006, con estudio introductorio de Julián Verardi. Winstanley, como Harrington, pensaba que la propiedad de la tierra era el factor crítico en la vida social. La base de su utopía comunista era el disfrute libre de la tierra por todos como sustento de la libertad y la paz. Winstanley pensaba, por ejemplo, que “nada debe decirse a partir de la imaginación, sino sólo lo que se encuentra por la observación y la experiencia”. Conocer los secretos de la naturaleza era “conocer las obras de Dios, y conocer las obras de Dios en la Creación es conocer a Dios mismo, es un conocimiento más allá de las capacidades humanas”.

y de la *common law*. Los parlamentarios sostuvieron que “el rey tenía la oscura intención de subvertir por completo las antiguas y fundamentales leyes y libertades de esta nación; y de introducir en su lugar un gobierno arbitrario y tiránico. Persiguió ese objetivo con la espada y el fuego, levantados y sostenidos en una guerra cruel en su propia tierra contra el Parlamento y su reino”⁸³⁶. La High Court, por su parte, apeló a la retórica de la justicia y la divina providencia, pero también a la historia, por cuanto afirmó que el proceso ha sido “el más comprensivo, imparcial y glorioso fragmento de justicia que jamás se haya producido en Inglaterra”⁸³⁷. El rey, entre tanto, clamaba por la verdad, la justicia y el martirio de Cristo. El *Eikon Basilike*, atribuido a Carlos I tras su muerte, adopta extractos de *Acts and Monuments* para hacer aparecer al rey como mártir. Como se recordará, Foxe había escrito para apoyar a Isabel y a la Iglesia establecida, para dar consejo a la reina mediante el relato del martirio de súbditos de clase media por María la Sanguinaria. En *Eikonoklastes*, encargado a Milton por el Parlamento como respuesta al *Eikon Basilike* realista, Milton negó que Carlos fuera un martir como los de Foxe: ser mártir no es sólo morir en constancia con las creencias propias, éstas deben ser verdaderas y justas, y la justicia y la verdad son una sola. Con la Restauración y la ejecución de los regicidas, los republicanos se reapropian de la tradición del libro de mártires de Foxe: los ejecutados no sólo son constantes en la verdad, sino que se muestran alegres frente a su propia muerte, como los de *Acts and Monuments*.⁸³⁸

Algunas de estas ideas reaparecen en la obra de John Milton. En uno de sus escritos más conocidos, Milton afirmaba: “Mi nación fue sometida a vuestros señores. Fue la fuerza de la conquista, y la fuerza con la fuerza es expulsada cuando los conquistados pueden hacerlo”⁸³⁹. Sin embargo, una de las obras menos visitadas del secretario de Idiomas Extranjeros del Commonwealth, su *Historia de Inglaterra*, también es importante para comprender los modos y usos de la historia en aquel tiempo.⁸⁴⁰ La obra se publicó en 1670 y se reeditó en 1677, 1695 y 1698, pero buena parte de ella fue escrita entre 1648 y 1649, en un momento crítico para el curso de la Revolución, en el que era inminente la ejecución de Carlos I. Milton escribió la *History* como consejo a la nación durante el interregno, entre la ejecución de Carlos I y su designación como funcionario. Por eso el texto explicita su desazón por los eventos de fines de la década de 1640 y sus temores por la crisis del regicidio, justo antes de convertirse en funcionario y portavoz. Explícitamente afirmaba que escribía

⁸³⁶ *An Act of the Commons of England Assembled in Parliament for Erecting a High Court of Justice for the Trying and Judging of Charles Steward King of England*, Londres, 1649.

⁸³⁷ J. Cook, *King Charles, His Case, or an Appeal to All Rational Men, Concerning His Trya at the High Court of Justice*, Londres, 1649.

⁸³⁸ Véase T.B. Howell, *A Complete Collection of State Trials*, 33 vols., Londres, T.C. Hansard, 1812-1826, especialmente “The Trials, Behaviour and Dying Speeches of Colonel Okey, Col. Barkstead, and Miles Corbet, esq., April 1662”, V, 1306.

⁸³⁹ J. Milton, *Samson Agonistes*, cit. En C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 50.

⁸⁴⁰ Una porción importante de este apartado se basa en uno de los pocos estudios recientes de este texto de Milton, N. Von Maltzahn, *Milton's History of Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

para remediar “la falta de autoconocimiento” de sus contemporáneos⁸⁴¹. Milton insistía además en una crítica que ya hemos encontrado en otros autores, como Bacon, y se declaraba insatisfecho por la ausencia de una historia nacional que “con llana brevedad relacione bien y ordenadamente las cosas que merecen destacarse para instruir y beneficiar a los lectores”⁸⁴². Por todo esto, es evidente que Milton se acercó a la historia con preocupaciones literarias y políticas, y no eruditas, lo que hace comprensible que exclusivamente utilice fuentes secundarias. A pesar de esto, Milton insistía en que la historia debe contar la verdad, aunque sea oscura, para bien “de la gloria de Dios y de la nación británica”⁸⁴³ y no es extraño entonces que aparecieran frecuentes críticas al comportamiento de sus compatriotas en el pasado. Así, por ejemplo, en lugar de considerar que con anterioridad a todas las conquistas los habitantes de las islas vivían en una suerte de igualdad idílica, pensaba que el carácter nacional anterior a las invasiones era valiente y guerrero, pero con poca disciplina civil y eclesiástica, lo que explica su sometimiento. De la misma manera, los últimos tres libros, escritos en 1652, están dedicados al período que va de los sajones a la conquista normanda. No aparecen allí las glorias sajonas, no se encuentra en ellos el origen del Parlamento, no ve en el pasado distante un modelo constitucional deseable, sino que la actitud hacia los nativos sigue siendo de dureza y crítica. Es que Milton se acerca a la historia para estimular un sentido del pecado y generar la voluntad para la reforma política y religiosa mediante el relato del fracaso nacional pasado. Sólo mediante la educación podrán los ingleses aspirar a no repetir la experiencia de sus antepasados, de guerra y poca civilidad⁸⁴⁴. Aunque en sus obras más importantes, como se ha visto, Milton reproducía la teoría del yugo normando y adoptaba la visión de la Antigua Constitución de los ingleses, la *History* no lo hace, probablemente porque la crítica situación en la que fue escrita aconsejaba una prudencia mayor.

Por su parte, en *A Briefe View of the Dangerous and Pernicious Errors in Hobbes's Book*, de 1676, E. Hyde, duque de Clarendon, acusaba a Hobbes de imponer un modelo abstracto a la sociedad en lugar de aprovechar las lecciones empíricas de la

⁸⁴¹ J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 129.

⁸⁴² J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 4. Del mismo modo, S. Marshall pedía al Parlamento que comisionara “una historia de las provisiones de Dios para Inglaterra en estos tres o cuatro años, todos debemos ser historiadores para que esto quede escrito para las generaciones por venir”, *A Peace Offering to God*, 1641, 51. En ese contexto recordaba a Foxe y a Raleigh. *A Sacred Record to be Made of God's Mercies to Zion*, 1645, 1, 3, 20, 35.

⁸⁴³ J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 4. Milton, además, criticaba sus fuentes y consideraba que eran pocos los buenos historiadores desde Roma (J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 127), también censuraba la obsesión con la cronología (id., 229) y a Monmouth como “poco fiable, un simple fraude” (id. 195). Milton es crítico de los mitos británicos: aunque resume las fuentes legendarias, considera que no hay certeza alguna por “tradición, historia o antigua fama” hasta la llegada de los romanos. Sin embargo, la suya es la única historia inglesa del siglo XVII que concede tanto espacio a fuentes que admite espurias, algo que sus comentarios críticos compensan. Frente a esto, los clásicos son incuestionables, con ellos “nuestra historia arriba a estos confines, donde la luz del día y la verdad salen a nuestro encuentro con el alba y representan a nuestra vista, aunque a gran distancia, verdaderos colores y formas”. J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 37.

⁸⁴⁴ J. Milton, *Complete Prose Works*, ed. M. Wolfe, New Haven, 1953, V, 451.

historia, y se oponía a las grandes conclusiones y el anacronismo⁸⁴⁵. No debería extrañar, entonces, que el Lord Canciller del reino restaurado de Carlos II haya intentado explicarse la Guerra Civil, desde su perspectiva realista, mediante una historia. Aunque Clarendon había tenido contacto con la oposición por su actividad de abogado y criticaba la corrupción y las prerrogativas de las cortes, era reformista y se opuso a la exclusión de los obispos de la Cámara de los Lords y a la tendencia de los Comunes a buscar apoyo de la opinión pública. Temía la influencia popular en la política, por lo que se hizo realista, pero siempre mostró ansiedad por la paz. Aunque comenzó su historia en 1646 sólo la concluyó en 1667, en un nuevo exilio tras ser removido como funcionario real. No simpatizaba con las fuerzas que liquidaron al viejo orden, pero quería comprenderlas. Era un hombre religioso que negaba que la Revolución se disputara por cuestiones religiosas: para Clarendon la religión era un disfraz para deseos impíos, sobre todo aquellos del Parlamento Largo⁸⁴⁶. Sin embargo, aceptaba que en parte se había tratado del gobierno de la Iglesia, tan entreverado con el del Estado. El episcopado era “parte del gobierno de Inglaterra”, su abolición sacudió las instituciones⁸⁴⁷. Si las causas de la Revolución no eran religiosas, estaban en las cargas constitucionales y sus efectos sociales: la imposición excesiva llevaba al no pago por parte de los caballeros, que fueron encarcelados, lo que los ponía al mismo nivel que la gente común.⁸⁴⁸ La Restauración fue para él una reunión de las clases propietarias en defensa de la estabilidad social y contra la violencia popular o militar. En una era de investigación sofisticada del pasado y poderosos anticuarios, la *History of the Rebellion* de Clarendon es un ejemplo formidable: sus retratos de los actores y su explicación de las causas de la caída de la monarquía es influyente incluso para historiadores posteriores. Se trata de una fuente crucial para comprender el credo de un hombre de Estado conservador respecto de la rebelión, la subordinación, la tradición y la monarquía.

III

Tal vez una de las mejores maneras de sintetizar la posición de J. Harrington en el pensamiento de su época sea mediante sus opiniones acerca de otros pensadores. Ya se ha mencionado que el autor de *Oceana* consideraba al de *Leviathan* como el mejor escritor de su tiempo. Sin embargo, y con la experiencia de la Guerra Civil en mente, Harrington criticaba a Hobbes con estas expresiones: “Como él dijo de la ley, que sin la espada no es más que papel, también podría haberlo dicho de esta espada que sin una mano no es más que hierro frío. Y la mano que sostiene la espada es la

⁸⁴⁵ Clarendon también criticaba *Leviathan* porque sus conclusiones podían favorecer al gobierno usurpador que derrocó al rey, por cuanto la teoría política hobbesiana era aplicable a cualquier gobierno, monárquico o no: la obligación era el respeto del soberano y si Carlos no podía proteger a sus súbditos éstos habrían estado justificados en su apoyo al Commonwealth.

⁸⁴⁶ E. Hyde, *History of the Rebellion and Civil Wars in England*, III, 477.

⁸⁴⁷ E. Hyde, *History of the Rebellion and Civil Wars in England*, VI, 100.

⁸⁴⁸ E. Hyde, *History of the Rebellion and Civil Wars in England*, I, 125, 32.

milicia de la nación, y la milicia es un ejército. Pero un ejército es una bestia que tiene una gran panza y debe ser alimentada, por lo cual todo se define en las pasturas con las que se cuenta, y las pasturas con las que se cuenta nos llevan al balance de la propiedad, sin el cual la espada pública es sólo un nombre o el aliento de una rana”⁸⁴⁹. Además, así como en *Oceana* hay muchas referencias a Maquiavelo, y aunque Harrington sabía que su admiración por el florentino no era una opinión compartida por muchos, pensaba de él que era “el docto discípulo de los antiguos, el único político de los tiempos modernos, el restaurador de la sabiduría antigua”⁸⁵⁰. Así como Maquiavelo distinguía una república “dell’ampliare” (Roma) y una “entro termini brevi” (Venecia), Harrington diferencia una “for increase” y una “for preservation”⁸⁵¹. Además, Harrington tomaba la definición de Maquiavelo de Venecia como “Repubblica de gentiluomini” y consideraba que “ni por la razón ni por la experiencia es imposible que una república sea inmortal”⁸⁵². Según Procacci, por otra parte, Maquiavelo y Harrington no sólo comparten cierta terminología, sino que también tienen un método en común, consistente en la interacción de observación e instrumentación conceptual, de empiria y generalización, en una aproximación secular a la historia y la política como la que había caracterizado a Raleigh y Bacon.⁸⁵³ Para Harrington, entonces, Maquiavelo no es el defensor de un modelo político, republicano, tiránico o el que sea, sino el redescubridor de un método (antiguo) para interpretar la complejidad del pasado y el presente. Como Hobbes y Maquiavelo, además, Harrington tenía una actitud secular hacia la religión: era un defensor de la tolerancia, pero también pretendía conservar al clero y la Iglesia estatal porque los consideraba esenciales para el gobierno civil.⁸⁵⁴

Estas opiniones de Harrington sintetizan algunos aspectos cruciales de su pensamiento. En primer lugar, su materialismo, la convicción de que el devenir de todo organismo político se explica según su correspondencia o tensión con lo que

⁸⁴⁹ J. Harrington, *Works*, Londres, 1737, 41.

⁸⁵⁰ J. Harrington, *Works*, Londres, 1737, 162.

⁸⁵¹ J. Harrington, *Political Works*, J.G.A. Pocock ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 180.

⁸⁵² J. Harrington, *Political Works*, J.G.A. Pocock ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 158, 229.

⁸⁵³ G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma, Laeterza, 1995.

⁸⁵⁴ J. Harrington, *Works*, Londres, 1737, 516, 613. Quizá sea conveniente recordar aquí que, además de estos vínculos, en numerosas ocasiones se ha destacado la relación entre el pensamiento de Harrington y la revolución científica. I. Bernard Cohen, por ejemplo, ha sugerido que Harrington se basó en Harvey para formular sus principios sobre el Estado, y de hecho el autor de *Oceana* reconocía la influencia de Harvey y hablaba de sus propias obras como una “anatomía política” (*The Art of Law Giving*, 1659, 4). Para Bernard Cohen, Harrington y Hobbes se basaban en Harvey, pero de modos diferentes: Hobbes buscaba producir una ciencia de la política basada en la nueva ciencia del movimiento y en los conceptos de la mecánica, combinados con la nueva fisiología: comparaba a Galileo con Harvey y a ambos con sí mismo como fundadores de la filosofía natural y de la filosofía civil respectivamente (*De Corpore*, *Works*, I, VII); mientras que Harrington rechazaba la metodología de Hobbes y como científico político buscaba basar un sistema sociopolítico en la biología de Harvey. Finalmente, John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos, consideraba a Harrington el descubridor de una nueva forma de la política, como “Harvey lo fue de la circulación”. I. Bernard Cohen, “Harrington and Harvey: A Theory of the State Based on the New Physiology”, *Journal of History of Ideas*, 35, 2, 187-210.

denominaba “balance de la propiedad”⁸⁵⁵. Así, si todas las tierras estaban en manos de uno, podía esperarse una monarquía y probablemente una despótica, mientras que si la propiedad se encontraba dividida entre unos pocos aristócratas era probable un “balance gótico”, con el gobierno de los nobles con el rey a la cabeza; en tanto que una mayor difusión de la propiedad territorial hacía probable una república.⁸⁵⁶ Harrington encontraba en su teoría del balance de la propiedad la explicación de la Guerra Civil: la monarquía apoyada en la Cámara de los Lords simplemente había dejado de corresponderse con la realidad económica y sólo podía sostenerse por la espada, por lo que el cambio era inexorable. De hecho, Harrington pensaba que “la disolución del gobierno era la causa de la Guerra Civil” y no a la inversa.⁸⁵⁷

The Commonwealth of Oceana se publicó por primera vez en 1656, pero aparentemente Harrington comenzó a escribirla en 1649, tras la ejecución de Carlos I, cuando Inglaterra necesitaba una Constitución que legitimara la nueva situación política,⁸⁵⁸ y de hecho puede pensarse a la obra como una suerte de Constitución en clave utópica, forma que tal vez haya adoptado para destacar la distancia entre su propuesta y la realidad política de la Revolución. La obra buscaba también poner a la Revolución en perspectiva histórica, demostrar que el camino hacia la república era inevitable, por cuanto era efecto de causas profundas que no podían revertirse fácilmente, de modo que el futuro pertenecía a la clase que había derrotado a la monarquía.⁸⁵⁹ Además, intentaba preservar lo obtenido en la Guerra Civil y proteger a la república de los riesgos de una democracia excesiva. Estas convicciones no eran mero voluntarismo, surgían de la profundidad de su teoría política, asentada sobre bases semejantes a las de la ciencia en surgimiento, como la demostrabilidad y el establecimiento de principios sobre premisas necesarias. Harrington buscaba comprender el orden político sistemáticamente mediante una teoría unitaria y fundar un Commonwealth en procedimientos tan racionales e infalibles como aquellos de la matemática.⁸⁶⁰ Si estas ideas lo acercan al pensamiento de Hobbes, el profundo carácter histórico de su filosofía política lo alejan del autor de *Behemoth*. Como se

⁸⁵⁵ Harrington pensaba que “si las leyes civiles se orientan hacia un lado y el balance hacia otro, es el caso de un gobierno que por necesidad debe ser remodelado”. J. Harrington, *Works*, Londres, 1737, 59.

⁸⁵⁶ J. Harrington, *Political Works*, J.G.A. Pocock ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 163 y ss.

⁸⁵⁷ J. Harrington, *Works*, Londres, 1737, 70. Para Harrington, el factor decisivo es la propiedad, quien la posea poseerá soberanía (*The Commonwealth of Oceana*, Londres, 1656, 14). La inestabilidad política surge de la discordia entre el balance de la propiedad y la superestructura, un término que el propio Harrington utilizaba. La preservación violenta de la superestructura contra el nuevo balance llevaba a la guerra civil. En Inglaterra, la nobleza declinaba y la nueva clase crecía, alterando el balance de propiedad. Cuando se hicieron conscientes de su propia fuerza, estalló la Guerra Civil: la monarquía cayó porque se desintegró su base, la propiedad se había distribuido y no había lugar para el gobierno de uno: la única alternativa era la república (*The Commonwealth of Oceana*, Londres, 1656, 48, 53). El punto de partida de Harrington no era una noción abstracta de derecho o ley natural, sino la necesidad histórica. Por ello, la primera condición para la preservación de la república era una ley agraria que limitara la concentración de la propiedad (*The Commonwealth of Oceana*, Londres, 1656, 85).

⁸⁵⁸ C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 299.

⁸⁵⁹ R.H. Tawney, *Harrington's Interpretation of His Age*, Londres, British Academy, 1941, 233.

⁸⁶⁰ J. Harrington, *The Prerogative of Popular Government*, en *Works*, Londres, 1771, 248.

recordará, Hobbes otorgaba importancia al conocimiento del pasado en su método, pero pensaba que la historia era experiencia y no razonamiento desde principios necesarios, por lo que sus resultados eran probabilísticos y no exactos.⁸⁶¹ Harrington, en cambio, consideraba que sólo la historia podía proveer los principios en los que debía asentarse una ciencia de la política: estaba convencido de que podía descubrirse un nexo causal seguro y demostrable que gobierna la política y está empotrado en la historia.⁸⁶² Esta necesidad era la raíz del cambio político y la tarea de la razón era aprehenderla para comprender las condiciones de la acción política efectiva. Es difícil sobreestimar la importancia y la novedad de estos principios, si se los considera en conjunción con la muy materialista teoría harringtoniana del balance de la propiedad. Como se ha visto en diversos pasajes de esta tesis, muchos consideraban importante a la historia o, más en general, al pasado, para comprender al comportamiento del hombre en sociedad y así decidir con mayor precisión un curso de acción para el presente y el futuro. Diversos cambios habían transformado a la historia de una maestra de moral en un modo de comprensión capaz de orientar la política. El secularismo también había ingresado en el pensamiento histórico y había recorrido un largo camino desde sus primeras expresiones renacentistas hasta aquellas más típicas del siglo XVII. Pero nadie en el período anterior, que es eje de esta tesis, se aproximó tanto a una filosofía de la historia que combinara una suerte de determinación económica con un pensamiento profundamente histórico para explicar la evolución de la sociedad y la política como lo hizo Harrington, quien de este modo logró arribar a una concepción de la necesidad histórica como fuerza discernible en el orden social y determinante del desarrollo político.

En cuanto a la recepción del pensamiento de Harrington, cabe citar extensamente a J.N. Shklar, quien considera que en su época Harrington fue rechazado por casi todos como un soñador o un ateo, mientras que en el siglo XVIII ya no recibía esas acusaciones: se convirtió en un novelista político o en un defensor del lugar de la propiedad en el gobierno. En general, pocos repararon en él (Burke lo comparó con Sieyès) hasta que en el siglo XIX los whigs liberalizaron a Harrington para convertirlo en su ancestro, transformándolo en un precursor de la distinción entre Estado y sociedad civil. Finalmente, el marxismo identificó correctamente a Harrington como descubridor de la noción de determinación por la teoría del balance

⁸⁶¹ Según Perez Zagorin, esta era también la idea de J. Locke, en *An Essay Concerning Human Understanding*, IV, XVI, 9. Véase Perez Zagorin, *A History of Political Thought in the English Revolution*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1952, 132.

⁸⁶² Harrington pensaba que "ningún hombre puede ser político a menos que sea primero un historiador o un viajero. Si no tiene conocimiento de la historia, no puede comprender lo que hoy es, pero si no tiene conocimiento de lo que ha sido ni de lo que es, no puede jamás saber qué debe o puede ser". *Political Works*, J.G.A. Pocock ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1977, *Oceana*, 175. De hecho, una de las principales objeciones de Harrington a Hobbes es una a un "defensor de la monarquía absoluta que busca los principios de la política fuera de la historia" J. Cotton, "James Harrington and Thomas Hobbes", *Journal of History of Ideas*, 42, 3, 1981, 407-421.

de la propiedad.⁸⁶³ Tampoco debe olvidarse que durante la Revolución Norteamericana estuvo apunto de cambiarse el nombre de Massachussets por Oceana.⁸⁶⁴ Por otra parte, en la década de 1950, en el marco de la obsesión por explicar el totalitarismo, “la religión civil connotaba un dispositivo fáustico destinado a asegurar la obediencia ciega al Estado mediante la explotación de la aspiración humana a la satisfacción espiritual” y J.L. Talmon, en *The Origins of Totalitarian Democracy*, de 1952, llegó a ver a Harrington y los puritanos como totalitarios.⁸⁶⁵ Tal vez haga falta aclarar, de todos modos, que en el pensamiento de Harrington, como en el de Bacon, la síntesis de piedad y política tenía un lugar fundamental. En este sentido, si para Pocock Harrington es el máximo humanista cívico inglés⁸⁶⁶, es necesario recordar que para el autor de *Oceana* el humanismo cívico se integra con el providencialismo, el ciudadano de su nueva Roma inglesa también es un santo de la nueva Jerusalén.

IV

Otros textos merecen al menos un breve comentario. La *History of the Royal Society* de T. Sprat fue publicada en 1667 y es casi una obra institucional de propaganda en la que todos los miembros participaron. Entre los planteos que, en ella, tienen resonancias con otros que se han discutido en capítulos anteriores, se encuentran la defensa de la superioridad de los modernos sobre los antiguos y el rechazo a la autoridad, aunque Sprat no pretende destruir a los antiguos sino establecer con ellos una suerte de duelo amigable: como Bacon, pensaba que no es a los antiguos sino a la sumisión a ellos como autoridades que hay que atacar, de modo que rechaza reemplazar a un antiguo por otro o a una autoridad antigua por una moderna con un sustento igualmente débil.⁸⁶⁷ Asimismo, Sprat propone a Bacon como el fundador de la Royal Society y propone a ésta como la realización de sus proposiciones para el estudio científico, lo que se pone de manifiesto en su crítica a los alquimistas, cuyos experimentos hacen poco por el avance de la ciencia, y a las generalizaciones apresuradas; en la postulación de que el objetivo de la Royal Society es reunir datos antes que descubrir leyes; en la insistencia en que el método experimental proveía la prueba de verdad, por lo que es necesaria la compilación de una historia natural baconiana, etc.⁸⁶⁸ Al igual que Bacon y los parlamentarios de las décadas anteriores, Sprat también pretendía un cambio radical en la educación tradicional y proponía que “enseñar por la práctica y el experimento sería tan

⁸⁶³ J.N. Shklar, “Ideology Hunting, the Case of J. Harrington”, *American Political Scientific Review*, 53, 3, 1959, 662-692.

⁸⁶⁴ C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Nueva York, Schocken, 1970, 308.

⁸⁶⁵ J.A. Pagden, *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

⁸⁶⁶ *Political Works of James Harrington*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 15.

⁸⁶⁷ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 154.

⁸⁶⁸ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 38, 61, 119, 312.



beneficioso o más que hacerlo por reglas universales”, aunque nada de esto implica una impugnación de la existencia de Dios, por cuanto “gracias a la ciencia se obtendrá conocimiento completo de la belleza y el orden de la sabiduría de Dios, cuyo instrumento es la naturaleza”⁸⁶⁹. Más aun, Sprat une íntimamente el destino de la ciencia al de la Iglesia de Inglaterra, traza un paralelo entre ésta y la Royal Society, e indica que el espíritu inquisitivo de la ciencia moderna fue producido por la libertad de pensamiento, juicio y búsqueda de la Reforma. Si bien no todos los miembros de la Royal Society eran religiosos y no puede ya defenderse sin muchas aclaraciones que haya existido un lazo íntimo entre puritanismo y revolución científica, Sprat, ya sea con genuino convencimiento o en una mera estrategia comunicativa para reducir la posibilidad de que la recientemente creada Sociedad fuera vista como una amenaza a la religión, consideraba que ambas instituciones procedían del mismo espíritu de independencia espiritual y buscaban la reforma, aunque en campos diferentes, hasta el punto de afirmar que la ciencia experimental era una de las tareas de la Iglesia anglicana o que los milagros eran “experimentos de Dios”⁸⁷⁰. Todo esto se comprende mejor si se tiene en cuenta que una de las acusaciones más frecuentes contra los primeros miembros de la Royal Society era que su “defecto, la duda escéptica”⁸⁷¹ era una amenaza a la fe religiosa. La portada de la *History*, finalmente, presenta al rey coronado por la fama y flanqueado por Borouncker (presidente de la Royal Society) y Bacon (a quien denomina *Artium Instaurator*).

También defensor de los modernos y cercano a Sprat, J. Glanvill fue otro propagandista convencido de la Royal Society. Su *Plus ultra*, de 1668, es una especie de historia de la ciencia que iguala a la modernidad científica con la Royal Society, en la que Bacon es elevado casi a la categoría de un dios, y se rastrea hasta él el origen de la Royal Society, cuya misión es completar la historia natural y no inventar teorías. En su defensa de los modernos frente a los antiguos utilizaba los argumentos habituales, que se han expuesto en el capítulo referente a Hakewill, sobre quien Glanvill opinaba que era “un hombre sabio de los nuestros”. Por ejemplo, Glanvill opinaba que los datos conseguidos por los descubrimientos, la brújula, el telescopio y otras novedades eran un importante argumento a favor de la superioridad de los modernos.⁸⁷² Tal vez el aspecto más sorprendente de las obras de Sprat y Glanvill sea que no se proponían ya el establecimiento de una nueva y formidable filosofía, el descubrimiento de un nuevo método o la presentación de lo que mediante ellos se había aprendido. Se trataba, más bien, de obras de defensa de una institución y de la actitud que ella encarnaba, precisamente durante la Restauración, cuando podían verse cuestionadas desde diversos ángulos. De hecho, la comisión de la obra de Sprat

⁸⁶⁹ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 319.

⁸⁷⁰ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 372, 352.

⁸⁷¹ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 106.

⁸⁷² Véase R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965, 242.

exigía que “hiciera una defensa de la Royal Society y su nuevo saber experimental como respetuosas de la fe cristiana”⁸⁷³.

V. Conclusiones

Los buenos textos no necesitan explicitar grandes conclusiones, porque éstas se desprenden de su desarrollo mismo. Los textos mediocres, por su parte, no merecen epílogos que intenten vanamente enmendar sus carencias. Por eso, estas últimas líneas funcionan más bien como una síntesis y un reconocimiento de grandes expectativas no realizadas. Comencemos por estas últimas. Cuando se inició esta investigación, una de las hipótesis que la sustentaban era que las imágenes habían tenido un papel tan importante como los textos en la conformación de una idea hasta cierto punto innovadora del pasado y en la construcción de una historiografía novedosa que era correspondiente a esa idea. El conjunto de exploraciones emprendidas permiten defender la idea de que las imágenes, así como los textos y sus autores, habitan tanto como dan forma a la cultura, fueron determinadas por ésta y a su vez la realimentaron, transformándola. En ese proceso, las imágenes y los textos fueron producidos, difundidos, recibidos, adaptados y apropiados, y todo eso implicó uno o varios cambios respecto de sus sentidos originales. Sin embargo, el papel de las imágenes se reveló como menos crucial de lo esperado en un comienzo, tal vez a causa de un entusiasmo original excesivo. Sin dudas, las imágenes alegóricas de los frontispicios de varios libros funcionaron como prólogo y síntesis de éstos y aumentaron su visibilidad. Es cierto, también, que era hasta cierto punto innovador que las portadas presentaran conceptos abstractos de lo que la historia era o debía ser y no sólo escenas descriptivas de los contenidos de los libros de historia. Es verdad, asimismo, que el uso de la imagen como testimonio, en el caso de los retratos de medallas, monedas u otras antigüedades, era novedoso. Finalmente, también puede sostenerse que imágenes de este tipo desempeñaban un papel en la Inglaterra pre-revolucionaria, y más en general en la Europa de la temprana modernidad, que perderían en el mundo contemporáneo, y con esa pérdida también se debilitó la pericia generalizada para interpretarlas, creció su opacidad. Sin embargo, es evidente que incluso entonces el vehículo de las innovaciones en la idea de historia y en los métodos historiográficos era predominantemente textual, sobre todo teniendo en cuenta la complejidad de adaptaciones, novedades, apropiaciones, reformulaciones e influencias que estaban en juego en este campo. Tal vez sea éste un signo más de la existencia de cierta inconmensurabilidad entre el mundo de la imagen y el mundo de la palabra. Quizá por eso mismo puede defenderse la validez de una teoría en la que la palabra y el ser social se constituyen mutuamente y son esenciales una para la otra, como la delineada por Raymond Williams, pero sea más difícil concebir una semejante para el caso de las imágenes.

⁸⁷³ T. Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667, 354.

Ahora bien, específicamente sobre las imágenes aquí tratadas, ¿puede hablarse de una *Pathosformel* de la representación de la historia en Inglaterra en este período? Evidentemente no, si consideramos, con J.E. Burucúa, que...

Una *Pathosformel* es un conglomerado de formas representativas y significantes, históricamente determinado en el momento de su primera síntesis, que refuerza la comprensión del sentido de lo representado mediante la inducción de un campo afectivo donde se desenvuelven las emociones precisas y bipolares que una cultura subraya como experiencia básica de la vida social. Cada *Pathosformel* se transmite a lo largo de las generaciones que construyen progresivamente un horizonte de civilización, atraviesa etapas de latencia, de recuperación, de apropiaciones entusiastas y metamorfosis. Ella es un rasgo fundamental de todo proceso civilizatorio históricamente singular.⁸⁷⁴

Por cierto, existía en Inglaterra ese conglomerado de formas representativas históricamente determinado para el caso de las imágenes de la historia, pero no parece que sea en las representaciones de la historia que se desarrollaran las experiencias más básicas de la vida social. Sin embargo, sí existía claramente un conjunto de lugares comunes, de *topoi*, entre ellos la vinculación de la representación de la historia con el tiempo, su relación con la muerte y el olvido y sus ambiguos lazos con el canon ciceroniano, como se ha visto en diferentes pasajes de la tesis. Es ese conjunto de lugares comunes el que, en interacción con los textos, contribuyó —más que protagonizó— a la construcción de una concepción del pasado relativamente innovadora, al compás de la renovación de las técnicas de investigación histórica.

¿Qué puede decirse de los “intelectuales” que protagonizaron estas acciones?⁸⁷⁵ Se ha intentado ya establecer algunos vínculos entre la actividad intelectual y la dinámica social. Esta idea puede enfatizarse aun más para un conjunto de problemas, un momento y un lugar en los que la mayoría de los “intelectuales” estudiados eran miembros conspicuos de una clase. Grandes propietarios de tierras, miembros de compañías comerciales y de exploración ultramarina, militares, funcionarios de alto nivel en la Iglesia y el Estado, aventureros en los descubrimientos oceánicos, no sólo pertenecían al mismo grupo social que filósofos, historiadores y científicos, sino que eran en muchas ocasiones las mismas personas. En este sentido

⁸⁷⁴ J.E. Burucúa, *Para una búsqueda de las Pathosformeln de lo cómico en el grabado europeo de la modernidad temprana*, en prensa. Agradezco al doctor Burucúa el acceso a este texto antes de su publicación.

⁸⁷⁵ Se utiliza intencionalmente el término entre comillas para destacar la especificidad de los personajes que se intenta describir, cuyas características ya fueron delineadas a lo largo de la tesis y se explicitarán nuevamente a continuación.

no eran, por cierto, intelectuales, o más bien académicos, en la acepción más reciente del término, especializados, profesionales, con la pretensión de estar más acá o más allá de los conflictos mundanos. Salvo quizás en el caso especial de los grabadores, que como se ha intentado mostrar estaban en un decidido tránsito hacia la profesionalización, los protagonistas de esta tesis estaban, por todo esto, tal vez más íntimamente comprometidos con una clase de lo que hoy podríamos suponer. Esto también exige una aclaración. Se ha sostenido en la introducción la hipótesis de Christopher Hill según la cual la Revolución Inglesa fue una revolución burguesa por sus consecuencias, y no porque haya sido protagonizada por la burguesía. En consecuencia, no se defiende aquí la idea de que los "intelectuales" estudiados eran burgueses o ideólogos de la burguesía, sí se sostiene que pertenecían a la clase dominante y, en algunos casos, a una fracción dinámica y expansiva de ella, cuyas ideas, objetivos y sentimientos expresaban, pero también contribuían a modelar. Ahora bien, ¿de dónde provenían esas ideas? ¿Eran pensadores innovadores porque pensaban mucho y, por eso mismo, impulsaban el cambio en las ideas y en la sociedad? ¿Una sociedad en transformación determinaba que quienes trabajaban más con el cerebro que con la mano pensarán también transformadoramente? Formuladas de este modo, tal vez estas preguntas no puedan responderse acertadamente. La sociedad cambiaba, los hombres, sobre todo aquellos que pensaban tanto como actuaban, intentaban comprender esos cambios y, al hacerlo, al interpretar el mundo físico y social que los rodeaba y los condicionaba, también contribuían a transformarlo. Incluso en el convencimiento de que las condiciones materiales determinan todo lo demás no puede negarse que la acción de los hombres influye sobre ellas, y las ideas, sobre todo las de hombres como los aquí estudiados, que pensaban para intervenir en el mundo y no para disputar retóricamente acerca de él, son también acción y, en cuanto tal, son profundamente materiales. Si estas reflexiones tienen un sentido es el de rodear el inútil dilema del huevo o la gallina en la historia intelectual y saltar, de paso, la cuestión del genio excepcional.

¿Y qué hay de estas novedades e innovaciones sobre las que tanto se ha insistido? Ante todo, es preciso insistir en su existencia, importancia y particularidad. Es cierto que había precedentes importantes y reflexiones metodológicas más sólidas que las que aquí se han estudiado. El contexto francés, algo ignorado en esta tesis, y sobre todo el italiano del siglo y medio anterior al período aquí estudiado, al que se le ha prestado mayor atención, están ahí para atestiguar hasta qué punto los ingleses eran deudores de muchos desarrollos continentales. Pero también es evidente, y se ha intentado demostrarlo en más de una oportunidad, que los autores aquí estudiados no fueron meros receptores de eventos intelectuales ocurridos en otra parte, sino que modificaron esas ideas en función de sus preocupaciones, intereses y necesidades, tanto como a consecuencia de los cambios que experimentaba la sociedad que habitaban. El aumento de la importancia asignada a las causas segundas, la nueva actitud hacia la intervención divina en el desarrollo de la historia humana, el

peculiarísimo papel de la historia en los tempranos desarrollos de la idea de progreso, el nuevo papel de la evidencia en los textos de historiadores legales y anticuarios, el refinamiento de las técnicas de investigación histórica y arqueológica, todos estos y otros desarrollos historiográficos analizados en la tesis, atestiguan la vitalidad innovadora de la historiografía inglesa del período, del mismo modo que lo hacen sus vinculaciones tanto con la Revolución Científica como con una suerte de conciencia nacional en surgimiento. Esto no implica, ciertamente, que la divinidad haya sido borrada de un plumazo de los textos históricos o que la historia providencial, mítica o legendaria haya desaparecido de un día para el otro en la interpretación que los contemporáneos hacían del pasado inglés o mundial. Lo mismo puede decirse de elementos típicamente humanistas o clásicos que, reformulados y adaptados, también estaban presentes en la historiografía del período, aunque conformando un conjunto con los demás que era evidentemente diferente a lo conocido hasta entonces. Así, si bien ha sido preciso ajustar una de las hipótesis formuladas al comienzo, aquella referente al papel de las imágenes en los asuntos abordados a lo largo de esta investigación, la hipótesis principal se sostiene: entre aproximadamente 1580 y 1640 se produjo un conjunto de cambios de importancia en la historiografía inglesa (entendiendo sintéticamente por historiografía el modo de investigación y escritura de la historia y las concepciones predominantes de verdad y prueba en lo referente al pasado) y en la noción de historia misma, en la forma de concebir el pasado. El cotejo superficial con las realidades predominantes después de la revolución, efectuado en este último capítulo, permite comprender mejor la magnitud y los límites de esos cambios. Elementos emergentes, residuales e incluso arcaicos se combinaban en entrelazamientos variables y dinámicos que dieron forma a la cultura histórica dominante de aquel tiempo, una cultura histórica que identificaba, hasta cierto punto, a una clase que no se impuso sin luchar con sus adversarios de un lado y de otro y que lo hizo, por otra parte, a costa de ciertos compromisos. Parece contradictorio afirmar que elementos emergentes y residuales se combinaron para dar forma a los dominantes. Sin embargo, en un siglo caracterizado por el conflicto entre “lo nuevo que se demora en nacer y lo viejo que tarda en morir”, una licencia de este tipo pueda tal vez aceptarse.⁸⁷⁶ Por otra parte, esta tesis se ha concentrado en destacar, tal vez en demasía, aquellos elementos que aparecen como eminentemente emergentes en lo

⁸⁷⁶ “Ningún modo de producción dominante incluye o agota toda la práctica humana, toda la energía humana y toda la intención humana. Lo que efectivamente ha aprehendido lo dominante es la definición dominante de lo social, lo excluido se caracteriza como privado, natural o metafísico. Esta aprehensión debe ser resistida, ya que es siempre la conciencia práctica la que resulta incuestionablemente social y la que el orden social dominante niega, excluye, reprime o no logra reconocer. Un rasgo distintivo de todo orden social dominante es hasta dónde se afianza en la escala de las prácticas y experiencias en su intento de incorporación. Aun en el capitalismo avanzado (creciente carácter social del trabajo, las comunicaciones, la toma de decisiones, avance nunca antes visto de la cultura dominante en las áreas reservadas de la experiencia) existen esferas de práctica y significado que la cultura dominante es incapaz de reconocer. La práctica cultural emergente es sin embargo innegable y junto con la práctica activamente residual constituye una necesaria complicación de la cultura dominante.” R. Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, 144.

referente a la historia y ha mencionado como al pasar incluso aquellos que fueron derrotados, tal el caso del pensamiento de Winstanley.

Se impone entonces otra pregunta. ¿Las novedades en la historia y la historiografía fueron importantes para los alineamientos políticos entre 1600 y 1660 y para la comprensión que los ingleses tuvieron de ellos? Sí y no. La teoría del yugo normando existía antes y encarnaba, además, una suerte de mitología histórica que hoy no dudaríamos en vincular más a las características literarias y fantásticas de la leyenda de Bruto que al meticoloso y erudito estudio de Selden sobre los diezmos. Sin embargo, tanto Selden como Spelman contribuyeron a conocer con mayor precisión las peculiaridades del feudalismo inglés y no fueron pocos los argumentos pergeñados por ellos que encontraron su camino hasta el debate público. Las particularidades de la ley inglesa y de la oposición parlamentaria hicieron del estudio del pasado y de los precedentes un hito ineludible en la lucha política revolucionaria y pre-revolucionaria. La tarea de los anticuarios y las novedades en la concepción del pasado cumplieron un papel aquí. Asimismo, el pensamiento histórico, el secularismo y una particular apropiación del pensamiento maquiavélico fueron cruciales para la formulación de la teoría política harringtoniana, cuya importancia y novedad se ha destacado ya suficientemente. Lo mismo puede decirse de algunos de los protagonistas de este estudio, que por su situación política personal o por sus ideas, piénsese en Bacon o en Raleigh, fueron tomados como ejemplo y casi como estandarte por militantes, políticos o científicos, en sus luchas sociales e institucionales. El apoyo de "tradiciones y verdades de miles de años", más o menos sustentadas en un estudio riguroso de esa historia, tenía entonces una significación que perdería en otras ocasiones, en las que el pasado devino fundamentalmente el dominio del conservadurismo político y el futuro y el progreso se convirtieron en el dominio por antonomasia de los partidarios del cambio. Otro asunto es determinar si es esa una evolución a lamentar, si es preciso ceder a la mirada nostálgica inclinada al pasado, convertirla en análisis histórico para transformar el presente y redimir lo ya ocurrido en el porvenir, o si es posible permitirse una visión esperanzada únicamente lanzada al futuro.

Bibliografía y fuentes

Fuentes

- Anónimo, *A Briefe Discourse upon Tyrants and Tyranny*, 1642.
The Peoples Outcry Against Oppression, Injustice, And Tiranny, Londres, 1646.
- F. Bacon, *The Works of Francis Bacon, Baron of Verulam, Viscount St Alban, and Lord High Chancellor of England, collected and edited by James Spedding.*, Londres, Longmans and Co., 1862-1870.
- T. Blundeville, *The True Order and Methode of Wryting and Reading Hystories, according to the precepts of Francisco Patricio and Accontio Tridentino, two Italian Writers*, Londres, 1564.
- J. Bodin, *Les six livres de la République*, 1576.
- J. Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566.
- G. Bruno, *De Inmenso*, Frankfurt, 1591.
- G. Buchanan, *De jure regni apud Scotos*, 1579.
- R. Burton, *The Anatomy of Melancholy*, 1632.
- W. Camden, *Britannia*, Londres, 1610.
- W. Camden, *The History of the Most Renowned and Victorious Princess Elizabeth*, ed. Wallace T. Mac Caffrey, Chicago, CUP, 1970.
- N. Carpenter, *Picture of a Wicked Politician*, 1629.
- Earl of Clarendon, *The history of the great rebellion*, Londres, 1693.
- G. Carleton, *Consensus Ecclesiae Catholicae contra Tridentinos*, Londres, 1613.
- E. Coke, *Institutes*, Londres, 1612.
- E. Coke, *Reports*, Londres, 1605.
- R. Cotton y J. Hayward, *The Histories of the Lives of Henry III and Henry IV*, Londres, 1661.
- Constitutions and Cannons Ecclesiastical*, Londres, 1640.
- O. Cromwell, *Letters and Speeches*, ed. Th. Carlyle, Londres, Dent, 1908-1929.
- R. Crompton, *The Mansion of Magnanimitie*, Londres, 1599.
- S. Daniel, *Defence of Ryme*, 1603.
- S. Daniel, *Historie of Great Britaine*, 1615.
- J. Donne, *An Anatomie of the World*, 1611.
- J. Donne, *The Faerie Queene*, 1592.
- P. Duplessis Mornay (?), *Vindiciae contra tyranos*, Edimburgo, 1579.
- H. Estienne, *The Act of Making Devices*, trad. Thomas Blount, Londres, 1646.

- J. Foxe, *Acts and monuments*, Londres, 1563.
- B. Fontenelle, *Digression sur les anciens et les modernes*, París, 1688.
- T. Fuller, *Anglorum speculum, or The worthies of England, in Church and State, etc.*, Londres, printed for John Wright, 1684.
- T. Fuller, *Church History of Britain*, Londres, 1655.
- H. Gilbert, *A Discourse of a Discoverie for a New Passage To Cataia*, 1582.
- G. Goodman, *The Fall of Man*, 1614.
- J. Grafton, *A chronicle at large*, Londres, 1569.
- J. Guillim, *A Display of Heraldrie*, Londres, W. Hall for R. Mab, 1610.
- G. Hakewill, *An Apologie or Declaration of the Power and Providence of God in the Government of the World*, Londres, 1627.
- R. Hakluyt, *The principals navigation, voyages, traffiques and discoveries of the English Nation*, Londres, J.M. Dent & Sons, 1927 (1599).
- E.G.R.Taylor (ed.), *The Original Writings and Correspondence of the two Richard Hakluyts*, Londres, Hakluyt Society, 1935.
- E. Hall, *The vnion of the two noble and illustre famelies of Lancastre & Yorke, beyng long in continuall discension for the croune of this noble realme : with al the actes done in both the tymes of the princes, both of the one linage & of the other*, Londres, Rychard Grafton, 1550.
- J. Harrington, *The Commonwealth of Oceana and a system of politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- T. Harriot, *A Briefe and True Report of the Recently Discovered Land of Virginia*, Londres, 1586.
- J. Hayward, B. Manning (ed.), *The first and second parts of the life and reigne of king Henry III*, Londres, 1991.
- J. Hayward, *Lives of the III Normans*, Londres, 1613.
- T. Hobbes, *Leviathan*, C. B. Macpherson (ed.), Harmondsworth, Penguin Books, 1985.
- R. Holinshed, y W. Harrison, *Crónica. Descripción de la Inglaterra isabelina*, Buenos Aires, UBA- FFyL, 1997 (1577-1587).
- R. Hooker, *Of the Laws of Ecclesiastical Policy*, V, I, 2, en Works, Oxford, 1888, II, 13.
- F. Lancelotti, *L'Hoggidi*, Venecia, 1637.
- J. Locke, *Second Treatise of Government*, 1690.
- N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livo*, Madrid, Alianza, 2000.
- N. Maquiavelo, *El Principe*, Madrid, Alianza, 1986.

- C. Marlowe, *La trágica historia del Doctor Fausto*. Buenos Aires, Biblos, 1984.
- C. Marlowe, *Tamburlaine*, varias ediciones.
- T. May, *History of the Parliament of England*, 1647.
- J. Milton, *El paraíso perdido*, Barcelona, Altaya, 1995 (1667).
- R. Parsons, *Elizabetha Angliae Reginae*, 1591.
- R. Parsons, *An Advertisemente Written to a Secretarie of my L. Frearsers of England*, Antwerp, 1592.
- C. Perrault, *Parallèles*, París, 1687.
- H. Power, *Experimental Philosophy*, 1664.
- G. Putenham, *The Arte of English Poesie*, 1589.
- F. Quarles, *Emblemes*, Londres, 1635.
- J. Racine, *Préfaces d'Iphigénie*, París, 1675.
- J. Racine, *Préfaces de Phèdre*, París, 1677.
- W. Raleigh, *Judicious and Select Essayes and Observations*, Printed by T.W. for Humphrey Moseley, Londres, 1650.
- W. Raleigh, *Selected Writings*, G. Hammond (ed.), Penguin Books, Londres, 1984.
- W. Raleigh, *The Discovery of the Large, Rich and Beautiful Empire of Guiana*, Londres, 1596.
- W. Raleigh, *The History of the World*, Londres, 1614.
- W. Raleigh, *The works of Sir Walter Raleigh. Political, commercial and philosophical; together with his letters and Poems*, Londres, Tho. Birch (ed), 1751.
- W. Raleigh, *Works*, Londres, Tho. Birch, 1751.
- W. Raleigh, *Works*, W. Oldys (ed.), 8 vols., Oxford, 1829.
- R. Rapin, *Réflexions sur la Poétique d'Aristotle*, París, 1674.
- C. Ripa, *Iconología*, Madrid, Akal, 1987. (1593)
- A. Ross, *Marrow of Historie*, Londres, 1650.
- A. Ross, *Some animadversions and observations upon Sr. Walter Raleigh's Historie of the World*, Londres, 1648.
- A. Ross, *Some animadversions and observations upon Sr. Walter Raleigh's Historie of the World*, Londres, 1648.
- E. Sandys, *A Relation of the State of Religion*, Londres. 1606.
- P. Sarpi, *Tratado de las Materias Beneficiales*, Buenos Aires, Biblos, 2004, con estudio introductorio a cargo de J.E. Burucúa, N. Kwiatkowski y J. Verardi.
- J. Selden, *The Historie of Tithes*, Londres, 1618.
- F. Shakelton, *A Blazyng Starre*, Londres, 1580.
- W. Shakespeare, *Complete Works*, Londres, Henry Pordes, 1988.

P. Sidney, *Miscellaneous Prose*, Katherine Duncan-Jones (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1973.

P. Sidney, *The poems*, Londres, George Routledge & Sons, s/f.

J. Speed, *Historie of Great Britaine*, Londres, 1623.

E. Spenser, *The Faery Queene*, Londres, Mac Millian & Co., 1877 (1590).

T. Sprat, *History of the Royal Society*, Saint Louis, Washington University Studies, 1958.

State Papers, Domestic, 1603-1618.

J. Stow, *Survey of London*, Londres, 1596.

W. Temple, *An Essay Upon Ancient and Modern Learning*, en *Five Miscellany Essays*, Ann Arbor, 1963 (1685).

W. Temple, *Five Miscellany Essays*, Ann Arbor, 1963.

G. Vasari, *Le vite dei piu celebri pittori, scultori e architetti*, Firenze, Adriano Salani Editore, 1913. (1546)

J. Wilkins, *The Discovery of a World in the Moon*, 1638.

G. Winstanley, en C. Hill (ed.), *The Law of Freedom and other Writings*, Londres, Pelican Books, 1973.

G. Winstanley, *Truth Lifting Up Its Head Above Scandals*, 1649, en G. Sabine, *The Works of Gerrard Winstanley*, Cornell UP, 1941.

G. Whitney, *A Choice of Emblems*, Leyden, 1586.

G. Wither, *A Collection of Emblems*, Vermont, Scholar Press, 1989 (1635), introducción de M. Bath.

W. Wotton, *Reflections Upon Ancient and Modern Learning*, Londres, 1694.

Bibliografía

A.A.V.V., *Dictionary of National Biography* (22 vol), L. Stephen y S. Lee (eds.), Oxford, Oxford University Press, 1968.

AA.VV., *Atti del Convegno internazionale su Il pensiero politico di Machiavelli e la sua fortuna nel mondo, Sancasciano-Firenze, 28-29 settembre 1969*, Florencia, Istituto nazionale di studi sul Rinascimento, 1972.

AA.VV., *Dizionario biografico degli italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1979.

B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

P. Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1996.

P. Anderson, *English Questions*, Londres-Nueva York, 1992.

C. Armitage, *Sir Walter Raleigh, an annotated bibliography*, Chapel Hill, Published for America's Four Hundredth Anniversary Committee by the University of North Carolina Press, 1987.

A. Asor Rosa, "Historia del Concilio Tridentino de Paolo Sarpi", en *Letteratura italiana*, "Il '600", Einaudi, 1972.

T. Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660: Essays From Past & Present*, Londres, Routledge, 1983.

M.C. Bradbrook, *The school of night; a study in the literary relationships of Sir Walter Raleigh*, Nueva York, Russell & Russell, 1965.

J. Baillie, *The Belief in Progress*, Londres, 1950.

M. Bajtin, *L'Autore E L'Eroe. Teoria Letteraria E Scienze Umane*, Torino, Einaudi, 2000.

H. Baron, "The Querelle of the Ancients and the Moderns as a Problem for Renaissance Scholarship", *Journal of History of Ideas*, 20, 1, 1959, 3-22.

M. Bath, *Speaking Pictures: English Emblem Books and Renaissance Culture*, Londres, Longman, 1994.

E.B. Benjamin, "Fame, Poetry and the Order of History in the Literature of the English Renaissance", *Studies in the Renaissance*, 6, 1959, 64-84.

A.R. Beer, *Sir Walter Raleigh and his Readers*, Londres, Macmillian, 1997.

H.S. Bennet, *English Books and Readers*, Cambridge, 1965.

D. Bergeron, *Practicing Renaissance scholarship: plays and pageants, patrons and politics*, Pittsburgh, Duquesne University Press, 2000.

D.M. Bevington, *Growth of Structure in the Popular Drama of Tudor England*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1962.

R. Black, "Ancients and Moderns in the Renaissance: Rethoric and History in Accolti's Dialogue on the Preminence of Men of his Own Time", *Journal of History of Ideas*, 43, 1, 1982.

H. Blumenberg, *The Legitimacy of the Modern Age*, Cambridge, 1983.

F. Bradshaw, *A Short History of Modern England from Tudor Times to the Present Day*, Londres, University of Londres Press, 1915.

M. Bronfenbrenner, *The Role of Scientific Societies in the Seventeenth Century*, Londres, Archon Books, 1963.

W.J. Brown, "Marolowe's Debassement of Bejazet: Foxe's *Acts and Monuments* and *Tamburlaine*, Part I", *Renaissance Quarterly*, 24, 1, 1971, 38-48.

P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1996.

P. Burke, *El Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1993.

P. Burke, *The Renaissance Sense of the Past*, Londres, Arnold, 1969.

P. Burke, *Venecia y Amsterdam*, Barcelona, Gedisa, 1992.

J. Burkhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Ediciones Zeus, 1968.

A.E. Burlingame, *Battle of the Books in Its Historical Setting*, Cheshire, Biblio & Tannen, 1969. A.D. Burnett, *The Engraved Title Page of Francis Bacon's Instauratio Magna*, Durham 1998.

J.E. Burucúa, *El libro de la naturaleza. Estudio acerca de las ideas de Galileo Galilei sobre las artes figurativas*, Buenos Aires, 1984.

J.E. Burucúa, *Historia, Arte, Cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Buenos Aires, FCE, 2002.

J.E. Burucúa, *Corderos y Elefantes*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001.

J.B. Bury, *The idea of progress; an inquiry into its origin and growth*, Nueva York, Dover, 1955.

T.N. Brushfiel, *The bibliography of the "History of the world" and of the "Remains" of Sir Walter Raleigh*, Philadelphia, 1977.

H. Butterfield, *The Origins of Modern Science*, Collier, Nueva York, 1957, VII.

J. Buxton, *Sir Philip Sidney and the English Renaissance*, Nueva York, St Martin's Press, 1964.

L.B. Campbell, *Shakespeare's Histories*, San Marino, 1947.

V. De Caprariis, *Francesco Guicciardini: dalla politica alla storia*, Bari, Laterza, 1950.

F. Chabod, *Escritos sobre el Renacimiento*, México, FCE, 1992.

F. Chabod, *Scritti su Machiavelli*, Torino, Einaudi, 1993.

R. Chartier, *Cultural History, Between Practices and Representations*, Cambridge, Polity, 1988.

R. Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural, entre práctica y representación*. Buenos Aires, Manantial, 1996.

R. Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1995.

R. Chartier, y G. Cavallo (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

S. Chemotti, *Umanesimo, rinascimento, Machiavelli nella critica gramsciana*, Roma, Bulzoni, 1975.

S.C. Chew, "Time and Fortune", *English Literary History*, 6, 2, 1939, 83-113.

E. Cochrane, *The Late Italian Renaissance 1525-1630*, Londres, Macmillan, 1970.

M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge, 1979.

S. Coote, *A Play of Passion, the Life of Sir Walter Raleigh*, Londres, Macmillan, 1993.

G. Cozzi, "Paolo Sarpi", en Emilio Cecchi y Natalio Sapegno, *Storia de la Letteratura italiana*, Milan, Garzanti, 1967.

D. Cressy, *Education in Tudor and Stuart England*, Nueva York, St. Martin's Press, 1976.

J. Cropsey, *Ancients and moderns*, Nueva York, Basic Books, 1964.

T. Crow, *Modern Art in the Common Culture*, New Haven y Londres, Yale UP, 1995.

T.B.F. Cummins, "De Bry and Herrera: 'Agua Negras' or the Hundred Years War over an Image of America", XVII International Colloquium "Art, History, and Identity in the Americas: Comparative Visions", Zacatecas, Mexico, 22-27 de septiembre de 1993, p. 25.

M. Curtis, *Oxford and Cambridge in transition, 1558-1642; an essay on changing relations between the English universities and English society*, Oxford, Clarendon Press, 1959.

P. Curtis, *The Making of Jacobean Culture: James I and the Renegotiation of Elizabethan Literary Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

P. Daly (ed.), *The English Emblem Tradition*, Londres, U. Toronto Press, 1993.

P. Daly, *Literature in the Light of the Emblem: Structural Parallels Between the Emblem and Literature in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Toronto, University of Toronto Press, Toronto, 1998.

R. Darnton, "What is the History of Books", en *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*, Nueva York, 1990.

M. De Certau, *The writing of history*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

H. Diehl, "Graven Images: Protestant Emblem Books in England", *Renaissance Quarterly*, 39, I, 1986, 49-66.

H. Diehl, *Index of Icons in English Emblem Books, 1550-1700*, Norman, University of Oklahoma Press, 1986.

M. Downs-Gamble, "New Pleasures Prove: Evidence of Dialectical *Disputatio* in Early Modern Manuscript Culture", *Early Modern Literary Studies* 2, 2, 1996.

E. Edwards, *The life of Sir Walter Raleigh*, Londres, 1868.

E.L. Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994.

G.R. Elton, *The Tudor Revolution in Government. Administrative changes in the reign of Henry VIII*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953.

W. Empson y J. Haffenden (eds.): *Essays in Renaissance Literature: Donne and the New Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

R. Esposito, *La politica e la storia: Machiavelli e Vico*, Napoli, Liguori, 1980.

C. Fargo (ed.), *Cultural migrations: Reframing the Renaissance*, Yale University Press, 1992.

James E. Farnell, "The Social and Intellectual Basis of London's Role in the English Civil Wars", *Journal of Modern History*, 49, 4, 12-1977, 641-660.

B. Farrington, *Francis Bacon Philosopher of Industrial Science*, Nueva York, 1961.

R. Faulkner, *Francis Bacon and the project of progress*, Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1993.

Sydney B. Fay, "The Idea of Progress", *American History Review*, 52, 2, 1947, 231-246.

A.B. Ferguson, *Clio Unbound, Perception of the Social and Cultural Past in Renaissance England*, Durham, Duke UP, 1979.

H. Floris Cohen, *The Scientific Revolution, a Historiographical Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

D. Freedberg, *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Madrid, Cátedra, 1992.

F. Fido, *Machiavelli, Guicciardini e storici minori del primo Cinquecento*, Milano, F. Vallardi, 1994.

M. Finley, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1979.

R. Fox (ed.), *Thomas Harriot, an Elizabethan Man of Science*, Ashgate, 2000.

R. Freeman, *English Emblem Books*, Londres, Chatto, 1948.

M. Fulbrook, "The English Revolution and the Revisionist Revolt", *Social History*, 7, 1982.

M. Fuller, *Voyages in Print: English Travel to America, 1576-1624*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

F. Fussner, *The Historical Revolution, 1580-1640*, Nueva York y Londres, Basic Books, 1967.

F. Fussner, *Tudor History and the Historians*, Londres, Routledge, 1967.

S. Gardiner, *History of England From the Accession of James I to the Outbreak of the Civil War, 1603-1642*, Londres, 1897-1903.

E. Garin, *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1984.

E. Garin, *Machiavelli fra politica e storia*, Torino, Einaudi, 1993.

F. Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: politics and history in sixteenth-century Florence*, Nueva York y Londres, Norton, 1984.

F. Gilbert, *Niccolo Machiavelli e la vita culturale del suo tempo*, Bologna, Il Mulino, 1964.

E.B. Gilman, "Word and Image in Quarles Emblems", *Critical Inquiry*, 6, 1980, 385-410.

C. Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.

C. Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989.

C. Ginzburg, *No island is an island*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.

C. Ginzburg, *Raporti de forza. Storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2001.

E. Gombrich, *Gombrich esencial*, Madrid, Debate, 1997.

A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.

A. Gramsci, *Pasado y Presente*, Gedisa, Barcelona, 1977.

A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, 2001.

- A. Gransden, *Historical Writing in England, 1300-1500*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1982.
- S. Gardiner, *History of the Great Civil War, 1642-1649*, Londres, Windrush Press, 1987-1991.
- S. Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, S. Greenblatt, *Representing the English Renaissance*, Berkeley, University of California Press, 1988.
- S. Greenblatt, *Shakespearean negotiations, the circulation of social energy in Renaissance England*, Los Angeles, University of California Press, 1988..
- S. Greenblatt, *Sir Walter Raleigh; the Renaissance man and his roles*, New Haven, Yale University Press, 1973.
- F. Guizot, *History of the English Revolution of 1640*, Londres, G. Bell & sons, 1884.
- A. Gustarelli, *La vita e le opere di Francesco Guicciardini*, Livorno, Giusti, 1914.
- J. Guy, *Tudor England*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.
- I. Hacking, *La construcción social de qué*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- J. Hale, *La civilización del Renacimiento en Europa*, Barcelona, Crítica, 1996.
- A.R. Hall, *The Scientific Revolution*, Boston, The Beacon Press, 1954.
- M. Hall, *The Scientific Renaissance, 1450-1630*, Londres, Fontana, 1970.
- V. Harris, *All Coherence Gone*, Londres, Mass, 1966.
- B. Hessen, "The Social and Economic Roots of Newton's Principia", *Science at the Crossroads*, Londres, Harper, 1931.
- C. Hill (ed.), *The English Revolution, 1640. Three essays*, Londres, Lawrence & Wishart Ltd., 1940.
- C. Hill y E. Dell, *The Good old Cause, The English Revolution of 1640-1660*, 1949.
- C. Hill, "Parliament and People in Seventeenth-Century England", *Past and Present*, 92, 1981.
- C. Hill, *Change and Continuity in Seventeenth-Century England*, Revised Edition, New Haven y Londres, Yale UP, 1991.
- C. Hill, *De la Reforma a la Revolución industrial. 1530-1780*, Barcelona, Ariel, 1991.
- C. Hill, *Economic problems of the Church: from Archbishop Whitgift to the Long Parliament*, Oxford, Clarendon Press, 1963.
- C. Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983.
- C. Hill, *Liberty against the law*, Londres, Penguin, 1996.
- C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980.
- C. Hill, *People and ideas in 17th. century England*, Brighton, 1986.
- C. Hill, *Puritanism and Revolution*, Londres, Secker & Warburg, 1958.
- C. Hill, *Some Intellectual Consequences of the English Revolution*, Londres, Wonderfeld and Nicholson, 1980.

C. Holmes, "The 'County Community' in Stuart Historiography", *Journal of British Studies*, 9, 1980.

M. Horkheimer, M., y T.W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Valladolid, Trotta, 1994.

M. Irwin, *That Great Lucifer. A Portrait of Sir Walter Raleigh*, Londres, Allison & Busby, 1998.

L. Jardine y A. Grafton, "How Gabriel Harvey Read His Livy", *Past and Present*, 129, 11-1990.

A. Johns. *The Nature of the Book*, Chicago, UCP, 1998.

L. Jones, V. Pearl, B. Worden, *History and imagination*, London: Duckworth, 1981.

R.F. Jones, *Ancients and Moderns*, Berkeley y Los Ángeles, 1965.

E. Kahler, *¿Qué es la historia?*, México, FCE, 1966.

H.J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, 1989.

D.R. Kelley, "History, English Law and the Renaissance", *Past and Present*, 65, 1974.

D.R. Kelly y D.H. Sacks (eds.), *The historical imagination in Early Modern Britain*, Cambridge MA, CUP, 1997.

J. Kenyon, "Revisionism and Post-Revisionism in Early Stuart Historiography", *The Journal of Modern History*, 64, 4, 1992.

V.G. Kiernan, *Eight Tragedies of Shakespeare: A Marxist Study*, Londres, Verso, 1996.

P. Kocher, *Science and religion in Elizabethan England*, Nueva York, Octagon Books, 1969.

A. Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

A. Koyré, *Estudios Galileanos*, Madrid, Siglo XXI, 1980; *From the closed world to the infinite universe*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1968.

P.O. Kristeller, *Renaissance Thought and Its Sources*, Nueva York, 1981.

T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Buenos Aires, FCE, 2002.

A. Kukla, *Social constructivism and the philosophy of science*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.

S. Kuller Shuger, *Habits of Thought in the English Renaissance: Religion, Politics, and the Dominant Culture*, Toronto, University of Toronto Press, 1998.

P. Laslett, *The World we have Lost*, Londres, Methuen, 1971, pp. 29, 28.

A.M.C Latham, "Sir Walter Raleigh's Will", *Review of English Studies*, 22, 1971, 129-136.

B. Latour y S. Woolgar, *Laboratory life. The social construction of scientific facts*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

J.E. Leary, *Francis Bacon and the Politics of Science*, Ames, Iowa State University Press, 1994.

S. Lee, *The French renaissance in England: an account of the literary relations of England and France in the sixteenth century*, Oxford, The Clarendon Press, 1910.

C. Lefort, *Le travail de l'œuvre Machiavel*, Paris, Gallimard, 1986.

J. Le Goff y P. Nora (ed.), *Faire de l'histoire*, Paris, Plon, 1974.

Marina Leslie, *Renaissance utopias and the problem of history*, Ithaca and Londres, Cornell University Press, 1998.

J.M. Levine, "Ancients and Moderns Reconsidered", *Eighteenth Century Studies*, 15, 1, 1981, 72-89.

J.M. Levine, *Humanism and history, Origins of Modern English Historiography*, Nueva York, Cornell University Press, 1987.

J.M. Levine, *Between the Ancients and the Moderns, Baroque Culture in Restoration England*, New Haven, Yale University Press, 1999.

F.J. Levy, "The Elizabethan Historical Revolution", *History*, 4, 1961.

F.J. Levy, *Tudor Historical Thought*, San Marino, Huntington Library, 1967.

C.S. Lewis, *English Literature in the Sixteenth Century Excluding Drama*, Oxford, Clarendon Press, 1954.

J.L. Lievsay, *The Elizabethan image of Italy*, Ithaca, N.Y, Cornell University Press, 1964.

J.L. Lievsay, *The Englishman's Italian books, 1550-1700*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1969.

J.L. Lievsay, *Venetian Phoenix, Fra Paolo Sarpi and some of his english friends*, Wichita, Kansas University Press, 1973.

R. Lilly, *The Ancients and the Moderns*, Bloomington, Indiana University Press, Bloomington, 1996.

A.O. Lovejoy y G. Boas, eds., *Primitivism and Related Ideas*, Baltimore, 1935.

G.F. Lytle y S. Orgel (eds.), *Patronage in the Renaissance*, Princeton, PUP, 1981.

T.B. Macaulay, *Critical and historical essays*, Londres, Everyman, 1961.

C.B. Macpherson, *The political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, Clarendon Press, 1962.

N. von Maltzahn, *Milton's History of Britain: Republican Historiography in the English Revolution*, Oxford, Clarendon P, 1991.

C. McEachern y D. Shuger (eds), *Religion and Culture in Renaissance England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

J.A. Maravall, *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1986.

L. Marin, *Le portrait du roi*, Paris, Editions de Minuit, 1981.

L. Marin, *To Destroy Painting*, Chicago y Londres, Chicago UP, 1995.

A. Marvell, "Britannia & Raleigh", 1675, en *Poems*, 1927.

D. Massa, "Giordano Bruno's Ideas in Seventeenth Century England", *Journal of Modern History*, 38, 2, 1977.

N. Mathews, *Francis Bacon, the history of a character assassination*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1996.

J. Mayer, *The Scientific Renaissance*, Londres, J. Murray, 1926.

M. McKisack, *Medieval History in the Tudor Age*, Oxford, Clarendon, 1971.

J. Mebane, *Renaissance Magic and the Return of the Golden Age: The Occult Tradition and Marlowe, Jonson, and Shakespeare*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992.

A.M. Melzer, J. Weinberger, M. Richard Zinman, *History and the Idea of Progress*, Ithaca, Cornell University Press, 1995.

R. Merton, *Science Technology and Society in Seventeenth Century England*, Nueva York, Harper, 1938.

D. Miller, *The Production of English Renaissance Culture*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1994.

W.J.T. Mitchell, *Picture Theory. Essays on Verbal and Visual Representation*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1994.

A. Momigliano, *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Berkley, University of California Press, 1990.

G. Morris, *The Idea of Progress, a Revaluation*, Boston, Beacon Press, 1953.

R. Morse, *Truth and Convention in the Middle Ages: Rhetoric, Representation and Reality*,

C. Mouffe, "Hegemonía e ideología en Gramsci", en *Teoría 5*, 1980.

J.J. Murray, "The Cultural Impact of the Flemish Low Countries on XVI and XVII Century England", *American History Review*, 62, IV, 1957, 837-854.

R. Myers y M. Harris (ed.), *Censorship & the Control of Print in England & France 1600-1910*, New Castle, Oak Knoll, 1992.

M. Neustadt, *The Making of the Instauration: Science, Politics, and Law in the Carrer of Francis Bacon*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1987.

M. Nicholls, "Sir Walter Raleigh's Treason: a Prosecution document", *English Historical Review*, 110, 438, 902-925, 1995.

R. Niebuhr, *Faith and History*, Nueva York, 1949.

R. Nisbet, *History of the Idea of Progress*, Nueva York, Basic Books, 1980.

G. Nonnoi, *Saggi Galileiani; Atomi, immagini, e ideología*, Cagliari, AM&D, 2000.

W.F. Oakeshott, "Sir Walter Raleigh's Library", *The Library*, V, 23, 1968, 286.

M.J. Osler, (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

E.J. Palti, *Aporías*, Buenos Aires, Alianza, 2001.

- E. Panofsky, *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Alianza, 1979.
- G. Parks, *Richard Hakluyt and the English voyages*, Nueva York, American Geographical Society, 1928.
- C.A. Patrides y J.A. Wittreich, *The Apocalypse in English Renaissance Thought and Literature*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1985.
- A. Patterson, *Reading Holinshed's Chronicles*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.
- A. Pawelkowski y J.E. Burucúa, "Intercambios eruditos en la Inglaterra moderna: una carta de John Evelyn y la biblioteca de Samuel Pepys".
- A. Perez Ramos, *Francis Bacon's Idea of Science*, Oxford, 1988.
- J.G.A. Pocock (ed.), *Three British Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 1980.
- J.G.A. Pocock, "Virtue and commerce in the eighteenth century", *Journal of Interdisciplinary History*, 1972.
- J.G.A. Pocock, *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002.
- J.G.A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law; a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge UP, 1957.
- S. Pollard, *The Idea of Progress (History & Society)*, Nueva York, Basic Books, 1968.
- K. Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*, Nueva York, Harper Torchbook Edition, 1968.
- K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.
- H. Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, México, 1997.
- S.E. Prall, *Church and state in Tudor and Stuart England*, Arlington Heights, H. Davidson, 1993.
- M. Praz, *Machiavelli in Inghilterra ed altri saggi*, Roma, Tumminelli, 1942.
- M. Praz, *Studies in Seventeenth-Century Imagery*, Londres, The Warburg Institute, 1947.
- J.H. Preston, "Was There a Historical Revolution?", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 38, No. 2, 1977.
- G. Procacci, *Machiavelli Nella Cultura Europea Dell'eta Moderna*, Bari, Laterza, 1995.
- F. Raab, *The English face of Machiavelli, a changing interpretation, 1500-1700*, Londres, Routledge & K. Paul, 1964.
- J. Racin, *Sir Walter Raleigh as historian: an analysis of The History of the world*, Salzburg: Institut für Englische Sprache und Literatur, Universität Salzburg, 1974.
- M. Raitiere, *Faire bits: Sir Philip Sidney and Renaissance political theory*, Pittsburgh, Duquesne University Press, 1984.
- R. Ramat, *Il Guicciardini e la tragedia d'Italia*, Firenze, L.S. Olschki, 1953.

I. Ribner, "The Idea of History in Marlowe's Tamburlaine", *English Literary History*, 20, 4, 1953, 251-266.

R.C. Richardson, *The Debate on the English Revolution*, Londres, Methuen & Co., 1977.

P. Roberts, *Christopher Marlowe and English Renaissance Culture*, Brookfield, Ashgate Publishing Company, 1999.

J.L. Romero, *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, 1993.

J.L. Romero, *Maquiavelo Historiador*, Buenos Aires, Nova, 1943.

S. Rose, "Preface to a History of Audience", *Journal of History of Ideas*, 53, 1992, 47-70.

S. Rosen, *Ancients and the Moderns: Rethinking Modernity*, New Haven, Yale University Press, 1989.

E. Rosenberg, *Leicester, Patron of Letters*, Nueva York, Columbia University Press, 1955.

P. Rossi, *Francis Bacon, from Magic to Science*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.

A.L. Rowse, *Sir Walter Raleigh, his family and private life*, Nueva York, Harper, 1962.

A.L. Rowse, *The expansion of Elizabethan England*, Nueva York, St. Martin's Press, 1955.

C. Salas, "Raleigh and the punnic wars", *Journal of the History of Ideas*, 57, 2, 1996.

E. Scarano Lugnani, *Guicciardini e la crisi del Rinascimento*, Bari, Laterza, 1973.

S. Schaffer y S. Shapin, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton Princeton University Press, 1985.

M. Schapiro, *Words and Pictures*, París, Mouton, 1973.

J. Schiffer (ed.), *Shakespeare's Sonnets: Critical Essays*, Nueva York, Garland, 2000.

S. Shapin, *La revolución científica. Una interpretación alternativa*, Barcelona, Paidós, 2000.

K. Sharpe, *Reading Revolutions, The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, Yale UP, 2000.

K. Sharpe, *Sir Robert Cotton, 1586-1631: History and Politics in Early Modern England*, Oxford, Oxford U. Press, 1979.

K. Sharpe, *The Personal Rule of Charles I*, New Haven, Yale UP, 1992.

W. Sherman, *The Politics of Reading and Writing in the English Renaissance*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1997.

R. Simonini, *Italian scholarship in Renaissance England*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1952.

Q. Skinner, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza, 1995.

Q. Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, Londres and Nueva York, Cambridge University Press, 1978.

A. Sohn-Rethel, *Intellectual and manual labour: a critique of epistemology*, Londres, Macmillan, 1978.

U. Spirito, *Machiavelli e Guicciardini*, Firenze, Sansoni, 1944.

L. Stone, "Literacy and Education in England, 1649-1900", *Past and Present*, 42, 1969.

L. Stone, *La crisis de la aristocracia. 1558-1641*, Madrid, Alianza, 1985.

L. Stone, *The causes of the English Revolution, 1529-1642*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972.

E.A. Strathmann, "The Textual Evidence for the School of the Night", *Modern Language Notes*, 56, 3, 1941, 176-186.

E.A. Strathmann, "Raleigh on the Problems of Chronology", *Times Literary Supplement*, abril de 1948.

E.A. Strathmann, *Sir Walter Raleigh, a study in Elizabethan skepticism*, Nueva York, Columbia University Press, 1951.

L. Strauss, *Pensieri su Machiavelli*, Milano, Giuffrè, 1970.

E.G.R. Taylor, *The mathematical practitioners of Tudor & Stuart England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.

R.H. Tawney, "Harrington's Interpretation of his Age", *Proceedings of the British Academy*, XXVII, 1941

R.H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism: a Historical Study*, Nueva York, Harcourt Brace, 1926.

K. Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, Londres, Penguin, 1991.

K. Thomas, *The Perception of the Past in Early Modern England*, Nueva York, 1983.

C. Thompson, *Universities in Tudor England*, Washington, Folger Shakespeare Library, 1959.

E.M.W. Tillyard, *La cosmovisión isabelina*, México, FCE, 1984.

G. Toffanin, *Machiavelli e il tacitismo: la politica storica al tempo della controriforma*, Napoli, Guida, 1972.

J.M. Trevelyan, *A Shortened History of England*, Londres, Longmans, 1942.

H. Trevor-Roper, "The Gentry, 1540-1640", *Economic History Review*, Supplement I, 1953.

H. Trevor-Roper, *From Counter-Reformation to Glorious Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

H. Trevor-Roper, *Historical Essays*, Nueva York, Harper, 1975.

H. Trevor-Roper, *The Crisis of the Seventeenth Century; Religion, the Reformation, and Social Change*, Nueva York, Harper & Row, 1968.

H. Trevor-Roper, "Clarendon and the Practice of History", Los Ángeles, William Andrews Clark Memorial Library, 1965, pp. 39, 38.

E.L. Tuveson, *Millenium and Utopia*, Los Ángeles, 1949.

- C. Van Doren, *The Idea of Progress*, Nueva York, Londres y Washington, Frederick A. Praeger, 1967.
- B. Vickers, *Francis Bacon and Renaissance Prose*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.
- B. Vickers, *Occult and scientific mentalities in the Renaissance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- M. Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985.
- I. Wade, *The Intellectual Origins of the French Enlightenment*, Princeton, 1971.
- W. Wagar, *The Idea of Progress Since the Renaissance*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1969.
- W. Wagar, "Modern Views of the Origins of the Idea of Progress", *Journal of History of Ideas*, 28, 1, 1967, 55-70.
- A. Warburg, *The Renewal of Pagan Antiquity*, KS, Bookmavens, 2000.
- J. Ward, *The lives of the professors of Gresham College*, Nueva York, Johnson Reprint Corp., 1967.
- A. Weldon, *A Cat May Look Upon a King*, Londres, 1652.
- S.R. Westfall, *Patrons and Performance*, Oxford, Clarendon P, 1990.
- J. Whepburn, "George Hakewill and the Virility of Nature", *Journal of History of Ideas*, 16, 2, 1955, 135-150.
- H. White, "The English Solomon: Francis Bacon on Henry VII", *Social Research*, 24, winter, 1957, 450-67.
- H. White, *Metahistory, the historical imagination in XIXth. Century Europe*, 1973.
- H. White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.
- H.C. White, *Tudor Books of Saints and Martyrs*, Madison, 1963.
- R. Williams, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 2000.
- G. Williamson, "Hakewill and the Arthurian Legend", *Modern Language Notes*, 50, 7, 1935, 462-463.
- G. Williamson, "Mutability, Decay, and XVII Century Melancholy", *English Literary History*, 2, 2, 1935, 121-150.
- J. Wilson, "Ralegh's History of the World, it's Purpose and Political Significance", The Durham Thomas Harriot Seminar, Occasional Paper, 28, Durham, UK.
- R.S. Wolper, "The Rethoric of Gunpowder and the Idea of Progress", *Journal of History of Ideas*, 31, 4, 1970, 589-598.
- D.R. Woolf, *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, CUP, 2000.
- D.R. Woolf, *The Idea of History in Early Stuart England. Erudition, Ideology and the Light of Truth from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, UTP, 1990.
- B. Worden (ed.), *Stuart England*, Oxford, Phaidon Press, 1986.
- B. Worden, "Providence and Politics in Cromwellian England", *Past and Present*, 109, 11-1985.

B.H.G. Wormald, *Francis Bacon: History, Politics and Science, 1561-1626*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

L. Wright, *Middle-class culture in Elizabethan England*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1935.

L.B. Wright, "The Elizabethan Middle Class Taste for History", *Journal of Modern History*, 3, 2, 1931, 175-197.

F. Yates, *A Study of "Love's Labour Lost"*, Cambridge, 1936.

F. Yates, *Astraea: the imperial theme in the sixteenth century*, Londres, Boston, Routledge, 1964.

F. Yates, *Ensayos Reunidos I*, Mexico, FCE, 1996.

F. Yates, *Ensayos Reunidos II*, Mexico, FCE, 1991.

F. Yates, *Ensayos Reunidos III*, Mexico, FCE, 1993.

F. Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic tradition*, Chicago, University of Chicago Press, 1964.

F. Yates, *Ideas and ideals in the North European Renaissance*, Londres, Nueva York, Routledge, 1999.

F. Yates, *La filosofía oculta en la época isabelina*, México, FCE, 1992.

A. Young, B. Verstraete, C. Beert y P. Daly, *The English Emblem Tradition*, Toronto, University of Toronto Press, 1998.

P. Zagorin, *A History of Political Thought in the English Revolution*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1954.

P. Zagorin, *Francis Bacon*, Princeton, 1999.

R. Zaller, "The Figure of the Tyrant in English Revolutionary Thought", *Journal of History of Ideas*, 54, 4, 1993, 585-610.

R. Zaller, "What does the English Revolution mean? Recent historiographical interpretations of mid-seventeenth-century England", *Albion*, XVIII, 1986.

E. Zilsel, *The social origins of modern science*, Boston, Kluwer Academic Publishers, 2000.